

RAMÓN J. SENDER

Bizancio

Casi doscientos años antes de la caída de Constantinopla, el emperador Andrónico II, ante el peligro de una invasión turca, llamó en su ayuda a los almogávares, comandados por Roger de Flor. Fue éste un caballero singular de padre alemán y madre italiana, ingresó en la orden de los templarios, participando heroicamente en la defensa de Acre. Acusado de haberse enriquecido ilícitamente, tuvo que abandonar la orden, tras lo cual se dedicó a la piratería, entrando finalmente al servicio de Federico II de Sicilia. Para conseguir su ayuda, Andrónico II tuvo que nombrarle megaduque y prometerle en matrimonio a su sobrina María, hija del zar de Bulgaria.

Una vez en Bizancio, las tropas catalanas participaron en innumerables batallas —narradas por Ramón Muntaner en su célebre *Crònica*— derrotaron a los turcos, se enfrentaron a los alanos, fueron víctimas de conspiraciones y, tras el asesinato de Roger, devastaron Tracia y Macedonia en lo que se conoció como Venganza Catalana.

Con una brillantez inusitada, Ramón J. Sender novela estos hechos de un modo que el lector no olvidará fácilmente: batallas cruentas, ajusticiamientos sumarios, intrigas palaciegas, el correr de los corceles y los gritos de los moribundos se suceden en unas páginas trepidantes que reúnen el añejo sabor de la crónica con el estilo y la penetración de la literatura contemporánea.

OceanofPDF.com



Ramón J. Sender

Bizancio

ePub r1.2
Titivillus 29.02.2020

OceanofPDF.com

Ramón J. Sender, 1956
Imagen de portada: *Entrada de Roger de Flor en Constantinopla* (fragmento), de José Moreno Carbonero (1888)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII
CAPÍTULO XIX
CAPÍTULO XX
CAPÍTULO XXI
CAPÍTULO XXII
CAPÍTULO XXIII
CAPÍTULO XXIV
CAPÍTULO XXV

OceanofPDF.com

A Lilith, Frunce y Mariana Scholes
con la devoción de R. S.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO I

En los muelles de Constantinopla habían acostado dieciocho galeras y cuatro gruesas naves aquella mañana de febrero de 1302.

Las galeras y las naves gruesas llamaban la atención de la gente que se acercaba en silencio a contemplarlas. Los guardas griegos, con sus pintorescos trajes y sus ballestas y dardos calzados de pluma, impedían que los curiosos se acercaran demasiado.

Los españoles iban y venían, atareados, por las cubiertas. Ustarroz blasfemaba mirando al puerto. Siempre blasfemaba cuando había que desembarcar caballos. Eran blasfemias inocentes usando el nombre de Copons, un capitán alto, flaco y macilento, de ojos de hiena. Desembarcar caballos era la tarea engorrosa de las expediciones de mar. Y se oían al mismo tiempo las voces de Ustarroz contra Copons y los relinchos de los animales.

En aquel momento Copons asomaba su cara amarillenta detrás del palo mayor y gritaba algo reconviniendo a Ustarroz, quien dejó de jurar por su nombre y comenzó a blasfemar contra las Tres Sorores, tres montañas del Alto Aragón, su tierra.

La gente afluía al puerto atraída por las hermosas naves empavesadas, y oyendo los silbatos trataba de avizorar entre las maniobras de desembarco los trajes y el continente de los soldados. Roger de Flor revistaba los caballos a medida que iban saliendo. Todos parecían deseosos de pisar tierra firme. Desembarcar los caballos era más difícil que embarcarlos porque con la impaciencia algunos se caían en la rampa. Fuertes y nerviosos caballos. Muchos habían peleado en el norte de Italia. Otros en Francia, contra las banderas del Papa y los Anjous. Todos sabían lo que era una carga a rienda floja y un antuvión de corazas y la provocación de una valla de picas.

Roger de Flor y sus ocho mil hombres, incluidos los navegantes, iban a Constantinopla a ayudar al rey bizantino Andrónico Paleólogo contra los turcos que amenazaban sus fronteras. Los había llamado el Emperador tres meses antes.

Era Roger un hombre de treinta y cuatro años, alto y rubio, con las cualidades contradictorias de su padre alemán y de su madre italiana y con los resabios de todos los navegantes templarios y los giros y maneras adquiridos en los campamentos de Aragón y de Sicilia. Taciturno y grave, tenía un aire de violencia contenida.

El padre de Roger era noble. Había muerto en el sur de Francia a manos de Charles de Anjou, es decir, a golpes de mangual (maza en forma de esfera, con picos y puntas), que era el arma preferida entonces por la caballería.

Había dejado el padre de Roger en su testamento unas curiosas páginas dedicadas a su hijo, en las que decía: «Naciste tú, hijo mío, en un cuarto con vidrieras emplomadas y en ellas grabado el escudo de la familia. Eres bastardo, pero algunos hijos legítimos querrían tu suerte. La noche que naciste era de cielo espeso y lluvia fina. Dentro de la casa no estaba más que tu madre. Es decir, yo también. A pesar de ser los dos nobles y de pertenecer a la casa del Rey, tuve que ir a buscar una mujer del pueblo para que te ayudara a ti a venir al mundo.

»Escribo estas líneas por si alguno se atreve a discutir la dignidad de tu nacimiento.

»Estábamos en guerra. Toda mi vida ha sido una batalla para mí.

»Aquella noche yo esperaba a los delegados helvecios y a los de Baviera, pero no llegaron. Los helvecios habían muerto en el camino a manos de Anjou y los otros cambiaron de opinión antes de llegar. Gente prudente. Demasiado prudente. Por lo que veo, tu enemigo será también la casa de Anjou, como es mi enemigo hoy. Ten cuidado con ellos, porque nos seguirán con su odio a través de las generaciones.

»Naciste a las tres de la mañana. Lo digo por si alguna vez quieres consultar, como hacen otros, la posición de los astros. Yo recuerdo que no dormí aquella noche. Al amanecer andaba por el parque. Y llovía. La lluvia era como una sucesión de cortinas superpuestas que nos separaban de la

vida a los tres: a tu madre, a ti y a mí. Me gustaría estar para siempre separado de la vida con vosotros dos a mi lado y ver qué sabor tiene la paz. Pero comprendo que no es para mí. Cuando seas hombre de guerra, sirve a España, preferentemente a Aragón y, si es posible, contra los infieles de Oriente.

»Si combates en Europa, que sea bajo banderas enemigas de los Anjou».

Siempre le había llamado la atención a Roger aquella parte del testamento de su padre. La lluvia, una sucesión de cortinas. No le parecía adecuado aquello en un testamento y menos de un guerrero muerto a golpes de mangual. Quedó Roger huérfano cuando no había aún aprendido a balbucear las primeras declinaciones latinas. Y Anjou andaba diciendo que lo mataría y lo enterraría con su padre.

Entró de grumete en un barco templario a las órdenes de un famoso almirante que llevaba debajo del hábito de fraile el hacha de abordaje y el puñal de tres filos. El barco era el *Halcón*, de quince bancos y seis velas. Aquel almirante bebía y blasfemaba, y a falta de cruz hacía besar los gavilanes de su daga a los enemigos prisioneros antes de ahorcarlos.

Allí aprendió Roger a ganar batallas y a perderlas. En tierra firme o a bordo. En las persecuciones que sufrían los templarios por parte de los reyes de Francia y de España y del mismo Papa, el almirante del *Halcón* había quemado el estandarte del Pontífice y desafiado y batido a sus tropas varias veces.

No le gustaba a Roger la vida en las galeras, que eran nidales de piojos a causa de los galeotes.

Cuando los templarios fueron destruidos, Roger se acercó a Fadrique, rey aragonés de Sicilia, y llegó a ser a la sombra de sus banderas por algunos años el señor del Mediterráneo.

Por fin, segura ya la situación de Fadrique, se dirigió Roger a Constantinopla con un puñado de combatientes escogidos, accediendo a los requerimientos del rey bizantino Andrónico II. No se hacía muchas ilusiones, pero prefería guerrear a pie firme. En el mar, la victoria la decidían con frecuencia no el valor ni la argucia, sino el viento y las olas. Y la quitaba tal vez el resentimiento satánico —tan natural— de los galeotes.

A pesar de su apariencia adusta, Roger era ligero y fácil a la broma. Lo que sucedía era que había tenido pocas ocasiones de sonreír en su vida. Su sonrisa no duraba mucho. A veces se ponía a pensar en su pasado y se extrañaba de no recordar un solo hombre a quien pudiera llamar amigo.

Pese también a su aspereza exterior, Roger resultaba entre los cortesanos —cuando no había otro remedio— brillante sin esfuerzo. La taciturnidad no le era natural, sino más bien un hábito impuesto por los años en que sirvió como caballero templario, mitad fraile mitad soldado, acostándose cada noche sin saber si despertaría en el infierno. El Papa había exterminado a los templarios y perseguía aún a los supervivientes con bulas de excomunión.

Las persecuciones del Papa, secundadas por algunas cabezas coronadas, y la calidad de bastardo de Roger de Flor habían convencido muy pronto al capitán de que sólo la más extremada habilidad, la violencia y la crueldad, si era necesario, le abrirían un futuro. Ese futuro tal vez le esperaba en aquella ciudad mixta de Europa y de Oriente, donde el Cristianismo usaba una liturgia propia y distinta, las iglesias eran rematadas por cúpulas en forma de bulbo y las cruces tenían doble brazo horizontal. Y donde la autoridad del Papa no alcanzaba.

Las compañías de almogávares se iban formando en tierra. Un soldado zapateaba al desembarcar como si quisiera comprobar que pisaba tierra y no tablas vacilantes. Algunos se mostraban pesados y toscos de movimientos.

La impresión que daba la ciudad a los expedicionarios catalanes y aragoneses era confusa. Por un lado se veían hombres vestidos al modo galante de Italia. Por otro, griegos pintorescos y judíos melenudos. Todos aquellos seres macilentos parecía que tenían hambre. A veces pasaban algunos turcos con la cabeza baja y aire de esclavos. En Oriente dan siempre los hombres, incluso los ricos, la impresión de que no comen bastante.

Se acercaba a la orilla el capitán Lope de Azedo, que mandaba la guardia. Era hombre de reglamentos y paradas:

—¿Lista de batallones, Roger? —preguntó saludando.

—¿Para qué? ¿Ha habido riñas y muertes en el camino? ¿No? ¿Se ha tirado alguno por la borda?

—No, señor.

—Entonces, estamos todos —decía Roger—. No hay que pasar lista. Acabad pronto la formación. Las banderas, en medio.

Pocos minutos después estaban en tierra todos los expedicionarios con sus insignias y sus estandartes. Roger seguía a bordo. Se hacía cargo de las fuerzas en tierra Fernán Jiménez de Arenós, aragonés de la montaña, pariente de los Abarcas. Era un hombre joven, con el hábito natural de la autoridad, a quien miraba Roger desde el puente, complacido pero reticente.

Muntaner, que tampoco había desembarcado, se acercaba a Roger bromeando. La cara de Muntaner, al revés que la de Roger de Flor, era ancha, cómoda y abierta. Pero tratándolos de cerca se veía pronto que el taciturno Roger era en el fondo confiado, y el franco y simple Muntaner era o podía ser receloso y extremadamente cauto. Con Roger de Flor nunca se creía obligado Muntaner a usar de su cautela.

—¿Has visto el camarote del chino? —le preguntaba.

Roger estaba atento a las evoluciones de Fernán Jiménez de Arenós y al caballo que montaba:

—Muntaner, aquel caballo es mío. Es *Payés*.

—¿No has visto el camarote del chino? —insistía Muntaner.

Había en el barco un cocinero chino. Se había pegado a la galera como una de las lapas que se adherían a la quilla bajo la línea de flotación.

—Aquel caballo es *Payés*. No me gusta que monten mis caballos porque se vician.

Muntaner no le oía y volvía a preguntar:

—¿De veras no has visto el camarote de Chon Fu?

Roger se ajustaba un cinturón con guarniciones de oro y seguía distraído:

—Mis caballos no los debe montar nadie más que yo.

Muntaner volvía a preguntarle por tercera vez si había visto la cámara del cocinero chino.

—¿Qué pasa con él?

—Lo tiene llena de muñecas, algunas tan grandes como él. Están articuladas y mueven la cabeza. Otras, las caderas. Las vende, según dice. Es su contrabando. Pero necesita autorización tuya para desembarcarlas.

Se oían añafiles y tambores. Comenzaron también a sonar los campaniles de las iglesias. No sonaban como en España o Italia, que tienen en las torres campanas grandes y sólidas de poderosos badajos, sino con un sonido de colleras de hacanea o de esquilas de ganado.

«La diferencia está —comentaba Muntaner— en que nosotros tenemos campanarios y los griegos de Constantinopla tienen campaniles. Nuestras campanas son resonantes y se llaman Bárbara, María, Rita, para precaverse contra las tormentas. Las de Constantinopla son pequeñas, doradas, cascabeleras, y se llaman Basilia y Teofilacta.»

—¿Dónde has aprendido tú tanto sobre esta tierra? —dijo Roger.

—Pero hombre, Bizancio es un imperio con dieciocho siglos de historia.

Sonaban las esquilas de los campaniles. Había muchas en cada iglesia. Allí donde los españoles tenían una, ellos tenían cincuenta, aunque más pequeñas y pintadas de oro y plata. El aire estaba lleno de ondas que llevaban a los oídos de los soldados armonías nunca oídas antes. Roger contenía una sonrisa en el extremo izquierdo de su boca. Muntaner adivinó sus reflexiones y dijo:

—Esas campanas parecen pertenecer a una iglesia y a un imperio de juguetería.

Al mismo tiempo pensaba que aquella voz de Bizancio era una voz virgen para los españoles.

Roger miraba hacia la avenida del fondo. «¿Quién vendrá a recibirnos?», se preguntaba. Pensaba esperar a bordo hasta que llegara alguien digno de la lucida corte de capitanes catalanes que llevaba consigo.

No tuvo tiempo para dudar porque Arenós se acercó al galope, se detuvo en seco y saludó con la espada desnuda:

—El Emperador se acerca con sus dignatarios.

Las trompetas del ejército catalán tocaban la marcha de infantes.

—Está bien, Arenós. Que presenten armas.

Roger saltó a la cubierta. Llevaba un coselete negro y oro y el yelmo de gala. Por encima del coselete se veía el cuello de una camisa de seda. Al llegar a tierra montó en un caballo negro, y el cornetín de órdenes sonó tres veces. Todo el mundo presentó armas. Roger hizo una seña a Arenós, quien

se emparejó con él. Asegurándose el yelmo, le preguntó con una expresión dura:

—¿Quién te ha autorizado a montar a *Payés*?

Arenós fingió que no le había oído. El caballo caracoleaba impaciente. Otros relinchaban aquí y allá, felices de verse en tierra. Muntaner llegaba detrás en su caballo blanco, al trote largo. Llevaba también coselete y yelmo, pero había algo en él que revelaba al letrado más que al hombre de armas.

Las tropas estaban formadas. Los capitanes y muchos caballeros vestidos de seda y brocado, con oro y plata en sus armaduras, daban una impresión abigarrada y colorista. Eran los jinetes más de mil quinientos. Sus banderas flotaban en la brisa mañanera. Los rostros descubiertos mostraban descanso, fortaleza y confianza. Había perfiles de ave de presa y también de cerdo y de perro, sobre todo entre los almogávares, muchos de los cuales tenían cicatrices en el rostro que los desfiguraban.

La infantería almogávar, formada en compañías, daba la impresión selvática de siempre. Iban todos vestidos de pieles de animales salvajes, calzados de abarcas y tocados con una especie de capacete o enrejado de hierro que hacía el lugar de yelmo. Había algunos almogávares que parecían niños imberbes. Otros, próximos a la vejez, ostentaban un vientre solemne y barbas grises.

Eran los almogávares gente feroz, con algo en sus maneras de la libertad áspera de los montes de Aragón. Los campaniles, sonando, ponían con su delicadeza femenina un contraste curioso. Los hombres, mirando a su alrededor y oyendo aquel metálico guirigay, no sabían qué pensar. Había soldados de cincuenta años que parecían de piedra toscamente labrada, con sombras verdes. Todos con armas iguales: una espada, dos puñales y tres jabalinas o grandes dardos (como medias lanzas) con punta de flecha y plumas en el remate del asta. Sus armas defensivas eran pocas y frágiles. No llevaban peto, ni quijotes, ni celada.

En su conjunto daban una impresión rara y algunos griegos sonreían burlones.

Viendo la befa de los griegos, Muntaner pensaba: «La apariencia os engaña, hijos de la gran Troya. Vuestros campaniles son pocos para celebrar

la llegada de los almogávares».

Por la avenida que se abría al fondo de la explanada desembocó la comitiva imperial. El Emperador llegaba en un caballo cubierto de oro, sedas y pedrería. Traía a su derecha a su hijo Miguel, joven de piel curtida y ojos negros y febriles. El Emperador aparentaba unos cincuenta años y tenía una expresión naturalmente afable.

Les precedían chirimías, pífanos y timbales. Era una comitiva brillante, toda barbas grises, reflejos de brocado y raso, y caballos con enormes gualdrapas colgantes. Detrás del Emperador se acercaban más de doscientos nobles montados en caballos alanos o kirguises, con sus dalmáticas de oro y sus mitras.

Las tropas aragonesas y catalanas presentaban armas y Roger y el Rey, después de cambiarse saludos, pasaron revista llevando detrás a Muntaner y a Arenós (y al príncipe Miguel, hijo del monarca y heredero del trono). Arenós no hablaba. Era inútil, porque suponía que Miguel no le entendería. Y ante todas aquellas grandezas pensaba que el Emperador tenía su palacio —se veían cerca las terrazas—, pero Arenós tenía también el suyo en Aragón. Le gustaba a Arenós, en momentos de gran ceremonia, alejarse con la imaginación o con el recuerdo; y mientras caminaba al paso de su caballo, pensaba en su propia casa. En su propio solar de gran señor campesino. Todavía no sentía nostalgia, sin embargo. Era más fuerte la curiosidad de las tierras nuevas.

Terminada la revista, el Rey dijo a Roger, valiéndose de un intérprete:

—En mi casa tiene habitaciones dispuestas y puede llevar consigo su propia servidumbre. Yo lo esperaré para almorzar y presentarlo a mi familia.

Y sonrió de un modo confidencial y amistoso que conquistó a Roger y le hizo pensar con optimismo en el provecho de la expedición. El Emperador dijo a Roger que podía anunciar a sus tropas el pago de cuatro mensualidades como aguinaldo. Roger estaba muy satisfecho con todo aquello y no podía evitar la siguiente reflexión: «El Emperador debe estar muy necesitado de nuestra ayuda». También esto halagaba a Roger.

Pidió Arenós permiso para desfilar con las tropas hacia el barrio de Blanquerna, donde, según le dijeron, tenían sus cuarteles. Después de

presenciar Roger y presidir con el Emperador el desfile de las primeras unidades, la comitiva imperial se marchó, precedida de pífanos y añafiles, como había llegado. Parecía de veras una cabalgata y cortejo de muñecos o figuras de las estaciones del Corpus, con más aire religioso que civil. Eso se debía tal vez a las dalmáticas festoneadas de oro, a las mitras y a aquellos delicados campaniles que no dejaban de tocar.

Detrás del Rey se veía, acompañado de la cruz griega, toda reflejos, al Patriarca de Constantinopla y archimandrita de Santa Sofía, padre Alejo. Tenía una expresión inmóvil de campesino. La hermosa catedral lucía sus cúpulas no lejos del palacio imperial bajo el primer sol.

Camino de Blanquerna, el príncipe Miguel, que acompañaba a Roger, miraba extrañado a los almogávares, cuyos vestidos de pieles contrastaban con el lujo de los caballeros.

—Nunca he visto una infantería como la vuestra —dijo.

A Roger de Flor le gustaba ir directo a las cosas:

—¿Quiere decir una infantería tan deslucida? En el campo se ven los soldados, alteza, y no en los desfiles.

Pensó el príncipe Miguel: «Habla de un modo expedito, como un soldado, pero tiene el acento conciliante del cortesano». Le gustaba y no le gustaba, al mismo tiempo. Miguel, a veces, lo miraba de reojo entre la admiración y el recelo.

Las tropas quedaron instaladas en una ciudadela limpia y bien condicionada, entre el barrio genovés (el barrio de Pera) y el alano o masageta. El príncipe Miguel iba y venía curioseándolo todo. Se le veía mirar todavía con humor las pieles de los almogávares. Por fin se fue, diciendo a Roger que lo esperarían en el palacio para almorzar. Le dejó como ayudante al duque de Nastogo, capitán general de los *romeos*, es decir, de los ejércitos bizantinos, hombre viejo con movimientos rígidos que no se sabía si eran de orgullo jerárquico o de reuma.

Advirtieron que el barrio que tenían delante no era romeo, sino europeo. El duque de Nastogo, volviendo el rostro y con él toda la parte superior del cuerpo, como si tuviera la nuca rígida, les dijo:

—Tienen razón vuecelencias. Es el barrio de los genoveses.

Roger se alarmó cómicamente. ¿También había genoveses en Constantinopla? Decir genoveses era entonces lo mismo que decir prestamistas, es decir, acreedores.

Y los campaniles seguían tocando.

Parece que al archimandrita le gustaban también las tropas mercenarias de Aragón y Cataluña. Incluidos los almogávares.

Al mediodía Roger acudió al palacio imperial.

La comida con el Rey fue protocolaria y no se habló de nada apasionante. En lo posible evitaron el tema político. Roger fue el único español invitado. Estaba en la mesa toda la familia del Emperador, quien preguntó por el Rey de Sicilia y discreteó con Roger sobre los templarios, los intereses del Papa y las casas fuertes de Francia. Tenía Roger en la mesa, enfrente, a la princesa María, sobrina de Andrónico. Era una muchacha de unos quince años, con el aura de la virginidad. Y, sin embargo, una muchachita ya hecha y derecha, los ojos seguros de sí y un perfil cargado de herencias extrañas y sutiles. ¿Rusa? ¿Alana? El Rey la presentó diciendo que era hija del kan Azán de Bulgaria y de la duquesa Irene, su propia hermana allí presente. La duquesa estaba al lado de Roger y tenía sus feudos natales en aquellos territorios de su hermano, en Nicea, patria de Constantino, y en Tesalónica.

La esposa del kan de Bulgaria tenía los atributos de una reina. Por eso en la corte la llamaban la reina Irene.

A veces la princesa María le parecía a Roger una niña. A veces, una verdadera mujer. Era demasiado delicada —pensaba— para mujer, y sin embargo, su mirada era firme. Sabía sostener la de Roger e incluso sonreír con un ligero acento de ironía. De una ironía dulce que no hacía mella.

La princesa María miraba a Roger y probaba a hablar castellano.

Era el Rey hombre alto, blanco de piel y gris de cabello. Las barbas eran blancas, pero no revelaban vejez, todavía. La piel, sonrosada y tensa. Las grandes melenas echadas atrás dejaban ver las orejas de una delicadeza un poco femenina. Tenía un continente calmo y una voz suave y un poco engolada, por afectación. Los Paleólogos eran gentes de aventura y de buena suerte. Andrónico se mostraba afable y dulce. Nadie le había visto nunca irritado. Pero, según sus íntimos, casi todos los días, cuando se

retiraba y se quedaba solo, lloraba. Las dificultades de la corona (la necesidad de ser siempre mejor y mejor que sus súbditos) le producían fatiga y tristeza.

El padre de Andrónico había sido duque regente del Imperio y tutor del príncipe heredero, a quien encarceló antes de alzarse fraudulentamente con la corona en 1260. La deslealtad del duque Miguel —padre de Andrónico— acabó con la dinastía de los Ducas, emperadores niceos. Y el segundo de los Paleólogos era un hombre agudo, delicado y de una exquisita afabilidad, detrás de la cual se adivinaba una firmeza antigua.

Roger era observado por Irene, hermana del Emperador, y por María, su hija, con un entusiasmo no disimulado. Tenía Roger la distinción natural de los hombres de cuerpo grande y cabeza pequeña. Interesaban a aquellas mujeres las maneras de Roger, distintas de las de Oriente. El Emperador hizo saber que estaba en excelentes relaciones con sus vecinos. Hablaba de su fraternal amigo el kan de Bulgaria, su cuñado, gran cazador de volatería que tenía los mejores jerifaltes de Levante. La duquesa Irene miraba a Roger como si pensara: «No es necesario creer todo lo que el Emperador dice». Roger se asombraba y disimulaba. Desde el primer momento tuvo la impresión de que la reina Irene no respetaba a su hermano.

Andrónico dio a entender a Roger que estaba al tanto de sus enojos privados. No se lo hizo directamente, porque el Emperador solía ir a las cosas con rodeos:

—El Obispo de Roma —así llamaba al Papa— no tiene aquí representante oficial ni oficioso, señor Roger de Flor.

Dándose cuenta Roger de su intención, fue, como solía, al fondo del asunto:

—Hay quien cree que el Papa daría algo por mi cabeza, pero siempre se exagera en materia de amores y de odios. En todo caso, me es lo mismo. Tiene más miedo el Papa de mí que yo de él.

El Emperador rio y dijo que debía repetir aquellas palabras delante de Alejo, Patriarca de Constantinopla. Parecía pensar complacido que Roger no tenía pelos en la lengua. Y añadía:

—Nuestro Patriarca cree que el Obispo de Roma es el Anticristo y lo explica con textos sagrados valiéndose de la Epístola de San Pablo *ad*

tesalonicenses. Dice que el *hombre de iniquidad* es el Papa.

Entonces el Papa tenía su ejército y, en cierto modo, hasta su policía internacional.

Después de la comida se celebró una recepción en la cual el Emperador entregó solemnemente a Roger las insignias de *megaduque*, es decir, de gran duque del Imperio. El acto fue en un salón contiguo, donde se había reunido lo más florido de la nobleza. En sus actuaciones públicas, el Rey tomaba una apariencia rígida y altiva; era el estilo tradicional. Y Roger se dio cuenta de que su párpado izquierdo, que era más pesado que el otro, cerraba casi el ojo del mismo lado cuando el monarca se sentía contemplado por la corte y obligado a hablar en público. Era nervioso el Emperador, y su altivez, resultado de un esfuerzo interior sostenido. Después de dar a Roger las insignias de megaduque delante de todos, alzó los brazos con sus mangas de seda pajiza colgantes, lo abrazó y lo llamó *primo mío* en griego.

Observó Roger que el Emperador era protocolario y apegado a las formas, lo que le pareció indicio de debilidad de carácter. Una vez nombrado megaduque, el Rey quiso mostrarle todavía más confianza. Lo llevó aparte, le habló de los turcos, a quienes llamaban unas veces *perros moros* y otras *sucios beduinos* o *mamelucos*, pero sin alterarse ni cambiar el tono de su voz. A los latinos (los pueblos al occidente de Grecia) no parecía estimarlos tampoco gran cosa. Es decir, exceptuando las casas reinantes, sobre todo la de Sicilia. Los pueblos latinos le parecían —decía— falsos y amigos de banderías y comunidades. Las casas feudales de Francia estaban formadas por verdaderas serpientes venenosas, con excepción, repetía, de la de Bearn. Roger pensó que algunas de aquellas casas estaban emparentadas con la dinastía nicea de los Ducas, destronadas por el padre de Andrónico, y debían digerir su resentimiento como podían. Tal vez Andrónico estaba con ellos en la misma situación que Roger con el Papa.

Pero no importaba. «La armonía —pensaba Roger— no es de este mundo.»

María no estaba en la sala. Había ido a cambiarse de vestidos porque con los que llevaba en la comida —dalmática de oro y pedrería— podía estar sentada, pero apenas podía sostenerse de pie y caminar.

Vio Roger entre los nobles griegos algunos vestidos a la europea, que le fueron presentados como genoveses. Eran entonces los genoveses navegantes y hombres de comercio y banca. Gente rica que en todas partes mostraban una tendencia a considerarse por encima del ambiente.

La princesa estaba en la sala contigua, desde donde llegaban atenuadas músicas y risas. Con un oído pendiente de aquellas risas, Roger escuchaba a tres genoveses que le hablaban en un castellano toscanizado. Roger respondía con graves movimientos de cabeza pensando en otra cosa. Pensaba Roger que en Constantinopla, igual que en otras partes, la aristocracia se ocultaba entre sus pergaminos y blasones y aparecía al lado del Rey severa y grave como los iconos en sus nichos de mármol dorado.

Iba y venía el Patriarca Alejo, que no había asistido a la comida, lanzando miradas curiosas y paternales sobre Roger. Cambiaron algunas palabras en latín. Era el sacerdote un hombre virtuoso que había sido víctima de toda clase de calumnias de sus rivales políticos. Esto había llegado a desmoralizarlo y últimamente servía de alcahuete al Rey para asegurarse el puesto de Patriarca.

—¿Hace muchos años que vuestra paternidad dirige el clero de Grecia? —preguntó Roger.

—No, no —se apresuró a decir el Patriarca, deslumbrante de sedas y oro—. Sólo tres meses.

Luego supo Roger que el Emperador no quería que los Patriarcas duraran y echaran raíces, porque deseaba proclamarse a sí mismo jefe de la iglesia oriental y buscaba a alguien que tuviera el amor del pueblo pero que careciera de personalidad y de don de iniciativa. Alejo añadió:

—No importa quién es el Patriarca. El verdadero jefe de nuestra Iglesia es su Majestad Imperial.

Roger se dijo: «Este hombre mantendrá la mitra sobre la cabeza más tiempo que los anteriores». Parecía prudente y alerta.

La reina Irene llegó y tomando del brazo a Roger le dijo:

—¿Sabe lo que el Rey don Fadrique, de Sicilia, escribió a mi hermano sobre usted? Pocas palabras, pero buenas. Dijo: *Roger es un hombre que hace bromas y donaires con las mismas cosas que a los más bravos les ponen los cabellos de punta*. Eso dijo.

La tarde avanzaba y se mostraba soleada y dulce al otro lado de los cristales. Roger iba a responder cuando llegó el príncipe Miguel muy excitado, diciendo que un almogávar había desafiado a dos caballeros de la corte de Andrónico que se habían atrevido a reírse de su traje. Les dijo el almogávar que estaba dispuesto a pelear a pie contra los dos montados y armados de punta en blanco, es decir, cubiertos de hierro. El príncipe no podía creer aquello y llevaba a Roger y a su augusto padre la noticia. Roger dijo que se podía hacer la prueba y todos salieron a una galería que dominaba la plaza de armas. El Emperador los autorizó a combatir y fueron a armarse para el combate. El almogávar a pie, calzado de abarcas y con las espinillas protegidas por cueros curtidos por dentro, frotaba su espada contra el suelo y decía algo como un conjuro entre dientes.

Llevaba la espada y un hacha pequeña en el costado. Llevaba también dos jabalinas arrojadizas.

El almogávar salió a un tercio de la plaza a esperar a los caballeros. El primero apareció seguido de cerca por el segundo. Al salir el primero, el almogávar le lanzó a distancia una de las jabalinas que atravesó la armadura del caballo como si fuera de papel e hirió al animal detrás del brazuelo. Cayó el caballo malherido. El jinete yacía en el suelo tratando de incorporarse, molido y con la lanza rota.

El segundo caballero saltó con su animal sobre el almogávar, pero el soldado se hizo al lado contrario de la lanza y arrojó de cerca la segunda jabalina contra el anca del caballo. Los dos animales yacían en tierra y el almogávar iba con el hacha levantada sobre el primer caballero, y los habría matado a los dos si el Emperador no interviniera diciendo que era ya bastante y que daba la victoria al almogávar. Había sucedido la refriega en poco más de un minuto. La gente gritaba: *¡Bravo, vítor!*

El príncipe Miguel estaba entre asombrado y ofendido. No tenía el príncipe una idea muy elevada de sí mismo, y claro es que la tenía peor de los demás. Lo que le ofendía en la valentía de los almogávares no era su aire sanguinario y brutal, sino la pureza que parecía ir adscrita a esas cualidades. Los almogávares parecían bestias de la selva; pero, como ellas, daban una impresión de pureza irresponsable. No sabía qué pensar el príncipe Miguel.

Tenía el príncipe exteriormente ese aire taciturno, sombrío y evasivo que acompaña a los hombres de grandes necesidades licenciosas, y el color terroso de los libertinos. Ocultaba con cuidado su «vida secreta». El miedo a ser descubierto —cuando todo el mundo sabía hacía tiempo a qué atenerse — hacía de aquellas circunstancias algo un poco repelente.

Todo esto quitaba gracia y majestad al príncipe, quien detrás de la conciencia de sus vicios podía ser violento e impertinente. Había en él cierta natural aptitud a la crueldad. Miraba al almogávar victorioso con recelo y simpatía.

Para Miguel, Constantino I, padrino de bautizo de la ciudad de Constantinopla, había sido siglos atrás un hombre meritorio y digno de ejemplo. El hecho de ser consagrado por la Iglesia Católica como su más grande favorecedor a pesar de que asesinó a su esposa y a su hijo le parecía un ejemplo de habilidad y de disimulada energía. Cualquier forma de ocultación de un vicio o un crimen le parecía a Miguel admirable.

Desde el incidente del almogávar y los dos caballeros griegos, los soldados de la infantería de Roger merecieron el respeto de todo el mundo a pesar de su apariencia incivil. Algunos griegos se hacían lenguas del arrojo sereno del almogávar, a quien el Emperador regaló cincuenta escudos de oro.

Aunque Roger vivía en el palacio imperial, iba cada día a los cuarteles donde estaba su tropa. Todo el mundo parecía contento en Blanquerna y los soldados se sentían ricos con sus cuatro pagas y las promesas del botín cuando el caso llegara.

No faltaba el vino en los cuarteles y a su calor se producían canciones, música y chanzas. Hasta los aragoneses menos locuaces, como Ustarroz o Vallés, el de Binéfar, hablaban por los codos, y los más graves catalanes, como los dos Fruelas (Fruela Samper y Fruela del Pueyo), bromeaban y cantaban a dúo canciones del Ampurdán. Comenzaba a parecerles también Bizancio la tierra prometida.

En los cuarteles todo estaba en orden. Cada cuadra para veinte hombres tenía una chimenea y había un depósito de leña cada cinco cuadras. Pero aquellos cuarteles estaban hechos para tropas ordinarias y no para almogávares, muchos de los cuales llevaban consigo a su mujer y a sus

hijos. Hubo que reducir, pues, a la mitad el número de soldados destinados a cada cuadra. Y esos soldados las dividieron con cuerdas tendidas y cobijas colgadas.

Todavía quedaba un espacio libre en cada cuadra para reunirse los hombres y beber y charlar o jugar a los dados. En aquel espacio dejaban las armas, y los muchachos que no alcanzaban aún edad militar las vigilaban por turnos de seis horas. Este orden era el mismo en todas las cuadras. Las armas que había que velar en ellas eran, por lo general, sólo venablos o jabalinas, ya que las espadas o las hachas y los rompecabezas solían llevarlos los mismos almogávares colgados de la cintura. En los muros de cada cuadra había cruzados dos manguales.

La diversidad de los idiomas que se hablaban en las calles creaba una distancia entre los soldados aragoneses y la población. Los almogávares, sobre todo, no se fiaban nunca por completo y solían llevar, además de sus armas agresivas, el capacete de hierro en la cabeza.

Arenós se aburría. Pensaba en su patria lejana, donde tenía un solar hidalgo. La casa de Arenós, al pie de una colina en Sobrarbe, tenía la gracia de los abadiados que antes habían sido almunias moras. La arquitectura armonizaba bien con una avenida de cipreses que cubría del viento frío el ala norte y con otras avenidas de tilos y abedules. En invierno, la casa (más monasterio que castillo) no era fría porque conservaba bien el calor de mediodía. En verano no había un lugar más fresco, y cuando Arenós volvía de cazar, tenía que estarse un rato en una galería exterior abierta al sol para atemperarse antes de entrar en las frescas habitaciones.

Eran esas habitaciones como grutas a salvo de la intemperie.

Tenía Arenós grandes perros mastines para la guarda de la casa y galgos para la caza. Había educado, además, media docena de neblíes para la volatería. Y los tenía en los sótanos con su caperuza, bien alimentados de corazones de pollo.

Había tenido amores Arenós con una jovencita hija de un maestresala suyo, que se llamaba Cristeta y que para él resumía las gracias femeninas del mundo. No dejaba de pensar en ella y se proponía volver a su lado y casarse con ella un día, «si era necesario». No creía Arenós que fuera necesario casarse con nadie. Había visto ejemplos poco estimulantes entre

sus parientes próximos y creía que la naturaleza, mejor que la Iglesia y mejor que la ley, sabía lo que convenía al hombre en materia de afectos y de voluptuosidades. Podía ser Arenós fiel y noblemente dedicado a un amor sin necesidad de creer en el matrimonio, como algunos hombres pueden ser religiosos y virtuosos sin creer en la Iglesia. En esta materia tenía Arenós un lado vulnerable: había matado a un clérigo. Fue en duelo legal, con juez de campo, pero no por eso lo había dejado menos muerto. A consecuencia de aquella muerte Arenós pasó a Sicilia, donde estaba esperando que las jerarquías de la Iglesia lo olvidaran, cuando Roger le propuso la jornada de Constantinopla.

Arenós se encontraba a gusto en Constantinopla. La ciudad estaba bullente de novedades. Al principio, los barrios de la prostitución se animaron con el anuncio de la llegada de un ejército católico. Después, al saber que los almogávares llevaban consigo a sus mujeres, la animación entre las comadres de la trata disminuyó, pero siempre quedaron esperanzas y éstas se cumplieron porque los almogávares, como todos los soldados, amaban la irregularidad.

Abundaban en este barrio judíos y moros, aunque las mujeres más estimadas eran griegas. Se hablaba griego, masageta (ruso del interior), turco, toscano y hebreo. El castellano que se oía a veces sonaba como el griego, parecía más próximo al griego que al toscano, y los soldados catalanes o aragoneses se confundían en la calle, a veces, oyendo hablar a los del país.

Roger había dado la orden de conducirse dentro y fuera de los cuarteles con arreglo a las ordenanzas de su ejército y no a las leyes del país. Naturalmente, esas ordenanzas eran bastante estrictas y Muntaner las había limado de tal manera que no rozaran ni hirieran las costumbres de la tierra. Es decir, que no suscitaran incidentes. Los almogávares eran gente dispuesta a convertir cualquier incidente —sobre todo por la noche— en una hecatombe.

Una de esas ordenanzas era la de no conducirse de una manera individual, es decir, independiente del ejército. Si alguien les exigía algo, si algún griego tenía algo que reclamar, ellos debían remitirlos a sus superiores jerárquicos. La guardia principal de Blanquerna era responsable

de todos los soldados. Los capitanes debían decir la última palabra en materias de competencia con las leyes del país. Cada almogávar era un soldado de tal escuadra de tal sección y tal compañía y no un individuo con su nombre, es decir, con su responsabilidad propia. Esa responsabilidad, en todo caso, la determinaría el oficial de la guardia de Blanquerna si era un problema grave e inmediato, y el capitán de la compañía si admitía demora y reflexión. Todos fueron aleccionados y advertidos en ese sentido por Muntaner, quien a veces tomaba un aire curioso, mitad de fraile confesor, mitad de juez.

Como se puede suponer, los oficiales estaban dispuestos a dar la razón a los soldados contra los naturales, especialmente si éstos no eran griegos.

Sobre la cuadra de la guardia principal de Blanquerna se veían izadas las banderas de Sicilia y Aragón. Cuando el príncipe Miguel se lo dijo al Emperador queriendo denunciarlo, como un acto de descortesía, Andrónico tuvo un comentario sagaz:

—Soldados que saben guardar lealtad a sus señores naturales sabrán guardar también la palabra que me han dado a mí.

El Emperador estaba, pues, contento con ellos.

Por el momento, los turcos parecían quietos en los territorios fronterizos, más allá de la península de Artacio. En Filadelfia habían tomado algunos castillos y exigían tributos, pero amenazaban la ciudad desde lejos, todavía. Roger ofreció al Emperador emplear sus fuerzas inmediatamente, pero Andrónico tenía sus planes. Antes de que el ejército saliera para oriente, quería consolidar su amistad personal y la de su familia y su corte con Roger y con los suyos. Entretanto, esperaba que las concentraciones de turcos, que todos los años se celebraban a principios del verano, tuvieran lugar. La primavera se anunciaba ya. Quería el Emperador que las tropas se emplearan eficazmente contra un ejército lo más poderoso posible.

Tenía el propósito de ligar y obligar a Roger casándolo con una persona de su sangre. Lo que al principio parecía generosidad y amor era también cálculo y prudencia. Un ejército como el de Roger costaba mucho dinero. Ligarse a él por parentesco era obligar a Roger a ponerse al lado de la casa imperial si se presentaban dificultades económicas en el futuro.

Por otra parte, Andrónico necesitaba un plazo para levantar un ejército griego expedicionario. Quería enviar con Roger y sus hombres otros dos ejércitos. Uno de masagetas (rusos de origen tártaro), mandado por un famoso general a quien llamaban Georges. Otro de griegos. Esto del ejército griego le parecía a Andrónico la única manera de hacer compartir las victorias de los catalanes a la nación. Pero requería tiempo y dinero.

Formaban los genoveses dentro de Constantinopla como una ciudad aparte. Eran comerciantes, administradores, intérpretes, juristas, banqueros, armadores de barcos, constructores y contratadores de navíos, hombres de conspiración a veces —en nombre de la república de Génova— e incluso, cuando la ocasión lo pedía, soldados. Mejores en el mar que en la tierra, aunque su infantería no carecía tampoco de prestigio.

Roger conocía a los genoveses. Los había tenido a veces como aliados, a veces como rivales, y siempre como acreedores. No los tomaba en serio, pero disimulaba su desdén porque sabía que no se debe nunca herir el orgullo de nadie si no se le puede a continuación aniquilar. Y era difícil aniquilar a los genoveses.

Había en la ciudad dos sectores sociales bien definidos: la aristocracia bizantina y el pueblo, formado en su mayor parte por artesanos, obreros y peones. Había algunos miles de esclavos negros y turcos y no pocos centenares de seres harapientos de todas clases que vivían de oficios y aventuras imprevisibles. Entre éstos había fugitivos de Persia, de Ucrania, de Mongolia, de las orillas del Indo, renegados italianos que ocultaban su origen, conversos árabes y judíos, algunos iluminados que caminaban con el aire profético de los tipos del Viejo Testamento y sufíes árabes que mendigaban con una escudilla en la mano.

Día y noche iban y venían mensajeros a las fronteras de Artacio. Unas veces del Emperador, otras agentes de los genoveses que tenían sus sistemas de información (como hombres de negocios) con corresponsales en todos los lugares adonde se extendía su trato.

En tiempos de paz Roger hacía mucho caso de las opiniones de Muntaner, que era sutil político y cortesano. Y Muntaner estaba también observando y esperando. Envió correos a Sicilia llamando a algunos capitanes que habían prometido incorporarse a Roger. Sobre todo, los dos

Berengueres: Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort, tan desiguales y tan valiosos cada cual a su manera. Podía ser que cualquier día llegaran de un modo inesperado o que tardaran todavía algunos meses. No estaría mal que alguno de ellos llegara antes de salir los ejércitos al campo.

En todo caso, y por el momento, no necesitaban de nadie. Los capitanes Roger, Muntaner y Arenós se sentían fuertes y suficientes para cualquier empresa. Roger como mariscal de campo. Muntaner como administrador. Arenós como jefe de la caballería.

Los días pasaban.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO II

Así como Roger vivía en el palacio de Andrónico, los otros capitanes se habían instalado en Blanquerna. Desde sus alojamientos se oían los juramentos de los almogávares, las trompetas de la guardia principal y las discusiones de las mujeres en las fuentes a donde iban a buscar agua.

Muchos almogávares preferían dormir al aire libre y sacaban sus mantas y las tendían en el suelo. Por costumbre era para ellos más cómodo el suelo que el blando colchón. El hombre acostumbrado a dormir en tierra no puede gustar de la cama, que se hace incómoda y produce agujetas en los músculos, al menos los primeros días.

Los cuarteles de Blanquerna estaban amurallados y constituían en su conjunto una ciudadela de piedra y ladrillo rojo. Había torreones y casetas coronados de pequeñas cúpulas engastadas de azulejos dorados o azules. Al amanecer y al caer el sol, es decir, cuando la luz llegaba sesgada, los cuarteles de Blanquerna brillaban por todas partes y refulgían como coronados de fuego.

Nadie mejor que el soldado para apreciar el buen sueño y la comida de la paz. Algunos se ejercitaban en las armas a pie o a caballo. Con ese fin había estafermos por todas partes, a los que arrojaban jabalinas o daban lanzadas evitando el retruque de la plomada. Porque los estafermos podían defenderse. El armazón de esos muñecos era de metal sólido y giraba sobre el eje, que estaba engrasado. En un brazo tenían una rodela, sobre la cual debía dar la lanza del jinete. Del otro brazo extendido —de la misma mano — pendía una cuerda en cuyo remate había una plomada de dos libras de peso. Al girar violentamente el muñeco, la plomada giraba con él, alzándose más o menos a la altura de la cabeza del caballero, quien debía, por lo tanto, encogerse o cubrirse con la adarga. Se habían dado casos de

caballeros heridos y hasta muertos en aquellos ejercicios. El estafermo tenía, pues, su defensa y su riesgo.

Para evitar que los caballos se resabiaran, los sacaban a justar. Se oía toda la tarde el ruido de las lanzas contra los estafermos, seguido a veces de risas si la plomada pasaba cerca de la cabeza de alguno o chocaba violentamente contra su adarga.

Otros soldados jugaban a las chapas o a los dados. Algunos tocaban la vihuela y cantaban canciones en el castellano medio provenzal de las tierras de Oc, de Cataluña o de los Pirineos.

Muntaner, Arenós, Fernando de Aonés —éste, capitán de galeras, es decir, marino—, recibían a veces a Georges, general de los masagetas que llevaba consigo un traductor. Encontraban en Georges un hombre precavido y alerta. Se diría que disimulaba curiosidades y que se vigilaba a sí mismo. Evitaba beber cuando estaba con los catalanes y se veía que era un caballero, es decir, un señor. Muntaner y el capitán Aonés tenían la costumbre de calibrar y calificar la nobleza de los otros por rasgos exteriores. A Roger y a Arenós esa nobleza les tenía sin cuidado.

En Blanquerna había sirvientes civiles que ayudaban en los oficios bajos. Sus nombres les sonaban a los españoles de un modo pintoresco. Pelagia, Mónica y Tadea eran mujeres ya entradas en años que se santiguaban con las dos manos juntas al pasar delante de un icono de Santa Sofía. Este se hallaba en la plaza de armas y tenía una cazoleta de aceite y una mecha ardiendo al pie. Se protegía la imagen de la lluvia por un tejadillo cubierto de musgo verde, entre el cual asomaban también los azulejos de colores.

Algunos hombres civiles trabajaban en Blanquerna dedicados a la limpieza de los vanos entre las cuadras, de los pesebres y establos y de las letrinas. También tenían nombres poco frecuentes que sonaban, sin embargo, como los de Castilla: Dalmacio, Basilio y Camilo.

Para que nada faltara había un pobre de espíritu: Simón. Los catalanes lo llamaban Lelo Simonet. Iba y venía harapiento y sonriente. Los esclavos turcos miraban a Lelo con respeto. Algunos, con una especie de temor supersticioso. Otros se burlaban de él. Los almogávares querían que Lelo les divirtiera y Lelo, que a todo decía que sí, trataba de hacer volatines y

juglarías sin conseguirlo la mitad de las veces. Iba medio desnudo y las mujeres lo miraban entre complacidas y escandalizadas. Aquel Lelo Simonet tenía un rostro bien parecido y cierta dulzura en la expresión. Esa extraña belleza turbadora que tienen a veces los imbéciles y los locos.

Algunos días acudían juglares profesionales con espadas, antorchas, serpientes amaestradas, monos u osos. Los centinelas, generalmente, no los dejaban entrar, y los tres perros que vivían en Blanquerna se enfurecían y ladraban. Muntaner decidió autorizar a los juglares dos veces por semana y acudían puntualmente con volatines nuevos y bailarinas. Llegaban en diversos grupos, y una vez dentro, daban verdaderas funciones de circo. El acto final era una especie de pantomima en la que había mujeres hermosas ligeras de ropa. Los capitanes miraban desde las ventanas de sus alojamientos que daban a la glorieta central, donde los volatineros montaban sus tinglados. En aquellas tardes quietas de Constantinopla, el rugido de algún oso, el gañido de alguna mona y las risas a coro de la soldadesca ponían un fondo aldeano e idílico. Los soldados se mantenían más cerca de su tierra, es decir, de su infancia. Porque la patria de cada uno es el reflejo de su propia niñez.

Simonet estaba en la primera fila y era el que parecía gozar más. Al final se unía a las muchachas que hacían la colecta y las ayudaba a recoger del suelo las monedas. Antes de dárselas a las bailarinas (siempre eran ellas las encargadas de invitar al público a pagar), Lelo Simonet besaba el dinero, como si se tratara de una limosna para él. Luego, excitado por las voces y por el entusiasmo de los soldados, se ponía la mano derecha debajo de la axila izquierda y comenzaba a aletear con el brazo como un ave alicortada y a producir sonidos indecentes, con los cuales seguía el ritmo de una especie de canción que, según dijo una de las bailarinas, era el himno de la casa de los Paleólogos.

Los nombres de aquellas bailarinas eran también cristianos —pensaban los almogávares—, pero resultaban cómicos: Procopia, Severiana, Constantina, Nicéfora, Belisaria, Wladimira, Anastasia, Gaya. Se conducían aquellas mujeres con los soldados de un modo recatado y al mismo tiempo complaciente.

Muntaner tenía habilidad para buscar a algunas de aquellas muchachas y perderse con ellas entre dos luces o conducirlas a su morada. Era Muntaner un hombre discreto en su vida privada, hábil en cuestión de faldas y disimulado como un confidente de reyes. Sobre esta última cualidad Arenós y Fernando de Aonés bromeaban, pero Muntaner no se daba por aludido. Aonés, el capitán de galeras, había navegado con Roger por el Mediterráneo y peleado a su lado en los alrededores de Malta y frente a Nápoles.

Era Aonés amigo de cuentos e historias fabulosas. Su aspecto lo denunciaba: flaco, alto, con cara de hacha y una barba florante de chivo: Móvil e inquieto siempre. Con ascuas en los ojos y cierta torpeza al caminar sobre pavimento sólido y seguro. Los tres, Muntaner, Arenós y él, solían andar juntos, menos en las tardes en que Muntaner se sentía enamorado. O también cuando buscaba ruinas históricas y viejos pergaminos. Estaba orgulloso Muntaner de una traducción griega de Ovidio que halló en la tienda de un mercader, firmada por Manuel Planudes, cuyo nombre le parecía catalán. Tenerla consigo le parecía un privilegio.

Comenzaba la ciudad a acostumbrarse a los soldados de Aragón. La gente humilde los admiraba. La aristocracia griega, también. Los genoveses querían vanamente ejercer con ellos la autoridad de su riqueza.

Tardaban los catalanes en comprender la diferencia entre la iglesia bizantina y la iglesia romana. A los almogávares les tenía sin cuidado. Muchos conservaban supersticiones panteístas, adoraban los misterios del bosque y de las aguas, de la luna y de la noche oscura. Georges el masageta y casi todos sus capitanes también estaban más cerca de esas supersticiones de fondo poético que del cristianismo ortodoxo o romano. En España no había inquisición todavía, como en Francia. Todos se sentían seguros y libres en su fe o en su ateísmo. Y despreciaban un poco la iglesia de Constantinopla, sobre todo por las barbas y las greñas de sus curas, en las que parecía no haber entrado nunca un peine.

La casa donde estaban los capitanes —dentro de la ciudadela de Blanquerna— era antiquísima. En un hueco, que era una especie de antiguo balconaje cegado por un muro de ladrillo morisco y que formaba una ancha

hornacina encuadrada por dos columnitas de mármol amarillo, había una colección de ánforas de distintos tamaños.

Eran aquellas ánforas tan antiguas, que podrían haber tenido los perfumes de Nausica o tal vez los vinos del Betis que el rey Gerión envió a Minos de Creta novecientos años antes de la era cristiana, es decir, en los tiempos de Helena de Troya.

Muntaner, que era curioso y letrado, puso sus narices en la embocadura de cada una de las ánforas. Sólo olían a polvo y a alfarería. Aunque a menudo necesitaban los soldados vasijas, no quiso nunca hacer uso de aquéllas, que parecían tener un extraño sentido religioso.

En Blanquerna había capilla bizantina con sus cúpulas frágiles en forma de glande. Muntaner fue el que observó que los minaretes árabes y las torres bizantinas eran (como el arco árabe en sí mismo y desde sus orígenes) una alusión sexual. Muchas cosas de la arquitectura y de los símbolos de las monarquías lo son. El cetro, por ejemplo. Y la flor de lis. Arenós lo escuchaba con recelo. No creía necesariamente todo lo que decía Muntaner. Suponía que leía textos raros y papeles inciertos. Una parte de la cultura era entonces asimilada a la falsedad, a la simulación y a la magia. El saber desinteresado no tenía objeto. Cuando una persona sabía muchas cosas que no servían para nada, la gente comenzaba a pensar que en aquella inutilidad había un riesgo y un misterio. El riesgo de perder el alma y el misterio probable de venderla al diablo. Aunque Arenós no creía en esas cosas, tampoco sentía gran afición por las letras, fueran divinas o profanas.

Una o dos veces se presentaron en Blanquerna sacerdotes de Santa Sofía. Los soldados asistieron a los oficios en la capilla con más curiosidad que devoción. Les interesaban las dalmáticas recamadas de plata y oro, las campanas y la manera extraña que tenían de dar la comunión a los que la querían.

Fueron una noche Muntaner, Aonés el marino y un caballero de Jaca, que se llamaba Gavasa, a picardear por los barrios de la marina, en la parte baja de Pera.

La noche clara tenía en el cielo amatista una luna llena que ponía atravesadas franjas de luz en las calles negras.

Había lugares donde se servían buenos vinos y donde alcahuetas de altura —con ese mismo nombre de *alcahuetas* que, al parecer, había hecho fortuna entre los bizantinos también— hacían los honores. Muntaner discreteaba. Decía que los poetas eran en materia de guerra gente peligrosa, porque en el momento crítico hacían tales cosas y tan inesperadas, que el enemigo se desconcertaba. A eso atribuía Muntaner el éxito de Julio César en sus campañas de Francia. Naturalmente, lo decía en broma, pero explicaba su teoría de tal forma que, si no llegaba a convencer a sus amigos, al menos los dejaba admirados y confusos.

La decoración de aquella casa era como en los tiempos de Justiniano. Lámparas de aceite en huecos semicirculares, en los muros. Mosaicos en el suelo, sin alfombras. Triclinios, todavía como en los refectorios romanos, ánforas para los vinos de Esmirna o de la Bética, vasos labrados con figuras obscenas.

Había varios hombres de aspecto venerable (no era en Constantinopla una vergüenza ir a aquellos lugares) que hablaban italiano, y hallaron otro más joven, un comerciante provenzal, que hablaba al modo de Castilla. Los dos hombres viejos estuvieron explicando a los españoles el origen de la insignia de la media luna que, contra lo que algunos creían, no era turca sino bizantina. Trescientos años antes de nuestra era, cuando Alejandro atacaba Bizancio, apareció en el cielo una luz inesperada —era a medianoche— que descubrió los ejércitos asaltantes y permitió a los bizantinos prepararse a la defensa y ganar la batalla. Desde entonces en su bandera aparece una luna creciente y una estrella, símbolos y blasones que los turcos más tarde hicieron suyos.

Aonés quería oír lo que se decía de los aragoneses y, concretamente, de Roger. Con cierta sorpresa vio que aquella gente no tenía ideas exactas. Creían que el de los aragoneses era un ejército del Papa para exterminar a los últimos iconoclastas.

—¿Cómo?

—Es que el Papa es iconódulo.

Los turcos eran iconoclastas, es verdad, ¿pero qué tenía que ver aquello con el Imperio de Andrónico? Un viejo barbado explicó que todavía duraba

en el país la pugna más o menos abierta entre los iconódulos (adoradores de iconos) y los iconoclastas.

—¿Y usted qué es? —preguntó Muntaner.

—Iconódulo —dijo él, satisfecho.

Añadió que en la historia de Bizancio todo dependía de los emperadores. Si el emperador se llamaba Basilio o la emperatriz Irene, es decir, si eran de origen europeo, favorecían el uso de iconos en los templos. Si se llamaba Nicéforo y era oriental y descendiente probable de árabes, era enemigo de los iconos y cortaba la cabeza a los frailes recalcitrantes en esa materia.

Otro anciano, también barbado pero calvo, se reía de los iconódulos y decía que a un abuelo de él le había hecho un retrato un pintor de Atenas y que un fraile lo compró a la muerte del hijo, le puso una corona de oro encima y ahora lo veneraban como a San Teodosio. Pero lo mejor era que los frailes decían que la mano de aquel viejo del retrato despedía una fragancia balsámica, gracias a la cual se curaban los males de la garganta.

La conversación derivó, pues, hacia los iconos, y Aonés se quedó sin saber lo que en aquellos lugares se decía de Roger y de los catalanes.

Cuando les sirvieron de comer —una comida con varios platos de carne, jalea de pescado y tres clases de vinos—, aparecieron algunos músicos y dos muchachas que bailaban. Eran de pelo entreverado, castaño casi rubio, ojos azules o grises. No tenían nada de orientales. El más viejo explicó que había mucha mezcla de razas en Constantinopla y que por generaciones la guardia imperial había estado integrada por mercenarios ingleses, noruegos, daneses o rusos, gente nórdica y rubia en su mayor parte. El cruce con los griegos morenos del sur daba tipos hermosos.

Los españoles dieron propinas a los músicos y a las bailarinas, una de las cuales fue a sentarse en el suelo, a los pies de Muntaner, a quien llamaba príncipe.

Los tres viejos bizantinos estuvieron de acuerdo en declarar que la sobrina del Emperador, la princesa María, era una de las mujeres más hermosas del Imperio. Cada vez que la citaban, decían: «Dios la bendiga». En cambio, cuando se referían al Emperador dijeron en dos ocasiones:

«cuyo padre Dios haya perdonado». Muntaner sabía que el padre de Andrónico había usurpado el trono, pero se abstuvo de hacer comentarios.

La muchacha que se había sentado a los pies de Muntaner tarareaba una canción acompañando a la música, que había vuelto a alejarse y que se oía en las habitaciones interiores. Un comerciante provenzal, que sabía español, tradujo la letra para Muntaner:

La cigüeña da a sus polluelos
el día de la fiesta un almuerzo
de sapos y culebras
y la luna amarilla la bendice.

Aonés dijo que aquella canción le gustaba. Gavasa, un oficial de *la vall de Arán* como él decía, inocente y bondadoso, pensó que la canción era una tontería. Gavasa solía escribir largas cartas contando todo lo que veía y las enviaba a España. No decía a quién. Sus compañeros lo tomaban a broma, especialmente Muntaner, que había leído una de aquellas cartas y observado que Gavasa escribía sin puntuación en una inmensa frase interminable llena de repeticiones y prolijidades.

Pero Muntaner dijo a la muchacha que cantara otra canción y ella no se hizo rogar:

Todos miran a la tierra:
el cerdo, el gusano,
el toro, el cordero,
todos menos mi hombre
que con sus ojos de águila
mira de frente al sol de mediodía.

Entonces miraron a Muntaner y vieron que tenía ojos redondos, pequeños, un poco hundidos y penetrantes como los de un águila. Al decirlo Gavasa y traducirlo el provenzal, la muchacha soltó a reír y dijo, como si se tratara de una gran picardía, que había inventado aquella letra y la había adaptado a la música. Muntaner la miraba y dijo entre dientes:

—Yo sería capaz de vivir con una mujer así toda mi vida.

—En Ampurias —dijo Aonés bromeando.

—En Ampurias o en Ávila. ¿Por qué no?

Muntaner se quedó callado.

Aonés le dijo que había visto en las faldas de los Pirineos Aragoneses mujeres de aquel mismo estilo, pero un poco más recatadas y, por decirlo así, más —y lo subrayó con ironía— virginales.

Y Aonés añadió que en Alquézar, una villa de Sobrarbe, había una villana llamada Justeta que valía por cualquier princesa. Y se puso a explicar las particularidades de aquella belleza con una elocuencia encendida. Gavasa dijo:

—Estos viejos bizantinos no hacen caso de las mujeres. Yo creo que no les gustan.

Muntaner estaba intrigado por las formas de cortesía de aquella gente que al principio parecían comerciantes o labradores de poca monta y luego se comportaban como señores. Recordaba formas de cortesía parecidas entre los moriscos de clase media y, desde luego, entre los señores muladíes o árabes. Consistía en una afabilidad sin accidentes, no profunda ni insistente pero, por decirlo así, invariable. A Muntaner le gustaba. Solía decir que no había formas de cortesía más exquisitas en el mundo que las que se encontraban en la tienda de un beduino árabe, en la pequeña tienda de tela listada de verde y amarillo, sentados en el suelo alrededor de una tetera sobre una alfombra roja. Insistía Muntaner en que, a pesar de todo, los árabes eran quienes estaban en el secreto. La cortesía de la Italia del norte era de palabras y no le parecía tan refinada. La de Francia, tampoco. La de los árabes era de hechos y se usaba no sólo con los extraños, sino entre padres e hijos y entre esposos.

Aonés sonreía de medio lado:

—Veremos —dijo— con qué clase de cortesía nos reciben los turcos.

—Eso es otra cosa —advirtió Gavasa—. La guerra es la guerra.

Uno de los viejos bizantinos dijo que los españoles eran los soldados mejores del mundo, pero que se acabarían con la difusión y generalización de las armas de fuego. La artillería hacía destrozos en el mar y los haría en la tierra. Y entonces, adiós, *chapetones* de Castilla.

Fernando de Aonés acarició los cabellos de la bailarina que parecía haberse dormido con la cabeza en las rodillas de Muntaner. Fue la caricia que se hace a un gato. Ella suspiró sin alzar la cabeza. Muntaner le ofreció un vaso de vino y ella tocó el cristal con los labios, sin llegar a beber. Cortesía oriental, también. De pronto, la muchacha se levantó:

—¿Quieren que venga el juglar Muley? —preguntó como una niña súbitamente inspirada.

Desapareció y volvió poco después con un joven vestido con calzones anchos y con el torso desnudo, que hizo una serie de reverencias y comenzó a mostrar sus habilidades. La muchacha lo miraba con una devoción que le hizo pensar a Aonés: «Debe ser su amante». Era un joven musculado y con la piel brillante —debía haberse puesto alguna clase de grasa— que se sabía admirado por la bailarina.

Dio a los españoles el tratamiento de excelencias en castellano y dijo algo en griego. Aonés lo miraba con recelo:

—Este —dijo— debe ser algún renegado español.

Miraban al juglar con una indiferencia un poco pugnaz y el muchacho se dio cuenta, y después de hacer tres reverencias caminando hacia atrás, se marchó. La bailarina miró de uno en uno a los hombres, como buscando una explicación, pero Muntaner la levantó del suelo, la atrajo a sí y la besó en los labios. Fue un beso ligero y sin insistencia.

Aquello disgustó a los viejos griegos. Era una falta de respeto a la vejez y uno de ellos se levantó, se inclinó afablemente y se marchó. Quedó el provenzal conteniendo la risa.

—¿Qué le ha pasado? —dijo Muntaner.

—Nada —respondió el provenzal evasivo—. Es tarde y hace tiempo que quería marcharse.

El otro se fue poco después, también.

El provenzal dijo que se llamaba André Dugave, y cuando estuvo seguro de que los viejos se habían alejado bastante, dijo que los bizantinos eran gente refinada, supersticiosa y muy diferente de la gente europea.

—Están siempre haciendo teatro —dijo—, es decir, mintiendo. Pero se mienten a sí mismos también.

Muntaner quería seguir oyendo a aquel provenzal:

—Pues no lo parece —dijo.

—No, claro. Son grandes artistas. ¿Ve usted que parece que ustedes no les interesan? Pues no piensan en otra cosa que en ustedes, en la ropa que llevan, en la manera de hablar y de mirar, en sus orígenes sociales. Son curiosos como los gatos y disimulan su curiosidad como las mujeres.

La muchacha creía que estaban hablando de ella. Muntaner le preguntó cómo se llamaba.

—Humberta.

Luego, sonriendo, le dijo:

—Es verdad, Humberta. Estamos hablando de ti y diciendo que debes ser hija de turco y de china.

Aquello que debía ser un elogio —después de haber oído al anciano griego decir que eran las mujeres más hermosas del mundo— le pareció a la muchacha ofensivo. Se puso triste y dio la impresión de que iba a llorar.

Considerarla turca, aunque sólo fuera por parte de padre, la había herido. Entonces el provenzal le explicó que Muntaner había querido elogiar su belleza y la muchacha dio un gran suspiro y dijo:

—Yo soy hija de masageta y de bizantino.

Era un grado menos de china (masageta-tártara) y un grado menos de turco (bizantino de origen oriental y no europeo). Muntaner dijo:

—Es lo mismo que yo decía, sólo que suavizado y amerado.

Añadió que, «amerada y todo» —es decir, mezclada con agua para hacerla menos alcohólica—, aquella muchacha se le subía a la cabeza.

Transcurrió el resto de la velada sin accidentes.

Cuando salieron de aquella casa encontraron en la puerta una pareja de vigilancia de Blanquerna que los siguió hasta los cuarteles dándoles custodia. El provenzal André dijo que el anciano griego solía hablar mal de los cruzados franceses para molestarle a él, porque era nieto de un cocinero de Arlés que fue con los ejércitos de Godofredo. A Muntaner le pareció raro que no se declarara noble por los cuatro costados, como solía hacer la gente de Europa en los países de Oriente, y aquella modestia le resultó inteligente y amable.

Parecía el francés deseoso de amistad e iba a decirle Muntaner que se quedara en Blanquerna si quería como intérprete, pero se calló recordando

que Roger había insistido mucho en que no establecieran contactos con nadie sin una cuidadosa información.

Se despidieron y los tres aragoneses se retiraron a sus alojamientos.

Los capitanes importantes tenían más plazas y raciones atribuidas por la administración militar del Imperio de las que realmente existían en sus escuadrones y compañías. Esta era una medida general en los ejércitos cuando el Rey quería favorecer a los jefes. Así habría sido fácil para Muntaner o para cualquier capitán incorporar a una o a diez personas a sus unidades sin cuidado. Eran «plazas beneficiadas», como ellos decían. Jiménez de Arenós tenía veinte plazas montadas y cuarenta peones más de los que podía justificar. Esto lo hacía la administración de Andrónico sin que Arenós ni ningún otro jefe lo hubiera pedido.

Los días siguientes, aunque era ya la primavera, aparecieron fríos. Lucas de Exea, que tenía la manía del tiempo, decía: «Fríos tardanos, truenos tempranos». Efectivamente, en las semanas siguientes hubo dos o tres tormentas.

Y cayó una pequeña nevada que regocijó a todo el mundo.

Roger pasaba los días en el palacio imperial. Atendía con los secretarios del tesoro a los problemas de la administración. La paga de los soldados se hacía puntualmente en buena moneda de plata y oro (el oro para los salarios de los altos jefes) acuñada en el imperio. Entre las monedas de oro había de pronto algunas acuñadas en otros lugares, en Bulgaria, en el condado de Atenas y hasta en Castilla. Arenós conservaba una de Castilla que no gastaba y de la cual esperaba que le diera buena suerte.

Vestía Roger de Flor como un gran duque, es decir, como un megaduque bizantino. Para trasladarse de un lado a otro no usaba el caballo, sino una carroza dorada que el Emperador había puesto a su disposición. Los lacayos vestían libreas con los colores de la casa imperial, es decir, de seda pajiza.

Todo el mundo iba acostumbrándose a la molicie.

Algunos almogávares se preguntaban si los turcos se habían acabado en el mundo. Se aburrían y tenían ganas de pelea. Gavasa ofrecía dinero a veces al que quisiera pegarle, y decía:

—¡Tres libras jaquesas por una cuchillada!

En Blanquerna habían instalado sus fraguas varios herreros que estaban todo el día trabajando. Cuando una jabalina nueva quedaba lista y aprobada, el almogávar que la poseía clavaba en la punta una zoqueta de corcho como protección y la dejaba en el armero de la cuadra con una señal —una muesca especial en un lado— que la marcaba por suya.

Se oían todo el día los yunques por un lado y por otro.

A veces se oían también gaitas montañesas de piel de cabra, todavía peluda, tañidas por manos torpes e insistentes.

En Blanquerna corría el rumor de que Roger iba a casarse con la princesa María, sobrina de Andrónico. No sabía Roger de donde había salido la especie y anduvo indagando en vano. La noticia le parecía irrespetuosa para la casa del Emperador, y de pronto supo —Muntaner se lo dijo— que el mismo príncipe Miguel, evasivo y taciturno, había hablado de aquello con Arenós y con otros capitanes. Una cosa tan grave no la diría el príncipe si no estuviera autorizado por su padre, el Emperador. Roger se quedaba un poco deslumbrado pensando: «He aquí un Emperador que hace las mercedes antes de recibir los servicios». No sabía lo que aquello podía significar, pero aunque apenas había cambiado con la princesa María algunas palabras corteses, pensaba que la razón de estado podía tener decisiones encantadoras.

De no saber que era búlgara la princesa María, podría pasar por italiana o española. La reina Irene, esposa del kan Azán, había puesto a su hija tres meses antes maestro de español. Cuando Roger llegó a Constantinopla, la muchacha hablaba ya con soltura. No le extrañó a Roger, porque entonces el castellano y el catalán se hablaban en todas o las más cortes del Mediterráneo.

Pero la muchacha había recibido desde su infancia una cultura extensa. Leía latín y griego antiguo con facilidad y estaba familiarizada con la *Alexiada*, poema nacional griego que recitaba de memoria.

Una noche el gigantesco Emperador de la barba blanca le dijo a Roger simulando ligereza y espontaneidad:

—Deseando mostraros mi favor quiero que os caséis con mi sobrina.

Roger replicó que se lo agradecía y que trataría de ser digno de aquel honor. El Emperador añadió algo en griego con su voz atenorada y salió del

cuarto para regresar con su hermana Irene. Era una dama de genio vivo y alegre, la menos protocolaria de la familia. Le ofreció la mano a besar, y al tomarla Roger, ella lo atrajo a sí y lo llevó al cuarto inmediato, donde había varias señoras y dos pajecillos jóvenes. Pensaba Roger a veces que estaba viviendo en un reino encantado. Músicas llegaban de una sala contigua, separada sólo por cortinas damasquinadas. Miró Roger alrededor y vio a la princesa María en un extremo, entretenida con otras dos jóvenes de su edad. Pensó Roger contemplándola que era como un juguete raro y precioso.

Cambiaron una sonrisa. La reina Irene dijo en voz alta a Roger:

—Gracias a Dios que os he visto reír. Hasta ahora sólo había visto nubes y borrascas en vuestros ojos, megaduque.

La reina fue a una mesa y tomó un pergamino arrollado, escrito con letras doradas en griego. Pendía de un lado una cinta con el sello del Rey. La reina Irene, con un gesto de picardía y de intimidad sobrentendida, llamó a su hija, quien acudió ágil como una alondra. Observó entonces Roger que todo en el palacio, lo mismo la sala del trono que el gran refectorio y el cuarto donde se encontraban, estaba decorado y tapizado con sedas de tonos pajizos que daban reflejos de plata u oro, según la luz fuera natural o la de los candelabros. Los vestidos de las personas de la familia real tenían el mismo color. Es decir, matices diversos del cobre o del oro. Y la princesa María era tan frágil —pensaba Roger— que podría rompérsele en las manos si la acariciaba. «¿Es posible —se preguntaba— que *esto* sirva para el amor?»

La princesa María parecía estar no vestida, sino más bien encerrada en un estuche de oro y pedrería.

Aquella noche era en cierto modo —se podía sobrentender— la noche de esponsales.

Roger miraba alrededor, disimulando su curiosidad, y no perdía detalle. Había en el muro un retrato enorme de la reina Irene. Estaba allí con su buena cara de ama burguesa, su mirada tranquila y un tilde de picardía satisfecha en los labios, como si pensara: «Gracias a Dios, en mi familia no se debe nada a nadie».

Pero la reina Irene no era lo que parecía. Tenía un carácter mucho más complejo de lo que aparentaba. Por el momento estaba enamorada de

Roger, como puede estarlo una suegra potencial. Y mostraba el lado inocente e idílico de su carácter.

En el cuarto de al lado se oían los breves chillidos (más de pájaro que de cuadrúpedo) de dos monos titís. A veces la princesa los reclamaba y la duquesa de Nastogo, una anciana herpética, acudía corriendo a buscarlos, los dejaba un rato con la princesa mirándolos desde lejos (porque todos los animales le parecían —según decía— criaturas del diablo) y esperaba un gesto de la princesa para volvérselos a llevar.

Con la vieja duquesa de Nastogo —camarera mayor— había también una doncella a quien la princesa llamaba Gregoria. Era hija de un general alano, ennoblecido por Andrónico, y tenía una expresión siempre de sorpresa, por sus cejas altas.

Cuando llegó la princesa al lado de su madre, ésta le dio el pergamino y le pidió que lo tradujera al castellano para Roger.

La princesa María alzó los ojos hacia Roger y el capitán se preguntó: «¿Es una niña o una mujer?» Por fin, dijo muy serio:

—¿Es posible, alteza, que sepas tantas cosas a tu edad?

Roger era torpemente cortés. Casi todos los soldados lo son pero la princesa María se abrió a las confidencias como una flor.

—No soy tan joven. ¿No sabes que hay pueblos vecinos nuestros para cuyos hombres yo sería ya vieja? Hay gentes de todas clases, en el mundo.

—¿Quiénes?

—Los turcos. Ellos dicen que cuando la mujer sentada en una silla llega al suelo con los pies, es ya vieja. Y tienen razón a su manera, que es la manera de los sátiros antiguos.

—Todo es posible —dijo Roger mirando maquinalmente el pergamino, que era una verdadera obra de arte— con ellos, digo, con los turcos.

—Como dice mi madre —añadió la princesa María con un mohín ingenuo—, tú vas a castigar a los turcos, señor. A mí me gusta la guerra. Es hermosa la guerra.

—Eres hermosa tú, alteza. Más hermosa que la guerra y la paz.

La princesa contestó con una larga mirada y se quedó un momento sin saber qué decir. Luego llamó a Gregoria, la doncella de jornada, que acudió con una diligencia sumisa. Le dijo la princesa algo en griego y la doncella

fue a un extremo de la sala y se puso a maniobrar en una especie de pequeño telar o bastidor vertical. La princesa volvió al documento que le había dejado su madre.

—Atiéndeme, Roger —dijo, y se puso a leer con una vocecita engolada que sin duda le parecía oportuna para aquellas páginas solemnes y de sabor ampuloso—: *A los megaduques, condes, dignidades eclesiásticas y dignatarios todos de mi corte. Al pueblo de Bizancio. Después de implorar la bendición del cielo para mí y para todos vosotros, oh, mis primos y mis vasallos, es mi Voluntad daros a conocer las cualidades personales y la casta natural y la jerarquía que recaen en Roger de Flor cabeza y jefe del ejército que del reino de Sicilia nos es enviado por el Rey Fadrique, que Dios guarde, para fortalecernos contra enemigos comunes de nuestro Imperio y de nuestra religión.*

La princesa hizo una pausa y respiró tres o cuatro veces hondamente. Se la veía escéptica y un poco irónica, como si pensara: «Todo esto es trámite cortesano y no hay que detenerse ni hacer demasiado caso. Al fin, tonterías de mi tío el Emperador, que gusta del boato y de la grandeza». Miraba la princesa a Roger, a veces, como si quisiera darse cuenta de que para él tampoco aquellas cosas representaban nada importante.

Y antes de seguir se justificó diciendo que era deseo de su madre el que le tradujera aquel documento. Y que ella, aunque no lo pareciera, era una niña obediente.

Roger sonrió pensando: «Esta muchacha tiene el gusto de la rebeldía de todos los adolescentes, aún». La princesa siguió:

—Atiéndeme, Roger. Mira lo que dice mi tío: *Sabed, pues, nobles de mi casa, queridos primos míos, que es el señor Roger de Flor hijo de nobles tudescos e italianos, siciliano y aragonés por adopción y real merced. Su padre, Recaredo de Flor, era barón montero mayor del rey Federico de Germania y murió al frente de sus tropas combatiendo contra Charles de Anjou en la tierra de Oc. A los quince años Roger de Flor entró a servir como lugarteniente de grado y blasón del almirante Vassail, en la flota de los religiosos templarios. Navegó en el invicto navío* Halcón *y en él se dio a conocer como hombre de religión, de diplomacia y de guerra. Al entregarse la plaza de Acre a los egipcios, salvó las vidas y las fortunas de los*

cristianos poniendo en riesgo la suya. Después pasó a militar bajo las banderas de don Fadrique, Rey de Sicilia, en la guerra contra Roberto, Rey de Calabria —el documento no decía que antes se había ofrecido Roger como condotiero a ese famoso duque—, *y llegó a ser el principal sostén de aquella corona de Sicilia y el terror del Mediterráneo hasta el momento en que, por resultar innecesario ya a la defensa de don Fadrique, aceptó esta noble misión de Constantinopla que yo le propuse y ofrecí. El Rey Fadrique de Sicilia considera a Roger de Flor como su principal valedor y en su brazo halló seguridad después de las victorias de*…

Aquí la princesa vaciló un poco. Los nombres de territorios del otro lado de Italia le parecían exóticos. El documento enumeraba una por una las batallas ganadas por Roger en mar y tierra y los honores recibidos después. La princesa traducía aquellas líneas con emoción. Al final, el Emperador decía que el nombramiento de megaduque era sólo el primer paso para consolidar la amistad de su casa imperial con Roger de Flor y demostrar a él y al Rey de Sicilia *su buena gracia y propósitos*.

Naturalmente, de la boda con la princesa María no decía nada, pero aquel documento que circuló en siete copias firmadas con el sello del Rey entre los cortesanos era una preparación protocolar para dar después la noticia del enlace. Esto lo sabía Roger, también. Y la evidencia estaba viva en aquel silencio que apenas si era vencido por el rumor de la princesa arrollando de nuevo el documento en torno a una varilla de marfil.

Terminada la lectura, Roger dio las gracias a la princesa y besó la mano de su madre, la reina Irene, que acudía del otro extremo de la sala. Se acercaron los tres al hueco de un balcón. La princesa veía en los ojos de Roger una devoción segura y su alegría se hacía locuaz:

—Me gustan los balcones de esta parte del palacio —decía— porque dan al parque y de noche el parque es también un lugar vivo y despierto.

Llovía. Era una lluvia discreta que todo lo hacía más confidencial.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO III

Cerca del inmenso balcón se veían fuera, sobre la balaustrada de mármol, las sombras de la noche con luces aquí y allá. Grandes antorchas encerradas en farolas de vidrio daban resplandores cambiantes.

—En nuestro parque —seguía la princesa— la lluvia es libre. En Pera, no. Allí, según dice mi tío, está reglamentada y paga tantos por cientos.

La madre advertía que su hija gustaba a veces de decir cosas raras y se las atribuía a su tío. Preguntaba a Roger si le gustaba Constantinopla. Roger dijo que sí y ella insistió:

—¿Para vivir? Quiero decir, para vivir siempre.

—¿Por qué no? —dijo Roger—. Aunque no veo lo que podría hacer siempre aquí, aparte de serviros.

Y miró dulcemente a la princesa. Roger no decía nunca sino lo que quería decir. La princesa seguía hablando del parque. No le gustaba que estuviera demasiado bien atendido, con el césped cortado raso y los arbustos simétricos, como en Pera.

La reina Irene seguía riendo:

—A mi hija no le gustan los genoveses. Es verdad que todas las personas decentes les deben dinero.

Roger se dio cuenta de que la esposa del kan de Bulgaria estaba siempre al quite con su hija, y se decía: «No veo que sea necesario. La niña dice cosas graciosas y lógicas». Pensó un instante que la madre debía saber que estaba entrampado con los genoveses. Les había pedido dinero en Sicilia para costear la expedición. La hija explicaba lo que representaban los lugares más famosos de la ciudad delante de un ancho plano en relieve.

Miraba Roger a aquella criatura tan locuaz que, sin embargo, no había despegado apenas los labios con él en otras ocasiones. Y la madre hablaba.

Se parecían mucho físicamente, la madre y la hija. Roger creía haber hecho otro descubrimiento: «Cuando la reina me habla tan mal de los genoveses, es porque sabe que ellos me odian. Que tal vez andan por ahí hablando mal de mí». Era un dato a tener en cuenta. En aquel momento la madre decía:

—Andrónico es un hombre de poca determinación. Si no fuera por mi marido, el kan, ¿a dónde iría el Imperio? Tú tienes que conocer al kan, Roger.

La princesa intervenía:

—¡Qué cosas dices, madre! Una mujer es una mujer y cuando tiene una corona en la cabeza tiene que tomar lo inevitable de la vida por el lado amoroso y aprender a callar. Tú no has aprendido todavía.

No le importaba a la reina Irene que su hija la pusiera en evidencia alguna vez, porque la reputación de imprudente la ayudaba en la corte. La reina Irene era la personificación de la misma intriga. La fama de indiscreción parecía ir pregonando la inocencia y la simplicidad de la reina de Bulgaria y eso le gustaba a ella, que no tenía nada de simple ni de inocente.

La reina Irene miraba a Roger y pensaba: «Es un buen mozo, tal vez es valiente y sabio». Como buen mozo debía ser marido de su hija. Las demás cualidades le parecían menos importantes. La madre de la princesa, al mismo tiempo, habría querido exaltar a Roger como yerno y disminuirlo si podía dar a Andrónico días de gloria. Era pronto para desearle a Roger una suerte funesta. De momento estaba enamorada de él a su manera y se complacía en verlo con su hija. Pero ella intervenía en el diálogo con frecuencia.

Hablaba la reina Irene con una especie de inocencia afectada. Y decía que estaba allí, en Constantinopla, como una especie de embajadora extraordinaria secreta y no declarada de su marido el kan. Roger volvía a preguntarse: «¿Por qué me dice a mí tantas cosas?». No sabía que la imprudencia aparente de la reina Irene era un disfraz de mujer discreta. De fémina prudentísima.

La princesa María quería quedarse sola con Roger. Fue hacia un álbum de cuero rojo que había en un atril.

—Ven —le dijo a Roger—, ven, excelencia, porque yo no puedo traer el álbum. Pesa demasiado.

Roger iba detrás de ella y se decía con ganas de reír: «Me llama excelencia y me tutea». La reina Irene decidió dejarlos solos y se quedó en el hueco del balcón, viendo a través de la tenue lluvia las antorchas de Pera que seguían luciendo protegidas por fanales. La doncella Gregoria acudía, aduladora y humilde.

María abrió el álbum que parecía un misal o un grimorio de encantamientos. Había retratos en colores, delicadas miniaturas con calidades de lacas chinas. Nunca había visto Roger nada tan elaborado y artísticamente meritorio.

—Esto es muy hermoso —dijo.

—Sí. En una parte del Imperio están prohibidas las estatuas y todo se hace con pinturas. Los pintores han aprendido mucho. Aquí —dijo palpando el álbum con sus dos manitas que tenían también algo de reliquias chinas— están los otros. Cuando digo *los otros*, quiero decir los que no son tú ni yo. Hay de todo, aquí. Príncipes turcos, españoles, tudescos. Kanes y beys. ¿Ves tú, excelencia? Están pálidos. Todos miran y algunos sonríen. Quieren hablar.

—¿Qué quieren decir?

Ella se ruborizó pensando que Roger la trataba como a una niña pequeña y advirtió, negando:

—No, ahora no. Te reirías de mí, excelencia.

Pasaba hoja. Para hacerlo necesitaba las dos manos y la ayuda de Roger. Eran hojas de cuero más pesadas por las miniaturas y las pequeñas grapas de oro. Las manos de ella y él se rozaron.

—Sólo hay uno que no habla. Este, pálido y verderón. Todos los judíos y los turcos son verderones.

—¿Cómo?

—Verderones. ¿No se dice así? Es Karman, el jefe turco que amenaza los estados de mi primo, el príncipe Miguel. Este retrato lo hizo un imán renegado de los servicios secretos de mi padre, el Emperador. Está bien, ¿verdad? Míralo, excelencia, porque tal vez un día lo tendrás delante. Ese hombre nos odia.

La reina Irene acudía:

—Niña —le dijo—, no te olvides de mostrarle a los búlgaros y a tu padre, el kan. Son la única gente decorosa que hay en el álbum.

—Pero, madre, está Andrónico.

—Es verdad —dijo Roger—. Está su Majestad Imperial.

La reina Irene bajó la voz y dijo:

—Bah, mi hermano, con todas sus grandezas, no es más que un águila imperial y que tiene miedo a salir del nido. ¿Ustedes saben que no sale nunca de su palacio? Es que tiene miedo. Es buena persona, eso sí, mi hermano Andrónico, Dios lo bendiga.

Esta confidencia acabó por producir a Roger verdadero asombro. La reflexión inmediata fue: «El Emperador y la reina Irene son enemigos. Si son enemigos, la princesa María no está en la gracia de Andrónico a pesar de su corta edad. Y, sin embargo, me quiere casar Andrónico con ella». ¿Con la hija de una enemiga suya? Bueno, era posible que aquellas malquerencias de familia no intervinieran para nada en la política del Imperio. Lo importante era para él la inmensa confianza de la reina y la seguridad de que detrás de aquella confianza estaba la princesa María esperándole. No tenía Roger una imaginación erótica, pero no pudo evitar un movimiento de impaciencia y de delicia.

La reina se fue al otro extremo de la sala con las camareras de servicio, mujeres de megaduques, que entraban. Roger y la princesa María siguieron su amable coloquio. Desde el principio ella lo tuteaba pero lo llamaba *señor* de un modo enfático y artificial, y cuando Roger le preguntó por qué ponía aquel énfasis, la princesa María le dijo:

—Es para nosotros un poco extraño el tratamiento de *señor*. No llamamos señor al marido ni al padre, y ni siquiera al Emperador. Es demasiado. Sólo llamamos señor a Dios. Pero sabemos que con vosotros los latinos es distinto.

Dijo Roger que aquella costumbre castellana tampoco le gustaba a él y que se sentiría halagado y feliz si ella accedía a llamarle por el primer nombre. La princesa pareció sorprendida y se puso a hablar de su padre el kan y de su propia infancia. Seguía diciendo cosas raras, cosas que Roger

no había oído nunca y que le sonaban como una música nueva. Le mostraba la princesa al mismo tiempo las miniaturas de la corte de Bulgaria.

—Los amigos míos están lejos y los enemigos también, megaduque. Aunque mis sentimientos no tienen importancia, la verdad es que si he de ser sincera del todo, quiero un poco a mis enemigos. Como éste. Mira qué cara. Parece un viejo boque. ¿No se dice así? Boque, macho cabrío, sátiro. ¿No se dice así? —y mostraba a un noble de barba rala y ojos oblicuos—. Pobre. Está en la cárcel, ahora. En un castillo del kan, mi padre. Es lo que yo digo. Se les puede matar si han cometido algún delito, pero ¿por qué encarcelarlos? Pobre. En cambio, odio un poco a algunos de mis amigos. Como a éste. Un viejo guerrero bastante hermoso. ¿Sabes tú, excelencia? Los búlgaros son buenos soldados. Mejores que los griegos. Pero las últimas banderas cogidas al enemigo están ya comidas por la polilla.

—¿Eso último lo dices tú o lo dice tu padre?

—Mi padre, es verdad. Eres un adivino.

Entre las miniaturas había una plancha que llenaba toda la página del álbum. Era como un icono prodigiosamente complejo y delicado. La princesa lo besó e invitó a Roger a hacer lo mismo.

—Aquí —le dijo—. Hay que besarlo entre el hierro y el laurel. Aquí.

El álbum olía a cuero. Según dijo la princesa, aquel beso sabía a «labio inferior». Esta observación extrañó a Roger. «¿Qué labios inferiores habrá podido besar esta criatura?», se decía. Contagiado por la extrañeza de la situación, Roger se hacía también reflexiones raras. «Aquí me encuentro bien», pensaba, «demasiado íntegro y dueño de mí. Pero bien».

Llegaba sobre ellos desde el muro frontero una luz tenue color topacio. En la sala había candiles de aceite con pies de león y alas de quimera. Tenían los candiles sus tulipas de vidrio coloreado dentro de las cuales la llama inmóvil o agitada hacía sus fantasmagorías.

Para evitar los gases de la combustión había delante de los grandes candiles pantallas de vidrio o de laca o de jaspe laminado que difundían la luz impidiendo que el humo enturbiara demasiado el aire.

El color de la llama no era siempre natural. En algunos lugares, de acuerdo con los colores del tapizado u otros detalles de la ornamentación, los criados ponían colorantes en el aceite, y de pronto, sobre el topacio de

las cortinas el verde vivo de las sales de cobre hacía sombras fantásticas. Otras veces el color era azul o amarillo tenue o de un blanco deslumbrador.

A la princesa le gustaba el blanco. La reina Irene evitaba las luces directas, como suelen hacer las mujeres de más de cuarenta años. La princesa María buscaba esas luces directas y sabía que el blanco daba diafanidad a su piel.

—A mi madre —decía— le gustan las luces venenosas.

Quería decir las luces cuyos colores se obtenían con materias malsanas. Y reía. Roger miraba los labios de la princesa. El de abajo, a veces, entre dos sonrisas, temblaba un poco. Y los dos seguían mirando el álbum. La princesa oía a las damas de su madre que hablaban en voz alta al otro lado de la sala y a veces tenía ganas de reír y explicaba a Roger:

—Esa que habla ahora es la duquesa de Nastogo, la mariscala. Está un poco débil de la cabeza y dice cosas poéticas. ¿No será por eso? La poesía buena suele ser un poco tonta. ¿Sabes lo que dice? Dice que aunque es pequeña, se siente fuerte entre las sábanas y las toallas de su casa, bordadas en sedas de colores con las armas de Constantino. Yo le digo a veces: «Mira que Constantino asesinó a su mujer y a su hijo». Y ella, muy seria, me dice: «Con mi marido, no hay cuidado». A mí me gusta hablar con ella porque puedo decirle todo lo que acude a mi fantasía. Mira, excelencia, aquí está el retrato del duque de Nastogo, su padre. Voy a llamarla a ella. Verás, señor, digo, excelencia, digo, Roger.

Y al pronunciar su nombre desnudo de tratamientos, se ruborizó un poco por primera vez. La duquesa de Nastogo acudía. A ver el retrato de su padre se puso a decir que algunos meses antes, cuando fue su marido con el príncipe Miguel a Nicea, estuvieron a pique de encontrarse con los ejércitos de Karman.

—En las afueras de Nicea hay un barranco —dijo la princesa ladinamente—. Un barranco muy hondo, duquesa.

—Muchos barrancos, alteza —dijo la Nastogo viéndola venir.

—Sí, pero para ti sólo hay uno. Tu abuelo murió allí y no hallaron nunca el cadáver. Esto hace cincuenta años.

—Cincuenta y tres.

—Pero el general Marulli encontró un hueso del abuelo de la duquesa. El hueso de la cadera, allí en el fondo. El coxis. ¿No se dice el coxis? Había una mariposa blanca posada en el coxis.

La duquesa comenzaba a gemir y acudía la reina Irene, que se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Pasó un brazo por la cintura de la duquesa y se la llevó. Gemía la vieja duquesa como una niña.

—Oh, princesa María —decía—, hablando así a su edad, siendo todavía una muchacha.

La princesa sonreía discreta y traviesa. Hacía aquello para demostrarle a Roger cómo era la aristocracia griega.

—Mi corte en Bulgaria es mucho mejor.

Roger descubrió dos o tres miradas de una ansiedad adolescente en los ojos de la princesa. Pero ella mostraba otra miniatura:

—Este es mi primo Miguel.

—¿Lo tiene tu alteza entre los *otros*? ¿Quiere decir que no tienes otro álbum para los familiares y amigos?

La princesa lo miró un momento y dijo:

—¿Qué amigos?

Se lo preguntaba como si pensara: «Nadie tiene amigos en el mundo». Pero no dijo nada. Después de un silencio añadió:

—Mira qué bien hecho está el retrato de mi primo. Con este cristal de aumento verás hasta dos venas azules en el blanco del ojo derecho, aquí. No me gustan sus ojos porque son demasiado indecisos. ¿Lo ves? Es mi primo, pero eso no quiere decir que sea amigo mío.

—Alteza… —dijo Roger extrañado.

Cambió ella de tema y le mostró otra miniatura.

—Este es Basilio de Tracia. Me parece bueno como una cosa más que como una persona. Como una silla blasonada o como una puerta.

En aquel momento hubo un paréntesis de silencio y se oyó en la chimenea encendida, en lo alto de la chimenea, el rumor de una brisa de invierno. Roger pensó que le gustaría estar solo en aquel cuarto con María y oír aquella brisa los dos solos. Ella percibió su deseo y se acercó casualmente hasta rozar con su sien dos veces el hombro que era ya el hombro del amado.

—Este —dijo señalando un retrato grande con una franja negra al pie— es otro de los enemigos a quienes quiero. No es que los quiera exactamente, sino que les estoy agradecida porque gracias a ellos soy prudente y recuerdo que hay maldad en el mundo y que hay que ser menos confiada y pánfila. ¿No te parece, excelencia?

Pero la princesa, como si quisiera desmentirse a sí misma y mostrarse imprudente, volvió a hablar de su primo Miguel:

—Demasiadas dudas en sus ojos —repetía—. No está nunca seguro de sí porque desde chico lo convencieron de que es malo.

Roger tenía ganas de reír, pero la veía a ella tan seria que no encontraba manera de reírse sin turbarla y tal vez sin ofenderla.

Al final de la velada se llamaban los dos por sus primeros nombres, pero delante de los demás se daban tratamiento.

Apareció otra vez Gregoria y con ella dos viejas duquesas. Vio Roger que todas tenían uñas artificiales. Algunas de cristal y otras de metal o de nácar. La Nastogo las llevaba de ámbar crudo. Hacían una impresión extraña, como si estuvieran dedicadas a algún arte especial de orfebrería o bordado y tuvieran delicados utensilios en las puntas de los dedos. La única que no usaba uñas artificiales era la princesa María.

Explicó que sólo se las ponía —de nácar— para tocar la cítara las raras veces que lo hacía. Estaba, en realidad, aprendiendo y no se atrevía aún a tocar en público. «En público» era, para ella, delante de la Nastogo y de su madre.

La madre se acercó también; hicieron conversación general y poco después Roger pedía permiso para retirarse, comprendiendo que la velada había llegado a los límites del protocolo.

Porque todavía había entre él y la princesa un poco de la rigidez reglamentaria de la corte.

Tres días después se anunció la boda, que se celebró una semana más tarde y fue, como se puede imaginar, una fiesta de príncipes, es decir, un poco insulsa y de una brillantez pesada y grandilocuente. Duró todo el día, desde las nueve de la mañana hasta la madrugada del día siguiente. Roger descubrió más pequeños secretos familiares. La madre de la princesa María dominaba a su augusto hermano. Andrónico le toleraba sus insolencias

porque era la esposa del kan de Bulgaria, que le daba buenos soldados. A su sobrina, la princesa María, la trataba con una dulzura condescendiente. Nadie sabía nada de los afectos del Emperador. Ni de sus creencias. Dudaba Irene de que su hermano creyera en Dios, a pesar de que en su conversación repetía a menudo las expresiones «Dios nos está oyendo» o «Dios nos pedirá cuentas». Entre las figuras históricas que más le gustaban al Emperador figuraba Juliano el Apóstata.

No había para Andrónico más razón de estado que su propia seguridad. La boda de su sobrina con Roger le parecía muy bien. A Irene le parecía mejor. Y mejor todavía a la princesa María, quien, sin embargo, se atrevía a veces a bromear con su propia fortuna. Parecía como si en aquellos Paleólogos de Grecia no hubiera la menor aptitud a la gravedad interior. Esto desconcertaba a veces un poco a Roger. Pero María era encantadora y deseaba y tenía los privilegios de la virginidad.

En público era Andrónico un rey solemne y hierático. Parecía un icono antiguo más que un ser vivo. La población griega lo adoraba y los genoveses del barrio de Pera le atribuían cualidades de sagacidad y penetración, y aunque no se consideraban sus súbditos, hincaban la rodilla si eran recibidos en audiencia. No le gustaban a Andrónico los genoveses. Tampoco los búlgaros. Pero no se permitía a sí mismo exteriorizar ninguna clase de resentimiento o inquina. Al menos, en público.

Estaba Andrónico bien de salud, pero era un poco nervioso y tenía la costumbre de tragar aire. Cuando la corte acogía sus palabras con clamores de entusiasmo, hacía una pausa en su discurso y la aprovechaba para eructar —a veces muy sonoramente— sin que nadie más que los más próximos lo oyeran. Luego, cuando los clamores cedían, continuaba hablando.

La boda la bendijo el Patriarca de Bizancio en la capilla del palacio, que estaba esplendente de oro y luminarias. Las damas de la corte exhibían sus joyas y sus tocados. Entre los españoles habían sido invitados, además del discreto Muntaner y el alegre Arenós, los capitanes Guillén de Tous, Ramón Arquer, Berenguer de Llobregat, el marinero Aonés y otros muchos. No fueron todos porque algunos dudaban de sus propias aptitudes cortesanas y se encontraban más a gusto en Blanquerna o en las tabernas del puerto que en los salones alfombrados. Pero se alegraron de aquella distinción que

Roger recibía, y en Blanquerna hubo también comida extraordinaria y música.

Fue necesario instruir a Roger como a un actor antes de salir a escena, porque las costumbres de la corte eran distintas a las de Occidente. Roger fue aleccionado por su suegra, la princesa Irene, entre bromas y risas. La reina Irene le decía:

—La corte está enamorada de usted, yerno mío, y mi hija tendrá que andar alerta. Algunas duquesas le acusan de tener una mirada que congela, que detiene, que empuja hacia atrás. Eso dicen. Pero yo he visto que cuando mira a mi hija no la congela, sino que la enciende y acaricia. Y a eso me atengo. Yo estoy enamorada de su buen ánimo, siempre igual, y el Emperador le admira por su prestigio y fama de soldado. ¿Qué más puede desear un mortal? Ah, mi hija tiene suerte, pero la merece. Lo único que le reprocho es la importancia que le da al matrimonio. A su edad, no es raro. Todas las niñas son así.

Mientras Roger ensayaba con la reina, tenía que tolerar comentarios desairados de su suegra:

—No tienes talento histriónico —le decía tuteándolo. Roger reía y repetía los movimientos.

En la sala contigua, una voz femenina, acompañándose de su arpa, cantaba:

Os doy todo
venid y tomadlo todo,
sólo hay algo que no puedo dar
y es la fuente secreta de mi amor.
No puedo darla porque no es mía.

Por las ventanas entraba una luz débil de nubes bajas que a veces se encendían con tonos malva. Una tormenta en invierno, es decir, en la fría primavera. Aquello era, según dijo la reina Irene, buena señal. Aquella luz violeta era como el latido de las nubes propicias en una tierra ignorada para Roger, quien, acordándose de Lucas de Exea, pronosticador de climas y meteoros, decía:

—Fríos tardanos, truenos tempranos.

Oyendo la música en el cuarto de al lado, viendo palpitar las nubes y esperando hacer suya a la princesa, comprendía Roger que puede haber una vida gloriosa sin batallas, sin victorias y sin mercedes reales.

La boda salió tan bien como debe salir una ceremonia real en una corte de gran tradición.

Luego hubo recepción y besamanos bajo la presidencia del Emperador. A su lado estaba Roger, quien tuvo el honor de oír los eructos de Andrónico cuando se produjo la primera aclamación. Luego Andrónico le contó en latín, mientras desfilaban los griegos nobles, que Karman, el jefe turco, le había desafiado hacía tres años, personalmente, como a un particular. El duque de Nastogo fue a Artacio a llevarle la respuesta. Le dijo Roger que a los reyes les estaba negado en los países de Occidente batirse en duelo y que debían hacer oídos sordos a cualquier clase de desafíos, según el código del honor. Esto interesó tanto al Emperador, que Roger sospechó que lo acababa de aliviar de un escrúpulo de conciencia. Era verdad. Se sentía Andrónico un poco deshonrado por aquel desafío de Karman.

La recepción seguía.

Luego hubo mimos, es decir, cuadros animados, entre danza y teatro. Las doncellas de la corte fueron las que dieron a ese número del programa el atributo de su belleza y de su gracia. Antes de aparecer, cada una era anunciada por un caballero. Unas veces era un caballero rudo con un hacha al costado (un hacha decorativa, de plata). Otras, un paje con un lirio en la mano. O un caballero vestido de pieles, con un capacete de hierro en la cabeza y un ramo de viña en forma de corona, como Dionysos con su asfódelo. Este último caballero recordaba por su atuendo a los almogávares, y Roger agradeció aquella muestra de respeto y de amor por sus bárbaros infantes. Fue el único momento en que Roger sonrió. Y el Emperador sonrió también. Todos los nobles bizantinos sonrieron. Pero sólo los bizantinos, no los genoveses.

Las muchachas llevaban un cestito de flores naturales y las dejaban caer sobre los manteles. Algunas caían sobre la alfombra dorada. Un poeta recitaba improvisando —es un decir— en un extremo de la sala, mientras las doncellas bailaban. El poeta se llamaba Gayo Sorinópulos y al hablar

trataba de imitar, según se decía, el estilo de la princesa María. Roger se preguntaba cuál sería aquel estilo.

El poeta Gayo, que aparentaba unos cincuenta años y tenía una cabeza hermosa de filósofo, decía que «aunque no era verano ni primavera estaba en el aire el aliento de la germinación y ese aliento se advertía en las nubes bajas iluminadas con los fuegos del *conocido cielo*, donde las almas se clasificaban. Había un arado con reja de oro para labrar el suelo. Al otro lado de la hiedra había ruinas excavadas de los tiempos de los abuelos griegos. Y un perro al pie que dormitaba y se sacudía en sueños. Y un sandiar con los regatos espumosos entre las hojas enormes. Y un camino blanco, inmenso, que iba a oriente, con alimañas aplastadas por las ruedas de los carros de guerra».

Roger pensaba que todo aquello debía ser alegórico y simbólico. Creyó sentir en los carros de guerra una alusión a sus futuras campañas. Lo que no entendía era que aquél fuera el estilo de la princesa. Cuando se lo preguntó a ella, la princesa afirmó como si se tratara de una travesura y dijo:

—Desde que te conozco a ti estoy violentándome mucho para parecer razonable.

—¿No lo eres?

—No, megaduque. Eso dicen, al menos, en mi familia.

Hubo más danzas y terminadas se formó una comitiva que fue a la catedral para la consagración pública. Un poco le extrañó a Roger ver que algunas damas de palacio se arrodillaban y se ponían a cuatro manos al pie de la carroza para que la princesa María las usara como estribo. Pero era una vez, el día de la boda. Otras harían lo mismo, más tarde, para que la princesa subiera al lecho nupcial, lo que le extrañó mucho más a Roger.

La catedral de Santa Sofía estaba cerca y desde el palacio hasta el atrio principal había dos grandes explanadas flanqueadas de porches y arcos románticos, cerca de los cuales se aglomeraba la gente. Aunque no había servicios públicos de orden —lo que no dejó de extrañar a Roger—, nadie se desmandó y desde el palacio al templo el desfile fue perfecto. Roger se sentía como un figurante, después de haber ensayado su papel con la reina Irene.

En la catedral cubierta de tapices con franjas de oro e iluminada profusamente se celebró la segunda parte de la ceremonia. Hubo más danzas, ahora religiosas. Las danzarinas eran como figuras secas con vestidos aneblados y endurecidos de oro y de miel. Sus movimientos tenían la gracia de los iconos de los viejos retablos.

Por todas partes el color del oro recordaba las libreas de la casa de los Paleólogos. Los novios ocupaban un doble trono a la derecha del presbiterio. Toda la nobleza bizantina estaba en la catedral. Los genoveses ricos se apiñaban cerca de las puertas y algunos no se tomaban la molestia de quitarse sus gorras de terciopelo. No eran cristianos orientales, sino católicos romanos. Terminadas las danzas hubo un sermón del archimandrita de Nicea, que tenía fama de santo porque se atrevía a censurar públicamente al Patriarca Alejo.

Al final, la comitiva volvió al palacio solemnemente. Los recién casados, bajo palio. A su paso, la gente soltaba palomas pintadas —las pobres— de oro. Muchas de ellas morían después envenenadas por aquella pintura. Era su tributo a las glorias del día.

Otra vez en el palacio, siguió la fiesta. La reina Irene iba y venía, nerviosa. Le molestaba todo aquel esplendor en la corte de su hermano y a veces repetía a los que estaban más cerca:

—En Sofía, en Bulgaria, habría sido mucho más brillante todo.

Roger estaba atento a las canciones, es decir, a la extraña mezcla de violencia y melancolía de los cantares. Sentado al lado de María, se hacía traducir la letra, y la joven esposa, cubierta de oro y diamantes en sus ropas de color pajizo claro, iba diciendo casi sin mover los labios:

Cuando vamos por el río
hay una luz lejana que nos sigue
y en ella hay un enigma
y en el enigma un eco
y en el eco un lamento
de mi hermano pequeño
el que preguntaba las cosas
y se marchó un día de casa
antes de que nadie pudiera contestarle.

Roger esperaba que las canciones fueran en alabanza de la generación de los Paleólogos o de la novia. Ella le advirtió que las alabanzas en el día de la boda daban mala suerte, según una superstición antigua. Dijo Roger sin mirarla:

—Son canciones tristes, demasiado sombrías.

—Sí, querido —afirmó ella—. Todo es triste entre nosotros porque somos malos. Especialmente en mi familia. La peor es mi madre, ahí donde la ves.

—¿Cómo dices?

—Sí. Todos somos perezosos, sensuales y malos. Mi ayo me decía que la gente perezosa y mala siempre es taciturna. Siempre mira al suelo y compone poemas tristes. Somos así. ¿Has visto a mi primo Miguel, que se ha negado a entrar en la catedral y a figurar en el desfile? ¿Lo has visto, taciturno y triste? Es que es malo. Bueno, la gente alegre no es mucho mejor. Ni la gente indiferente.

Roger no podía menos de extrañarse oyendo aquello. Pero la princesa estaba encantadora y por fortuna terminaba el besamanos público. Los recién casados recorrieron los cinco salones para hacerse ver, como decía la reina Irene, que tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

Entre los capitanes españoles, Muntaner, con su ropa de gala, aparecía y se esfumaba como un fantasma. Guillén de Tous y otros habían bebido mucho y lo disimulaban con una cortesía afectada y teatral.

Vio Roger en un rincón del salón privado de la princesa el bastidor a medio tejer en cuyos hilos verticales se mezclaban los de oro y los de plata. La lanzadera era de marfil y el bastidor tenía al pie una serie de carretes de sedas de diferentes colores.

Roger pensó: «Como la tela de Penélope». Y después decidió que los restos de la antigua Troya debían estar situados en algún lugar próximo a Constantinopla. Tal vez era la misma Constantinopla en sus orígenes remotísimos. Tal vez Troya estaba debajo de Constantinopla. Se lo dijo a Muntaner al encontrarlo en un pasillo y él respondió:

—No. De ninguna manera. Un día te explicaré las razones por las cuales eso es imposible.

La tarde volvía a hacerse luminosa al otro lado de los cristales. Las nubes se abrían y se veía un sol tímido.

Llevó la princesa a Roger a un rincón de la sala de los regalos, donde había una muñeca enorme.

—Es —dijo— un regalo del cocinero chino de tu galera capitana. Me han dicho que cuando llega la ocasión, ese cocinero hace de verdugo y corta las cabezas de los condenados. ¿Es verdad?

—Bah, tonterías —dijo Roger pensando que era verdad, pero que aquello había sucedido únicamente cuando el chino estaba a las órdenes del duque de Calabria y nunca en su ejército.

Iba la muñeca, regalo del cocinero, vestida con un capisayo bordado y llevaba mitra y estola. El chino quiso que la muñeca tuviera su traje bizantino de corte.

Roger había bebido un poco y sentía una dulce vaguedad:

—Háblame como tú sueles hablar, querida. Ahora estamos casados y supongo que ya no te importa.

A veces, por la manera de mirarse los dos en público, parecían asustados el uno del otro. María miraba alrededor:

—Tengo un presentimiento. Creo que va a suceder algo violento. Hay odio civil en la calle. Lo vi al salir de la catedral. Los genoveses no se quitaban los sombreros. ¿No lo viste?

—Tendrían frío —dijo Roger.

—Al revés —corrigió ella—. Eran tenidos por el frío. Ya ves que comienzo a decir mis tonterías. Eran tenidos por el frío del odio civil. Pero no me importa. Si hay violencia, no me importa. A mi madre, al contrario, le gusta.

—¿No te importa la sangre?

—Nada me importa a tu lado. Arrestaremos a todos los que no se quitaron el sombrero y, si es necesario, puedes llamar a tu cocinero chino y decirle que venga con el hacha. Si hay sangre, mi madre será feliz. ¿Sabes? Voy a decirte un secreto. A mi madre le gusta que haya sangre en la corte de Andrónico.

Volvieron frente a la muñeca china, que tenía una expresión abstraída.

—¿En qué estará pensando? —preguntó Roger, que en aquel momento se sentía completamente feliz.

—Gayo, el poeta, me ha dicho que esa muñeca está más viva que las figuras del álbum de cuero. Si se le da vueltas a una llave que tiene detrás mueve las caderas como una bailarina. Y parece como si se le hubieran secado en su cabecita todas las fábulas antiguas. Sí, no te rías de mi manera de hablar. Es que soy mujer y me paso la vida delante del espejo. El espejo me hace un poco cínica y sabia, también. Bueno, Gayo no estuvo muy inspirado en las cosas que dijo, pero en estas celebraciones siempre está mal. Dice que no puede concentrarse y que está fuera de sí. Él es más bien el poeta de la calle y del suburbio. Esto es demasiado para él.

Se acercaban a un grupo de cortesanos y cambiaron de acento. Llamaba ella a Roger *excelencia* y él a su esposa alteza. En sus acentos, sobre todo en el de ella, había un poco de ironía para los cortesanos y de reserva altiva. Roger se conducía con una llaneza condicionada y fría. Los dos hacían la mejor impresión.

El vaticinio de la princesa sobre la violencia de los genoveses se cumplió a media tarde, cuando estaban todavía en la mesa.

Ocurrió en la plaza de armas un incidente sangriento que comenzó por la repetición de una nimiedad ya conocida. Tres genoveses se rieron de un almogávar. El almogávar les respondió:

—¿Qué os reís? Hemos venido aquí a salvar vuestros hígados de perro.

Ellos replicaron que sin los veinte mil ducados que habían prestado los genoveses a Roger en Sicilia, no habrían llegado nunca a Constantinopla. Aquellos genoveses habían estado en la boda en Santa Sofía y volvían a sus casas ironizando sobre la majestad y la galanía de Roger. El almogávar insultó gravemente a los tres genoveses y éstos echaron mano a la espada, seguros por saberse tres contra uno. Al primer golpe de mangual del almogávar cayó uno con el cráneo abierto. Los otros dos dieron voces pidiendo auxilio. No sólo acudieron otros genoveses armados, sino también ocho o diez almogávares que estaban cerca.

Los genoveses tenían sus guardias en los palacios de Pera —el Emperador les permitía mantener un pequeño ejército— y acudían en compañías y escuadrones. Se trabó una verdadera batalla. Poco después

había en la explanada del palacio más de sesenta genoveses muertos y la pelea continuaba encarnizada. Los genoveses sacaban sus banderas y atacaban los cuarteles de los almogávares como en batalla campal. Ésta se generalizó en el barrio de Pera. Toda la ciudad se convirtió en sangriento palenque.

El Emperador salió a una terraza con Roger, la reina Irene, la novia y algunos invitados griegos. Roger estaba muy tranquilo y el Emperador, después de comprobar que no había ningún genovés cerca, dijo que aquellos navegantes y comerciantes de Génova eran una plaga en su Imperio, pero que no podía renunciar a ellos por el momento ya que eran los banqueros de todo Levante. Confesó que no se le daba gran cosa de la desgracia de aquellas gentes y se alegró de ver que un escuadrón de genoveses era desmontado en el primer choque junto al río y que los almogávares mataran a su jefe, un capitán renombrado. Comentaba Andrónico el modo de embestir de los caballeros catalanes, en filas sesgadas, y la manera eficaz y certera de los almogávares con las jabalinas.

Se entusiasmaba como si estuviera contemplando un inocente juego de cañas. La princesa María, al lado de Roger, repetía:

—Ellos tienen la culpa. Yo vi a los genoveses al salir de Santa Sofía con ganas de pendencia en los ojos. Parecían estar diciendo: «El que crea en sí mismo que nos siga». Y ahí se lo tienen.

—Es verdad —dijo Roger pensativo—. Ahí se lo tienen.

Para tantear la voluntad de Andrónico dijo Roger que iba a exigir responsabilidades a sus gentes, pero el Emperador, alzando las cejas, preguntó con una sonrisa:

—¿Para qué? Espere usted un poco, megaduque. A falta de torneos, no me parece mal todo esto.

La princesa bajó la voz y dijo a Roger:

—Mi tío es así. Él no se atrevería a hacerlo, pero le gusta que lo hagan tus soldados.

La tarde avanzaba y seguían los combates en las calles y plazas. Un mensajero llegó alarmado, diciendo que los almogávares eran dueños de Pera y andaban asaltando las casas de los genoveses y pasándolos a cuchillo. Añadió que habían muerto más de tres mil. Roger prometió

restablecer la paz e iba a salir, pero el Emperador lo retuvo otra vez con un gracioso gesto de la mano. Volvieron adentro y estuvieron bebiendo vino de Esmirna. Sólo pasado un largo espacio el Emperador dijo a Roger.

—Ahora, sí. Antes que cierre la noche puede usted mandar a sus tropas que se retiren a Blanquerna.

Roger montó a caballo y salió con su estado mayor. Dio la orden de retirarse «en nombre del Emperador», lo que éste agradeció después, complacido. Al caer la noche, la batalla había cesado y todos los catalanes y aragoneses estaban en sus cuarteles. Admirado el Emperador de la disciplina y obediencia de la tropa, les hizo dar otra paga, es decir, el importe de una soldada mensual.

Con este motivo hubo grandes regocijos que parecieron coronar en Blanquerna las fiestas de la boda.

Nadie se lamentaba de los millares de genoveses muertos.

Durante las refriegas, Roger había visto cosas extrañas. Un aragonés de Lierta, a quien llamaban Leoncio Fanlo, iba y venía reclamando calma y queriendo restablecer la paz. Caldés, capitán viejo, le salió al paso:

—¿Qué te pasa, Fanlo?

—Que tengo miedo de que maten a Simognino.

Caldés no le hizo caso y siguió degollando con su escuadrón. ¿Quién sería Simognino? Más tarde Caldés volvió a encontrar a Fanlo y éste le dijo que los genoveses tenían casas de cambio y de banca en Barcelona. Simognino era uno de los agentes en Pera. Fanlo le daba el importe de sus soldadas y Simognino lo mandaba a Barcelona.

—¿Para qué? —preguntaba Caldés.

Explicaba Fanlo que se había alistado en aquella expedición para pagar las deudas que había dejado su difunto padre. Le mostraba una bolsa de oro (botín de aquella tarde) y Caldés no sabía qué pensar. Lo había visto rematar heridos genoveses y registrarles a los muertos las escarcelas.

—Todo esto lo hago —decía Fanlo una vez más— para que los huesos de mi padre puedan descansar en su tumba.

—¿Tanto quieres a tu padre?

—Hombre, no sé. En vida no recibí de él más que malas palabras, palos y bofetadas. Pero es lo que digo: un padre es un padre.

Caldés le contaba todo esto a Roger, admirado.

Los capitanes, y sobre todo la tropa, se veían a las órdenes de un monarca generoso. Pero aquella noche llegaron al palacio emisarios del barrio de Pera y aunque comenzaron hincando la rodilla, hablaron alto y recio. El Emperador Andrónico los escuchó impasible, lamentó los hechos y advirtió que los aragoneses habían sido maltratados a pesar de ser sus aliados y sus huéspedes, y que no podía menos de reconocer que el azar había dispuesto las cosas para darles una lección a todos. A los genoveses y a los catalanes. En lo sucesivo, los genoveses debían guardar mejor las leyes de la hospitalidad y de la cortesía, y los catalanes sujetar sus propios nervios. Añadió —lo que a Roger le pareció una salida irónica— que creía que los genoveses tenían sus defensas mejor organizadas, ya que les habían dado permiso años antes para mantener un ejército de su propia nación bajo sus propias banderas. Los genoveses oyeron estas palabras tascando el freno. Luego el Emperador preguntó cuántos muertos había entre los catalanes, y al saber que no había sino algunos heridos leves, la reina Irene, que estaba presente, pareció muy sorprendida y hasta un poco decepcionada.

Más tarde Roger pudo comprobar aquella decepción. La conducta de la reina Irene le parecía a veces de lo más inestable y contradictorio.

Pero aquella noche la entrevista de los genoveses con el Emperador tuvo rasgos cómicos. Uno de los genoveses llevaba un rollo de pergamino en la mano, con el que accionaba violentamente. Cuando hablaban, los genoveses solían manotear y hacer gestos. Los bizantinos, no. Los aragoneses, tampoco. En esto se parecían. El Rey y Roger miraban a los genoveses con reservas irónicas, y ellos se daban cuenta.

Salieron por fin agradeciendo al Emperador el haber puesto fin a la pelea y diciendo frases de doble sentido sobre los almogávares y los caballeros de Aragón. No eran amenazas —que Roger no habría tolerado—, sino expresiones faltas del respeto que se debe al enemigo victorioso. El Emperador contenía su alegría.

A partir de aquel incidente, ningún griego ni genovés se atrevía a apoyar su mirada demasiado en un almogávar ni a tratar de discutir con él sobre materia alguna, por inocente que fuese.

Antes de ir al lecho nupcial, la princesa María se bañó en leche tibia de gacelas.

Hacia la medianoche volvió a llover. La princesa decía:

—Ahora la lluvia se llevará la sangre de los genoveses abajo, a la tierra.

Y reía como si aquello fuera de veras divertido.

Todo era íntimo aquella noche, dentro y fuera del palacio. La sangre en las losas de Pera atraía a los perros vagabundos y se oían sus aullidos de horizonte a horizonte, más allá de las caballerizas. Luego fueron callándose y sólo quedó la voz de uno, que ladraba. A juzgar por el volumen de su voz, debía ser un perro enorme. Cuando callaba, el silencio se hacía profundo y difícil.

La princesa lloraba de gozo y el duque descubrió en aquella muchacha tan joven tesoros de ternura. Roger la llamaba en castellano «mi corza», «mi cervatillo». Pasaron la noche dedicados a sus efusiones naturales.

Por la mañana llegaron varias damas al *petit lever* de los príncipes. Roger se levantó, dejose vestir una especie de dalmática ligera que llegaba hasta el suelo y pasó a una sala contigua, donde le esperaba su ayuda de cámara. Era éste Pedro Bizcarra, quien, a medida que le atendía, iba dándole noticias. La ciudad estaba separada en dos bandos y los ánimos exaltados, pero los griegos se alegraban de la catástrofe sufrida por los genoveses. Roger pensaba: «Se ponen los griegos de parte de mis tropas y es natural, porque llevan más tiempo sufriendo la vecindad de los genoveses que la nuestra».

Eso dijo también la princesa, después.

Los genoveses muertos llegaban casi a cuatro mil. Los nobles griegos lo comentaban asombrados. ¿Qué táctica y qué experiencia era la de aquellos catalanes que podían matar y seguir matando horas enteras casi a mansalva?

El príncipe Miguel, con su piel color azafrán y sus ojos evasivos, aconsejaba a su padre que enviara a los aragoneses al encuentro de los turcos cuanto antes. El Emperador decía que no había llegado la hora todavía. Era mejor esperar la primavera, dar tiempo a que Karman reuniera sus tropas para destruírselas en el primer choque y dejar también a los recién casados gozar de su luna de miel durante algunas semanas.

Ya llegado y avanzado mayo, el Rey y Roger acordaron comenzar la campaña.

La princesa quería ir con Roger, pero éste y la reina Irene la convencieron de que debía quedarse en la corte, por lo menos hasta ver cuál era la fortuna de la expedición.

Sorprendida de que alguien pudiera dudar, la princesa preguntaba:

—¿La fortuna de la expedición? ¿Qué queréis decir con eso?

Todavía no había podido comprender la reina Irene que los catalanes mataran cuatro mil genoveses sin sufrir bajas, es decir, con sólo algunos heridos, y cuando pensaba en aquello —según le confesaba a su hermano Andrónico— sentía que se le erizaban los cabellos. Había escrito a su marido el kan contándoselo todo y haciendo extremos de admiración.

Creía la princesa que su presencia podía contribuir a la victoria de algún modo. No sabía cómo. A las tropas les gustaba ver la felicidad completa y ejemplar de sus señores y esto podía ser un elemento de unión y disciplina frente a los turcos. Además, a la princesa María le gustaba la guerra por ser la noble profesión de su amado. Y también por otras causas que ella misma no acababa de comprender. En todo caso, la paz era la costumbre ordinaria y la guerra llegaba siempre como un paréntesis en ese aburrimiento de las cosas de cada día.

Además —solía decir—, la paz está llena de crueldades blancas, laboriosas, complejas y silenciosas, de tal forma que a la gente le es difícil intentar alguna forma de virtud. Cuando Roger le oía decir esas cosas, preguntaba:

—¿Y tú, alteza? ¿Te atreves a intentar esa virtud?

—¿Cuál?

—Alguna forma de virtud. Por ejemplo, la piedad por los caídos en el campo.

—No sé —decía vagamente.

Cada vez que Roger veía reacciones como aquélla en su imperial esposa de quince años, la miraba asombrado, como se mira a un monstruo. Luego sonreía y la besaba.

La princesa insistió con su madre en acompañar a Roger, pero la reina Irene llegó a enfadarse:

—Los matrimonios no conviene que estén siempre juntos. ¿Qué crees tú que es el amor? ¿Es que crees que lo has inventado tú, el amor?

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IV

El Emperador convocó a los capitanes, y media hora antes de la señalada para la reunión, el duque de Nastogo y Roger estaban en un extremo de la sala, charlando amistosamente. Nastogo le contaba su entrevista con Karman, cuando fue encargado por el Emperador de afrontar la peliaguda cuestión del duelo. Roger le preguntó qué clase de persona era Karman, y el viejo duque hizo un breve silencio para dar énfasis a su respuesta y dijo por fin:

—Karman es el Anticristo.

—Yo creía que el Anticristo era el Papa —dijo Roger.

Repetía Nastogo las palabras de Karman: «Andrónico es el hijo del usurpador, y si no acepta el duelo es porque sabe que su Imperio depende del juicio del destino y tiene miedo a ofrecer una oportunidad a Dios». Nastogo añadía:

—Ese Karman es un fanático —luego agregaba modestamente que él no había sido sino un instrumento de la historia en aquella entrevista.

Cuando estaba en lo mejor de su confidencia, llegó el Emperador, quien adivinó lo que hablaban y dijo:

—Nastogo, ¿no te das cuenta de que esa entrevista con Karman nos envilece a todos?

—Señor… —dijo el duque inclinándose profundamente.

Disimulaba el Emperador las ganas de reír.

—No eres —le dijo— tan inocente y lerdo como pareces. Sabes muy bien cuidar tus intereses. Eres astuto y granuja para lo que te interesa. Llevas tus feudos con habilidad y energía. Sólo te falta talento y fuerzas para mi servicio, es decir, para servir al Imperio.

—Señor… —repetía inclinado, aún.

El Emperador le recordó que no gustaba de ser llamado señor porque, según la tradición griega, ese tratamiento no se debe dar más que a Dios. Desde que estaba Roger en la corte, esa costumbre se generalizaba.

Alguien anunció que los soldados catalanes habían llegado, y los hicieron pasar a la sala. Eran la mayor parte de los capitanes y alféreces. También los administradores y jefes de servicios auxiliares.

El Emperador les dijo que había llegado el momento de que su valor se empleara en las fronteras del Asia, amparando sus «miserables pueblos cristianos oprimidos o amenazados de los turcos».

Al lado del Emperador estaba el duque de Nastogo, quien en la disposición de su barba y su cabello parecía un francés o un español. Se limitaba a afirmar con solemnidad cada vez que el Emperador decía algo. Al otro lado del Emperador estaba Roger, un poco más suave y dulce de expresión por la molicie de la luna de miel. Y a su lado, Teodoro Chuno, jefe de la policía privada del Rey. Roger solía pensar, viéndolo pequeño, evasivo y color de oliva: «Ese es el verderón del que hablaba María. Uno de ésos por quienes ella siente, según dice, desprecio y gratitud».

El vestido de Roger consistía en una túnica griega que cubría su traje de soldado. A su lado, Teodoro Chuno tenía cara de hurón. Aunque no se le veían los ojos, podrían ser rojos o, al menos, de un rosa fluido como los de ese sanguinario animal. Nadie tenía simpatía por él en la corte.

Entre los capitanes había dos Ramones ilustres: Ramón Marquet, ciudadano de Barcelona, y Ramón de Copons, los dos de solar conocido. El segundo parecía en ocasiones irascible y cuando apretaba los dientes y decía: *Voto a Copons*… era mejor dejarlo consumirse en su iracundia y no replicarle hasta que pasara el nublado, sobre todo si llevaba algún arma al cinto. Algunos soldados habían aprendido de él ese juramento, pero evitaban lanzarlo si podía oírles Copons. Éste, en broma pero con el ceño maligno, les había dicho:

—Cuidado, ¿eh?, no hay que usar el nombre de Copons en vano.

También estaban Guillén de Siscar y Juan Pérez de Caldés, que andaban siempre juntos y no se llamaban por su nombre sino por el de sus pueblos natales. A su lado, Fernando Gori, aragonés bromista y un poco payaso, y Jimeno de Alberto, también aragonés de la montaña. Este era mustio y

siniestro. Tal vez iban juntos porque eran tan opuestos. En el mismo grupo se veía al adalid Pero López, castellano viejo, y a otros muchos caballeros, algunos con la gorra puesta.

Todos estaban de pie, menos el Rey, que ocupaba un trono de alabastro en un estrado. Y el Rey hablaba. Hacía elogios de los catalanes y les animaba a emplearse dignamente en su empresa.

Guillén de Tous, grande y destartalado, se impacientaba hasta que un traductor vertía al castellano las palabras del Emperador. Sólo se habían quitado la gorra o los yelmos los que estaban más cerca de la tribuna. Entre éstos se veía a Bellver, aragonés de la ribera del Cinca, a Arnau Miró y a Berenguer Ventallola. Buena gente con expresiones fijas e impenetrables de roca. «Firmes como mallos», solían decir los almogávares.

Se veían en un lado de la sala Ustarroz, Baltasar Vinuesa, Esteban Lierta y algunos oficiales de almogávares, entre ellos Fanlo —el que mandaba dinero a Barcelona—, Gil Gistain, Feliz Tierz y Raimundo Bandaliés. Este último se acercó a la tribuna y habló en voz baja con Roger, quien, al mismo tiempo que lo escuchaba, hacía gestos de afirmación con la cabeza. Cuando el Emperador terminó su discurso, Roger dijo:

—Todos estamos de acuerdo con lo que vuestra majestad imperial acaba de decir y no deseamos sino salir cuanto antes a la campaña. Pero el oficial de almogávares Raimundo Bandaliés dice que hemos de alejarnos más de doscientas millas de la ciudad y que la comunicación nuestra con vuestros reales de Constantinopla, habiendo de ser por la mar, debería estar a cargo de algún oficial marinero de nuestra nación, porque es cosa dudosa tener la retirada o el socorro en manos de oficiales de otra lengua y quién sabe si de otro parecer. Eso es lo que dice el caballero Bandaliés.

Los demás aprobaron con un largo murmullo de conformidad.

El Emperador nombró allí mismo a Fernando de Aonés general de la flota y almirante. No estaba en la reunión. Se trató de buscarle y Bandaliés dijo que andaba navegando «en aguas turbias». Lierta aclaró:

—En faldas turbias.

Hubo risas y Roger no creyó necesario explicar el motivo al Emperador, quien dispuso allí mismo que el capitán de romeos (es decir, bizantinos) Marulli, hombre de sangre conocida y de hacienda, fuera con un pequeño

ejército por tierra, y Georges, general de los alanos o masagetas, iría también por tierra siguiendo las banderas de Roger. Los alanos eran tropas del norte con rasgos mongoles en el rostro, de terrible fama en cuanto a crueldad y a violencia abierta o disimulada.

Con el nombramiento de Aonés y los ejércitos de Marulli y Georges, las comunicaciones con la capital estaban seguras por todas partes. No dejaban de llamar la atención tantas precauciones en los capitanes de Roger, que tenían fama de temerarios.

Tres días después se embarcó el ejército entero en sus propias galeras y atravesando el mar de Mármara tomaron tierra en el cabo de Artacio, no lejos de la famosa ciudad de Cízico. Acompañaba a Roger, con representación del mismo Emperador, el capitán general duque de Nastogo, el *instrumento de la historia*, el hombre de cuello rígido y de cabello y barba a la francesa.

En la galera capitana Roger le había hecho probar el vino de Sicilia, y con la ligereza de los brindis le había dicho:

—Ya sé que el hueso de la cadera de vuestro suegro está en el fondo de un barranco, cerca de Nicea.

Nastogo vaciló un momento creyendo que debía darse por ofendido, pero de pronto sonrió, volvió el rostro hacia Roger y corrigió:

—No es mi suegro, sino el abuelo de mi mujer. Ésa es una broma de su alteza imperial, la princesa María.

Luego bebió y arrojó el vaso por la borda. Se oyó el ruido de las trizas al romperse contra una gabarra, donde iba la caballería pesada.

Observó Roger que siempre que al beber brindaban por alguien de la familia real, rompían el vaso. En aquel caso Nastogo había brindado por Roger. «Me consideran ya», pensó, «de la familia de Andrónico».

Bien. Su estrella lucía.

El cabo de Artacio, donde las naves y las gabarras atracaron, era una vastísima península formada por montañas rocosas y tiernos valles fértiles.

Había allí —en aquel cabo o península— mucho ganado y agricultura. Muntaner decía que sentía el mismo aire y la misma luz del Maestrazgo de Cataluña. Aquella península estaba defendida (en el lugar por donde se acercaba a tierra firme) gracias a una muralla cerrada contra el mar, que se

extendía después tierra adentro más de media milla. La muralla estaba guarnecida por tropas romeas mal armadas y de baja moral.

Supo Roger que aquel mismo día los turcos habían querido ganar la muralla y que dejaron el combate más por la fortaleza natural del reducto que por el encono y violencia de los que lo defendían. Naturalmente, con la muralla habrían ganado la península rica de población y de bienes de todas clases. Al llegar a tierra, Nastogo dio a Roger un papel sellado con las armas del Rey y otro con las del kan de Bulgaria. El Rey le recordaba que Nicea y su territorio eran feudo de su hijo Miguel, y más al norte Filadelfia y sus cercanías lo eran de la princesa Irene y, por lo tanto, de su hija María. Por matrimonio habían pasado a pertenecer en cierto modo al mismo Roger. Le advertía que con los turcos no había que pensar en pactos ni tratados caballerosos, sino en la destrucción y exterminio.

La otra carta era de la princesa María, quien le decía: «Hay hombres sin fe entre los turcos y ésos parece que no son muy peligrosos. Pero los hay también creyentes pertinaces, como Karman. No te fíes nunca de ellos. No son como los caballeros latinos. No les oigas si te ofrecen paz. Según oigo decir, habría que exterminar a los turcos tozudos de la fe.

»Sé benigno con los griegos de nuestros estados, pero si tienes que hacer justicia, hazla a tu gusto. Feudos son nuestros.

»No podré estar mucho tiempo separada de ti. Llévame pronto a tu lado. Tengo una fe inmensa en ti, pero no excesiva. Al lado de la más alta fe vigila la más obstinada duda. Y ahí está esa duda y no sé qué hacer con ella. Aquí, en Constantinopla, a veces la vida y la muerte parecen una sola cosa y se confunden. Yo he conseguido asomarme sobre ellas, ¿y qué veo? Poca cosa. A veces un gato en el alero. O también una bandera. No importa.

»Vence a los turcos, ven y nos iremos a Bulgaria, mi patria. Sin ti, este palacio de mi tío es inmenso. Menos mal que en todas partes hay algo tuyo: un libro abierto, el álbum de cuero, un joyel, un sombrero o un yelmo. Cosas que tú has tocado y que retienen un poco del calor de tu mano».

Estaba escrita en buen latín culto.

El desembarco se hizo a las ocho de la noche y Roger supo que los turcos no podían estar muy lejos. Se organizó la marcha con exploradores delante y no tardaron en encontrar dos masagetas que dijeron que los turcos

acampaban a una distancia de seis millas al nordeste, entre dos arroyos, con sus mujeres, hijos y haciendas. No tenían puestos de vigilancia entre las murallas de Artacio y su campamento.

Los turcos de Karman, como hombres de guerra, se preciaban, lo mismo que los alanos, de venir de los escitas. No era verdad. Los alanos sí que eran hijos de escitas. Algunos conservaban sus costumbres y sacrificaban caballos al sol bebiendo su sangre, cosa que, en general, hacían todos cuando en los desiertos estaban acuciados por la sed.

Algunos masagetas del interior todavía mataban a los hombres viejos cuando no servían para la guerra o para el trabajo. A causa de esto, los pobres viejos masagetas guerreaban o trabajaban tres veces más que los jóvenes.

Pero los alanos de Georges no habían llegado aún y tardarían dos días más. Otro tanto se podía decir de las tropas bizantinas de Marulli.

Caminaban en silencio los de Roger. De los dos masagetas que dieron informes, uno fue muerto por los almogávares para impedir que diera aviso al enemigo. Lo mataron sin que se diera cuenta, mientras hablaba con Roger. Cuando terminó su informe, un almogávar que estaba detrás con la espada desnuda le dio un golpe en la nuca. No un golpe de filo, que habría salpicado de sangre a Roger, sino de plano. El masageta perdió el conocimiento. Ya en tierra, con una celeridad y una seguridad de movimientos que revelaba una antigua costumbre, el almogávar le cortó la yugular. De pie, sin inclinarse.

Muntaner protestó y se interpuso para evitar que hicieran lo mismo con el otro, quien desde aquel momento anduvo al lado de Muntaner agarrado a la cincha del caballo. Muntaner hizo notar a Roger la violencia de los almogávares y Roger se encogió de hombros y siguió dando instrucciones a los jefes de la caballería.

—La guerra —dijo a Muntaner— no se hace con escrúpulos morales.

Pensaba Roger en el jefe turco Karman. Recordaba el retrato del álbum de María y se decía si estaría Karman en aquel sector o en Filadelfia.

Hallaron a dos millas del campo enemigo a otro campesino que al principio creyeron que era vigía turco. Después de interrogarlo, Muntaner se interpuso entre él y los almogávares y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Abul-Hamed-el-Hach, señor.

—Descálzate.

Entre las risas de la soldadesca descalzaron al campesino. Sus abarcas las arrojó Muntaner al fondo de un abismo.

—Eso basta —dijo a un alférez de almogávares— para que no pueda llegar antes que nosotros.

Pero estaban ya cerca del campo enemigo y se detuvieron. Por las estrellas se veía que no faltaba mucho para el amanecer. La brisa la tenían de frente, lo que les favorecía.

Exploradores de a pie, ligeros y cautos como chacales, se adelantaron y volvieron diciendo que el campamento estaba descuidado. Podría haber allí unos quince mil hombres entre caballeros y peones, sin contar sus familias. No había centinelas o, al menos, no aparecían por parte alguna. Los turcos despreciaban demasiado a los griegos de aquel sector para temerles.

El duque de Nastogo se quedó a la expectativa con su pequeña guardia de romeos, cuyos soldados tenían cabalgaduras ligeras, dobles. No confiaba mucho Nastogo en el éxito de la jornada. Su voz era la única que recomendaba prudencia. Roger tenía ganas de responderle bravamente, pero se contenía por respeto al Emperador. El duque repetía a menudo que él no era combatiente, sino testigo.

A la distancia que estaba Roger con los suyos y teniendo la brisa contraria, los caballos turcos y los perros no podían tomar el viento de los caballos catalanes ni de las personas. Roger dio instrucciones para el ataque. La mitad de la caballería combatiría sin salir de las avenidas centrales del campamento turco y la otra mitad desplegada entre los establos y la tropa, de modo que no pudieran valerse de sus caballos ni para huir ni para pelear. El trabajo principal lo harían los almogávares a pie y tienda por tienda. Era muy importante la victoria en aquel primer encuentro. Y Roger dio instrucciones de una cautela y precaución que en otro tiempo pudieran parecer excesivas. Dijo también que no había que perdonar la vida sino a los niños y que mataran todo lo que se les pusiera por delante, es decir, hombres o mujeres. Así pensaba Roger obligar a los almogávares a combatir hasta el fin antes de caer presos, ya que si mataban a las mujeres

no podrían esperar piedad en caso de perder la batalla. Esto lo hacía Roger pensando también en el futuro, es decir, en el aspecto político de la campaña. El almogávar no era hombre de ideas religiosas y para hacer de él un enemigo mortal del turco habría que promover otras motivaciones.

Dispuso Roger el despliegue de los almogávares de manera que atacaran por el frente más ancho y de menos profundidad todos a un tiempo. Entretanto, la caballería iría a cortar la retirada y a interceptar la comunicación del campamento con los establos.

Mandaba la maniobra Roger, que tenía a su lado los estandartes de Andrónico y el suyo propio. Los almogávares eran mandados por Corbarán de Alet, senescal de la infantería, muy amigo de Roger. Llevaba a su lado dos banderas, una de Aragón y otra de Sicilia, es decir, de los reyes don Jaime y don Fadrique, esto último por acuerdos con el Emperador. Era Alet hombre delicado de apariencia, bravo, inteligente y con el léxico más sucio de todo el ejército. En los campamentos, se entiende. En la ciudad era un perfecto cortesano.

El ataque fue súbito y por todas partes a un tiempo, en el momento en que las primeras luces del día asomaban, que es la hora del enervamiento y del descuido. Muchos turcos fueron sorprendidos en el sueño, otros se levantaron y desnudos requirieron inútilmente las armas. El combate se hizo general con desventaja para los turcos que, convencidos de su ruina, iban a huir cuando caían bajo las patas de los caballos. Los turcos no podían imaginar de dónde les venía el ataque ni qué clase de gentes ni de qué nación les acometían. Sólo veían espadas y corazas y yelmos. Hierro y acero. No habían visto nunca aquellas banderas, ni siquiera aquella manera de armarse y de combatir. Los gritos de los catalanes y aragoneses debían sonarles a idioma del infierno.

En pocas horas el campo quedó para los aragoneses, quienes mataron más de diez mil soldados turcos y apresaron cerca de tres mil caballos. Los pocos supervivientes huyeron no sólo al interior de sus territorios, sino al fondo de ellos, y no acabaron de comprender en mucho tiempo lo que les había sucedido.

Por desgracia no estaba Karman con las tropas en aquel sector.

La victoria fue completa y sin daño para los aragoneses ni catalanes, quienes retrocedieron con el botín y con algunos millares de niños a su lugar de partida, es decir, al otro lado de la muralla del cabo o península de Artacio, de modo que cuando al día siguiente llegaron Marulli el bizantino y Georges el masageta con sus tropas, todo había terminado ya. El duque de Nastogo, más rígido que de costumbre, iba de un lado al otro buscando informes y detalles complementarios. Como ningún soldado sabía griego, el delegado del Emperador no acababa de enterarse.

Y seguía hablando de prudencia y de las grandes fuerzas de que disponía aún Karman, quien podía acudir de Filadelfia en cualquier momento y buscar la ocasión de la venganza.

En todo el campo se sentía un olor peculiar de cuero. Las aljamas de las acémilas turcas, como las sillas de sus caballos, estaban muchas de ellas a medio curtir.

Eso de emplear cueros mal curtidos era peligroso, según decían los soldados. Los cueros del ejército catalán no sólo estaban bien curtidos, sino que brillaban como metales bruñidos. Decían los soldados que las sillas de cuero mal curtido hacían llagas en las nalgas y también en las manos. Las cicatrices que tenían muchos turcos en las manos y en la cara se debían a aquello, al parecer.

El olor de cuero era para muchos un olor «a morisma» y también una invitación a la pelea. O un recuerdo de ella. Es decir, como una advertencia de peligro. Algunos almogávares decían:

—*Desperta, ferro,* que huele a cordobán.

Lo mejor del botín en oro y joyas fue enviado por acuerdo de los capitanes a la esposa de Roger. Como trofeos de guerra enviaron al Emperador y al príncipe Miguel las banderas y gonfalones turcos. Caballos con sillas guarnecidas de oro y nácar, alfanjes con empuñaduras de piedras preciosas, libros árabes con dibujos de filigrana, tocados suntuosos dignos de una emperatriz y otras cosas le fueron enviadas también por mar al Emperador.

Roger escribió a la princesa María con el acento protocolario de las cartas de príncipe que pueden perderse o caer en manos extrañas: «Señora mía, hemos vencido ya a vuestros turcos en este sector con la ayuda de Dios

y con el dulce estímulo de vuestro recuerdo y pensamiento…» Luego le daba cuenta de la jornada y le añadía una lista de regalos y presentes. Escribió también al Emperador y a la reina Irene.

Llevaba las cartas Fernando de Aonés en persona.

Y quedaron esperando noticias de la corte. Pasaban los días.

No había un soldado en el ejército de Roger que no se considerara rico. Después de enviar las presas mejores a Constantinopla, quedaban aún arcas de joyas y de oro en grano, telas preciosas, vestidos de púrpura, capas de seda cruda de la China. En la distribución hubo orden y concierto con gran asombro de Nastogo y nadie discutió ni porfió.

Los niños presos, muchos ya crecidos, con la ligereza y la fantasía de la edad se acogían a la protección de los vencedores, a quienes admiraban, y algunos días después de la derrota parecían haber olvidado a sus padres. Por todas partes se escuchaban músicas, canciones, panderos y dulzainas.

Muntaner se acercaba donde se oía música turca y se quedaba pensando que aquellas canciones se parecían a las de las riberas del Júcar y del Jalón, donde había moriscos. Y preguntaba a un traductor, que le iba trasladando la letra:

El que gallea en palabras
ya obtuvo su victoria
no arriesgará la vida
por conquistar algo
que ha disfrutado anticipadamente.

Muntaner había comenzado en Constantinopla a apuntar algunas canciones, pero cuando tenía un cuaderno lleno, lo perdía. Y Roger se reía en sus barbas. Era con el único con quien Roger perdía su gravedad. Lo trataba como a un hermano. Le gustaba Muntaner por eso, porque se podía sentir con él natural, simple y sin cuidado de su propia autoridad.

A los pocos días de llegar a Artacio, el ejército aragonés y catalán era, pues, un ejército de fábula. Los jaeces de los caballos eran riquísimos y la fantasía de los turcos en materia de metales, joyas y cueros labrados, unida al continente grave de los españoles, daba a aquella tropa un aspecto de veras brillante.

Entre las tiendas tomadas al enemigo había gran variedad de formas. Las más ricas eran de un curioso color negro y amarillo, con cúpula dorada en forma de bulbo (del bulbo bizantino) o, simplemente, con la abertura de acceso festoneada de oro formando el clásico arco de glande. Hay culturas de gineceo y culturas de androceo. La de los turcos era de estas últimas.

Había otras tiendas, pero las más ricas y también las más estimadas por la jerarquía que representaban eran negras, con partesanas doradas, sosteniendo la toldilla de entrada y una cúpula dorada también. Aquella combinación amarilla y negra resultaba un poco funeraria y sin duda les había dado mala suerte a los turcos, según decían algunos almogávares.

Uno de ellos había hallado en la tienda de un jefe turco unos frascos misteriosos. Bebió un poco de aquel extraño líquido y no le disgustó. Bebió otro sorbo, eructó sonoramente y cuando iba a beber el resto llegó su compañero y le quitó el frasco de las manos.

—Esto es perfume —le dijo— y no es para beber. Cada gota vale medio escudo de oro.

El aliento del almogávar olía de un modo exquisito y delicado. Arenós reía y dejó al uno con su perfume y al otro con su indignación. Fue en busca de Roger.

Era Arenós hombre de agudeza política y cortesana. Habría sido muy galán si no fuera un poco estevado del uso y abuso del caballo. Era sutil, delicado y fuerte al mismo tiempo, como un joven califa de Bagdad. Tenía un problema. Acababa de enterarse de algo importante que se apresuró a transmitir a Roger. Tres años antes había llegado a aquel mismo lugar de Artacio el príncipe Miguel con un ejército dos veces mayor que el de Roger. Y después de vacilar algunos días retrocedió a Constantinopla sin decidirse a presentar batalla a los turcos. Si esto era cierto, Miguel tendría que acoger la noticia de la victoria con una alegría condicionada, ya que en el fondo de la victoria había como una ofensa personal para él.

Estuvo Roger contemplando un momento a Arenós y le dijo:

—No hay que darle vueltas, Arenós. Una victoria es una victoria. Y piense lo que piense, el príncipe Miguel no es el Emperador.

—¿Pero tú no has visto la expresión de Marulli hablando con el duque de Nastogo?

—¿Y qué?

—Marulli es un incondicional de Miguel. Y fue su preceptor y maestro en materia militar.

Marulli y Georges se cambiaban impresiones y veían la confiada alegría del campamento español sin hacer comentarios. Arenós hizo algunos regalos a los capitanes alanos y romeos, pero Marulli y Georges no aceptaron nada. Y seguían hablando aparte. Georges había tenido en su juventud la reputación de un bandolero escita. Ahora, en la vejez, gustaba que se le reconociera autoridad e iniciativa. Las relaciones con Marulli y Georges no eran ya las de los primeros días. Roger y su ejército habían hecho en pocas horas lo que en muchos años no se había atrevido ni siquiera a emprender ninguno de ellos. Y lo habían hecho sin aparente esfuerzo y sin esperar a los ejércitos de tierra que mandaban Marulli y Georges.

Arenós repetía en voz baja a Roger:

—Hay que andar con la barba sobre el hombro. El orgullo de esos jefes está ofendido.

Ustarroz, que había oído el diálogo, intervino para decir tartamudeando un poco que tampoco creía que las inquietudes de Arenós estuvieran justificadas, pero que no había que olvidar la malquerencia de los genoveses de Constantinopla, quienes aprovecharían todas las ocasiones para indisponerles con Andrónico y, sobre todo, con Miguel. Roger volvió a encogerse de hombros y dijo unas palabras con las que dejó resuelta la cuestión:

—He venido a matar turcos. Me estáis llenando de recelos y prefiero perder la cabeza de una vez a tener que andar por el campo y por la corte calculando y midiendo mis pasos y mis palabras.

Añadió que no quería saber más intrigas en relación con el orgullo militar de Miguel, porque al menos la ignorancia le daría una actitud de inocencia y de cordialidad natural con él que a veces vale más que todos los advertimientos. Y en el fondo, Miguel y su padre y la corte entera de Constantinopla no podrían menos de estarles agradecidos. ¿No les habían llamado para aquello? ¿No habían recabado su ayuda sintiéndose débiles

contra los turcos? ¿No habían confesado públicamente aquella debilidad por el simple hecho de llamarlos?

Las tiendas de los turcos eran muy cómodas. Y más de la tercera parte de ellas, verdaderamente lujosas. Roger decía a sus amigos tendiendo la mirada por aquel campamento fulgente de metales y damascos:

—¡Pues no faltaría más sino que tuviéramos que pedir perdón por nuestras victorias!

Un detalle observó Muntaner en los griegos y los masagetas que le contrarió. Llamaban a los catalanes y aragoneses, *latinos*. Como ese nombre era pronunciado en Constantinopla con cierto desdén, no le hizo gracia. Sonaba, además, a *ladinos*, como entre la gente mora de Castilla, y también tenía un sentido doble, poco halagüeño.

Georges se acercó a la tienda de Roger y éste lo abrazó y le ofreció asiento. Georges tenía una cabeza imponente y barbada. Su cortesía era calma, segura y un poco altiva. Pero la altivez de los masagetas era artificial y aprendida. La de Roger, natural. De esa altivez natural de Roger solía reírse a veces cariñosamente la princesa María.

El masageta Georges, en su nombre y en el de Marulli, le dijo que había lamentado no haber tenido parte en la acción y que los dos le habrían agradecido que esperara su llegada antes de acometer al campamento enemigo. Roger le preguntó con una frialdad hiriente:

—¿Le molesta nuestra victoria?

—Hombre, esa no es manera de hablar —dijo Georges moviendo después la mandíbula como si mascara.

—¿Quieren parte del botín?

—De ningún modo —y Georges se llevó la mano a la barba, nervioso.

Añadió que la parte del zorro no les interesaba. Se refería a los zorros que van detrás de los leones para comer los restos de su presa. Roger preguntó:

—¿Qué habrían ustedes hecho en caso de llegar antes que nosotros?

—Esperarles.

—Bien. Parece que nos habían esperado ya años enteros en Constantinopla. Entonces, deben estar ya hartos de esperar. En todo caso,

nos hemos reunido aquí por fin y hay turcos sobrados para todos. Los esperaremos juntos. No faltarán otras oportunidades, ¿verdad?

—Sin duda ninguna, excelencia.

Estaba Georges muy lejos de sentirse feliz. Pero tampoco acababa de encontrar motivos para mostrarse ofendido. Roger lo veía en una situación desairada y tenía que desviar la mirada de él para no reírse.

—Entonces… —dijo como si esperara oír algo más concreto.

Habría sido Roger impertinente con gusto, pero comprendió que no hacía falta. Lo estaba siendo ya sin pretenderlo y por la fuerza natural de los hechos. Decidió mostrarse simple, llano y amistoso:

—Era —dijo— una cuestión de táctica. Había que aprovechar la situación del momento. No íbamos a perder la ventaja por consideraciones de cortesía.

—Comprendo —dijo Georges empujando con el dorso de la mano su barba de dentro afuera una vez y otra—. Entretanto, por acuerdo de mis capitanes, creí que debía venir a manifestarle a vuestra excelencia el disgusto de mi gente.

—¿El disgusto?

—Eso es.

—¿Viene a protestar por la muerte de los diez mil turcos?

—No exactamente. No es protesta, sino una amistosa observación.

—Ah, lo digo porque un ejército en acción no puede tener más que una cabeza, y esa cabeza soy yo. A pesar de nuestra cordialidad, de nuestra amistad y del respeto natural que tengo para vuestros hombres y para las personas de Marulli y la vuestra, yo no podría tolerar nada que sea o que parezca una falta de sumisión y de disciplina. Por lo demás, comprendo vuestra decepción porque os habéis privado de la parte de gloria que de otro modo os correspondería —iba a decir Roger *de la parte que os correspondería en el botín*, pero rectificó a tiempo—. Mi respuesta, y siento que me obligue usted a repetirlo, es que no quise perder el efecto de la sorpresa. En el caso de esperar dos días, el enemigo habría tenido noticia de nuestra llegada y se habría fortificado y mejorado en hombres y en armas.

Dijo el general alano que lo comprendía también y que le agradecía sus palabras. Añadió que era sólo una cuestión de honor.

—De eso —contestó Roger—, entendemos también en Cataluña. Pero el interés del Imperio es antes que nada.

Se miraban los dos en silencio. Roger explicó:

—Quiero decir que tengo para todos, especialmente para la persona de usted, general Georges, el mayor respeto. Entretanto, aquí no hay masagetas ni romeos ni catalanes, sino un solo ejército del cual yo dispongo en parte o en todo, según las necesidades.

Georges, que lo observaba fijamente, parece que se convenció de la consideración personal que Roger tenía para él y desde aquel momento sonrió, se mostró su amigo y hasta habló mal de Marulli. Sospechando Roger que aquello era una muestra de perfidia (un tanteo a ver hasta dónde se dejaba ir Roger en sus palabras), hizo como si no hubiera oído. Georges ofreció una vez más pleitesía y lealtad y se retiró caminando tres pasos de espaldas antes de salir de la tienda.

Bizcarra estaba fuera cepillando y acariciando a *Payés*, el caballo predilecto de Roger. Con él había otros dos soldados catalanes y un sargento de masagetas. Georges se quedó un momento admirando al caballo y escuchando lo que decía Bizcarra:

—Yo conozco bien a esta bestia que es una criatura de Dios, como usted y yo. La mía, mi yegua, es prima hermana de *Payés*.

Lo acariciaba, le tiraba suavemente de las orejas separándolas en dirección horizontal, y le hablaba. A veces le decía cosas tiernas como a un niño. El sargento de masagetas se reía de aquellas expresiones y Bizcarra se volvió hacía él y le dijo gravemente:

—Un hombre no es más que un animal. El que piensa que es más que un animal es un lelo, como el de Blanquerna.

El sargento alano estaba frotando con un bruñidor las junturas de una armadura que habían tomado moho.

—Los caballos —añadió todavía Bizcarra— mueren por nosotros sin protestar, como mueren los hombres —y añadió que el hombre debía arriesgar también su vida por salvar un caballo, si era necesario—. Los animales —dijo— saben más que nosotros. Lo saben todo, los animales.

Escuchaba Georges con una expresión filosófica. Le gustaba ver que Roger tenía criados tan buenos como él mismo. En eso se conocían los

verdaderos señores.

Llegaban hacia el general alano Arenós, Muntaner y el senescal Corbarán de Alet; éste, jovial y mal hablado. Invitaron a Georges a ir a la tienda colectiva que habían levantado (tomada a los turcos), a beber un trago. El hijo de Georges llegaba también en aquel momento. Era un joven capitán llamado Alejo, movedizo, inquieto y, según decían, valiente. Hablaba con entusiasmo de la tienda cantina que acababan de levantar, que antes era la mezquita del campamento turco.

Con los españoles hablaban Georges y Marulli una mezcla de latín, griego, catalán y castellano. Se entendían, sin embargo, y cuando faltaba la palabra, la suplía el gesto. Alejo tenía una gran curiosidad por los *latinos*. Una curiosidad neutra, ni favorable ni adversa. Como era muy joven, los capitanes aragoneses no lo tomaban en cuenta. Alejo estaba deslumbrado por la victoria y no se atrevía a hablar de ella en términos militares porque no la comprendía.

En la tienda, donde podían alojarse más de cien hombres, había muchos de ellos alegres, hablando catalán a gritos, es decir, un catalán mezclado de castellano. Un grupo de montañeses de Huesca estaba cantando a coro. Es decir, comenzaba uno de ellos, un cabo de almogávares, y luego respondía el coro:

CABO

Ya se casó la Bartola
con o dote de su madre.

CORO

Grande cosa, grande cosa,
grande cosa, cosa grande.

CABO

Como eran tantas hermanas
o dote no fue muy grande.
Me le dieron un jergón
que hasta a paja se sale

me le dieron una olla
que hasta os nabos se salen.

CORO

Grande cosa, grande cosa,
grande cosa, cosa grande.

CABO

Ya le dieron un candil
sin un gancho pa colgalle.
Ya le dieron un borrico
de treinta y seis navidades,
tamién le dión un cantaro
sin ansas pa manejalle,
tamién le dión un puchero
arreglau con un arambre
tamién le dión un cochillo
que pa cortar ya no vale.

CORO

Grande cosa, grande cosa,
grande cosa, cosa grande.

La canción seguía con otros objetos del ajuar de la Bartola, pero se interrumpieron al ver entrar a aquel lucido cortejo de jefes, entre los que figuraban dos capitanes de caballería y el general de los masagetas. Una voz gritó:

—¡En pie!

El masageta con un gesto les invitaba a seguir sentados.

Georges miraba a todas partes sin mostrar curiosidad ni sorpresa. Por fin dijo:

—Esta tienda era del imán turco.

Tenía todavía letreros en árabe con sentencias del Corán. Los colores eran rojo y amarillo. Georges pareció leer uno de los letreros y sonrió. No explicó por qué.

Contestando las preguntas de Georges, el senescal de la infantería fue diciéndole lo sucedido en la batalla. Habían atacado por el lado bajo del campamento —que, como todos los campamentos, estaba en una ligera pendiente— para sorprender de frente la mayor cantidad posible de tiendas en el primer choque. Dijo que los ataques de los campamentos eran difíciles porque cuando las tiendas están espesas, el suelo es un verdadero laberinto y entresijo de cuerdas, es decir, de «vientos». Los almogávares tenían mucha costumbre porque toda su vida habían habitado en campamentos.

Decía el senescal que los almogávares, cuando comenzaban una tarea, nunca la dejaban a medio hacer. Georges pedía más detalles. Preguntaba si entre los muertos habían hallado uno cuyas señales describía. Nadie podía darle razón y Georges decía que era Jaruf, el segundo jefe de aquel sector, y que habría sido una presa capital porque con su prisión se habrían acabado los turcos en Artacio, al menos durante algunos años.

Gavasa, que siempre contaba cosas terribles, decía que la primera mujer que vio en el campamento turco al lado de su marido muerto estaba desnuda como el día que nació. Fue a matarla, y cuando alzaba la espada, la pobre mujer se vació entera. Todo lo que llevaba en el cuerpo lo soltó. Y le dio pena, porque era una mujer hermosa y joven. Entonces salió sin hacerle nada y vio que ella se ponía a llorar no por el marido muerto ni por el peligro que la rodeaba, sino por vergüenza. Y explicaba Gavasa que para una mujer una cosa como aquélla… etc. Quería que Muntaner lo tradujera al jefe masageta, que no entendía catalán, pero Muntaner hizo un gesto con la mano como diciendo: «Más tarde». Y no lo tradujo. La sensibilidad de un capitán de almogávares resultaba un poco chocante hasta cuando se conducían o creían que se conducían de un modo humanitario.

Bueno, los jefes sabían lo que se podía decir y lo que se debía callar. Se puede matar a una persona. A cincuenta mil personas. Y es natural, porque la guerra es la guerra, pero Gavasa olvidaría mil muertes, otras tantas situaciones de peligro en las cuales estuvo a punto de rendir la vida, pero no podría olvidar a aquella mujer que con su marido muerto y en tierra se levantaba desnuda y esperaba el golpe mortal. Todo su cuerpo joven se desorganizó. Bien, ni siquiera a él le gustaba recordarlo. Daría media libra de plata por poderlo olvidar, como había olvidado otras cosas.

Esto se lo decía a Muntaner como si quisiera justificarse de algo, él mismo no sabía de qué.

Muntaner y Georges se cambiaron cumplimientos y vasos de vino. El jefe alano parecía que comenzaba a comprender. Dijo que si iban a su tienda les obsequiarían con el tradicional vaso de leche de yegua. Pero viendo el gesto involuntario de Arenós (que sin querer arrugaba ligeramente la nariz), renunció a insistir. Lo que quiso fue oír la canción entera que los latinos estaban cantando cuando llegaron. Muntaner lo dijo a los soldados y éstos no se hicieron rogar. Muntaner tradujo mal que bien las palabras y Georges se rio al final y dijo que sus soldados cantaban una canción que no recordaba, pero que…

—¿Cómo es esa canción? —preguntó a su hijo Alejo.

Cantó entre dientes Georges el principio, y el hijo, como si estuviera realizando un acto ritual en una de aquellas basílicas blancas, negras y rosadas de Constantinopla, cantó:

Ay, Zoe la de la saya verde
y la pierna robusta.
Ay, Zoe la que al amanecido
corre a la fuente.
Ay, Zoe, madrugadora
la que se levanta al sol
porque duerme sola todavía.

Cuando oyó la traducción, Miquelet de Binéfar dijo:

—Esa mujer de la pierna robusta era cristiana. Zoe es nombre cristiano.

El hijo de Georges estaba en esa edad en la que todo causa asombro y no se ha aprendido aún a desinteresarse. Miraba alrededor con ojos de búho.

Ricardo Gavasa, del valle de Arán, tenía la manía de escribir todo lo que veía y hacía y lo guardaba en una cartera de cuero espléndida, con cierres de plata, que llevaba colgada de un cordón de seda. Escribía sin puntuación ni pausas, en una frase infinita. He aquí un ejemplo:

«Y luego al punto del día caímos sobre los turcos Dios los confunda que son la gente más enzurizante que he visto y peores que los moros de la Andalucía que al fin éstos son gente como uno y entienden razones y los

turcos son como animales salvajes que viven a la intemperie y duermen al sol y no tienen casa ni solar y viven como las ratas en cuadrilla y están deseosos de entrar a saco de Artacio y de seguir las orillas del Mármara hasta Constantinopla y robarlo todo especialmente las iglesias de nuestra santa religión y atraparse las mozas tiernas y por eso digo que allí caímos como una tronada sin avisar y que este quiero y este no quiero a todos los pasamos a cuchillo que yo iba entonces armado de punta en blanco y los dardos que me tiraron rebotaban en la armadura y los golpes de cimitarra contra los quijotes y el ventalle de la celada como si no que con un revés de mi mangual se sentían los huesos del tozuelo romperse como la cáscara de una nuez y allá va el turco sin remedio y solo o con su mujer y al dar mi maza contra el tozuelo de un turco salía polvo como si diera en un terreno que así de selváticos son y no sabían quiénes éramos que estaban más asombrados que temerosos porque valientes no digo que no que sobre eso todo lo que se dijera sería inútil y no digo más pero todos nosotros contra ellos cuando estaban con el sueño del alba era cosa de ver y más de lástima con las mujeres aunque los hijos por ser tan brincadores y rústicos como los padres pronto olvidarán a sus familias y viven contentos con nosotros y están comenzando a aprender nuestra lengua sólo que si se habla de España creen que es de ellos todavía por los reyes que se mantienen en la parte baja y en la Andalucía salvos de nuestras armas que no durarán mucho porque Dios no permitirá que los enemigos de nuestra ley puedan más que nosotros y así al mediodía todo estaba acuchillado y ganado y más de diez mil muertos que ya es decir que allí los cuervos y otras alimañas les darán el entierro que nosotros no tenemos vagar para darles y Dios nos perdone como que esto es verdad…»

A pesar de estas consideraciones, al final aquel Gavasa hablaba de la parte que le había cabido en el botín y todo lo reducía a libras jaquesas. Así, la victoria le había sido provechosa.

—Me ha valido —decía— ochenta libras.

Salieron de la tienda colectiva los capitanes y anduvieron el resto de la tarde visitando las distintas instalaciones. Se extrañaba Georges del trabajo que en dos días habían hecho los latinos. En todas partes había muros de piedra sin argamasa, pero sólidos, cobertizos, chabolas, todo en buen orden,

con sus vanos abiertos hacía el mediodía y cerrados a los aires del norte. Admiraba a Georges la policía de las guardias y la vigilancia con el enemigo y también en relación con las otras unidades, como los masagetas y los romeos o bizantinos.

Vieron la guardia principal, que dependía del mismo Roger, cuyas órdenes eran transmitidas por el clarín a las guardias de cada cuerpo. Enseguida, como un eco, iban respondiendo las trompetas de la caballería, tren de combate, infantería, servicios de sanidad, y lo que más admiró a Marulli y a Georges fue que al caer la tarde el clarín del cuartel general tocó una larga nota melancólica: el toque de oración. Lo repitieron las otras guardias y allí donde se encontraban los soldados que lo oían se quedaban quietos y se quitaban el yelmo o capacete, porque era obligado guardar ese respeto a la ley cristiana.

—Eso es lo que me gusta más —dijo el jefe alano.

Todos se extrañaron porque no parecía muy devoto de ninguna religión. Mientras el padre decía esto, el hijo se mostraba impaciente. Siempre estaba impaciente Alejo, el joven alano. Su padre le dijo algo en voz baja y él salió sin despedirse, contento, al parecer, de marcharse. Muntaner no perdía ninguno de esos detalles y a todos les daba su interpretación de una manera u otra.

—Si no entiendo a esta gente en los tres primeros días —se decía—, no la entenderé ya nunca.

Muntaner fue al campo de los masagetas, donde algunos prisioneros turcos, de edad indecisa entre la infancia y la adolescencia, contaban historias o recitaban versos o hacían sonar instrumentos de música bárbara.

Comenzaba a caer la noche y se encendían los fuegos de los vivaques. Aunque la victoria había alejado a los turcos y por el momento no había riesgo de ser atacados, se hacían cada día los servicios de descubierta antes de la noche, dejando puestos avanzados de cuatro hombres en diferentes lugares, como siempre. Los masagetas y los bizantinos les imitaron. Por entonces, y aunque Roger no pretendía avasallar a nadie, todos tomaban su aviso.

Convencido Georges de que Roger tenía estimación personal por él, se mostraba su partidario. Y cuando hablaba con Marulli subrayaba su

entusiasmo para que por él dedujera el general romeo que aquella estimación personal de Roger debía ser mayor. En cambio, Marulli quería tener ideas propias sobre Roger y con una expresión de ironía se atrevía a decir que «le constaba que en las listas de los intendentes figuraba Roger con doscientas pagas y plazas en rancho beneficiadas y con cien caballos más de los que llevaba». Y bajando la voz, preguntaba: «¿Es así como se salva la cristiandad?».

Era Marulli un antisemita furioso. Odiaba a los turcos más por semitas que por turcos, y la presencia de un mercader judío lo sacaba de juicio. En lo demás era hombre cabal y trataba de ser justo. Solía decir de sí mismo: «Yo nunca haré carrera porque no me tomo a mí mismo bastante en serio». Y tal vez tenía razón.

Georges insistía en defender a Roger. Tenía Georges una cabeza bíblica, pero unos lo consideraban un áspid venenoso y otros un hombre que necesitaba mil extrañas habilidades para tener en orden su tropa alana. En esas habilidades figuraban crueldades secretas. Los días de gran fiesta bebía Georges leche de burra en un vaso preciadísimo que estaba hecho, al parecer, de un cuero de rinoceronte tallado y ricamente cincelado.

Pensaba Marulli con reconcomio. «Eso de salvar a la cristiandad no lo cree el Emperador ni el príncipe Miguel ni Nastogo ni Roger ni el mismo Georges. Eso se dice para que lo crean las tropas. Mis soldados lo creen, pero el Emperador, cuando habla de la salvación de la cristiandad, piensa en la salvación de las rentas de sus estados».

Muchos soldados comían víveres hallados en el campamento turco. Encontraban sabrosa la carne seca y pulverizada, mezclada con arroz. Otros decían que preferían una cazuela de nabos. Algunos recordaban con nostalgia las comidas del cuartel en Constantinopla y otros las de los cocineros de los barcos durante la travesía. La mayor parte callaban y mascaban en torno al fuego con un trozo de carne colgando de los dientes y el cuchillo en la diestra.

Muntaner y Roger fueron a ver a los heridos. No había ninguno grave, y no pocos de ellos se habían herido a sí mismos o torcido un pie o producido una contusión al tropezar y caer entre las cuerdas de las tiendas. Había más catalanes heridos que aragoneses, lo que era natural, puesto que la

proporción de soldados de aquella nación era también mayor, pero entre todos no llegaban a treinta.

Llegaron a las poblaciones del valle algunos campesinos llevando animales como presentes y pruebas de amistad. Roger agradeció el obsequio, pero viendo que eran campesinos pobres hizo que el intendente se los pagara. Esta fue una idea sugerida por Arenós, que si era un galán de patas estevadas, solía ser de conciencia sensitiva y recta.

La mayor parte de los soldados, a poco de hacerse de noche, no podían tenerse en pie y se dormían como leños. Tampoco podían seguir durmiendo después de la salida del sol. «Si el sol te encuentra acostado, no serás hombre logrado», decía Lucas de Exea. Eso, en tiempos de paz. Cuando llegaban las alertas y las noches en vela, era otra cosa. En tiempos de hostilidades se duerme cuando se puede. El buen soldado puede dormir a voluntad cuando quiere y donde quiere y también comer a cualquier hora lo que encuentra y como lo encuentra.

Los campesinos dijeron que todo el valle celebraba la victoria y cantaba las glorias de Roger y de los suyos, a los que no llamaban *latinos* sino *cataláunicos*. De Roger había canciones en las que se repetía su nombre y uno de aquellos campesinos dijo que corrían noticias sobre el origen de Roger de Flor, y se decía que había nacido de una princesa y en los primeros días de su vida fue abandonado en un cestito embreado a las aguas de un río, por donde marchó solo y sin protección. Que los animales del campo lo habían amamantado y protegido y que, por fin… Roger escuchaba pensando que tal vez aquélla era alusión a su origen ilegítimo. Pero Muntaner le decía:

—Ese es el nacimiento obligado de todos los héroes orientales, Roger.

Roger de Flor no era muy vulnerable por el lado de la vanidad. Era más sensible a los honores concretos y palpables, y ésos los tenía ya. Para ser feliz aquella noche no habría necesitado más que tener cerca a la princesa María. «Si nos quedamos a invernar en Artacio —pensó—, la haré venir conmigo». Su cuerpo la reclamaba. ¿Sólo su cuerpo? Roger no estaba seguro de poder contestar esa pregunta sin escandalizarse a sí mismo.

Hicieron beber a los campesinos y el vino les soltó las lenguas. Uno de ellos dijo que al principio, cuando desembarcaron los españoles y los vieron

ponerse armaduras de hierro y celadas con la nariz en pico, como los pájaros, pensaron que con todos aquellos metales encima no podrían nunca perseguir a los turcos y alcanzarlos ni tampoco huir de ellos y liberarse. Porque los turcos tenían caballos ligeros y eran ágiles y sueltos de cuerpo. Otros vieron a los almogávares con su reja o cestillo de hierro en la cabeza y sobre todo sus pieles de oso y de ciervo. Y se reían porque los hallaban pesados y sin gracia.

Algunos campesinos, viendo a los caballeros con sus armaduras enteras, se burlaban un poco de todo aquel aparato. Y como habían recibido los golpes de los alfanjes de los turcos más de una vez, estaban deseando que también a aquellos extranjeros les dieran lo suyo. Las muchachas, viéndolos encerrados en sus armaduras, se burlaban, y las comadres deslenguadas hablaban de lo difícil que sería hacer aguas con todo aquello encima.

Pero cuando llegó la noticia de la victoria y de las riquezas obtenidas, cuando vieron por la noche en el horizonte los últimos restos del campamento ardiendo en una inmensa pira y cuando les dijeron que tenían millares de jóvenes prisioneros —los hijos de los turcos— que podían ser obligados a trabajar como esclavos según la ley de la guerra, fue como si les hubieran anunciado un milagro.

Por fin los campesinos se fueron felices con su dinero romeo (el oro turco lo guardaban los catalanes según órdenes de Roger, hasta recibir noticias del Emperador) y alegres con el vino de Tracia.

En la parte masageta del campo había luces y se oían cantos y músicas, aunque era bastante tarde y la luna —una luna turca, por cierto— estaba alta en el cielo.

Al día siguiente llegaron noticias de la corte. Lo primero que leyó Roger fue la carta de la princesa, su esposa, que estaba escrita en un castellano un poco irregular. Puesto en orden decía:

«Señor mío y amado mío (la repetición era un rasgo deliberado de énfasis). Ya suponía lo que iba a suceder y eso se comprende porque mi amor me da clarividencia. Al pie de la muñeca china (que no es china sino japonesa y dicen que se llama Yamamoto) hay una alfombra de camello donde yo estuve sentada con la cabeza apoyada en tus rodillas. ¿Te acuerdas? Allí te dije que todo sería fácil en Artacio. Lo que había sido

imposible para mi primo Miguel, sería fácil para ti. Lo que él no había sabido hacer con doce mil soldados, lo harías tú con seis mil. Y lo has hecho.

»Tu carta huele a enjalma y a cuero muerto, que son los olores de las victorias sobre los turcos. Pero huele también a laurel y sabe —aunque te burles, como aquella noche— a labio inferior. Hoy llueve y estoy al lado de la ventana desde donde te vi la primera vez, cuando venías a almorzar con mi padre el mismo día de vuestra llegada a Constantinopla. ¿Te acuerdas? Pero ahora llueve un poco y la ventana se ha abierto y un ramalazo de agua me ha dado en la cara. Era casi caliente y me ha gustado. Puedes burlarte otra vez. Yo escribo así. Tengo que decir todo lo que siento y lo que veo, a mi manera. Ríete, si quieres, pero llámame a tu lado.

»Mi madre dice que no podré ir hasta el otoño y la invernada porque de momento el Emperador quiere que aproveches el ímpetu *de inercia* —así dice mi madre— de la victoria para liberar Filadelfia, nuestra querida ciudad, del asedio de Karman, el jefe turco cuyo retrato viste en el álbum. Pero de todo esto se me da a mí menos que nada. Yo sé que mis manos y mi boca y mi cuerpo te gustan. A mí me gusto yo misma desde que te gusto a ti. Ven, bien mío, cuanto antes. O llámame.

»Dice mi madre que eres un hombre de los pocos que *hacen historia* y que ella creía que no había ya en el mundo hombres de esa clase. Yo creo que te admira y que recela un poco. Siempre ha estado mi madre celosa de la grandeza del Imperio de Andrónico. Ella cree que debe ser su marido, el kan, quien mande en todo el Oriente.

»Amigas son del amor mis manos. Acostumbradas a amar razonablemente las cosas perfectas como la lluvia y locamente las cosas irregulares, imperfectas y dañinas como la sangre enemiga vertida. Pero la sangre vertida hace daño, ella sola, si volvemos la cara para mirarla en el suelo. No vuelvas la cara tú, Roger querido. Ya sé que para ti la sangre vertida no es sangre, sino bandera. La bandera enemiga que hay que pisotear. Bien está todo, pero cuídate. No tengo nada en el mundo más que a ti. Es decir, tengo muchas otras cosas, millares de cosas, pero sólo me gustan cuando veo que yo te gusto a ti.

»¿Comprendes?

»El Patriarca quiere confesarme y yo le digo que lo único que necesito es que tú vengas aquí y me beses. Él me dice que hay muchas clases de besos y no sólo el beso del amor humano. Es posible. La lluvia puede besar, pero el Patriarca, con su cara inmóvil de campesino y los ojos codiciosos de mando y de oro, habla del beso místico que desmaterializa nuestro ser y nos hace libidinosos en espíritu. Eso yo lo sabía por haberlo leído en autores musulmanes. Pero ese beso lo tengo también desde que soy tuya. El Patriarca de la cara inmóvil no lo entiende. No entiende que yo lo tengo todo.

»Para ver si puede hacerse conmigo —por el terror religioso—, me habla de la muerte. Del amor y de la muerte. Pero mi muerte es mucho más pequeña que mi amor y no me impresiona. Yo quiero los besos tuyos. Se lo digo a mi madre y ella, escandalizada, alza el gallo y dice: *¡Qué barbaridad! ¡Ni que lo hubierais inventado vosotros, el amor!* Las manos mojadas esparcen mi deseo por el de esa lluvia ordinaria, de las faldas anchas y pardas. Ojalá esa misma lluvia te moje a ti. Ojalá tengas tú los labios fríos como los tengo yo ahora.

»Ya se ve lo que es la saciedad (que he perdido). Antes no me daba cuenta. Ahora, pensando en mi saciedad pasada, es posible verme como en un espejo y odiarme un poco bajo la mirada burlona de los animales domésticos. El peor de ellos es Miguel, mi primo, que anda diciendo: *No digo que no. Roger es Roger. No digo que no. Pero la batalla de Artacio no fue batalla sino hecatombe, y los turcos no pudieron defenderse*. Eso dice y envuelve sus opiniones en elogios para tu persona. Y añade: *Habría sido mejor esperar a Marulli con sus tropas porque entonces habrían aprisionado a Jaruf*. Eso dice.

»Todos quieren hablar de ti y algunos hablan. Mi madre te quiere y recela de lo que ella considera tu espada mágica. Mi primo trata de hablar de ti a los otros y no puede. Sencillamente, no puede. En toda la ciudad no se habla de otra cosa más que de los doce mil soldados de Miguel —que fueron a Artacio y no dieron la batalla— y de los seis mil tuyos. Y las murmuraciones le gritan a él en los oídos de día y de noche.

»La mujer de Nastogo ha recibido cartas de su marido, a quien mi madre llama el señor *Según y Conforme*. Y eso es lo que dice también en

sus cartas al Emperador: *según* y *conforme*. Digo, sobre ti.

»Mi madre jura por tu cabeza y por la mía. Yo creo que es ahora, desde que estoy casada contigo, cuando me quiere de veras, mi madre.

»El Emperador no dice nada, pero está radiante. Los genoveses callan también, pero andan cetrinos y turbios. Los soldados de la guardia, como siempre, abultan la victoria y dicen que tienes prisioneros a todos los grandes kanes y beys del Asia Menor y que has cortado la cabeza a Karman.

»Mi tío el Emperador te quiere, pero se quiere más a sí mismo, como es natural. Mi madre te adora, pero se adora mucho más a sí misma también, y sobre todo, al kan, mi padre. Esto último no lo entenderé nunca. Tú sabes que puede adorarlo sin dejar de vejarlo un poco a su manera. Bueno, lo importante es que mi madre dice de ti maravillas, aunque nunca delante de Miguel. Todos sabemos por qué. Para hacer las cosas que tú haces hay que tener corazón imperial. Miguel no tiene sino un pequeño corazón municipal, como los romanos de la decadencia.

»Ahora tengo que esperar. Debo confesarte que he peleado con mi madre. He tenido una agria discusión. La culpa es de ella. Hablando de reunirnos en el otoño contigo, ella dijo:… *suponiendo que todo vaya bien*. Puedes figurarte mi respuesta. Ella insiste en que en esas palabras no había más que el buen deseo y el cuidado de tu seguridad. Pero yo creí sentir un acento diferente, que me escandalizó. Tal vez mi pobre madre tiene razón. Ella me perdone.

»Entretanto pasan los pájaros que van hacia Nicea y Cilicia y también hacia tu campamento y yo veo sobre las montañas de Artacio —por la noche, en sueños— hombres mojados con capas asiáticas o aragonesas, de paja. Diciendo palabras feas. A mí no me importa. Así son las tropas en todas partes.

»Veo lo que sucede y no me escandalizo. Yo te quiero a ti y tú quieres a la guerra. No digo nada. Así debe ser por el momento. Los amores demasiado recíprocos acaban mal, según dice mi madre. Y me estoy en la ventana viendo pasar los pájaros y viendo en el árbol florido gotas de lluvia azules, rosas y amarillas, según la brisa que las mueve.

»Eres ahora el verdadero dueño y señor de mi vida y yo creo también de las vidas de todos en Levante. Miguel se evade de las conversaciones y evita mis sonrisas. No puede verme sonreír. Ayer me encontró en un pasillo y me tomó por el brazo. “¡Ríete de una vez!”, dijo. “Ríete francamente y no trates de disimular”. ¿De qué? Yo no disimulaba nada. Tenemos confianza de primos, tú sabes. Será bueno que vengas y estés con él cara a cara y yo miraré y después te diré cosas probables y cosas definitivas. Cuando pienso en eso debía llorar, pero río y es igual. Entretanto, la lluvia me dice que tengo razón. Miguel es el peligro.

»Nadie lee nuestras cartas más que tú y yo. Si no puedes venir, escríbeme y dime en tu idioma todo lo que quieras. Yo lo entiendo todo si hablas de amor».

No decía una palabra la princesa de los regalos, y como la mayor parte de ellos habían sido hechos espontáneamente por los soldados, Roger tuvo que inventar una carta de gratitud y leerla a la tropa. Con ella todos quedaron satisfechos. Le gustaba a Roger que su esposa se olvidara de hablar de los regalos, a pesar de ser tan valiosos. Y Roger se quedaba con la mirada suspensa en el aire y pensaba: «Es un amor verdadero sólo que para tiempos de paz. Siempre el amor de la mujer es para la paz».

Había cartas del Emperador dirigidas a Georges y a Marulli, pero en la que escribía a Roger incluía copias de las otras dos.

Pedía el Emperador que acudieran al socorro de Filadelfia y de las plazas y castillos menores sitiados por Karman y ocupados por sus tropas en aquella parte. «Lo demás», decía, «vos lo sabéis mejor que yo y sería impertinente para mí aconsejaros, ya que no estoy en el lugar de la acción y desconozco las condiciones de la campaña.»

Arenós, cuando Roger le mostró la carta, dijo:

—Podría añadir que, además, no sabe una palabra de guerras ni milicias.

Afirmaba Roger, pero con respeto para su tío suegro:

—Un rey no necesita saber de guerras —dijo.

Muntaner intervino:

—Todos los monarcas son guerreros ahora en el mundo, menos él, y sin embargo, es el que más necesidad tiene de guerras. Es cosa del país. Todos

los romeos son gente de paz. Todos los griegos. Yo no les reprocho nada. También yo soy hombre de paz. Pero ¿dónde está la paz en el mundo?

Del príncipe Miguel no había cartas. Al día siguiente llegó una de la reina Irene que decía: «Miguel tiene cara de membrillo y dice que tu victoria la debes a los armeros y herreros porque peleas encerrado en una fortaleza de metales. Yo le digo que dentro de esas armaduras hay hombres como por aquí no se usan. Y cuando digo eso, el príncipe Miguel se inclina y se va».

Decía otras cosas la suegra de Roger. Parecía la reina Irene a veces más entusiasta sobre Roger que su misma hija. Y Roger, leyendo aquello, tenía la impresión de que era demasiada alegría y demasiada gratitud. *¿Qué puede un hombre hacer con todo eso?*, se preguntaba.

Había algo falso en el entusiasmo de la reina Irene, y Roger no sabía qué.

Volvía a leer la carta de la princesa María. La princesa escribía a propósito algunas vaguedades que podían entenderse de diferentes maneras, para que Roger tuviera que releer la carta. Cuando dudaba Roger sobre la congruencia de lo que decía, acababa por reír para sí: «Bah, es una niña».

Una niña que podía ocasionalmente mostrarse cínica, aunque su cinismo era siempre de buen gusto, es decir, dejando a salvo los sentimientos primarios del amor y de la fidelidad y del respeto mutuo. «Su madre», pensó Roger, «tiene celos de mis victorias y algo se le ha contagiado a la hija.»

Pero los celos de la hija eran, por decirlo así, generosos y llenos de bondad. Eran sólo el egoísmo natural del amor.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO V

Se proponía Roger continuar la campaña, pero el otoño se anticipó en aquel año. Las lluvias invadían los valles y encharcaban los caminos y Roger comunicó al Emperador Andrónico que había decidido interrumpir la campaña y esperar la primavera en Cízico, ciudad fuerte, amurallada y abundante en vituallas de todas clases. Al mismo tiempo, Roger envió a Fernando de Aonés con cuatro galeras armadas, una de ellas lujosamente preparada y dispuesta para que la princesa María y su servidumbre pudieran ir a Cízico. La princesa, que no deseaba otra cosa, llegó tres días después acompañada —esto era una sorpresa— por su madre, la reina Irene. Lo primero que la reina dijo a Roger fue:

—No esperabas a tu suegra, ¿verdad? Pero yo soy así. Me gusta llegar donde nadie me espera.

Se lo dijo en español.

La palabra *suegra* le parecía cómica y la repetía, pero la verdad es que nunca un hombre tuvo una suegra más cuidadosa, devota y fiel, aunque podía también censurarlo y criticarlo si se presentaba la ocasión.

—El pueblo te aclama en Constantinopla —le dijo— y mi hermano el Emperador está en eso con el pueblo. Pero la nobleza comienza a preguntarse si estos catalanes no son demasiado fuertes para poder dormir tranquilos. ¿Es verdad que no ha muerto un solo soldado tuyo?

—Es verdad.

—El Patriarca dice que es milagro y que Dios asiste a tus tropas.

La suegra dejó solos a los recién casados. Roger miraba a María a los ojos:

—¿Qué te parecieron los regalos de mi gente?

—Maravillosos, pero desde mi ventana veía el río y las orillas y pensaba en otros ríos de Francia, de España, de Italia, donde tú habías dejado mujeres. Mujeres usadas, ¿verdad? Como se dejan zapatos usados en el hogar que abandonamos. Bien, querido, yo me sentía también mujer usada como ellas, sólo que era tu esposa y suponía que volverías a usarme. Ellas, las de Italia y España, tenían seguramente esa tristeza que debe quedar después de la disolución de cada amor. Esto lo ha dicho mi madre, que es muy sabia en esa materia. Demasiado sabia, creo yo. También esa tristeza la tenía yo en Constantinopla, pero sin perderte. No te perderé ya nunca. Terminarás pronto tu tarea en estas tierras y nos iremos a Bulgaria para siempre.

La gloria militar no la comprendía la princesa María. Aquella mujercita daba la impresión de que vencido, pobre, harapiento, querría a Roger de Flor lo mismo que victorioso. O tal vez más.

Fuera, llovía. La princesa, en los brazos de Roger, pensaba medio dormida: «Mañana vendrán los delegados de Cízico y de mi feudo y del feudo de mi madre y del de mi primo Miguel —estaban en aquellos lugares fronterizos—, vendrán a rendir pleitesía. Y mi primo odiará más a Roger, por eso su odio contra Roger puede ser peligroso. A no ser que se convierta en un difícil y elaborado amor, lo que bien podría ser con el tiempo. Entretanto, Roger me besa y la lluvia golpea en los cristales».

Seguía adormecida y pensaba aún: «Las opiniones de la gente son ahora como la lluvia. Iguales en todas partes, en todas direcciones. El pueblo de Bizancio admira a Roger y me adora a mí. Somos lo que todos ellos querrían ser. Príncipes enamorados y victoriosos. Eso querrían ser todos. No lo son y les gusta ver que alguien lo es en su lugar. Pero no hay que hacerse ilusiones. Si el caso llegara, nos colgarían a los dos en la misma cuerda. Habrá que velar para que la ocasión no llegue».

Vio que Roger se había dormido. Ella entonces se sintió de pronto despierta: «Antes yo pensaba mucho en mí misma. ¿Soy inteligente? Yo se lo pregunté a mi madre y ella me dijo: ¿Qué necesidad tienes tú de ser inteligente? Roger no pensará siquiera en eso cuando te tenga a ti delante. Tú eres hermosa. Es verdad. Mi belleza es una belleza de decadencia, un

poco venenosa, pero tengo solo dieciséis años. ¿Qué otra cosa puedo ser yo a los dieciséis años?

»El patriarca me dijo un día que yo pienso no con la razón, sino con el instinto. No me parece mal. La cosa es pensar de un modo u otro. Ahora pienso menos que nunca. Me basta con mirar a Roger, me basta con tenerlo cerca y creer en lo que veo. Fuera y dentro de mí veo muchas cosas y las creo todas. Y lo de dentro y lo de fuera es igual. Todo es igual».

Sentía que iba durmiéndose: «Las cosas son como parecen: las cigüeñas barquitos y los barcos de vela, aves. Y dentro de mí la muerte crece, como dice el Patriarca Alejo, pero el pobre no sabe que crece cantando canciones de tierras lejanas.

»Tengo un poco de miedo. No importa. El amor destruye las cosas y el miedo las resucita. Antes yo me destruía en el amor que me tenía a mí misma. El amor a Roger sigue destruyéndome, pero cuando tengo miedo a alguna cosa me siento otra vez cuidadosa, prudente, egoísta, mía y entera. Mi primo es miserable, pero la miseria no es lo peor en él. Tiene un secreto en el que oculta su verdadera vergüenza y lo oculta como un tesoro. De ese secreto vive mi primo. Yo no sé cuál es. Todo el mundo tiene algún secreto cuando llega a los treinta años. Gracias a ese secreto no se disuelve la gente en la lluvia. Ese secreto lo hace a Miguel concentrado, obtuso y tremendo. Tremendo, eso es.

»Roger no tiene miedo a nada ni a nadie. ¿Es bueno eso? No sé».

La princesa María se durmió.

Cízico era una ciudad amurallada y bastante grande. Tenía agricultura próspera y buenos ganados. No le faltaba nada para la subsistencia de un ejército como el de Roger. Pero los problemas se presentaron enseguida. El mayor fue la codicia de los comerciantes al verse repentinamente solicitados por siete mil hombres, cuatro mil mujeres y cinco mil niños, contando los huérfanos de los turcos.

La población no tenía ya miedo de los turcos. Por vez primera en cincuenta años los campesinos salían de las murallas de la ciudad e iban muchas leguas hacia el sur y el oriente sin precauciones ni temores.

Querían los comerciantes aprovechar la riqueza del ejército. Tenían los campesinos víveres en abundancia, pero no veían el oro sino de tarde en

tarde. Como era de esperarse, los víveres subieron de valor a los pocos días de llegar las tropas. Una cosa era recibir a los liberadores con palmas y laureles y otra cosa venderles los productos de sus huertas.

Hubo algunos incidentes y para evitarlos se nombró una comisión de seis almogávares y otros seis mercaderes cízicos que señalaban el precio de las vituallas. Esto era importante no sólo para evitar el alza, sino también la baja excesiva que se produjo más tarde con la afluencia de mercaderes de otras partes. Así, pues, aquella junta cuidaba los intereses de los dos bandos.

En la planta baja del palacio había una guardia —la guardia principal—. En los sótanos se acumulaban cosas antiguas: un santo descabezado, libros medio podridos por la humedad y también un arco de tirar flechas, un arco de guerra bastante grande. Había también un carcaj roto, cerca. El arco debía ser muy duro de manejar y estaba distendido y en reposo, con la cuerda floja. Para armar aquel arco sería necesaria la habilidad y la fuerza de Ulises.

Tenía el arco la forma de yugo que solían tener en la antigua Grecia.

Cada vez que Arenós pasaba por allí, sentía la tentación de armar aquel arco aunque sólo fuera por probar sus fuerzas, pero pasaba de largo. Pensó también otro día que le gustaría llevarse aquel arco a Aragón y ponerlo en algún lugar de la sala de armas, porque tenía guarniciones de madreperla y de ámbar y se veía que era una pieza de valor.

Revisándolo un día, vio dos imágenes grabadas en las zoquetas de cada remate. Una debía ser Santa Sofía (en todas partes aparecía esa santa) y la otra era San Juan Evangelista, que anduvo por aquellos territorios y que, según la tradición, murió cerca de allí. Es decir, no murió. Se enterró vivo en un sepulcro y se desvaneció su cuerpo.

Todo el ejército de Roger estaba entero en aquella ciudad, con excepción del almirante mujeriego Aonés y su armada. Por acuerdo de Roger se había ido a invernar con sus barcos a la isla de Xío, cercana a las costas enemigas, de modo que la armada estaba al mismo tiempo de invernada y de vigía. Aquella isla de Xío era la única donde crecía el almaste, arbusto del que salía esa resina balsámica que se llama almáciga. Arenós le gastaba bromas al almirante con la almáciga y Aonés decía que

iba a calafatear con ella toda su escuadra, con lo cual los mares por donde pasara quedarían perfumados y las mujeres dirían desde las orillas: Ahí va Fernando de Aonés. Atribuía a esas mujeres otras palabras de un realismo bastante procaz. Arenós y el almirante se entendían bien porque eran del mismo pueblo aragonés. A veces hablaba Aonés con ilusión de volver a su aldea y ver a su gente. ¿Cómo nos recibirán?, se preguntaba, y Arenós le decía:

—Si volvemos ricos, nos recibirán bajo palio, y si volvemos pobres, nos mirarán de reojo y dirán: No vemos qué es lo que han sacado con tanto correr tierras.

Aprobó el Emperador en Constantinopla los acuerdos de invernada de Roger y le envió grandes cantidades de miel, pescados en conserva, carne seca y fresca. Estos víveres eran regalados, puesto que no tenían nada que ver con las soldadas que a su tiempo se pagarían íntegras.

En Cízico estaban no sólo los soldados de Roger, sino también los masagetas o alanos de Georges y los bizantinos o romeos de Marulli. Los alanos eran borrachos y amigos de pelear. Peleaban entre sí con frecuencia y no era raro verlos con la cabeza vendada y orgullosos de sus vendas y de sus heridas. Algunos días se habría dicho que había en el real de los alanos verdaderas batallas campales.

Los romeos eran gente ordenada y disciplinada. Mejor equipados que los alanos, comían como buenos burgueses más que como soldados en facción. Así como los almogávares solteros, que eran pocos, cocinaban por grupos de cien y no eran muy cuidadosos de la calidad, aunque sí de la cantidad, y sobre todo del vino o la cerveza, los romeos tenían pequeñas repúblicas de veinte para las cuales guisaba un buen cocinero. Sus comidas eran, pues, más delicadas y mejor condimentadas. A veces los almogávares se burlaban amistosamente de ello y les decían que tenían la tripa de buen año y que la carne blanda la penetraban mejor las flechas turcas.

Los romeos a veces los invitaban a comer. No muchas veces porque casi todos los almogávares mientras comían eructaban como árabes y ventoseaban como germanos.

Comían los masagetas peor todavía que los almogávares alrededor de pequeños fuegos en grupos de cinco o seis.

Se burlaban los alanos de los almogávares y decían: «Poca cabeza. Hacéis un fuego grande y os sentáis lejos de él. Nosotros hacemos un fuego chico y nos sentamos cerca. Menos trabajo, menos gasto y más calor». Siempre andaban con bromas a propósito de las costumbres de los unos y los otros.

A veces los oficiales del estado mayor de Georges o de Marulli, que pretendían ser saludados y honrados por los soldados de Roger y no lo conseguían, mascullaban algo entre dientes. Era producto del ocio y de la convivencia forzosa. Cuando alguien daba cuenta a Roger, éste decía: «En el campo, con el enemigo enfrente, todo el mundo olvidará esas cosas».

Entretanto, en el palacio la reina Irene, que era la figura mayor de la casa, fue descubriendo ante Roger el pequeño mundo de sus pasiones. No podía ver a Marulli, según decía, pero lo invitaba a veces porque, al fin y al cabo, era un mariscal del Imperio. A Georges no lo invitaba nunca. «Al fin», decía, «es un aventurero, un mercenario». Solía añadir que los alanos eran todos leñadores en su tierra y que Georges era un tipo ridículo con sus grandes barbas que le salían por debajo de la celada cuando se armaba.

—Además, te odia —decía a Roger.

En público, la reina se adaptaba al protocolo bizantino y daba lecciones a las damas y doncellas de su servicio si se permitían olvidar algún detalle. Pero en privado tenía un ánimo alegre, juvenil a pesar de sus cuarenta y cinco años, y un don cruel de imitación y de sátira que a veces hacía reír a Roger y a veces le asombraba. Sobre todo hablando de Andrónico y del príncipe Miguel.

La princesa María le reprochaba a veces: «Madre, ¿tú sabes lo que estás diciendo?» La reina decía: «No lo sé ni quiero saberlo», y como si esas advertencias la estimularan a hablar seguía con nuevos ímpetus y nuevas impertinencias. Pero tenía gracia.

Algunas de sus maledicencias eran inocentes. Decía que la duquesa de Nastogo se ponía por la noche parches en las sienes y en las mejillas para evitar las arrugas y que cuanto tenía que beber lo hacía sorbiendo con una paja para no contraer los labios. De su marido decía que toda su vida había tenido una sola vocación: la de sobrino. Había nacido para ser sobrino de su tío, el kan de Trebisonda.

Según ella, las injurias de guerra del príncipe Miguel eran estupendas. Había recibido dos golpes en la cabeza cuando se batía a espada con un peral en su parque. El peral daba frutas muy duras y con los golpes de la espada algunas cayeron desde las ramas más altas y le hicieron contusiones. Entonces el príncipe comenzó a patadas con el árbol. Cayeron más peras y una de ellas, la más grande y la más alta, lo dejó sin conocimiento. Cuando volvió en sí hizo cortar el árbol como castigo. Y su padre le concedió honores de guerra.

Lo decía en serio, pero, claro, nadie la creía.

La reina madre podía ser casi chabacana con sus bromas, pero en cuanto se trataba de cuestiones de política bizantina que tuvieran relación con su marido, el kan, sabía siempre quién era el fuerte y el débil y dónde estaban los intereses de cada uno. Conocía bien el punto crucial de las cosas y daba consejos inteligentes. No estaba en Bulgaria sino en Constantinopla porque prefería vivir al lado de su hija mientras su esposo el kan Azán no «liquidara» a sus dos concubinas. Esa expresión —liquidar— tenía varias y diversas acepciones que ella no explicaba.

—En Cízico —decía a Roger— trata bien a los nobles, devuelve sus reverencias y ofréceles de beber de vez en cuando. No se atreverán a chistar. Cuando comiencen a sentirse bastante familiares para intentarlo, será ya la primavera y la hora de salir al campo. A los mercaderes déjalos que roben un poco y luego les sacas el dinero en impuestos. Al final lo que hacen esos comerciantes es servir de agentes de recaudación de tributos, quieran o no quieran. Debes inventar un par de gabelas nuevas. No te preocupes de lo que pueda decir el Emperador. Éste es mi feudo.

Luego, a solas, Roger preguntaba a su esposa:

—¿De veras está tu madre esperando que liquide tu padre a sus amigas?

La princesa María se quedaba un momento cavilando y respondía:

—Eso dice ella, pero no hay que hacerle caso.

Comenzó a dar Roger sus edictos encabezándolos así: «De orden de S. M. Imperial la reina Irene Paleólogo de Bulgaria y Cízico…» (era un edicto obligando a los griegos a pagar un impuesto por cada joven esclavo turco que se llevaban a trabajar). Más tarde llegaron cartas del Emperador a su hermana Irene y ésta dijo a Roger que quitara su nombre del

encabezamiento de los edictos. Los mismos correos llevaron copias del poema que Gayo Sorinópulos había dedicado a las bodas de la princesa y que había hecho reproducir en pergaminos iluminados con tintas de colores y con capitulares de oro. Roger, viendo aquella exquisita obra de arte, preguntaba quién era Gayo. La princesa le decía: «¿No te acuerdas?» Y le explicaba. En su juventud había conocido Gayo dos o tres veces la prisión acusado de permitirse bromas contra el Emperador anterior. No había sido culpable, sin embargo. Otras veces había hecho copiar y difundir epigramas feroces, pero en las dos ocasiones en que lo arrestaron no había tenido la culpa.

Trataba Gayo de enseñar a los hombres a no creer en nada y a contentarse con lo menos posible en la tierra. Algunos le preguntaban:

—¿Pero hay Dios? ¿Tú crees que hay un Dios?

Gayo se acomodaba la toga (llevaba una especie de toga blanca bastante sucia) sobre el hombro izquierdo y decía:

—¿Tú crees en Dios?

—Sí.

—Entonces, Dios existe. ¿Y tú? —preguntaba a otro—. ¿Crees en Dios?

—Yo, no.

—Entonces, Dios no existe.

El que creía se enfadaba:

—¿Cómo puede Dios existir y no existir al mismo tiempo?

Gayo le palmeaba el hombro y le decía:

—Quieres que Dios sea como nosotros. Pero para Dios no hay nada imposible. Por eso Dios, que es único, diferente y sin comparación, puede ser y no ser al mismo tiempo.

El que creía en Dios se enfadaba:

—No lo entiendo.

—Ni debes entenderlo —insistía Gayo— porque si lo entendieras serías tanto como Dios.

La princesa María lo había llamado a veces a su lado y después de oír sus últimos poemas le preguntaba si quería alguna merced, algún favor. Gayo decía: «No necesito más que un poco de sol, un poco de pan y un poco de agua para vivir». La princesa le regalaba una bolsita de ducados y

lo echaba del palacio diciéndole invariablemente que era un mal poeta y que todo se convertía en sus poemas en afectación y mentira y grandilocuencia. También era mentira lo del sol, el agua y el pan. Pero la princesa sabía que Gayo no mentía.

Los capitanes de caballería y los jefes de escuadrón almogávar tenían entrada en el palacio. Jiménez de Arenós era el que lo frecuentaba más, siempre con reclamaciones contra las libertades de la soldadesca y con historias enfadosas. Era Arenós puntilloso y de fuerte sentido moral.

—Aquí viene —decía Roger en broma— el caballero sin tacha.

Y Arenós le sometía listas de desafueros y agravios cometidos por los soldados contra la población civil y pedía castigos. Hubo en Cízico algunos casos de estupro y tres asesinatos. Los robos ocasionales sobre los cuales Roger hacía la vista gorda eran cosa de cada día. Con frecuencia los soldados abusaban de la timidez de los campesinos modestos y del miedo de los ricos. Arenós tuvo con Roger una entrevista agitada.

—Yo no quiero ser —dijo Arenós— capitán de bandoleros.

—En todos los ejércitos suceden esas cosas.

—Castiga las más aparentes y el orden se restablecerá.

Arenós acusaba, entre otros, a cuatro almogávares para los cuales pedía un castigo ejemplar. Roger lo miraba con un recelo amistoso:

—¿Tan grave es eso?

Pero ninguno de los dos pasaba de ahí. Y se despidieron después de haber hecho un poco de conversación con la princesa, que solía aparecer cuando oía la voz de Arenós o de Muntaner. Delante de ella Arenós se ponía muy galán, olvidaba sus discrepancias y por fin se iba sin haber vuelto a plantear sus querellas.

Un día llegó con Muntaner y no hizo reclamaciones, pero la entrevista tomó un sesgo curioso. Roger estaba más jovial que otras veces. Se habló ligeramente de las condiciones de vida de cada uno y Roger dijo:

—La princesa quiere que deje la guerra y me vaya a Bulgaria, a la corte de su padre.

Los otros se quedaron callados, como si esperaran oír algo más. Roger siguió:

—No le interesan los turcos, ni los bizantinos, ni Andrónico, ni la cristiandad. Quiere que nos vayamos a Bulgaria a vivir tranquilos. Como si hubiera tranquilidad en el mundo.

Arenós dijo con los ojos muertos:

—Es natural. Y es discreto y razonable.

—¿Cómo? —preguntó Roger.

—Es lógico, eso. Eres megaduque, eres yerno del kan Azán y tienes una esposa como la princesa María. Una victoria en el campo de batalla la tiene cualquiera, pero todas esas victorias no las da la vida sino muy rara vez.

—¿Victorias? ¿Qué victorias?

—El amor y los títulos y grandezas.

Había hostilidad en el acento de Arenós, pero detrás de aquella hostilidad percibía Roger una pureza impresionante.

—¿El amor? —preguntaba Roger como si le hablaran en chino.

—Sí, el amor. ¿Es que no sabes lo que es eso? Por un amor se deja todo en la vida: las victorias de Alejandro y de Julio César. Ella tiene razón queriéndote sacar de todo esto.

Muntaner lo echó a broma:

—Arenós quiere que te vayas y le dejes el mando.

—Si sólo es eso… —dijo Roger, jovial.

Arenós repitió sus argumentos con una gravedad dramática. Viendo la cara de Arenós, no pudo menos Roger de soltar la carcajada. Como esto era bastante inusual en él, los otros dos se quedaron un momento extrañados. También debía parecer inusual a la reina Irene, que acudió. Y Roger seguía riendo.

—¿Tú crees? —decía sin dejar de reír.

Muntaner comprendió que Arenós estaba dispuesto a seguir por aquel camino tal vez hasta la impertinencia y decidió salir de allí y llevárselo. Besaron la mano a la reina y salieron. Cuando llegaban a la puerta apareció la princesa María. La risa de Roger volvía a oírse mientras los dos capitanes bajaban las escaleras.

Muntaner, acomodando su paso al de su compañero, preguntó gravemente:

—¿Qué te pasa, Arenós?

—A mí, nada.

—Se diría que estás enamorado de la princesa María.

—Es verdad.

—Pero llegas tarde.

—Aunque estuviera soltera o viuda yo no me casaría nunca con una mujer como ésa. Está en el centro de un nidal de brujas. Todo es mentira en la corte de Andrónico. La princesa María no puede hacer sino reflejar las cualidades que ve alrededor desde que nació. Y las refleja a su manera. Ella no tiene la culpa, claro, pero ningún ser humano con dos dedos de frente se fiaría de ella. Es decir, de sus sentimientos puede fiarse Roger, pero no de su cabeza. ¿No ves que desde la primera vez que la vimos tiene el mismo acento, la misma expresión y las mismas palabras? Eso quiere decir que no dice nunca la verdad sobre nada ni está dispuesta a decirla. No es sólo con nosotros. Con Roger, tampoco. Yo quiero a la gente que un día dice sí y otro que no y que hoy llora y mañana ríe. Dame a mí personas que cambien de parecer. Pero esa jovencita está por encima del bien y del mal, del amor y del odio, de la vida y de la muerte.

—¿Hablas de la madre?

—No. Hablo de la hija. Sobre la madre no es necesario que diga nada porque salta a la vista y lo ve un ciego.

Reía Muntaner aunque no tanto como Roger de Flor.

—Estás enamorado —repetía.

—Bien, pero sé bastante de la vida para no acercarme nunca a la princesa.

Seguían caminando. Arenós dijo después de un largo silencio:

—Supongo que lo mejor será que olvides lo que he dicho.

—Yo no volveré a acordarme nunca, pero hay algo que no entiendo. Si la princesa es tan peligrosa, ¿cómo puedes desearle a Roger que se vaya con ella a vivir a Bulgaria para siempre?

—Tal vez para Roger la princesa María será una compañera fiel. Y, además, nos libraría a nosotros de ella.

Muntaner se detuvo y lo tomó por el brazo:

—Arenós, tú eres un hombre honrado y acabas de descubrirme muchas cosas. Que yo las crea o no, eso es otra cosa. Conocí a dos parientes tuyos

que eran iguales. Todos tenéis lo preocupación del misterio y la manía de la justicia. Roger también la tiene, pero ¿crees que le quedaría un solo soldado bajo las banderas si fuera a juzgar la manera de conducirse de cada uno?

Se despidieron. Los días siguientes Arenós no fue por el palacio.

Una tarde, a primera hora, apareció otra vez con un papel y una lista de agravios de la soldadesca contra la nobleza y la población llana. Roger tomó el papel, lo dejó a un lado y le dijo:

—Mira, Arenós, yo tengo una sola misión y una sola responsabilidad: la victoria. Es decir, nuestro compromiso con el Emperador. Todo lo que me ayude a ganarles el campo a los turcos es virtuoso. Todo lo que me estorbe es vicioso. Y de ahí no habrá quien me saque. Otras veces me has dicho que soy magnánimo con la soldadesca. Tienes razón. Yo hago la guerra sin preocupaciones de justicia. Que haga Andrónico la justicia que quiera. Hay que ser fuertes antes que justos. ¿No es eso?

—Está bien —concedió Arenós—, pero un ejército no se forma con carne de horca.

—¿Por qué no? Después de la victoria la carne de horca se convierte en la flor y gala de la sociedad. Esos bandidos pueden ser los santos de una nueva religión. Nunca faltará quien los canonice.

Miraba Roger la lista de los culpables que le había dado Arenós y comentaba:

—Launer, de Biescas y Ramiro, de Sallent han matado a una anciana. Launer es un buen arquero y Ramiro es un desertor de Anjou que me salvó la vida en Perpignan. Este otro, Bandaliés, es el que da con su gente el primer antuvión de corazas para romper la cuña de picas. Es uno de los mejores soldados. Inútil, Arenós. Di lo que quieres hacer y yo te facilitaré lo que esté en mi mano. Si estás dispuesto a marcharte, lo sentiré mucho. ¿Dices que sí? ¿Cuándo te vas? No me entiendas mal, nosotros te necesitamos; pero cada vez que discutimos sobre cuestiones de orden interior salimos un poco más distanciados. Acabaríamos por ser enemigos y no quiero. ¿Cuándo te marchas?

—Mañana a primera hora saldré por mar con el convoy de Constantinopla.

—En Constantinopla darán a tu separación del ejército motivos que no me favorecerán mucho.

—De mí no sacará nadie sino buenas palabras para ti.

—Lo creo, Arenós.

Roger se levantó y abrazó a su compañero. Luego le ofreció dinero, pero Arenós dijo que tenía bastante y que no necesitaba nada. Le dejó un papel con las cuentas de su escuadrón.

Arenós iba a marcharse cuando de pronto pareció dispuesto a decir algo:

—¿Me permites una pregunta en buena y honrada amistad?

—Las que quieras, Arenós.

—Sólo una. ¿Qué dice la reina Irene de las violencias de la tropa? ¿Se alegra? No me extrañaría que se alegrara.

—De eso no puede alegrarse nadie.

Lo dijo Roger con una sequedad cortante. Arenós hizo un gesto de disculpa, le estrechó las dos manos y se fue.

Estuvo Roger algunos días taciturno; trató de tomar medidas de justicia con los soldados más culpables pero se dijo al fin que un poco de violencia no iba mal en los ejércitos de ocupación y que eso mantenía a la población civil sujeta por el miedo después de haberse sentido obligada por la gratitud. Sin embargo, Roger era capaz también de seguir el consejo de sus amigos después de demostrarles que no tenían razón. Cuando salió Arenós, hizo que se constituyera un juzgado militar permanente. Pero más para cubrir las apariencias que para restablecer alguna clase de orden.

Los soldados eran ricos, pero se jugaban sus riquezas por todos los medios. El más general era el naipe. La «carteta». Ya entonces la «carteta», que ha sobrevivido a todas las costumbres de la soldadesca a través de los siglos, era el más aceptado por los juegos de azar. Ganancia y pérdida rápidas. Y, sobre todo, habilidad. Habilidad más que azar. Los soldados se jugaban las pestañas. Había pendencias y a veces corría la sangre. El juzgado llevaba las diligencias despacio para dar tiempo a la reanudación de las hostilidades antes de sentenciar. El campo de batalla haría tabla rasa.

Los ricos de Cízico se acercaban al palacio con honores y obsequios y, en consecuencia, Roger no tenía más remedio que acompañar a su esposa a apadrinar bautizos y a hacer liberalidades con las fundaciones y hospitales.

La reina Irene de Bulgaria, que parecía especialmente feliz desde que Arenós se marchó y no podía ocultarlo, celebraba sus fiestas aparte con la nobleza vieja del país. En aquellos saraos se jugaba, se bebía y se hacían alardes de lujo y de grandeza. Las intrigas de amor eran más secretas, pero también más gustosas que en Constantinopla. Algunos viejos nobles se arriesgaban a hablar mal de los catalanes, aunque sólo con la reina Irene y no con la princesa María.

Trataba de conspirar la reina Irene, pero no lo hacía directamente sino a través de otras personas, frecuentemente de sus doncellas. Le gustaba sembrar diferencias entre alanos y catalanes y entre catalanes y bizantinos. De un modo tan sutil que nadie habría podido ver su mano en ninguno de los pequeños incidentes que a veces se producían. No pasaba un día sin que hubiera algún choque o rozamiento.

En el pabellón de la reina Irene las fiestas terminaban con representaciones de mimos y música y recitado de versos. La reina se hacía acompañar por un joven ayudante de Nastogo; y se decía que eran amantes, pero la conducta aparente de la reina Irene era siempre irreprochable. Sabía guardar las formas.

De Constantinopla se trasladaron a Cízico no pocos danzantes y músicos de renombre. Parecía como si la corte se fuera desplazando. La reina madre se sentía el centro de la atención de una parte de la nobleza provinciana. Roger no hacía caso del pequeño mundo de la reina y se dedicaba a pasar revista a sus tropas dos veces por semana. En una de aquellas revistas sucedió un hecho curioso. Había un soldado masageta que se había pasado a los almogávares porque los admiraba como infantes. Decía que quería pelear a la manera aragonesa y que había aprendido ya a derribar y matar en tres tiempos. Era un hombre de más de cuarenta años. Llevaba armas defensivas y a veces, en medio de una revista, le daba un temblor que lo sacudía de pies a cabeza y sin caer al suelo bailaba dentro de sus hierros que entrechocaban y sonaban de un modo peculiar. Eso sucedió aquel día. Roger preguntaba con la mirada y un capitán le explicó:

—Es Wladio, que le da el baile.

Aquel masageta contaba que había sido picado por una tarántula en los desiertos de Libia. Y que a veces bailaba sin querer.

Después de sus revistas, Roger volvía al palacio. La princesa María tenía también su pequeño mundo con las doncellas de su madre y los jóvenes aristócratas. Pero, sobre todo, tenía su propio mundo interior. A veces Roger le pedía: *Dime lo que piensas en este momento,* y ella sonreía un poco melancólica y decía:

—Cuando era niña y no sabía qué pensar, me ponía a contar las flores del vestido de mi madre. Cuando no sé qué hacer, ahora, me pongo a contar los días, horas y minutos que hace que te conozco a ti, Roger, y que son para mí toda mi vida. Aunque tú no quieras venir a Bulgaria.

—¿Yo? ¿Por qué voy a ir a Bulgaria?

—Hay que dejar todo esto y ser feliz. Es lo que dice mi madre, también. Mi madre dice que el Emperador no merece nada de esto. Que es mejor para todos que nos vayamos a Sofía.

Pero estas cosas, al fin y al cabo, eran razonables, y las que pensaba la princesa con más frecuencia no lo eran tanto. Decía que tenía la ambición de ser un pequeño animal sagrado para alguien. Para Roger.

—Lo único que nos separa de los animales —añadía— es nuestro pudor sincero y verdadero de la sangre.

Pero ella no lo tenía. Y, sin embargo, no había matado a nadie. Y, sin embargo —insistía—, la guerra le parecía hermosa. Y no tenía nada que objetar cuando un almogávar mataba a un campesino de Cízico. Probablemente el almogávar tenía razón.

Por las noches llovía. Y la princesa miraba las glorietas del parque marchito desde sus ventanas. La lluvia hacía más rojos los muros de ladrillo que en verano y en tiempo seco parecían grises. Y la princesa preguntaba cosas extrañas a la naturaleza, a la lluvia, al cielo gris, al vendaval que no era nunca demasiado violento aquellos días, sino únicamente lo preciso para que se oyera por la noche en el gran silencio. Y esperaba la respuesta. Quería que la naturaleza le dijera concretamente sí o no. Y a todas las preguntas le contestaba la naturaleza con una misma palabra. Con una sola palabra: «quizá». Entonces preguntaba la princesa a Roger cómo eran sus tierras natales. Porque ella creía que Roger era la suma de varias personas: una que nació en Italia, otra que nació en Alemania, otra en España. Las

tierras natales eran para Roger concretas y claras. Y debía hablar de ellas. Y Roger hablaba, a veces.

La princesa decía que recordaba los días de su infancia —de la infancia suya y de la de él— como glóbulos de luz, de luz melada conservada en ampollas. Pero existían también las tierras mortales. Por de pronto, la princesa no vivía en sus días natales ni en sus días mortales sino en sus días nupciales (con azahar, arras y bailarinas). Allí estaba desnuda como cuando nació y acostada como estaría cuando muriera. Y tenía los pies descalzos. A veces Roger los besaba y entonces ella recordaba que su madre le había dicho que siendo muy niña ella se mordía sus pies y se hacía daño y lloraba y así aprendía que los pies de ella, eran parte de su pequeño cuerpo.

Por ese mismo procedimiento tendría que aprender las cosas que eran suyas en la vida, con daño y tal vez con llanto. No le importaba. No podía concebir un daño y un llanto que no tuvieran algo gustoso y orgiástico, desde que se casó.

Aunque Roger no quisiera ir a Bulgaria, por el momento la escuchaba lo mismo si decía cosas importantes como si decía ligerezas de adolescente. Le gustaban a ella estas ligerezas:

—Antes de conocerte —decía— conquistaba todas las cosas con mi pereza. Y las cosas me empujaban a una acción interior en la que iba consumiéndome. Porque fuera de mí no había nada. Sólo el día y la luz del día. Un solo día, con el mismo hombre adulto, el mismo niño, la misma mujer (mi madre), el mismo viejo (mi tío Andrónico) y el mismo príncipe verderón, como llamaba a Miguel. Eso era todo lo que tenía yo.

En aquellos días la reina se incomodó con dos de sus doncellas —hijas de duques— y se las cedió a la princesa. Eran Pelagia y Alejandra. La princesa las conocía y las estimaba mucho.

Pero no eran fáciles de tratar. Pelagia, que parecía un ángel, era un pozo de envidias. No sólo envidiaba a las mujeres más jóvenes y más hermosas, sino también a las viejas y feas si veía en ellas alguna cualidad que le faltaba. Era capaz de ponerse enferma cuando otra doncella tenía algún éxito amoroso o social. Incluso cuando se le moría a alguien un pariente —lo que acababa de pasarle a Alejandra—, envidiaba a los que recibían el pésame de la gente. Trataba de despertar la atención de los demás y en ese

sentido era capaz de las mayores mixtificaciones, como fingir que se había dislocado un tobillo o desmayarse en público.

Aunque era buena por naturaleza, Pelagia, arrastrada por aquella inclinación habría sido capaz de intervenir en el mayor despropósito y tal vez en un acto de deslealtad. Decía, refiriéndose a los hombres, que no tenían que ser hermosos. Un amante feo hacía destacar la belleza de la amada. Y su cabecita, que era hermosa pero no muy aguda, creía haber descubierto algo importante diciendo que el hombre debía tener tres efes: feo, fuerte y formal.

Alejandra era muy dormilona y cuando se levantaba por las mañanas se le inflamaban un poco los labios y tenía un aire más sensual. A veces salía muy temprano del palacio y pasaba entre los soldados de las guardias para hacerse ver. Al regresar decía a la princesa que aquel día se había visto hermosa en el espejo y antes de que se le fuera la belleza (que, según ella, le desaparecería hacía el mediodía) había ido a que la vieran los hombres.

Se hicieron cargo las doncellas nuevas de la ropa interior de la princesa, que hasta entonces estaba a cargo de una doncella de Cízico.

María pensaba viendo llover: «Esta lluvia me anticipa la tristeza de mañana». Porque para María la tristeza estaba representada por una mañana, un amanecer nublado y lluvioso. Ella despertaba riente (siempre de buen humor) y de pronto veía que a su alrededor todo lloraba. En Constantinopla, en el centro de sus habitaciones privadas, en el palacio de su tío estaba de pie la muñeca japonesa que le regaló el cocinero de Roger. Y detrás de ella había el día de la boda un rumor sospechoso (el día del combate contra los genoveses). Los monólogos de los amantes sin sacrificar. Porque entre los genoveses debía haber bastantes amantes masculinos. Y sus novias quedaron vivas. Ellas —no todas, pero algunas— habían entrevisto ya al hijo de mañana y pensado en la ejecución del padre. Esto se lo decía la princesa a su madre y la reina se asustaba un poco:

—Niña, no hables así. También yo pienso otras veces cosas terribles, pero no las digo nunca. Se pueden pensar, se pueden incluso hacer, pero no hay que hablar nunca de ellas.

Las noches eran largas. Decía cosas raras la princesa y la lluvia decía otras igualmente incongruentes detrás de aquellos vidrios cuadriculados con

plomo. Y los centinelas de las guardias daban su voz alrededor del alcázar, aburridos o contando tal vez las cosas que brillaban bajo la lluvia con el reflejo de las linternas de la guardia principal.

Alejandra, la doncella, se quedaba de servicio hasta medianoche. La princesa decía que Alejandra no era un ser humano sino una especie de divinidad carnal. Nada había en ella más que la carne. Era perfecta en su carne y, como decía la reina, Dios debía estar satisfecho de su obra cada vez que la miraba.

La princesa no permitía nunca que una doncella le hablara mal de las otras a pesar de que lo intentaban a menudo. Sin embargo, estimulaba por otros medios su desacuerdo y rivalidad. Hacía a una un regalo —lo que despertaba celos en las otras— y distribuía con el mismo fin los elogios o los reproches. De ese modo, según ella le explicó a Roger un día, sus doncellas no se podían poner nunca de acuerdo contra ella en las pequeñas cosas del servicio diario. Teniendo sólo cinco doncellas era fácil. Cuando tenía quince, como en Constantinopla, la cosa era más delicada y difícil.

En las guardias del alcázar los soldados se aburrían. Eso era lo malo de los almogávares, que estaban siempre aburridos y a veces, por aburrimiento, perdían la calma, los nervios y el sentido de lo permisible. Por aburrimiento hacían el amor, como había dicho al juez militar uno que había violado a tres niñas de doce años y herido al padre de una de ellas que quiso impedirlo. Hay que andar con cuidado cuando los héroes profesionales se aburren. Arenós se había marchado porque no podía tolerar a los héroes aburridos. Eso decía la princesa.

Roger miraba la lluvia resbalando por los cristales en chorritos verticales un poco irregulares, como la escritura china. Y cambiando de tema, la princesa decía:

—Quiero tener un hijo, Roger.

Lo habría querido enseguida, sin esperar. Ella no podía esperar. Eso de esperar estaba bien para los campesinos. Las madres rurales no tienen prisa en la gestación. Eso dicen. Los hijos son delicados y quieren su tiempo. Son las únicas cosas que nacerán haciendo desde el primer momento lo que han de hacer siempre, como lo han de hacer. Requieren su tiempo. Pero la

princesa María necesitaba el hijo inmediatamente. Si no lo tenía, ya no volvía a pensar en aquello por algunas semanas.

Y la noche le parecía un enorme saco de luces. Enorme, de vidrio negro, flotando y marchando a otra parte.

La princesa María decía que cuando estaba sola en su cuarto, las cosas a su alrededor crecían.

—Tú sabes —decía a su madre— que la luna trae el silencio. De noche estamos rodeadas de silencio y eso me asusta siempre porque es un silencio con superficies sembradas de papilas de insecto que se mueven. Entonces recuerdo que Roger no quiere ir a Bulgaria.

—¿Papilas? —decía la reina Irene—. ¿Quién te ha enseñado esa palabra?

Trataba la princesa de hacer memoria sin conseguirlo.

La madre tejía un estandarte para la Caballería de Roger con siete hilos de siete colores, lo que habría de darle suerte, según una antigua superstición. Mientras su madre tejía, la princesa decía que había delante de Cízico un anfiteatro de piedra antigua donde un hombre, un soldado masageta, había arrojado las dos piernas cortadas de su amante. Con el golpe blando de la carne al caer en la piedra habían cesado de moverse y de oírse todas las papilas de la noche. Y la princesa se había enterado de la marcha de Arenós y decía que aquellas piernas cortadas en el anfiteatro y aquellas papilas del silencio habían asustado al capitán de la caballería y que por eso se fue. Luego añadió que Arenós le parecía una doncella con barba. Hermosa, pero que caminaba un poco estevada, como los marineros.

Reía la madre como un ave nocturna y decía, visiblemente satisfecha de que Arenós se hubiera marchado:

—En eso te equivocas. Arenós es un hombre. No tenía miedo Arenós, pero no es como los soldados mercenarios y se sentía incómodo con los almogávares. Cada cual es como Dios lo hace, y aún peor.

Para la reina, no ser soldado de fortuna y tener ideas caballerescas eran dos desventajas. Recogía a un lado los siete hilos de colores del telar y pasaba la lanzadera por la trama, con un peine de marfil:

—¿Te ofende mucho que Roger no quiera ir a Bulgaria?

—No. Sólo me ofendió su risa. Porque cuando se lo dije se rio de un modo ofensivo.

La reina extendió los hilos, tomó el verde con una aguja, lo entrelazó en la trama y dijo:

—Por ahora no puede hacer tu marido más que servir al Emperador.

Se oían los trebejos de la reina poniendo hilos de plata y desplegando al lado contrario el arco iris de sus siete sedales.

—¿Por qué llueve tanto en Cízico? —preguntó María.

—Es el invierno, hija.

—A veces el parque está demasiado mojado y a mí me gusta sentir el aire mojado desde los porches, pero en este parque no hay porches. Los charcos tienen toda la luz y lo demás está oscuro. ¿Tú ves, madre? También el camino es oscuro y tiene dos hileras de magnolios a los lados.

—Dices cosas raras, hija.

—Yo no tengo la culpa. Es que pasan cosas raras. ¿Tú has visto lo que pasa en Constantinopla? ¿Y aquí? Aquí no es como en la corte. Aquí los rezadores madrugan y se paran en los quicios para cantar la oración de Santa Sofía mientras golpean los pies contra el suelo para calentarlos. Y siguen rezando. Los gatos comen carne de turco. Me han dicho que caminan diez millas al ir y otras diez al volver para comerse un riñón de turco. O un hígado. ¿Tú qué piensas?

—¿Quién te ha dicho esas porquerías?

—No recuerdo. Tal vez nadie. Es que las pienso yo. Esta mañana salí de paseo. Había tenderos hindúes en las puertas de sus comercios esperando que pasara yo. Yo no iba a pie, sino en la carroza. ¿Son musulmanes? ¿O hay de todo? Si son musulmanes, ¿por qué están de parte de Roger y no de parte de Karman? El cielo está siempre cubierto y es gris. Y hay agua de lluvia en todas partes. Aunque está en charcos y lodazales, el agua de lluvia es virgen. Los niños hacen barquitos de madera y los ponen en los charcos. Pueden levantarse los niños en dos pies y andar y reírse y mirar como yo. A pesar de que se ven terriblemente sucios. Y son muy pequeños. ¿Es posible, en seis años o siete que han pasado desde que nacieron, ponerse tan sucios? ¿Qué dices? ¿Te ríes? Yo querría tener un hijo sucio y bonito como ésos. No comprendes. Nadie comprende. Todos tratan de comprender y no lo

consiguen. Hay que comprender, en la vida. Todas las cosas que veo y oigo las comprendo yo. Todas, menos una.

—¿Cuál?

—Esa persona que veo desde el balcón pasando con un saco a la espalda por un puentecito mojado.

—Eso no lo ves, sino que lo imaginas.

—Es posible. También imagino que al otro lado de los magnolios están los arriates antiguos, mal recortados y llenos de aves oscuras que contienen la respiración cuando me ven.

La madre dejó la lanzadera sobre el bastidor y dijo:

—Hija, no hables así.

Explicó la princesa, secretamente satisfecha:

—Es que soy feliz. Los que somos felices somos iguales que los locos, sólo que estamos en nuestro juicio. Si a veces te doy miedo es porque nunca me has comprendido.

—Eso le decía yo a mi madre cuando tenía tu edad.

—¿Pero tú has tenido madre? Yo creía que habías nacido de tu tía, de tu tía Sonia, la de Trebisonda.

La reina madre soltó a reír. Después se quedó mirando a la princesa y ésta sonrió pensando: «Ahora le he quitado el miedo. Con una palabra la horrorizo y con otra le devuelvo la calma. Las personas felices podemos hacer eso mejor que los demás. En cambio, mi madre, no. No es que sea desgraciada, sino que no le importa la felicidad. Nunca le ha preocupado eso de ser feliz o desdichada».

Estaba la reina Irene orgullosa de su hija, que no parecía hecha de carne como los demás, sino de ámbar y de cristal. Tenía calidades que no permitían pensar en un organismo en funciones de vivir sino en un rayo de luz y también en un eco o en una idea. La madre se daba cuenta y estaba orgullosa.

—Sólo te pido —le dijo— que cuando hables con los demás cuides un poco lo que dices.

—En *La Alexiada* alguien dice que su alma dormida se derrama. La mía se derrama despierta. Roger me besa tanto, que no me deja respirar —la reina Irene escuchaba intrigada— y ahora comprendo que he nacido para

eso: para que Roger me bese. Sus besos son la verdad del mundo. Si un día viene a Bulgaria y se dedica sólo a besarme, nada me quedará que desear ya en la vida.

Pensaba la reina Irene que ella tenía las mismas ilusiones cuando se casó y algunos años después su marido, el kan, era lo que menos le interesaba en el mundo. Un perro, un gato, le parecían más dignos de amor. Pero no quiso decírselo. «Ya lo comprenderá ella sola», se dijo.

La princesa seguía hablando:

—Roger se atreve a ser sincero. No quiere, como Arenós, tener un ejército virtuoso, sino un ejército sanguinario y brutal. Y lo dice. ¿Bandidos? Sí, bandidos. ¿Y qué? A mi tío el Emperador también le decía la verdad. A los héroes, la gente los señala con la mano. Digo, a los que se atreven a decir la verdad. Roger, aunque lo aclamen las tropas, no es arrogante. ¿Sabes por qué? Porque cuando los soldados lo aclaman, como sabe que los soldados son bandoleros, se ve a sí mismo más pequeño y peor. Sí, no creas que estoy inventando cosas. Yo quiero decir siempre la verdad, como él. Para eso hace falta algo más que no tener miedo. Cuando Roger se ve aclamado se insulta a sí mismo entre dientes y luego se queda callado. No habla. Mira al suelo y no habla. Sabe que la valentía y la violencia no bastan. Sabe muchas cosas que no dice nunca.

Las dos mujeres callaban y se oía fuera la lluvia.

Recibió la madre una carta del príncipe Miguel. La leyó irritada. Miguel le pedía que obligara a Roger a encabezar los edictos militares con su nombre y sus armas puesto que la mayor parte de aquellas provincias eran suyas. Dijo la reina Irene que le daban ganas de contestarle que no eran suyas, puesto que no había sabido defenderlas con las armas.

En Constantinopla, el príncipe Miguel no salía apenas de su palacio, pero creía estar en cada momento en el centro de cada acontecimiento a lo largo y a lo ancho del Imperio y se apasionaba con lo que sucedía, como si estuviera. Siempre andaba buscando noticias.

La madre sentía las vibraciones que dejaba a su alrededor la voz de su hija y pensaba sólo que María era muy joven y tenía derecho a ser feliz. Para ser feliz, la primera condición consiste en creer en la felicidad. La reina Irene no creía. Le irritaba que creyeran los demás, a no ser que se

tratara de su hija, porque en ese caso la fe de su hija le parecía como una gracia infantil.

En otra de aquellas veladas de invierno y estando las dos solas, se puso a hablar la madre de la familia imperial, de los parientes de María. La reina Irene se creía obligada a revelarle las interioridades de la dinastía.

—Cosas —decía— que no te pueden enseñar los ayos ni los maestros de historia. Óyeme bien. La madre de Miguel, mi cuñada muerta (Dios la haya perdonado), tenía todas las miserias de los Ducas. De mi hermano, es decir, de tu tío el Emperador, prefiero no hablar. Es inteligente y bueno a su manera pero lo mejor en su vida es la suerte que ha tenido. El diablo le ha dado su barbichuela de judío. A nosotros, los Paleólogos, nos ayuda la suerte, es verdad. Pero cuando yo me casé con tu padre y pasé a compartir la corona de Bulgaria, lo tomó tu tío como una ofensa personal. Porque el kan no está sometido a tu tío, sino que es su aliado de igual a igual. De la familia de mi cuñada no debemos esperar nunca nada y tampoco de tu tío. Mi hermano el Emperador me tiene miedo. Oculta ese miedo con una campechanía confiada, como se usaba hace cincuenta años. Un poco pasada de moda. Todo es pasado de moda en tu tío. Es tonto, mi hermano. Siempre cree que los otros son más viles de lo que son y, sin embargo, los adula. Un Emperador adulando a la gente vil es lo último que me quedaba por ver en la vida. No cree en la virtud porque él no es virtuoso. ¿No te has fijado? Cuando habla de sus antepasados parece estar pensando: son todos una cuadrilla de locos o imbéciles, pero yo valgo más.

Quiso decirle otras cosas, pero era tarde y Roger regresaba de la guardia, en cuyo cuarto de banderas había recibido algunas visitas de griegos notables.

Había en el primer peldaño de la escalera una sandalia abandonada. Una sandalia de hombre, de griego. Tenía aún una hebilla que debió ser dorada algún día y estaba casi desprendida. Conservaba la sandalia la forma del pie que la había llevado. La forma de un pie es más desairada en una sandalia que en un zapato. Se ve en la ligereza de la sandalia cada uno de los lugares donde el pie tosco, caminador, danzante, brincador, ha hecho fuerza y presión.

Cada vez que Roger pasaba por allí sentía una impresión enojosa, como si el dueño de aquella sandalia hubiera muerto y estuviera cerca en algún lugar próximo, sin enterrar todavía. «Tengo que mandar que saquen eso de ahí», pensaba.

Cuando llegó a sus habitaciones oyó el rumor de la voz de la reina Irene y pensó que era muy tarde para que estuvieran despiertas. Fuera seguía la lluvia. Roger pensaba en Arenós y se decía: «¿Habrá llegado ya a Atenas?»

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VI

Durante las navidades, los nobles de Cízico hicieron regalos a la princesa. Entre esos regalos figuraban tres vestidos hechos de piel curtida en las tenerías de Cízico. Eran de una piel adelgazada de tal forma que pesaban menos que si fueran de lino. Tenían tonos ligeramente distintos del amarillo fuego, igual que los tapices del palacio de Constantinopla. La princesa estimaba mucho aquellos vestidos, pero no se los ponía. La calidad no porosa de la piel curtida le daba calor.

Hubo regalos aquellas navidades para los niños del ejército y de eso se encargaron la princesa, su madre y una junta de señoras de Cízico.

Invitaron a la fiesta a los masagetas y acudieron algunos capitanes, a quienes en su ejército llamaban príncipes. La esposa de Roger decía con desdén que en la tierra de los alanos y más abajo, a la derecha de los Urales, todo el mundo que tenía dos cabras y un caballo era príncipe. Es decir, lo llamaban así.

Venían aquellos masagetas de una tierra que en invierno se secaba y helaba y crujía debajo de las botas. Una tierra con siete ciudades al lado del río Don, ciudades naturales nacidas del suelo, igual que nace el lentisco. Un cielo con nubes, el agua gris, las cúpulas de las iglesias muy bajas, algunas comenzando a la altura de la puerta misma, y la más alta en forma de bulbo brillando al aire por sus azulejos vidriados. El aire estaba tan limpio a pesar de las nubes, que a mucha distancia se podían ver aquellos azulejos.

En el paisaje había un espíritu fantasmal y congelado también en la mudez de las cosas. Aquella mudez daba ganas de llorar a las mujeres y de correr detrás de ellas a los hombres.

Cuando se vertía sangre (de lobos o de hombres), parecía sobre aquel suelo gris y bajo aquel cielo gris escandalosamente roja.

En la primavera, las cúpulas se veían azules bajo un cielo crepuscular color amatista. De aquella tierra venían los masagetas hartos de pescado y de *kvas*, con el filo de sus sables y sus cuchillos engrasados con manteca de cerdo, cantando.

Y algunos capitanes cantaban también en la fiesta del archimandrita.

Pasadas las pascuas de Navidad y el año nuevo y las fiestas de los Reyes Magos, el invierno comenzó a ceder. Era ya febrero y en el aire se sentía la brisa de los deshielos viniendo del nordeste, que era de donde venían las humedades y los fríos. Ya no era el frío seco de Navidad, sino el aliento fecundante de la primavera que se acercaba. Del mar de Mármara llegaban fragancias de juncales y de algas.

Iba la naturaleza despertando y los soldados almogávares comenzaban a prepararse para la campaña. En cada esquina sonaba una fragua. Los yunques se respondían de un extremo a otro de la ciudad en la parte de extramuros, es decir entre las viviendas de los artesanos y las murallas que se cerraban al anochecer. Oyendo los yunques, Roger se sentía animado y solía decir a veces en voz baja a la reina Irene:

—Esas son mis campanas de la Pascua.

En aquellos días asistieron los príncipes al bautizo de un hijo de nobles de Cízico, en el que Roger y María fueron padrinos. Todo en aquella casa griega respiraba nobleza, sencillez, calor humano, amor y mutuos respetos. Roger, ante el niño, recordó para sí que no había tenido nunca un hogar. Desde pequeño se acostumbró a tener por techo las estrellas y por casa los mares o los campamentos. Y siempre al otro extremo de su barco, de su campamento o del horizonte de la tierra que cabalgaba, estaba la muerte, esperándole. Casi nunca había visto horizontes sin humo, lo mismo en la mar que en tierra. Ahora mismo, con cualquier pretexto, ardía algo en los alrededores de la ciudad. Después de la batalla de Artacio, por algunas semanas había habido en las murallas lejanas de la península olor de humo (de las hogueras en las que los soldados destruyeron las cosas del campamento árabe que no pudieron aprovechar). Y en la casa de aquellos nobles que bautizaban a su hijo, sustentados más por la tradición y los blasones que por los bienes de fortuna, sintió que el hogar podía ser la recompensa de la virtud. Y del heroísmo. Y de la inteligencia. Y

ocasionalmente del crimen. Incluso la recompensa del crimen. La naturaleza no era sólo sabia, sino generosa.

«El hogar», pensaba volviendo al palacio en su carroza, «es para los que lo merecen.» Y añadía: «Un palacio no es un hogar. Un palacio es una fortaleza con guardias en las entradas, vigilantes nocturnos en las escaleras y vigías en los torreones». Un palacio no era un hogar. La princesa María buscaba tal vez aquel hogar a la sombra de su padre el kan.

Asistió también a la boda de un almogávar que se llamaba Juan de Benasque, quien se casó en circunstancias memorables. La novia era una mujer rica que había sido maltratada por varios soldados, quienes la violaron estando desmayada. Se trataba de una mujer de buenas costumbres y al darse cuenta, algún tiempo después, de que estaba encinta, hizo pregonar el caso con una mezcla de impudicia y de virtud declarando que se casaría con el padre de su hijo, cualquiera que fuera.

Ninguno de los posibles padres del infante se presentó, pero el montañés Benasque pidió permiso para darse de baja en el ejército y se presentó a aquella mujer, que se llamaba Vera, diciendo que él había sido el culpable. Entonces Vera le dijo que se casaría con él aquella misma semana. Benasque era hombre que se acercaba ya a los cincuenta años.

Antes de la boda, Juan de Benasque le dijo la verdad. No era el padre, pero, compadecido de ella y habiéndola visto dos veces en la calle, la encontró hermosa y acudió a ofrecerle matrimonio. Vera lo aceptó, se casaron y fueron un buen matrimonio.

Pensando en todas aquellas cosas Roger se hacía preguntas que nunca se había hecho antes. Llamó un día a Pedro Bizcarra —su ayuda de cámara— y le preguntó:

—¿Dónde vivías tú en España? Eras hijo de artesanos, ¿verdad?

—Sí, en Barcelona. No tuve la vida tranquila. Desde niño siempre anduve con sangre en las manos. Sangre de los otros o mía. La vida es la vida y para mí la gente se divide en faldas (incluidos los curas) y guerreros. Claro es que hay otros hombres con calzones que no son guerreros, pero ésos son esclavos.

Roger afirmaba: «Esclavos, curas y guerreros». Era verdad. No había otra gente. Bien. Estaban los escribanos, hombres de poco más o menos, los

comerciantes, y todavía los inválidos, lisiados, enfermos, ciegos. La idea de ir al hogar de la princesa María y comenzar a engordar como un capón para pascuas no era muy sugestiva. Habría otras cosas que hacer en Bulgaria, claro. Pero no quería sino pensar en las semanas que faltaban para salir otra vez a la campaña. Se había propuesto hacerlo en la primera decena de abril y era ya marzo.

Todos hablaban de eso, hasta las doncellas Pelagia y Alejandra. La primera, con curiosidad y alegría.

Un día decidió Roger con la princesa María y su madre que debía ir a Constantinopla a ver al Emperador y tratar con él de los planes de la campaña. Quería también obtener el dinero de las pagas de verano para la tropa.

Roger solía salir al amanecer y daba un paseo a caballo. Un día lo acompañó Muntaner y le dijo entre dos bostezos que la mayor parte de las pagas del verano las tenían ya gastadas los soldados en anticipos y créditos y que Fruela del Pueyo, segundón de casa noble y gran espadachín, llevaba los libros de cuentas con los nombres y las cantidades que cada cual adeudaba.

Unos habían perdido el dinero a las cartas. Otros lo habían gastado en francachelas y lujos. Todos estaban empeñados.

—¿Pues a dónde ha ido el dinero?

—A los comerciantes y a las mujerzuelas judías.

Muntaner cambió de tema. Quería mando de tropas. Insistió en que los hombres de letras, como él, hacían todas las cosas un poco mejor que los demás, incluso la guerra. Roger siempre había creído que Muntaner era en la guerra una nulidad, pero precisamente por su falta de sentido táctico hacía a veces cosas inesperadas y chocantes que podían desconcertar al enemigo, como un mal jugador de cartas desconcierta y confunde a los que juegan bien.

Y Muntaner era valiente. No por desprecio de la vida sino por una especie de sentido lírico de la vida (y por amor de la muerte gloriosa o, al menos, de la muerte violenta y súbita). Cuando algún soldado andaba remolón en una empresa arriesgada, Muntaner lo miraba con un humor sardónico y le decía:

—Anda y no temas, que no morirás de cornada de asno.

Pero también en su sarcasmo había un acento de amistad sobrentendido y el aludido no se ofendía. Todo el mundo respetaba a Roger. Todo el mundo obedecía a Roger. Pero todo el mundo quería a Muntaner.

Sus discursos a las tropas, si llegaba el caso, eran cortos, a veces humorísticos, y siempre conseguían su propósito mejor que las frases ampulosas de los otros. Muntaner había leído a Julio Cesar y, como él, desde la primera palabra iba al corazón del problema. También como César era jovial o taciturno, dulce o amenazador, amistoso o terrible cuando quería, sin comprometer la claridad de su juicio. Muntaner le reconocía a Roger su talento militar. Y solía decir de sí mismo: «Yo, no es que sea mal guerrero, sino que no concibo la ofensiva. Sólo entiendo la guerra como respuesta a un ataque injusto. Si alguien me ataca, yo sé devolver golpe por golpe y, además, dar una lección dura. Lo que no puedo es tomar la iniciativa de la agresión. ¿Para qué? Nunca se me ha ocurrido que sea necesario matar a nadie. Y no he visto hacer otra cosa en mi vida».

Si hubiera dependido de Muntaner, habría inundado el campo turco de hermosos escritos en árabe demostrándoles la belleza del cristianismo y la conveniencia de vivir todos en paz.

Su amor por la muerte prestigiosa del campo de batalla era un amor de poeta. Sólo el soldado muere bien —decía—. Los demás se mueren de asco. O de risa. O de aburrimiento.

Entre los que se morían de risa estaban todos los príncipes de todas las cortes, incluidos los de Constantinopla. Roger afirmaba: «Sobre todo, los de Constantinopla». Y refería el origen de las condecoraciones de Miguel, según la versión grotesca de la reina Irene.

Decía Muntaner:

—Déjame a mí un día el mando en una acción difícil y verás maravillas.

Lo miraba Roger perplejo y asustado. Dejarle el mando de todo el ejército habría sido catastrófico. Pero le prometía una capitanía con la condición de que supiera guardarse de riesgos inútiles. ¿Qué iba a ser del ejército sin Muntaner, su administrador, su cronista, su letrado?

Roger, la princesa María y la reina Irene fueron a Constantinopla en cuatro naves de la armada. Una, la capitana, cómodamente dispuesta, y las

otras de escolta y protección.

Por el camino, el almirante Fernando de Aonés fue dándoles noticias de su invernada en la isla de Xío.

Al llegar a Constantinopla, las dos mujeres y Roger se dirigieron al palacio en una carroza con escolta que les esperaba en el puerto.

Aonés se quedó a vivir a bordo, como de costumbre.

Vivían Roger y la princesa María en las habitaciones que habían ocupado antes y que estaban embellecidas por una tapicería nueva con las armas de Roger sobre el fondo dorado de las cortinas y los muebles.

Acariciaba la princesa a los titís que le había acercado un enano de su servidumbre, vestido de sedas como un bufón. Los monitos le devolvían las caricias mordisqueando su mano.

Luego la princesa llamaba a Zoe y le preguntaba si quería ir con ella al campo en la invernada siguiente. Zoe sonreía, halagada.

El Emperador parecía más alto y más pálido y daba la bienvenida a Roger con su voz engolada y su expresión un poco rígida. Comprendió enseguida Roger que durante el invierno se había hablado mucho de él en el secreto de la corte y que el Emperador estaba preocupado por la amistad de la reina Irene con él, en Cízico, porque aludió a «la suegra», a la «eterna suegra», y con su sonrisa y su gentileza trató de encubrir algo que le contrariaba. Por lo demás, era Andrónico el mismo de siempre, dueño de sí y tan superior a su propia cortesía augusta que a veces confundía a sus interlocutores. «Hay en él realeza y casta», pensaba Roger viéndolo hablar.

Le mostró Andrónico las banderas tomadas en Artacio, que antes de ser llevadas a la catedral de Santa Sofía lucían sus colores vivos en el testero de un corredor, junto al salón del trono. Luego le pidió informes sobre la conducta del ejército en Cízico. Esto puso a Roger en guardia. «Le han ido con acusaciones», pensó. ¿Quién podía ser? Una parte de las acusaciones a las que aludió el Emperador estaban justificadas. El ejército había caído en excesos, pero la proporción de los delitos había sido de poca monta y no merecía que le hubieran sido comunicados al Emperador. Esto es lo que le dijo Roger. El Emperador advirtió:

—Yo no siempre creo a mi hermana, usted sabe.

Roger se quedó un momento confuso. Esperaba que el Emperador dijera más, pero Andrónico pasó a hablar de otras cosas sin que se enturbiara su voz afable ni su mirada amistosa. Accedió a todos los deseos de Roger, ordenó al tesoro que pagara las cantidades que pedía sin discutirlas, y al hablar de las operaciones militares fueron los dos al cuarto de los mapas y estuvieron discutiendo sobre ellos.

El Emperador dejó a Roger la última palabra.

Después de la visita al Emperador, Roger quiso ir a ver al príncipe Miguel, pero en su palacio le dijeron que estaba fuera de la corte. Roger, un poco extrañado, volvió a sus aposentos y se dolió con la princesa María.

—Está en Constantinopla —dijo ella—, pero no quiere recibirte. Tiene los ojos amarillos y le tiembla la mano izquierda.

—¿De qué? —preguntó él sonriendo.

—De rabia.

Roger fue a ver a la reina Irene, quien confirmó el rencor de Miguel. Por un momento Roger tuvo la sospecha de que todo el mundo se equivocaba con el príncipe. «Tengo que verlo yo», se dijo. La reina estuvo hablándole mal de Andrónico. Lo ponía en guardia contra sus cambios posibles de humor y le decía que él y su hijo se lamentaban de lo caro que les costaba sostener el ejército de los catalanes. Roger pensó: «A su augusto hermano le habla mal de mí». No tenía duda de la mala fe de su suegra, pero no podía comprender qué era lo que con todo aquello se proponía. Cuando se lo dijo a su mujer, la princesa María estuvo un momento reflexionando y por fin dijo:

—Mi madre sólo atiende aquí a los intereses de mi padre, el kan. No niego que le gustaría crearle alguna dificultad al Emperador. Pero a ti te quiere, Roger. Contra ti no hará nada.

Sí, también lo creía él, pero en la reina Irene había demasiadas complejidades de carácter. De momento, nada de aquello tenía, sin embargo, verdadera importancia. Pensaba Roger que lo mejor que podía hacer era volverse a Cízico y prepararse para la campaña.

La princesa María quería ir con él, pero Roger prefería dejarla en Constantinopla libre de cuidados y de riesgos, ya que nunca se sabe lo que va a suceder en la guerra. Pensaba Roger: «El mundo de las mujeres y el

nuestro son completamente distintos y contrarios, incluso cuando estamos enamorados. Sobre todo, cuando estamos enamorados».

Antes de salir de Constantinopla con el dinero y los buenos auspicios del Emperador, fue a visitar al archimandrita Alejo, que estaba enfermo y se lo había suplicado. El sacerdote le hizo mil recomendaciones. Las ciudades de la provincia de Filadelfia eran muy devotas. Abundaban en ellas santuarios, templos antiguos y reliquias de la primitiva cristiandad. Debía respetar todo aquello.

Llevando Roger la conversación a otro terreno, le preguntó qué opiniones había oído del príncipe Miguel sobre la campaña. El archimandrita, sabiéndose de pronto dentro de una intriga, se hizo valer:

—El príncipe Miguel confía en su pobre Patriarca Alejo y no puedo repetir sus palabras. Las confidencias que se me hacen en la casa de Bizancio lo son bajo secreto de confesión —y añadió magnánimo—: El príncipe Miguel piensa bien de usted.

Roger se sintió vejado:

—Las opiniones del príncipe Miguel sobre mí me tienen sin cuidado. Si él tiene las suyas, yo tengo las mías. Me refería a sus opiniones sobre la campaña.

Se levantó y, sin esperar la respuesta, se marchó, golpeando la puerta.

Aquella misma noche el archimandrita, restablecido súbitamente de su enfermedad, acudió al palacio a desagraviar a Roger. Pero éste, aprovechando la ocasión para ver cómo respiraba la reina Irene, se negó a recibirlo y le rogó a su suegra que lo hiciera.

—¿Qué cuenta este santo varón? —preguntó la reina al verlo entrar.

—Poca cosa, señora.

—Es verdad. Muy poca, al menos a mi yerno el megaduque. Pero yo soy la reina Irene. Usted sabe que su nombramiento fue cosa mía y usted es agradecido.

—Señora…

—Como hay siempre otros candidatos al patriarcado calentándole los oídos a mi hermano, el solio se queda vacío con frecuencia. A mí me han hablado de traer aquí al archimandrita de Santa Pelagia. Es un hombre capaz de confiar en mí. Y en mi yerno.

El Patriarca, con las manos juntas y la cabeza inclinada comenzó a decir que el príncipe Miguel estaba descontento, porque Roger había creado impuestos nuevos en su feudo y maltratado a algunos notables, amigos suyos. También porque había permitido que los soldados robaran y asesinaran. La prueba mejor de todo aquello estaba en la marcha de Jiménez de Arenós, único hombre de sangre real de los ejércitos expedicionarios. La reina sonreía. ¿De dónde había sacado que fuera de sangre real? El Patriarca estaba repitiendo ante la reina exactamente lo que ella había dicho por carta al príncipe Miguel, desde Cízico. Menos lo de la sangre real. Lo que había dicho ella era que Arenós, por su conducta y por sus nobles reacciones ante lo que estaba sucediendo, merecía ser de sangre real. En aquello, el Patriarca exageraba. Como Arenós había desertado de las banderas de Roger, tenía que ser de sangre real.

No había duda de que Miguel estaba tomando demasiado por la tremenda todo aquello. «Así es él», pensaba, «no sabe tomar las cosas por el lado conciliatorio.»

—El capitán Arenós —dijo ella con la calma que sabía adoptar cuando trataba de cuestiones que la apasionaban— salió de Bizancio de acuerdo con Roger y conmigo por razones que sólo le importan al Emperador y a mí. Estoy viendo que usted pone en peligro su mitra y tenga la seguridad de que si la pierde, no será Miguel quien se la devuelva.

El Patriarca se arrodilló, afligido. Era hombre de extremos, como Miguel. «Tal vez», pensó la reina Irene, «bebe tanto como mi sobrino, aunque no le tiembla la mano todavía.» El Patriarca decía:

—Señora, el príncipe Miguel no es amigo del megaduque Roger. Estoy lleno de razones para saber que no es amigo tampoco de vuestra majestad. El príncipe está nervioso porque la nobleza habla en voz baja a costa del príncipe y se ríe.

La reina Irene salió del cuarto dejando al religioso todavía arrodillado y sin mandarle que se pusiera de pie. Fue la princesa María quien apareció de pronto y le rogó que disculpara a su madre.

—Dios os bendiga, hija mía —dijo el Patriarca levantándose, conmovido y haciendo en el aire la señal de la cruz.

La princesa se quedó unos instantes con él y hablaron de cosas indiferentes.

El mismo día salió Roger para Cízico dejando a su esposa y a su suegra en Constantinopla. Si aquellas dos mujeres creían en él y creía también el Emperador, tenía mayoría en la familia imperial.

La decisión última en toda aquella serie de pequeñas contrariedades fue que debía ignorarlas. Había otras cosas más importantes que hacer.

Volvía Roger en la misma galera capitana en la que había ido. Aonés, feliz de verlo de nuevo, animó la travesía con toda clase de amenidades, incluso música de Castilla que tres esclavos tocaron en una viola, un laúd y una chirimía. Otro cantó con una voz excelente. Descendió Roger una vez al segundo puente y vio la primera fila de galeotes, remando. El primero de los remadores tenía gestos diferentes de los otros, es decir maneras de mirar, de limpiarse el sudor y de sonreír, diferentes. Cuando Aonés le dijo que era sordomudo, Roger recordó que los sordomudos tenían una especial exactitud de movimientos.

Aonés era muy amigo de Roger y bromeaban y bebían.

Al llegar a Cízico vio que todo se animaba y que la primavera mostraba en los hombres, como en los árboles y las plantas, su influjo vivificador.

Al saber los soldados que se aproximaba la salida al campo fue formándose de nuevo la atmósfera habitual. Algunos jóvenes solteros se habían casado con mujeres de Cízico, quienes por ese hecho pasaban a pertenecer a la comunidad militar. En general, les parecía a las mujeres un signo de distinción, aunque sólo aceptaban esa «distinción» las de tendencias aventureras y un poco desvergonzadas.

En aquellos días se murió un griego importante a quien llamaban Gregoras, soltero y ya viejo, que tenía esclavos turcos muy jóvenes, circunstancia que entre los griegos resultaba sospechosa de malas costumbres. Pero todo el mundo hacía extremos de aflicción.

Dos almogávares de Aineto y un catalán de Roxas fueron al velatorio por curiosidad. Entraron al oír música, porque las puertas estaban abiertas como si se tratara de un lugar público. Al entrar les dieron un vaso de vino. «Esto comienza bien», pensaron. Fueron pasando al cuarto donde estaba el cadáver. Había allí cuatro plañideras con el cabello suelto, que se turnaban

en los lamentos y en los elogios del difunto. A veces se callaban y entonces había un silencio enorme.

De vez en cuando entraba un griego medio borracho. Suspiraba, se acercaba al muerto, le ponía la mano en la cabeza y, mirando al techo, musitaba una oración. Al retirarse, la expresión del muerto había cambiado. Tenía el pobre —que debía ser enteramente calvo— una peluca artificial y cada vez que alguien le ponía la mano encima para bendecirlo, la posición de la peluca cambiaba, lo que daba una expresión nueva al rostro. En Cízico era una costumbre poner la mano en la cabeza del difunto mientras se hacían sus elogios, o simplemente se suspiraba mirando al techo o rezando una breve oración.

Cuando la posición de la peluca era demasiado irregular, llegaba otro griego un poco menos borracho y después de hacer grandes elogios del muerto y suspirar tres veces le arreglaba la peluca disimuladamente, pero el que llegaba después volvía a desnivelarla sin darse cuenta.

El catalán de Roxas miraba aquello y decía a su compañero:

—Fíjate, fíjate que jeta tiene ahora el pobrecito difunto.

Uno de los almogávares buscaba otro trago de vino en el cuarto de al lado. Cuando lo encontró fue a avisar del hallazgo a sus amigos y fueron los tres. Una voz de mujer muy rara y agria cantaba:

La vida es un tránsito, Gregoras,
dulce Gregoras el de los siete esclavos,
ahora te acercas a la otra orilla
donde las canéforas te esperan
con flores negras y doradas.

Al pasar frente a la puerta, los catalanes vieron que el pobre Gregoras tenía la peluca caída sobre la ceja, lo que le daba un aire bastante pícaro.

Salieron relamiéndose.

—Estos vinos griegos son demasiado dulces —dijo el de Roxas.

Pero en la calle había fiesta. Allí mismo, frente a la casa de Gregoras, una mujer cantaba una canción que decía: «Pobre Zenobia Gemistos, pobre Zenobia que se volvió hombre sin saber cómo y que tuvo que descasarse y volverse a casar con una mujer. Pobre Zenobia que se volvió hombre

porque cuando andaba daba los pasos demasiado largos. Pobre Zenobia que daba pasos demasiado largos y que saltaba charcos en el otoño y se volvió hombre». Y la canción acababa dando consejos a las jovencitas. «No vadeéis el río dando grandes zancadas atrevidas. No saltéis charcos y esperad que llegue un hombre y os pase en sus brazos. Aunque el hombre os haga cosquillas.»

El catalán pensaba: «La alegría es la alegría». La muerte no era gran cosa y todos los hombres de su ejército le habían visto la cara muchas veces, pero un poco de seriedad frente a la casa de Gregoras le habría parecido bien.

Luego supo que aquellos bailes y aquellas canciones eran precisamente por el muerto, quien había dejado en su testamento dinero para pagar el vino y los cantadores.

La mujer que cantaba bailaba también, con un panderito lleno de sonajas. Giraba despacio sobre sus pies marcando el ritmo con el pandero, y decía algo de un tal Procopio que le tiró una piedra a un perro y le dio a su suegra por equivocación y la mató. La canción decía que había tenido suerte Procopio porque el perro sólo ladraba por la noche, pero la suegra ladraba día y noche sin que nadie pudiera evitarlo.

Los almogávares reían. Y marcharon a sus cuarteles despacio hablando de la peluca del muerto.

La fecha de la partida se acercaba, pero hubo uno de aquellos desgraciados azares que tanto inquietaban en el pasado al capitán Arenós. Comenzó con una ocurrencia trivial. Dos masagetas estaban en un molino de las afueras de la ciudad esperando que les molieran dos sacos de trigo cuando llegaron varios almogávares. Uno de ellos trató con descompostura a una mujer que estaba atendiendo a la molienda. Las molineras tienen fama en Castilla de ser mujeres fáciles y de pocos escrúpulos. Salieron en defensa de la mujer los alanos y comenzaron a decir que los almogávares se creían dueños del mundo y que debían tener cuidado porque ellos, los alanos, no iban a tolerar sus bajezas y arrogancias. Otro de los alanos, que parecía muy ocupado con los sacos de harina, alzó de pronto la cabeza:

—Éstos no nos conocen. Éstos no han estado en los valles del Cáucaso. Estos latinos se atreven porque confían en su amo Roger, que todo les pasa,

pero bien podría ser que hiciéramos con Roger lo que hicimos con el Gran Doméstico.

Rieron los alanos con mofa y los otros callaron como si esperaran alguna clase de violencia de los almogávares. Pero éstos no sabían qué pensar:

—¿Qué Gran Doméstico? —preguntó uno.

—Lajos Raul.

—¿Y qué le pasó?

—En una fiesta militar recibió un flechazo por la espalda y adivina quién te dio. Media hora después estaba de cuerpo presente y le cantaban el gori-gori, como ayer a Gregoras.

Callaron los almogávares impresionados por aquellas palabras que parecían revelar un estado de opinión entre los alanos. ¿Quién iba a pensarlo habiendo visto a su jefe, el general Georges, al lado de Roger afectuoso, amable y servicial?

Fueron los almogávares al juez Lierta y le contaron el caso. Lierta lo comunicó a Roger y éste dijo a los capitanes que aquella misma noche debían hacer un escarmiento en el campo de los alanos.

Así se hizo y en menos de una hora murieron doscientos alanos sin una sola baja en los almogávares, que iban bien acorazados. Como peleaban en la oscuridad, no reconocieron a Alejo, el hijo del general Georges, y lo mataron también. Al darse cuenta de la muerte del muchacho, la pelea cesó y los almogávares se retiraron.

Al saberlo, Roger mandó llamar al jefe alano al palacio y le ofreció excusas e hizo todo género de lamentaciones. Georges clamaba al cielo y aunque no culpaba a Roger sino a los capitanes almogávares, juraba que había de hacer justicia. Roger cometió una imprudencia: ofreció dinero a Georges, quien se apresuró a rechazarlo y dijo que se extrañaba que entre los latinos se pudiera poner precio a la vida de un hijo. Entonces Roger, exasperado y no queriendo mostrarlo, llamó a Muntaner y dejó en sus manos el asunto.

Muntaner se dedicó a hablar mal de los almogávares, que era lo único que podía hacer en aquel momento. Se hacía entender muy bien Muntaner de los alanos y de los griegos. Al mismo tiempo, y mientras hablaba de los

almogávares, estaba Muntaner pensando que los alanos eran masagetas, es decir —así los llamaban en Bizancio—, comedores de jalea de peces. Y Muntaner no podía evitar, mientras hablaba, cierto desdén que al mismo tiempo consideraba injusto. Georges se daba cuenta. Los alanos parecían brutales y estúpidos, pero se daban cuenta de todo.

Se decía Muntaner a sí mismo: «Alejo, el hijo del jefe de los alanos, era un jovenzuelo presuntuoso, con granos en la cara y una petulancia intolerable de adolescente». Probablemente su padre le odiaba. Un día su padre le pegó con el asta de la lanza porque se había puesto a orinar en el campo, cerca de él, aunque de espaldas. Y a veces lo insultaba en ruso. Pero habiendo matado al jovenzuelo, el padre quería sacar todo el partido posible de su muerte.

Muntaner acompañó a Georges a su casa y lo dejó en la puerta sin querer entrar porque dentro había varios oficiales alanos y él iba desarmado.

Al día siguiente, al amanecer, sin permiso de Georges, los alanos buscaron a los almogávares y éstos, que estaban prevenidos, destacaron dos compañías dispuestas a pelear. Poco después el número de los alanos muertos pasaba de trescientos, contando los de la noche anterior. Roger, aparentemente indignado, intervino para calmar los ánimos después de dar lugar a que los alanos llevaran por segunda vez su castigo. Sobre los cuerpos de los muertos, los alanos se dejaron convencer porque temían ser exterminados hasta el último. Roger daba a entender que todo se había hecho sin su consentimiento.

Convocó a los capitanes alanos e insistió en la necesidad de evitar los choques entre los ejércitos de las tres naciones diferentes. Parecía decirles: «Ustedes ven lo que han traído las palabras de aquellos alanos en el molino. Ustedes ven que una amenaza de muerte contra mí les cuesta a ustedes la vida de trescientos hombres, incluido el hijo de su general». Hablaba Roger con el peto puesto y la celada en la mano.

Los capitanes alanos, que iban armados también, no sabían si debían darle las gracias o insultarlo y reanudar la lucha.

Decidieron retirarse del ejército de Roger y así lo declararon, haciendo causa común con Georges. Pero como en esos casos siempre hay

discrepancia de pareceres, habiendo dicho algunos catalanes que los que se retiraban encontraban un buen pretexto para evitar las dificultades de la guerra, los alanos vacilaron y algunos, en número aproximado de mil, volvieron a las filas de Roger. El prestigio guerrero de los almogávares y la promesa de botín los deslumbraban.

Al oscurecer de aquel día Muntaner y Lierta fueron al lugar de la refriega. Al dar la vuelta a una casa que parecía abandonada aparecieron ocho o diez cerdos negros hozando y gruñendo. Eran como los cerdos de Circe, y Muntaner había confesado que al principio tuvo la supersticiosa impresión de que en cada uno de ellos podría haberse alojado el alma de uno de los alanos muertos.

Lierta se encogió de hombros y dijo:

—No vivirán mucho estos animales. Cualquiera que sea el alma que los habita, sus cuerpos estarán pronto limpios, descuartizados, colgados y soltando su grasa sobre las brasas.

Los cerdos de Circe. ¿Y quién sería Circe? ¿Había una Circe entre ellos? No lo creía. Los hombres hacían tales cosas, tan objecionables, tremendas y sangrientas que no hacía falta ninguna Circe para embrujarlos. Todos parecían embrujados hacía tiempo.

Algunos de aquellos animales debían haber comido carne humana porque había todavía cuerpos sin enterrar en las inmediaciones.

Georges y sus capitanes se apartaron y se fueron a Constantinopla. Roger podía haber impedido el viaje, pero no quiso hacer uso de su autoridad y, volviendo a dar explicaciones y pésames por lo sucedido, dejó a los alanos marcharse.

Con todos estos sucesos, el comienzo de las operaciones fue aplazado por un mes. A primeros de mayo salió el ejército formado por seis mil catalanes y aragoneses, mil alanos y algunas compañías de romeos (bizantinos) que no llegarían a dos mil. Estos últimos al mando del comandante Marulli. También iba Nastogo como observador de Andrónico.

Dos días después llegaron a Germe, fortaleza ocupada por los turcos, quienes al saber que los catalanes se acercaban abandonaron la plaza y se retiraron. Pero la vanguardia de Roger alcanzó la retaguardia turca en la que hicieron grandes destrozos. Los demás se salvaron huyendo.

El mismo día llegaron a San Narsio, ciudad fuerte ocupada por los romeos, quienes abrieron las puertas y recibieron a los catalanes en triunfo. De esta ciudad dependía la guarnición de Germe. Roger hizo reunir a los comandantes romeos de la ciudad, el jefe de los cuales era Sausi Crisanislao, famoso capitán de Bulgaria que había sido hecho prisionero años atrás por las tropas de Andrónico y puesto después en libertad e incorporado al ejército griego. Roger hizo que le explicaran las razones por las cuales habían perdido el castillo de Germe. El comandante Crisanislao comenzó a darlas no de buena gana. Era un hombre sanguíneo, recio de complexión, alborotado y poco paciente. En cuanto lo vio, Roger pensó: «Es del género de los voceras, es decir de los que hacen más uso de la lengua que de las armas». Terminada la relación de Crisanislao, que tuvo algunos rasgos impertinentes como si dudara de la autoridad con la que Roger le pedía explicaciones, éste quiso saber por qué razón, habiendo pasado la guarnición turca en fuga a tiro de ballesta de las murallas de San Narsio, los romeos de la ciudad no habían salido a hostilizarlos aunque sólo fuera para entretenerlos y dar lugar a que llegara el ejército de Roger.

Fuera de sí, Crisanislao se alzó, insultó a Roger y a todos los catalanes y se volvió de espaldas requiriendo el tahalí que estaba con su espada colgado del muro. Roger, antes de que Crisanislao pudiera defenderse, le dio una cuchillada en el brazo derecho. Luego hizo una seña a Pedro Bizcarra, que estaba a su lado, y éste salió del cuarto. Entretanto, los capitanes de Roger habían rodeado e inmovilizado a los de Crisanislao.

Declaró Roger que por negligencia en la defensa del castillo de Germe y por no haber atacado a los turcos cuando pasaban huyendo, condenaba a muerte a Crisanislao y a sus capitanes más directamente responsables. Estos fueron ahorcados de las torres de las murallas hacia adentro de la ciudad, de modo que fueran ejemplo memorable de cobardía, pero cuando fueron a colgar a Crisanislao, los capitanes bizantinos y entre ellos el mismo Marulli intervinieron diciendo que el Emperador tomaría a mal aquella medida ya que Crisanislao había sido hecho prisionero por el padre de Andrónico, el viejo Emperador Miguel, y era uno de los soldados favoritos de la corte.

Tanto dijeron a Roger, que si no lo convencieron por lo menos le hicieron aplazar la ejecución. Fue Muntaner al fin quien lo persuadió de que

no debía crear nuevas fricciones y rozamientos después de lo sucedido con los alanos en Cízico.

La provincia donde se hallaban era Frigia, una parte de la cual estaba en manos de las tropas de Karman. Los soldados catalanes se asombraban viendo que la gente del país en lugar de gorras o sombreros usaba una toca muy parecida al *barret* de los payeses de Cataluña.

Camino de Filadelfia se detuvieron una noche en Galiana, donde les salieron al paso mensajeros de varios lugares de Frigia pidiendo a Roger socorro contra los turcos. Roger les prometió ayuda y les dijo que entretanto sostuvieran su buen ánimo y esperanza.

Al día siguiente reanudaron la marcha hacia Filadelfia, que era el objetivo más importante de la campaña. Pensaban llegar a la vista de la ciudad en el día. Y el jefe turco Karman, al saberlo, levantó el sitio con la mayor parte de sus tropas dejando guarnecidas sólo algunas torres y reparos. Salió bravamente al encuentro de Roger deseando vengar la derrota del año anterior. Quería Karman también evitar la batalla en las inmediaciones de la ciudad porque temía que las tropas romeas hicieran salidas y molestaran su retaguardia.

Las tropas de Roger pudieron llegar, sin embargo, a dos millas de distancia de Filadelfia. En la madrugada del día siguiente vieron el ejército turco formado por ocho mil caballos y doce mil infantes. La infantería doblaba la de Roger y la caballería era cuatro veces más fuerte.

Se veía el ejército de Karman deseoso de pelear, valiente y provocativo. Pero era inferior al catalán en disciplina, en orden militar y en armas ofensivas y defensivas. Los historiadores han dicho después que sólo había igualdad en el ánimo y en el deseo de combatir.

Como siempre que estaban cerca de un ejército turco, el aire olía a cuero sin curtir. Era un olor denso, fuerte, parecido al de los establos donde hay juntos caballos y vacas. Roger pensaba que había sentido un olor parecido —aunque más tenue— en los aposentos de la princesa en Constantinopla la noche en que estuvieron viendo de cerca los retratos del enorme álbum de cuero. Aquel olor iba identificándose con la sensación del riesgo y también con el presentimiento de la victoria.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VII

Formó Roger con las primeras luces del día, que era soleado y claro, tres escuadrones de caballería. Corbarán de Alet, que mandaba la infantería, la dividió también en tres cuerpos: catalanes, romeos y alanos.

En el campo turco se oían pífanos y chirimías. Gritos en masa como los de las altas bandadas de ocas migratorias eran traídos y llevados por la brisa. Dada la señal de embestir, los turcos, que eran mucho más numerosos, extendieron su caballería en un gran arco para envolver a los españoles, pero uno de los escuadrones de Roger cortó el arco y aisló el ala izquierda al mismo tiempo que causaba en él gran daño. Los turcos se batían con valor, pero iban peor protegidos y su maestría en la lidia era inferior. Así, centenares de ellos cayeron en los primeros contactos.

Los almogávares de las filas exteriores penetraban en la infantería turca degollando y avanzando. Los de las filas interiores, mientras llegaba su turno, gritaban su frase sacramental golpeando sus hierros contra el suelo.

Destrozada el ala izquierda de los turcos, con el campo sembrado de caballos muertos o enloquecidos y sin jinete, el escuadrón de Roger se empleó a fondo contra el centro y las tropas dieron la señal de deshacer las formaciones almogávares, es decir, de atacar a discreción, porque lo más duro de la resistencia turca estaba ya quebrantado. Según su costumbre, los almogávares se dedicaban alegremente a la tarea de matar.

Los caballeros atacaban ya sin prudencia ni precaución, confiados en su estrella y en que los turcos se limitaban a la defensa. A media mañana se supo en el campo de Roger que Karman estaba malherido y que lo había sustituido en el mando un sobrino suyo con menos autoridad. Pero cuando todo parecía ya ganado, los turcos reconstruyeron dos escuadrones que parecían retirarse y los lanzaron en un ataque a fondo.

El choque ciego de aquellos escuadrones acababa en lo mismo. Caballos muertos, jinetes caídos sobre su sangre, relinchos y blasfemias turcas. Mandaba Muntaner un escuadrón de caballería y salía al alcance de los que después del choque fallido se retiraban. Los caballos turcos eran ligeros y rápidos. Iban menos embarazados de armas. Pero, en la confusión, Muntaner los alcanzaba y los obligaba a pelear. Más tarde decía Muntaner que era una lástima romper con la lanza aquellos chalecos turcos y petos de damasco bordados de oro y plata.

Hacia el mediodía mataron al sustituto y lugarteniente de Karman y los turcos se retiraron con los restos de su caballería. De los infantes turcos no se salvaron más que unos quinientos. Se veían cosas inesperadas y extrañas. Vio Muntaner que un fugitivo que tenía dos caballos emparejados corrió al galope tendido y cuando se sintió fuera del alcance de los catalanes saltó a tierra, degolló al otro caballo y aplicó los labios a la herida. Estuvo bebiendo su sangre un largo espacio y después, abandonando al caballo herido, volvió a montar en el otro y se alejó al trote limpiándose los labios.

Un soldado catalán que vio aquello dijo a Muntaner:

—Eso no es decente.

—¿Cómo? —preguntaba Muntaner distraído.

—¿Es posible que no tengan que dar cuenta de eso algún día? Yo no creo que Dios permita una cosa como ésa.

Muntaner pensaba que la victoria había sido completa y que sus repercusiones serían mucho mayores que las de Artacio.

A medida que se retiraban los restos del ejército turco, los lugares y castillos fuertes que tenía Karman iban siendo desalojados y sus guarniciones se unían a los fugitivos. Por esta razón, y por el recelo de emboscadas en un territorio mal explorado, Roger y los suyos los dejaron huir y ponerse a salvo.

De las tropas de Roger se perdieron ochenta caballos y cien infantes.

Nada corre más veloz que una buena o mala noticia en tiempo de guerra. El mismo día la derrota de Karman se comentaba en toda Frigia, en Artacio, circulaba por Cízico y llenaba de sorpresa y esperanza a todas las ciudades del Asia sometidas a los turcos. Éstos habían estado abusando de su fuerza y en los últimos años llegaban a quitarles las mujeres y los hijos a

los bizantinos para llevarlos al interior y educarlos a la manera turca. Destruían templos y monasterios antiguos, donde había reliquias de los primeros tiempos de la cristiandad.

Roger envió un escuadrón ligero a reconocer el campo en torno a la ciudad. Halláronlo todo despejado y entonces los triunfadores entraron en Filadelfia. Salieron a recibirlos los magistrados y el pueblo, con Teolepto, su obispo, al frente. Era éste un sacerdote viejo de rara santidad, en quien todos habían confiado más que en los soldados para la defensa de la ciudad durante los últimos tiempos.

El desfile fue impresionante. Iba primero la caballería con los estandartes ganados a los turcos. Luego varias carrozas con el botín y los despojos. Detrás, mujeres y niños cautivos y prisioneros jóvenes. Al final, las compañías de infantería y en medio de ellas las banderas y los capitanes más señalados.

El público los aclamaba asombrado de las armas y de la riqueza de los adornos. Los historiadores dicen que no hubo aquel día soldado por *particular* que fuese que no vistiera seda o grana.

Se detuvieron quince días en la ciudad, entretenidos en las fiestas y agasajos del pueblo. Las iglesias con sus esquilas doradas, los diáconos arrojando al aire palomas pintadas de colores, los nobles disputándose la amistad de los capitanes, el pueblo abandonado a sus regocijos daban a la ciudad una atmósfera inolvidable. Quince días después Roger y su ejército salieron a liberar algunos pueblos que estaban en manos de los turcos, entre ellos uno pequeño que se llamaba Culla. Pero los turcos se habían retirado al saber la derrota de Karman. Los naturales abrieron las puertas y recibieron a Roger en triunfo, halagándolo para hacerle olvidar tal vez su propia cobardía y la facilidad con que habían aceptado el yugo musulmán. Roger, cuidadoso con las leyes de guerra, perdonó al pueblo, pero castigó a los jefes más culpables.

Llegados al palacio del gobernador, Roger recibió el ramo de olivo de la amistad, mojó sus labios en el vino con miel que le ofrecían y preguntó:

—¿Quién mandaba la plaza cuando los turcos la cercaron?

—Yo, señor —respondió un hombre de media edad y de grave apariencia—. Traían fuerzas superiores y la defensa habría sido inútil.

Era el gobernador. Vaciló un momento y añadió:

—El pueblo quería defender la ciudad, pero en ese caso habría sufrido daños y miserias sin cuento.

—¿Y abristeis las puertas al enemigo?

—Así fue, señor.

Roger le dio las gracias por el recibimiento que le hacía y después llamó a Bizcarra y le dijo algo en castellano. Cuatro soldados apresaron al gobernador. Poco después su cabeza cortada se exhibía en la plaza con un letrero que decía: *Por traidor*. El cocinero chino que había regalado la muñeca a la princesa actuó de verdugo.

Después de hecha aquella ejecución hubo en la plaza de armas un largo silencio de temor y de perplejidad.

Otros murieron por la misma razón y sus cabezas se exhibieron al lado de la del gobernador. Al jefe de las guardias del castillo, un viejo sarmentoso, agrio y encorvado por los años, Roger lo condenó a la horca. Se llamaba aquel viejo Dalmacio y Roger decretó que fuera colgado en la misma plaza donde se exhibían las cabezas de los otros reos. El pueblo, que había visto poco antes a todos aquellos administradores y jefes al lado de Roger ofreciéndole olivo, laurel y miel, no podía comprender. Algunos, sin embargo, gritaban su entusiasmo por los catalanes y por Roger.

Dalmacio, con las manos atadas a la espalda y el lazo en el cuello, fue suspendido de la viga que cruzaba un arco de la casa consistorial. Le habían atrapado con la soga las barbas contra el cuello y la violencia de su propio peso y la tirantez de las barbas le hacía abrir la boca y descubría los dientes cariados y la encía inferior.

La gente, los pícaros, el populacho que se divierte con esas cosas, gritaba sus injurias y un soldado puso colgado de los pies del viejo Dalmacio un cartel que decía en griego: «Por cobarde».

El cuerpo de Dalmacio no estaba muy alto. Apenas si sus pies levantaban dos varas del suelo. Y la cabeza doblada hacia un lado parecía presidir en silencio a toda aquella multitud gritadora.

Pero los gritos fueron cesando al ver que la figura del viejo se mantenía inmóvil, que su cuerpo no se convulsionaba con la agonía y que sus ojos calmos y profundos miraban impasibles.

Transcurrió más de media hora y el viejo Dalmacio seguía vivo y sin dar muestras de dolor. Fueron con la noticia a Muntaner y éste acudió al lugar de la ejecución. Cuando llegó, uno de los soldados guardianes iba a colgarse de los pies del reo, pero Muntaner lo impidió:

—Nadie lo toque —dijo—. Dejemos que la naturaleza haga su obra.

La multitud se había callado y el viejo Dalmacio devolvía las miradas perplejas con sus ojos impasibles. Cerca de él veía las cabezas cortadas de sus amigos, puestas en pequeñas jaulas. Debajo del arco de piedra el verdugo chino, guiñando sus ojos bajo el sol, parecía llorar.

Una hora después el hombre colgado seguía vivo y Roger le perdonó la vida porque la gente atribuía aquello a milagro.

El viejo tenía reventadas las yemas de los dedos por la presión de la cuerda con la que le habían atado las manos. En el cuello padecía también escoriaciones y de una de ellas salía sangre. Muntaner sintió piedad por aquel viejo, mandó llamar al médico y acudió uno que se puso a hacer extraños conjuros sobre la cara de Dalmacio, a recitar frases en hebreo y latín, y por fin puso telas de araña en las llagas de la garganta y agua de salvia en las manos. Muntaner no disimulaba su asombro:

—¿Dónde aprendió usted su arte?

—Yo no estudié, señor. Yo soy de la familia de los Panfilógenos. Hijo de Panfilógeno y nieto de Panfilógeno. Todos médicos. Somos médicos de padres a hijos.

—¿Por herencia?

—Eso es.

—¿Sin estudiar?

—¿Para qué, señor? Tenemos la gracia de curar, los Panfilógenos. Desde tiempos remotos.

—¿Entonces sus descendientes, si los tiene un día, serán médicos también?

Panfilógeno sonreía:

—Tengo un hijo de siete años que anda por ahí jugando. Y la gente lo llama ya *el mediquito*.

Entretanto, los campesinos y artesanos de Culla hablaban del milagro de Dalmacio y un cura que acudía por la calle principal repetía: «Calma,

calma, hermanos míos. Si ha habido milagro o no, yo soy el único que puede proclamarlo».

Muntaner sonreía pensando: «Igual pasaría en Barcelona».

No era Muntaner muy inclinado a creer en los milagros, aunque aceptaba que todo es milagro en la realidad, es decir, alrededor del hombre. La vida natural le parecía más milagrosa que la multiplicación de los panes y los peces en el Evangelio. Regaló a Dalmacio diez escudos de oro.

El duque de Nastogo de todo se asombraba en silencio. Había tratado de interceder por la vida del gobernador de Culla, pero Roger le dijo que si querían tener aquellos territorios fronterizos seguros, era necesario que siguieran sus avisos.

—Ahora aprenderán los gobernadores —dijo— que vale más morir peleando contra los turcos que dar la cabeza después al hacha del verdugo.

Nastogo lo escuchaba impaciente y sin saber qué responder. Luego se retiraba a escribir sus informes para el Emperador.

Hacía tiempo que Nastogo pensaba que debía ir a ver a Andrónico y a informarle personalmente, pero no veía la manera de hacerlo sin llamar la atención de Roger, a quien comenzaba a tener miedo.

Volvió el ejército a Filadelfia y como en la ciudad había mucha población y el asedio de los turcos había sido largo, los víveres escaseaban. La presencia del ejército de Roger agravó el problema. En los días anteriores a la victoria la situación en la ciudad era tan grave que la cabeza de un caballo se vendió por veinticuatro escudos.

El aprovisionamiento era mejor, pero no bastaba, y la escasez hacía conducirse a los soldados con intemperancia. Los impuestos de guerra producían dinero, pero no víveres. Roger decidió salir otra vez al campo y limpiar de enemigos las provincias marítimas por ser aquellos lugares los que podían ser asistidos con víveres por la escuadra de Aonés, que navegaba rápidamente de un lado a otro.

Salieron, pues, de Filadelfia para Nicea, antigua patria de Constantino, al día siguiente. Estaba Nicea limpia de enemigos y desde allí siguieron a Magnetio donde, apenas llegados, acudieron otros ciudadanos de Tiria a pedirles socorro diciendo que la ciudad no tenía buenas murallas ni bastante guarnición y que si el socorro tardaba con toda seguridad se perdería.

Roger formó un pequeño ejército de la gente más ligera y lo envió dejando bagajes e impedimenta en Magnetio. Caminaron a marchas forzadas para llegar a Tiria antes del amanecer. Iba con ellos como jefe de campo Corbarán de Alet. Caminaron cincuenta millas en quince horas. Roger decidió ir a última hora con ellos. Todos pudieron meterse en la ciudad sin ser advertidos por los turcos.

Al amanecer, el enemigo salió de los bosques próximos y comenzó a talar e incendiar los alrededores de la urbe. Cuando se disponían a acometer los lugares menos guarnecidos salió Corbarán de Alet con doscientos caballos y mil almogávares. Cargó sobre ellos con tanto ímpetu que mató la mitad de la gente y siguió persiguiéndolos de cerca. Un escuadrón turco que quedaba intacto se retiró y se dirigió hacia las montañas. Corbarán, con un grupo de caballeros, apretó en la persecución. Los turcos tomaron ventaja. Al llegar a la montaña descabalgaron y ocuparon posiciones seguras. Para seguirles mejor, los caballeros de Corbarán de Alet descabalgaron también y viendo algunos que los petos y las celadas les dificultaban los movimientos, se los quitaron. Acababa de quitarse el yelmo Corbarán de Alet cuando una flecha de los turcos le pasó la cabeza de parte a parte.

Al ver a su jefe muerto los otros se retiraron a Tiria con su cuerpo y al día siguiente lo enterraron en un sepulcro antiguo que había a dos millas de la ciudad donde, según la tradición, estaba enterrado el cuerpo de San Jorge. Con él enterraron también a dos caballeros y a ocho almogávares.

Volvieron a Magnetio y mientras el ejército iba limpiando las provincias marítimas el duque de Nastogo fue a Constantinopla. Iba decidido a informar contra Roger, pero el Emperador, advertido por su hermana, lo escuchó con reservas y no respondió nada que pudiera entenderse como censura.

Entretanto, Roger había establecido el cuartel general en Magnetio, donde recibió cartas de su esposa y de su suegra, la reina. Esta decía que todo estaba en orden, pero que el orden de Constantinopla no era el mismo que él había conocido antes. La fama de sus victorias comenzaba a atragantársele a los nobles y, sobre todo, a los altos jefes militares. «Aunque hay malas lenguas, no debes inquietarte. Míos son esos territorios y provincias, más míos que de mi hermano y, por lo tanto, os corresponden

en herencia porque son también de mi hija. La parte de Magnetio es de Miguel y si él quiere, que vaya a disputárosla con las armas. Pero no hay cuidado. A pesar de todo, mi hermano el Emperador no quiere más que vuestro bien. Nastogo vino con historias incómodas. Parece que los vuestros han ahorcado a algunos parientes suyos en Germe y a bastantes amigos en otras partes. A algunos tal vez habría sido mejor cortarles la cabeza, es verdad. Pero yo no te reprocho nada. Ni a ti ni a los otros. Ni, siquiera le reprochó a Miguel que sea tu enemigo declarado.»

Roger consideraba una broma lo que la reina decía de las provincias marítimas y de Miguel. Seguía con la idea del servicio a la corona de Andrónico, de cuya fidelidad no se había apartado ni en el pensamiento.

La carta de la princesa María era más extraña: «Si no me envías órdenes contrarias, iré a buscarte. Pienso siempre en ti y te veo triunfador y mirando a tu alrededor sin hablar. Cada una de tus miradas levanta un fantasma que se disuelve o dura en el aire y que dice a los demás lo que cada uno de los demás espera oír precisamente ahora, después de la victoria. Menos a mí. Yo estoy lejos. Y las voces de la confidencia no me alcanzan.

»Tú haces los milagros, Roger, pero aquí sólo ven los más pequeñitos y verosímiles. El Patriarca tiene algo que ver en eso. Yo lo conozco. Parece un perro, el Patriarca. Un perro al que le gusta —cosa rara— que le peguen. Es decir, que le pegue mi tío y que lo reverencien los otros. Uno de esos perros con mirada de hombres que podrían ser más que hombres, si quisieran. El Patriarca y los suyos son esas gentes de buena voluntad que tienen la culpa de todas las guerras y muertes. Porque dicen que odian la violencia. Y entonces los turcos afilan los alfanjes.

»El Patriarca estará rezando contra ti. Es un hombre que tiene miedo a los otros hombres y se encierra y no quiere ver a nadie. Entonces ese miedo toma la apariencia de la virtud y la gente dice que es un santo. El verdadero santo es el archimandrita de Cízico, digo, el de Santa Pelagia. Y no se esconde ni tiene miedo. Ése te quiere a ti y me quiere también a mí. A mí me dice en una carta que es verdad, que debo ir contigo y que mi amor loco es santo y que Dios lo bendice. Eso creo yo. ¿Cómo se atrevería Dios a negarnos su bendición?

»Dice que aunque muera en el camino, yo moriré en gracia porque será buscando tu amor. A ese hombre tendrás que hacerlo Patriarca del Imperio cuando volvamos a Constantinopla. Es un hombre que dice que está siempre harto de sí mismo y por eso parece que está en gracia y que puede por eso hacer milagros. Yo no digo que los haga, no soy en eso como madre, que lo cree todo y hace bajo mano sus intrigas. (Sin dejar de creerlo todo.)

»Me han dicho que has hecho justicias en Filadelfia y en otras partes. Por lo que se refiere al gobernador que mandaste degollar, era noble, pero estaba equivocado y sus errores le llevaron al pilón. Ese gobernador era uno de esos condes que un día han oído una voz siniestra cuyo origen ignoran y no pueden ya dejar de oírla y no hacen nunca nada a derechas. Del jefe de la guardia de Culla, que mandaste ahorcar y estuvo colgado y no murió la gente dice por aquí que tenía un trozo de la túnica de Jesús en el bolsillo. ¿Tú qué crees? Madre se ríe y el archimandrita no dice nada. Tiene miedo de opinar delante de ella. La risa de madre, tú sabes que intimida demasiado a la gente.

»Por la noche se oyen ladrar los perros y la gente dice que todavía van a comer carne de genovés a los arrabales de Pera. Tonterías, porque hace tiempo que los enterraron a todos, digo, a los que mataron tus hombres.

»El jefe de la guardia se pasa el día oyendo noticias de tus victorias en esas provincias y diciendo que a estas horas, si hubiera seguido tu bandera, ya sería general. A veces jura por los alanos muertos y enterrados en Cízico (los de la mala noche que todos recordamos). Parece que en el lugar donde los enterraron, según cuentan los viajeros, se ven por la noche llamas azules que corren sobre la hierba sin quemarla. La gente habla de otras cosas en relación con lo que sucede cerca de tus ejércitos. Mi madre les da la razón a todos, blancos y negros. Mi tío, a nadie.

»Yo estoy cerca de la ventana entornada y discreta que da al mundo. Y me digo: ya ha cumplido Roger con mi tío Andrónico. Ahora nos iremos a Bulgaria y comenzará de veras nuestra vida. Porque la vida de los mejores, como tú y yo, debe ser una vida secreta. ¿No crees?

»Los nobles que tienen acceso a mi madre se atreven a hablarle mal de ti confiando en que una suegra es siempre una suegra. Además, esos

hombres que no hacen nunca nada tienen necesidad de hablar. Antes decían cosas feas de Karman y ahora… Mi madre ha llegado a esa situación en la cual antes de hablar dice: *Viendo las cosas como son*… Y entre tanto yo creo que piensa para sí: a este lo ahorcaría, a este otro le pondría cadenas en los pies. Pero no comprendo la causa. Madre piensa cada día cosas más raras. Hace pocas noches me dijo: En definitiva, ¿qué te importan a ti los catalanes? Roger es galán y te hace feliz y te enseña lo que es la vida, pero ¿qué te importan a ti los catalanes o los masagetas o los hindúes del Ganges?

»Yo sólo escucho a las mujeres. No veo ni quiero ver ni puedo ver a ningún hombre. Y las mujeres las tolero porque veo dentro de ellas el niño que un día van a tener, como veo dentro de los bloques de piedra de las montañas las estatuas. Las estatuas durmiendo dentro, todas blancas y desnudas.

»Entre las mujeres vienen dos esposas amantes de dos capitanes griegos. Son de esas mujeres que saben hacerse las locas, pero que no enloquecen nunca en verdad. Una dice que tú eres Dios y la otra dice que eres el diablo. Están enamoradas de ti sin saberlo. Todas las mujeres están enamoradas de ti sin saberlo. Por eso las quiero a las mujeres. Pero ¿qué hago yo con mi simpatía por todas las mujeres? Iremos a Bulgaria porque de un modo u otro, lo mismo que la paloma y que la oruga, yo quiero ser feliz.

»¿Sabes qué dice el archimandrita de Cízico en una carta reciente? Dice que esta aspiración a la felicidad que todo el mundo tiene sabiendo que la felicidad es imposible es más religiosa que el ascetismo de algunos frailes.

»Tú crees en la felicidad y por eso todo el mundo se enamora de ti. Crees en la felicidad y produces con tu gente maravillosas coyunturas en las que prima la sangre.

»Yo tengo que seguirte. Aquí estoy quieta con mis recuerdos sin salir de mis cuadras. Quieta. No me muevo. Verdad es que tengo el movimiento de la tierra misma, yo, rodando por el espacio. Porque la tierra es redonda y rueda por el espacio. Yo creo en eso como creían los griegos antiguos. Mi madre también, y el archimandrita, cuando lo oye, dice *sancta simplicitas*. Aquí estoy quieta, yo, rodando horizontal por el espacio. No horizontal,

sino arrodillada y temblando de emoción porque te recuerdo a mi lado. Y sé que volveremos a estar juntos.

»Si no me dices otra cosa iré a Filadelfia o a Magnetio. Con mi madre o sola. Y desde allí seguiré por los caminos y los valles hasta que te encuentre. Te doy un plazo de veinte días para que me digas que no. Si me lo dices, me quedaré aquí, pero comenzaré a sentir los ángulos duros del propio cadáver mío que llevo dentro de mí y que siento a veces entre las costillas. ¿A dónde me puede llevar eso? No sé.

»Las doncellas Alejandra y Gregoria vinieron de Cízico. No quieren mucho a mi madre y ayer me dijeron que ella —mi madre— tuvo algo que ver con el enfado y la marcha de Arenós, pero quién sabe. Voy a tratar de averiguarlo.

»Ha llegado ayer a Constantinopla otro español que se llama Berenguer de Rocafort con algunos bagajes, dos galeras, doscientos hombres de a caballo y mil almogávares. ¿Es el que tú esperabas? Parece hombre hosco y recio, con cuello de toro. Me habías dicho que esperabas a otros dos capitanes. ¿Es ése uno de ellos? Mi tío quiere enviarlo enseguida a reunirse contigo. Si es tan buen capitán, ¿por qué no le dejas el mando y vienes y nos vamos?

»Los nobles no pueden tolerarte que hagas las cosas tan fácilmente. Dicen que tienes talismanes y brujerías. Mi madre mantiene a las duquesas a raya y de vez en cuando les dice: Si esto sigue así, un día tendrán que venir los almogávares a poner orden. Ha habido ya algunos incidentes a propósito de lo que estoy diciendo. Algunos campesinos entraron hace algunos días en la ciudad por la puerta de Oriente corriendo y gritando: *¡Que vienen los almogávares!* Todos estaban asustados de veras y hubo duquesa que hizo atrancar con hierro las puertas. Era un pánico igual que los antiguos, cuando Pan salía del bosque. Miguel andaba nervioso y decía a todos los que encontraba en el palacio: *¿Lo ven? ¿Lo están viendo? ¿No es lo que yo digo?*

»Muchos ricos genoveses corrieron como liebres a encerrarse detrás de las murallas de Pera. Y se oía en las calles —hasta en la plaza de armas del palacio nuestro—: *¡Que vienen los almogávares!* Ya ves. Yo corría a los balcones a ver si era verdad, pensando que tal vez vendrías tú también, pero

los demás estaban asustados. Miguel vino a verme y me preguntó: ¿A qué vienen los almogávares a la ciudad sin avisar? Estaba pálido.

»Mi madre reía y decía: Todo va más deprisa de lo que yo esperaba. No sé qué quería decir. Si quieres, lo averiguaré».

Las cartas de la esposa de Roger y de la suegra llegaban al campamento siempre con correos especiales y estaban selladas con las armas del Imperio que la reina Irene llevaba como un relicario de oro prendido de la cintura. Roger no las leía hasta que se retiraba a dormir. Los correos esperaban y eran despachados al día siguiente. Entretanto, hablaban con los soldados y se enteraban de todo lo que había sucedido en los días anteriores. Roger no necesitaba referirse a ello en las cartas. No habría sido discreto, ya que sólo podía contar victorias y grandezas. Si el Emperador le preguntaba en sus cartas detalles de las cabalgadas, los refería. Pero el Emperador tenía agentes que le informaban y cada día preguntaba menos a Roger.

Algunos de sus triunfos militares los dejaba Roger a la voz popular y no decía nada de ellos en sus informes.

Volviendo a leer la carta de la princesa, Roger pensaba que entre muchas cosas vagas y aparentemente ociosas contenía las noticias que le interesaban. No se le iban los hechos de primera importancia, es decir, la creciente osadía de los nobles, el miedo a los almogávares y, sobre todo, la llegada de Rocafort y la primera impresión que le había causado. Había estado Rocafort en Italia al servicio del que pagaba mejor, pero tenía un fondo de nobleza a su manera. Consistía en respetar la palabra empeñada y en pelear como las fieras verdaderas, es decir, con un valor prudente. Rocafort, con sus doscientos caballeros y sus mil almogávares, era una gran ayuda. Y Roger sabía que no podría haber rivalidad entre ellos. Rocafort lo había aceptado siempre como jefe. Eran amigos y en una ocasión, tres años antes, Roger había salvado a Rocafort del descrédito y tal vez de la muerte en las costas de Calabria.

Roger se dijo que debía estar Rocafort ya cerca si era cierto que el Emperador lo había enviado. Y sonreía pensando: el Emperador debía temblar delante de la cabeza obstinada, peluda y ciclópea de Rocafort.

Estaban entonces Roger y los suyos dispuestos a partir para Éfeso, la gran ciudad de los antiguos cristianos y de los más antiguos paganos. Y

Roger decidió enviar al puerto de Annya, a donde la escuadra de Aonés llevaría a Rocafort, un pequeño destacamento con Muntaner. Allí se reunirían los dos catalanes y volverían con el pequeño ejército de Rocafort a Éfeso donde Roger pensaba esperarlos.

Al saber los refuerzos de Rocafort, los soldados de Roger estaban tan contentos que creían que nada ni nadie podría oponérseles.

Con veinte caballeros escogidos salió Muntaner para Annya, acompañado de guías del país. Esperaba Roger que llegaría a su destino y así fue, aunque peleó y tuvo que abrirse paso a veces a punta de lanza. En una ocasión en que se les presentaron más de trescientos enemigos, viéndose Muntaner apurado mandó a uno de sus soldados que hiciera sonar el cuerno de auxilio, como si aquella tropilla fuera la vanguardia de un ejército mayor. Al mismo tiempo apretaron en el ataque. Temiendo ser sorprendidos por la espalda, los turcos se retiraron dejando en el campo más de cincuenta hombres. Muntaner recogió treinta y dos caballos excelentes que llevó consigo. Y pensaba: Me gustaría que nos hubiera visto Roger. Que hubiera visto Roger pelear al hombre de letras. Al *poeta*.

Llegaron a Annya, donde estaban las naves de Aonés. Muntaner conocía a Rocafort de nombre, aunque nunca se habían encontrado hasta entonces. Resultó que en Cataluña habían sido vecinos de una misma pequeña población: Badalona.

Rocafort lo miró sin sonreír más que con los ojos (nunca sonreía de otro modo) y respondió a sus saludos con un gruñido de cordialidad.

—Traigo conmigo —dijo— mil doscientos verdaderos hijos de puta.

Al día siguiente salieron los doscientos caballeros con quinientos almogávares, dejando los otros quinientos para la defensa de las naves, que eran muchas y estaban cargadas con la hacienda de los soldados.

Entre los capitanes había encontrado Aonés algunos amigos que lo llamaban almirante con una insistencia un poco burlona. Aonés respondía poniéndose a tono:

—Pienso hacerme renegado. Almirante quiere decir emir, y en esta tierra los emires renegados se casan con las sultanas de Persia.

Dos días después Rocafort y los suyos estaban en Éfeso con Roger.

Muntaner lo había entretenido por el camino con las historias de los hechos del ejército y Rocafort escuchaba atentamente. De vez en cuando preguntaba:

—¿Qué clase de pájaro es el Emperador?

Quería Rocafort estar seguro de lo que podía esperar. Había tenido experiencias de todas clases con señores de Cataluña, de Nápoles, de Provenza. La razón por la cual no se había incorporado antes al ejército de Roger a pesar de haber dado su palabra consistió precisamente en una de aquellas experiencias. El rey Carlos de Calabria le debía pagas atrasadas. Y eso que sus libros de raciones, según decía Rocafort, estaban al justo, es decir, sin plazas a beneficiar. Trescientas raciones eran trescientas lanzas y no ciento cincuenta. A pesar de eso, le debía el rey Carlos más de cuarenta mil ducados. Mientras los pagaba o no, Rocafort mantenía en prenda y rehén siete castillos fuertes de Calabria, de los mejores, sobre los cuales no ondeaba todavía la bandera del Rey sino la de Rocafort, que tenía un *sarrio* verde pintado sobre blanco. El Rey le mandaba mensajeros y a los mensajes contestaba Rocafort de manera lacónica y tozuda:

—De su misa vive el abad. Que mande el oro.

Últimamente el Rey pagó y Rocafort entregó los castillos y salió para Constantinopla. El Rey se quedó jurando que lo empalaría vivo con el asta de su propia bandera si algún día lo volvía a encontrar.

Era Rocafort hombre membrudo, de barba espesa y no muy larga que se unía con los bigotes caídos y graves. Montaba caballos fuertes de ancho pecho. A causa de su barba, lo único que se veía bien en su rostro era la frente cuando se quitaba la celada. Llevaba en su cabeza de corto cabello la sudadera o gorro ligero que evitaba los contactos duros del hierro y que sólo renovaba cuando estaba podrida.

La cabeza de Rocafort era severa y un poco zaína cuando miraba de reojo. Parecía hombre de reacciones pasionales, lentas pero seguras e implacables. Tardaba en formar opinión de una persona, pero la formaba para siempre y no había quien le hiciera modificarla.

Era simple en su sentido de la justicia y lento y paciente en la preparación de su venganza.

Aunque no era hombre gordo, viéndolo a caballo se daba uno cuenta de que el animal debía sufrirlo con cierta incomodidad. Parecía llevar el hierro no sólo en el peto y en la adarga sino también en los ojos y en la sangre. Era el único caballero en cuya armadura se veían aún las huellas de los golpes del martillo que la acomodó en el yunque.

Muntaner se decía sintiéndolo a su lado: Una hermosa bestia de Satanás.

En la lidia contra el enemigo nunca se sabía dónde su maza o su espada iba a golpear. Tampoco era fácil leer en sus ojos las intenciones durante los días de paz en los campamentos.

Sin embargo, al referirse a Roger y a pesar de que éste era ocho o diez años más joven que él, lo llamó «señor». Estaba Muntaner impaciente por ver Éfeso, ciudad llena de memorias ilustres. Cuando llegaron dejó solos a Rocafort y a Roger y se fue a curiosear. Era una ciudad santa entre todas las de Grecia. Muchos siglos antes de la era cristiana estaba allí el hermoso templo de Diana Artemisa, reverenciada por los romanos y por los persas y macedonios. Después la ciudad fue santificada por los cristianos. Varias veces la visitó San Pablo y a sus moradores les dirigió epístolas famosas.

Del tiempo cristiano Éfeso conservaba muchas memorias. La tradición dice que allí estaba el sepulcro de San Juan Evangelista. Nadie enterró al santo, sino que él mismo se apartó de los mortales y se recluyó en aquel sepulcro, donde más tarde murió. Su cuerpo desapareció arrebatado por una nube roja. Era, al menos, lo que la gente le contaba a Muntaner. El día de San Juan, cuando se cantan las vísperas del Santo, «sale un maná por los nueve agujeros del mármol que está sobre el sepulcro y dura hasta la puesta del sol del día siguiente, y es tal la cantidad de ese maná, que sube un palmo sobre la piedra, que tiene doce de largo y once de ancho». Curaba ese maná muchas enfermedades, según decían los de Éfeso, entre ellas la ceguera, la lepra, la gota y el asma.

Oyendo Muntaner a aquellas gentes recordaba que Éfeso había sido la capital del mundo jónico. Seguramente antes de la era cristiana aquellos milagros del maná se atribuían a los mármoles de Diana Artemisa, que fueron considerados durante muchos siglos como una de las maravillas del mundo antiguo.

Éfeso fue desde tiempos remotos una ciudad próspera y cuando se produjo la decadencia del mundo jónico, todas las ciudades fueron arruinándose menos Éfeso, que siguió prosperando.

San Juan Evangelista murió, pues, allí, según la tradición, y San Pablo escribió sus *epístolas ad ephesios* sentando doctrina en muchas materias para el futuro de la iglesia cristiana.

Iba y venía Muntaner recogiendo impresiones, haciendo notas y tocando con respeto supersticioso los mármoles que quedaban en pie del templo más importante que Diana tuvo en el mundo grecolatino. Se preguntaba si la humanidad se ocuparía en el futuro de ellos, de los soldados de Cataluña, como se había ocupado de persas y macedonios y romanos que pasaron por allí. Había inscripciones griegas y latinas en piedra y en mármol por todas partes.

Roger y Rocafort tuvieron una larga entrevista a solas. Lo primero que hizo Roger fue informarle de la muerte de Corbarán de Alet, el senescal o maestre de los almogávares. Rocafort lo conocía y dio muestras de dolor.

Iba y venía Rocafort con Roger viéndolo todo hasta en sus menores detalles. A veces en los alojamientos de la tropa acariciaba una espada o un mangual amorosamente, con expresión experta. Faltaba algo en el carácter de Rocafort. Lo que le faltaba era la compenetración con las circunstancias de su propia vida. Era hombre del pueblo y, sin embargo, hacía tiempo que ponía su energía en un solo hecho y en una sola ambición: separarse del pueblo. Ser más que el hombre común. Ese deseo creaba una especie de abismo artificial con las tropas, que Rocafort cultivaba por actos de autoridad a veces arbitrarios. Los soldados se lo permitían porque admiraban su valor físico y porque en sus momentos de abandono era pueblo e incluso pueblo bajo, con sus malas inclinaciones y sin sus virtudes.

Había estudiado para cura en su adolescencia porque le parecía ésa una manera de subir en la escala social. Pero un día el maestro de estudios quedó postrado y casi enfermo después de haber oído a Rocafort blasfemar en la misma capilla del monasterio. Sin embargo, el fraile tenía simpatía por las almas violentas y dio a Rocafort su bendición profetizándole días de gloria. Luego lo echó del monasterio.

Rocafort había tratado de hacerse acreedor a aquellas esperanzas del abad, pero la guerra es la guerra y había peleado con la misma energía cuando creía servir a Dios como cuando sospechaba que estaba sirviendo al diablo, supuesto que en los dos casos hubiera alguien que pagara una soldada razonable.

Nunca protestaba Rocafort contra las venturas o desgracias que caían sobre él. «Sólo pasa lo que tiene que pasar», solía decir.

Y atendía a su provecho.

Hablaron mucho Roger y Rocafort de los sucesos más recientes. Estaba especialmente pesaroso Roger de la muerte de Corbarán porque eran amigos entrañables, habían estado siempre juntos y lo estimaba tanto que pensaba casarlo con una hija suya que residía en Sicilia, en la corte del Rey Fadrique. Se trataban como suegro y yerno. Diciendo esto, Rocafort le interrumpió:

—Conozco a tu hija, Roger.

—¿La viste antes de venir?

Rocafort afirmó con la cabeza, y pasado un largo espacio dijo:

—Corbarán se la merecía.

Roger estaba pensando: «En cambio, tú no merecerías nunca una mujer como ella». Pero no decía nada. Roger siguió con el tema de Corbarán. Habiendo quedado a su muerte vacante el puesto de senescal de los almogávares, se lo ofrecía a él. Rocafort, antes de aceptarlo habló de sus derechos y obligaciones, se hizo repetir dos veces cuál era el salario y cuántas raciones de beneficio tenía asignadas. Roger le ofreció los libros de la administración y después que Rocafort los hubo estudiado, puso la mano encima y declaró:

—Yo no valgo más, pero tampoco menos que Corbarán de Alet. En eso estoy de acuerdo.

Sonreía Roger mirándolo y el senescal contestó a la sonrisa sólo con los ojos. Su barba negra, a la cruda luz de la mañana, tenía hebras de oro y también algunos cabellos completamente rojos. Pero Rocafort hacía otra pregunta:

—¿Y las raciones de los muertos?

—No se amortizan. Quedan a beneficio de sus familias por la duración de la guerra.

—¿Y si no tienen familias?

—Las cobra el senescal.

Estaba contento con aquello, Rocafort, quien añadió que, además de las raciones de Corbarán, podía beneficiar ciento cincuenta que el Emperador le había atribuido sin pedírselas. Había tardado en hacer aquella importante confidencia el tiempo necesario para que Roger le dijera todo lo que quería saber, por si acaso.

Juntaron la administración y quedó el ejército en un bloque y masa. Consideraban providencial la llegada de Rocafort después de haber muerto Corbarán de Alet.

Así como otros capitanes hablaban castellano aragonés, es decir, un castellano un poco más viejo y arcaico, a Rocafort le gustaba hablar catalán, sobre todo cuando se acaloraba.

A Muntaner, a pesar de considerarlo un intelectual, o tal vez por eso mismo, lo respetaba Rocafort y no se atrevía a usar con él demasiadas confianzas. Tenía la sospecha de que Muntaner podía burlarse de él con ventaja e impunidad y pensaba: «Sus armas son como las de las mujeres y los letrados: la palabra».

Envió Roger cartas a su esposa y a la reina Irene diciéndoles que si querían podían trasladarse a Magnetio, donde establecía su centro de operaciones y a donde iría a invernar cuando llegara el otoño. Les daba cuenta de la incorporación de Rocafort al ejército. «Es menos escrupuloso que Arenós en materia de justicia y sabe tanto de guerra como él», decía. Añadía que su ejército era más fuerte que nunca y que el futuro del Imperio estaba despejado.

Dio Roger a Rocafort cien caballos más de los tomados al enemigo para armarlos y aumentar así su caballería y le concedió cuatro pagas a él y a sus tropas de acuerdo con los deseos del Emperador. El capitán recién llegado se sentía a gusto en su piel y se lo dijo a Roger:

—Seremos dos hermanos, Roger. Y tu aviso será bueno para mí en materia de guerra o de paz.

Rocafort no solía ser tan expresivo con nadie.

De acuerdo con los capitanes, Roger iba enviando a Magnetio el tesoro del ejército en armas, joyas y dinero. Se hicieron tributar por las gentes de Éfeso, ciudadanos seguros de sí por la costumbre de más de diecisiete siglos de libertad. La ciudad había tenido franquicias desde antes de Alejandro Magno. Pero los soldados catalanes no se andaban con delicadezas. Macrami, un comerciante rico, fue degollado porque no se apresuró a dar los cinco mil escudos que le pidieron. La familia juraba que los habría dado y que si no lo hizo fue porque no los había entendido, ya que hablaban una lengua extraña.

Muntaner fue a protestar ante Roger, pero vio con él a Rocafort y no se atrevió al plantear la cuestión, ya que los soldados autores del asesinato eran de los que Rocafort había traído consigo.

Todo el dinero iba a parar al fondo del real, es decir, a Magnetio, a donde se dirigían cada día los convoyes ligeros.

Roger decía a Rocafort:

—Si Berenguer de Entenza —a quien esperaban también— llega un día con tantos refuerzos como tú, podremos entrar Asia adentro y conquistarla entera.

Al lado de Rocafort se sentía seguridad y un poco de malestar físico. Aquel hombre había nacido para pelear hasta que alguien más afortunado y con mejores armas lo desmontara y le cortara la cabeza. Esta perspectiva no la había sospechado nunca Rocafort ni había quien pensara en ella viéndolo armado y a caballo.

Entretanto, él, Roger y Muntaner hacían la guerra como una asociación mercantil hace un negocio, esperando alternativas buenas o malas. De los tres, el único que de veras creía en el aspecto moral de la empresa —la defensa del cristianismo— era Muntaner. Y, sin embargo, era el menos religioso y las iglesias y los ritos le tenían sin cuidado.

En Éfeso la vida era monótona. Como la tropa no podía estarse queda se organizaban de vez en cuando concursos de equitación y torneos con estafermos de madera que tenían una plancha de hierro en el lugar de la lanzada. Como premios ofrecían pequeños trofeos: un caballo, una hopalanda de grano de oro, un reloj. Sacrificaban para comer los caballos pesados cogidos al enemigo y algunos corderos y venados de los montes

próximos. Entre los presos de las batallas recientes había kirguises, bashires y cosacos del interior. Algunos prisioneros ganaban su libertad con las proezas y gallardías que hacían a caballo.

Los almogávares se sentaban alrededor de sus marmitas puestas al fuego y hablaban y bebían. Tenían vino griego y también *kumis* cogido al enemigo y leche de yegua y de vaca. Las fogatas eran mayores allí donde se entrecruzaban las avenidas de tiendas o de viviendas firmes y se formaba una especie de plazoleta o glorieta natural.

La avenida general del campamento (que habían levantado pegado a la ciudad) era más ancha que las otras y por ella podía desfilar la caballería en columna de honor, es decir, en filas de veinte. Detrás del real estaban las cocinas de los capitanes y en ellas, como siempre, mandaba y ordenaba el chinito que fabricaba muñecas y cortaba la cabeza a los traidores. Solía decir el chinito:

—Yo no tengo miedo al porvenir. Siempre harán falta en el mundo cocineros y sayones.

Cuando reía ponía una expresión curiosa, la del hombre que llora. A veces Muntaner lo miraba y se decía: Por eso no nos entenderemos con las amarillas o negras. Cuando lloran parece que ríen y cuando ríen parece que lloran. *Sayón* era un eufemismo de *verdugo*.

Seguían en Éfeso planeando las campañas futuras y acordaron en una reunión de todos los capitanes pasar las montañas de la parte oriental para bajar a los valles de Panfilia, donde se asentaban los cuarteles generales turcos. Darles a los turcos un golpe definitivo, sí podían.

Salieron de Éfeso después de enviar Roger a Magnetio cartas para su esposa y su suegra —que debían estar ya allí— diciéndoles que cumplida su misión en los territorios de Panfilia, a donde se dirigían, volverían a Magnetio para invernar. Con gusto habría esperado Roger en Éfeso las respuestas para saber si su esposa estaba ya en Magnetio, pero no llegaron y cinco días después salieron hacia la provincia de Karia, que atravesaron entre Armenia y el mar Egeo sin que les saliera al paso el enemigo.

Marchaba el ejército despacio, deteniéndose en las poblaciones cristianas que los recibían alegres de ver armas amigas en aquellos territorios a los que nunca llegaban las de Andrónico.

Poco antes de alcanzar las faldas del monte Tauro, perteneciente a la gran cordillera asiática, se detuvieron en el lugar que divide la provincia de Cicilia de Armenia la Menor. Muntaner se decía: *Éste es el territorio de las tres K: karianos, kapadocios y kilicios, según decían los romanos*. Mala gente. Pero él no veía en los naturales sino gente amistosa, afable, con mujeres hermosas de ojos verdes, azules, grises, negros, y cabellos de oro o del color de la noche. Muntaner se habría quedado allí algún tiempo. Le dijo a Roger que los montes que se veían al fondo se llamaban Ásperos y que de la fama de valor y de independencia de aquella gente venía la palabra *aspereza*.

Esta reflexión, al parecer sin importancia, hizo a Roger ser más prudente y envió patrullas de reconocimiento que visitaran los pasos peligrosos y los lugares donde podía haber sorpresas. Volvieron los exploradores con grandes noticias. Los pasos estaban libres, pero al otro lado de la sierra había un campamento donde se calculaban más de veinte mil hombres a pie y diez mil a caballo. Fuerzas tres veces mayores. Pero Roger decidió acelerar la marcha y sorprenderlos si podía antes de que tuvieran tiempo de ocupar las cortadas y alturas de alrededor. Caminaron toda la noche y al amanecer dieron vista a aquellos valles.

Los valles que se divisaban, cubiertos de fuerzas turcas, eran inmensos y de una belleza paradisíaca. Muntaner había dicho: Un lugar de estos debe ser el valle de Josafat del que habla la Biblia. Esa hipótesis bastó para que Rocafort repitiera a los suyos que aquel era el valle del juicio final y que había que echar de allí a los infieles.

Aunque los turcos habían visto el ejército de Roger, no parecían alarmados. Había algunos jinetes turcos corriendo a pelo en sus caballos y haciendo acrobacias. Se ponían en pie, se acostaban, recogían al paso del suelo un fez o una babucha. La proximidad de los catalanes parecía no inquietarles. Tal vez hacían aquello para simular desdén o porque realmente no los consideraban por su número peligrosos. Los catalanes se habían detenido y vigilaban los movimientos del campamento, un poco perplejos. Conocían las fantasías de los turcos, pero temían que hubiera trampas y celadas y querían estar seguros antes de atacar.

Muntaner, fatigado de la marcha y de la falta de descanso, estaba al lado de Roger y decía:

—Va a ser una jornada dura, Roger.

Éste volvía la cabeza a medias y respondía:

—Dura para los letrados.

Con estas bromas, que ya eran viejas entre los dos, Muntaner se irritaba y le pedía el mando de un escuadrón. Roger le decía:

—Te reservo para el final. Cuando nos veas en apuros y perdidos, si es que lo estamos alguna vez (es muy posible), tomas la caballería almogávar que te deje Rocafort y emplea tu entendimiento y buen ingenio. Siempre habrá alguna manera de aprovechar la extrañeza del enemigo viéndote hacer las cosas más inesperadas y estupendas.

Roger sonreía y Muntaner le decía que haciendo aquellas cosas desusadas ganó César la guerra de las Galias.

—Está bien, Julio César —le decía Roger.

Y desde su caballo avizoraba el campo contrario.

La vista de aquellos valles cubiertos de ejércitos enemigos produjo un efecto muy curioso entre los almogávares. Se felicitaban los unos a los otros con una especie de impaciencia y locura, como si fuera una gran suerte ver tanto enemigo junto. Otros, sin dejar de caminar, golpeaban las picas y las espadas contra el suelo gritando su famoso *desperta, ferro*.

Y el ejército descendía abriéndose ya la caballería en alas. Abajo, los turcos se preparaban también. Se oían las trompas de guerra llamando a formación de combate y los ecos se repetían en los valles y barrancadas. Al principio sospecharon los catalanes que las montañas estaban ocupadas por otros ejércitos. Rocafort fue el primero que se dio cuenta de que sólo se trataba del eco. Hubo un momento, sin embargo, de sorpresa y desánimo.

Cuando se hubieron convencido de que a sus espaldas y a sus flancos no había nadie, los primeros escuadrones entraron en el valle y se extendieron para el ataque.

Los ejércitos se embistieron. Muntaner, desde la silla de su caballo, seguía contemplando en arrobo el primero de los tres valles. Y pensaba otra vez: En la antigüedad, este monte se llamaba Áspero. Y aquí vamos a tener el choque más violento de nuestra historia. Si somos vencidos, nos

exterminarán hasta el último, lo que será mejor, en todo caso, que caer prisioneros. A ellos les pasará lo mismo. Si son vencidos, muy pocos escaparán con vida y los que escapen serán probablemente aniquilados por las poblaciones de su retaguardia, que los odian. Muntaner percibía en el aire los olores familiares de los días de combate. El rocío del alba se había posado sobre las armaduras y lanzas, sobre las espadas y los yelmos. ¿A qué huele el hierro mojado? A herrumbre. Y a grasa animal. Todos solían untar el juego del ventalle de la celada con grasa de caballo y a falta de otra cosa con grasa humana sacada de los muertos. El olor de herrumbre y de grasa agria, unido al del rocío que caía sobre los metales, daba al amanecer un carácter definitivo. Los almogávares decían que el amanecer en Artacio olía de un modo diferente que en Sicilia. Y en Karia de un modo diferente que en Artacio.

Se había entablado la lucha. Rocafort descendía por la izquierda a dos tiros de ballesta. Se alzó sobre la silla y con el brazo hizo el gesto de avance por el lado contrario de la ancha colina. Muntaner, levantada aún la celada, bajó con los suyos al paso.

En el centro y el ala opuesta hacía rato que había comenzado el combate. Eran las primeras horas de la mañana. Las condiciones materiales, aparte de la superioridad de los turcos en número, casi de cuatro a uno, eran las mismas para los dos bandos. El sol no estaba de frente ni de espaldas a los ejércitos, sino sesgado. Los dos maniobraban en un terreno llano y sin accidentes.

Podía considerarse como desventaja la fatiga de la noche pasada en vela, pero cuando esa fatiga no es extenuante excita de tal manera los nervios que cada soldado es más ágil y fuerte que nunca y también más decidido. El enemigo, bien dormido, era tal vez más prudente. Desde luego, más apegado al sentimiento gozoso de la vida.

Cerca de Muntaner, un jinete aragonés, de Monzón, a quien llamaban por el nombre de su pueblo, se detuvo con su caballo cerca de un arroyo. Iba el animal a acercar el belfo al agua cuando su vecino Copons le dijo:

—No dejes beber a la bestia. En un instante vamos a entrar en acción. No la dejes beber porque puede costaros la vida a los dos.

El de Monzón tiró de las riendas y siguió bajando al valle con los suyos. Aquella escuadra no tenía aún órdenes de atacar, sino de tomar posiciones por la izquierda. Copons añadió algún trecho después:

—Yo mejor le dejo mear que beber en acción a mi caballo. Pero tampoco es bueno dejarle mear. Porque se destempla.

Siguieron bajando. Muntaner se puso al trote y todos los de su escuadra siguieron. Como si el de Monzón quisiera pedir perdón a su animal, le palmeó el cuello.

Se combatía en todo el primer valle. La mayor parte de aquellos turcos eran restos de otros ejércitos desbaratados por Roger en encuentros anteriores. Todos tenían algo que vengar. Habían abierto en una sola ala inmensa de tres filas su caballería por el lado derecho, seguros de envolver a los españoles. Corrían con las filas separadas en fondo por espacio de cincuenta pasos más o menos mientras los catalanes se aseguraban en su sillas y avanzaban a trote lento. El primer choque de las lanzas catalanas en el ala izquierda había sido fatal para los turcos, pero la segunda fila llegaba fresca y las mazas, las hachas y las espadas tenían que emplearse duramente abollando y rompiendo rodelas y yelmos, y la batalla estaba en toda su furia.

La superioridad de los turcos se hacía sentir. Hacia el mediodía la batalla estaba dudosa y los almogávares gritaban su *desperta*, *ferro* con rabia. Marulli se batía bien y los mil alanos que formaban el ala izquierda móvil de Rocafort manteníanse firmes y peleaban.

Los gritos de los turcos eran como de aves de presa, en un tono agudo y chillón, en el que parecía haber burla e ironía. Las voces de los almogávares eran graves y sordas. Los gritos de ira, de entusiasmo o de dolor llenaban el valle y parecían ruidos de vendaval en la selva. Rocafort acudía a todas partes con un escuadrón de cien caballeros que iban y venían manteniendo un trote reposado y cambiando el orden del combate según las sugestiones de Roger.

Era ya media tarde y la pelea continuaba sin que se pudiera ver ventaja decisiva por ningún lado. Una nueva ola de caballería turca, salida de detrás de una colina, repetía el movimiento envolvente que habían intentado por la mañana. Y entonces se vio a Muntaner con su escuadrón dejar el frente,

donde peleaba, y meter al galope una cuña entre la infantería turca y la caballería de refresco y envolver a esta última por la retaguardia. El escuadrón de Muntaner era de menos de cien hombres, quienes, rota la formación, peleaban a su libre iniciativa buscando la espalda turca donde y como la hallaban. Esto desconcertó el movimiento del enemigo en aquel lugar y Roger lo aprovechó para incrustar dos batallones de almogávares con sus jabalinas, que mataron en poco tiempo más de ochocientos caballos enemigos. Se veía a muchos jinetes turcos buscar la salvación en la huida, aunque cuando se habían alejado del combate algunos se rehacían y volvían a la brega, siempre por otros lugares.

Los turcos intentaban de vez en cuando dar las señales de la victoria. Levantaban una gran algarabía, agitaban los pendones y se lanzaban en locas cabalgadas, como si el campo estuviera ganado y la batalla decidida, pero esas fantasías les costaban mucha sangre. Tropezaban con la firmeza de la defensa almogávar. El ruido y la algazara de los turcos confundió, sin embargo, en algún momento a Roger, pero se rehízo y siguió llevando con Rocafort y Muntaner la iniciativa del ataque. Rocafort buscaba choques en masa con su escuadrón y en cada uno de ellos caían los turcos en masa, también. Los combates individuales, aunque los almogávares degollaban con destreza, no producían un efecto tan desmoralizador.

Por fin, al bajar el sol se vio que, perdido por los turcos el primer valle y casi todo el segundo, se retraían al tercero, donde éste descendía hacia el campo abierto. Buscaban la fuga. Los catalanes los perseguían y ya no se trataba de combatir, sino de cazar y exterminar. Al hacerse noche cerrada, las tropas se volvieron a concentrar y se reconstruyeron los escuadrones cristianos. Los soldados estuvieron toda la noche sobre las armas temiendo que el enemigo volviera con refuerzos, pero no fue así. Los escuchas comprobaron que los últimos galopes de caballos se habían perdido en la distancia y sólo quedaban en aquellos valles los lamentos de los heridos y los aullidos de las fieras que acudían al olor de la carne muerta.

Al amanecer, el silencio era completo. Y las señales de la victoria no dejaban lugar a dudas. Muntaner registró en el libro de operaciones seis mil caballos enemigos muertos y más de doce mil infantes. El primer valle

estaba sembrado de carne humana y de bestias, arneses y armas, algunas muy valiosas, porque es sabida la fantasía y amor de lujo de los turcos.

En un espacio de más de dos millas no se podía poner el pie sin pisar cadáveres (hombres o caballos). Allí iba Fanlo registrando (con la seguridad que le daba la experiencia) a los muertos de aire más prometedor. Echaba el dinero y las joyas que encontraba —si eran de oro, porque la plata la dejaba para los masagetas y los griegos— en su yelmo. Y de vez en cuando iba a vaciarlo en un saco de cuero que llevaba colgado de la silla y que se cerraba por arriba con una argolla y un pequeño candado. Cuando Fanlo se sentaba a la sombra de su mismo caballo, se podía asegurar que no quedaba cosa de valor en sus cercanías.

Contagiado Muntaner de la alegría de la victoria, repetía que aquella acción se recordaría en la historia al lado de las de Alejandro y de los príncipes romanos. Y quería seguir hacia Armenia y llegar a los últimos confines del antiguo imperio de los césares. Roger lo escuchaba con sorna y Rocafort atendía a la sorna de Roger, grave e impasible como siempre, desnudándose los brazos y friccionándolos con vino. Solía hacerlo después de las batallas.

Roger felicitó a Muntaner por la descabellada acción de su escuadrón en el momento crítico —cuando el ala izquierda turca los envolvía— y estuvo demostrándole que si los turcos hubieran tenido otra reserva detrás de las colinas, aunque fuera pequeña, no habría quedado de su escuadrón ni los rabos. Con la punta de la espada estuvo haciendo un mapa y marcando en el suelo los lugares peligrosos. Después dijo:

—Muntaner, tú tienes malas condiciones como soldado. La peor es la valentía. Eres demasiado valiente para capitán.

A Muntaner aquello le pareció muy halagüeño.

Aquel mismo día transmitió Muntaner por correos especiales la noticia a Annya, de modo que desde allí la llevara Aonés en una galera ligera a Constantinopla.

Quedaron acampadas las tropas en aquel lugar ocho días, durante los cuales Muntaner, ayudado por los otros capitanes y alféreces, hizo inventario y relación del botín. Como el campamento turco llevaba en aquellos valles varios meses, sus instalaciones y depósitos de víveres eran

muy abundantes. Después de la victoria los soldados gozaban del lujo de sus enemigos, que no se limitaban a las alcatifas y a las tiendas, sino también a las mujeres, muchas de las cuales habían sido abandonadas al vencedor. Las había que abrazaban a los catalanes con alegría, pero no faltaban otras que, vencidas y todo, mantenían el rencor en sus miradas. Rocafort se escandalizaba viendo entre las mujeres niñas de once o doce años que los turcos tenían como mancebas.

Por la noche, alrededor de los fuegos, los almogávares bebían y cantaban. Era la alegría campesina de su tierra llena de alusiones a la inocencia de la paz aldeana. Una voz ronca decía:

Si te casas en Monzón
no te faltarán melones
ni palos en las costillas
ni en la saya guarniciones.

Luego se oían rasgueos de vihuela y un ritmo que alguien hacía repicando dos tejuelos entre los dedos. La misma voz cantaba:

Entre Espierre y Loporzano
se partieron un antruejo.
Espierre llevó la cuerna
y Loporzano el pellejo.

Oía Muntaner aquellas canciones que, a pesar de su ordinariez, le dejaban en la memoria una cauda de luz lunar y de melancolía. Tantas veces las había oído parecidas en su tierra.

Rocafort se perdía a veces con las mujeres turcas detrás de las colinas. Era vicioso de hembras. Sin embargo, un hombre habituado a penetrar las intenciones humanas habría visto en los ojos de Rocafort una luz más fuerte que la del deseo de la hembra: la ambición secreta del poder. Desde la silla del caballo divisaba a veces Rocafort los horizontes lejanos del Asia con una mirada de águila que debía ser parecida a la de Alejandro Magno cuando andaba a caballo por aquellos mismos lugares. Pero Rocafort no

había leído historia griega como Muntaner ni creía que fueran necesarias las letras para ganar batallas.

Los almogávares se desesperaban de ver tantas riquezas que no podían transportar a sus bases de invierno. Bizcarra, el criado de Roger, decía que había visto a Lucas de Exea llorar de rabia porque no podía cargarse al hombro una silla turca de montar que tenía incrustaciones de oro y de nácar.

Y repetía que el ejército debía llevar una reserva de camellos u otras acémilas de carga para transportar la presa.

Después de dos noches sin dormir y de la excitación y la fatiga del combate, las guardias y las vigilancias nocturnas de aquellos días se hicieron con la innovación de dividir la noche no en cuatro cuartos sino en seis sextos y haciendo los relevos más a menudo y las guardias mucho más cortas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO VIII

A los ocho días decidieron seguir adelante hasta una ciudad que señalaba los límites entre Anatolia y Armenia. Los recibió la población con aclamaciones, y un viejo, que era el más rico, se acercó a Roger e hizo un discurso en el cual le daba las gracias por haber reconquistado en cuatro batallas otras tantas provincias para el Imperio. Roger, extrañado de que aquel hombre desde su apartado logar se hubiera enterado exactamente de aquellos hechos, comprendió que la noticia de sus hazañas se extendía y corría como el viento.

A solas con sus pensamientos se convenció de que estaba sentando las bases de su destino.

La acogida en todos los lugares a donde llegaban era entusiasta, pero poco a poco la convivencia con la población civil hacía más aventurada la amistad y comenzaban a producirse incidentes y fricciones.

Se curaron los heridos en aquella aldea y tres días después Roger acordó con Rocafort y Muntaner prepararse a la invernada en Magnetio.

Iniciado el regreso, llegaron correos con noticias sensacionales y adversas. La guarnición alana y romea que quedaba en Magnetio había pasado a cuchillo al pequeño destacamento de catalanes y se había alzado con la ciudad. Después los rebeldes cerraron las murallas, pusieron guardias reforzadas y declararon que estaban dispuestos a defender la entrada al ejército de Roger. Lo peor era que dentro estaban todos los tesoros y riquezas conquistados en las últimas batallas. Roger ordenó a los correos que no comunicaran aquellas nuevas a nadie bajo severas penas. Se guardó los papeles y el ejército siguió su camino.

—En este momento —dijo a Muntaner— me gustaría tener conmigo a Nastogo.

—¿Como rehén? —preguntó Muntaner, irónico.

Pero Roger no tenía ganas de ironías. Los correos eran de Annya y no del mismo Magnetio. Lo que hacía mostrarse reservado a Roger era el hecho de que la sublevación hubiera sido «en nombre del Emperador». Roger no acababa de entenderlo. Era tan delicado aquello —por la circunstancia de hallarse allí su esposa y su suegra Irene—, que no se atrevió a hablar y ni siquiera a pensar, hasta tener más elementos de juicio.

Hicieron la jornada en dos días, y dos leguas antes de llegar a Magnetio, viendo ya las torres y las murallas en la lejanía, Roger hizo adelantarse tres escuadras montadas y con la bandera de Andrónico bien visible les dio orden de capturar a los hombres o mujeres que hallaran alrededor de la ciudad y llevarlos a su presencia.

Entre los exploradores iban un sargento de Biescas (Aragón) que solía hablarle a su caballo:

—Esto no es Aragón, *Galán*, ésta es tierra de Levante, donde los piojos comen gente de cuatro religiones distintas. Tú atiende a mi voz y a mi rienda. ¿Oyes, *Galán*? Tú y yo valemos tanto como otros dos en Levante o en Poniente. El hombre es el hombre. ¿Oyes, *Galán*? Ya sé que eres valiente y que prefieres dar el pecho al hierro antes que andar cubierto de corazas como un escarabajo. Pero caballos como tú hay pocos en el mundo y yo tengo que defenderte de tus mismos ímpetus, *Galán*.

Seguía caminando al lado de los suyos, delante o detrás de los suyos.

Y poco después volvía a hablarle:

—Tú y yo somos iguales. Tú estás entero en tus partes, que yo no quise nunca cortarte tus varonías. Tú y yo somos iguales, *Galán*. Yo cuido de tu vida y tú tienes que cuidar de la mía.

Luego Bárdenas se dirigía a sus amigos:

—Este *Galán* se mete siempre por lo más espeso de las lanzas.

Y un compañero decía:

—Es que ha servido en el Rosellón.

El primer preso que hizo la patrulla fue un campesino de Magnetio, quien dijo a Roger que la princesa María y la reina Irene habían salido de la

ciudad antes de la sublevación. Él no sabía a dónde fueron, pero hacía dos días que habían salido cuando los alanos pasaron a los catalanes a cuchillo.

Roger despachó correos para Constantinopla con la noticia de lo ocurrido en Magnetio. Pedía Roger a Andrónico que diera órdenes de abrir las puertas y de entregar la plaza antes de que fuera necesario usar la violencia.

Descansó el ejército a la vista de la ciudad —lo que no dejaba de extrañar a los soldados— y tres horas después volvieron las patrullas llevando consigo hasta dos docenas de personas, entre ellas a un hermano de Georges, el alano, a caballo y con sus armas. Roger lo trató con cortesía, no le habló de los catalanes muertos y le preguntó qué hacía fuera de la ciudad armado. El hermano de Georges dijo que había salido a cazar, pero sus armas eran más bien las de un jefe de tropas de exploración. Cuando Roger le preguntó por la princesa María y por su madre, el alano levantó la cabeza y confirmó lo que había dicho el campesino:

—Las dos salieron para Annya y deben estar allí. Llevaban la misma escolta con la que habían llegado hacía pocos días de Constantinopla.

Roger no quiso preguntar por los quince o veinte catalanes que estaban al cuidado de la hacienda del ejército. Se apartó con Rocafort. Muntaner disimulaba sus nervios con el hermano de Georges:

—¿Hay algo nuevo en la ciudad? —le preguntó.

—No —dijo el otro, receloso.

—¿Cuándo salieron sus altezas? ¿Antes de la sublevación?

—No creo yo que la palabra sublevación sea justa porque todos somos fieles al Emperador.

—Roger es sobrino-yerno del Emperador. ¿No lo sabías?

El otro no respondía. Cerca de ellos, Rocafort hablaba en voz baja con el ayudante de Roger, quien lenta y cachazudamente preparaba un lazo de cuerda. El hermano de Georges no separaba de él la vista. Un lazo de cuerda.

Muntaner seguía hablando:

—Nuestro jefe es sobrino del Emperador —repetía.

—Esposo de la sobrina.

—¿No es lo mismo?

—Unos dicen que sí y otros que no.

—¿Y tú qué dices?

—Yo no digo nada por ahora.

—¿Eres de Magnetio?

—No. Yo y mi hermano somos de Kiev.

—¿Y qué hacen allá con los hijos de puta?

—Los mandan a Cataluña a que se hagan soldados.

—Pero los catalanes los ahorcan por traidores. ¿No lo sabías? ¿No quieres que te dé un ejemplo?

El alano miraba el lazo en cuyo extremo el ayudante de Roger hacía un nudo marinero. Muntaner siguió:

—Los alanos parece que son mudables. ¿Qué importancia dan ustedes a la palabra empeñada?

—La que merece la persona con quien hemos empeñado nuestra palabra.

—¿No la merecía su alteza, el megaduque Roger?

El otro no contestó. Seguía mirando el lazo. Muntaner, que no podía contenerse más, añadió:

—Ya veo. Usted sabe que lo que dice la lengua lo paga la garganta.

Pero alguien salía de la ciudad. Era una comitiva de quince o veinte caballeros con una bandera igual a la que había llevado la vanguardia de Roger. El grupo se detuvo a media milla del ejército y Roger les hizo esperar antes de decidir lo que haría. Entretanto, Muntaner seguía hablando con el hermano de Georges y éste aventuró una pregunta:

—¿Estoy preso?

—No, hombre, ni mucho menos. Es usted el hermano de Georges, el alano. ¿Cómo dice? ¿Prefiere que les llame masagetas? Ah, yo creía que les molestaba esa palabra. ¿No quiere decir comedores de jalea? Alano parece más noble. Claro es que también se dice de los perros: un perro alano, es verdad. Pero el perro, aunque sea alano, es un animal fiel. Más fiel que tú.

El otro miraba de reojo la cuerda del ayudante de Roger y después esparció la vista alrededor como si buscara la rama de un árbol. Le asustaba aquella cuerda y la expresión de Muntaner. Roger llegó y preguntó al preso:

—¿Dónde está tu hermano? ¿No viene con ese grupo a parlamentar?

—No creo. El que viene es el gobernador.

Se acercó Rocafort mirando con desprecio al hermano de Georges y golpeando con la fusta su propia rodilla:

—Yo sé cómo tratarlos, a los traidores.

Roger le ordenaba con la mirada que se contuviera. Pareció tomar una decisión. Salió con sus ayudantes al trote largo y se acercó al grupo de los parlamentarios:

—Seguimos para Annya —dijo cuando estuvo bastante cerca—, pero tendremos tiempo para volver aquí y exigir responsabilidades. Yo sabré quién ha tenido la culpa.

—Toda la ciudad, megaduque.

—Si eso es verdad, la arrasaré y la sembraré de sal. Por ahora tengo que ir a besar las manos a sus altezas imperiales.

Sacaba el gobernador del pecho varios papeles doblados y sellados con las armas de la reina Irene. Cartas de ella y de su hija. El gobernador se las entregó respetuosamente y dijo:

—Esperamos que el señor megaduque comprenda la situación y no trate de agravarla.

—¿Y si no quiero comprenderla?

—Bajaremos la cabeza, excelencia, pero detrás de las puertas cerradas de la ciudad.

Otra vez intervino Rocafort:

—Bajarán la cabeza para ponerla en el tajo.

Lo había dicho en castellano y no lo entendieron. Roger preguntó:

—¿Dónde están los fondos del ejército? ¿El oro, la plata, los trofeos?

—Lo que era propiedad de vuestra excelencia lo tiene la reina Irene. Lo demás lo hemos enviado a Constantinopla para las arcas del Emperador. Eran tributos que ustedes levantaron en las provincias de Tracia y de Frigia y que corresponden a su majestad.

—¿Y el jefe alano Georges?

—Está en la ciudad, quiero decir, en Constantinopla.

Temiendo Roger que la grandeza de su reciente victoria disminuyera con el derramamiento de sangre de sus aliados, se refrenaba. Pero miró al gobernador con un desdén no disimulado y dijo:

—¿Tú recuerdas lo que hice con el gobernador de Culla?

Hubo un gran silencio alrededor. Los parlamentarios, sin responder, pidieron permiso para retirarse y volvieron grupas. Detrás de ellos, en las cercanías de la puerta principal, se veía un ejército en orden de prevención y alarma.

—¿Vamos sobre ellos? —dijo Rocafort.

—No —respondió Roger apretando en la mano las riendas de su caballo —. Se defenderán en nombre de Andrónico y eso puede ser grave. Dejémoslos por ahora.

Acordaron dirigirse a Annya. Roger llamó aparte a los capitanes y les explicó las razones sin hablar francamente de la traición de los masagetas y de los griegos de la ciudad.

Siguieron la marcha. Al hermano de Georges lo dejaron libre después de quitarle el caballo, que le había gustado al ayudante de Rocafort. Era un caballo que en la feria de Badalona —según decía Bizcarra— valdría muy bien quinientas libras jaquesas.

Con esa facilidad que hay en los ejércitos para convertir en materia de diversión cualquier incidente, los soldados acomodaron el paso al camino y comenzaron a cantar. Un grupo de almogávares volvía a aquella canción dialogada a coro sobre la dote de una campesina que se casa y el estribillo se repetía aquí y allá:

Grande cosa, grande cosa
grande cosa cosa grande.

Hicieron noche en un vivac, a cubierto de una cortina rocosa que los resguardaba del viento del norte y conservaba el calor del sol en el lado del mediodía. Roger se puso a leer las cartas de su mujer y de su suegra.

Eran muy diferentes. La de la reina Irene decía: «Vamos a salir de Magnetio poco menos que desterradas. Tan terrible es la cosa que no sé cómo decírsela a mi hermano ni tampoco a ti. Tengo miedo por ellos, los levantiscos romeos de Magnetio. Miedo del castigo que van a sufrir. Espero que tú serás benigno. En definitiva, los pobres creen hacerlo por razones patrióticas. Y, además, nos han dado la parte tuya del tesoro. Pero queda el destacamento de catalanes que dejaste y que con la mayor reverencia se

niega a acompañarme a Annya diciendo que en el campo y en tiempo militar sólo pueden salir de la ciudad con órdenes escritas de Roger de Flor. Viva la disciplina, pero temo que van a pagar su nobleza con la vida. Yo quise disuadir al gobernador, pero la verdad es que no encontré palabras adecuadas porque no podía aceptar de hecho el estado de sedición. Y por otra parte, como digo, creen que están haciendo algo bueno por la patria y por la casa de Andrónico. Tu mujer dice que Magnetio será una mancha en tu carrera. Pero es lo que yo le he dicho: También la luna tiene manchas. Todo el mundo tiene manchas. Y la de Magnetio no creo que haga mucho daño a tu reputación.

»Estas cosas son mejores para habladas que para escritas. Espero verte en Annya para decirte todo lo que rebosa de mi alma y de mi corazón».

Roger se quedó con una impresión confusa. No veía el acento de la reina Irene. La carta de la princesa decía: «Estamos en Magnetio y no debíamos haber venido. Esta ciudad es como un cristal poliédrico con las aristas encendidas. Y tú no estás. Llegamos hace tres días y tú no vienes.

»Yo tengo sed. Una gran sed humilde. Y tú no estás. ¿Qué cristal le corresponderá a esa sed?

»Comencé esta carta hace días, pero no había correo y la interrumpí porque no puedo escribirte sin saber quién va a llevarte la carta y cuándo va a salir. Ahora que lo sé, continúo.

»La gente conspira contra ti, en Magnetio. Contra mí, no. Mi madre me decía ayer, ¿y a ti qué te va en eso? Eso es lo que ella no sabe. Tú eres toda mi vida. Comprendo que la situación de mi madre es diferente. Ella no tiene un marido catalán. Ella es la hermana del Emperador. Y sabe que la respetarán.

»Pero a ti no te quieren en esta ciudad. Yo no entiendo cómo es posible eso. Querría verte ahora mismo y hablarte, pero tú no estás aquí.

»Yo creo que debías ordenar a los catalanes que salieran de esta ciudad y fueran a Annya con los otros. Pero yo no quiero ni debo dar órdenes a tus hombres.

»Los matarán si los pueden sorprender inermes una noche. En este poliedro oscuro de vidrio con las aristas encendidas, todo es posible. Yo quiero salir de aquí. Pero no sé si es mejor que me quede porque mi

presencia ayuda a los catalanes. Dime lo que debo hacer, pobre de mí. Dímelo cuanto antes. Si yo fuera una mujer soltera, yo sé lo que haría, pero soy tu mujer y tengo miedo a hacer alguna cosa que sin querer te perjudique de algún modo. Si estuviéramos en Bulgaria, no pasaría nada de esto.

»Vamos a ver para qué hombres o qué cosas representa una ventaja mi presencia. A mi guardia no le harán nada, claro. Tampoco se atreverán a tocar los tesoros vuestros, supongo. Por la noche pienso en todo esto y en ti, Roger, y mis ojos ven cosas flotantes sobre el muro. Esta situación de Magnetio es nueva y sin embargo deteriorada y podrida. A veces no me fío de mi madre, pero comprendo que soy injusta. ¿Qué culpa tiene ella de las decisiones de los alanos y de lo que hace el gobernador de la ciudad?

»Es la primera vez que estoy en un lugar que es inamistoso para ti. La simulación acostumbrada de los demás se nos hace bárbaramente clara y concreta y desnuda. Yo se lo dije al hermano de Georges: Si les pasa algo a los catalanes, conoceréis mi ira. Ellos no saben aún cómo es mi ira. Tal vez cuando lo sepan será tarde.

»Hasta ahora sólo han conocido estas gentes las sombras de mi descuido de enamorada. Mi madre ha llorado por primera vez desde hace muchos años. Me dice —ella lo dice y no yo— que ahora que has destruido a los turcos ya no tienes gran cosa que hacer y que debemos ir los tres a Bulgaria. Ya te digo que mi madre se puso a llorar cuando se dio cuenta de que en algún momento yo he podido desconfiar de ella.

»El otro día pasó un capitán alano con el pope y señalando mi palacio dijo: La princesa está casada con un blasfemo. Es mentira. Tú no eres un blasfemo. Ellos no sabían que yo los oía. Quería decir aquel capitán que tú no eres de su iglesia. Yo pensaba lo contrario, que ellos no son de la iglesia tuya. Es natural. Nadie es de la iglesia tuya y mía. Yo querría hacérselo comprender a la gente o, por lo menos, a mi madre. Ella es la que menos nos comprende y eso me desespera, a veces. Otras, me divierte.

»Querría ser humilde porque la humildad hace el milagro. Sé que puedo hacer tonterías. Todo lo que haces tú fuera de mi cuarto y de nuestro amor es también de una caliente imperfección. Y ese calor es como el de la sangre, pero no importa.

»Después de oír al capitán y al cura que pasaban delante del palacio, hice venir al sacerdote. Al soldado, no. Ese soldado tendrá un día —eso lo puede ver cualquiera— su cabeza cortada por una espada recta y no curva, por espada catalana y no turca. Cuando averiguo eso de una persona no quiero tenerla delante. Pero al pope lo hice venir.

»Es comilón como todos y le di miel y pan de Esmirna. Y vino de Artacio. Luego le pregunté: ¿Qué es la blasfemia? Naturalmente, yo quería oírle hablar de otras cosas, pero evitaba mostrarme impaciente y descubrir mi curiosidad. Es lo que dice mi madre: Ni Dios debe saber los pensamientos ni las intenciones de una princesa de la casa de Azán.

»Antes de que el pope contestara, yo le dije: No hay más blasfemia que las pretensiones de perfección de ustedes, los popes greñudos. Ustedes los curas han decidido ser perfectos. Ustedes son los blasfemos. El cura callaba. No se atrevía a decir nada porque soy la esposa del megaduque.

»Pero yo no lo había llamado para eso, claro. Disimulaba.

»Seguí hablándole. Mi mayor debilidad es esa facilidad con la que a veces me enamoro de mí misma ahora que soy tuya, sobre todo en el palacio de Constantinopla, donde hay duquesas faltas de sangre, muy pálidas, formando grupo frente a las chimeneas del invierno. Pero yo tenía cuidado delante del pope. Y le decía: Mi marido y yo somos los más felices del mundo. Pero la felicidad no le basta a Roger. ¿Por qué no le basta nunca a Roger la felicidad? Yo le dije al sacerdote que me habría gustado morir por la extenuación amorosa. Sin daño, de tal modo que cuando muriera yo tú pudieras decir: Este ha sido el día más feliz de mi vida y de la vida de mi esposa.

»El cura me decía: Desearía saber si vuestra alteza me habla en secreto de confesión. Yo no sabía qué responderle. Por la ventana se veía la luna temprana de los jueves en que hay luna, toda indecisa y blanda. Subía por ese perfil del aire por donde corren las golondrinas. El sacerdote miraba los balcones entreabiertos y una cornucopia alta donde había una especie de bailarina muerta. Una almea, como dicen los turcos. Más pequeña que la muñeca china —digo, japonesa—. El sacerdote miraba alrededor y parecía pensar: Esta casa fue construida para morada de una familia de veras ejemplar.

»Caía la tarde y todo olía a canela.

»Le dije al pope que le estaba hablando en secreto de confesión y de pronto fui derecha al asunto: Me han dicho que no quieren a mi marido en esta ciudad, que los de Georges y los alanos le odian.

»La cosa lo cogió desprevenido. Esperando su respuesta, yo veía a través del balcón una vaca rubia a un lado del parque. De su lomo salía un poco de vapor de agua. Debía ser una tarde tibia, allí fuera. Yo miraba al sacerdote como diciendo: Ya es hora de que hayas formado tu opinión.

»Se repetía a sí mismo el sacerdote mis palabras, entre dientes. Yo pensaba, viendo a la vaca de cuyo lomo salía vapor: En los tejados debe haber musgo fresco, ese musgo cuyo tacto recuerda la nariz de los caballos.

»Quería el sacerdote comenzar con alguna reflexión moral. Pero yo le volví a preguntar: ¿Qué pasa en la ciudad con mi marido?

»Debe usted estar dispuesta a escuchar lo peor, dijo él. Dios da pruebas a las almas fuertes. Yo no soy fuerte, le dije, pero Dios se sirve de mí sin la menor consideración. Y así he llegado siguiendo su mandato a esta ciudad que está llena de puertas clandestinas, digo, canceladas o condenadas. Dígame usted: ¿qué pasa con mi marido?

»Señora, si usted me obliga…, dijo él.

»Luego añadió: En las aldeas y en las ciudades todos saben de él por la sangre y por el oro. Aquí sólo se sabe por el hierro concatenado de las herrerías donde reparan las armas. Todos odian a su excelencia el megaduque.

»¿Pero hay conspiraciones y bandos?

»Sí. Todo el mundo conspira, dijo él, bajando la voz. Desde la guardia del Arco del Deán hasta el archimandrita de San Teodomiro que, como sabe vuestra alteza, tiene categoría de prelado, aunque hay otros que sin tantas alharacas podrían tenerla también. Yo no me he metido nunca en política y me he limitado siempre a bendecir las palabras de vuestro padre y rezar a Dios.

»Entonces bendecirá también las palabras de mi esposo el megaduque.

»¿Por qué no?, dijo mirando alrededor, como si consultara con los vanos de las puertas. Yo, cuando venía a esta mansión, vi que bajo el cimborrio de Santa Úrsula se preciaba de su perfil una cortesana. Una

cortesana gris y cenicienta que me dijo: Padrecito, el aire huele a tripas catalanas. Yo le respondí: Cállate, desvergonzada y piensa en las tuyas.

»Yo quería reír pero me aguantaba. El cura, sin embargo, no era tonto. Me dijo después de aquella incongruente observación: La verdad es lo más difícil de creer. Ya lo sé, le dije yo. ¿Cuál es la verdad? Y mientras él hablaba yo iba poniendo sus palabras de acuerdo con las sospechas de mi corazón: siete sospechas.

»Primera, el vacío de nuestro alrededor en el cual crece el miedo. Segunda, el oro. Un oro que resuena un poco más allá del parque (allí donde el lomo de la vaca echa humo). La tercera es la indiferencia activa de la gente que podría defendernos a ti, Roger, y a mí. La cuarta es la cobardía de la corte de Constantinopla. Las otras tres son tres temores: mi primo Miguel en las largas noches oscuras. El temor de la sangre y de eso que llaman los derechos de la sangre vertida. Finalmente, comprendí que en Constantinopla hay marejada fuerte contra ti. Te creen rico, sangriento y peligroso. Te tienen miedo.

»El pope seguía hablando: ¿Qué hay que hacer para conjurar los peligros? Francamente, alteza, y aunque parezca inmodestia, lo mejor sería hacerme obispo a mí. Porque el archimandrita de Santa Úrsula es el primero en conspirar. Saca la verdad de la conspiración por silogismos en *Baralipton*. Yo sacaría la solución del problema por silogismos en *Celarent*.

»¿Y después?, le dije agradecida y curiosa, como si hubiera aceptado su petición.

»Después, dijo él con la cabeza mareada por la ilusión de haber conseguido su mitra, marcharse de aquí. Marcharse con su madre y con el megaduque a Bulgaria. Creo que está en Annya o que va a volver allí, donde tiene su escuadra y sus bajeles. Marcharse los tres a Sofía y olvidar el oro y la sangre y los laureles.

»Este consejo era bueno. Con gusto haría obispo a ese curita. No es tonto y se dio cuenta de lo que yo quería que me aconsejara. Pero yo quería noticias y no consejos. Quería oír nombres y saber si había muchos traidores y quiénes eran. En esta patria nuestra ha habido otoños tan excedidos de sangre y de alegría de vivir que la gente, como los Chunos, los Marrullis y los Migueles, tenían que hacer ejercicios de humildad. Eso era

antes. Ahora todo es distinto. Se atreven a la traición, yo no tengo más que deseos de estar contigo. Se lo dije al cura y él me advirtió que yo debía marcharme, pero llevándome tu tesoro personal. Mi madre, que estaba escuchando desde el cuarto de al lado porque, según dice, siempre que hay un cura en casa siente la necesidad de ponerse a escuchar, apareció y dijo: *Yo me encargo de eso*.

»El cura casi se desmayó. Comenzó a pedirle perdón, no sé de qué.

»Al día siguiente se dispuso mi madre a organizar la fuga. Porque esto es una fuga. Saldremos de aquí como fugitivas, con todos los honores, claro. Sacaremos con nosotras lo que podamos en hacienda tuya y en vidas de catalanes. Pero mi madre dijo que los catalanes de la pequeña guarnición no saldrán si no les muestro yo alguna señal de que ésa es tu voluntad y deseo. Eso es lo más difícil. ¿Cómo enviarnos tú esa señal ahora que es tan urgente todo? Ya no hay tiempo para esperar correos.

»Sé nombres y otras cosas que te diré en Annya. Te aconsejo que vengas detrás de nosotras sin entrar en Magnetio. No entres en Magnetio. Continúa hasta Annya sin tomar ninguna determinación hasta que hablemos. Nuestra vida tiene que ser como una larga vacación. Déjalo todo para después, todo, menos yo».

Esta era la carta de la princesa que, como casi todas las suyas, producía a Roger una mezcla de asombro y encanto.

Roger no quiso formar opinión sobre los hechos. La venganza podía esperar, como suele esperar la justicia.

Se entretuvo Roger en calcular qué catalanes serían los que habrían salvado la vida marchando a Annya con la princesa. Y qué cantidad del tesoro habían rescatado.

Reanudaron la marcha y llegaron el día siguiente a la vista de Annya. Escribió otra vez al Emperador antes de llegar a la ciudad, durante un descanso que hizo la tropa a la hora de comer. Quería Roger hablarle de Magnetio. A los informes anteriores añadía otros nuevos y le pedía autorización para entrar a saco en la ciudad. Sobre esto último estuvo discutiendo con Muntaner, quien creía que era una manera poco prudente, ya que el estilo parecía alterado por el resentimiento y el rencor. La ciudad del Emperador era y producía rentas al tesoro. No debía hablar de

venganza, sino de justicia. Debía pedirle instrucciones para restablecer la ley y castigar con arreglo a justicia a los más culpables.

Roger, cruzándose una mirada con Rocafort, dijo:

—La carta está escrita. Que salgan los correos.

Pero después cambió de opinión, interceptó sus propios mensajeros y escribió otro informe siguiendo los prudentes consejos de Muntaner.

Antes de reanudar la marcha llegaron despachos del Emperador, quien había recibido sus primeras cartas después de la batalla de Áspero y le felicitaba por la victoria. Le pedía que no tomara medida contra Magnetio hasta hablar con él. Añadía la carta que debía ponerse en viaje cuanto antes para unirse con Miguel su hijo y acudir juntos a socorrer al kan de Bulgaria, su cuñado, porque un tío suyo se le había levantado con parte de sus estados. Debía llevar consigo, naturalmente, su ejército.

Roger se reunió con sus capitanes y después de grandes consideraciones y aclarar dudas de todo género acordaron que Roger iría a Annya y las tropas seguirían hacía Boca de Aner, frente a Gallípoli. Roger se les incorporaría y enviaría desde allí nuevos despachos al Rey diciendo el lugar donde estaban y el plan de marcha que habían acordado. Y pediría las últimas instrucciones antes de ir a Bulgaria.

Roger fue con una escolta a Annya, donde encontró a su esposa y a su suegra la reina Irene. Estaban en el único palacio fuerte o castillo de la urbe, con la misma guardia catalana. El capitán que la mandaba tuvo una conversación larga con Roger en la que le comunicó todo lo que había visto y oído durante su estancia en Magnetio. Los catalanes a cargo del tesoro habían sido pasados a cuchillo (esto no lo vio él) después de la marcha de las princesas. Le dijo también que lo que habían logrado sacar era sólo el oro acuñado que le pertenecía personalmente a Roger, y que los alanos se habían quedado con lo demás. Añadió que lo habrían podido sacar todo, pero que la reina Irene insistió en que bastaba con la fortuna de Roger. Decía que los soldados habían tenido bastante con sus pagas.

Esta última circunstancia dejó pensativo a Roger, quien se retiró a sus aposentos privados. La reina, muy extrañada de que hubiera levantamientos en Bulgaria, pensó que podía tratarse de una estratagema de Andrónico para alejarlo a él y a su ejército de Magnetio y también de las provincias del

Asia, donde las batallas ganadas le habían dado un prestigio casi sobrehumano. Suponía el Emperador que los turcos, después de haber perdido en las cuatro batallas una enorme cantidad de hombres y de riquezas, tardarían años en rehacerse y en usar otra vez la violencia contra Bizancio. Y quería alejar a los catalanes de allí, pensando tal vez que no los necesitaba ya.

Roger no quiso decir a la reina madre cuáles eran las órdenes del Emperador en relación con Magnetio. Esperaba que esa ignorancia de la reina facilitaría sus confidencias y sus opiniones personales en relación con aquel enmarañado conflicto. Pero la reina no dijo una palabra más.

La salida se dispuso para dos días después.

A solas los jóvenes esposos, Roger le dijo después de las primeras efusiones:

—¿Puedes explicarme lo que sucede conmigo en Constantinopla?

—No sé. Pero no olvides, querido, que no hay otro país en el mundo como éste, que somos diferentes de los demás. Lo primero que tengo que decirte es que tú eres demasiado honrado y crees que estás sirviendo a un verdadero señor. Ten cuidado. Mi tío no es ningún señor. Tú has servido a reyes y a Emperadores. Mi tío tiene la facha de un Carlomagno, pero le falta esa seguridad de sí que sólo da una herencia de siglos. Yo veo la diferencia entre mi padre y mi tío. Lo primero que debes hacer es tener eso presente, querido mío. No creas demasiado en Andrónico. Piensa en ti y en tu mujer. El problema es grave y urgente.

—¿Urgente? —preguntó él.

—Todo ha sido para mí una vacación —añadió ella pensativa también, pero excitada por la grave atención que le prestaba Roger—. Es decir, la vida entera mía fue una vacación hasta que te conocí. Desde entonces tengo un quehacer. Un quehacer hermoso, pero a veces tengo miedo. Recuerdo que algunas mañanas en el parque de Magnetio venía una mariposa grande, negra y amarilla que hacía en el suelo una sombra como un pájaro. Y yo me apartaba porque tenía miedo de que me tocara. Tenía miedo a su gran belleza en la que no podía menos de haber algún peligro. Tú comprendes. Una mariposa grande, negra y amarilla. Luego me dijo madre que era verdad, que las de ese color traen mala suerte. Por fortuna, el mismo día

entró en mi cuarto un abejorrito rubio de esos que traen ventura y felicidad. Parece que el uno compensaba al otro. Pero ¿ves? Ya soy feliz otra vez y comienzo a decir tonterías. Esto es porque tú me escuchas. Y esa atención tuya se me sube a la cabeza. Sin embargo, como te digo, tengo miedo a la hermosura de mi quehacer.

Roger le preguntó:

—Tu madre pudo haber traído más dinero y hacienda de los que trajo cuando salió de Magnetio. ¿Por qué no lo hizo?

—No sé. Podemos preguntárselo a ella, si quieres.

Roger negó con un gesto apresurado. La princesa le dijo que debía hacer caso a su madre en lo que se refería a la corte. En Bizancio no había secretos para ella.

—Yo también estoy a cubierto de lo malo y de lo bueno de los demás. Y sé que los otros, los que están metidos en el torbellino, no pueden darse cuenta de las cosas tan bien como yo. Veo más cosas que la otra gente y por eso el misterio no me devora. Para mí todas las cosas que veo acaban de nacer. Las malas también. Tú, Roger, tienes una ignorancia divina de Bizancio y te gobiernas tan bien gracias al hierro, al acero y a la sangre. Eres fuerte. Hay hombres tan puros que nunca mueren pero tampoco viven. Agonizan años y años. Su agonía la ven y la viven los demás, especialmente la mujer que los quiere. Tú eres un hombre puro. Ahora recuerdo algo que tú querías averiguar hace un momento. Al decirme mi madre la cantidad de dinero que sacaba de Magnetio y asegurarme que todo era tuyo (tú sabes que a mí el dinero no me interesa y nunca sé qué hacer con él) le pregunté por qué no sacaba también el de los otros capitanes y el de los soldados. Si sacas sólo el de Roger —le dije—, ¿no se enfadarán los otros contra él? Mi madre, entonces, me miró sonriendo de manera un poco rara y dijo: *Hija mía, se ve que no tienes nada de tonta*. Bueno, yo veo muchas cosas además de verte a ti mismo. Mi madre ve muchas más que yo. ¿Recuerdas aquellos jazmines sobre el verde casi negro de la empalizada de nuestro jardín en Constantinopla? Llegábamos al oscurecer y las luces de la carroza ponían destellos pequeñitos en cada jazmín. Aquellas pequeñitas luces me acompañaban como las estrellas acompañan a la luna. Tú no ves nada. Sólo me ves a mí en el amor y sólo ves la victoria en la guerra. Eres un hombre

diferente. Tu buena fe se nutre de las tragedias sin enterarse del dolor de nadie.

La princesa volvía a pedirle que se dejara aconsejar y guiar de ella en materia de intereses cortesanos. Por ella y por su madre.

La reina Irene le dio a Roger una lista de nombres de personas a quienes habría que castigar en Magnetio. Al lado de cada nombre había una observación: «Éste es de los de Marulli. Éste, de los Nastogos. Éste, del príncipe Miguel. Éste sigue a Alejo, el Patriarca». Había tres o cuatro con una nota misteriosa: *adláteres de T. Ch.* Es decir, policías secretos del Emperador. ¿Qué quería la reina que Roger hiciera con ellos?

Se daba cuenta Roger de que tenía mil cuidados nuevos. Los días anteriores observó en el campamento corros disconformes y oyó pláticas. Solían decir los soldados: «¿De qué nos vale haber ganado tantas batallas si luego dejamos que nos quiten el provecho? ¿Es que hemos venido aquí a arriesgar la vida por un salario como las criadas y una saya para pascuas? No habríamos dejado la comodidad de nuestros hogares si no fuera por motivos y provechos *más de hombres*. ¿Es que ahora no sólo van a robarnos el botín de las últimas batallas, sino que además, quieren llevarnos a otra nación a pelear bajo otras banderas? ¿Y qué nos importa a nosotros el kan de Bulgaria? Aquí hemos venido a matar turcos y a vivir sobre el terreno con pagas y con ganancias tomadas al enemigo. ¿Con qué derecho nos llevan a Bulgaria?».

Los capitanes hacían el oído sordo y Roger prometió a la tropa el dinero que la reina sacó de Magnetio y explicó lo que había sucedido. La gente quedó satisfecha y agradecida a Roger, pero irritada contra Andrónico.

Por fin la reina, la princesa, Roger y su escolta salieron para Boca de Aner, a donde llegaron un día después. Estaba Boca de Aner frente a Gallípoli, ciudad del otro lado del estrecho, fortificada y bien abastecida. Desde Boca de Aner envió Roger nuevos correos a Constantinopla. Andrónico se apresuró a contestar diciendo que con sólo la fama de que acudía el ejército de los catalanes se sosegaron los rebeldes de Bulgaria y que ya no hacía falta que se trasladaran allí. El ejército podía irse a Gallípoli a invernar.

La reina Irene, al ver las cartas de Andrónico, se dijo: «Lo de Bulgaria era mentira». Y se extrañaba de ver a su hermano el Emperador tan indeciso y voluble. Aquella extrañeza se convertía a veces, hablando con su hija, en una especie de satisfacción interior que trataba de disimular.

Roger no la escuchaba y al ver la reina que su yerno le hacía menos caso que antes, trataba de inquietarlo de alguna manera:

—El Emperador —le decía— está con sentires e ideas encontrados y ahora es el momento de pedirle justicia contra los de Magnetio. Con eso te darías cuenta, al menos, de cuál era la disposición de mi hermano contigo.

Volvía a mostrar la lista de los hombres de la ciudad rebelde a quienes había que castigar. Roger veía aquellos nombres agrupados aquí y allá con una llave en tinta violeta y observaciones al lado. Al ver las iniciales T. Ch. agrupando a tres de ellos, preguntó:

—¿Qué es esto?

—Teodoro Chuno, el jefe de la policía.

Roger, diciendo a todo que sí, decidió dejar tiempo al tiempo.

En Gallípoli se organizó la vida como en otras partes. Reservaron el castillo, que era enorme, para las princesas y su servidumbre.

La población de Gallípoli recibió a Roger y los suyos con cierta frialdad. Dándose cuenta la reina Irene, invitaba a la gente noble y se interesaba por su suerte con una gran deferencia, aunque después se reía a sus espaldas. Tenía la reina esa memoria profesional de los príncipes para los nombres de sus súbditos. Y parecía allí más señorial y menos abandonada a su propia confianza que en las provincias del Asia. No podía evitar mostrarse preocupada por la marcha de los acontecimientos en Constantinopla, pero no estaba seguro Roger de la posición que en aquellas conclusiones de la corte tomaba su augusta suegra.

Cuando la princesa María preguntaba a su madre qué había hecho Roger para que en la corte se recelara de él, la madre le decía:

—No ha hecho sino dar ejemplo de valentía y de inteligencia y conseguir en un año lo que griegos, alanos y turcopoles no habían conseguido en cincuenta.

—Entonces, Roger tiene razón.

—Claro, tiene demasiada razón y eso es lo malo.

Los mil alanos que en Frigia se habían pasado al ejército de Roger estaban ya identificados con las tropas. Usaban palabras catalanas y peleaban como almogávares con sus mismas armas y su mismo empuje. Esto lo consideraba Muntaner como la mejor victoria hasta entonces. «Es el ejemplo moral», se decía. Rocafort añadía: «O inmoral». Para Muntaner era lo mismo. No le interesaba la parte positiva del ejemplo, sino el fenómeno de la influencia de los catalanes.

La princesa se quedaba largo espacio a veces con la vista fija detrás de los cristales de su cuarto, que comunicaba con una amplia terraza. Veía un árbol retorcido y viejo a la orilla del foso del castillo. La mayor parte de aquel foso había sido cubierta y quedaba sólo un lado por donde el agua de una honda acequia iba hacia el río. Los castillos interiores —dentro de las ciudades— no necesitaban fosos. Un tiempo fueron necesarios, cuando las fortalezas estaban fuera del recinto amurallado. Pero todas aquellas ciudades habían crecido en el último siglo.

El árbol debía ser muy viejo porque no tenía ya elasticidad y a veces se levantaba una ráfaga de viento y crujía. Tal vez caía una rama desgajada. Huían espantados los pájaros, y los chicos que jugaban debajo salían corriendo. Quedaba en lo alto el ramaje quemado por el sol y bendecido por la luna amarilla de los desiertos y de los muertos sin enterrar. Y la princesa añadía: «Todos creen que ese árbol va a morir. Pero ahí está».

Tenía también la princesa sus reuniones con la aristocracia de Gallípoli, que era terriblemente susceptible y vana. La princesa hacía anotar a una doncella el orden por el que había hablado con algunos invitados y la extensión aproximada de sus charlas para no dejar a ninguno sin gozar de aquella distinción. Era famosa la aristocracia de Gallípoli por sus manierismos. La reina Irene quería demostrarles que Roger y sus capitanes pertenecían a una extracción social más alta y que les debían respeto y acatamiento natural. A la reina Irene le era fácil convencer a la gente sin necesidad de proponérselo, con sólo alguna alusión indirecta.

La princesa María hablaba en el salón con las viejas. Hablaba de historia. De los siglos de oro, de hierro y de plata.

—Hay siglos —decía a la duquesa Severiana, una vieja de cara de avestruz dueña del palacio donde vivía Muntaner— en los que llueve un

agua somnífera y nadie hace nada que valga la pena. Son nubes que han pasado por Tebas, la ciudad del opio. Yo no digo que esos siglos sean los peores, porque en ellos la comprensión de la gente se afina y extiende. Son los siglos de los poetas y los artífices y también, a su manera, de los enamorados.

La duquesa Severiana afirmaba sin comprender.

Pero aquellas fiestas eran raras y la princesa estaba en ellas poco tiempo. Andaba preocupada por la taciturnidad de Roger, quien no dejaba de pensar que los sucesos de Magnetio representaban para él una derrota. La princesa le decía:

—No importan los rebeldes de Magnetio. Mi madre habla de eso, pero es para que tú no tengas que hablar. Piensa en eso para que no tengas que pensar tú. Y ha cambiado de parecer. Tampoco quiere que se castigue a nadie. Es natural. ¿Sabes? Tantas victorias tuyas comenzaban a parecerme una desgracia. Una que otra derrota te conviene de tarde en tarde, Roger. Ahora la gente dirá: Gana batallas con los turcos y las pierde en la retaguardia. Y así te admirarán menos, pero comenzarán a quererte.

Roger, exasperado, comprendía, sin embargo, que la princesa podía tener razón. Abstraído, besaba a su mujer y ella se daba cuenta de que toda sabiduría, toda belleza, toda valentía eran menos que aquel beso. Luego la princesa pareció disponerse a confiarle un gran secreto.

—¿Sabes? —le dijo—. He quemado la lista de nombres de Magnetio que había hecho mi madre. Con los de Chuno, los de Marulli y los de ella misma.

Porque la reina Irene tenía sus reos personales. Luego añadió que las ejecuciones de nobles griegos le perjudicaban. Comprendió Roger que la muerte de los cobardes o los traidores de Filadelfia (algunos buenos amigos de Andrónico) había alarmado a toda la nobleza. Y se calló pensando: «¿Cómo quiere tener el Emperador las fronteras seguras si no castiga la lenidad y la cobardía? ¿Si no castiga siquiera la traición?».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO IX

El estrecho tenía en aquel lugar su mito poético. Antes de Jesucristo vivía en Abidos, en el lado norte, un joven llamado Leandro que pasaba a nado cada noche el estrecho para visitar a su amada, Hero. Un día Leandro se ahogó y Hero se arrojó al mar para morir también como su amante. Aquellos amores habían creado un puente más sólido y duradero que el puente de barcas que construyó Xerjes y que recordaba la historia también como un prodigio.

Ustarroz, oyendo aquella historia e imitando el hablar de los almogávares del Alto Aragón, decía:

—*Anaz a fe como Leandro, si habís collons*.

Pasar a nado de un lado al otro era una empresa difícil. Respondía Gavasa que a él le pesaban demasiado y que era «*prou de peso pa llevame abaixo y allí m'habría de afogá como un bou*».

En Gallípoli se distribuyó la población militar como el año anterior en Cízico, aunque más esparcida y diseminada. Se nombró también una junta para las tasas de los víveres. Gallípoli no era tan grande como Cízico, y una parte del ejército se distribuyó en pequeños destacamentos a lo ancho de la provincia, cerca del mar. Entre las ciudades de la costa había muchos lugares históricos.

Envió Roger un largo y minucioso informe al Emperador sobre el estado de su ejército y al final del escrito se extrañó Roger de las decisiones del Emperador en el asunto de Magnetio y pidió el dinero para las pagas de la tropa.

Dos días después de enviar su informe, la reina Irene dijo que tenía algo que hacer en la corte y se fue. Antes de salir anduvo buscando la lista de reos de Magnetio —que la princesa había quemado— y se marchó muy

extrañada de no poderla encontrar y un poco furiosa consigo misma. Decía María a Roger:

—Cosas de éstas le he hecho muchas a mi madre cuando era pequeña.

Cuando Roger preguntó a su esposa por qué había quemado la lista de sus enemigos de Magnetio, ella le dijo:

—No estoy segura de que esa gente fuera enemiga tuya. Yo sé que algunos de ellos eran partidarios tuyos incondicionales.

Roger reflexionaba y ella añadía:

—Mi madre tiene a veces esas cosas.

—Pero… ¿por qué quería tu madre que yo matara a mis amigos?

La princesa se asustó un poco:

—No era cosa de matarlos, creo yo, sino de quitarles sus empleos y honores.

Al leer el Emperador el informe de Roger, pensó que después del botín de tantas batallas y de los tributos recogidos en las provincias ocupadas el pedirle las pagas representaba una codicia injustificable. En previsión de todo aquello, Roger había escrito: «Como vuestra majestad imperial sabe muy bien, lo que alcanza el soldado en premio de la victoria sirve más para el gusto que para la necesidad». Se veía en estas líneas y en las siguientes el estilo docto de Muntaner, quien añadía: «Por eso se distribuye con largueza en juegos, en camaradas y en banquetes; pero la paga se estima siempre como cosa que se le da en precio de su trabajo y de su sangre y acude con ella a su necesidad y siente mucho que se le niegue o dilate». Decía otras cosas como ésta en buena prosa latina. Leyó el Emperador el mensaje y las razones de Roger le parecieron bien, pero después de hablar con Nastogo cambió de opinión. Decidió negarse a pagar.

Entretanto, llegó a Constantinopla la reina Irene. Dio una fastuosa recepción y por lo que oyó decir a las mujeres de los grandes duques y de los generales comprendió que la atmósfera no era favorable a Roger. Se propuso reconciliarlo con el Emperador y sacar además el dinero de las tropas. No sólo por ayudar a Roger, sino, sobre todo, por molestar a su propio hermano.

Recibía en sus habitaciones a los secretarios del tesoro y a los amigos del Emperador y después iba a verlo a él y a argumentar en favor de su

yerno. El Emperador decía que sí a todas sus razones, pero se refugiaba en la flaqueza de la hacienda pública. La reina Irene insistía y de vez en cuando le decía:

—No creas que a mí me ciega mi yerno. Yo conozco sus flaquezas. Pero, por el prestigio de la corona…

El Emperador la miraba pensando: «Qué raro que mi hermana hable del prestigio de la corona».

Creyó la reina Irene ver un asomo de rencor en el Emperador cuando le oyó decir:

—Nadie, y menos Roger, puede forzar mis decisiones, querida.

Añadió que había permitido a ella y a su hija sacar de Magnetio el botín personal de Roger por razones de estado que importaban al bien de la nación. Parecía reservado el Emperador en aquella cuestión y la reina Irene puso las cartas boca arriba:

—¿Tú crees que tratando bien a Roger y mal a su tropa vas a crear malquerencias entre el jefe y los soldados? Estás mal aconsejado porque Roger repartió su oro con los almogávares en Gallípoli y se vio obligado a explicarles las razones de tu extraña conducta. Claro es que Roger culpaba a tus consejeros y no a ti, ¿comprendes?

Esto de los consejeros lo decía pensando en Nastogo, en Marulli y, desde luego, en el príncipe Miguel. El Emperador se lamentó, puso una expresión de víctima que la reina conocía muy bien y exclamó:

—Hermana, tú no haces sino atizar el fuego de la discordia.

La reina Irene pensó viéndolo dolido y como resignado: «Roger tendrá el dinero». Pero sabía que entre la decisión del Emperador y la ejecución y libramiento del dinero habría dificultades. También supuso que Andrónico pagaría porque el Emperador se vengaba ya de su propia benevolencia insultando a los españoles:

—Son señoriales, orgullosos, y eso sería tolerable si fueran pícaros y corrompidos, pero, además, quieren ser honrados. Eso es lo peor.

El Emperador paseaba por el cuarto y entornaba la puerta para que no lo oyeran desde fuera.

—Son valientes —decía la reina Irene, sólo por llevarle la contraria.

—Valientes por orgullo y tozudez. Capaces de morir no por convicción sino por obstinación. ¿Es valentía eso?

La reina Irene le daba la razón, como el pescador de cuerda a un pez que ha mordido el anzuelo:

—En esto estoy contigo, hermano.

—¿Sólo en eso?

El Emperador sabía que la reina no quería a los catalanes. Sentía cierta gratitud por Roger, que hacía feliz a su hija, pero en aquella delicada materia, como en otras, navegaba entre dos aguas hábilmente.

Hubo de pronto un hecho sensacional. En aquellos días llegó a Gallípoli un capitán de tropas catalanas a quien había llamado un año antes Andrónico. Era Berenguer de Entenza, de la antigua familia condal catalana, ilustre en hechos de armas y severo y grave en sus maneras. Había sido llamado tiempos atrás por Andrónico, pero desde que el Emperador lo llamó hasta el momento de su llegada habían sucedido muchas cosas que Berenguer ignoraba. Como hombre precavido, antes de llegar a Constantinopla se acercó a Gallípoli y se informó de la situación por Roger, quien no le ocultó ningún recelo, así como tampoco ninguna de las esperanzas ni de las posibilidades del futuro.

Llevaba consigo Berenguer mil almogávares más y trescientos caballeros armados y montados. El refuerzo era de importancia y unido a las tropas de Rocafort y de Roger completaba un ejército de veras poderoso. Pero se sentía en todas partes inseguridad y malestar. Al saber el Emperador que Berenguer estaba en Gallípoli, le mandó una carta con sellos de oro y las armas de Bizancio rogándole que fuera a la corte. Al mismo tiempo, la reina Irene escribió a Roger sus impresiones personales poniéndolo en guardia contra las maniobras del Emperador y su deseo de establecer una rivalidad entre Berenguer y Roger. La reina Irene temía la victoria de su hermano en aquella pequeña intriga, aunque probablemente no deseaba gran cosa la victoria de los catalanes. Roger comunicó la carta de su suegra a Berenguer. Los dos creyeron que la reina Irene les hacía un buen servicio.

Eran aquellas comunicaciones de Constantinopla muy diferentes entre sí. La carta del Emperador decía que esperaba la presencia de Berenguer de Entenza en la capital para honrarle como le había prometido y que pensaba

conferirle los más altos honores del Imperio. Sólo esperaba verlo para confirmarle en su estima y en su gratitud. Entenza se preguntaba: ¿Gratitud? Roger le dijo que Andrónico acostumbraba agradecer los favores antes de recibirlos y premiar a sus soldados antes de combatir.

Berenguer sonreía incrédulo y leía otra vez la carta, a la que contestó después de ponerse de acuerdo con Roger. Por su parte, Roger añadió otra suya diciendo al Emperador: «Es el deseo mío, señor, que Berenguer de Entenza tome el mando de todos los ejércitos como más capacitado y de mayor linaje y autoridad. Debéis honrar su persona, señor, que será como honrarnos a todos nosotros». Añadía otras cosas con las cuales Roger se adelantaba a las posibles maniobras de división del campo catalán. Pero, además, Roger era sincero.

La carta de la reina Irene estaba escrita sin cuidado de las responsabilidades, tratando de merecer la confianza familiar de su yerno. Decía: «Juegan aquí con cartas marcadas, Roger. Mi hermano aprueba las pagas, pero se defiende con el papeleo para alargar y tal vez impedir el libramiento del dinero. Cree que todos sois ricos con el botín de los turcos, pero aunque así fuera, ¿por qué no han ido las tropas griegas a ganarse ese botín, digo a quitárselo de las manos a sus enemigos?

»El mayorazgo —así llamaba al príncipe Miguel sin nombrarlo— rehúye el hallarse a solas conmigo y anda haciendo alardes y quejándose de muchas cosas, pero la única verdadera es que Roger le ha quitado el respeto y homenaje de sus vasallos. Nunca te perdonará tus victorias. Yo hablo con mi hermano, pero entre el sí y el no del Emperador no cabe ni el canto de una uña, como entre el sí y el no de algunas mujeres. Sin embargo, hasta hoy mi hermano te respeta a su manera.

»Va por ahí el mayorazgo con cara de tercianas y el peto puesto no por galantería sino porque, según dice, no hay que fiarse de nadie. Yo creo que tiene miedo después de lo de Magnetio y que está sembrando el odio entre algunos de los mejores. Encuentra buen terreno con los alanos y los genoveses, como es natural. Yo, creo que entre vosotros hay que pensar en conciliar las cosas y no en empeorarlas. Es mejor que llevéis en la cabeza la idea de la amistad y el entendimiento porque algo lleva adelantado el que quiere adelantar.

»Georges no se consuela de la muerte de su hijo, al que no podía ver en vida. Lo llamaba escuerzo e hijo de puta. Parece que esto último era verdad. No estoy segura de que Nastogo esté de tu parte. En medio de todo, si Berenguer de Entenza ha llegado puede ser tiempo todavía de arreglar las cosas. Pero, cuidado. Cuando venga aquí Entenza debe saber que tratarán de usarlo como elemento de rivalidad y de disensión entre vosotros».

Roger, que había tenido más que dudas de la deslealtad de la reina Irene, sospechaba que ahora quería mantener la unidad del campo catalán por contrariar al Emperador. Roger pensaba que, conociendo las intenciones de la reina Irene, podía ocasionalmente aprovecharse de sus intrigas. Aunque, en todo caso, habría que andarse con cuidado.

Berenguer fue a Constantinopla. Era muy distinto de Roger. Todo lo que en éste era confianza y abandono se hacía en Berenguer cautela y advertimiento. No era Berenguer hombre de confianza fácil. Suave en el exterior, tenía una secreta firmeza irreductible. Oía y callaba, sonreía cuando se esperaba de él una respuesta difícil y aquella sonrisa era, al mismo tiempo, una afirmación, una negación y un quizá, con los cuales nada arriesgaba.

Se consideraba demasiado fuerte para usar de la intriga. Se advertía su recelo como se advertía su confianza. Tenía el don de ver detrás de las palabras de los grandes sus intenciones, porque eran los únicos que querían ocultarlas. Había en su carácter la armoniosa frialdad que nace de una desesperación interior, superada.

No era mujeriego y tal vez no creía en el amor, pero estimaba mucho la amistad y la confianza de una mujer hermosa. Sus mujeres habían sido instrumentos de la Providencia para darle varones capaces de mandar sus castillos del Segre y del Rosellón. Era descuidado en el vestir, pero a través de sus ropas modestas destacaba mejor su calidad y su nobleza.

Muntaner, que estimaba mucho a Entenza, reconocía, sin embargo, que el noble catalán hacía sinceros esfuerzos para amar al prójimo como Cristo nos enseña, pero no siempre lo conseguía.

En su conjunto, la personalidad de Berenguer era atractiva. Rocafort le dijo:

—Nunca esperé que vinierais. A estas aventuras sólo venimos los descamisados.

Berenguer le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Tú eres el de siempre.

No sabía Rocafort si aquello era un elogio o un reproche.

Al llegar Berenguer al puerto de Constantinopla, el Emperador le envió su carroza y su guardia personal para llevarlo a palacio. Berenguer preguntó si entre la comitiva había algún pariente del Emperador. Se adelantó su hijo menor diciendo graciosamente:

—Yo soy Juan Paleólogo y Andrónico es mi padre.

Berenguer lo invitó a visitar la galera y lo recibió con los debidos honores. Mientras el príncipe estaba dentro, avisó Berenguer a los soldados para que con cualquier pretexto, pero sin violencia, entretuvieran al muchacho y no le permitieran salir hasta que él hubiera regresado. Y con un solo acompañante y montando los dos sendos caballos se dirigió al palacio al lado de la carroza vacía.

Aunque por el momento nadie se daba cuenta, el príncipe Juan quedaba a bordo como rehén.

Fue Berenguer muy bien recibido. Mejor todavía que lo había sido Roger un año antes.

He aquí cómo contaba las primeras entrevistas la reina Irene en sus cartas a Roger: «Muchos griegos principales estaban presentes. Mi hermano recibió a Berenguer con alegre rostro, pero con ocultas sospechas. Le dijo muchas palabras de amor y aun demasiadas —tú lo conoces— porque con menos bastaba para que un monarca lo estableciera en su amistad y en el respeto de la corte. (Aquí se veía a la reina celosa del favor de Berenguer). Pero no ha querido decir una palabra sobre los sueldos a devengar y cuando Berenguer habló de eso, porque sabe ir directo a las cosas, el monarca dijo abriendo los brazos con sus anchas mangas de seda: Yo esperaba a vuestra excelencia, señor Berenguer, pero no contaba con las tropas y caballos que traéis, y así, fuerza será dar tiempo a consideraciones hasta ver lo que se decide en la tesorería.

»Con eso yo entendí que el Rey dice que no en lo que se refiere a las tropas de Entenza. También lo entendió así Berenguer, no sin cierta escama

y sorpresa.

»Yo, autorizada por ti y con tus cartas en la mano, tuve una intervención lucida aquella tarde. Verás cómo fue. Hice presente a todos tu amistad y la gratitud tuya para Berenguer. Y en tu nombre pedí licencia al Emperador para renunciar al cargo de megaduque en beneficio de Berenguer de Entenza, dando por motivo el valor del príncipe catalán y su nobleza. Oyéndome, el Emperador se asombraba y yo le mostraba vuestras cartas. El Emperador leía: «Caballero de tan alta sangre como Berenguer de Entenza es justo que tenga el primer lugar en el ejército y yo se lo cedo». Berenguer, con igual firmeza, suplicó al Emperador que el título de César que le ofrecía fuera servido de dártelo a ti, que eres persona de tantos servicios y por tu casamiento con su sobrina tienes categoría real. Dijo Berenguer que él quedaría honrado si tú, Roger, llevabas ese título. El Emperador no comprendía, porque era una competencia pocas veces usada en las cortes. A mí me daban ganas de llorar de felicidad viendo que la intriga se le deshacía a Andrónico en las manos. Roger, poderoso en riquezas, acreditado con victorias, estimado por el parentesco real. Berenguer, ilustre por sangre, por inteligencia y por valor. Parece que los dos debíais pretender el primer lugar, pero las mismas calidades que os empujan a la rivalidad parece que os moderan. Todos los presentes estaban admirados.

»Al día siguiente de la llegada de Berenguer hubo otra reunión en el alcázar, y delante de la corte y del Emperador hice yo llevar en una bandeja, según tus indicaciones, el bonete insignia de tu dignidad de megaduque juntamente con el sello, bastón y estandarte de tu cargo, y los entregué a Berenguer. Éste los rehusó y no los habría admitido si el Emperador expresamente no se lo mandara. Los griegos estaban asombrados. A ninguno se le había ocultado que Berenguer, la noche anterior, en lugar de aceptar la hospitalidad del Emperador se volvió a su galera a dormir. Y sólo entonces, cuando llegó a la galera, dejaron salir al hijo de Andrónico, que se había quedado allí como invitado de honor, es decir, como fianza de seguridad. No comprendían tantas precauciones y recelos de Berenguer con el Emperador y tantas generosidades, cortesías y fraternidades contigo. Te digo que es una lección, aunque esas generosidades tuyas deben tener un límite. Puesto que renuncias a tus cargos, Andrónico te ofrece la dignidad

de César que quería dar a Berenguer y yo la he aceptado en tu nombre sólo por molestar a los nobles y también a mi hermano, que esperaba que rehusarías. Los griegos se sienten un poco ofendidos porque el título de César ya no se usa en estos tiempos y ha sido sospechoso para muchos príncipes. Por ahora callan y aguantan. ¿Qué remedio? Después del atrevimiento de Magnetio, es lo menos que pueden hacer».

Esta alusión a Magnetio desorientó de pronto a Roger, que interrumpió la lectura de la carta. ¿No había sido lo de Magnetio cosa de la reina Irene? Pero en aquel lugar de la carta su suegra parecía más sincera que nunca. Y sin saber qué pensar siguió leyendo: «En los tiempos antiguos, cuando se nombraba a alguien César era como declararlo sucesor de la corona. Aunque ahora no es lo mismo, siempre ha quedado estimado ese oficio como una sombra de lo que fue. Ahora, la primera autoridad después del Emperador es la de *Déspota*—, la segunda, la de *Sebastocrator*, que yo conseguiré del kan de Bulgaria para ti, y la tercera, la de *César*. Estas tres dignidades no tienen oficio señalado al que atender y al César le llaman señor, cosa poco frecuente porque se cree que sólo Dios tiene derecho a ese tratamiento. Ni Augusto ni Tiberio consintieron que les llamaran *señores*. Como ves, la cosa en su conjunto es importante y me alegro por mi hija y por ti. Primero, por mi hija, que soy su madre y tú lo comprendes.

»La mitra o bonete que usarás como César es de oro y grana y el remate casi como el del Emperador, a quien acompañarás en las fiestas públicas y en los desfiles. Eso lo siento, porque ya sé que no te agrada mucho.

»Ese segundo día de la visita de Berenguer, el Emperador, un poco resentido de que Berenguer de Entenza rehusara quedarse a dormir en el palacio, le tomó juramento de fidelidad y le dio la dignidad de megaduque del Senado y la vara dorada, que es una invención nueva de mi hermano, y le vistieron al modo que correspondía. Hermoso estaba tu amigo. Todo esto parece que estrecha nuestras relaciones y fraternidades, pero los genoveses han fortificado su barrio de Pera con nuevos fosos y murallas y tratan de hacer sospechosas vuestras armas y poner en duda vuestra fidelidad. En eso ya no se encubren como antes. Y hay que andar con más ojo cada día.

»Hasta ahora el Emperador no escucha a los genoveses porque piensa que sus avisos son nacidos de la envidia que os han mostrado desde que

pusisteis pie en este Imperio. Y del deseo de venganza.

»El mayorazgo está más envidioso que nunca por tu cargo de César. También lo está de Berenguer y dice a su padre que sea más cuidadoso y que advierta los males que están cayendo sobre su patria. No ha querido recibir en privado a Berenguer y únicamente lo ha visto en público, al lado de su padre, lo mismo que a mí, aunque soy su tía».

La carta terminaba con dos líneas que decían: «Tenéis que ser más largos que sus imperiales recelos y más altos que vuestro orgullo de hombres. Miguel anda sospechando que vais a acabar con el Imperio. No vaya el diablo a darle la razón, al final».

Estas últimas palabras parecían impregnadas de una alegría involuntaria. Roger se guardó la carta pensando: «Debo ir a Constantinopla a poner las cosas en claro». Pero no se trataba todavía de un propósito, sino de una sugestión.

La carta de la reina era muy aguda, aunque no tanto que Roger no pudiera leer entre líneas. Dos días después la reina Irene volvió a escribir con razones de mayor vuelo. Se había enterado de que el Emperador Andrónico se negaba a dar las pagas hasta que estuviera el ejército otra vez en el campo dedicado a la guerra. Es decir, hasta la primavera próxima.

La noticia de esa declaración del Emperador llegó enseguida a los oídos de la tropa. Muchos soldados se amotinaron y comenzaron a temer que Roger y Berenguer se negaran a hacer fuerza al Emperador en aquella materia porque estaban recibiendo de él favores y dignidades. Roger escribió a la reina haciéndole ver lo delicado de la situación y ella arreció en sus diligencias y consiguió una parte, aunque no todo el dinero de las pagas. Con él fueron los oficiales del tesoro a Gallípoli. También fue Berenguer. La reina Irene se quedó en Constantinopla vigilando —según decía— al Emperador y haciéndole cumplir sus compromisos.

Los soldados se aquietaron con aquel dinero y el orden quedó restablecido, aunque se murmuraba de Roger, de Berenguer y de sus estrechas relaciones con la familia imperial. Los almogávares, que eran los que menos se cuidaban de las habladurías y de los bandos, reían, bebían y cantaban como siempre. La gente de guerra sufre en común y en común se divierte cuando puede.

En los enormes patios del castillo había bulla y algazara. Las botas de vino bien provistas circulaban de mano en mano o volaban por el aire. Exea, que era un buen cantador, aprovechaba una vez más la ocasión:

En Quicena sale el sol
en Montearagón la luna
en la ermita de Lascellas
la rueda de la fortuna.

Dos laúdes marcaban recio el ritmo del baile. Y poco después Exea añadía otra canción:

Buenos ordios en Esquedas
buenos trigos en Anzano
pero para buenas mozas
el castillo de Nizano.

La tercera canción —Exea siempre cantaba tres— decía:

En Vicién matan la cabra
y la venden los cortantes.
En Banaríes hay mal vino
y eso es culpa del terraje.

Todos parecían felices, pero el problema no había quedado resuelto con el dinero, sino que se agravó de la noche a la mañana al darse cuenta los soldados de que las monedas estaban «cortadas», es decir, que su peso en oro o en plata era inferior al de la ley y los mercaderes de Gallípoli las rechazaban y exigían la moneda cabal antes de dar la mercancía. Con sus maneras de la alta montaña algunos almogávares iban y venían protestando:

—*¿Coneixélas tú, as monedas cortas? A las morralleras les hem tornarem*.

Los motines recomenzaron y el nombre de Andrónico, y sobre todo el de Miguel, aparecían entre blasfemias en catalán y maldiciones y amenazas en castellano.

Roger envió su protesta al Emperador y dio cuenta a su suegra de lo que sucedía. Pero ya no dudaba de que la reina Irene tenía su política personal. Si no era la del Emperador, tampoco era la de Roger. Tal vez estaba enterada del fraude. Sin embargo, la reina se dirigió a Andrónico y en plena fiesta del aniversario de la coronación de su padre —la fiesta nacional— suscitó un incidente que puso en ridículo a Andrónico. Le dijo:

—Mañana salgo para Gallípoli y voy como rehén. Rehén voluntario, claro. Mi yerno el César —siempre lo nombraba por su nuevo cargo para que los oídos de los duques se acostumbraran— me deja completa libertad, como es natural. Yo creo, sin embargo, que debo ir allí y quedarme en Gallípoli como rehén. Las cosas en tu corte, oh, Emperador, van de tal modo que mi yerno el César necesita rehenes para poder pagar a su ejército victorioso. Me niego a seguir en tu corte mientras las relaciones tuyas con los ejércitos catalanes no sean más correctas. Un Emperador dedicado a falsificar moneda y a pagar con ella a las tropas que aseguran su Imperio contra los turcos no merece la confianza de nadie, creo yo. Me voy a Gallípoli y me considero más honrada que nunca en los reales del César.

El príncipe Miguel, cuando oyó estas palabras, perdió el color y habló al oído de su padre. Le decía que aquello representaba la ruptura de hostilidades dentro de la familia y la guerra abierta de los catalanes contra Andrónico. Pero éste hizo un gesto de rechazo y de negación y no quiso seguir escuchándole.

—Si los catalanes me declaran la guerra —dijo—, no será cuando ellos quieran, sino cuando quiera yo.

Llegó a Gallípoli la reina Irene al día siguiente en un navío ligero. Llevaba consigo a Demetria, una joven hermosa, como todas las del servicio de la princesa María, quien se alegró de verla. Era Demetria una muchacha de una rigidez de movimientos que recordaba el estilo de los iconos religiosos. Sus vestidos no revelaban las formas del cuerpo, más estrecho de arriba que de abajo. Su cabeza era grave y sus facciones inmóviles y con poca expresión, como las de las campesinas. Sin embargo, había allí algo terriblemente atractivo.

Los galanes que se le acercaban debían sentir la vaga impresión de ser consagrados y bendecidos por su aliento, por su contacto. Parecía a veces la

figura dorada que corona el remate de algunos edificios clásicos, en los estadios o en los foros.

Roger trataba de confesar a la reina Irene, pero no sabía nunca cuándo su suegra le hablaba con reservas o con el corazón en la mano.

La princesa María le decía por la noche, a solas:

—He escrito a la condesa Olga de Bulgaria, que es mi madrina y que tiene mucha autoridad con mi tío Andrónico. Si es preciso, escribiré también a mi padre el kan. La condesa Olga vive en un pequeño poblado sin relación con el mundo por tierra, por aire o por mar. Ya veo que te extrañas. ¿Qué relación va a tener por el aire? Bien, hay una relación posible: las flechas cargadas con mensajes, los clarines que dan de valle en valle señales convenidas, las palomas y también las ideas de los muertos que son enterrados en los campos de batalla al pie de una gran roca. ¿No has visto esas rocas en las que pintan una cruz con sangre o con cal blanca? Yo le escribiré a Olga y se lo contaré todo. Mi tío le tiene miedo —y la princesa reía— porque cree que es bruja. Mi madrina bruja, ¿tú imaginas? ¿Tú crees en las brujas? Hay diferentes opiniones sobre eso. ¿Qué piensas?

—No sé, nunca he visto ninguna.

—Olga es pariente nuestra y fue mi madrina. Me basta pensar en ella para que oiga dentro de mi corazón sus consejos. Ella me dice desde Bulgaria que la moneda corta de Andrónico tiene por objeto irritar a los soldados y hacer que insulten y peguen a los comerciantes y campesinos que se niegan a aceptarla. Y también a los dueños de los aposentos donde viven. ¿Tú sabes? La gente no querrá aceptar ese dinero y ellos les obligarán a punta de espada. Entonces los griegos se unirán contra ellos, vengativos. Esta provincia es la más poblada del Imperio y tiene fama de ser querelladora y atrevida. Eso es lo que busca mi tío Andrónico. Ya que no puede dividiros, por lo menos levantaría la gente contra nosotros. Pensando en mi madrina Olga se me ha ocurrido este recelo. Tiene Olga detrás de su palacio un pequeño cementerio como es debido, con tres hileras de nichos y una cruz en medio. Para sus hijos. Pero no ha tenido hijos y no los tendrá ya porque es vieja. Entonces ha ido instalando en los nichos colmenas de abejas que producen miel. Y se ha mandado hacer un sepulcro para ella en el suelo, porque dice que quiere tener sobre su losa abejas

vivas, siempre. Los antiguos pintaban o grababan abejas en su losa y ella las quiere vivas. Pero esto no es en Bulgaria, sino en Macedonia, en nuestro castillo de Tesalónica.

—¿Para qué? —decía Roger soñoliento—. ¿Para qué las abejas?

—Es un mito antiguo. Las abejas eran el símbolo de la inmortalidad. Todo el mundo quiere ser inmortal. Yo sólo quiero ser amada y morir antes de que te mueras tú. Un poco antes, dos o tres días. Mi madrina quiere que las abejas la lleven a ella a una antigüedad remotísima donde el hombre, a fuerza de retroceder en el pasado, se asoma otra vez, por decirlo así, sobre el futuro.

—No lo entiendo, querida —decía Roger.

—Tampoco yo lo entendía, pero Olga me lo explicó. Ella sabe las cosas gracias a las abejas mensajeras, según dice. Van esas abejas a los sitios y vuelven y traen pequeñitas substancias que no se ven y que, según dice ella, son la esencia de las cosas y también, al mismo tiempo, la esencia contraria. Ya te digo que ella emplea palabras antiguas como substancia y esencia. Dice que cada abeja conoce la esencia del odio que hay en el amor y la guerra que hay en la paz y la fealdad que hay en la belleza de todas esas estatuas doradas de los foros y en las estantiguas amarillas de la corte. Es tremenda, mi madrina. Dice también que las abejas parecen pequeñas, pero que de hecho no hay cosas pequeñas en la vida. Esto yo lo comprendo, Roger.

Hablaban en el lecho. Al llegar aquí, la princesa vio que Roger se había dormido y se apartó para mirar la luna en el fondo de un espejo. La luna aparecía allí, más abajo que ella —el espejo estaba inclinado hacia arriba y para ver la luna había que asomarse *hacia abajo*—. También veía algunas estrellas en lo alto y la princesa pensaba para sí misma cosas nuevas.

Lo primero que pensaba era que Roger no hacía caso de los peligros ni quería recelar porque le parecía incómodo e innoble. En todo caso, los otros capitanes recelaban por él, especialmente Berenguer.

Y la princesa miraba la noche estrellada desde el fondo del espejo y pensaba que había revelaciones a cada paso, en la vida. Revelaciones con sorpresas que unas veces herían y otras acariciaban. A ella no la hería ya casi ninguna revelación. La vida iba a la muerte y la muerte a la vida y entre

la una y la otra flotaban, zumbadoras, las abejitas del cementerio vacío de la condesa Olga. ¿Y la nada? La nada estaba más lejos. Sólo así la podía imaginar, siempre «más lejos». Al otro lado de la inmensa esfera estelar que da vueltas alrededor de un eje invisible. Ese eje pasaba por su corazón. Sin herirla y sin hacerse siquiera percibir.

Los catalanes mostraban fácilmente su soberbia, pero todos los hombres son soberbios cuando tienen el enemigo delante y el amigo, dudoso, detrás. La humildad era femenina y la princesa María quería ser humilde y lo era casi siempre, pero una humildad perfecta resultaba imposible sin una completa satisfacción de sí misma, y esa satisfacción de la propia humildad era, tarde o temprano culpable. Ese problema se lo había planteado muchas veces al Patriarca Alejo sin conseguir una respuesta satisfactoria. Nunca daba aquel hombre respuestas satisfactorias. Y recordando aquello, la humildad de la princesa María se hacía aventurera y difícil y podía aceptar las efusiones de sangre en el campo de la misma corte, a la vista del alcázar de Constantinopla, entre catalanes y genoveses. O en Cízico, entre catalanes y alanos. Eso de que la humildad se hiciera aventurera le parecía un signo de los tiempos. Aquella humildad difícil se unía a la grandeza enfermiza de las victorias. Ya no había más salvación que la sangre. Y la princesa la aceptaba con un entusiasmo secreto, pero no disimulado.

Había tenido en aquellos días curiosidades sobre Berenguer de Entenza. Quería enterarse de lo que hacía Berenguer en Cataluña y Roger le dijo todo lo que sabía. En realidad, la princesa quería saber cuál era el acento que Roger empleaba para hablar de Berenguer de Entenza.

Le dijo Roger que había estado muchas veces en la casa de su amigo. La casa de Berenguer de Entenza en Aragón era el ideal de la vivienda señorial catalana. No exactamente un castillo aunque a aquellas casas las llamaban «torres». Tenía también una peña roquera en Palamós, pero cuando iba allí vivía en otra casa que había en el parque, una casa con recios soportales que en verano lucían encalados. El interior era acogedor, suave, sin aparato, con algo monacal. Berenguer llamaba a aquello, a la manera árabe, «su almunia».

No tenía esclavos allí —en su *almunia*—, sino algunos criados discretos tan educados como el mismo amo, de cuyos servicios apenas si hacía uso.

En el castillo estaban, por el contrario, sus intereses de hombre de campo y de negocios. En la planta baja había habilitado, entre la poterna y el patio de armas, más de cien cochiqueras donde tenía parejas de cerdos para la reproducción. En el parque había vacas y en las colinas que daban al norte algunos millares de corderos que en verano subían por las cañadas del Ampurdán buscando el césped fresco de las tierras altas.

Recibía Berenguer a los príncipes en la casa pequeña y a los negociantes en el castillo, donde concentraba y alojaba sus mesnadas para la guerra. En otros castillos Berenguer hacía lo mismo y era rico no por los tributos de sus vasallos, sino por su buena habilidad e industria. Aunque su título no era muy decorativo ni aparentemente importante, la baronía de Entenza era más respetada que algunos condados antiguos, por ejemplo, el de Ribagorza.

Tenía Berenguer esa gravedad natural del señor campesino unida a un sentido cristiano de la amistad entre los hombres. Su nobleza se veía mejor en sus actos y costumbres que en sus pergaminos y blasones. Hablaba poco, Berenguer, y siempre era para decir algo concreto que no podía menos de ser dicho.

Roger vino a decir más o menos todas estas cosas a su mujer mientras ella lo miraba y escuchaba con una gran atención.

—Tú hablas de Berenguer —dijo ella— como si él fuera mejor que tú. En eso se ve tu grandeza.

—¿Estás segura? —preguntó Roger con ganas de dormir.

Y poco después se durmió. La princesa seguía despierta. Pensaba que Roger vivía el amor —el de ella— desde fuera. Vivía el amor desde fuera del amor. Eso le parecía a la princesa criminal. «Ese hombre que está jugando en el margen del amor y se ve a sí mismo exactamente en la perspectiva de su propio amor, ése es el criminal.» Así pensaba la princesa María aquella noche y no sabía lo que quería pensar luego, porque tenía mucho sueño, y después de acomodar sus brazos de modo que ninguno de ellos se apoyara en sus pechos jóvenes, se durmió. Antes de dormirse se arrepintió de lo que acababa de pensar sobre Roger.

Lo último que oía en la noche era la voz de los centinelas que cantaban la hora con una especie de desmayo de tierras lejanas. Aquellas voces olían

a cuero viejo, a enjalma y a hierro mal trabajado, apenas desbastado. Hierro de Calatayud (decían los almogávares). Ella no sabía pronunciar aquel nombre: Calatayud. Le parecía el de una mina negra con la embocadura llena de herreros y fraguas y yunques.

Al día siguiente vio Roger que los soldados querían obligar a tomar la moneda *cortada* a los mercaderes y éstos protestaban.

—Es moneda del Rey —gritaban los almogávares—. Moneda de Andrónico.

Algunos creían hacer un buen servicio al Emperador obligando a tomar aquella moneda que llevaba su cifra. Le hacían un servicio, pero de manera muy diferente a lo que imaginaban.

Como otras veces, Muntaner fue encargado de hacer una investigación por los pueblos de la orilla del mar, donde había destacamentos catalanes, y al volver dijo:

—La traza del Emperador ha salido bien porque los griegos están levantados contra nosotros.

Roger recordaba lo que le había dicho la princesa. Pero el informe de Muntaner continuaba:

—No todo ha sido crueldad y violencia entre los almogávares. Sabido es que cuando las pagas llegaban a tiempo en buena moneda, los soldados socorrían a los fugitivos de los lugares asediados o invadidos por los turcos. Estos fugitivos trataban de llegar a Constantinopla, pero muchos morían de hambre en los caminos, otros se refugiaban en los muladares y los soldados les daban de comer su propia comida o les socorrían con dinero. Todo el mundo ha visto estas cosas. Pero los soldados no toleran que nadie les defraude y les niegue sus derechos. Mucho menos teniendo, como tienen, un arma en la mano.

Con todo eso la situación era cada día más inquietante. De pronto llegó Marulli de Constantinopla. Traía un aire conciliador, como si dijera: «No todo va a ser tratar con genoveses y alanos. Aquí estoy yo, vuestro antiguo camarada de Cízico». Llevaba nuevas ofertas del Emperador para Roger y Berenguer de Entenza. Pedía Andrónico a Roger que fuera a Constantinopla con la reina Irene para tratar despacio de la situación. Le hacía nuevos ofrecimientos. En la entrevista con Marulli estaban presentes también

Berenguer, Rocafort y Moncada. Roger dijo que consideraría aquella invitación después que el Emperador hubiera enviado las pagas para todo el ejército. Marulli entonces pidió permiso para ver a la hermana del Emperador, quien poco después apareció en la sala. Dio su mano a besar a Marulli, se mostró alegre de su llegada y le dijo que pensaba seguir viviendo con su hija y con los catalanes de Gallípoli, cuya suerte, buena o mala, correría. Después censuró la conducta del Emperador, aunque con palabras discretas y acusando más bien a sus consejeros y a los secretarios del tesoro. Dijo que pagar con moneda sisada era una hazaña de tahúr, indigna de una corte imperial. Marulli entonces habló con Berenguer y le dijo hasta qué extremo el Emperador lamentaba que se hubiera marchado de Constantinopla donde lo necesitaba para el decoro de su casa y para el consejo de su persona.

Berenguer, que solía hablar poco, respondió:

—Marulli, usted es hombre de guerra como nosotros. Dígale al Rey que todo lo que haga por dividirnos podrá ser muy agudo, pero será inútil.

A continuación Berenguer rompió el bastón de megaduque del Senado que le había dado el Emperador y devolvió a Marulli algunos vasos de oro y otros obsequios imperiales. Marulli se puso pálido, comenzó a balbucear, y a las preguntas de los presentes dijo que no se encontraba bien de salud. La reina Irene, no se sabe si en broma, llamó a su doncella Demetria y pidió un vaso de licor para ayudarle.

Veía Marulli el bastón de megaduque roto y lo tomó del suelo preguntando si podía llevarlo consigo. Berenguer se alzó de hombros y se apartó a hablar con Roger, como si considerara terminada la entrevista.

Y Marulli se fue de espaldas haciendo reverencias a la reina.

Algunos días después llegaron cartas otra vez del Rey en las que proponía a Roger un arreglo aparentemente generoso. El Rey estaba dispuesto a darles en feudo las provincias del Asia que habían liberado, con cargos y dignidades especiales para los caballeros y *ricos homes*, pero con la obligación de que siempre que fueran requeridos por él o por sus sucesores acudieran a servirle a su propia costa. El Emperador no estaría obligado a dar, después de la conclusión de este acuerdo, sueldo alguno a los soldados, pero abonaría cada año treinta mil escudos y ciento veinte mil

quintales de trigo. También les abonaría las pagas en moneda justa hasta el día del convenio.

A todos les pareció bien y aceptaron. El emisario del Rey que concluyó este acuerdo era un hombre pequeño y casi jorobado que se llamaba Kanaworio y que había sido años atrás secretario de la reina Irene. Estaba muy satisfecho de su éxito y volvió a Constantinopla con la seguridad de haber resuelto el problema. La reina y la princesa decían: «Dios ha iluminado a Andrónico, bendito sea». Pero la reina quedaba un poco pensativa y añadía: «Dios o el diablo, quién sabe». A veces sonreía pensando que Andrónico perdía por fin la batalla con los catalanes.

En cuanto a los soldados, al saber la noticia se mostraron felices y comenzaron a hacer sus listas de empleos eligiendo y nombrando los sobrejunteros y otros cargos, a la manera de Aragón. Cada cual pensaba trasplantar allí sus experiencias de la tierra natal.

Hablando con su esposa, Roger decía:

—El Emperador ha comprendido por fin nuestra situación.

Pero la princesa parecía más preocupada que nunca:

—Ten cuidado. Mi primo está siempre cavilando maldades y el Emperador está ahora helándose y abrasándose al mismo tiempo como dice mi madre. Por un lado la nobleza de la corte y por otro, Gallípoli. No a qué atender. Puede haber sangre.

Roger sonreía oyéndola hablar de esa manera y le preguntaba:

—¿Te lo ha dicho tu madrina?

—No es necesario. Lo veo yo. Tú vas con pies inocentes a todas las cosas, pero tenemos que seguir viviendo ya que estamos en la vida y somos el uno para el otro. ¿No te parece? La cesión de las provincias que te hace mi tío estaría bien si la idea hubiera sido suya, pero ha sido una idea de mi madre. Y mi madre tiene la preocupación constante de agraviar al príncipe Miguel y al Emperador. Quiero decírtelo todo. Muchas veces comienzo a decirte algo importante y tú no me escuchas. Tú te pones a hablar de otra cosa. Yo soy muy joven, es verdad, y no sé nada de la vida, pero te quiero y mi amor me da clarividencia, como me dice Olga. Es muy sabia mi madrina. La idea de darte las provincias de Oriente ha sido de mi madre. ¿Te lo ha dicho ella?

—No.

—Me extraña. Si no te lo ha dicho es que no le parece una idea buena, por alguna razón. Buena o mala, yo sé que el príncipe Miguel no aceptará esa decisión de su padre sin alguna clase de protesta. Es egoísta mi primo. Es egoísta no como una persona y menos como un príncipe, sino como un animal. Como un perro cojo y un caballo ciego.

Contestaba Roger, medio risueño, medio provocativo:

—Es posible que tengas razón, pero cuando las cosas se ponen mal hay que confiar en que se arreglen afrontándolas más francamente que nunca. La presencia del hombre hace milagros. La confianza es contagiosa. Mi confianza hará confiarse al Emperador.

—Pero es que mi madre…

Roger alzó las cejas y preguntó caucioso:

—¿No querrás que yo piense en tu madre como en una enemiga mía?

Ella parecía dudar.

—No tanto como eso, no.

Al ver que Roger se mostraba sombrío y abstraído, la princesa dijo que probablemente tenía razón, pero que ella se encontraba entre la confianza de él, las intrigas de su madre y las advertencias de Olga en una situación insegura y delicada. Luego añadió:

—Lo que ha hecho Berenguer delante de Marulli es demasiado. No debía haber roto el bastón de megaduque porque mi tío el Emperador da mucha importancia a esas cosas. Con eso Berenguer ha ofendido no sólo a mi tío, sino a toda la nobleza.

—Antes nos ha ofendido el Emperador tolerando lo de Magnetio, enviando las pagas en moneda corta y tratando de separarnos y desunirnos. Hay que demostrarle que nos damos cuenta de sus manejos.

Ella, como si estuviera fatigada de sus propias dudas y tomara una determinación ciega, dijo:

—Bien, no importa. Si tú me quieres, con tu cariño lo tengo todo. Tengo una impresión rara de las cosas. ¿Sabes? Un día le pregunté al archimandrita de Santa Sofía por qué las mujeres tenemos que cubrirnos la cabeza al entrar en la iglesia y él me dijo repitiendo palabras de San Pablo: «Se cubren la cabeza para eludir la seducción de los ángeles, porque los

ángeles se enamoran fácilmente de la cabellera de las mujeres». Bien, pues yo lo he creído eso. Y a veces he sentido una tentación rara: la tentación de asomarme desnuda a la iglesia para seducir a los ángeles de veras. Es decir, no sólo por mis cabellos. Eso era antes de quererte a ti. Ahora me parece que los he seducido a todos y que todo es nuestro. Ya he ido desnuda a la iglesia. Bien, entiéndeme, es una manera de hablar. Mía es la tierra y mío es el cielo, puesto que en los dos me quieren.

—Pero, si estás tan segura de los hombres y de los ángeles, ¿por qué tienes miedo?

—Es que son seres llenos de sangre y la tierra está esperando y deseando la sangre humana. La tierra es sanguinaria. Déjame todos los recelos y los miedos para mí y escúchame y hazme caso. Soy astuta y hasta puedo ser mala si quiero. Déjame que hable de mí porque soy feliz ahora. De niña jugaba en casa de mi madrina Olga con sus sobrinas. Y había un chico con ellas, un sobrino de nuestra edad. Recuerdo una tarde de lluvia, de aguacero. Yo decía que la lluvia era una especie de telar antiguo. Aquella tarde sacamos al chico fuera de la casa y las niñas más pequeñas veían el agua cayéndole por los hombros y se reían de él como mujercitas. Déjalo que se moje bien, decían. Así se morirá y será uno menos, porque cuando son mayores quieren comernos, que yo se lo he oído decir a la tía Olga hablando con la reina. Cuando la condesa me oyó hablar del telar y de la lluvia, y sobre todo cuando me oyó contestar a mis primitas diciendo: Es verdad, vamos a dejar ahí al primo para que se muera porque para eso es un chico, la madrina me dijo: Tú vas a ser no sólo mi ahijada sino mi amiga, y te diré muchas cosas que no sabes. Me las ha dicho ya, buenas, malas y regulares. Soy ignorante, pero sé cosas raras que no saben otras mujeres. Eso lo debo a Olga.

Se acercó a un bargueño y sacó un papel. Se lo dio a leer a Roger, quien se lo devolvió recordándole que no leía griego. Entonces la princesa se puso a traducirlo. Antes le dijo con alegría que lo primero que había hecho cuando lo conoció en Constantinopla fue traducirle la cédula imperial en la cual era presentado oficialmente a la corte y se pronunciaban *especiales mercedes* que unirían la casa de Andrónico a los catalanes. La más importante de esas mercedes era el matrimonio de ellos dos. Roger

escuchaba gravemente. La princesa leyó la copia de una carta que había escrito a su madrina Olga. Decía en ella lo siguiente: «Pasan cosas que nadie ha visto ni oído nunca. Es como la niebla que baja de las sierras en el otoño, pegada al suelo, y cubre el valle, casi verde y casi roja. Todo lo confunde abajo, pero en lo más alto, en el copete de la sierra, luce un poco de sol.

»Hay un hombre en Constantinopla, debajo de esa niebla. Dicen que es un hombre clarividente por odio. Mentira. No es clarividente, sino extraviado y loco. Loco de odio contra mi marido Roger.

»Hay hombres, como el Emperador, que lo han visto ya todo en la vida pero no saben que es todo y esperan y temen sorpresas. Tú, que tanta influencia tienes con él, debes escribirle y convencerle de que lo ha visto ya todo y no necesita pensar en tiempos futuros ni menos poner en ellos los fantasmas de su imaginación.

»Las imprudencias de mi primo Miguel acumuladas —tantas y tan diversas— han llegado a formar a su alrededor como una ciudadela fortificada. Y tiene aduladores entre los de Pera y los del norte. Y hasta en esos turcos que no lo son del todo y que en España, según Roger, llaman *algarabiados*. ¿No te gusta la palabra? *Algarabiados*. Yo no lo quiero ver a Miguel. La última vez que estuve en Constantinopla, hace ya tiempo, vino Miguel a hablarme y sus palabras dejaban en mis mejillas huellas viscosas, como si me anduviera por ellas un caracol. Cuando vio que me repugnaba, se calló y se fue.

»Es muy distinto de su padre, Miguel. El padre es un Emperador que cambia de un día a otro. En una ocasión dijo que debía perseverar en alguna cosa y él respondió: Para mí, la única perseverancia es esa de la transformación y el cambio. Por lo tanto, se puede esperar todo de mí, hasta lo más usual y aparente. Eso dijo. Es listo mi tío a veces, pero no le servirá nunca de nada porque se complace demasiado con su propia listeza y en su complacencia se le va todo.

»Aunque parece feliz es pesimista, mi tío, pero su pesimismo es muy diferente del de Miguel. Su pesimismo es todavía amor. El pesimismo de Miguel es indiferencia, recelo y un poquito de sangre. No mucha. Con esa

sangre querría expresarse y eso yo no lo veo mal, pero depende de la persona de quien procede la sangre.

»Sueña con suplicios, mi primo. Muchos y muy raros, para sus innumerables adversarios chinos, turcos, griegos, latinos. Pero casi siempre la lluvia de las tormentas viene a correr una cortina sobre el jardín de sus malos deseos cuando éstos son demasiado exuberantes. En cambio, Roger, con la espada en la mano, no cree tener enemigos. Yo le hablo de Miguel y me dice: No me quiere, tu primo, pero es probable que me escuche, porque no se trata de mí sino de todos nosotros y de la sangre que hemos derramado y vamos a derramar.

»Eso dice. Entretanto, Miguel se desespera todo un día y una semana por trivialidades como, por ejemplo, el hecho de que uno de sus perros viejos no acuda a su llamada. Todas las cosas pequeñas cree ahora que tienen un misterio y que se basan en algo que han hecho Roger y sus tropas.

»Roger tiene en su mano la salvación o la ruina de todos como tú sabes; pero Miguel no quiere verlo. ¿No es eso un poco indecente?»

Luego firmaba la princesa, pero después de la firma venían unas líneas en las que se condensaba el interés informativo de la carta: «Mi tío el Emperador ofrece a Roger las provincias del Asia como feudo para él y los otros capitanes. Todos parecen satisfechos con eso. Menos yo. Mi madre ha tenido que ver en el asunto y eso es lo que me hace dudar, aunque no sabría decirte exactamente por qué. Yo creo que el ofrecimiento va a romperle en el aire como una burbuja de jabón. ¿Y qué pasará entonces, después de haberse hecho la gente tantas ilusiones?»

Roger, al acabar de oír la carta, dijo:

—Me quieres y tu cariño te hace ver fantasmas, querida.

La besó y se puso a hablar de otra cosa.

En aquellos días salió de Constantinopla un nuevo delegado de Andrónico llevando consigo los acuerdos del Emperador sobre los feudos del Asia escritos, firmados y sellados. También llevaba treinta mil escudos en cumplimiento del convenio y el aviso de que el trigo ofrecido estaba ya recogido y almacenado. Los acuerdos habían sido confirmados delante de la imagen de la Virgen, en la capilla del palacio, y avalados con la firma del archimandrita, quien escribía su nombre en grandes letras latinas y ponía al

lado un sello con unas insignias parecidas a las del pontífice romano. Todo esto salió de Constantinopla, pero no llegó por entonces a Gallípoli por una serie de circunstancias.

Estaba encargado de esta misión Teodoro Chuno, jefe de policía que tenía la confianza de la reina Irene. Salió para Gallípoli despacio, deteniéndose en varios lugares y enviando mensajeros delante para que le informaran de la situación entre los catalanes. Se detuvo en una aldea cerca de Ripi dando espacio a que el último de sus agentes regresara, porque suponía que había en Gallípoli algaradas y motines. Y quería informarse antes de «proceder», como él decía.

Tenía Teodoro la esperanza de que comenzara entre los catalanes la guerra civil, pero el último mensajero volvió diciendo:

—Todo está tranquilo en Gallípoli. La gente catalana maltrata a los griegos y habla mal de Andrónico, pero todo está tranquilo. Roger ha devuelto al Emperador las insignias de César, igual que hizo Berenguer con las de megaduque, pero todo sigue en calma.

Teodoro, que era uno de esos hombres cautos y tímidos que todo lo esperan del azar, detúvose unos días más, dudando si debía seguir o no. Por fin envió otro mensajero y siguió hasta Branchiallo, pequeña ciudad de curtidores donde toda la gente tenía cicatrices en las manos o en la cara. Allí esperó al mensajero, quien volvió diciendo lo contrario del anterior: que la gente estaba conspirando en favor del Emperador y que amenazaba a Roger. No sabiendo a qué carta quedarse, Teodoro regresó a Ripi y se encerró en un castillo con su séquito, acémilas, secretarios y sus treinta mil escudos. Nunca dijo a nadie que los llevaba, por si acaso. Y no sabía si debía «proceder» o no.

Esperó indeciso algunas semanas y por fin decidió regresar a Constantinopla, porque el castillo no le parecía bastante seguro. En definitiva, pues, «no procedió». Cuando lo supo la reina Irene, se llevó una gran alegría que disimulaba delante de su hija y de Roger.

Supo Roger aquella diligencia del Emperador y lamentó que hubiera fallado por la pusilanimidad de Teodoro. Al mismo tiempo se enteró de que Miguel preparaba un ejército en Andrinópolis, no lejos de los cuarteles de invierno de los catalanes. Esto era más que sospechoso. La princesa María

escribió una carta a su padre, el kan Azán de Bulgaria, sin decírselo a su madre. Era una carta como las suyas, donde a fuerza de vaguedades decía cosas muy concretas: «Padre, el príncipe Miguel no mira de frente desde que han tenido los catalanes sus victorias sobre los turcos, y odia a Roger, mi esposo, César de Bizancio, a quien hace pocas semanas tú mismo has dado el título de *Panipersebator*. Aquí vivimos todos descuidados porque estos soldados de Gallípoli se embriagan con su propia honradez de criminales, que es la honradez más sólida. Nadie cree que los soldados de tu cuñado Andrónico vengan sobre nosotros. Tú podrías evitar que vinieran aunque estuvieran ya en camino, al menos, los turcopoles que dependen de ti y que tienes en Constantinopla. Mi esposo no sabe que te escribo, pero tampoco puede comprender que sea posible una agresión de las tropas del Imperio que él ha salvado. Tú puedes, padre y rey mío, arreglarlo todo aún. Mi madre te habrá dicho lo feliz que soy. Ella sigue con nosotros y está alerta a lo que sucede. Quiere que volvamos ahí los tres cuando la paz esté asegurada. Yo no había imaginado hasta ahora que hubiera una felicidad con dobles fondos siniestros y horcas y hachas ensangrentadas. A veces, viendo a Roger tranquilo y no pudiendo persuadirlo de los peligros que nos rodean, me digo: ¿Estoy yo loca o lo están los demás? Creo oír una voz, la de la madrina Olga, que me dice: Ni ellos ni tú. Lo que pasa es que has olvidado algo. Has olvidado que tu padre está en Bulgaria pensando en vosotros. En Sofía te espera la vida y en Constantinopla te acecha una cosa que no es la vida ni la muerte. Te espera la cara amarilla de tu primo Miguel. Miguel, convencido de que no puede ganar una batalla ni una conspiración, va tomando un aire errático y divagatorio. Los nobles dicen: Si quisiera Miguel, iría lejos, pero es un abúlico. Lo es sólo hasta que la envidia lo despierta. Lo peor es que el envidioso no entiende sino de crímenes a mansalva. ¿Los permitirás tú? De niña siempre imaginaba a Dios como a ti y a ti te veía como a Dios. Los dos podéis ahora resolverlo todo con una palabra».

La carta produjo efectos inmediatos. Azán escribió a Andrónico y éste volvió a enviar a Roger los treinta mil escudos y cien mil quintales de trigo, además de los documentos que legalizaban el convenio. Teodoro Chuno fue el tímido portador y esta vez «procedió». Volvió a enviar el Emperador las

insignias de César que Roger aceptó para no herir al kan de Bulgaria y se celebró una fiesta aquel día mismo para honrar al emisario del Emperador. Era el día que conmemoraba en el calendario cristiano la resurrección de Lázaro.

Con Teodoro Chuno había llegado la doncella Zoe. En la fiesta de aquella noche bailó primero sola y después con dos jóvenes juglares. Zoe tenía movimientos de serpiente no sólo con las manos y el torso, sino, lo que era más difícil, con el cuello. Hacía avanzar la cabeza con la misma muelle rapidez de las serpientes. También podía hacer con ella movimientos horizontales de derecha a izquierda.

Muntaner no se cansaba de ver bailar a Zoe.

Hubo otras cosas notables y la alegría de la reina Irene era sincera y conmovida porque veía detrás de todo aquello la intervención de su marido el kan Azán.

Terminada la fiesta, Teodoro dijo a Roger que, en cumplimiento del pacto con el Emperador, podía licenciar su ejército y quedarse con mil hombres nada más. Acompañado de ellos debía ir a Constantinopla cuanto antes. Esos mil hombres serían la cuna y matriz de un ejército mayor si hubiera que improvisarlo para acudir a la defensa del Imperio donde hiciera falta. En todo caso debía ir a la corte y cambiar impresiones con el Emperador.

Dijo Roger a todo que sí y despachó a Teodoro con las palabras más afectuosas. Le dio cartas de la reina Irene, de la princesa María, suyas y de Berenguer para el Emperador. Hasta que salió Teodoro no le dejaron un momento solo para evitar que hablara con los soldados.

La carta de la princesa María a su tío Andrónico decía: «Tío y señor mío. Te digo la verdad. Hay malentendidos del domingo, pero los que quedan de pie después de la celebración del día de San Lázaro en nuestro castillo de Gallípoli son los que me inquietan. Querido tío, no lleves las cosas al extremo del odio. No hay enemigo pequeño, dice Roger. Es verdad. Yo sería un enemigo pequeño, pero en cada cuerpo hay un alma igual a las otras almas y no quiero poner la mía a prueba. Sólo veis en nosotras, las mujeres, la risa o el llanto, pero yo sé quebrarme de sutil y volverme a anudar sin que nadie lo vea ni lo sienta. Es una virtud de familia que he

heredado de tu hermana, mi madre. No me obligues a quebrarme de sutil. Y recibe el receloso amor de…»

Antes de enviar aquella carta, Roger la leyó y se asustó un poco.

—¿No hay una amenaza ahí? —preguntó a la princesa y ella dijo:

—Sí, pero sólo la ves tú, la amenaza. El Emperador no la verá. Está demasiado alto para ver esas cosas. El que la verá será Miguel. Porque Miguel está más cerca de nosotros. Miguel la verá.

—¿Entonces? —decía Roger dudando.

—Quiero que mi primo la vea. Es necesario que la vea. Más tarde te diré por qué.

Roger decidió enviarla. Iba a escribir también y llamó a Muntaner para que redactara la carta, pero estuvo vacilando y por fin decidió que era mejor obedecer y acatar las órdenes del Emperador.

—Es necesario —dijo— que los malentendidos se acaben de una vez.

La princesa María lo escuchaba con asombro:

—¿De veras piensas ir a Constantinopla?

—Debo ir. Debo obedecer al Emperador.

—Pero no se trata sólo del Emperador. La última vez que salimos juntos al parque del palacio en Constantinopla venía el príncipe Miguel con nosotros, ¿te acuerdas? Pasamos debajo de un árbol muy grande y muy viejo y te cayó a ti una oruga en el hombro. Desde la rama, una oruga se dejó caer sobre tu hombro. O la arrojó el árbol mismo. Mi primo Miguel miró al árbol con simpatía, como diciendo: Ese árbol odia al extranjero catalán y deja caer orugas en su hombro. Cuando oigo hablar de mi primo Miguel recuerdo aquel pequeño detalle que fue como un aviso. Bueno, ya veo que tienes ganas de reír. Bien. Puedes reírte, pero no debes hacer caso de las palabras de mi tío. Ni de mi primo. Miguel sabe que no lo quiero. Un día me dijo: Tú me sentenciarías a ser encerrado en un cuarto, condenarías la puerta y tapiarías la ventana a cal y canto. En el lugar de la ventana pondrías las armas de Bulgaria. Yo le dije que no. Pondría un espejo en la parte de adentro para que se viera allí día y noche un año y otro año. Porque él no se puede ver a sí mismo. No le gusta su cuerpo, su cara. Eso le dije. Y él me odia más desde entonces. ¿Tú comprendes, Roger? ¿No me dices nada?

Disimulaba Roger su impaciencia. Una niña de dieciséis años estaba tratando de limitar sus actos y movimientos y de envolverlo en recelos y en miedos pueriles. Aunque fuera en nombre del amor, aquello era desproporcionado y ridículo.

—Iré —dijo— y no pasará nada.

—¿No? Escucha bien lo que te digo. Si vas, te matarán y tendrás tú la culpa. Pero te juro que me vengaré de ellos y también de vosotros. De todos los que me habéis rodeado desde que nací y queréis hacerme la vida imposible. Yo me vengaré.

Roger la besó y ella se puso a llorar dulcemente:

—No vayas, no vayas —repetía.

Y Roger, que apenas si había hablado, sintió de pronto la necesidad de aclarar un extremo importante:

—Querría ver lo que dice tu madre. Lo mejor será que averigües lo que piensa, sin hacerle ninguna pregunta directa. Dices que ella está de nuestra parte, pero eso no basta. Yo quiero ir y tú quieres evitar que vaya. ¿Con cuál de los dos está tu madre?

—Ella parece francamente feliz con el asunto de las provincias de Asia y dice que ha sido quien ha convencido al Emperador de que debe dároslas. Por eso no me extrañaría que sea partidaria de que vayas.

La reina era enemiga del Emperador y no podía menos de darle malos consejos. En la cuestión de las provincias del Asia y en otras muchas materias menos importantes.

Pero Roger odiaba ese género de reflexiones. Si insistía en ellas se sentía desorientado, incómodo y menos íntegro. Aquellas reflexiones lo debilitaban.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO X

Buscó la princesa a los capitanes en quienes Roger tenía especial confianza y habló con ellos. Todos juntos fueron después a ver a Roger y le pidieron que aplazara el viaje hasta asegurarse mejor de los propósitos del príncipe Miguel y del Emperador. Roger, un poco extrañado, contestó:

—Los temores de María mi esposa son fáciles de comprender porque la mujer exagera los peligros y a veces los inventa de buena fe por miedo a perder al marido. Y más mi esposa, que es tan niña.

Decidió partir al día siguiente con trescientos caballos y mil infantes para Constantinopla. Quiso despedirse de María y no lo consiguió porque se había encerrado en sus habitaciones.

Muntaner le acompañó la primera jornada con doce de a caballo. Llegaron a Orestiades y allí recibieron correos de Miguel que con palabras alarmadas preguntaba a Roger si su padre le había llamado y cuáles eran sus intenciones.

Respondió Roger que iba a Constantinopla a dar obediencia al Emperador y a mostrarle la gratitud que le debía antes de marchar al Asia. No dejó de extrañarle la inquietud del príncipe.

En Orestiades encontró Muntaner algunas cosas curiosas, entre ellas un vaso antiguo en un armario del palacio donde se alojaban. Era un vaso griego con figuras grabadas: Orestes rodeado por las furias que le amenazaban con serpientes en las manos. Una de ellas tenía también un espejo. Orestes casi desnudo y mostrando sus atributos masculinos, como se acostumbra en el arte antiguo, alzaba una espada corta amenazando a las furias.

Contemplando aquello, Muntaner le dijo:

—Parece un aviso, Roger.

Y le recordó que la princesa María, que no solía llorar nunca, quedó en Gallípoli hecha un mar de lágrimas.

Entretanto, la reina Irene, viendo que no conseguía tranquilizar a su hija, decidió ir a Constantinopla también y deshacer las intrigas si las había o darles un rumbo propicio para Roger. Fue con algunas damas de su servicio y dejó la mayor parte de las doncellas de honor con la princesa. Hizo el viaje por mar confiando en llegar antes que Roger.

Envió la princesa María dos correos ligeros a Orestiades con una larga carta llena de súplicas. No le dijo a Roger que su madre estaría en la corte cuando él llegara, temiendo que esta noticia aumentara la sensación de seguridad de Roger y le estimulara a seguir su viaje. Decía la princesa:

«No sigas, Roger. Vuelve aquí. Yo sé que el primo Miguel se ha asustado y ha corrido a Constantinopla y que tiene tropas diez veces mayores que las tuyas. Vuelve aquí. Si vas a Constantinopla, no te veré más. ¿Qué será de mí? La muerte no me importa si tú no estás, pero tendré que seguir viviendo. Y si te dejas matar te odiaré y os odiaré a todos. No te vayas. El centro de las cosas está siempre iluminado para mí y para ti. Pero tú no quieres verlo y buscas la oscuridad de Constantinopla, llena de peligros.

»Lástima, ahora que somos tan *perfectos*. No es broma. Somos más *perfectos* que nunca, desde que nos conocemos. Si te pierdo tendré que vivir como los otros. Y los otros son suciedad, sangre y mentira. Si te matan, tendré que ser mala para propiciar la bondad de otros como tú y como yo que vendrán un día. Será ya el tiempo de los otros, no el mío. Yo no serviré ya para ninguna clase de amor. Tendré que ser mala como las furias de Orestes. Creo que te odiaré. Ensayaré la suciedad y la sangre como los demás y tú habrás tenido la culpa. Me reiré con media boca nada más y servirá al odio. Mi odio —si a ti te matan— se extenderá a todos vosotros.

»No sigas el viaje. Acuérdate de la oruga que cayó del árbol y de la sonrisa amarilla del príncipe Miguel. Vuelve aquí. Mi tío el Emperador te tiene miedo. Mi primo te odia. El odio y el miedo son padre e hijo. ¿Qué puedes esperar? Padre e hijo te llamarán César y excelencia y te ofrecerán asiento a su par. Pero hablarán a solas un lenguaje diferente y tú no los oirás.

»Vuelve a Gallípoli, bien mío.

»Yo conozco esta tierra tan lejana de la tuya, estas gentes tan diferentes. Sé lo que piensan cuando callan y lo que callan cuando hablan. Sé lo que simulan con los ojos cuando miran de frente y fingen amistad. Sé lo que tienen en su corazón aunque lo ocultan con coseletes de oro y túnicas amarillas. Yo soy tuya, de tu tierra y no de esta tierra. Si te dejas matar odiaré a los que han deshecho mi vida y a ti y a los tuyos también. No sé cómo se puede odiar a un muerto, pero te odiaré.

»Había pensado ir a la corte y llegar antes que tú, pero a los conspiradores no les importaría nada mi presencia. Unos creen que soy demasiado joven y otros que estoy un poco loca.

»Me quedo y veremos lo que Dios quiere. Ya sé, por desgracia, lo que quiere el diablo. No tengas un solo minuto de abandono. Georges y Marulli son cínicos, es decir, perrunos (eso quiere decir en nuestra lengua). Yo también podré ser cínica y perruna con ellos, un día, si es necesario. Pero no quiero serlo. Contigo he aprendido lo que es ser buena, fiel, valiente y generosa. Aquí a tu alrededor, hay una virginidad que lo salva todo. Entre los tuyos hasta el crimen es virgen. En la corte de mi tío hasta la virtud es criminal. Mi primo y mi tío morirán un día entre un concierto de pócimas y un olor nocturno de gatos en celo. (Al llegar aquí, Roger comprendió que María se había equivocado y quería decir un olor de pócimas y un concierto nocturno de gatos en celo.) ¿Te ríes? Dios quiera que esa sonrisa no sea la última.

»Roger, vuelve esta misma noche aquí. Daremos las provincias del Asia a tus soldados y nosotros nos iremos a Bulgaria. Mi padre el kan es muy gordo y apenas si puede levantarse de su trono. Tú lo serás todo en Sofía y desde allí vigilarás a Andrónico, y si tus catalanes son defraudados en algo, podrás venir a castigarle».

Así terminaba la carta. Roger, con la imagen de aquella mujer en el fondo de su complacencia de amante, dio la orden de partir para Constantinopla.

El pequeño ejército se puso en marcha. Y llegaron el día siguiente a media tarde. Los mil almogávares ocuparon sus viviendas de Blanquerna. Los caballeros, en su mayor parte, se instalaron en hospederías de lujo y

algunos en casas particulares de romeos importantes. Roger fue al palacio, a caballo pasó por debajo del árbol que un día le había arrojado una oruga y vio que un poco más lejos le esperaba sonriente el príncipe Miguel. Tenía un aspecto amistoso, casi cordial, que contrastaba con las alarmadas preguntas que le hizo por correos especiales dos días antes.

Los guardias rindieron a Roger los honores de César, que eran casi los mismos que los del príncipe heredero del trono. Andrónico les esperaba en el primer rellano de la escalera de Embajadores.

Se abrazaron estrechamente. Andrónico llamaba a Roger «mi primo» y también, de vez en cuando, «mi salvador». Y los guardias de las alabardas lo oían, el oficial de la guardia lo oía. Lo oía también el príncipe Miguel, pálido otra vez. Allí, en la sombra de las escaleras, su palidez tenía sombras y luces —pensaba Roger— de renegado musulmán.

Al encontrar Roger a la reina Irene en la cámara de gala arqueó las cejas asombrado y acudió a besarle las manos. Ella gozaba de la sorpresa:

—¿Qué creías? —le dijo—. Quiero ver si le eres fiel a mi hija en Constantinopla, donde hay tanta hembra soñando con los capitanes triunfadores.

El Emperador era el mismo de siempre y Roger veía en sus ojos la admiración y el respeto. Estaba seguro de poder percibir los vanos del sigilo a través de las fórmulas de cortesía. Pero el príncipe Miguel era más difícil de entender porque unas veces parecía cerca de él, demasiado cerca de él —cerca, como una mujer o un hermano— y otras, de pronto, lejano, lejano y congelado.

Lo primero que le dijo el Rey fue que las cantidades de trigo que no habían sido entregadas a la tropa todavía, le esperaban en Cízico. Había hecho enviarlas allí para evitarles las molestias y los gastos del transporte.

El Emperador lo llevó a ver las nuevas instalaciones en las que se exhibían los trofeos de la última victoria.

—Aquí —dijo llevándole a la cabecera de una galería que llamaban de *las ánforas* porque había muchas fabricadas con materias preciosas— sólo tengo la mitad de las banderas porque la otra mitad está ya en la catedral de Santa Sofía formando gallardetes con los escudos turcos. Entre ellos está el de Karman.

—¿El escudo de Karman? —preguntó Roger, extrañado.

—Vaya con el César —dijo el Emperador— que no se ha enterado todavía de que me envió el escudo del león de Persia. ¿No recuerda un escudo de concha de tortuga con aplicaciones de oro?

La clasificación del botín la había hecho Muntaner. Dudaba de que aquél fuera el escudo de Karman y lo consideraba más bien una oficiosidad de Muntaner, hombre de imaginación. Roger no habría dicho una cosa como ésa de no estar completamente seguro.

Le prometió el Emperador hacer traer el escudo de Karman para que lo viera.

—Es lo mejor de mi tesoro —decía con la expresión de un viejo pacífico que gusta, sin embargo, de las glorias de la guerra. Y repetía irónico—: Karman no es espartano y no se cree obligado a volver del campo de batalla ni con el escudo ni sobre el escudo.

Encontró Roger en su cuarto una estola con palabras de la princesa María bordadas en oro: «Llega la mañana de la destrucción y yo me digo: ¿qué culpa tiene ése de haber nacido? Vino a la vida por azar y aguanta la broma como puede. Por eso en mis oídos sobrenada una capa rosada, una especie de aceite balsámico de reservas conciliatorias.

»Menos en el odio que me tengo a mí misma, a veces. Yo lo combato ese odio. En las mañanas suelo bajar al parque donde se establece, ella sola, la neutralidad. Las flores tienen en el tallo un temblor y hacen un juego de afirmaciones ligeras. Compruebo que los recursos de nuestra esperanza son como los del recuerdo. Y son infinitos.

»Yo le daré a él una mujer nueva y sin rostro, cubierta con un lienzo que será blanco en la primavera y en el otoño malva. Las multitudes en la plaza de armas agitarán laureles. Yo seré el amor que vuelve sobre sí mismo y puede contemplarse. Y las multitudes estarán manchadas de sangre o de vino. Todas las mujeres que yo le daré a Roger tendrán cara de virgen y muslos maduros. Y todas serán yo».

El encuentro con la reina Irene le había sorprendido demasiado para saber si le gustaba o no. Y se preguntaba: «¿se quedaría aquí o vendrá con nosotros a las provincias del Asia?»

Esperaba que no estaría el Rey acompañado de cortesanos durante la comida porque quería hacerle algunas preguntas y cuando había gente extraña el protocolo lo prohibía. «En todo caso», pensó, «tendré tiempo de verlo a solas mañana». El buen estilo cortesano consistía en ser lo más impersonal posible a todas horas. Llegaba un momento en que se tenía la impresión de que todo el mundo estaba haciendo teatro.

En la comida de la noche estaban todos los megaduques de la corte con sus esposas. El Emperador parecía curioso del lejano reino de Francia y de sus sucesos, y Roger se limitó a decir vaguedades advirtiendo que no podía ser muy adicto a algunas casas, como la de los Anjou, porque tenía motivos familiares de resentimiento. Esto pareció muy bien al Rey y pensó que una de las virtudes de los catalanes era la honestidad para juzgarse a sí mismos.

Solía repetir el Emperador que no gustaba del protocolo, pero era todo lo contrario. Como nadie podía preguntarle, sus palabras tenían la virtud de dejar acabado y sin remate cualquier clase de diálogo, y como no tenía nada de tonto, siempre que daba una opinión sobre alguna materia se preocupaba de abrir el tema siguiente y dejarlo a merced de la elocuencia de sus invitados. Así, pues, dijo antes de llevarse a los labios la copa que acababa de llenarle el hijo de Nastogo:

—Tengo oído que el Rey de Francia anda en dificultades con el Papa.

La reina Irene intervino preguntando a su vecino:

—¿Es Felipe *le Bel* un *bel-homme*, de veras?

No había nadie alrededor que pudiera atestiguar. Roger miró a su suegra y dijo:

—Yo he tenido el honor de estar a su lado y es un hombre de buena presencia.

Las damas preguntaban si era un hombre alto, bajo, gordo, rubio o moreno. Roger dijo que para los hombres un rey era un rey. Aquellas curiosidades las contestaría mejor una mujer. Añadió que Felipe de Francia era de buena estatura y no gordo ni flaco. El Emperador intervino:

—Basta a las damas de mi corte saber que Felipe es aragonés por su madre Isabel y que pelea contra el Papa. Todo eso a mí me parece excelente, amigos míos. Lo que no me parece tan claro es que permita esa

invención y novedad de los *estados generales*. Aunque yo no estoy muy enterado del asunto. ¿Qué serán los estados generales?

Nadie respondería. En un extremo estaba el Patriarca Alejo devorando una langosta. Tragó un buen bocado, lo regó con vino y dijo:

—Si me es permitido responder, yo diré a vuestra majestad que el Papa de Roma acaba de lanzar una bula dirigida al Rey francés titulada: *Ausculta, fili*. Y le amenaza no sólo con el fuego eterno, sino con la guerra inmediata si mantiene los estados generales.

—Pero ¿qué son esos estados generales? —insistió Andrónico después de beber de nuevo.

Nastogo alzó la cabeza sobre su plato:

—Son la última palabra del desenfreno. Eso quiere decir que el Rey necesita pedir permiso a sus súbditos para hacer las leyes.

La música tocaba en un salón contiguo, y entre los instrumentos que daban un son quejumbroso y agrio se alzaba una voz cantando. Roger, pensando en Muntaner, se hizo traducir por un paje la letra de la canción, que decía:

Los soldados persiguen a Eudosia
después de la batalla.
Uno es más fuerte y aleja a los otros
y quiere lo que ella puede darle,
ella se niega y él le amenaza,
ella huye y busca al pope,
no lo encuentra y corre a su casa,
se encierra y busca un cuchillo,
pero no hace más que arañarse la piel.
La piel bonita de Eudosia.
Se tira por la ventana,
una ventana baja y cae de pie
sin dañarse siquiera las piernas,
las hermosas piernas de Eudosia.
Toma un tósigo y lo devuelve
sin envenenarse,
y entonces suspira, se persigna

y busca al soldado para decirle:
aquí estoy y Dios nos perdone a los dos.

Roger pensaba que aquella escena había debido suceder más de una vez durante las últimas campañas. La canción le gustaba. El nombre de Eudosia lo decían los cantantes con un acento de una melancolía cómica.

Al Patriarca no le gustaba aquella canción, pero el Emperador sólo quería canciones populares y solía decir que eran mejores que las de la iglesia. El Emperador no respetaba a los archimandritas ni tampoco a los prelados franceses que, según Nastogo, ponían condiciones al Rey. El duque seguía hablando de los estados generales:

—Todos comprendemos que el Rey convoque una asamblea de consejeros. Pero que el pueblo haga las leyes me parece un abuso y la historia le pedirá cuentas al monarca por tolerarlo.

El Emperador, afectando una gran perplejidad y al mismo tiempo un desinterés completo del problema, comentó:

—Sin embargo, el pueblo es el pueblo.

Todos asintieron. Andrónico añadió:

—Pero hay algo que no entiendo. ¿Cómo va el pueblo a obedecer a unas leyes que el mismo pueblo ha hecho? ¿No hay en eso una contradicción?

En aquel momento el Emperador brindó por el buen suceso de las armas de Roger.

—Sólo le pido a Dios —dijo un poco emocionado— que siga asistiéndonos. Eso nos basta para llevar el Imperio a una era de paz y de prosperidad.

Mientras hablaba, observó Roger que la reina Irene miraba a su hermano con un desdén apenas disimulado. Contestó el César brindando por la salud del Emperador y de la nación, por la reina Irene y porque la Providencia diera al príncipe Miguel fortuna en las armas y en los complejos problemas del reino que un día pesarían sobre él.

Esto de la «fortuna en las armas» —que Roger dijo de buena fe— hizo palidecer al príncipe, y Roger se dio cuenta de que había nombrado la cuerda en casa del ahorcado. El Emperador preguntó a Roger qué lugar de los que había visitado en el Imperio le había gustado más y Roger habló de

Éfeso y dijo que aquella ciudad le había dejado un recuerdo profundo. Se refirió a la Diana Atenea de los griegos antiguos y a otras cosas, resbalando sobre ellas para evitar al mismo tiempo la pedantería y el riesgo de mostrar su ignorancia. La reina Irene intervino alzando la voz:

—Yo prefiero Orestiades. Es una población menos antigua, pero hubo un tiempo en que tenía mujeres con alas. Las euménides. Yo he creído siempre que esas euménides han existido y existen todavía hoy.

Hubo rumores joviales de feliz abandono. La duquesa de Nastogo, que no entendía nunca las bromas, comenzó a decir que estaba segura de que no existían euménides ni en Orestiades ni en Constantinopla.

—En potencia las hay siempre, creo yo —dijo la reina Irene.

—No —añadió torpemente la Nastogo—. Ni en Potencia ni en Constantinopla ni en Nicea.

El Rey disimuló, pero no pudo aguantar más y su risa fue coreada por la de los cortesanos. La reina Irene insistió:

—Las euménides andan volando por la noche. Yo las oigo sobre el parque.

—Son bulos —dijo la Nastogo.

El Rey volvió a reír y dijo a Roger en voz baja:

—No hay como la inocencia para acertar con los rasgos de humor.

El Rey hacía el honor de hablar a alguien en voz baja pocas veces y a pocas personas.

Después de la comida, el Emperador llevó a Roger a la galería de retratos. Llamaban a aquel lugar el *pasaje de la anfictionía*. Cuando llevaba allí a un invitado, quería decir que debían dejarlo solo con él.

La galería era ancha y de altos techos. En un lado se veían numerosos relojes de plata, de oro, de nácar. Todos estaban detenidos, menos uno que ocupaba el tímpano encima de la puerta del fondo. Como los muros eran altísimos, encima de los relojes había grandes espacios con los retratos de los Emperadores anteriores a Andrónico. Faltaba el retrato del último Ducas, cuya dinastía quedó interrumpida al coronarse el primer Paleólogo.

Roger miraba los retratos y encontraba en los de mujer alguna clase de parecido con la princesa María. Había una belleza griega y búlgara que los

bizantinos habían realzado con sus artes, sus vestidos, sus maneras. Y que imitaban un poco las mujeres de la aristocracia.

Pero las expresiones de aquellos reyes eran bastante bobas casi siempre. La galería comenzaba en el siglo VII con Leoncio, que mostraba un rostro rígido y parecía estar diciendo: «He hecho todo lo que puedo y es inútil esperar más de mí». Luego venía Tiberio III, con las fechas de su reinado al pie: 698-705. Este Tiberio, aunque no tenía nada que ver con el de Capri, mostraba una cara caprina y parecía estar diciendo al que lo miraba: *Cuidado. No se acerque porque le doy con el cetro*.

Los otros, a medida que se aproximaban al tiempo de Andrónico, estaban mejor pintados, pero conservaban un poco de la rigidez bizantina en el traje y en el gesto y sólo eran expresivos en el rostro.

Los trajes estaban minuciosamente dibujados y no había mucha diferencia entre el de Anastasio, por ejemplo, en el año 715, y el que llevaba Andrónico en aquel instante.

El Emperador decía a Roger:

—¿Ha licenciado vuestra excelencia las tropas?

—Las he esparcido y diseminado. Pero esperan órdenes de vuestra majestad porque lo último que habíamos convenido era que pasaríamos a las provincias del Asia.

El Emperador lo miraba a los ojos, muy cerca.

—Lo que quería decir con eso, César, es que no me creo obligado a pagar un solo escudo desde el día de la firma del convenio.

—De acuerdo, señor.

—¿Y podría vuestra excelencia —añadía celoso— mantener el ejército a su costa?

—Con los feudos que me ofrece vuestra majestad, desde luego.

Roger estaba mirando en el muro la figura un poco ridícula de Nicéforo I (802-811), cuya expresión parecía suplicar un poco de simpatía. Era como si dijera: «Dese usted cuenta de mi verdadera sencillez natural y no se fije usted en todo este oropel que ha puesto el pintor».

—Ya veremos —dijo el Emperador.

Esa respuesta extrañó al César Roger porque parecía un desafío. Cada vez que se veía inclinado a confiar ciegamente en el Emperador, recordaba

que el príncipe Miguel seguía concentrando tropas en algún lugar. Según le había dicho la reina Irene, su ejército tenía ya treinta mil hombres de a pie y nueve mil caballos. Y aunque no era necesario creer todo lo que decía su suegra, al recordar Roger estas cifras comprendía o trataba de comprender las palabras del Emperador:

—¿Es que prefiere vuestra majestad —dijo como el que aventura una hipótesis— que mi gente pase a ser una unidad secundaria en el ejército de vuestro hijo, el príncipe Miguel? Si es eso, podemos hablar francamente. En principio considero a vuestro hijo como una personificación del Imperio y como el brazo derecho de vuestra majestad imperial.

El Emperador se quedó un momento dudando, como si no estuviera seguro de haber comprendido a Roger. Y dijo, conmovido:

—En ese caso, querido primo, seréis el primer mariscal del Imperio bajo las órdenes directas de Miguel.

Roger pensó: «Ah, vamos, quiere que gane las batallas y que su hijo reciba los laureles». Tampoco tenía inconveniente, pero sólo con tropas catalanas podía estar seguro de obtener alguna victoria y de poder regalársela al príncipe Miguel.

Alzaba Roger la mirada hasta la efigie de Constantino VIII (1025-1028) y seguía dudando de que un ejército de griegos y alanos, aunque fuera de treinta mil hombres, bastara. Esas dudas las entendió a su manera el Emperador. Roger dijo:

—Estoy pensando que como mariscal recomendaría que los seis mil catalanes vinieran a nuestras filas. Serían una excelente vanguardia.

El Emperador estaba mirando el retrato de Alexis Paleólogo, quien mostraba en la tabla una extraña determinación un poco excesiva y feroz. El Emperador dijo:

—Demasiados, seis mil. Demasiados. Yo diría mil. Mil infantes y doscientos caballos.

En aquel momento llegaba la reina Irene acompañada del Patriarca, y al verla Roger pensó: «Mi suegra olfatea dificultades. Tal vez hace bien si mis diálogos con el Emperador van a seguir por este camino». Llegaba la reina discutiendo con el sacerdote, quien decía que la posesión de una reliquia bastaba para propiciar cualquier clase de milagro. Estaban hablando del

hombre a quien colgaron en Culla sin conseguir quitarle la vida. El hombre elevado por el cuello sobre la multitud la miraba gravemente. Grave e impasiblemente. Y no murió. Vivía todavía en Culla y solía ir a cantar a la iglesia todos los domingos.

Pareció el Rey recordar de pronto el incidente y se mostró también interesado. La reina Irene intervino alzando la voz y dirigiéndose al Patriarca:

—Dígale usted al Emperador en qué consiste la gracia de las reliquias del Santo Sepulcro. Yo no creo una palabra de todo lo que usted ha dicho, pero tal vez convencerá al Emperador. Eso de la simbiosis de la fe y la razón no lo entiendo.

Añadió dirigiéndose, a su hermano:

—Espero que autorices al César Roger a retirarse. Quiero que me acompañe porque tenemos que abrir los correos de Gallípoli.

Salió la reina acompañada de Roger. No había correo alguno de Gallípoli, pero, en cambio, vio Roger algunas cartas que había escrito la reina Irene a su hija. Eran cartas tranquilas y seguras, pero todavía con una sombra de alarma. La alarma no se sabía si era por Roger, por la princesa o por sí misma. Insistía la reina en la normalidad de la vida del palacio como si supiera que iba a necesitar muchos argumentos para convencer a su hija. Roger leyó aquellas cartas y vio en ellas, a pesar de todo, una sensación de inseguridad. Con ellas en la mano dijo a la reina Irene las palabras que había cambiado con el Emperador y preguntó después:

—¿No está clara la situación?

—No —dijo ella, abstraída.

—¿Qué haría usted en mi caso? —preguntaba Roger.

—Marcharme esta noche a Gallípoli.

El consejo de la reina lo daba ella como se da un consejo imposible de seguir. Ella sabía que Roger no se marcharía. Por ver que sucedía, Roger fingió que iba a marcharse sin avisar a nadie, pero la reina Irene puso las dos manos en su pecho:

—Roger, no hagas eso. Tú creerás que es sólo una descortesía. Bien, pero en la corte se puede hacer todo menos una descortesía. ¿Comprendes?

Viéndola tan excitada, Roger le prometió no salir hasta el día siguiente, después de la comida, que era, al parecer, una comida íntima con la familia del Emperador. Y cuando salió de las habitaciones de su suegra, iba pensando: «Cada palabra nueva aumenta la confusión». Pero era sólo una confusión menor y sin riesgos.

Al día siguiente paseó por el parque, vio al tesorero mayor con quien firmó algunos papeles, fue a Santa Sofía para admirar —por indicación del Rey— el escudo de Karman y regresó a pie con su ayuda de cámara Bizcarra, quien le dijo que los almogávares andaban desarmados por las calles y qué a él le parecía demasiada confianza. También andaban así los caballeros del séquito de Roger. Algunos ni siquiera llevaban yelmo, sino gorra de gala.

—¿Por qué piensas tú que es peligrosa tanta confianza? —preguntó Roger—. ¿No crees que ir siempre armados sería una provocación y una ofensa a la buena amistad?

—Es posible que tenga usted razón —dijo Bizcarra, confuso.

La comida era a las doce y media y la salida de Roger para Gallípoli estaba señalada para las seis.

Antes de ir al comedor imperial, el criado vistió a Roger con el manto de grana de los césares. Y el jefe catalán fue a buscar a la reina Irene para dirigirse juntos al comedor, en cuya puerta les esperaba el Rey.

En la antesala, el príncipe Miguel y Roger cambiaron impresiones y Roger aludió a la campaña próxima como si hubieran de hacerla juntos. Por la sorpresa de Miguel comprendió que su padre no le había dicho una palabra de aquello, todavía. El Emperador llegó diciendo que el griego era el mejor soldado del mundo si tenía buenos jefes, pero que, por desgracia, la corte griega no los había tenido hacía siglos. Y concretando más sobre ese espinoso tema dijo que Roger organizaría tercios griegos con oficiales aragoneses a las órdenes de Miguel.

La música en el cuarto de al lado repitió la canción del día anterior que le había gustado a Roger. Y éste la escuchó con gusto, llamó al maestro que la dirigía y le dio una pequeña bolsa de oro, según la costumbre. El músico se inclinó y dijo, con permiso del Emperador, que tocaría otras canciones populares griegas.

En aquel momento se oyeron rumores inusuales en el parque y el Emperador puso atención y ordenó a un paje:

—Ve al capitán de la guardia y dile que no alboroten.

El paje desapareció rápido y silencioso.

Pero apenas salió al pasillo volvió a entrar de espaldas para dejar paso al alano Georges, que llegaba con la espada desnuda en la mano.

Roger lo vio y sintió que el aire del cuarto cambiaba de color. Todo era amarillo y oro, pero se hacía más oscuro.

Al lado de Georges iba un capitán de las tropas turcopoles con más de una docena de los suyos detrás y con ellos Gregorios, capitán romeo amigo de los genoveses. Al verlos, el príncipe Miguel, muy pálido, se apartó a un extremo de la sala. El Rey, mirando con ira a Georges, dijo:

—¿Qué violencia es ésta, en mi casa?

La orquesta seguía tocando porque el mayordomo había dicho muchas veces a los músicos que ellos no estaban autorizados a oír ni a ver nada dentro de los recintos del Emperador.

Buscó Roger con los ojos a Bizcarra, que tenía cuidado de sus armas. El príncipe Miguel se había retirado a un rincón y esperaba, más amarillo que nunca, atacado de una tos seca y nerviosa. La reina Irene gritó:

—¡Traición! ¡Favor al César!

Como si Georges y los suyos quisieran cubrir con sus voces las de la reina, avanzaron hacia Roger insultándolo todos a un tiempo. Roger dijo:

—Caballeros, no se trata, espero, de una algarada de rufianes. Concédanme el derecho de la defensa.

La reina Irene gritó de un modo inarticulado:

—Huye, huye y sálvate para mi hija y para el Imperio.

En esas voces entendió Roger, mejor que en la actitud de sus enemigos, que había llegado su fin.

—Caballeros —repitió, más pálido—. Supongo que ninguno de ustedes es tan cobarde que quiera matarme por sorpresa y a traición.

Se dio cuenta entonces de que el Emperador no estaba en la sala. Había una panoplia en el muro y se dirigió allí para alcanzar un arma, pero en aquel momento se sintió herido en la espalda. Dio frente a sus enemigos, como una fiera:

—Georges, traidor, cobarde. ¡Tenías que ser tú!

Avanzó sangrando por la boca hacia la puerta, donde la reina Irene gritaba otra vez:

—¡Favor al César!

El príncipe Miguel, en su rincón, miraba y tosía nerviosamente. Dos de los hombres que seguían a Georges y el mismo capitán alano avanzaron hacia Roger, que vacilaba sobre sus pies. Uno le agarró por el cabello y el mismo Georges le cortó la cabeza de un solo tajo.

La reina Irene, con una voz ronca, repetía fuera de la sala:

—¡Traición! ¡Favor a la reina!

Un paje miraba, congelado, en el marco de la puerta:

—¿Qué ha hecho usted, general? —dijo sin aliento.

—Matar a un enemigo —respondieron a coro dos o tres hombres.

El cuerpo de Roger seguía en la alfombra. La cabeza la llevaba Georges colgada de los cabellos. Todo estaba lleno de sangre: la cortina, la alfombra, los manteles.

En el cuarto de al lado la música seguía con la canción favorita de Roger. Una viola producía sobre una cuerda alta una nota que hacía vibrar y entrechocar los cristales delicados de una lámpara.

El príncipe Miguel, sin dejar de toser, se acercó al cuerpo caído y dándole con el pie, dijo:

—Ahí estás tú, el de las grandes victorias, el que vino a salvarnos, el que pudo hacer en un año lo que nosotros no habíamos hecho… —y viendo a Georges que abría un balcón llevando la cabeza de Roger en la mano, gritó—: ¿A dónde vas?

—A enseñarles la cabeza a los míos, que están esperado esta señal para no dejar un catalán vivo en toda la ciudad. En toda Tracia. En todo el Imperio.

La reina Irene gritaba en los corredores:

—¡Romeos, soldados de mi padre, traición! ¡Favor a la reina!

Pero nadie acudía. Antes de salir al balcón, Georges dijo al príncipe:

—Nuestras tropas están esperando y no se salvará uno solo. Lo juro por la memoria de mi hijo y por ésta.

Besó su espada manchada de sangre que dejó una mancha negra en sus barbas grises.

De las habitaciones interiores llegaba ruido de armas y voces. Bizcarra se defendía. La reina Irene buscaba al Emperador. Nadie lo encontraba. Llamó a sus damas de honor y a un paje, a quien Irene le dio cien escudos y le ordenó que corriera a Gallípoli y contara a la princesa lo que había visto.

—¿Yo? —decía el paje espantado—. ¿Lo que he visto yo?

La reina le dio las insignias de los correos especiales y el paje salió, montó a caballo y, acompañado de dos hombres de pica, partió al galope. La insignia de la reina le autorizaba a tomar caballos de refresco en cualquier lugar sin ceder la prioridad a nadie. Por una casualidad curiosa uno de los lanceros llevaba el banderín de la guardia personal del Emperador. Éste seguía sin aparecer por parte alguna.

El silencio era tal en el comedor que se oía el ligerísimo siseo de la sangre al romperse algunas burbujas entre la alfombra y el mosaico romano.

La reina Irene volvió al comedor. Estaba manchada de sangre que le limpiaban dos damas con sus finos pañuelos de encaje. No lloraba. Parecía haber envejecido y su piel tenía la opacidad de la piel de las momias.

—¿Dónde está la guardia? —decía sin gritar, como si hablara consigo misma.

En las habitaciones interiores la pelea con el criado Bizcarra había terminado. Bizcarra estaba muerto, pero dos hombres de Georges yacían cerca de él y su sangre corría sobre el mármol en un largo reguero.

—¿Qué haces ahí? —preguntó la reina a Miguel.

—Esperar que maten al último catalán.

La reina Irene miraba el cuerpo de Roger:

—El último. El último. No será fácil matarlo, al último. Por ahora sólo habéis matado al primero, de espaldas y a traición.

Todo era en el comedor amarillo, incluso los manteles en donde se había vertido el vino de las ánforas. Pero junto a las manchas del vino había grandes cuajarones de sangre. La alfombra color leonado tenía también charcos enormes entre la panoplia y la puerta. Del cuello de Roger seguía fluyendo sangre, todavía.

Comenzaban a dominar sobre los rumores del palacio los gritos y los llantos de las mujeres. El príncipe Miguel estaba atento a los clamores de la plaza de armas, donde se oían apóstrofes, gritos y cascos de caballos. Al mismo tiempo, los primeros escuadrones armados salían a la caza de almogávares. Miguel miraba inquieto desde el balcón. Parecía tranquilo, su tos había cesado, pero repetía entre dientes a los que se le acercaban:

—Prudencia, mucha prudencia.

Salió poco a poco a la terraza, donde estaba Georges todavía. Volvía a toser. Era una tos de la garganta, de una garganta no obstruida, sino solamente seca.

Comenzaba Miguel a reflexionar: «Mi padre no dirá nada. Mi padre, sin saberlo, odiaba a Roger como se odia a aquél cuyos favores nos obligan. Mi padre no dirá nada. Mi padre estará ahora lamentando la muerte de Roger y alegrándose al mismo tiempo. Y rezando. Odia al héroe que le obliga a gratitud. Yo no sé qué hacer. Soy demasiado feliz para pensar. Ahora puedo mirar a todo el mundo a la cara porque todo el mundo sospechará que a Roger lo he matado yo».

Y repetía para sí: «Me he salvado. De verdad que me he salvado».

En la plaza de armas había siete cuerpos catalanes caídos sobre su sangre y despedazados. A algunos les faltaban las cabezas, como a Roger.

Veía el príncipe en aquel momento desde la terraza las cosas más triviales. Veía en un arbusto del parque, abandonada, una abarca de las que usaban los almogávares. Una abarca de cuero. Estaba colgada de una rama seca. De un rama seca y baja. Una abarca de cuero que alguien había usado. Brutal y delicada al mismo tiempo. El que la usaba había pasado con ella por algunos charcos y estaba sucia de barro y de sangre. Un alano se acercaba y la cogía y la miraba un instante, meditabundo. Luego volvía a dejarla donde estaba antes. Es decir, un poco más alta y más a la vista. Como pensando: «Es un objeto útil cuyo dueño ha muerto de muerte violenta».

El príncipe Miguel oía las voces de la algarada, iguales a las de los turcos (eran en aquel momento tropas turcopoles). Por todas partes se oían gritos de feroz alegría.

Los catalanes morían en silencio, peleando como podían. El que más y el que menos había conseguido una espada. Los que tuvieron tiempo volvieron a Blanquerna y se armaron. Pero iban cayendo uno tras otro, todos. Hasta el último.

Marulli se acercó al príncipe Miguel:

—Señor —dijo—, ¿qué has hecho?

El príncipe llevó la mano al pomo de la daga y al ver que era Marulli explicó entre toses nerviosas:

—Era inevitable.

Y añadió en voz más baja que tuvo que hacer aquello para no volverse loco. Lo sentía sólo por la joven viuda, la princesa María.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XI

Sabiéndose vengado —vengado de sus favorecedores—, comenzaba el príncipe a sentirse generoso: «Lo siento por mi prima la princesa María, pero la suerte del Imperio no va a estar pendiente de los sentimientos de una niña de dieciséis años».

Del barrio de Pera llegaban gritos a coro como de cacería, mezclados con ladridos de perros: «Cada cual es como es. Había un tiempo en que la princesa María parecía demasiado peculiar y las doncellas se reían a sus espaldas. Hasta que llegó el amor y supo ella misma quién era. Quién era ella, eso es. A mí no me ha llegado el amor, pero necesitaba todo esto para saber quién soy y ser el que verdaderamente soy. Ahora comprendo que me he salvado».

El aliento no le llegaba al fondo de los pulmones. Y pensaba otra vez en la princesa María. Las doncellas se burlaban a sus espaldas en aquellos tiempos. Se burlaban de ella porque se pasaba un mes y tal vez más sin lavarse ni peinarse y parecía un gatito montés. Luego, de pronto, se sentía coqueta y no salía de las manos de sus azafatas sino hecha un ascua de oro. En esta última época fue cuando llegó Roger. «Debe tener ahora», pensó Miguel, «diecisiete años, la princesa». Y se preguntó: «¿Qué pasará cuando se entere de la muerte de Roger?» El príncipe Miguel la odiaba porque le daba la impresión de saber todo lo que hacía él y de guardarle el secreto de un modo reticente y burlón.

Tenía tentaciones de montar a caballo y ponerse al frente de los suyos, pero no quería comprometer más a su padre. Al fin Roger era yerno del kan de Bulgaria y privado del rey de Sicilia. No debía salir el príncipe ni dar la cara mostrándose de acuerdo con los que perseguían, herían y exterminaban. Volvió a entrar y llamó a los músicos —que habían dejado

los instrumentos y estaban sentados en la tarima de la orquesta sin atreverse a salir de la habitación— para que siguieran tocando como si no sucediera nada.

La batalla se concentraba en aquel momento entre Pera y Blanquerna. Los gritos recordaban las celebraciones públicas y los días de fiestas y olimpiadas.

Miguel volvió a entrar cerrando detrás cuidadosamente la puerta de la terraza, como si por ella pudiera llegar algún peligro. Y se puso a escuchar la música que tocaba otra vez la canción favorita de Roger. El príncipe se dijo: «También a mí me gusta esa canción. En eso coincidimos». Le era ya posible coincidir con Roger en algo y eso le extrañaba y le complacía.

Había olor de sangre —de flores marchitas que comienzan a pudrirse— y salió silenciosamente al pasillo. Allí sobre un diván tapizado de seda azul, vio un objeto que tardó en identificar: la cabeza de Roger. Reaccionó de su sorpresa y llamó airadamente. Acudieron dos soldados de alabarda.

—Eso —dijo señalando el diván— es una suciedad que hay que sacar de ahí.

El soldado más decidido —el otro vacilaba— la cogió por los cabellos y salió con ella colgada, como una linterna apagada. El otro soldado, siguiendo las órdenes de Miguel, busco el cuerpo.

Caminaba el príncipe por el palacio huyendo de los lugares donde se oían voces y llantos de mujer. Conocía a la reina Irene. Ella sospechaba lo que iba a suceder pero no quería privarse del derecho a la sorpresa, al escándalo y a la protesta. El príncipe evitaba encontrársela porque no estaba seguro de poder resistir la tentación de decirle todo aquello. Se acercó a las habitaciones de su padre y estuvo dudando si entrar o no. Oyó cerca sollozos de mujer —¿su tía?— y siguió por el amplio corredor tratando de componer un semblante de indiferencia, porque los centinelas y caballeros del servicio cuando lo veían, clavaban en él los ojos tratando de adivinar. «Tengo que andar con cuidado», pensaba, «para que no me vean demasiado feliz».

Además, ¿adivinar? No hay que adivinar nada —se decía—. He salvado al país y yo me he salvado de la locura. Estoy en mi derecho salvándome de la locura.

Al volver un ángulo de la galería de los retratos encontró a Nastogo sentado en un escabel, al pie de un sillón. Era la suya una posición de mujer o de niño. Al ver al príncipe, se levantó. El príncipe le hizo una seña y los dos siguieron caminando hasta el salón de los mapas, un cuarto con las paredes cubiertas de cartas marítimas y terrestres que describían el Imperio y sus alrededores. En el cuarto estaba Marulli, que se levantó también.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el príncipe.

Quería decir el príncipe que en aquel momento debía estar al frente de sus tropas exterminando a los catalanes.

—Señor —respondió Marulli—, para acabar con mil infantes descuidados y doscientos caballeros desarmados no es necesario que un mariscal del Imperio monte a caballo.

El príncipe comenzó a hacer reproches:

—¿Tú? ¿Mil catalanes? ¿Crees que acabados los que hay en Constantinopla has cumplido con tu deber? Hay seis mil más en otras partes del Imperio comiendo el pan de nuestros hijos, robando nuestro oro y violando a nuestras mujeres. ¿Qué haces tú entretanto? Mirar los mapas de estas paredes y tascar el freno que te pone tu cobardía.

Cuando Miguel perdía los nervios, Marulli, por un extraño reflejo, sentía los suyos más tranquilos. Se acercó a los mapas y comenzó a decir cuál era la distribución de las fuerzas catalanas. El príncipe Miguel estaba obsesionado por Berenguer:

—¿Dónde está ahora Berenguer de Entenza?

No lo sabían. El príncipe parecía pensar: «Me gustaría encontrarlo a solas con armas iguales».

Nastogo puso su dedo sobre la zona de Gallípoli:

—Todo esto está ocupado por ellos. Cuando sepan la muerte de Roger, lo que está sucediendo en Blanquerna y lo que ha sucedido en las calles, cada uno de esos catalanes se creerá obligado a hacernos la guerra hasta la cuarta generación. No habrá ley ni cuartel.

Marulli intervino entre seguro y escéptico:

—Los catalanes están diseminados por las provincias marítimas y antes de que se concentren serán atacados en sus pequeños destacamentos.

Dos soldados pasaban por el corredor próximo arrastrando el cuerpo de Bizcarra. El príncipe salió apresuradamente y dio orden de que todo lo que llevaba Roger en los bolsillos le fuera entregado para enviárselo a la princesa María.

Seguía Marulli contemplando el mapa con indiferencia.

—Aquí hay un destacamento de doscientos catalanes y aquí una avanzada de quince. En Orestiades hay mil. Tarea ardua para los que ataquen si los encuentran juntos y armados. En Gallípoli hay dos mil, pero no todos juntos, sino diseminados por la provincia.

El príncipe los miró a los dos con desdén y salió en busca de su padre. Iba muy decidido, pero a medida que se acercaba a la cámara del Emperador acortaba el paso. Cuando llegó delante de los centinelas, uno de ellos cruzó la lanza y el otro explicó:

—Su majestad imperial no desea ver a nadie, ni siquiera a su alteza.

Miguel, contrariado, volvió a la terraza, es decir, a su lugar de observación. Antes de llegar volvió a oír la música que tocaba la canción de Eudosia y sabiéndose solo hizo dos mudanzas de baile sobre la gruesa alfombra persa. Luego miró alrededor, alarmado. No le había visto nadie.

Encontró en la terraza a tres capitanes romeos, entre ellos el comandante de la guardia del palacio, sobrino de Marulli, quien transmitió al príncipe las últimas noticias.

—En el recinto de la acrópolis hay más de trescientos catalanes muertos, cincuenta heridos puestos en hierros y la caballería alana va exterminando a los otros donde los encuentra.

—¿Y ustedes? —preguntó el príncipe a los otros dos capitanes—, ¿qué dicen ustedes?

—En Pera —dijo uno de ellos muy nervioso— hay más de quinientos muertos entre catalanes y genoveses. Muchos catalanes heridos y medio muertos han podido armarse y se defienden hasta el fin. Se cree que los catalanes muertos en Pera pasan de cuatrocientos, entre ellos algunos capitanes conocidos. Antes de la noche, si los nuestros siguen así, no quedará uno solo vivo.

El otro capitán dijo que en Blanquerna tres capitanes catalanes se habían salvado refugiándose en una iglesia y ganando la torre a punta de espada.

Desde la torre habían matado por las saeteras más de veinte alanos, y a los que quisieron entrar les franquearon la puerta para degollarlos en las escaleras oscuras. No se les podía vencer ni reducir. Y desde la torre desafiaban a Andrónico y llamaban traidor al príncipe Miguel.

—¿Sólo traidor? —preguntó el príncipe.

De pronto se sintió generoso. Estaba dispuesto a perdonar a aquellos tres capitanes y ordenó que se les diera camino franco hasta Gallípoli. Él les facilitaría salvoconductos especiales.

—Señor… —decía el capitán de la guardia, receloso.

—Es mi deseo —insistió el príncipe—. Tráiganme los nombres de esos tres valientes y díganles que es mi voluntad darles las garantías que quieran. Es mi voluntad expresa, la del príncipe Miguel Paleólogo. Díganles que soy yo quien los salva.

Después de dudar un momento, los dos capitanes salieron sin acabar de comprender. El príncipe decía al capitán de guardia:

—Una hermosa hecatombe, ¿no es eso?

Llegaba un oficial con más noticias. La acción se daba por terminada. La mayor parte de los catalanes habían perecido. Había algunas docenas de prisioneros, todos heridos y puestos en cadenas.

—¿Quién se ocupa de ellos?

—Se los disputan los genoveses y los alanos. Y los van quemando vivos. Encadenados y heridos los arrojan a la hoguera.

Pensaba el príncipe: «Mi padre no sabe nada de esto, digo, de la matanza. Cuando lo sepa, se va a horrorizar, pero le diré que he usado su sello imperial para garantizar la libertad y la vida a esos tres capitanes y eso le gustará. Además, los tres capitanes me deberán la vida. Son valientes estos soldados de Aragón. Con toda seguridad esos capitanes me han matado más de cuarenta hombres. Son valientes». Y quería dar a aquellos valientes una prueba de su imperial benevolencia. Pensaba ir también más tarde a derramar flores a las tumbas de los griegos muertos en la refriega. Porque Miguel quería ser magnánimo con el vencido y justo con el vencedor. Ése era —pensaba— el mayor placer de las victorias: la magnanimidad y la justicia. Era feliz, Miguel.

Oscurecía y se veían luces de incendio por la parte de Blanquerna. Eran las hogueras a donde arrojaban a los prisioneros heridos y encadenados. Los genoveses se divertían. No había que privarles de aquella venganza tan ansiada desde el día de la boda de la princesa y Roger.

El príncipe no debía intervenir en aquello. Cuando volvía a sus habitaciones encontró otra vez a Marulli y le preguntó quiénes eran los capitanes encastillados en la torre. Una vez más dijo que no quería que se les hiciera daño alguno. Marulli tenía los nombres de los tres. Eran Manuel Arquer, Tous y un tal Roudor. Tenía razón, Marulli. Se trataba de Manuel Arquer, hijo de Gilabert Arquer, natural de Castellón de Ampurias, Guillermo de Tous y Berenguer de Roudor, ambos de Llobregat. El príncipe le hizo extender tres salvoconductos y en el de Arquer hizo constar: «Por la gracia especial del príncipe Miguel».

Para que pudieran salir de su reducto, el príncipe hizo relevar las tropas que asediaban la torre y las sustituyó por otras de su guardia personal. A favor de la noche los tres capitanes salieron y recibieron caballos en los que galoparon en dirección a Gallípoli. Pudieron llegar después de pasar por graves riesgos, porque la orden de exterminar a los españoles parecía haber sido dada al mismo tiempo en todas las ciudades del Imperio.

Cuando llegaron a Gallípoli, estaban extenuados. Arquer llevaba todo un lado del coselete roto, suelto y colgando. Tous decía a cada paso:

—Es la ruina de todos, porque Dios lo quiere. No hay nada a hacer porque es la voluntad de Dios.

Encontraron la gente muy agitada, los soldados con las armas puestas y un aire general de alarma. El paje correo de la reina Irene había llegado mucho antes y la princesa, después de oír la noticia de la muerte de Roger, no quiso saber nada más y se encerró en sus habitaciones.

Entonces el paje y los tres capitanes fugitivos fueron informando a Muntaner, Rocafort, Berenguer y a los otros oficiales. Muntaner escuchaba los mayores horrores, las violencias y crueldades más incomprensibles y repetía:

—Es natural.

Cuando mayor era la violencia de los hechos, más calmo se mostraba. Lo mismo sucedía con los otros, porque una vez muerto Roger y

establecido el horror de la situación, todo era lógico y sin verdadera novedad.

Pedían noticias de algunas personas y los capitanes y el paje (éste exagerando siempre los hechos) decían:

—Debieron quemarlos vivos en Blanquerna.

Los capitanes habían visto desde la torre el suplicio de muchos de ellos. Los apresaban heridos y sin defensa, les encadenaban los pies y las manos y luego los arrojaban a la hoguera. Muntaner, con los ojos apagados, repetía para sí: «Es natural».

Mientras el paje y los capitanes fugitivos hablaban, se oía fuera la extraña cantata del viejo Jaruf, un antiguo adalid de mamelucos de Siria que, golpeando con una piedra en una rodela, marcaba el ritmo de una especie de romancillo donde contaba horrores en un idioma medio árabe, medio persa, que tenía un estribillo castellano. El viejo mameluco, que apenas sí se tenía en sus piernas, contaba los mayores horrores y crueldades y golpeando con la piedra en la rodela repetía: «*eia, velar!*» Daba la impresión de que quería despertar a los soldados catalanes dando la voz castellana de alarma. O tal vez se burlaba de ellos con aquel «*eia, velar*» tardío, puesto que habían perecido en diferentes partes más de cuatro mil soldados. Terminada su cantata, el mameluco giraba sobre sí mismo una y otra vez hasta que su caftán tomaba la forma de una campana. Luego volvía a su canción.

El segundo día después de llegar las noticias de la hecatombe, el mameluco desapareció. Se decía que lo habían matado los perros de las guardias, por la noche. Alguien añadía que después de malherido por los perros, los almogávares lo colgaron en el rastro y lo enterraron. El caso es que nadie lo volvió a ver.

La princesa María se había encerrado en sus aposentos donde la asistían sus doncellas.

Los informes de los tres capitanes habían aclarado la situación. Antes de su llegada nadie comprendía lo que pasaba. Soldados griegos o alanos de procedencia ignorada y sin banderas sorprendían en la cama o en la calle a los almogávares descuidados y los pasaban a cuchillo. Esto no sucedía en Gallípoli, pero sí en algunos destacamentos próximos. Nadie sabía lo que

sucedía ni quiénes eran los que atacaban. Rocafort concentró algunas fuerzas y acudió a Gallípoli, donde estaba también Berenguer con unos trescientos hombres de a caballo procedentes de Orestiades. Concentraron a toda prisa la mayor cantidad de fuerzas que pudieron. No fueron muchas.

La princesa María seguía encerrada en sus habitaciones. Alrededor del torreón que ocupaba se sentía un gran silencio y un gran estupor. La joven viuda no lloraba, según sus doncellas. Iba y venía como un fantasma y a veces repetía en voz alta: «*Roger no vive*». Aunque el hecho era terriblemente claro y concreto, a veces pensaba que todavía podía tratarse de una noticia falsa. Alguien podía haberse equivocado. La reina misma podía haberse equivocado. El signo más funesto le parecía la presencia de un ave de presa en lo alto del torreón dando día y noche graznidos lastimosos.

Todas las tropas se reunieron con los capitanes en la planta baja del castillo. Rocafort anunció que iba a hablar Berenguer. En medio de un silencio completo, el jefe catalán dijo que el ejército quedaba reducido a menos de la cuarta parte y que era necesario enviar al Emperador una embajada con representantes de todas las armas, es decir, un caballero, un adalid, dos almogávares y dos marineros. Seis hombres en total. La embajada iría por el camino más corto y con las garantías de la ley de guerra. Pedirían al Emperador que castigara a los autores de tanto desafuero y en caso contrario le harían responsable de los daños y desgracias que sucedieran y de las repercusiones y complicaciones que acarreara la guerra dentro y fuera del país.

El príncipe Miguel había enviado algunos escuadrones ligeros para que dificultaran la concentración de los catalanes y los hostilizaran en Gallípoli. Las murallas no cercaban del todo la ciudad, estaban derribadas en la parte contraria al mar y donde se mantenían enteras era fácil escalarlas. Berenguer atendió a fortificar con albarradas y estacadas los arrabales fuera de las murallas y puso allí retenes para fatigar a la vanguardia de la caballería enemiga antes de que llegaran a la urbe. Los primeros escuadrones alanos y griegos llegaron y mientras los catalanes se batían continuaba la tarea de fortificación. En aquellas escaramuzas los catalanes hacían todo el daño que podían sin arriesgar demasiado.

A los tres días la princesa María dio señales de vida llamando a sus habitaciones a los tres capitanes más importantes. En aquellas tres noches sin dormir la princesa se había marchitado bastante y sus ojos lucían como los de un lobezno hambriento. Hizo llevar también dos escribanos y delante de ellos dijo que en nombre de las casas de Paleólogo y de Azán declaraba que su tío el Emperador y su primo el príncipe Miguel eran traidores a su patria y a los intereses de la cristiandad y que merecían guerra y muerte.

Parecía dolida y débil, pero tenía arranques de inesperada energía. Se acercó a Berenguer y le habló echándole el aliento al rostro:

—Sé que habéis enviado una embajada a Andrónico. No es hora de embajadas. ¿Sabéis lo que hará con los seis hombres de la embajada? Les hará cortar la cabeza y puestas las seis en seis jaulas las exhibirá en los pilares de la catedral. ¿Qué necesitáis todavía para ver la verdad? ¿No veis que ellos son hombres que visten oro y damasco para cubrir la mugre y que sonríen para disfrazar el odio y la sed de sangre? Yo los conozco porque soy como ellos. No creáis que estoy hablando animada por el amor de Roger. No. Lo odio a Roger en este momento y os odio a vosotros. Yo. Y conozco a Andrónico y a Miguel porque me conozco. Yo he querido a Roger y os he querido a vosotros, que arriesgabais la vida a su lado. Todo se acabó. Sin Roger soy la princesa María Azán de Bulgaria y Paleólogo. Soy sólo el amor que vuelve sobre sí mismo teñido de sangre sin conocer ya al amado. Estos tres días y estas tres noches últimas he estado encerrada y a oscuras. Ahora quiero gritar pero la voz no me obedece. Y os odio. Odio a Roger, que entre la muerte y las palomas de Bulgaria eligió a la muerte. Os amo y os odio. Id y abrid las gargantas y los pechos de los hombres griegos en los lugares donde han permitido a los soldados de Miguel entrar sin defenderles el paso. Matad también en Gallípoli a los hombres que se niegan a vestir el peto y a salir al combate. Destruid todo lo que no va a ser útil para la venganza. Matad a los hidalgos y nobles alanos, masagetas, comedores de peces, romeos traidores, turcopoles cobardes. Convertíos en los grandes criminales que se salvan después de haber contado sucesivamente las víctimas de sus crímenes. Yo iré con vosotros. Soy bastante fuerte para haceros la comida y para prender fuego al baluarte enemigo si no valgo para manejar la espada. Os amo también y os odio lo mismo que a Roger, quien

prefirió la muerte a la dulzura de estos brazos míos. Andrónico tiene muchos hombres flojos, que es peor que tener pocos y fuertes. Todos lo odiarán cuando yo grite mi odio a pleno pulmón sobre los campesinos, los artesanos, los comerciantes y los soldados. Tiene Andrónico un párpado caído que tiembla. Tiene una voz de muchacha malcriada. Todos los caminos son de él, ahora, pero todos están mojados de sangre. Id a limpiarlos y a reconquistarlos. Los embajadores no volverán ya nunca. ¿Para qué los habéis enviado? ¿Cómo es posible que tengáis confianza en Andrónico todavía? Yo lo conozco igual que conozco a mi madre y me conozco a mí y sé que ahora está viviendo el lado abyecto de su naturaleza, igual que voy a vivirlo yo desde ahora.

Los tres capitanes escuchaban a aquella persona delicada y frágil cuyos ojos encarnizados mostraban una locura agresiva. Berenguer dijo:

—Señora, nuestra embajada no tiene otra misión que cumplir el último trámite de la honestidad antes de entregarnos a la matanza. Es el pretexto para llenarse de odio y de razón, de justicia y, sobre todo, de merecimientos con el destino.

Muntaner escuchaba y quiso intervenir:

—Permíteme, Berenguer —dijo, y añadió dirigiéndose a la princesa—: Todos sabemos que no hay nada que esperar. Los seis hombres de la embajada también lo saben, igual que tú. El caballero Siscar y el adalid Pero López saben que van a la muerte. La embajada no tiene otra misión que cumplir la última diligencia de la hidalguía antes de entregarnos a los desenfrenos de la venganza. Tal vez los seis saben que van a morir y no importa. Tienen el miedo de los agonizantes, pero hablarán con calma y hombría a tu tío Andrónico.

La princesa no se dejaba convencer. Las cosas que oía le parecían empeorar la situación. Morir por hidalguía. ¿Dónde se había visto una cosa como ésa?

—Esos seis hombres —dijo— han ido a la muerte también como Roger, ya lo veo. ¿Qué clase de gente sois? Eso no es humano. Vosotros debéis vivir y callar y dejar el destino en paz.

Rocafort miraba a la princesa de mal talante y pensaba para sí mismo: «No sé para qué tantas palabras, con ella. No sé por qué le permitimos que

nos insulte. Al fin la princesa es sangre de Paleólogos. Le alcanza la culpa de todos ellos. Yo sé lo que haría con esa cabeza que tan graciosamente se agita sobre los hombros sacudiendo los rizos contra las sienes». La mirada de Rocafort estaba diciendo todo eso y era tan insolente que se dio cuenta la princesa.

—¿Qué te pasa a ti, Rocafort? —preguntó.

—Lo que me pasa a mí —dijo él, adusto— no le concierne a tu alteza.

—Bien —dijo ella reprimiendo el encono—. Tú eres el único que se da cuenta de lo que pasa dentro de mí. Yo lo he perdido todo. Está bien. No importa lo que haga por ayudaros, siempre habrá detrás un rencor, una saña y una necesidad de venganza más fuerte que yo. Contra vosotros, sí. Yo contra vosotros.

—¿Tú? —preguntó Berenguer.

—Sí, yo. Porque yo soy la vida y vosotros no sois la vida. Vosotros sois la muerte estúpida que se viste de hierro y que…

—Vamos, alteza —le dijo Berenguer queriendo tranquilizarla.

—Déjala —insistió Rocafort—. Es una Paleóloga. Yo sé lo que habría que hacer con toda la familia.

La princesa se acercó a Rocafort y le dio una bofetada. Una verdadera bofetada. Rocafort distendió bajo las barbas sus labios en una sonrisa plácida y saturniana. Muntaner se mantenía a duras penas serio y Berenguer no disimulaba su asombro. Alzaba la princesa su voz, un poco más tranquila:

—Yo soy la viuda de tu señor natural y si alguna vez vacilas con un prisionero de mi sangre, con Miguel o con el mismo Andrónico, tráemelos aquí, que yo te enseñaré a sacarles el corazón del pecho. Yo. Yo soy tan mala como ellos. Los Paleólogos somos así. Y os digo que se acabó todo. Sólo queda la violencia y el crimen. Mirad a las ventanas. Son las siete de la tarde. ¿Es el amanecer? ¿Es el anochecer? No se sabe. Podría ser el amanecer en una ciudad con peste o terror u otra cosa desoladora. Todo el misterio de la vida está ahí abajo. Todo el futuro de esa gente y el tuyo, el tuyo también, está en mis manos. En estas manos que Roger besaba y que te han pegado a ti. Tú eres como un dios antiguo. Valiente, brutal y un poco estúpido. Sí, tú, Rocafort. Yo soy tu enemiga, es verdad. Soy la viuda de

Roger que adora al esposo vivo y lo odia muerto. ¿No lo entendéis? Yo me entiendo, aunque no sepa explicarme, y también vosotros me entenderéis al final.

Rocafort miraba a la princesa con deseo. Ella seguía hablando:

—Yo sé qué clase de personas sois. Vuestra superioridad no es de hombres. Vuestra inferioridad, tampoco. Las mujeres de los griegos están enamoradas de vosotros. Yo también podría estarlo porque en cada uno de vosotros hay algo de Roger. Pero ahora no lo amo, a Roger. Ahora os odio a todos. Mi primo Miguel aborrece la impresión que vosotros hacéis a las mujeres de los griegos. Odia vuestra valentía, también. Dice que no sabéis morir por convicción, sino por obstinación y tozudez. Bien, en todo caso, podéis enseñarle a él esa tozudez que buena falta le hace. Dice que el señorío español se podría tolerar si los españoles no fueran honrados; pero lo son, y eso resulta intolerable. Yo pienso de otra manera. Creo que los españoles tienen derecho incluso a la honradez porque saben dar la vida en prenda. Pero ¿en prenda de qué? ¿Quieres decirme tú, Berenguer, en prenda de qué se puede ofrecer la vida? La vida es esto —y se golpeaba el pecho —. La vida soy yo. ¿No lo entiendes, Rocafort? ¿Qué más queréis en la vida, idiotas? Yo soy un animal hermoso a mi manera, como Berenguer lo es a la suya. Bien, la vida está en nuestras venas y no en la bandera ni en el hierro, ni en la palabra dada ni en la imaginación ni en el destino. Roger ha sido asesinado. Millares de soldados catalanes han sido sacrificados con él, lo que me parece natural. Otros lo son en este instante y otros lo serán mañana. Os odio a vosotros, y los de Andrónico me aman a mí, pero eso no quiere decir nada. Yo puedo exterminar a esa gente vestida de color leonado y dorado que me ama. Sin dejar de amarlos yo, tal vez. En eso soy como mi madre, la reina. Y los exterminaré. No importa el número ni la calidad. Yo los exterminaré. ¿Sabéis la gente que viene contra vosotros? ¿No? ¿No habéis enviado patrullas a reconocer el terreno y a *tomar lenguas* como decís? Bien, no es necesario. Yo lo sé. Mi madre dice que se prepara contra vosotros un ejército de treinta mil infantes y doce mil caballos. Cuarenta y dos mil hombres. No son muchos. Os digo que no son muchos. Cubren las llanuras de Andrinópolis, pero no son muchos.

Hizo un paréntesis para ver la impresión que aquellas cifras hacían en los tres capitanes. Muntaner se quedó un momento confuso y sin saber qué pensar. Rocafort sintió pasar una sombra por delante de sus ojos como si pensara: «Por lo menos, si ha de morir uno que sea a manos de un ejército tan inmensamente superior que nadie pueda extrañarse». El único que no mostró la menor impresión buena o mala fue Berenguer. La princesa lo miró amistosa:

—Tú eres el jefe, ¿verdad? ¿No es cierto que tú eres el jefe?

Muntaner afirmó y Rocafort también, después de una pausa. La princesa añadió:

—¿Por qué has tardado tú, Rocafort, en decir que sí?

Rocafort se rascó debajo de la barba alzando la cabeza:

—Vaya una cosa, la jefatura. ¿Sabes tú la misión del jefe en estas condiciones? Enterrar muertos. No se debía llamar jefe, sino enterrador. Sepulturero. Berenguer va a ser el sepulturero de todos. De Muntaner y tal vez mío. El enterrador de tu alteza también. ¿Y él? ¿Quién lo enterrará? Nadie. Se quedará sin enterrar. Para los buitres.

Antes de que Rocafort acabara de hablar, Berenguer dijo a la princesa:

—Abajo está reunida la gente. Yo creo que tu alteza debe bajar ahora con nosotros.

Rocafort dijo:

—¿Para qué? ¿Qué puede decir ella a nuestros hombres?

Muntaner tampoco parecía muy conforme, pero bajaron todos juntos a la sala de armas, lugar muy espacioso en la planta baja del castillo. Estaban allí la mayor parte de los soldados. Rocafort iba repitiendo:

—Berenguer será nuestro sepulturero, no nuestro jefe.

A los soldados les extrañó un poco la presencia de la princesa viuda. La sala estaba mal alumbrada por antorchas que ocupaban los dos lados de una especie de estrado. Olía a salitre y a humedad. Berenguer de Entenza subió al estrado y dijo:

—Amigos y hermanos, vosotros sabéis que somos perseguidos, maltratados y muertos por los que debieran ampararnos y defendernos. Yo podría deciros palabras biensonantes escondiéndoos la verdad. Pero no es necesario porque todos valéis tanto como yo. Estamos sin esperanza.

Después de habernos conducido honradamente, nos piden que nos dejemos matar como cerdos. Por mayor suerte tengo la de los compañeros que han muerto, porque ellos han terminado ya. No hay que hablar de salvación ni menos de escapar y retirarnos a la patria. Eso sería indigno de nuestro nombre. Los deudos y los amigos no nos recibirían en nuestra tierra ni ella nos conocería como hijos si no tratamos de borrar con sangre tanta injusticia y afrenta. Los griegos nos deben tener por perdidos o al menos navegando la vuelta de Sicilia con los navíos que nos quedan. Pero su daño les desengañará. Defender a Gallípoli es lo que ahora nos importa por estar a la entrada del estrecho, desde donde se puede impedir la navegación por estos mares. Los socorros tenemos lejos, tardos y dudosos porque nuestros reyes están ocupados en otras obligaciones más vecinas. Todos los príncipes y naciones que nos rodean son enemigos y no hay que esperar otra ayuda sino la que estos navíos y galeras puedan alcanzar. Este es mi plan y propósito: una parte de nosotros navegaremos y haremos entradas en las costas y así conseguiremos el sustento que nos va faltando y al mismo tiempo divertiremos al enemigo del asedio que dentro de poco va a comenzar a apretarnos. Los que queden aquí se defenderán mejor si nosotros obligamos al Emperador a diseminar y distraer sus tropas. Las poblaciones de estas costas vecinas viven sin recelo, pareciéndoles que no podemos salir de estas murallas. Su descuido nos ofrece una buena ocasión de hacerles daño. Tenemos navíos y armas y debemos comenzar ahora mismo. Y pues que soy autor del consejo, lo seré de la ejecución.

Al terminar de hablar Berenguer hubo en la sala rumores y vacilaciones. La gente estaba cohibida y sólo se veían caras rígidas y miradas sin luz. Rocafort se levantó y señalando a Berenguer dijo:

—En lo primero que ha dicho estoy de acuerdo. Retirarnos a nuestra tierra sería mengua y afrenta. Pero en lo que toca al modo de hacer la guerra, no. ¿Enviar parte de nuestras fuerzas al mar? Yo doy por cierto y seguro que Berenguer robe, saquee e incendie y destruya las costas vecinas, como él dice y promete, pero ¿quién nos asegura que al tiempo que él está corriendo los mares los pocos que quedemos en Gallípoli no seamos aniquilados? Y entonces Berenguer, ¿dónde pondrá su armada y los despojos de su victoria? No tendrá puerto ni lugar seguro hasta la misma

Sicilia. Más seguro me parece que se pierda Gallípoli si él saca alguna gente que el conseguir la victoria en las costas a donde ataque.

Muchos de los soldados afirmaban, convencidos. Rocafort seguía:

—Los capitanes de todos los tiempos atendieron antes que nada a socorrer la plaza que el enemigo tenía sitiada, ¿y Berenguer, estando dentro, quiere salir? ¿Quién nos asegura que una vez fuera ha de volver?

—Eso es, bien hablado —gritó alguien.

Los otros impusieron silencio. Rocafort insistió en aquel tema:

—Nuestra venganza ya no pide remedios tan cautos y dudosos. Pongamos en un solo trance y peligro nuestra vida. Y aunque por la muchedumbre de nuestros enemigos es más probable la muerte que la victoria, el mismo valor que venció a los turcos, vencedores de los griegos, puede servimos de aliento y esperanza. Si en esta batalla nos aguarda nuestro fin, será digno de los soldados que somos.

Pero Berenguer volvió a hablar y a decir que por el momento el ataque en masa del enemigo no era probable y que, entretanto y para no tener ociosas a las fuerzas, haría algunas excursiones por mar. Entonces se sometió el caso a votación y por una gran mayoría se aprobó el parecer de Rocafort. Así y todo, Berenguer se resistía a aceptarlo, apoyado en su prestigio personal, y decía que se reservaba la libertad de acción en cuanto no dañara ni pusiera en peligro la defensa de Gallípoli.

Rocafort dijo que las fraguas y herrerías estaban trabajando día y noche para dotar a los catalanes de las defensas a las que estaban acostumbrados.

—Sólo entre Rodesto y Pactio —dijo Rocafort— se han perdido más de dos mil armaduras enteras y no es eso lo peor, sino que podrán usarlas nuestros contrarios.

Pero concluyó diciendo que, a pesar de todas aquellas circunstancias, no tenía más miedo del que los griegos merecían. Y rio. Los soldados que estaban más cerca rieron también.

Entonces la princesa María se levantó y dijo:

—A mí me gustaría retirarme a algún lugar y cultivar mi tristeza igual que los jardineros cultivan sus arriates con adornos y flores delicadas. Pero soy uno más entre vosotros y tengo, como cada cual, un enorme deseo

mudo. No es sólo de ahora. Ya lo tenía cuando era niña y veía el sol saliendo de una nube y entrando en otra y pensaba en mis enemigos.

Algunos soldados, un poco desorientados, se miraban entre sí pensando: «¿A dónde va a parar?». Pero uno que estaba cerca de la plataforma dijo a su vecino:

—Es verdad que a veces el sol sale de una nube y entra en otra, que yo lo he visto.

La princesa siguió:

—Pensaba entonces en esos enemigos a los que yo amaba. También los amo ahora, pero hay que matarlos porque son los asesinos de Roger. Hay que destruirlos a todos. Yo iré con vosotros. Yo, princesa María, lo doy todo por la sangre de un alano. Cada cual tiene una hora en su vida y ésta es la hora nuestra. Yo puedo deciros que os salvaréis y que no os espera la muerte, sino la victoria. En la zona que divide el nublado del sol he visto un ángel y ese ángel llevaba una ballesta y el escudo de Aragón en el pecho. Estaba como en medio de una tormenta natural. Era ayer. ¿Os acordáis? Bueno, es posible que no lo viera ninguno de vosotros y es posible que tampoco lo viera yo, sino que lo haya imaginado, pero la tormenta era verdad. Las calles y las plazas estaban abandonadas a las fiestas de la sangre. Algunos grandes árboles esquivaban la cabeza al viento y toda la arboleda se reía. Debajo de aquella tormenta estaba la otra, con millares de víctimas. Vosotros sois hermanos de esas víctimas y yo soy hermana vuestra. Pero, así y todo, os odio también porque sois como Roger de Flor. Lo mismo que él, buscáis algo por encima de la vida y de la muerte. ¿No os basta la vida? Por encima de la vida y de la muerte no hay nada. Catalanes y aragoneses, es vuestra hora y no tenéis otra. Yo he visto o creo que he visto el ángel con el escudo de Aragón bordado en el pecho. Y él decía que sí, con la cabeza. Decía que todavía podéis ganarles el campo a los soldados de Andrónico.

Mientras hablaba, la princesa se veía a sí misma en el fondo de la sala en un espejo alargado y vigilaba sus gestos, pero se decía al mismo tiempo: «No miento. Es verdad. Yo he visto o creo que he visto ese ángel en las zonas de mi imaginación, de mi deseo y de mi pena. No miento».

La gente daba voces y aclamaba a la princesa sin llegar a comprender aquello de sus odios y sus amores.

Berenguer insistía en actuar por mar con las galeras y con la gente escogida que pudiera reunir.

—Por lo menos —dijo—, mientras el enemigo no apriete en el asedio y no intente un asalto general.

Al terminar de hablar Berenguer llegaron mensajeros diciendo que el infante don Sancho de Aragón estaba en Metellín, isla no lejana de Gallípoli, con diez galeras armadas por el Rey de Sicilia. Pero no llevaba gente de guerra. Berenguer y los demás capitanes enviaron enseguida su adhesión y sometimiento y le pidieron al infante que fuera a Gallípoli. Todos consideraban aquello como un buen agüero y algunos pensaron, con la libertad de ideación que suele nacer de las situaciones desesperadas, si aquel Sancho tenía algo que ver con el ángel del que había hablado la princesa. El ángel con el escudo de Aragón en el pecho.

En los arrabales había escaramuzas todos los días con bastante daño del enemigo, porque los catalanes estaban bien fortificados y sólo salían cubiertos de todas las armas para agredir y retirarse sin sostener la ofensa. Cogieron incluso algunos prisioneros y por ellos supieron que el ejército del príncipe Miguel seguía concentrándose. En Branchiallo, cerca de Gallípoli, había sólo unos seiscientos hombres de a caballo, alanos los más, y dos mil infantes griegos. Esperaban cercar del todo la plaza y someter a los catalanes por hambre.

Al día siguiente llegó un correo por mar con noticias de la reina Irene para su hija. Decía: «Los seis embajadores fueron recibidos por el Emperador, quien estaba más temeroso que curioso y más curioso que arrepentido. Al principio se negó a verlos, pero por fin, y gracias a mi mediación, accedió. El príncipe Miguel no estaba presente porque anda ocupado entre Rodesto y Pactio reuniendo fuerzas. Los embajadores dieron sus quejas contra la muerte de Roger y contra todo lo que después ha sucedido y el Emperador respondió que no había dado orden de matar a nadie y que no tenía culpa de nada, pero que si la tuviera no daría razones a los embajadores ni estaba dispuesto a castigar a nadie.

»En eso estuvo bien, tu tío. Aparte otras consideraciones, se portó como un monarca antiguo. Entonces el llamado Siscar dijo que los catalanes y aragoneses de Gallípoli estaban dispuestos a morir, pero que estimaban su palabra y querían, antes de abrir la guerra contra Andrónico, que constase cómo, en nombre de todos los de su nación, se apartaban de los conciertos y alianzas hechos con el Emperador y que así declaraban inválidos cualquier clase de escritos, tratados y públicos instrumentos de paz y retaban a Andrónico como traidor y le ofrecían defender el reto ciento a ciento o diez a diez y esperaban que sus espadas serían el arma con la cual la justicia de Dios castigaría tanta iniquidad. Dijeron también que lo peor había sido el asesinato de mujeres y niños catalanes, que no tenían culpa de nada, y que matar al mismo tiempo inocentes y culpables había sido una extrema crueldad.

»Nombraron uno por uno a los capitanes y jefes más notables que habían sido muertos, entre ellos Fernando de Aonés, a quien poco antes había honrado el Emperador públicamente, y al final dijeron que la sangre de ellos y la que en el futuro se derramara caería sobre la conciencia de la familia de Andrónico y de Andrónico mismo.

»A todo esto el Emperador escuchaba tranquilo, sin hacer el menor gesto. Pidieron los embajadores que se les diera seguridad para volver a Gallípoli y el Emperador les dio un salvoconducto y un comisario. Con él salieron para Rodesto, a treinta millas de Constantinopla, pero allí sucedió algo que seguramente habían previsto ya los catalanes, pero que no les impidió llevar a cabo su misión. En estos tiempos de locura los mayores crímenes suceden como antes las cosas ordinarias. Esa es la impresión que tuve también el día que mataron a Roger. Al llegar a Rodesto los embajadores, por orden del comisario y, según dicen, del mismo Miguel, fueron llevados a las carnicerías de la ciudad, donde los ataron de pies y manos y los descuartizaron vivos. Luego pusieron sus restos a la vista de la gente, según he oído decir a Marulli, que está indignado. La cosa produjo tanto escándalo que los frailes de San Makario intervinieron para que los quitasen, no por piedad de los muertos, sino por miedo a lo tremendo de la acción.

»Hija mía, yo sé que esto no puede quedar sin castigo. Culpa tienen los catalanes, pero ahora es probable que Dios asista a las tropas de Roger y si yo fuera hombre, éste es el momento en que no sé cuál sería mi determinación, de tal modo están las cosas.

»Tu madre soy. Sin embargo, no te digo que salgas de Gallípoli ni que te quedes. Dejo en tus manos la decisión.

»Te envío el libro que tradujo al castellano el paje de las lenguas y que estaba en la cámara de Roger el día de la gran desventura. Espero que recibiste también los objetos que tenía el César en los bolsillos y la cadena encomienda que llevaba al pecho. Cuidado fue de tu primo Miguel, que me da vergüenza recordarlo. Ahora tu primo parece otro hombre y va y viene y ríe y no se oculta para sus orgías como antes, y hasta trata de dárselas de generoso, por vanagloria. En sus maneras y andares y hasta en el vestido y la barba imita al César Roger sin darse cuenta, tanto lo admiraba y envidiaba. Esa es la mayor miseria.

»Dios lo castigue, aunque los catalanes tienen también culpa.

»He escrito a la madrina Olga, quien me dice que le has escrito tú y que estás resuelta a seguir con los soldados de Roger hasta el fin. Dios te proteja».

La noticia de la muerte de los embajadores era más o menos esperada por los capitanes, pero causó, a pesar de todo y especialmente entre la tropa, una indignación sin límites. Algunos fueron sobre los nobles de Gallípoli y pasaron a cuchillo a muchos de ellos y a sus mujeres sin que los capitanes pudieran evitarlo.

Los dueños de la casa que ocupaba Muntaner (la duquesa Severiana y su familia) quedaron colgados de los torreones que flaqueaban las puertas. Los tuvieron allí dos días y dos noches. Habría continuado la matanza si no llegara al puerto de Gallípoli el infante don Sancho, hermano del rey de Sicilia.

Era un hombre flaco y alto, pero con el estómago abultado —no debía ser hombre de armas—, y al caminar echaba las puntas de los pies hacia afuera. Lo aposentaron en la casa de Muntaner y en su presencia confirmaron los capitanes el acatamiento y pleitesía al rey don Fadrique y acordaron enviarle mensajeros que le testimoniaran oficialmente la

adhesión y le expusieran la situación del ejército de Gallípoli. La princesa María preguntó a Berenguer si esperaban ayuda de Sicilia y el capitán le dijo:

—Yo, personalmente, no espero nada de Sicilia, pero hay que dejar abierta la puerta a la esperanza. Digo, para la tropa. La gente peleará mejor sabiendo que detrás de ellos hay un reino y ese reino tiene un príncipe que habla nuestro idioma y que puede enviar socorros en un momento difícil.

—¿Tú crees que los enviará?

—Ya te he dicho, alteza, que no. Pero la tropa creerá otra cosa y así debe ser.

La princesa sospechaba que Berenguer no tenía bastante confianza en ella. Había leído Berenguer la carta de su madre y aquellas expresiones de «los catalanes tienen culpa, pero…» habían puesto una sombra en los ojos del capitán. La princesa decía:

—No os entiendo. Vuestra valentía es elaborada y tiene laberintos y sabias entrañas, pero no os entiendo. Yo advertí a Roger lo que iba a pasarle en Constantinopla y, sin embargo, fue al encuentro de sus asesinos, sin armas ni defensas. Os dije que los embajadores que enviabais a Andrónico serían asesinados, y fueron allí y allí los mataron. Ahora mandáis esos delegados a Fadrique y quisiera creer que podrán llegar a los mares latinos. Pero no lo sé. Todo eso lo hacéis para preveniros contra el azar.

—No —dijo Berenguer sonriente—, sino para darle al azar una oportunidad de ayudarnos, de ponerse de nuestro lado, lo que es distinto.

La princesa parecía meditar. Y preguntó intrigada quién era más importante en la ciudad, el infante don Sancho o Berenguer. El jefe catalán sonrió y dijo, evasivo:

—Tú eres la única persona importante aquí, alteza.

Enviaron la delegación mensajera a Sicilia. Iban en ella tres soldados, uno de ellos Garci López de Lobera, que había sido caballero sirviente de la casa de Fadrique.

En cuanto salieron los delegados, comenzaron a hablar los almogávares de las fuerzas militares de don Fadrique, de la oportunidad con que su ayuda podría llegar en el momento menos pensado y de que habría que

aguantar hasta entonces ahorrando energías y sangre y evitando las batallas en campo abierto.

Entretanto, las fraguas trabajaban y se oían los yunques día y noche.

Había entre los griegos pobres de Gallípoli gente muy extraña, que daba color y animación al aspecto de las calles. Entre ellos, una mujer viuda, todavía joven, con varios hijos pequeños que llevaba siempre colgados de las faldas y que mendigaba entre los soldados. Era difícil imaginar nada más miserable. Sus niños gateaban por los umbrales buscando algo de comer. Pero aquella mujer se conducía con decoro y merecía el respeto de los soldados.

La llamaban «la viuda Zorinos» y ella y sus hijos eran, al parecer, los únicos griegos que estaban ciegamente de parte de los catalanes.

—Con esa ayuda… —decían algunos soldados, irónicamente.

En cuanto los pequeños Zorinos comenzaban a tener uso de razón, aprendían una serie de habilidades raras. Iban a veces al matadero y recogían huesos de caballo, los limpiaban, los dejaban huecos y fabricaban una especie de flautas de las que obtenían sonidos agudos y fríos. Con ellos imitaban los toques de las trompetas de las guardias.

El mayor de los chicos, que tenía ya catorce años, había hecho amistades entre los almogávares y esperaba ser uno de ellos. Mientras ese día llegaba, se conducía gravemente y merecía la amistad y el respeto de los soldados.

Seguía el infante don Sancho en la casa de Muntaner y de vez en cuando subía a los torreones y desde allí examinaba el campo y veía las escaramuzas de los arrabales. Le acompañaban casi siempre dos gentilhombres. La princesa no lo había recibido aún con el pretexto del luto. Berenguer solía ir a verlo todos los días al caer la tarde.

En los arrabales, las escaramuzas se producían constantemente y el infante don Sancho, desde lo alto del castillo, estuvo toda una mañana observándolas con un catalejo. Parecía hombre voluble y voluntarioso y hablando con Muntaner decía dónde y cómo se debían disponer las fuerzas para combatir mejor. Con Berenguer y con Rocafort no se atrevía a dar consejos militares. Ofreció a Berenguer acompañarle en sus empresas por mar, puso a su disposición las diez galeras y la poca gente que traía y dijo

que le ayudaría en todo hasta que se supiera cuál era la disposición del Rey su hermano. Pero al llegar el momento de embarcar la gente, don Sancho mudó de opinión, faltando descaradamente a su palabra. Nadie podía comprender qué motivos había tenido para cambiar de aquella manera, pero Berenguer se enteró de que el infante llevaba a bordo consejeros que le habían hecho ver los riesgos políticos del problema.

Al saber lo sucedido, la princesa llamó a don Sancho y después de darle a besar su mano y de interesarse por la salud de don Fadrique le dijo de buenas a primeras:

—¿Hay traidores en la casa de Sicilia?

Estas palabras eran muy duras, incluso en una mujer. El infante la miró de arriba abajo, sonrió entre altivo y divertido y se negó a responder.

—Lo digo —añadió la princesa— porque es felonía negarse a combatir al lado de los soldados de Gallípoli.

Esa expresión, *felonía*, llamó la atención de don Sancho. Y el infante dijo:

—Mi hermano tiene paces firmadas con Andrónico y yo no puedo romperlas ni emplear mis galeras en daño de un príncipe amigo. Siento tener que volverme atrás y negarme a cumplir la promesa que hice a Berenguer, sobre todo en estos momentos difíciles.

La princesa se le acercó y comenzó a decir una por una las arbitrariedades y afrentas sufridas por los catalanes. El infante había oído todo aquello muchas veces y escuchaba paciente, apoyándose en un pie, luego en el otro, con las manos ocultas en la gorra de terciopelo. Los embajadores de Sicilia tenían cuidado de ocultar sus manos. En aquel detalle reconocía Muntaner el estilo de la casa de Fadrique, porque solía decir el Rey que por ellas se revelaba mejor que por el rostro el estado de ánimo del cortesano. Y que sus embajadores debían ocultarlas cuando hablaban.

Con el ruido lejano de las escaramuzas se oían entretanto a través de las ventanas los fragores de una tormenta de primavera, una de esas tormentas violentas y amenazadoras, pero de poca duración. Había torbellinos. Los árboles más pequeños del parque se agitaban y la princesa, contemplándolos, se decía que la ira de los hombres tenía ya millares de

víctimas catalanas y aragonesas, pero todavía los embajadores de Sicilia ocultaban sus manos. La princesa miraba a don Sancho con un desdén verdadero. Pero le decía palabras comedidas:

—Es una hora difícil para vuestros compatriotas. Estamos en condiciones de veras críticas. A esta gente, el presentimiento de la felicidad, lo mismo que el de la desgracia, les hace dar el mismo paso atrás con la misma palidez. A ellos, ahora. Pero saben dar la cara. Mi tío y mi primo corren el mundo a caballo y suben las escaleras pisando los peldaños privados y graduados de la tontería y llamando a su gente. Pero esto es mentira. Tú mientes también, infante.

—Yo no miento, señora —dijo el infante con firmeza.

—Es posible, pero eres de esos que a fuerza de invocar la paz en papeles con letras góticas de oro convocan la brutalidad y el crimen de los otros. Y cuando llega la hora de la sangre, dices: Lo siento, pero hay paces firmadas. No te reprocho nada. La tontería y la solemnidad son necesarias en la vida. Además eres hermano de reyes. Prudente hermano de reyes.

El infante callaba, pero en su mirada muda estaba diciendo que tenía razón la princesa. Tanto peor, también. La princesa, tomando un aire confidencial, dijo:

—No te extrañes de oírme hablar. Hasta la muerte de Roger, yo era una mujer que escuchaba. Ahora soy una mujer que habla. ¿Sabes los funerales que voy a dar a mi esposo Roger? Serán los honores póstumos que tenían los reyes persas hasta hace poco. ¿No sabes lo que hacían los persas? Cuando moría el rey, lo enterraban y ponían a su alrededor una guardia de cincuenta pajes empalados por la columna vertebral con varillas de hierro. Así se mantenían tiesos sobre caballos muertos y disecados. Cincuenta pajes y un capitán. Quietos, de veras inmóviles. Una guardia macabra. Allí se estaban día y noche, sin necesidad de ser relevados. Los buitres iban comiéndoselos, pero los restos seguían en pie. Cientos de cuervos alrededor, encima, debajo. Dejaban los esqueletos de los caballos y de los jinetes mondos, pero en pie. Al final de un año, en el aniversario, se renovaba aquella guardia con trompetas, tambores y banderas. Con la bendición de los sacerdotes.

»¿No has visto que siempre que hay honores reales hay un cura con un hisopo? Y así durante cincuenta años. Yo no sé todavía lo que puedo o no puedo hacer. Todo está confuso en el aire delante y detrás de mí. Ya digo que antes no hablaba sino con Roger y hablaba poco porque él no me dejaba lugar, ya que estaba siempre besándome. Ahora tengo que hablar, y cuando comienzo, las palabras me emborrachan un poco. Pero querría hacerle a Roger esos mismos funerales persas. ¿Sabes quiénes serán los pajes empalados? Serán el emperador Andrónico, su hijo, el príncipe Miguel, su hermano Teodoro, el déspota Carlo Juan, comedor de ranas y de caracoles como los latinos, y cuarenta y seis megaduques, generales y almirantes. No me mires así. Las palabras no me emborrachan esta mañana. Esos funerales serán razonables, tan razonables como el deseo de olvido de los héroes. Todos estos soldados que ves en Gallípoli están siempre dispuestos a perdonar después de la victoria, pero yo no. Yo no soy bastante noble para eso. Yo quiero que los cuervos vayan a comerles los ojos a los amigos míos. Y no los odio. No creas que los odio. No lo hago por odio a ellos ni por amor a nadie. Lo hago únicamente por mantener alguna forma de verdad en mi vida.

»La muerte de Roger fue una deserción que tiene que pagar alguien. La pagarán ellos y también en su justa medida la pagarán estos catalanes tan amigos de perdonar. Yo le dije a Roger lo que le iba a pasar y la primera vez me respondió con una carcajada. La última vez se lo dije en una carta que le envié a Rodesto, digo, a Orestiades, y que llevaba encima cuando lo mataron. Ahora la debe tener Miguel y debe leerla y reírse de ella. Debe leerla en voz alta a sus prostitutas de Pera. Así estamos. Con mi odio, que no es a Roger sino a su risa, os quiero también y os odio a vosotros. Me da náuseas tu cautela, infante. Me gustaría ponerte a ti también en la guardia de los empalados para que la lección sea más completa. Pero tú te escapas, infante. No entiendes la sencillez de todo este caos. Eres cobarde, falso y hermoso como una vieja duquesa.

Muntaner disimulaba su risa volviéndose y mirando a una de las doncellas que llegaba, la bailarina Zoe.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XII

Con sus manos ocultas, el infante se inclinaba:

—Señora… No importa lo que digas, es un privilegio escucharte.

Pensaba que aquella joven viuda estaba un poco enloquecida por el dolor y no era responsable de lo que decía. Ella siguió:

—Hermoso también. Bueno. Yo soy infanta como tú. ¿No me llamarían infanta en tu tierra? Pero sólo quiero ser la viuda del César. Una mujer. Comienzo a darme cuenta de que no hay nada mejor que una mujer. O un hombre. Quiero decir, a secas y sin títulos.

El infante sonreía admirado de aquella ira elocuente y pintoresca. La princesa le había injuriado de todas formas, pero la más eficaz, segura y afrentosa era aquélla de llamarlo hermoso. Todavía preparaba algo, la princesa. Iba a hacer algo más. La princesa llamaba a Zoe y la enviaba a buscar a Berenguer. Entretanto, el infante se acercó con Muntaner a las ventanas y miró hacia afuera. Era un día extraño. Por todas partes llegaban sonidos inusuales. Nunca había percibido el infante ni tampoco la princesa (que se acercó a la ventana) aquellas vibraciones en el aire: gente, armas y también los elementos de la libre naturaleza. Las aguas del estrecho debían andar agitadas con los vientos del Cáucaso, y cuando la brisa era propicia llegaba un fragor lejano de olas. La princesa abrió la ventana. Sobre aquellos rumores se oían esquilas de ganado en algún lugar. Había reses que los soldados habían metido dentro de las murallas: corderos, vacas. También se oían los cimbales de las iglesias, por lo menos dos por cada cúpula. Y en los arrabales, ruidos de guerra. Choques de arneses con adargas, conteras de lanza, osillos. Y, sobre todo, los cascos de los caballos sobre la tierra seca y blanda a un tiempo.

Se oía una trompeta que parecía borrar del aire todos los demás ruidos. Y junto a las murallas, patrullas marchando. Cascos de uno o de dos caballos que pasaban al trote. Pasaron también a pie algunos oficiales del infante Sancho, bajo las ventanas. Iban bien vestidos y se mostraban reticentes y distantes. Un almogávar decía a otro, abajo:

—*Aguaita os lugartenientes de don Sancho. Lo milló desta terra sembla poco pa ixos. Encara que tots han cara de bastardos*.

En la risa que seguía a esas palabras se veía algo animalizado y sin espíritu. Era una risa desacostumbrada y sangrienta.

La princesa volvió a cerrar la ventana y miró al infante con la expresión del que piensa: «Esos que ríen serán los alegres vengadores». Pero llegaba Berenguer. La princesa le preguntó:

—¿Es verdad que piensas marcharte con el infante?

Era una pregunta como un golpe de mangual. Nadie respondía. Por fin dijo Berenguer:

—No.

—Hay indecisión, Berenguer, en tu manera de decir que no. ¿O es que vas a embarcarte en las galeras para combatir? ¿Es verdad que no piensas escapar a Sicilia? Quiero saber otras cosas. Quiero saberlo todo. ¿Es cierto que en tus galeras tienes galeotes turcos encadenados? ¿Es verdad que el cómitre les pega con el brazo muerto y seco de una momia turca? Es lo que me han dicho.

Berenguer la miraba fijamente y Sancho escuchaba asombrado. La princesa, creyendo que no estaba madura la decisión de Berenguer, añadió:

—Eres hombre de ideas nobiliarias como el infante y lo primero que pensáis es que hablo demasiado. Bien. Pero alguien tiene que decir la verdad. Si te vas tú también, Berenguer, ¿sabes lo que pasará? Rocafort levantará un patíbulo para agarrotar al primero que hable de salir de Gallípoli. No me mires así, Berenguer. Si me escuchas sólo con la inteligencia, estoy perdida. ¿Perdida? Bueno, mi perdición y mi salvación sólo las entiendo yo. Anda, márchate a Sicilia con el infante —el capitán negaba afable y determinador—. ¿Y si él te lo manda?

—Yo no se lo mando —respondió el infante.

Vaciló un momento Berenguer y por fin dijo:

—Si él me lo mandara, tampoco me iría.

Luego se quedaron otra vez mudos. Del estrecho llegaba el rumor de las olas en la arena. Berenguer preguntó:

—¿Levantarás tú el patíbulo en la plaza de armas? ¿Aunque yo no me vaya?

Ella pensó: «Me lo pregunta para demostrarme que me entiende y que también él sabe hablar con algo más que con la inteligencia». Y respondió:

—No, Berenguer. ¿Para qué? Ya caeréis todos a vuestra hora.

Le dio su mano a besar. Era la primera vez que sonreía desde la muerte de Roger. Acompañó a Sancho y a Berenguer a la puerta diciendo:

—No habrá patíbulos. Márchate, Berenguer, y quémale las ciudades costeras a mi tío, mátale sus soldados y róbale su oro. No me digas nada.

Los dos hombres salieron. Ya fuera, el infante, con un acento apresurado de estupor, preguntó a Berenguer:

—¿Pero qué mujer es ésa?

Indolente y como pesaroso dijo Berenguer:

—No estoy seguro de que sea una mujer.

Se mostraba Berenguer obsequioso con don Sancho mientras Rocafort andaba feroz y violento bebiendo con los almogávares y buscando por la noche a las doncellas de la princesa. Entre lo uno y lo otro acudía aquí y allá y se batía en los arrabales, a veces como un soldado más. Las defensas eran mejores cada día y las nubes de aves carniceras sobre el campo enemigo aumentaban.

Pasaba la princesa largos días de soledad recordando a la gente de su corte en Constantinopla. Había un genovés llamado Ramognino que acudía a todas las fiestas del palacio y hablaba con ella y tenía unas manos prestadas que llegaban tarde a subrayar lo que había dicho. Había también un marinero que conocía los secretos de los astros y practicaba la magia y tenía una palabra —según la Nastogo— con la cual podía parar en seco todos los barcos del mundo en todos los mares. Recordaba también a los duques bondadosos y asmáticos, sobre todo a un tal Ciriacus, que repetía a veces: *Me amarán todos cuando yo no ame a nadie*. En eso la princesa estaba de acuerdo con él. Y el diácono de Santa Sofía que quería ser obispo de Filadelfia y sabía que no lo sería nunca. Porque la princesa le había

dicho: «Los obispos no creen en Dios. Es la primera condición para ser obispos». Y el pobre diácono creía en Dios.

No pensaba en Roger, sino que lo sentía a su lado y dentro de ella en muchos momentos del día. Y se decía: «Vamos a propiciar los dos juntos la sangre vertida, el caos. Si lo hago, será como una boda y una luna de miel. La primera luna de miel había sido con el amor y la segunda sería con el odio. Ahora sólo veía la vida de los demás fea en sus feas relaciones. Odiaba a aquellos archimandritas de larga cabellera que les formaba un promontorio sobre el cuello de la sotana, en la nuca, mientras masticaban en las mesas de las celebraciones. Los odiaba cuando eran santos y cuando eran viciosos. Pensaba en construirles alcantarillas especiales (a los más místicos) con cadáveres que no estarían acostados ni de pie. Sólo recostados».

Se salvaba de esos odios pensando en Berenguer. Era un hombre raro. «Debió pasar la infancia mirando el cielo de las cometas infantiles y después de marcharse la última cometa de los chicos le ha quedado en los ojos el hábito de mirar cosas sin sentido y en los oídos el de oír cosas sin origen cierto. Y es escéptico. Y duda. Siempre duda». Para Berenguer, el pasado y el futuro debían ser como dos segmentos, no contrarios sino vecinos, de la gran esfera. Y sabía que al mismo tiempo se puede decir sí y no y ser justos en los dos casos.

En cambio, para Rocafort no había sino un camino largo, cuesta arriba —había que trepar siempre en la vida—, con obstáculos en el centro y a los costados que era necesario ir venciendo de uno en uno. También había a veces —para él— casas abandonadas con escalas de seda pendientes en las ventanas.

Desde sus terrazas veía la princesa a veces a los niños de los almogávares salir de la escuela, porque tenían su escuela diaria donde viejos soldados inútiles para el combate les enseñaban a leer, a escribir y a contar. Salían los chicos en bandada, brincando y aullando. Las flores del viejo parque marchito, al verlos arrimados a las murallas del alcázar, parecían lamentarse en silencio de no poder hacer pis también.

Y la princesa pensaba: «Berenguer me mira a mí con *los ojos del alma*, es decir, con la amistad, la fidelidad, la reverencia, la camaradería. En su

mirada yo no veo a la naturaleza. Me mira como un ideal y sueña con el país sin huracanes ni canículas ni nieves donde cada cosa tiene su valor, porque la naturaleza ama las jerarquías. Y sabe que está en alguna parte ese país, pero podría ser que los hombres justos y merecedores no lo alcanzaran nunca».

Se daba cuenta de que las vidas de aquellos capitanes y la de ella estaban mezcladas para siempre. Algunas noches de soledad y de insomnio deseaba a alguno de aquellos hombres, al mismo tiempo que lo execraba. Y se escondía dentro de sí, apagaba sus sentidos, cerraba las *rendijas* del entendimiento y tal vez encendía una pequeñita lámpara inefable que tenía para aquellos casos. Se asfixiaba con el humo y volvía a abrir otra vez las puertas y las ventanas al mundo. Entonces veía los rostros de Rocafort, de Berenguer y de Muntaner. La comba de la frente de Rocafort tenía algo del toro. La barba de Muntaner algo del chivo, la nariz de Berenguer algo del león, como también el color de su pelo. Los tres eran animales de Dios. Pero el león de Berenguer era más heráldico y simbólico que natural. De momento, los ángeles incendiarios y asesinos se llamaban Fruela, José, Joan, Ricardo, Ramón. Todo estaba bien en ellos, menos su exceso de fe en el bien y en el mal. Todo estaba bien en Berenguer, menos su falta de fe en el bien y en el mal. De momento, los unos y los otros llevaban debajo de la camisa el vello erizado.

Aquella tarde el infante don Sancho se marchó sin ir a despedirse de la princesa y ella, indignada, vio desde su terraza, por encima de las murallas, maniobrar los barcos, y cuando la brisa era propicia oía los silbidos de a bordo y la maza cayendo a un lado y a otro de los dos tímpanos de madera para graduar la velocidad de los remadores.

Tenía en su castillo un salón espacioso —que no había usado aún— para recibir oficialmente a los embajadores. Se llamaba el *kenourgion* y había en él un sillón de respaldo bajo no de madera sino de mármol, con pieles de animales en el asiento.

Al oscurecer, la princesa fue al *kenourgion* y se sentó en el trono. Llegaban de los corredores las primeras luces que las doncellas iban encendiendo. No había nadie en aquella enorme sala. Pensó en sus doncellas que vivían en el castillo tranquilas como ella misma, a pesar de lo

crítico de la situación. Era el castillo tan grande que para encontrar el dolor, la angustia y el miedo de la ciudad sitiada había que salir de él y buscarlos deliberadamente entre las casas de los artesanos o entre los reparos y trincheras de la tropa.

Un momento pensó en llamar a Alejandra, pero desistió.

Y siguió sola en el *kenourgion*. Los días anteriores había salido dos veces y andado por la ciudad. Se había acercado a la casa donde estaban los huérfanos de las familias castigadas por los almogávares cuando supieron que los embajadores habían sido asesinados en Rodesto. Suponía la princesa que aquellos niños debían estar abandonados, pero se llevó una gran sorpresa. Estaba con ellos Zoe, la bailarina, quien con otras mujeres humildes había tomado a su cargo el cuidado de aquellas vidas tiernas. Las otras mujeres no sabían que tenían delante a la princesa, porque al entrar ella ordenó a Zoe que disimulara.

Una de aquellas mujeres, mientras vestía a una niña de blanco —de luto —, comenzó a decir tales desvaríos y entre ellos palabras tan duras contra los Paleólogos, sin saber que tenía delante a la princesa, que ésta se arrepintió de haber ido. Ella decía aquellas mismas cosas, pero no podía oírlas en otras personas. La mujer lo hacía para precaverse contra el terror almogávar o *almogiavar*, según decía, pero aquel servilismo en el que caían los vecinos de Gallípoli por instinto de defensa le pareció a la princesa muy triste.

Además, no creía que el pueblo tuviera derecho a participar de los sentimientos de ella ni a hablar de su familia como lo hacía aquella mujer.

Estuvo haciéndole preguntas a Zoe sobre Berenguer.

Zoe callaba. A veces, en sus silencios y no pudiendo dominar su cuerpo de bailarina, hacía movimientos ociosos. Por ejemplo, en aquel momento hacía avanzar y retroceder su cabeza sobre el largo cuello torneado con un movimiento de serpiente.

Dio la princesa dinero a Zoe y a aquellas mujeres y les prometió ropas y mantas de abrigo que había en los viejos armarios del castillo. Después fue a visitar otros lugares, pero no le gustaba ir acompañada y tampoco pasar sola cerca de las murallas, donde la vida de la soldadesca era más realista y procaz.

Volvió al castillo un poco avergonzada de su atrevimiento. Y desde su frío trono del *kenourgion* recordaba otras cosas. Las que había visto aquella misma tarde, cuando estaba asomada a la terraza del mediodía. Había abajo una parte del parque sin cultivar, con hierbas secas y raquíticas y en medio un cazo viejo de cocina, abandonado, en cuyo mango se había posado una pequeña mariposa color de sal. Allí estaba la mariposa, desnuda. Cerca había un niño sentado al último sol de la tarde, temblando no de frío sino de fiebre. Vivía el niño en el barrio de la cal muerta y de las escobas. Aquel niño se estaba quieto mirando al suelo. Miraba una lagartija que tenía el hocico aplastado. La lagartija alzaba el rabo en el aire y lo sacudía con obstinación. Quería que allí le naciera una cabecita nueva.

Luego vio que cerca de aquel niño estaba su madre. Una gitana de Rumania que sabía hacer juglarías y las estaba ensayando antes de ir delante de los capitanes. Era una funambulista con su saya de colores y tenía siete bolitas de marfil y las arrojaba al aire una detrás de otra y las recogía con gracia. Aquella mujer tenía movimientos como los de los hombres. Por un instante la princesa olvidó que era mujer y sintió que debía tener muslos y garganta de hombre. Hablaba con voz ronca y recordaba la princesa la canción de las muchachas de Cízico sobre la joven que dio un paso demasiado largo y se volvió hombre.

Seguía en el *kenourgion* y oía música a lo lejos. La música puebla las sombras de la noche, esas sombras donde crecen cosas peligrosas. Y seguía recordando lo que había visto aquella tarde desde la terraza. El niño que temblaba dejó de temblar y se puso a reír. Su madre le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De aquel pájaro.

La madre, sin dejar de tirar al aire las siete bolitas de marfil, le hablaba:

—¿Qué le pasa al pájaro?

Y el niño decía cosas nimias. Cosas pequeñísimas, de verdadero niño. Decía que el pájaro andaba por el prado y las hojitas de hierba puntiagudas le hacían cosquillas en la tripa a medida que caminaba. Y entonces daba saltitos más altos, pero era inútil porque la hierba en aquel lugar era más alta y seguía haciéndole cosquillas en la tripa. Y el chico tenía que reírse, porque el pájaro se enfadaba. La madre le dijo:

—Vamos, esas son cosas de bobo.

Ni el chico ni la madre se daban cuenta de que los veía la princesa. Y ella pensaba: «Voy a toser para que me vean. Yo no soy ahora un ser humano. Soy como esos insectos que fueron antes otra cosa, gusano o larva, y que del día a la noche cambian. Me siento después de la muerte de Roger como si tuviera tres pares de patas y las alas mojadas. Quizá la gente no ama a los bichos de alas mojadas así como yo. Por eso mis doncellas me piden permiso algunas noches para retirarse antes de que haya terminado realmente la velada».

Ella misma evitaba a las doncellas, es decir, no quería tenerlas a todas juntas delante, como en los buenos tiempos de Constantinopla.

Y seguía diciéndose: «Ahora todos estamos en peligro y por eso mucha gente civil de Gallípoli y algunas mujeres de mi pequeña corte sueñan con salvarse, hablan detrás de mí y desean escapar. Yo, no. Yo tengo algo mejor que hacer. Que se salven los otros, los que no puedan hacer otra cosa».

Luego se retiró de la terraza y entró en su dormitorio. Se acostó en un diván. Contemplaba su pie desnudo al final de su vestido y se decía: «No es mi pie, es el pie de otra», de una de las doncellas; por ejemplo, de Demetria, que solía sentarse en un rincón y estarse callada. Podía ella cortar aquel pie sin sentir dolor. Porque no era de ella. O creía que no era de ella o decía que creía que no era de ella. Contemplaba fijamente el pie, extrañada, y de pronto lo movía por su voluntad y el pie se movía al final de su vestido. Daba un grito y entonces acudía la doncella. Era Sofía, que habría querido dar la vida por ella, pero no sabía cómo. Y la princesa le decía:

—No te preocupes, querida. Al final, todos hemos dado la vida por lo que amamos, o por lo que odiamos.

Estaba otra vez en el *kenourgion* y se iba a levantar porque oía pasos de mujer en sus habitaciones. Alguien la buscaba y no la encontraba y volvía a buscarla. Pero se sentía a gusto en la sombra del *kenourgion*. «Odio a los catalanes», pensó, «y a ellos no les importa. No se enteran siquiera. Son valientes, pero creen que hay cosas más grandes que la vida. Lo creen sin pensarlo, sin sentirlo siquiera. Lo llevan en una zona secreta y muda y sorda que ellos mismos no llegan a conocer nunca, pero que yo percibo. Esto es bastante estúpido —el percibirlo— y esa estupidez es lo único y lo último

que me queda en la vida. (Esa estupidez gracias a la cual percibo que los catalanes son así.) Bueno, yo no diría que es estupidez, sino el estado de gracia en el que me ha puesto mi dolor de viuda.»

Volvía a pensar en lo que había visto desde la terraza aquella tarde. Era ya el campo de la primavera y se veían las flores de las habas moviéndose ligeramente con la brisa como en un concilio de mariposas. Y pasaron soldados. ¿Cien? ¿Doscientos? No sabía. En todo caso, le extrañaba que hubiera todavía tantos soldados en Gallípoli. Todas las tropas juntas le parecían un solo hombre: Roger. Entonces disimuló, se quitó su pañuelo de colores (el que se ponía en la cabeza cuando hacía viento) y se alegró de que los soldados no la hubieran visto aún, porque el luto de Cataluña era negro. Y ella no llevaba luto.

Los soldados se detenían un momento y plegaban la bandera de dos colores. Detrás de ellos había una mujer —la de las siete bolitas de marfil —. Se veía a sí misma aquella mujer en las miradas de los hombres y erguía el pecho. Su niño, el de la fiebre, se daba cuenta de que su madre era feliz y reía. «Se daba cuenta de todas las cosas aquel niño enfermo porque su enfermedad lo ponía en estado de gracia, como a mí el dolor de mi viudez.»

Fue entonces cuando la princesa se volvió adentro pensando que había un ángel gordo con patas amarillas y malolientes. El de sus profecías. Estaba preso en el castillo y sólo anunciaba desastres. Un ángel enviado por el Patriarca Alejo. Alguien le arrancaba las plumas de una en una y él pataleaba, mordía y blasfemaba. «Me gustaría a mí misma hacer aquello —lo de las plumas— y luego enviarlo sin ellas y desnudo a marcar el paso detrás de los soldados.» Pero ¿dónde dormían los ángeles? Tenía ella miedo a esos seres que no se sabe si duermen en el aire, en la tierra o en el agua.

Era tarde. La princesa no quería nada. No necesitaba nada. Sólo ver pasar a su lado los escuadrones ensangrentados y borrachos de la difícil y poco probable victoria. A veces, cuando sabía que habían matado a un catalán en los arrabales, no podía evitar una cierta y secreta alegría que a ella misma le extrañaba.

Era tarde y se acostó. La noche fue tranquila. Alertas de los centinelas, ruido de armas de los relevos. Al día siguiente salió Berenguer con sus galeras —cuando la princesa despertó ya se habían marchado—

prometiendo volver con víveres, oro y prisioneros. Aquel día las escaramuzas en los arrabales habían sido más duras que nunca. Los griegos aparecían armados de punta en blanco con las corazas y yelmos tomados a los catalanes.

Despegaron las galeras de Berenguer. Había algunos que recelaban de su regreso. Llevaba Berenguer cuatrocientos infantes y cincuenta caballos. Puso proa a la isla de Mármara (la que los antiguos llamaban Propóntide). Muntaner le había dicho que aquel nombre quería decir *antes del puente* y se refería al *Ponto Euxinus* de la antigüedad. Berenguer no se preocupaba de la arqueología histórica. Iba en la proa de la capitana fríamente decidido.

Estaba la isla guarnecida por tropas de Andrónico. Los almogávares desembarcaron y lo pasaron todo a sangre y fuego. Degollaron hombres, mujeres y niños y se llevaron todo lo que hallaron de algún valor, que no era poco.

Regresó Berenguer el mismo día a Gallípoli, donde fue recibido con alborozo y gratitud. No traía prisioneros porque no quería prolongar en Gallípoli las crueldades que había visto en la histórica Propóntide.

Esperaba que lo llamara la princesa, pero al ver que no lo llamaba, no se decepcionó demasiado.

Al día siguiente salió Berenguer otra vez a correr el estrecho, hizo algunas presas importantes de barcos enemigos y sin volver a Gallípoli, acometió a Rekreia, ciudad grande y rica, bastante bien defendida. Con poca pérdida de almogávares la invadió y ocupó entera. Sacaron lo que tenía de valor y exterminaron a los vecinos, respetando sólo a los niños y a los ancianos. La furia del primer encuentro en la isla de Mármara había apagado algo del fuego vengador y comenzaron los almogávares a mostrarse más humanos dentro de la natural violencia de aquellos días. Se quedaron allí una semana. El Emperador tuvo noticia de la pérdida de aquella plaza cuando pensaba que los catalanes estarían huyendo a Sicilia. Su asombro y su dolor fueron silenciosos y calmos, pero terribles, y se lamentó de lo que su hijo había hecho el día que mataron a Roger. Mandó al déspota Carlo Juan con cuatrocientos caballos y la infantería que pudiera recoger para cortar la retirada de Berenguer.

Al saberlos cerca, Berenguer dispuso sus fuerzas, muy inferiores, para la batalla. Embistiéronse con brío y los almogávares rompieron las formaciones griegas. Pasadas las primeras filas a cuchillo, se dedicaron a perseguir a los fugitivos. Carlo Juan pudo huir y llegó a Constantinopla con ochenta caballos y los restos de su destrozada infantería.

El efecto de aquellas victorias en tan diferentes lugares fue aterrador para Andrónico. Tratando de justificarse, Carlo Juan dijo que los catalanes habían recibido refuerzos y que tenían nuevos jefes y nuevas armadas de mar. Al saberlo, Miguel aceleró la concentración de tropas.

Volvió Berenguer con sus riquezas a Gallípoli. La princesa lo llamó y tuvo con él una entrevista a solas. La curiosidad de la princesa era adulta o infantil, según sus diferentes humores:

—¿Qué gente había en Propóntide? ¿Soldados, marineros, oficiales del Emperador y gente civil? Era un día de fiesta en Propóntide. ¿No sabes qué día era? Era día de fiesta en toda Bizancio. ¿Qué hicieron los isleños cuando os vieron desembarcar? ¿Había mujeres hermosas con el pecho adornado con porcelanas de colores? ¿Cantando? ¿Hubo poca resistencia? ¿Y el pope? ¿Qué te dijo el pope?

—Creo que lo mataron también.

—¿También al pope? Yo los quiero a los popes de este país y a los de Macedonia, pero no importa. ¿Sabes qué fiesta era? El cumpleaños de Andrónico. ¿No te da risa? Dicen que aquel pope de Propóntide era hombre sabio y virtuoso. En ese caso, no debía ignorar que en la vida hay que matar de vez en cuando al hijo de Dios, es decir, al vecino pacífico, y beber con su sangre el misterio del Padre. ¿Y ahora qué vas a hacer tú?

Pensó Berenguer por un momento que la princesa hablaba como si estuviera loca.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No sé —dijo él con una expresión fatigada—. Saldré para otra población costera y trataré de hacer lo mismo.

—Si vas a Constantinopla —dijo ella en broma—, mata a los pedagogos, a los archimandritas de los monasterios (pero a los pequeños frailecicos de cordón, a ésos, no) y tráeme si puedes presos a los de la guardia del Emperador. Me gustaría que me trajeras también al poeta Gayo,

que hace dos discursos al año desde su ventana: uno a las mieses rubias del verano y otro a las nieves blancas del invierno, para justificar la pensión de mi tío. El resto del año lo dedica a prepararlos y a emborracharse. Ese poeta lo querría yo aquí, porque sabe que la realidad es perfecta. Con sangre, crimen y vergüenza. Es perfecta.

—Yo también lo sé —dijo Berenguer, sombrío—. Los españoles lo sabemos, eso.

—¿Con la guerra, con la traición, con el crimen?

—Y con la muerte y con el parricidio y con el incesto.

—Sabéis mucho los españoles, pero nunca habláis del amor. ¿Qué piensas tú del amor?

Berenguer tardaba en contestar pensando que su respuesta sería demasiado chocante. Por fin, con una expresión resignada, dijo:

—El amor es un don divino por el cual queremos regresar a un lugar inaccesible que conocimos un día muy lejano.

—¿Qué lugar? —dijo ella.

—No sé. Un día, hombre y mujer éramos uno solo. Un solo ser. Yo era mujer y tú eras hombre. Todavía tenemos señales en nuestro cuerpo. Desde que la naturaleza nos separó e hizo dos, el hombre y la mujer se buscan para ser uno solo otra vez. Y necesitan serlo y no pueden.

Pensaba Berenguer: «Yo diría mis más secretas verdades, las que no he dicho nunca a nadie, porque ella, loca o no, es muy hermosa y la belleza tiene derechos». Berenguer seguía:

—Todos los hombres queremos volver a ser uno con la mujer. Y andamos locos tratando de…

Delante de la princesa, Berenguer era libre, franco, sin resistencias de ninguna clase y, al mismo tiempo, no se atrevía a mostrar la desnudez completa de su mente. La princesa le ayudaba:

—¿De qué?

—Bien —dijo él como si se arrojara al agua—. Todos tenemos la obsesión loca de volver a entrar por donde salimos un día. ¿No es eso?

La princesa se ruborizaba más por la sorpresa que por la vergüenza, y al darse cuenta pensó Berenguer: «No está loca, porque si lo estuviera, no

tendría ese rubor perfecto que en este caso no es un rubor de la palabra, sino de la idea». Y siguió:

—Todos queremos volver a ser uno y fundirnos con la mujer o hacerla desaparecer a ella en nosotros o perdernos nosotros en ella. Es un inmenso problema.

—Es una tragedia, de veras —replicó ella.

—Sí, porque nos es absolutamente indispensable esa fusión con la amada en un solo ser y es absolutamente imposible.

—Absolutamente imposible —repitió ella, reflexiva.

Berenguer volvió a pensar: «El dolor ha agudizado su sensibilidad y por eso habla a veces como una mujer ebria. Tiene una mente *flotante*. A veces esa embriaguez da la sensación engañosa de alegría y hasta de felicidad. Habla demasiado. Habla tanto para no dar tiempo al pensamiento. Para no detenerse a pensar». Luego añadió:

—Sólo conseguimos esa fusión un instante, en el instante del gozo.

Y miró a ver si la princesa se ruborizaba otra vez. Pero ahora estaba pálida, nada más. Berenguer siguió:

—Y después de ese instante, nos guardamos rencor el hombre y la mujer. Por la frustración. Por no haber conseguido quedarnos unidos y fundidos para siempre. ¿Es por eso también por lo que tú guardabas rencor a Roger?

Berenguer se acercó, se sentó al borde del diván y con una expresión paternal puso su mano masculina, nervuda y vellosa, en el pie desnudo de la princesa. Sabía que el pie es un buen conductor del deseo.

—Alteza —dijo al mismo tiempo con el más protocolario respeto—, lo que digo…

La princesa no retiró el pie, pero Berenguer vio una sombra en sus ojos.

—Tú eres fuerte, Berenguer —dijo ella con calor. Tus ideas son raras, como las mías, pero más certeras, y de ellas sacas tu calma.

Hizo subir un poco su mano, Berenguer. El tobillo de la princesa era infantil y fragante. La princesa encogió la pierna y descubrió, sin querer, la otra. Luego se puso de pie de un modo natural y sin violencia.

—Eres un hombre agudo, Berenguer. Es verdad que yo odio a Roger sin dejar de quererlo, en el recuerdo.

Berenguer no la oía. Se acercó demasiado y ella retrocedió:

—No, ahora no. Márchate al mar otra vez y saquea, incendia, roba y mata. Y si puedes, acércate un día a Constantinopla, prende fuego a los arrabales, que el viento hará lo demás, porque hay muchas casas de madera. Allí están las parcas, aburridas, esperándote. ¿No son hermosas, las parcas? ¿Es verdad que podrías acercarte por mar a Constantinopla?

Como soldado, Berenguer no prometía más de lo que le parecía posible:

—Es difícil acercarse a Constantinopla, pero desde luego, te prometo prender fuego a las atarazanas que están a veinte millas, de modo que no puedan volver a usarlas en cincuenta años. Más tarde Dios dirá si podemos entrar o no en Constantinopla.

La princesa reía:

—Eso es. Anda y saquea y mata. No respetes nada. Ni a los curas ni a esas viejecitas con el cabello color de rosa que no acaban de morirse y dicen picardías y suciedades, sonriendo. Anda y saquea y mata. Esas viejas de cabellos color rosa correrán a la ciudad como una bandada de ocas, diciendo cosas raras.

Berenguer estaba sorprendido otra vez de las reacciones de la princesa.

—¿Qué cosas raras, alteza?

Ella vio en los ojos de él algo más que curiosidad.

—Todo el mundo las dice a veces. Esas viejecitas dirán corriendo por las calles: «Allí están, que yo los vi y me escapé y caí al suelo porque las sayas se me enredaron en las piernas. Y estaban todos revueltos, armados con ballestas y espadas, al lado del camino, los pobres. Todos griegos, los pobres, y con el corazón fuera del pecho. Y tenían el cuello abiertito y sangrante y otros la cabeza partida por los golpes de maza. Pobrecitos, que yo los vi». Eso dirán. Anda, Berenguer, haz tu trabajo y cuando vuelvas, no olvides que te estaré esperando.

Se había recostado y en lugar de alargar su mano extendió otra vez hacia Berenguer su pie desnudo. Era como una fruta fragante y pulposa. Berenguer lo tomó cuidadosamente con las dos manos y se inclinó a besarlo como si se tratara de una reliquia. Ella no sabía qué decir.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIII

—Veo que te gusta mi pie —habló por fin—. Es natural, a mí también me gusta. Pero no hablemos más. Márchate ahora. Digo que te marches.

Berenguer salió de espaldas, despacio, y en la puerta se inclinó. La princesa pensaba: «Lo comprendo todo en estos hombres, incluso sus ideas del amor. Lo que no comprendo es que en tiempos de campaña puedan dormir al aire libre, en el suelo. No por dureza del suelo ni por el frío del alba, sino porque mientras duermen los puede mirar un búho. Mirarlos sin su conocimiento, un búho».

Luego pensó: «Berenguer cree que estoy loca. Yo lo creo también, a veces. Y a pesar de eso, me quiere, Berenguer. Pero algunos de estos capitanes me dan también la impresión de que se asoman a una ventana que no existe o al menos que yo no he visto nunca». Y recordaba a Arenós, que era hermoso y terrible a pesar de sus piernas estevadas, y que se separó de ellos en Cízico y se fue a alguna parte porque no podía ver a su jefe dedicado al amor mientras los almogávares asesinaban a diestro y siniestro. La princesa pensaba en Arenós mientras Berenguer iba a quemar las atarazanas a veinte millas de Constantinopla, como había prometido.

En Gallípoli se entretenía día y noche a las vanguardias de Miguel con escaramuzas, pequeñas salidas, choques inesperados. Rocafort decía:

—Hay que hacerles cada día algunos muertos para que no tengan duda de que estamos vivos. La mejor prueba de que estamos vivos es que los matemos a ellos en las descubiertas del amanecer y de la prima noche.

Habían sacado los griegos una parte del ejército de Constantinopla para proteger las costas después de las incursiones de Berenguer, por cuya razón y por el aumento de víveres en los depósitos de Gallípoli comenzó a pensar Rocafort que la táctica de Entenza era acertada. Sin embargo, le parecía

poco prudente aquella manera de hacerse al mar a merced de borrascas y sorpresas.

Buscando Berenguer las atarazanas de Constantinopla topó con los genoveses. La jornada fue catastrófica. Pudo ser peor. Los genoveses se portaron con Berenguer humanamente, pero el caso fue parecido al de Roger, ya que, en realidad, la catástrofe se debió a un engaño y ardid y no a lucha franca.

Salió Berenguer con sus cuatro galeras y con su tropa distribuida en ellas. Eran naves de popa alta y artilladas. Navegaron toda la noche y al amanecer descubrieron por la parte de Gallípoli, a su retaguardia, una escuadra de hasta dieciocho bajeles. Viendo que tenían cortada la retirada, se tomaron pareceres y acordaron ponerse a la defensiva con las galeras lo más juntas posible, las proas contra la playa y las popas hacia afuera, en abanico. En esa formación esperarían con las mechas de los cañones encendidas. Al acercarse la escuadra contraria, vieron que eran barcos genoveses, es decir, neutrales. Pero siguieron a la expectativa. Algunos genoveses se acercaron en un esquife. Les hablaron con palabras amistosas. Dijeron que mandaba aquella escuadra el señor Eduardo de Oria, caballero armador y hombre de grandes riquezas. Berenguer y Oria se conocían de fama. Oria invitó a Berenguer a pasar a su galera, diciendo que lo tendría a gran honor. Curioso de amistades nuevas y confiando Berenguer en la neutralidad de aquellas banderas y en la fama de hidalguía de los Oria, pasó a la galera capitana, donde fue bien recibido y agasajado.

Oria comenzó hablando mal de los mismos genoveses de Pera, lo que fue un ardid bastante hábil. Berenguer los disculpó diciendo que vivían bajo la autoridad de un imperio extranjero y que no se les podía pedir la misma entereza de ánimos y maneras que en su patria. Insistió Oria en que los genoveses de Constantinopla no merecían ningún respeto y Berenguer creyó prudente dejar sentado que él no tenía motivo alguno de resentimiento contra ellos y que si había habido fricciones y choques fue cuando él estaba todavía en Sicilia.

Comió Berenguer a bordo de la capitana y pasó la tarde con los genoveses, entretenido en conversaciones y en juegos. Oria era hombre rico

cuya comodidad prócer tomaba la apariencia de la hidalguía. Pero las virtudes de la riqueza son sólo aparentes.

A media tarde habían subido a la galera capitana de los genoveses más de una docena de caballeros de Berenguer y todos juntos cenaron y bebieron.

Hablaron de Andrónico, tratando de dar una impresión serena y calma. Oria repetía de vez en cuando:

—Nosotros, como ustedes comprenden, tenemos que negociar con los unos y con los otros.

Oria tenía una cara flaca y nerviosa, y los ojos, en cambio, muy tranquilos. Daba una impresión un poco extraña de hombre de lujos secretos.

Ya de noche Oria envió correos a Andrónico, sin que se dieran cuenta los catalanes, diciendo que tenía en su poder a Berenguer y que podría adueñarse fácilmente de las cuatro galeras que llevaban los catalanes.

Mientras los correos iban a Constantinopla, la galera capitana de Oria parecía un ascua de oro con brocados, sedas, linternas de colores y, sobre todo, con la mesa de los convivios y amistades. Oria y Berenguer habían simpatizado y hablaban en toda camaradería. El prócer genovés le puso la mano en el hombro y dijo, campechano:

—Cuando nos vieron ustedes esta mañana, se prepararon al combate, ¿no es cierto?

—Pensamos que era una armada griega.

—Somos dieciocho navíos contra cuatro. Lo habrían pasado mal. Se habrían defendido, ya lo sé. Ustedes son así, pero habría sido una locura.

Desde aquel momento Berenguer mostró una especie de altivo retraimiento.

—No olvide usted —le dijo— que los catalanes sólo hacemos guerras legalmente abiertas y declaradas, que hemos puesto pie en Italia y que en Génova se habla tanto catalán como castellano.

—O más —concedió Oria—. Eso es verdad.

Y comprendiendo que la amistad de Berenguer podía peligrar, recordó Oria las relaciones de sus abuelos con la casa de los condes de Barcelona. La amistad entre catalanes y genoveses pareció quedar confirmada hacia

medianoche con juegos y música. Algunos tiraban a florete y a sable, con máscaras y petos. Berenguer y sus caballeros se quedaron a dormir en la nave de Oria. Y durmieron en paz.

Antes del amanecer volvieron los correos de Oria trayendo generosos ofrecimientos del Emperador para los genoveses si apresaban a los catalanes y destruían sus naves. También se dejaban advertir amenazas más o menos veladas si se negaban a hacerlo. Los genoveses, y personalmente Oria, estaban en buenos términos con Andrónico, que les favorecía en sus negocios, y sin pensarlo dos veces arrestaron a Berenguer y a los capitanes que estaban a bordo y acometieron contra las cuatro galeras.

Las tripulaciones estaban desprevenidas. Los genoveses tomaron tres galeras perdiendo en el ataque más de doscientos hombres. En cuanto a la galera capitana, que tuvo tiempo de prevenirse, la empresa fue difícil. Ella sola se sostuvo contra las dieciocho proas y combatió hasta que la nave incendiada se hundió en el mar. De los genoveses murieron en el ataque quinientos cuarenta y fueron tres veces más los heridos.

Berenguer, puesto en hierros y prisiones, fue llevado con sus mejores capitanes y con algunos prisioneros de menos importancia a Constantinopla, pero Oria se negó a entregarlos al Emperador. Encerraron a Berenguer en una prisión del barrio de Pera. Berenguer le dijo a Oria:

—Si me entregas a Andrónico, tendrás que responder a los cargos que te hará la casa de Aragón.

—No creo que Andrónico sea enemigo de la casa de Aragón.

—¿Cómo es eso?

—Es lo que me dijo el infante don Sancho.

Comprendió Berenguer que el mal venía por aquel lado. No era la primera vez que don Sancho había perjudicado la causa de los catalanes. Por mal entendida confianza, al hallarse con Oria en alguna isla del mar Egeo le debió decir que su hermano tenía hechas las paces con Andrónico y que no pensaba romperlas. Aquel infante flaco, pero con el estómago abultado y la cabeza reticente, era un hombre sin sentido de la discreción.

Pensaba Berenguer en la princesa María y se decía con un humor amargo: «Ella dijo que me esperaría. Yo no tengo nada de Ulises y ella tal

vez tiene menos aún de Penélope». Se resignaba a su suerte sin demasiada angustia esperando lo peor con buen ánimo.

El Emperador hacía fuerza para obtener la persona de Berenguer. Quiso comprarla con veinticinco mil escudos, y al enterarse el prisionero se dio por perdido, ya que entre genoveses el dinero solía decirlo todo. Pero no aceptaron.

—Mis abuelos —repetía Oria— conocieron a los abuelos de Berenguer en Barcelona.

Aunque Berenguer de Entenza estaba vigilado día y noche ya no llevaba hierros ni esposas.

Pocos días después Muntaner acudió con un navío a gestionar el rescate de Berenguer. Ofreció cinco mil escudos, que fue todo lo que en Gallípoli pudieron conseguir, pero Oria se negó a aceptarlos por parecerle pequeña la cantidad o tal vez no enemistarse más con Andrónico. La entrevista se celebró en el mar, lejos del puerto.

Andaba Oria aquellos días confuso, diciéndose a sí mismo: «No puedo entregarlo a Andrónico ni devolverlo a Gallípoli ni matarlo ni liberarlo. ¡Vaya una situación!». Esperaba una oportunidad para entregarlo a la tripulación de algún barco de la casa de Aragón bajo palabra de honor de que no volvería a Gallípoli. Esa palabra de honor le parecía a Oria que justificaba, o al menos compensaba, su deslealtad con Andrónico y con los genoveses de Constantinopla.

Insistió Muntaner en que buscaría más dinero, pero Oria le dio a entender que sería inútil, y entonces Muntaner le entregó una parte de aquella suma para que la hiciera llegar a las manos del prisionero. Con el dinero Muntaner le dio una carta de la princesa María. Era una carta extraña, pero exacta. (Exacta a su manera.) Decía: «Te he esperado en vano y la luna, que era pequeña cuando, te fuiste, es ya grande en el cielo. Por fin he sabido lo que sucedió con los genoveses. Bien. Cuatrocientas vidas robadas a la defensa de Gallípoli. Yo decía en mi imaginación: Han matado a Roger. Han matado tal vez a Berenguer de Entenza y a sus cuatrocientos soldados. Ahora tal vez voy a morir yo y es incómoda la muerte porque una vez muertos ya no nos quiere nadie. En lugar de amor suscitamos miedo. Es entonces, cuando nos ven muertos, cuando los otros aprenden las

proporciones justas de nuestro relieve. Y tienen miedo porque es un relieve enorme.

»Yo te esperaba. Soy fiel a mis inclinaciones. Sólo tengo inclinaciones, ahora. Creo que nunca tendré una pasión. Pero Dios nos ha castigado a ti y a mí. Ahora no quisiera ser más que esa mujer juglar que anda con siete bolitas de marfil y ve pasar a los soldados irguiendo el pecho. Yo querría, como ella, dormir en la frondosa hierba que hay a la salida de las raquíticas aldeas. Aunque me mire el búho. Y después visitar el cementerio y ver cómo las viejas hacen la cruz a mis espaldas. Porque todas las mujeres griegas creen que yo tengo demasiada fe en mí misma y esa fe no va sin un cierto desprecio para la multitud que oye. Esa multitud es la de los griegos que harán la cruz detrás de mí, pero que me amarán. Las multitudes aman a quien las desprecia y cuando me veo amada me quiero a mí misma también. No mucho, pero bastante para que vosotros, los hombres que estáis vengando a Roger, me améis también. (Nadie ama nunca a los que no se aman a sí mismos.) Pero tú no te quieres a ti mismo. Tú has ido a la galera de Oria sin necesidad alguna, como fue Roger a la mesa de Andrónico. ¿De dónde os viene esa confianza satánica?

»Os odio porque no os amáis bastante a vosotros mismos y, sobre todo, por esa confianza y arrogancia más alta que la vida misma. Si no os destruye Andrónico (no lo creo, ni lo espero), tendré que pensar un día en destruiros yo. A pesar de todo, quiero que salgas de ahí y vuelvas a mi lado y tomes mi pie entre tus dos manos de león poderoso, terrible y, sin embargo, pacífico.

»Porque eres todo eso. He estado pensando todo esto y mirando la luna y esperando. La de ayer era una luna dulce color membrillo, envuelta en un enjambre de moscas zumbadoras.

»Desde que saben que estás preso, algunos capitanes me miran a mí de una manera distinta. Rocafort me mira inagotablemente.

»Yo veo en las estrellas mensajes apócrifos y otros verdaderos. A veces los veo en la luna también. La luna de los locos tiene cristal alrededor. La de los perros tiene un mensaje que nunca descifraremos nosotros.

»Sé que tú has entrado en el camino de Roger y que lo único que tienes que hacer es dejarte despedazar por seis hombres y verter tu sangre sobre

los manteles y las copas del banquete. Los que sois más que hombres tenéis que pagar de un modo u otro. A veces quiero llorar, pensándolo, pero a veces también me río sin querer.

»Si eso te pasa, arrojarán tus restos a alguna parte y, ya muerto, tendrás la resistencia que tienen los lagartos, por ejemplo, para el poderoso y corrosivo sol. No debías haber escuchado a nadie hasta cumplir la promesa que me hiciste. No debías haber abandonado tu galera capitana hasta cumplir la promesa de incendiar las atarazanas y traerme tres mujeres viejas de cabello color rosa. Pero eres confiado. ¿Por qué tanta confianza? ¿Quién eres tú para tener esa confianza? Yo no confío en nada porque recuerdo que al mismo tiempo que es de día en mi Imperio es de noche en otros. Eso decían mis abuelos muchos siglos antes del nacimiento de Jesús. Yo no confío en nadie. Si Roger hubiera hecho caso de mi desconfianza, viviría aún. Pero comprendo que tenía que pasar lo que pasó. Tu caso es distinto. Estás en una situación intermedia entre lo vivo y lo muerto. Pero los hombres como Roger y tú no comprendéis. Actuáis, vais y venís y hacéis tremendas cosas. Los otros esperan vuestra confianza para aprovecharse y hacer cosas pequeñas y viles y eficaces desde el punto de vista de la vida limitada y apreciable.

»Entender es una tarea humilde para nosotras, las mujeres.

»Aquí los catalanes y aragoneses hablan y pelean día y noche y lo horrible es que todos dicen lo mismo. Sólo decimos cosas diferentes nosotras, las hembras. Ellos pelean, se curan las heridas y esperan el día de la gran señal. Todos tienen durezas y callos en la cabeza, del roce y el peso de la celada. Y hablan. Así son de tozudos. Son los tozudos del antuvión. ¿Qué van a hacer? Yo los oigo y les digo las cosas que creo que convienen en estos instantes: les digo que todos los ríos van a la mar, que es el morir, pero todos los mares van a las nubes, a los glaciares, a los ríos y luego a sí mismos otra vez. Con las desgracias y las fortunas pasa igual. Hay sucesivos naceres y morires en la vida de cada cual y ahora están todos en la coyuntura del nacer y del triunfar. Pero ellos se callan y se curan sus heridas.

»En estos días todos piensan en ti, unos para bien y otros para mal, porque creen lo mismo que yo. Te recomiendo que aceptes la muerte. Una

muerte accidental y provisoria. Así te sorprenderá la vida como un regalo.

»Mis doncellas van con los capitanes, por la noche, y luego vienen a contarme cosas. Yo creo que mi madre las tenía a su lado para eso, para que fueran con los capitanes y la informaran. Yo no lo necesito. Yo soy la viuda de Roger y no necesito esas precauciones, sino otras.

»Ahora tienes horas de soledad y puedes descifrar cartas, volver a leer y pensar. La historia del saber está llena de sangre: sangre de caballos, de niños, de monos, de jirafas. La de los hombres como vosotros es diferente. Y los otros no me importan. Tú has caído, pero no del todo, sino que has caído sobre tu brazo doblado y pruebas a levantarte. Igual que Roger, tú eres un loco que hoy dice que sí, pero que mañana dice que sí también. ¿Por qué tanta confianza? ¿Quién te ha autorizado a ti a una confianza tan insolente? ¿No sabes que eso se paga?

»Estoy sola y quisiera estar contigo. Mi soledad es como un campo de alacranes griegos que pasan vitoreando a alguien. Yo pienso que podría hacer algo con su veneno. Y no hago nada. Estoy a pique de convertirme en un cazador de esos que madrugan para ir a misa. O en una de esas niñas que van vestidas de primera comunión y vigilan a los parientes. Pienso en ti para salvarme, ahora. Pero vosotros sois los héroes de la gran sinceridad intolerable.

»Si no puedes ni quieres regar de sangre los manteles como hizo Roger, sé prudente y sálvate. Y ven un día aquí, a donde siempre llegarás a tiempo. Los demás te recibirán con albricias y te darán la parte de la victoria. Porque hay una victoria esperándoos y yo lo sé».

Berenguer leía aquellas páginas y volvía a leerlas. Por fin se convenció de que le hacían bien y se avergonzó de haber pensado en la locura de la princesa María. En la soledad del encierro leía y volvía a leer la carta y le encontraba sentidos diferentes. Algunos, humorísticos. Otros, graves.

No acababa de explicarse las ligerezas del infante Sancho, a quien consideraba como a los cazadores «que antes de salir al campo madrugan para ir a misa». No sabía lo que quería decir la princesa con eso. Desde luego, no era una alusión a la prudencia. Era más bien la estupidez de lo consuetudinario con apariencia de vano esfuerzo y de falsa virtud.

Perdidos con Berenguer cuatrocientos cuarenta y cinco hombres de guerra y cincuenta caballos, las fuerzas de Gallípoli eran ahora mil ciento cincuenta almogávares, entre ellos dos catalanes, Guillén Sepúlveda y Juan Pérez de Caldés, y otros dos aragoneses: Fernando Gori y Gavasa. Como jefes supremos estaban Muntaner, que era el comandante de la plaza, y Rocafort, jefe del ejército. Eran tan diferentes y contrarios que, considerando obvias sus discrepancias, nunca discutían.

Aunque Andrónico y Miguel no atacaban todavía, estaban preparando sus fuerzas en Rodesto y habían trasladado ya a Branchiallo, cerca de Gallípoli, un considerable ejército. Estaba Branchiallo a unas tres millas de Gallípoli y desde la torre albarrana del castillo se veían masas de caballería maniobrando y durante la noche los fuegos de las casas y de los vivaques como si se tratara de una gran ciudad.

Perdido Berenguer y con él las esperanzas de ayuda en víveres y en dinero, se reunieron los soldados otra vez en la planta baja del castillo y tuvieron una larga deliberación. Las expresiones eran más taciturnas que nunca. El primero que habló fue un sargento de caballería que tenía el brazo izquierdo anquilosado de una fractura mal curada, pero accionaba bravamente con el derecho y decía que tal como estaban las cosas era desatinado tratar de defender a Gallípoli y que lo mejor sería embarcarse todos y navegar a la isla de Metellín, tomarla y hacerse fuertes en ella. Desde allí podrían correr los mares próximos y hacer daño al Imperio de Andrónico. Esas palabras fueron ahogadas por una ola de protestas. Se acordó que en lo sucesivo no se permitiera a nadie hablar de aquella manera y si alguien se atrevía fuera tratado como traidor.

Rocafort aprovechó la ocasión para exponer su plan. Desesperado y todo, era lo único que un hombre intrépido podía hacer en aquellos momentos.

—El destino —dijo— nos hace la desgracia bastante dura. Hagámosla nosotros más dura voluntariamente y así nuestro ánimo será más fuerte que todas las desgracias.

La proposición de Rocafort fue que se destruyeran las naves que les quedaban. Nada más fácil que barrenarlas y echarlas a pique. Los remeros y galeotes serían exculpados y declarados libres si querían unirse a la defensa.

Fue aprobado con entusiasmo, porque cuando los hombres están reunidos y en masa nadie quiere quedar a la zaga de los más decididos. Los navíos fueron barrenados e incendiados. Aquella noche la princesa y sus doncellas vieron desde la torre albarrana los fuegos del mar por el oeste y los del campamento enemigo por el este.

Puestos los galeotes en libertad, aumentaron las tropas de defensa en número de ciento veintisiete, aunque algunos eran demasiado viejos para las armas y se ocupaban en otras tareas. Contra lo que se podía suponer, el hecho de quemar las naves dio una cierta seguridad al campamento. En los momentos de ansiedad, las determinaciones que cancelan los movimientos ociosos de nuestra alma y nos dejan un solo motivo para todos nuestros actos, aunque ese motivo sea la desesperación, nos hacen bien. Es mejor la seguridad de morir que la incertidumbre —las probabilidades contradictorias— de salvación. Los almogávares habían suprimido la fatiga de una esperanza dudosa. Todos descansaron cuando vieron que la última nave se iba apagando y hundiendo en las aguas.

El enemigo intentó el asalto al ver que aquella catástrofe, que atribuían a alguna desgracia fortuita, los debilitaba, pero los escuadrones de los arrabales aguantaron y dejaron algunos centenares de muertos entre las trincheras y al pie de las murallas. Los catalanes no los recogían. Los griegos, tampoco. La brisa del mar llevaba el hedor sobre el campo griego y las aves carniceras se encargaban de mondar los huesos.

Pensando los griegos que sin barcos y sin otros medios de salir de Gallípoli, los catalanes y aragoneses morirían de hambre, se limitaban de momento a asegurar el cerco y a esperar. Volvieron a las refriegas y escaramuzas ordinarias. No tenían prisa por lanzar el asalto general.

La vida militar de Gallípoli quedó estrechamente regulada. La princesa, desde que fueron hundidos los barcos, llamaba a Rocafort por el nombre humorístico de Agatocles, que había hecho lo mismo en la antigüedad. El quemar las naves le parecía una locura, un alarde de confianza como el de Roger acudiendo a la llamada de Andrónico y como el de Berenguer aceptando la invitación de Oria. Y Muntaner pensaba en las palabras de la princesa y se preguntaba: «¿Qué alcance tendrá esa tozudez del desafío a la muerte en el que tanto piensa la princesa?»

Aquellos días Muntaner entraba y salía por las casas de los mercaderes y de los artesanos. Entraba también en las humildes chozas de los campesinos que, por no poder salir a sus faenas, se aburrían sentados en el umbral. Muntaner contaba después cosas divertidas a la princesa. Tenía el don de ver los pequeños detalles pintorescos, y cuando no los veía, los inventaba. Lo hacía para levantar su propio ánimo con el pretexto de mantener el de la princesa.

Decía que uno de aquellos campesinos viejos, con más de ochenta años de edad, estaba sentado en el branquil de la puerta y llorando desconsoladamente. Se le acercó Muntaner impresionado —suponía que había sufrido algún desafuero de la tropa— y le dijo:

—¿Qué pasa buen hombre? ¿Por qué llora?

El anciano levantó el rostro mojado de lágrimas:

—Porque me ha pegado mi padre.

—Pero, hombre —se extrañó Muntaner—. ¿Y por qué le ha pegado?

—Porque hacía enfadar a mi abuelo.

No era necesario creerlo a Muntaner, pero la princesa reía. Cuando le contó esta ocurrencia estaba presente Rocafort, quien se quedó pensando muy serio: «Así conquista Muntaner a la gente». Porque a Muntaner lo querían.

Rocafort, que parecía tosco en tantas cosas, en materia de organización era cuidadoso. Al faltar Berenguer se constituyó por su iniciativa una junta de doce consejeros, cuya opinión decidía en las materias más graves. Los doce fueron elegidos por las tropas y Rocafort aceptaba sin discusión lo que ellos acordaban. Él mismo limitó sus propios poderes. Sabiéndose al borde de la ruina, andaba cuidadoso con los problemas del orden interior de la plaza. Inconscientemente buscaba la manera de transferir a los otros la responsabilidad de la catástrofe.

Hicieron un sello para sus escritos y decretos con la imagen de San Jorge y las siguientes letras grabadas alrededor: «Hueste de los francos que reinan en Tracia y Frigia». El acuerdo de llamarse *francos* y no españoles o sicilianos fue tomado en la reunión del consejo de los doce por varias consideraciones, la primera y principal porque si llegaban a mal fin y desastrada ruina no cayera el baldón sobre los españoles.

Una razón generosa.

Las otras eran el deseo de no comprometer con sus acciones futuras el nombre de ningún reino amigo, ya que tan prudentemente atendían los Príncipes de Sicilia a su buen crédito. Francos quería decir liberados y sin patria. Los pobres defensores de Gallípoli no podían disponer ni siquiera de la dignidad de la propia miseria. Tenían que avergonzarse de su seguro martirio, cosa raras veces vista entre los accidentes y las cambiantes fortunas de la gente de paz o de guerra.

Quería Rocafort acercarse también a la población civil, pero no tenía la gracia natural de Muntaner. A veces entraba en alguna casa campesina. Había tal vez un gran fuego en un hogar bajo a cuyos lados se sentaban los viejos.

Junto al fuego, las cazuelas hervían al rescoldo.

Algún animal tumbado en las baldosas, dormitaba. Dos campesinos afilaban los trebejos y un hombre con aire de pescador miraba en silencio. Rocafort entraba, daba los buenos días y se ponía a hablar del tiempo. Luego quedaban todos en silencio. Se oía sólo el borbotear del agua en las cazuelas.

—¡Perra! —gritaba alarmada la mujer más vieja.

El pescador decía:

—La perra no hace nada, abuela.

Y la vieja, con los ojos aviesos, explicaba:

—Es que estaba mirando al puchero con mala intención.

Rocafort arrojaba un escudo de oro sobre una mesa y salía. Iba pensando: «¿Esta es la gente que le interesa a Muntaner? Mentes tardas, cabezas huecas, brazos inútiles». Muntaner le habría dicho: «Sí, pero son seres humanos». Aquello no lo entendería Rocafort.

En otra casa donde habló Rocafort de los barcos destruidos por ver lo que decían, oyó a un campesino comentar:

—Lástima de madera, que habría hecho buen fuego para calentarnos el invierno que viene.

Rocafort escupía en el fuego, lo que a aquella gente simple le parecía una ofensa grave, y se volvía a los reales del arrabal.

Las escaramuzas diarias, aunque hacían daño a los griegos, costaban vidas también a los catalanes. Por esa razón, por la escasez de víveres y porque la sensación de encierro acababa por ser desesperante, decidieron salir y jugárselo todo a una carta. Estaban seguros de perder, pero al menos caerían matando.

Cada cual comenzó a disponerse al fin. Hicieron un estandarte con la figura de San Pedro y lo pusieron sobre la torre principal de Gallípoli, cerca de las terrazas de la princesa María. Ella se asomaba y se preguntaba qué tenía que ver la llave de San Pedro con la situación militar. Le habían dado cuenta de la decisión del ejército y ella reservó su opinión comprendiendo que se trataba de un acuerdo irrevocable.

Aquel día era el sábado 21 de junio de 1304.

Al punto del día todas las tropas arrodilladas en la plaza de armas hicieron una breve oración y después cantaron a coro la salve a la Virgen. Cuando comenzaron a rezar apareció en el cielo, que estaba azul, una nubecilla que se extendió y produjo un chubasco, y un arco iris, lo que pareció a todo el mundo buena señal. La nube desvaneciose igual que había llegado. Muntaner, que estaba dispuesto a ver señales propicias en todas las cosas, creyó de veras que la jornada no sería del todo contraria. Era posible que llegaran refuerzos providenciales por mar. Por si acaso, puso un vigía —un soldado viejo— en la torre más alta.

Entre caballeros e infantes no llegaban a mil quinientos. Algunos de los galeotes que habían dejado sus barcos eran tan viejos y míseros que lloraban viendo cerca el fin de su libertad reciente. Tres de ellos caminaban juntos, cogidos de la mano, con sus caras mojadas por la lluvia o las lágrimas. La princesa María, cuyas manos besaron los capitanes antes de salir al campo, pidió que le mandaran los soldados viejos y los galeotes inútiles y los obsequió con vino. Las doncellas iban y venían con ánforas y vasos. Le llamaron la atención a la princesa aquellos tres galeotes que iban siempre cogidos de la mano. Estuvo hablando con ellos.

El que hablaba dijo que iban juntos porque habían vivido diez años encadenados y *juñidos* en el mismo banco, moviendo un mismo *remomaestro*. Pero había otra razón para ir cogidos de la mano. Al salir de la galera les había dado Muntaner un escudo de oro a cada uno. Iban

cogidos de la mano porque así estaban seguros de que las tenían ocupadas y ninguno de ellos le hurtaría el escudo al otro.

Los tres se parecían en gestos, maneras y palabras. Según dijo Simeón, el primer año de estar en el mismo banco peleaban. Una vez casi se mataron a mordiscos y el látigo del cómitre los separó. Luego, como no podían matarse, se hicieron amigos y acabaron siendo parecidos en sus gustos.

Se arrodillaron los tres al mismo tiempo delante de la princesa. Ésta les hizo levantarse y les sirvió vino. Nicomedes dijo, tratando de componer una expresión amable:

—No te ocupes de nosotros, señora. Nosotros tres no valemos nada, sobre todo éste —y señalaba a Basilio.

La fiesta tuvo algo funeral y sin alegría.

La princesa dejó a las doncellas atender a sus pobres invitados. Se acercó a las terrazas, subió a la atalaya. Cuando se acercaba a las oscuras escaleras de caracol vio llegar a Muntaner, armado para el combate, quien le dijo:

—Si perdemos la batalla, estará todo perdido, incluso tú. He pensado encerrarte en esta torre con tus doncellas y así el enemigo, en caso de que se apodere de Gallípoli, te encontrará presa y te considerará nuestra enemiga.

La princesa lo miró, extrañada:

—Ellos creerán lo que yo diga, capitán Muntaner.

Muntaner se inclinó y salió con la prisa que le permitía la pesadez de las armas. Al llegar abajo, pensó: «Podía haberme dado las gracias. Mi intención era generosa». Y sentía alguna admiración por aquella niña, sin embargo.

La princesa subió a la atalaya y viendo a Rocafort salir con sus tropas detrás de los estandartes de Sicilia y Aragón, se dijo: «Ese bárbaro no me ha hablado nunca de sí mismo». No sabía si atribuirlo a humildad, a orgullo o a desesperación.

Creía la princesa —aunque les había augurado victoria— que los iban a matar a todos. El estandarte de San Pedro —con la llave en la mano— le parecía un mal presagio. En realidad, hacían aquello —pensaba ella— para tener al portero del cielo propicio cuando llegaran a sus puertas minutos

después. No comprendía la mezcla de violencia, complejidad e inocencia de aquellos hombres.

Volvía la princesa a la sala y ofrecía una vez más vino a los invitados. Eran hombres curtidos cuyos rostros parecían de roca. Los galeotes tenían una musculatura monstruosa y breves cabezas blancas o verdosas, del color de las algas. Buscó a los tres que iban de la mano. Uno de ellos, el que decía llamarse Nicodemos, era hombre de conocimientos. Sabía latín y griego antiguo, pero gustaba poco de hablar. La princesa le preguntaba cosas de su vida y el viejo se limitaba a decir que era de solar conocido.

El enemigo, dejando en sus reales de Branchiallo a unas tres millas una gran parte de sus fuerzas de reserva, salió con ocho mil caballos y más de veinte mil infantes. Rocafort echó su corta caballería por el lado izquierdo de la infantería, abrigándose por el derecho contra las quebraduras del terreno. Pérez de Caldés, caballero ya anciano de Cataluña, hombre gigantesco y de torpes movimientos, llevaba el estandarte del Rey de Aragón. Fernando Gori, el de don Fadrique, Rey de Sicilia. Era Gori uno de los pocos que confesaban tener miedo antes del combate. Mientras le ponían la armadura temblaba a veces y se oían los quijotes entrechocar. Entonces Gori insultaba a su propio cuerpo de un modo extraño:

—Tiembla, tiembla, gallina —decía—, que te van a apiolar en cuanto salgas al campo.

Era la de Gori un alma fuerte en un cuerpo nervioso, pero sus nervios se templaban frente al enemigo. Albero llevaba el estandarte de San Jorge. Rocafort dio el suyo a Guillén de Tous, que lamentaba no haber subido al castillo a besar las manos de la princesa, porque sospechaba que aquél sería su último día y le habría gustado hacer algo dulce y hermoso antes de morir.

Desde lo alto de las torres de Gallípoli los centinelas avisaron que el enemigo iba creciendo todavía y mejorándose por los collados y Rocafort ordenó el ataque general. El primer choque fue tan violento que los que quedaban dentro de Gallípoli, sintieron, según dicen las crónicas de la época, temblar la tierra como en un terremoto. Con su primera jabalina cada almogávar de a pie mató por lo menos a un enemigo. Algunos hirieron a dos. Cada jinete catalán desmontó un alano con su primera lanza y derribó un caballo con su primer antuvión. Tres minutos después había entre los dos

ejércitos unos dos mil griegos muertos o heridos y más de quinientos caballos sueltos y sin jinete relinchando y saltando entre los cadáveres. Esos caballos enloquecidos producían gran confusión y con ella contaban siempre los almogávares.

En medio del estruendo de la batalla se oía a veces el mar, que estaba agitado y producía un rumor de risa, como un abuelo monstruoso.

Iba y venía Rocafort repitiendo el nombre de San Jorge. Otros dos choques de frente con el mismo resultado hicieron que los griegos comenzaran a flojear. Algunos arrojaron las armas y buscaron la salvación en la huida. Embistió Rocafort con un grupo de caballeros al escuadrón que llevaba las insignias del gran eteriarca. Llegó hasta él y derribó el caballo. Malherido, alzaron los suyos al eteriarca y lo sacaron del campo al galope. Al verlo huir, otros jefes, como Umberto Palor y Basilio —de la corte de Andrónico— retrocedieron para darse cuenta mejor de lo que ocurría y sus tropas creyeron que se retiraba y se descompusieron. Algunos capitanes, sin arrojar las armas, emprendieron también la fuga hacia Branchiallo.

Los catalanes gritaban victoria y atacaban a mansalva por el placer de matar y vengarse. Una hora después la batalla se había convertido en una implacable carnicería. Los catalanes perseguían a los fugitivos, quienes al llegar a Branchiallo se rehicieron uniéndose a las tropas de refresco que salían a contraatacar y contuvieron a los vencedores. Por un momento pareció que los griegos se rehacían y Rocafort se sintió perdido, pero los catalanes cerraron cuñas otra vez y aguantaron los peores choques haciendo el daño que podían. Al cuarto o quinto choque en masa el ejército griego de refresco también comenzó a flojear. Y en aquel momento Albero atacó a fondo bajo la voz de Rocafort, que se alzaba el ventalle de la celada y gritaba:

—¡Adelante, hijos de perra, bellacos! ¡Haceros matar todos contra el vano del escuadrón del centro! ¡Adelante, a morir! ¡A morir todos como lo que somos! ¡A morir como puercos!

Conocían los griegos los toques de las trompas y al ver la maniobra que iniciaban los catalanes, vacilaron y no sintiéndose con ánimos para resistir el choque abandonaron el campo. Los catalanes, erguidos en las sillas

gritaban como locos y ensartaban por la espalda a los fugitivos que podían alcanzar.

Persiguieron al ejército enemigo deshecho durante el resto del día en una profundidad de más de veinte millas. Muchos de los griegos murieron por haberse metido en el mar cargados de sus armas. Algunos ocupaban pequeñas lanchas en mayor número del que las embarcaciones podían soportar y zozobraban. Los catalanes entraban detrás con agua a los pechos. Siguieron cazando, derribando y degollando casi sin resistencia hasta llegar a Monocastano. Con la noche dejaron la persecución y volvieron a Gallípoli sin haber podido recoger los despojos. Se abrazaban los unos a los otros y unos reían y otros lloraban de alegría.

Al día siguiente reconocieron el campo y encontraron tres mil caballos en buen servicio, además de importantes riquezas y víveres. Subió Rocafort a las habitaciones de la princesa María. Se veía la alegría de Rocafort en la manera de andar, en el descuido de sus miembros y músculos, que parecían dislocados, mientras que habitualmente era rígido y sin mucho juego en las articulaciones.

Habían muerto dieciocho mil griegos entre caballeros e infantes. De los caballos malheridos hacían carne y la asaban o la salaban para conservarla. Entre el botín había armas lucidas, vestidos de seda y oro y alimentos en abundancia. Tardaron diez días en retirar el botín al interior de la ciudad.

La princesa María decía a Rocafort:

—No me contéis nada. No necesito que me informe nadie, porque estuve en la torre y desde allí lo vi todo.

Rocafort la miraba tratando de averiguar si se alegraba o no. Y decía:

—¿Quién más estaba contigo, alteza, en la torre? ¿No estaba contigo Gregoria, tu doncella?

La princesa, sin responder, miraba a través de la ventana abierta tremolar el estandarte de San Pedro. Luego fue a un pequeño armario de dónde sacó un rollo de papiro:

—Mira lo que dice aquí, Rocafort. Es en relación con Agatocles, el griego que también quemó sus naves. No, no te pongas así, que no vas a impresionar a nadie. Si te molesta que te llame Agatocles, debes decírmelo de una vez.

—Tengo mi nombre —advirtió él sombrío—. ¿Qué dice ahí?

—Dice que con dos mil soldados mató a treinta mil cartagineses en una sola batalla, entre ellos al general Annón. Agatocles perdió sólo dos hombres.

—¿Quién escribió eso?

—Un cristiano que se llamaba Paulo Orosio. ¿No lo crees?

Rocafort tenía aún en la frente las escoriaciones de la celada. Y no escuchaba:

—¿Estaba Gregoria contigo, alteza, en la atalaya?

La princesa repetía que de la gente de Agatocles murió un solo hombre en el campo y otro después, al día siguiente.

—¿No lo crees? —volvía a preguntar.

—No lo creería si no lo hubiera hecho yo también. En mi tropa ha habido sólo un muerto, un herido grave y ocho leves.

No se preocupaba de los libros de Orosio y pedía permiso a la princesa para llevarse a su alojamiento a una de las doncellas. Necesitaba alguien que tuviera «cuidado de su ropa». La doncella que parecía más adecuada para aquella misión era Gregoria. La princesa hizo como que entendía mal:

—¿Procopia?

Soltó a reír Rocafort tormentosamente. Procopia tenía más de cincuenta años. La idea de que pudiera llevarse a aquella vieja le parecía cómica.

Entonces Rocafort salió y desapareció por los cuartos interiores, curioseando.

Muntaner acudió también como otros capitanes a besar las manos de la princesa. Ella, muy seria, decía aún:

—Yo lo vi desde la torre, no necesito que nadie me cuente nada. Todos estabais fuera de vosotros mismos y así pareciáis dobles. Lástima. Esta jornada debía haberla gozado Roger.

Volvía Rocafort y pedía permiso a la princesa para retirarse. Luego gruñó bajo sus barbas y dijo desde la puerta, bajando la voz:

—¡Para cuatro cochinos días que uno va a vivir…!

Muntaner quería que la princesa le enseñara el libro de Orosio y ella comenzó a desenrollarlo mientras repetía con un humor ligero:

—Lo vi desde la torre.

Luego, sin transición, añadió que necesitaba un servicio de gentilhombres en el castillo y dio los nombres de los tres viejos galeotes que iban de la mano.

—¿Galeotes? —preguntó Muntaner, incrédulo.

—Sí, Basilio, Nicodemos y Simeón.

Viéndolo extrañado, la princesa insistía:

—Esos hombres son muy felices y yo quiero sentir esa felicidad a mi lado. ¿Tú sabes lo que son once años en los remos? Un viejo liberado es un ser monstruoso cuya confianza se expande poco a poco. ¿Tú has visto qué brazos, qué hombros, qué nucas tienen? Los músculos los envuelven y dominan y los han deformado. Once años sentados, dándole al remo, les ha puesto cuellos de rinocerontes. Así son sus almas. Y ahora están de pie y son seres humanos otra vez. Taciturnos, felices y amorosos. Viene su amor de un tiempo más viejo que este tiempo tuyo o mío.

Fue cambiando otra vez de tema para preguntar de pronto quiénes eran los muertos de la batalla, porque había dos. Uno de los heridos acababa de morir. Se había oído toda la mañana la campana de la agonía en la iglesia mayor.

Dijo Muntaner algo que impresionó todavía a la princesa cuando parecía que había agotado su capacidad de asombro. Uno de los muertos era un soldado que no solía quitarse el yelmo ni siquiera para dormir. Después de muerto vieron que lo tenía remachado y fundido debajo de la barba y que el roce de los bordes inferiores le había producido callosidades en el hombro. También le había producido el yelmo una calvicie completa. Entre la cabeza y el metal llevaba una toca de lana deshecha y podrida.

Su cara parecía la de un fraile y era posible que se tratara de un soldado alistado por devoción para matar infieles. Pero nadie podría asegurarlo porque aquel soldado no solía hablar con nadie.

Como no se le podía quitar el yelmo sin romperlo con cortafríos, decidieron enterrarlo con él antes que dañarle el rostro, cuyo aspecto despertaba una extraña reverencia. Dentro de las sombras del yelmo aquel rostro había tomado tonos traslúcidos y la piel era transparente como si estuviera formada por delgadas láminas de jaspe.

Causó impresión la muerte de aquel hombre, a quien enterraron al pie del altar en una ermita abandonada. Como solían hacer con todos los muertos catalanes, le pusieron dentro un papel donde decía en latín el nombre y otras circunstancias.

La princesa escuchaba todo esto conmovida, pero se puso a hablar de los griegos. Según ella, los griegos eran pequeños moralmente y caminaban siempre llenos de vana esperanza. El hombre pequeñito espera crecer y como no encuentra otra manera para hacerse la ilusión de que crece tiene que mentir y faltar a su palabra. Y matan si pueden, pero a mansalva. Sólo a mansalva. Así se sienten un poco más altos, es decir, un poco menos responsables. Porque el hombre grande, el gigante, tiene la irresponsabilidad de su tamaño natural.

Curioseaba la princesa en las páginas de Orosio, en el paisaje enmarcado por la gran ventana, en un espejo frontero. Y volvía a hablar:

—Ese galeote que se llama Nicodemos me lo decía: Los catalanes de nariz de hierro son como locos que saben lo que quieren. Y tenía razón. Los locos que saben lo que quieren acaban por tomar un relieve descomunal en la vida.

Se interrumpió y quedaron callados los dos. Abajo, en los exedras del castillo, estaba el perro *Montjuich* ladrando a un lagarto que se tostaba sobre las piedras.

—¿Cómo dices que se llaman los galeotes? —preguntó Muntaner.

Ella repitió: Nicodemos, Simeón y Basilio, luego añadió:

—Son hombres que han ido por la vida delante de los otros, han llegado a la meta y han visto lo que hay en ella. Ahora vuelven aquí cogidos de la mano y quieren contarnos por qué aquello era la meta.

Muntaner prometió que se los mandaría después de hacerlos lavarse y adecentarse un poco. Oyó que lo llamaban desde el *kenourgion* y antes de salir del cuarto, sintiéndose en una situación un poco desairada, dijo por hablar:

—De Berenguer no se sabe sino que sigue vivo en sus prisiones. Si tengo noticias vendré a dártelas, señora.

La princesa se quedó un momento dudando:

—¿Berenguer? Ah, sí. Berenguer.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIV

Cuando llegaron los galeotes, la princesa les dijo:

—Vais a vestiros de un modo más decente, pero repetidme antes quiénes sois y de dónde venís. Comienza tú, el de la barba y el pelo blancos.

El viejo apenas sí podía ver a la princesa porque tenía los ojos irritados por la sal del mar después de tantos años de vivir en él. Por fin dijo:

—Me quitaron los calzones, éstos.

Le gritaron al oído por tercera vez la pregunta de la princesa y el viejo acertó a responder:

—Simeón Sidonios, para servirte.

Añadió el nombre del lugar donde había nacido, pero como si no estuviera muy seguro de que aquel pueblo existiera.

—Había entonces un pueblo sobre la orilla del Mármara que se llamaba Clitor y allí dicen que estaba mi madre, medio lerda ya por los años, y unos hombres que había entonces en Éfeso me dijeron que la habían conocido y que yo nací allí. Eso decían.

—¿Cuánto tiempo llevabas en las galeras?

—Once años seis meses tres días y ocho horas. Pero ¿por qué lo quieres saber?

Añadía receloso que mientras estuvo en la galera se olvidó de mirar porque los ojos no veían sino el pequeño mar que se abarcaba por la tronera del remo. Azul, azul y más azul. Por la noche, negro y más negro con algún cabrilleo en el agua, de las estrellas. Una pajita de oro aquí y allá encendiéndose y apagándose. Y eso era todo.

—Ahora estoy aprendiendo poco a poco a mirar otra vez.

Luego se puso a contar con gran excitación que había visto en el patio del castillo un tajo de madera. Un tajo que no era para cortar la cabeza a la gente sino sólo para cortarles las manos. Tenía encima un repalmar, dos canaleras y sobre ellas una especie de bisagra de hierro en forma de cepo. Puso los antebrazos en las canaleras y empujó con la cabeza la grande bisagra. Con las dos manos atrapadas vio de pronto que el cocinero chino podría cortárselas las dos de un solo tajo. En la madera maciza se veían huellas de hachazos anteriores y aquella parte estaba negra y como barnizada, pero no de pintura sino de sangre. Simeón se asustó, sacó las manos y salió corriendo, según decía.

Ahora preguntaba:

—¿No nos llamas tú, princesa, para cortarnos las manos?

La princesa negaba con la cabeza:

—¿Qué voy a hacer yo con vuestras manos cortadas? —preguntó. Luego se dirigió al segundo, que era un hombre calvo con la piel quemada por el sol. Este respondió:

—Yo soy Basilio Damasceno, señora. El *jambebe*. Así me llamaba el turco que tenía delante en la galera. El *jambebe*, por mal nombre. No sé dónde nací. Tampoco me parece que sea importante, pero si lo supiera lo diría a tu alteza porque no tengo miedo. Yo también sé cortar cabezas, no soy como Simeón. A mí me llamaban el *jambebe*, que en turqués quiere decir, con perdón de tu alteza, el hijo de la gran perra.

—Ya veo. ¿No tienes miedo? —preguntó la princesa.

—No, ¿por qué? Toda mi vida he tenido miedo, pero ahora no lo tengo. Soy inocente. Si supiera dónde nací, lo diría. Pero ¿qué importa dónde nací y dónde moriré? Y, además, puedo cortar cabezas como cualquier otro. Que me den un hacha y verán.

—¿Qué edad tienes?

—Entre setenta y ochenta. Viejo para ti, señora.

Así como los otros no era raro que se acusaran a sí mismos, Basilio hacía todo lo contrario. Acusaba a los demás.

Cuando un herrero aguzaba la punta de una lanza, cuando un guarnicionero estiraba con los dientes el cordobán para cubrir una silla morisca, Basilio oía en los martillazos y en el crujido del cordobán la frase

de siempre: «Basilio es inocente y cortará cabezas». Y Basilio sonreía con esperanza.

—¿Y tú, Nicodemos? —pregunto la princesa al tercero.

Éste parecía con su cara afeitada mucho más joven.

—Me llamo Nicodemos de Galatia para servir a tu alteza imperial. Nací en Galatia no sé cuándo, pero sólo tengo sesenta y tantos años. Me pegaba mucho el cómitre con un brazo seco de turco. Decía que yo era letrado y que por eso no remaba. Tenía razón. Dejaba flotar el remo y los que ponían su ímpetu eran éstos. Cuando acostábamos un muelle de piedra ponía el remo de manera que se rompiera. Rompí dos remos y uno salió hecho astillas y le quebró un ojo al cómitre, lo cual que lo sentí. Porque yo no odio a nadie como Basilio. Ni recelo de nadie como Simeón.

La princesa los invitó a sentarse, pero ellos no se atrevieron.

—¿Qué os parece la victoria de los catalanes?

—Que ganaron —dijo Simeón— por habernos soltado a nosotros. Pero querrán ponernos las manos en el tajo. Por eso las llevamos acarrazadas los tres. Ahora, que si a mí me dan un hacha yo haré lo mío.

Dijo la princesa a Basilio:

—Deja estar tu pie —el viejo lo balanceaba en el aire— y escúchame a mí, que soy hija del kan del Bulgaria.

La miró el viejo debajo de sus borrascosas cejas blancas. Después comenzó a reír. La risa ponía en acción sus bronquios que sonaban como viejos fuelles. Y dijo:

—Este Simeón siempre cantaba en el banco. Y entonces venía el cómitre y empezaba a pegarnos y el turco que estaba detrás de mí decía sus vituperios: *¡rosperi! ¡manahora!*

Excitado, se había puesto de pie otra vez. La princesa lo hizo sentarse y preguntó:

—¿Qué tiempo hace fuera?

—Tiempo de comer, tiempo de dormir, tiempo de cortar cabezas. Dice Nicodemos muchas cosas raras. Dice que ha visto sátiros muertos en el campo de batalla. Todos de Branchiallo. Con pelos negros, rojos y amarillos en la cara y sangre en la boca. A mí me podrían matar, no digo que no, pero

en mi barba no hay pelos amarillos ni rojos. Ni tengo pezuñas ni cuernos ni sangre en la boca.

Los miraba a los tres, la princesa, como si dudara. Se dirigió a Nicodemos y le preguntó qué se decía en su galera de los catalanes. ¿Se hablaba de ellos?

—Sólo se hablaba —dijo Nicodemos— de Berenguer de Entenza. Tú también piensas en él, señora. Piensas en él como en un topo ciego que tropieza contra tus piernas.

Al oírle hablar así, la princesa pensó que Nicodemos solía callar porque era de los tres el único que reflexionaba y decía a veces algo inteligente:

—Háblame, Nicodemos. Necesito ver si tienes todavía un alma, después de tantos años al remo. ¿Dónde está tu alma?

Pareció animarse Nicodemos:

—Está entre los dientes y la cintura. En el aire elástico, en el neuma, entre las costillas. El alma. Tal como están los tiempos, no hay más remedio que escucharla, al alma. No hablo casi nunca porque por dentro soy tonto —concedió Nicodemos— pero la naturaleza es más tonta que yo. Hay diluvios para la pequeñita sed mía, millones de granos de trigos y de veranos y de cosechas para mi hambre, tolvaneras, torbellinos y montañas de aire para mi aliento, millones y millones de semillas para un hijo. Fuego, hierro, sangre, hecatombes para condicionar el pan del hambre que canta y también cielos inmensos, estrellados, y lunas y universos para una pasajerita turbación cuando estamos solos por la noche. Dios gusta de los excesos. Yo he visto muchos sátiros de Branchiallo morir con el hocico contra el suelo. Agonizaban con toda su fuerza. Hacían jadeos, esfuerzos, acezares, todo tremendo y todo horrible para una cosa tan sencilla como morirse. Exageración y locura. La naturaleza es tonta. Yo también lo soy, pero sólo por dentro.

La princesa lo miraba con amistad.

—Bien —dijo, satisfecha—. Marchaos los tres. Os darán ropas limpias y viviréis en el castillo. De día entre las cocinas y las caballerizas y de noche estaréis al tanto por si a mí se me ocurre llamaros.

Luego envió una doncella para ayudarles a instalarse. La servidumbre de la princesa trataba a los tres viejos con una desdeñosa deferencia.

Los resultados de la victoria no se hacían esperar. Andrónico había llamado a Constantinopla a todas sus reservas y se envolvía en una muralla de decenas de millares de hombres armados. La vigilancia era estrecha día y noche en los caminos que conducían a la capital a pesar de la enorme distancia que la separaba de Gallípoli. El príncipe Miguel, que no había intervenido en la acción de Branchiallo, acudía ahora personalmente a las tareas de defensa y se le veía en todas partes.

En Branchiallo encontraron los catalanes papeles que, descifrados, decían: «El príncipe Miguel no cree conveniente para el buen nombre de la real e imperial familia dirigir en persona las operaciones contra Gallípoli ya que el ataque, conquista y desmantelamiento de la plaza es tarea para pocas tropas y sin esfuerzo ni peligro. Por esa razón el mando del ejército contra ese puñado de gentes desesperadas se confía a los capitanes acostumbrados, superiores cada uno de ellos, y sobre todo juntos, a una empresa como ésa». Pero las cosas habían salido de una manera diferente y los pocos que se salvaron llegaron a Constantinopla a uñas de caballo, heridos y maltrechos después de perderlo todo.

El pequeño ejército de Rocafort tenía patrullas de vigilancia a más de treinta millas en la dirección de Andrinópolis y enviaba espías griegos para tratar de averiguar lo que sucedía en esa ciudad, base y sede militar de Miguel. Pero muchos de esos espías, asustados de la pequeñez del ejército de Rocafort, se pasaban al enemigo.

En Gallípoli, la princesa María llamó a Rocafort:

—Tienes que salir con las gentes que puedas reunir y talar, incendiar, saquear, asesinar, robar la tierra de Andrónico. Deja aquí cien hombres con Muntaner. Y anda cuanto antes. ¿No te decía lo mismo anoche Gregoria?

Rocafort la miraba, receloso:

—¿Cómo lo sabes?

—Desde que murió Roger, cada vez que veo andar a una persona sé a dónde va. Y lo que dice a los otros. Y lo que le dicen a ella. Ver tanto no es bueno porque nadie nos ama a no ser que seamos de veras desgraciados. Eso me salva a mí por el momento, pero a veces no quisiera ver tan claro. Ahora puedes marcharte, si quieres. ¿No es Gregoria tu amante *de jornada*?

Anda a los establos, saca los caballos, prepara otra cabalgada. Y cultiva entretanto, si puedes, tu humildad.

No creía Rocafort que poseyera esa virtud o que fuera, al menos, su cualidad más aparente. Eso dijo. La princesa insistió:

—Eres humilde sin saberlo. Yo también. Y es que hemos visto una vez que la sombra nuestra es igual que la del animal más impuro: el cerdo. Eres humilde y cuando entras en acción dices a los otros las cosas que piensas de ti mismo. Es decir que los insultas y les gritas: *¡A morir como puercos!* Y nadie se ofende porque sabe que el mayor puerco eres tú y que te hablas a ti mismo y no a ellos.

Rocafort suponía que ella hablaba en broma, pero, así y todo, no acertaba a comprender. En el muro estaban encendidos los candiles de la noche. No eran aquellos candiles como los del palacio de Constantinopla. En los anchos corredores con bóveda de piedra no eran siquiera candiles, sino antorchas hechas con toda clase de materia combustible, especialmente cera virgen y grasa animal.

A medida que se acercaban las luces a las habitaciones de la princesa, iban oliendo mejor. Y en la antesala eran ya tres candiles, cada uno con tres mechas que daban una llama coloreada de blanco con bórax natural. La luz era en los alrededores de los aposentos de la princesa de una gran dureza. Tenía cierta irrealidad y sólo podían tolerarla las mujeres muy hermosas o, como decía Procopia, los ángeles. La princesa daba la impresión de vivir en el centro de un fanal de vidrio encendido en cuya llama pudiera penetrar sin quemarse.

En Constantinopla, desengañado Andrónico y también Miguel de la realidad, y temerosos de que después de aquella derrota llegaran de Sicilia o Aragón refuerzos a las tropas de Gallípoli, se apresuraron a reunir un ejército bastante grande y aguerrido para acabar de una vez con los catalanes. Éstos lo supieron y decidieron salirles al encuentro.

Acordaron que se quedara en Gallípoli Muntaner con no más de cien almogávares medio lisiados y diez caballos.

Algunos de los marineros que habían quedado en tierra después de barrenar los barcos lograron corazas, petos y celadas y el ejército de Rocafort, a la hora de ponerse en camino, era de mil seiscientos peones y

trescientos caballos. No permitió Rocafort que nadie se pusiera encima oro ni objeto alguno de lujo, porque la culminación decorativa apoca el ánimo y despierta el instinto de conservación. Rocafort tenía sus normas.

Caminaron tres días por Tracia y llegaron a poner sus cuarteles una noche a la falda de un monte escabroso sabiéndose ya cerca del enemigo. El territorio que habían dejado detrás estaba arrasado y quemado.

Pusieron centinelas en lo alto de las cañadas y éstos avisaron que al otro lado de la montaña estaba el ejército del príncipe Miguel. Avanzaron algunas patrullas a resguardo de la noche y pudieron hacer dos prisioneros que llevaron al campamento. Dieron informes más exactos. Estaba el príncipe Miguel acampado con seis mil caballos y unos treinta mil infantes entre dos pueblos que se llamaban Apros y Cipsela. Algunos capitanes, viendo la diferencia de fuerzas, propusieron a Rocafort que atacara inmediatamente para aprovechar la ventaja de la sorpresa y la noche. Pero Rocafort, que no tomaba una decisión sin el acuerdo de su consejo, lo reunió y determinaron esperar las luces del día. La confusión de la noche podría serles también contraria a ellos y, por ser pocos, tenían que tener en cuenta todas las circunstancias.

Otro griego a quien apresaron en las cercanías de Cipsela dijo que el príncipe Miguel estaba esperando un refuerzo importante en caballos y peones antes del alba. Así y todo, y sin olvidar el riesgo en que aquella decisión los ponía a todos, decidieron que sería mejor aguardar el día.

Aquella noche no durmió nadie. Llevaban un capellán católico que habían sacado de Gallípoli y que algunos creían que era de la iglesia de Oriente, pero que simulaba ser de Roma, y estuvo confesando a la mayor parte de ellos sin entender su idioma. Absolvió a los demás por falta material de tiempo y les dio la comunión a todos antes del amanecer.

A toda prisa, cuando la raya del horizonte comenzaba a clarear, Rocafort formó un escuadrón de infantería y dividió en tres cuerpos la caballería. Uno de estos grupos iba a la derecha, el otro a la izquierda y el tercero detrás para atender a los incidentes inesperados del combate.

El capitán Gori gritaba a Rocafort:

—Pon el ojo de vez en cuando en mi capitanía, Rocafort.

Quería decirle que como mandaba el tercer grupo de caballería, cuya misión consistía en acudir a un lado u otro al azar del combate, debía Rocafort tener en cuenta lo que la gente de Gori hiciera, no para auxiliarlo, sino para aprovechar la ventaja. Y después de decirlo, Gori trataba de cerrar su celada y no podía. Empujaba el ventalle hacia abajo con el gavilán de la espada, entre juramentos.

Dispuestas las fuerzas, avanzaron hacia el campo de Miguel. El ejército del príncipe era mayor aún porque dos horas antes habían llegado los refuerzos.

Las tropas de Miguel vieron acercarse a los catalanes y no creyeron al principio que se tratara de presentar batalla sino de ofrecer paces, de tal modo parecía fuera de razón hacer frente a fuerzas veinte veces mayores. En el campamento de Miguel no se llamaba siquiera al arma.

Pero al ver más cerca a los catalanes y observar su formación, Miguel, que tenía motivos para sospechar que la cantidad y el número no garantizaban la victoria, se preparó al combate. Ordenó la infantería en cinco escuadrones muy nutridos al mando de Teodoro, tío de Miguel, que acababa de llegar y tenía un puesto en el Imperio parecido al de Nastogo. En el ala izquierda puso las tropas de caballería de los alanos y turcopoles a cargo de Basila. En el ala derecha, la caballería más aguerrida de Tracia y Macedonia bajo las órdenes del gran eteriarca, todavía no restablecido de sus heridas. En la retaguardia quedó el príncipe Miguel con los nobles, que cuidaban de su seguridad personal. Le acompañaba el déspota, su hermano y algunos observadores del Emperador. Alrededor del grupo de Miguel había un tremolar constante de estandartes y oriflamas con diferentes tonos de amarillo y oro. Viendo Rocafort desde lejos, se decía: «La muerte bizantina es amarilla».

Pasó Miguel revista a sus escuadrones rápidamente y los arengó para la batalla.

Después de haber visto Rocafort la distribución de fuerzas de su enemigo, formó cuatro escuadrones con la infantería. En el campo catalán no hubo desde el principio puntos muertos, es decir, que desde el primer instante estaban todos los infantes y los caballeros en acción, mientras que

en los escuadrones de Miguel sólo combatían las filas exteriores de los escuadrones formados en cuña.

Venían alegremente al ataque los caballeros alanos y turcopoles en una sola masa de banderas, aceros, lanzas y cimitarras. Los jinetes gritaban de un modo parecido a los turcos. El primer escuadrón que los recibió era de almogávares, quienes con su acostumbrada habilidad mataron las primeras filas de caballos que al caer arrastraron en alguna confusión a sus vecinos y formaron una trinchera de carne, arneses y armaduras. Mientras se rehacían las filas siguientes, degollaron los catalanes a muchos de los jinetes caídos. Cuando iban sobre los turcopoles, una parte de ellos volvieron la espalda y se retiraron de la línea. Las trompetas de Rocafort tocaban, como siempre que una parte del campo enemigo se desorganizaba, ataque general. Las trompetas de Rocafort se dirigían sólo al enemigo. El toque para las propias fuerzas tenía un distintivo especial que todos conocían.

Retrocedían los turcopoles en masa y una parte de ellos buscó la salvación en la huida. Rocafort, que estaba muy atento a los movimientos de la caballería turcopol, hizo tocar a tres de las trompetas una señal búlgara de entendimiento entre ellos (aprendida en Gallípoli bajo las instrucciones de la princesa María). Y se vio poco después que los turcopoles no sólo no combatían, sino que con su presencia pasiva dificultaban los movimientos del ejército griego. Entretanto, los catalanes, sin gritos ni voces ni tremolar de banderas, se dedicaban a matar. Los almogávares, entre dos entradas de arbalete en la masa enemiga, se daban la voz de guerra: *desperta, ferro*. Y Rocafort gritaba en catalán: *¡A ellos, verracos, puercos, hermanos míos!* Y se veían los ventalles caer de golpe mientras se lanzaban los treinta caballos de la unidad de gracia, como la llamaban, hacia los lugares donde la fuerza enemiga perdía cohesión.

—¡Vamos allá, cobardes! —gritaba Rocafort con el ventalle alzado.

Los insultos de Rocafort eran como una siniestra señal a la que seguían los choques de hierro y los gritos de rabia o de dolor. Luego se veía el grupo de Rocafort dejando aquel frente impedido por una trinchera de caballos y jinetes caídos y hacer lo mismo en otro lugar, donde la formación enemiga parecía más firme. Allí donde Rocafort y su grupo atacaba, todo se desmoronaba y se rompía:

—¡Entrad al sesgo, marranos!

Atacó Rocafort con sólo su grupo a los restos de la caballería turcopol que cubría el ala izquierda de la infantería del príncipe Miguel, rodeada de oriflamas. Y los turcopoles de aquel sector, después del primer choque en el que murieron quince o veinte, volvieron grupas y se lanzaron a la huida arrastrando consigo no pocos alanos. Vieron entre éstos al general Georges con sus banderas, y los aragoneses Miguel Binéfar y Albero que lo conocían (Rocafort no los había visto nunca) fueron sobre él. Albero lo derribó del caballo al parecer sin daño mayor porque el alano se levantó y quiso dar frente. Albero fue rodeándolo y castigándolo con el rompecabezas. Se cubría Georges como podía con su escudo, pero abollado éste y rotas las resistencias de Georges, se oyó el golpe contra el yelmo y Georges cayó con un alarido. Pudo todavía ser recogido por un jinete alano, pero algunos lo consideraron muerto y esto añadió confusión y desorden en las huestes.

Por el flanco izquierdo descubierto atacaron los catalanes con todo su poder y los escuadrones de almogávares acuchillaron en el centro, casi a mansalva. Libres del riesgo de la caballería, en su mayor parte en fuga, los almogávares se creían sin enemigos. Y muertos los que ocupaban las filas exteriores de los griegos —que solían ser los más valientes—, los demás huían arrojando las armas y buscando la salvación. Los restos de la caballería griega de Tracia y de Macedonia, famosa por su agilidad y valentía, estaban con todas sus fuerzas en lucha con la caballería catalana.

Infantes contra infantes, los almogávares no tenían rival, y uno de los escuadrones pudo llegar saltando sobre los muertos hasta el flanco del escuadrón imperial, donde estaba el príncipe. Los venablos y las jabalinas abrieron una brecha en aquella masa todavía ordenada y los griegos que resultaron ilesos se dirigieron al galope a Cipsela, abandonando el campo.

Viéndose perdido, el príncipe Miguel se condujo con verdadero arrojo. Se lanzó contra el enemigo acompañado de algunos incondicionales que al principio trataron de impedírselo. Como dos de ellos sujetaban al caballo, el príncipe saltó de él y montó en otro que estaba cerca. Viéndolo dispuesto a morir matando, los más valientes lo siguieron. El príncipe Miguel combatía a brazo partido, llamando por sus nombres a los capitanes e insultando a los

que huían. Perdió su caballo el freno y aunque este incidente era considerado en la guerra como de muy mal agüero, sin hacer caso el príncipe Miguel atacó a ciegas acompañado de sus guardias de corps, a quienes gritaba:

—¡Ha llegado el momento en que la muerte es mejor que la vida!

Sus voces y el ejemplo de su arrojo hicieron algún efecto y hasta cien de sus mejores capitanes se lanzaron a la lucha desesperada que por algunos momentos puso en duda la victoria. Los de Rocafort, sorprendidos de aquella reacción y fatigados después de muchas horas de combate, tuvieron que maniobrar hábilmente para envolverlos.

—¡A mí los hijos de la perra sarnosa! —gritaba Rocafort.

El príncipe Miguel vio a Albero, que llevaba penacho de gala en el yelmo, y pensó que debía ser algún jefe importante. Se lanzó sobre él y consiguió darle una cuchillada en el brazo izquierdo. Albero se revolvió y con la rabia del dolor y sin saber exactamente quién era le dio un golpe de mangual que le arrancó el escudo y le hirió gravemente en la cabeza. El príncipe manaba sangre por las narices y las orejas. En el mismo instante otro le mató el caballo. Uno de sus guardias de corps saltó del suyo y se interpuso entre Albero y el príncipe mientras éste montaba y a duras penas conseguía salir de allí. El guardia de corps perdió la vida bajo la maza de Albero mientras el príncipe, obligado por los suyos y contra su propia voluntad, huyó a Apros para guarecerse en el castillo.

Quedó el campo para los catalanes, quienes no persiguieron al enemigo porque recelaron que podía tener tropas frescas en alguna emboscada. Esto salvó al príncipe Miguel, a quien de otro modo habrían apresado.

Llegada la noche esperaron con las armas en la mano hasta que amaneció, sin volver a ver fuerzas enemigas. El campo estaba lleno de despojos y de muertos. El mismo día atacaron a Apros y lo tomaron casi sin defensa porque el príncipe Miguel y los suyos habían huido y los vecinos no creyeron prudente hacer armas.

En Apros quedaron los catalanes ocho días para que los heridos se recuperaran y poner en orden el botín.

Murieron en aquella batalla diez mil caballos y quince mil infantes, y de los catalanes veintisiete hombres de infantería y nueve caballos. Había unos

cien heridos, entre ellos Gisbert, un hermano de Rocafort. Lo curaban en el *kenourgion* del castillo, cerca del foso que olía a aguas descompuestas.

Aunque Gisbert era un hombre valiente daba unos gruñidos miserables y animalizados. En aquellos gruñidos (en su calidad y energía) sentían los cirujanos que el herido estaba lleno de vida.

—Ese tiene años por delante —decían satisfechos.

Lo malo era cuando el herido parecía insensible al dolor.

—El pobre —solían decir los cirujanos— está con un pie en la fosa.

Algunos heridos sacaban fuerzas de flaqueza para engañarse a sí mismos con falsos ánimos, pero sus gruñidos, sus gritos y alaridos eran muy diferentes y se sentía en ellos la muerte.

En un extremo del *kenourgion* estaban cortándole una pierna al caballero Llorens, un antiguo alférez del castillo de Figueras. El herido blasfemaba como un poseído.

El príncipe Miguel había huido con su guardia personal a Panfilo y de allí a Didimoto, donde estaba el Emperador su padre, quien lo reprendió por haber puesto su persona en tanto aprieto y riesgo.

—Que en lo que en un capitán se puede alabar, es digno de reprensión en un príncipe —le dijo. Y hablando así, el Emperador temblaba.

Toda la provincia de Tracia estaba ya en manos de los catalanes. Estos dejaban en paz las ciudades grandes cuando no los recibían con las puertas abiertas porque siendo tan pocos soldados no podían perder los que suelen caer en los asaltos a cuerpo descubierto. La gente de las aldeas y pequeñas ciudades agrícolas abandonaba sus casas y haciendas y huía a Andrinópolis o a Constantinopla. La capital aumentó tres veces su población y la gente dormía en las calles y vivía o moría al aire libre.

En aquellos días algunos catalanes que habían escapado a la primera matanza y que estaban escondidos fueron apareciendo e incorporándose al ejército de Rocafort. Pero sucedió al mismo tiempo un hecho lamentable en Andrinópolis. En una prisión de aquella ciudad había sesenta catalanes que estaban presos esperando la decisión del Emperador y que al saber la victoria de Apros se animaron a reconquistar su libertad. Estaban en una cárcel que tenía una torre de piedra y fuertes murallas. Rompieron los grillos y acometieron a una de las puertas, pero no la pudieron abrir.

Subieron a lo alto de la torre para reconocer los caminos y ver alguna manera de liberarse, pero no la hallaron y sabiéndose perdidos porque habían matado a tres guardianes pelearon desde arriba con las armas que pudieron encontrar.

Los griegos resolvieron quemar la cárcel y la torre. Por entre las llamas y el humo los catalanes arrojaban dardos y piedras consiguiendo herir y matar a algunos de sus sitiadores. Uno de ellos, desde la torre dijo que quería rendirse pero los otros lo arrojaron por la almena y fue a caer al pie de sus enemigos, que lo remataron.

Fueron los otros arrojándose de dos en dos abrazados después de hacer la señal de la cruz y de advertir a grandes voces que dejaban sobre las conciencias de los griegos las muertes de todos. Al llegar abajo muertos o vivos, eran descuartizados. No se salvó uno solo. Entre ellos había algunos de linaje ilustre.

Volvieron las tropas de Rocafort a Gallípoli aumentadas —casi duplicadas— por la presencia de muchos voluntarios de diferentes naciones que se acercaban al reclamo del prestigio y gloria de las armas catalanas. Había entre los nuevos soldados no sólo alanos y turcopoles, sino también franceses e italianos.

Caldés, el capitán, caminaba en la noche al trote de su caballo fuera de la columna porque era el suyo un animal que no quería estar nunca dentro de ella. Albero, que estaba cerca, decía con su brazo herido y vendado:

—Ven las cosas los caballos tres veces más grandes de lo que son.

—Eso puedo creerlo y puedo no creerlo —replicaba Caldés.

—¿Por qué?

—Tengo mi discernimiento.

—Bueno, si los caballos no vieran las cosas tres veces más grandes de lo que son, ¿quieres decirme cómo podríamos manejarlos? Pero Dios ha querido darles esa debilidad.

Y seguían marchando. Detrás se oía a un almogávar renegar. Después parecía tranquilizarse y decía a alguien:

—*¡Redéu, aplícate a la fayena!*

Se refería a otro almogávar que tenía una gaita montañesa colgada del arzón y dudaba si tocar o no.

El caballo de Caldés cabeceaba orgulloso y sintiendo en cada músculo el deseo y la urgencia de correr.

—Este animal —decía Caldés— tiene mucha sangre.

Delante y detrás se oían relinchos. Y las risas de Albero, que parecían también risas de caballo.

El regreso de las tropas de Rocafort a Gallípoli fue imponente. Las mujeres de los soldados, que habían pasado grandes zozobras en su ausencia y que tantos motivos tenían para dudar de su regreso, los vieron volver cargados de riquezas y acompañados de más de tres mil caballos sin carga.

—Aquí traigo a mis caballeros —decía Rocafort a los soldados de la guardia principal aludiendo al hecho de que todos los infantes iban también montados.

En la batalla los llamaba puercos, verracos, hijos de tal o cual, pero después los trataba con amistad y respeto. Incluso —a veces— con una humildad verdadera.

Habían tenido tiempo para curar a sus heridos y no se veía a uno solo que diera una impresión lamentable. Llorens, con su pierna amputada por debajo de la rodilla, montaba otra vez a caballo como si tal cosa y hacía bromas sobre la bota que le sobraba.

Al verse en Gallípoli se dio cuenta Rocafort de que había perdido el perro *Montjuich*, que era de Berenguer. Lo sintió.

La princesa María no parecía sorprendida por la victoria de Apros. En realidad, no era una mujer que se sorprendiera de las victorias. Tenía noticias de su madrina Olga y también de Constantinopla. La derrota de Apros había no sólo llenado de consternación a la corte, sino que la afluencia de gente a la ciudad era mayor aún y se habían declarado epidemias. Por otra parte, con la acumulación de miserias y catástrofes, la familia imperial estaba dividida. La reina Irene, con dos sobrinos del Emperador, iba a salir enseguida para Tesalónica.

Al comentar estos hechos, la reina Irene decía refiriéndose a aquellos sobrinos: «Las ratas abandonan el barco». Pero añadía: «Los pobres no pueden hacer otra cosa y ratas o no, los quiero. El Emperador suspira y habla de la voluntad de Dios y del castigo por sus muchos pecados. Esto lo

dice en público. A mí me dice en privado que es bueno que haya un dios a quien colgarle las derrotas. A pesar de todo, se considera un monarca ejemplar. El príncipe Miguel tiene rota la nariz, aplastado el caballete, y la mitad superior de la cara toda negra, que da lástima. Para que a mí me dé lástima puedes pensar cómo está». Añadía la reina que los turcopoles, obligados a combatir por Andrónico en la última batalla, no tenían el menor deseo de arriesgar la vida en tierra extranjera y contra un ejército que tenía por primera jerarquía una princesa de la casa de Azán, el kan búlgaro. Y la reina decía: «¿Ves, hija mía? Yo creo que alguien ha influido en nuestros turcopoles. ¿Quién ha podido ser? Pon en movimiento tu fantasía, querida. Pero lo de Apros no es un golpe definitivo. ¿Cuántas cosas va a mostrarnos todavía el Señor para hacernos ver su justicia? Tal vez yo he podido hablar de ti a algún jefe turcopol antes de la batalla de Apros, pero de esto más vale no decir nada por carta. No sería bueno que lo supieran los griegos. Ni tampoco los catalanes. Esos catalanes malditos».

La princesa pensaba que su madre sólo tenía ideas religiosas cuando se veía en un callejón sin salida. Era posible que hubiera hecho algo por la victoria de Apros, pero era completamente seguro que aquella victoria no la hacía feliz. Y hablaba de lo que *todavía les guardaba* el Señor. En otro lugar de la carta la reina Irene se refería a «aquel hombre galán, hermoso, dulce y valiente que no necesitaba, como Empédocles, arrojarse a las llamas del Etna para dejar vivo el recuerdo y el misterio de su desaparición. De aquel Roger que fue digno esposo tuyo, princesa María, a quien tú amaste tanto y a quien ahora no puedes menos de odiar a veces en el recuerdo. Conmigo no has querido confesarlo, pero sé que lo has confesado con otros».

Le contaba también la desventura de los catalanes encerrados en una torre, que al verse perseguidos se arrojaban desde lo alto prefiriendo morir a verse otra vez prisioneros. Y la princesa se quedaba abstraída y se decía: «La locura de siempre. Necesitan mostrarse más fuertes que la vida y la muerte».

Añadía la reina Irene una postdata: «Georges, el general alano, con un hueso roto en el hombro, no habla más que de marcharse a su tierra. Parece que es —dice él— por el amor a la paz de los hielos y las nieblas del norte,

aunque es más bien por el miedo a los *calores* del sur. Georges le ha visto la oreja al lobo y dice que tiene bastante. Todo son honores y homenajes para hacerle cambiar de opinión, pero siempre responde lo mismo: que desea que en el futuro las armas del Emperador tengan más fortuna ya que no es fácil que los soldados tengan más valor. Esto último yo no sé si lo dice en elogio o en escarnio. Porque cortesano lo es, el pobre, y sabe decir cosas buenas sin halagar y cosas malas sin herir».

No era posible que Georges y sus tropas se pusieran en camino —decía la reina— hasta que hubiera recuperado alguna salud.

Oía Rocafort todo aquello sin comentarios y buscaba a Zoe porque —según dijo a la princesa— le llevaba una gargantilla de perlas que había encontrado en Apros.

Muntaner se quedaba con la princesa, quien hablaba de las victorias últimas como de algo natural y sin misterio. Ella decía que sabía algo importante y mostraba una carta de su madrina Olga: «Ayer salí a la orilla del bosque donde vive el antiguo Pan y donde una vez cada siete años hay un incendio que nadie ha provocado y los pájaros enloquecidos huyen y algunos —los pobres— tropiezan entre sí y caen. Caen muertos». La carta de la madrina Olga seguía en esos términos. Muntaner tragaba saliva impaciente, y a veces ponía la mayor atención pensando qué clase de relación podría tener todo aquello con los sucesos de Apros, si tenían alguna. La carta de Olga decía al final que los turcopoles *no pelearían nunca contra los catalanes*. Ésta era la parte que la princesa consideraba substancial para Muntaner.

La princesa hizo una declaración inesperada y estupenda: En lo sucesivo iría con las tropas a todas partes y llevaría consigo a los tres galeotes viejos. También llevaría a tres de sus doncellas. Tenían que buscarle un caballo castrado o una yegua parida para ella y otras monturas adecuadas para su escolta.

No era capaz Muntaner de seguir asombrándose con la princesa María y encontraba todo aquello natural en un tiempo y en un país donde lo natural, es decir, lo que hacían los catalanes, resultaba increíble.

Sacó la princesa de un armario un pequeño trozo de madera que conservaba las aristas con huellas de haber tenido un día nácar incrustado.

—¿Te acuerdas —dijo— del hombre a quien colgasteis y no llegó a morir? ¿Recuerdas que la gente decía que tenía un trozo de la túnica de Jesús? Mentira. La reliquia que tenía era este trozo de madera de la cruz de Jesús.

Había visto Muntaner en su vida tantos trozos de madera de la cruz de Jesús, que si fueran a reunirse formarían una cruz —pensaba— trescientas veces más grande que la del Gólgota. Muntaner se lo dijo a la princesa y ella se quedó pensativa.

—Es natural —dijo por fin—. Es muy posible que la cruz del Gólgota crezca y siga creciendo. Digo, bueno, tú comprendes. Creciendo en la fe de la gente.

Concluía repitiendo que quería ir con el ejército y que para eso necesitaba una yegua parida.

—Si te dijera, Muntaner, que tengo aquí una carta de aquel hombre a quien colgasteis… Le escribí diciéndole que me enviara los comprobantes y testimonios que tuviera. Y mira lo que dice: «Me pedís que os explique primero cual es el camino por el cual la madera de la vera cruz llegó a mis manos. Bien, llegó y aquí la tengo. Me sucedió con los catalanes algo parecido (dentro de mi insignificancia) a lo que le sucedió a Jesús con Pilatos y Caifás. Cuando Roger me acusó de cobardía, las apariencias estaban todas en contra y me condenaban. No quise defenderme ni tratar de salvarme con las armas de las apariencias buenas contra las malas. Porque yo decía: ¿Qué se me da a mí de las apariencias? Pero todos se ponen de acuerdo contra el que se desentiende de las apariencias. Porque el hombre no tiene más que eso y el que se queda sin eso se queda sin nada. Era como si yo dijera: Soy justo y no necesito descender a explicarlo a los injustos y a los impuros. Es lo mismo que le pasaba a Jesús, y tal vez lo que él pensaba sin decirlo. Y a ése no lo salva nadie, sea Jesús o sea yo, su humilde siervo.

»Pero Dios no me abandonó a mí. Abandonó a Jesús, pero no a mí. Y en eso estoy pensando día y noche desde aquel día hasta este momento. ¿Por qué no me abandonó Dios y en cambio abandonó a Jesús?

»Yo estaba colgado y miraba a la gente y no podía decir *Señor, ¿por qué me has abandonado?* Porque no me abandonaba. Y estuve colgado y no morí. Y no he muerto todavía. Se lo escribí a vuestro poeta de cámara,

Gayo Sorinópulos, por si acaso se le ocurre algo sobre esa materia. Podéis conservar el trozo de la vera cruz que a mí me salvó la vida. Ojalá os salve vuestra juventud y belleza, que valen más que cien vidas como la mía y aún más que todas las vidas del imperio».

La princesa se quedó reflexionando. El hombre colgado de Culla se consideraba divino por la vanidad de su ejecución frustrada. Quería que lo «inmortalizara» Gayo. Entretanto, Muntaner decía:

—Ese hombre tiene algo del estilo de tu alteza.

—La culpa es de Gayo, que me imita a mí. Él me imita a mí y todos imitan a Gayo. Menos mi tío Andrónico, que se pasa la vida diciendo que desprecia a los latinos, pero imitando a los latinos. ¿No es ridículo? Así son los Paleólogos. Sí, no me mires así. Yo no soy Paleóloga, sino Azán.

La princesa rogó a Muntaner que no dijera una sola palabra a la tropa sobre la maniobra de su madrina Olga con los turcopoles. Y añadió:

—Hay hombres hermosos que de pronto, vencidos y muertos, son como una imagen abyecta y repugnante, con las entrañas abiertas. A la victoria tampoco hay que verle las entrañas. No digas nada a Rocafort.

Pero ella sabía que se lo diría y quería que se lo dijera.

Prometió Muntaner que le buscaría un buen caballo tranquilo para que siguiera con las tropas los caminos de la violencia. Todavía Muntaner no acababa de comprender bien la compañía de los tres galeotes y además le molestaba perderla a ella, porque Muntaner no iría con las tropas, sino que se quedaría en Gallípoli al cuidado de la hacienda conquistada y de las mujeres y los niños de los combatientes, que valían más.

Por la noche los almogávares se reunían y tenían sus fiestas. La comida y el vino abundaban. Muntaner no racionaba más que la carne salada.

Algunas noches había música y baile. El patio de armas del castillo estaba lleno de soldados. Albero, ya curado de su brazo, y Caldés y Gisbert, hermano de Rocafort, con las heridas de su pierna cerradas, acudían allí e intervenían a veces en las canciones y hasta en las danzas.

Era mejor en las canciones, sin embargo, Binéfar, que parecía un oso del valle de Oza. Éste salía al centro y se ponía a cantar en el dialecto bárbaro de los montañeses de su tierra:

D’en ta os montes de Ainsa
m'en baché en la terra plana
por ver un amor que tengo
que se menta Marichuana.
Ye una moza muy rolliza
güellos negros, nariz chata
tiene más juerza que un güey
y más ancas que una vaca.

Los otros comenzaban a dar palmadas a coro y a decir:

CORO

Marichuana está muy buena
muy buena está Marichuana.

Binéfar continuaba:

En a pocha d’o gamboy
l’hi bachato unas manzanas
pa qu'ella veiga el amor
que le tengo, Marichuana.
Juntaremos o bodoño
e toda la parentalla
y as halajas que yo tiengo
se las diré en dos palabras:
tengo una sarten sin coda
y una olla desansata.

CORO

Marichuana está muy buena
muy buena está Marichuana.

Animado por el coro, Binéfar alzaba la voz:

Os espedos para asar
yo me los faré de bucho,

tamién faré las cucharas
e las rueca con o fuso
pa filar en las vilatas.
Ya nos yaman a la iglesia
nos dijón cuatro palabras
me preguntó ño retor
si quería a Marichuana.
Lo dije siñor retor
a pregunta yé escusata.

CORO

Marichuana está muy buena
muy buena está Marichuana.

La canción seguía contando todo lo que pasaba en la iglesia, en el baile con gaita y finalmente en la alcoba de los novios. Esta última era la parte sensacional y realista. Algunos almogávares abrazaban a la mujer que tenían al lado y otros relinchaban como en las faunalias antiguas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XV

También hubo fiesta en los aposentos de la princesa. Y Muntaner llevó allí a una niña aragonesa muy hermosa que recitó una canción de la mañana de San Juan y de un caballero que pregonaba una fuente de agua manantial nueva y secreta. La hija del Rey lo oyó y se levantó de la cama:

Muy aprisa se vestía,
más aprisa se calzaba,
cogía su jarra de oro
y a la fuente iba por agua
y en la mitad del camino
con la Virgen se encontraba.
—¿Dónde va la hija del Rey
tan sola y tan de mañana?
—¿Dónde tengo de ir, señora?
A coger la flor del agua
y también vengo a saber
si he de ser moza o casada.
—Casadita has de ser, niña,
de las más aventuradas
tres hijos has de tener,
los tres con capa y espada
y el más pequeñico de ellos
dirá la misa cantada.
Todos beberán de un vino,
todos comerán de un pan
todos vestirán de un paño,
calzados de cordobán,

todos tendrán sus almenas
y en ellas pendón real.
Todos morirán de viejos
sino el segundón abad,
que ése morirá de amores
en la noche de San Juan.

Muntaner había querido que la muchacha cantara aquel romance delante de la princesa para mostrarle que no todas las canciones de su pueblo eran bárbaras de lenguaje y de sentido.

La tradujo Muntaner, aunque algunas frases se adelantaba a traducirlas la princesa para demostrar que conocía el idioma.

Las habitaciones de la princesa estaban muy concurridas. Todo era confianza y alegría. Con las doncellas estaba Procopia, que hacía de mayordoma. Era una mujer más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. Salía a veces y se perdía en la ciudad para volver tarde por la noche acompañada de algún almogávar, gratitudes sobre la cortesía y la galantería de aquellos hombres «sencillos y sin educación, pero nobles por naturaleza». La princesa la escuchaba con media sonrisa en sus ojos monitores. Y pensaba: «Se despide esta mujer de la juventud y del amor como una bacante antigua». Pero nunca le decía nada.

Aquella noche estaba Zoe recostada en un diván lleno de cojines tratando de enhebrar un collar de cuentas de lapislázuli que se había desgranado. Cerca de ella estaba Constantina con su perfil de querube.

Muntaner, que había acudido a la invitación de la princesa, miraba a Zoe desde el vano de la puerta y pensaba: «No puedo verla sino en los brazos de alguien». Era muy hermosa y a Muntaner le irritaba verla imaginariamente en los brazos de otro.

Había salido la princesa un momento. Estaba en la sala un enano de Rodesto con los dos titís de la reina Irene, que eran muy pequeños e iban vestidos de sedas amarillas.

Zoe, sin dejar de enhebrar las cuentas, produjo un rumor gutural como el de un animal salvaje. Luego otro, más alto aún. Se la veía perdida en sus ideaciones y sueños. Todos la miraron. El enano rio en un tono muy agudo. Constantina alzó la cabeza, curiosa. Zoe se dio cuenta y devolvió la mirada

como si hubiera sido sorprendida en delito. Pero desafiadora. Parecía pensar: «¿Es que no puedo hacer un ruido con mi garganta cuando quiero?»

Muntaner se sintió conmovido, pero no dijo nada. Se oía en el cuarto de al lado el rumor de la túnica de damasco de la princesa María, un rumor que infundía autoridad y respeto. La princesa regresaba. Y dijo cuando se instaló en su diván con las piernas recogidas debajo de la larga túnica:

—Veo que os vais acostumbrando a vivir en Gallípoli. No es fácil. Al cerrarse la poterna de la noche resuena el golpe y yo sé que algunas tenéis miedo. Lo digo por ti, Gregoria, que eres tan joven que todavía sigues con los ojos esos mirajes blancos que corren por el techo cambiando de lugar. No tienes que decirme nada. Pero tu pecho se comba como el de una paloma.

Todas reían felices viendo a la princesa en aquel ánimo ligero. La princesa volvía a hablar:

—Gregoria, acércate. Yo sé que hablas sola, a veces. Cuando estás sola tienes que contestar a los labios blancos que ves en los muros. ¿Tienes miedo, verdad? También Constantina tiene miedo. Pero tiene también esperanza. ¿Qué esperas, Constantina? Fernando de Aonés no volverá. Acércate, Constantina.

La muchacha se acercó y la princesa la besó suavemente en las dos mejillas.

Constantina era fuerte físicamente, pero tenía una debilidad de carácter. Era celosa de todo y de todos. Por eso la princesa tenía que besarla a menudo. Pensando en esa condición de Constantina, la princesa suspiró y dijo:

—No volverá, Aonés. Más vale para ti que trates de olvidar. Yo sé también de eso. Hay que volver a encender las luces y esperar con la respiración contenida. Negándose a respirar hasta que el corazón salte como un relojito roto. ¿Es tu voluntad, Constantina, bastante fuerte para eso? ¿No? Tampoco hace falta. Las bocas grandes y blancas de las paredes te estimulan a caminar hacia adelante y a pedir, como las amazonas, un caballo para ir conmigo por los caminos. ¿Y tú, Sofía? ¿Es verdad que eres la enamorada de Rocafort?

La aludida, una muchacha de tez trigueña y anchos ojos rasgados, callaba. La princesa se irritó un poco:

—¿Qué es eso? ¿No vas a hablarme a mí como te hablas a ti misma?

Y añadió bajando la voz, confidencial:

—Dime: ¿es brutal, Rocafort?

—No, señora.

—¿Es delicado?

—Tampoco. Es sólo así, como acostumbrado. Es dócil y bondadoso y me regala joyas.

Hubo un rumor de risas. La princesa sonrió afablemente:

—¿Qué joyas?

—Como ésta.

Sacó una del pecho y la mostró. Era de oro y perlas y debía valer una fortuna. Dentro había un retrato en miniatura de una señora vieja con cofia de encajes.

—Es la madre de Rocafort —dijo Sofía.

La princesa se quedó un momento turbada. Era su tía abuela, la madre de Andrónico. Disimuló y se lo devolvió a Sofía. Era una muchacha muy inocente o, al menos, la tenían por tal. Y tenía un color pálido, marfileño. Decían que era descuidada de su persona. Podía estar tres o cuatro días (Constantina decía meses) sin hacerse el tocado. A veces las uñas de sus bonitas manos estaban un poco caireladas.

En el fondo no comprendía el amor. No se había enamorado nunca de nadie y tal vez por eso descuidaba su belleza. Para hacerla hablar en medio de aquel silencio religioso, la princesa le preguntó:

—¿Te es fiel… Rocafort?

Sofía enrojeció. Por fin dijo:

—No, señora. No creo que sea fiel a nadie. Se acerca a una de nosotras, nos sonríe sin decir nada, nos besa en la mejilla y nos pone algo en nuestra mano. (Al decir esto Sofía estaba tan ruborizada que parecía que iba a saltarle la sangre por los poros y veía en los rostros de las otras una especie de gozo burlón, contenido.)

Zoe, flexible de cadera y de hombros, dorada como una espiga, avanzó del grupo donde estaba y dijo:

—Humberta y Flora no están. Los músicos esperan fuera y no se atreven a tocar sin tu permiso. Bueno, nadie se atreve a hacer sonar un instrumento de música en el castillo sin una autorización expresa de tu alteza.

—Bah, ¿qué importa eso? ¿Y tú, Alejandra? ¿No me dices nada? ¿Cómo, lloras? ¿Por qué lloras?

—Quisiera permiso para irme, señora.

—¿Irte? ¿A dónde?

—A Orestiades. Digo, si quieres darme tu permiso, alteza.

—¿Qué pasa en Orestiades?

—Nada señora. No pasa nada.

—Que está allí Lucas de Exea —dijo alguien.

Todas rieron y Alejandra rio también un poco tonta. La princesa le dijo:

—Ve esta misma noche con Lucas de Exea. Pero pídele a Muntaner una escolta.

Alejandra acudió a besar los pies de la princesa. Ella lo impidió, la atrajo hacia sí y la besó en los labios. Alejandra salió sin esperar más y desde la puerta se volvió a hacer una reverencia. La princesa se reclinó en su sillón con el brazo doblado en un cojín y la mejilla en el brazo. Parecía que iba a dormirse. Pero de pronto hablaba:

—Yo soy joven como vosotras, pero es la hora del odio para mí, ¿oyes Isidora? Tengo brisas ácidas en mi pecho. No tratéis de hacer saltar vuestro corazón como un relojito, que la vida está llena de promesas para todos, especialmente para vosotras, pajaritas del jardín de mi abuela.

Todas callaban y miraban a la princesa extrañadas por su manera de hablar pero amorosas como siempre. La princesa añadía:

—Es tarde. Cuando sea de día abriré la ventana y veré que en el aire los claveles hacen relatos de fragantes crímenes. En los arrabales la sangre se ha secado, pero hay todavía buitres. Y tengo que elegir entre el llanto, la oración y la risa. Una puede llorar sin dejar de reír.

Y cambiando de tono añadió:

—Mañana me gustaría tener a mi lado, es decir, a mi servicio a Teodora y a Gregoria. Gracias y buenas noches.

Desfilaron todas besando la mano a la princesa. Ella las besaba en la frente.

En su vivienda, cerca de la guardia principal, Rocafort andaba preocupado. A medida que ganaba nuevas batallas parecía ir perdiendo sosiego y calma interior. Quería castigar a las poblaciones que se habían distinguido más en la traición, especialmente a Rodesto, donde habían sido despedazados vivos los embajadores que enviaron a Andrónico.

La ciudad de Rodesto estaba tranquila porque para llegar hasta ella cualquier ejército procedente de Gallípoli tendría que dejarse muchos pueblos enemigos a la espalda, cosa que los soldados prudentes evitan. Un día los catalanes se dispusieron a salir. Antes oyeron misa. Pero la celebraba un cura ortodoxo. Es decir, que no era una misa de veras satisfactoria para nadie.

Las mujeres ocupaban más de la mitad del templo. Entre los habituales de la iglesia había una mujer bastante joven que acudía diariamente y se quedaba frente a un icono de Santa Lucía. Una vez delante, con el talle erguido, alta la vista y la expresión desafiadora, se ponía a hacer gestos con las manos. Se llevaba la una al ojo izquierdo y simulaba que lo arrancaba y lo depositaba en un plato. Luego pasaba el plato imaginario a la otra mano y repetía el mismo gesto con el ojo derecho. Avanzaba dos pasos y en actitud oferente parecía elevar el plato donde se suponía que estaban los ojos arrancados.

Después se acercaba a la sepultura del Patriarca Agapito, sobre la cual había una estatua orante arrodillada con las manos juntas. La mujer se acercaba al oído de la estatua y le decía el año, el mes, el día y la hora que era en aquel momento. Creía que todo aquello le interesaba al pobre Patriarca Agapito, que estaba esperando en la tumba el momento de la resurrección.

Muntaner había observado los movimientos de aquella hembra y averiguó que era una viuda sin hijos, que tenía un prostíbulo de esclavas de Esmirna y de Alejandría a donde iban los soldados a menudo y que había peleado días antes de un modo escandaloso en medio de la calle con la pobre y brava viuda Zorinos.

No parecían los soldados muy devotos en la iglesia. No era una misa como las que habían oído en Aragón y no estaban seguros de que fuera buena y legal. Muchos de ellos se mantenían de pie y con la gorra puesta hasta el momento de la consagración. Y todavía entonces algunos se llevaban un dedo a la gorra y saludaban a Dios a *medio moguete*.

Salieron por fin de la ciudad dejando cien hombres y treinta caballos para la defensa al mando de Muntaner, comandante de Gallípoli.

Iban para Rodesto con todas sus fuerzas. Iba también la princesa María y tres de sus doncellas, que eran Constantina, Sofía y Zoe. Las tres habían conocido las efusiones silenciosas —sin comunicación verbal— de Rocafort. Rocafort no hablaba griego y ellas no entendían catalán, castellano ni toscano. Las tres parecían alegres el primer día del camino, por la novedad.

Montaban tres caballos blancos. Los caballos blancos son animales de menos ánimo que los bayos. El caballo de este color es, por decirlo así, el caballo natural. El blanco suele ser una forma degenerada que los soldados no llevaban casi nunca a la batalla por creerlo inseguro. Pero si no servían para el choque de armas solían ser excelentes para correr en carreras cortas. Para huir de un peligro inmediato.

Llevaba la princesa como arma única un frasquito con veneno. Pensaba que tal vez podía verse en condiciones de una vergüenza o un daño peores que la muerte.

Detrás de ella iban los galeotes a caballo, sin ninguna marcialidad. Parecían sentados en el banco del remo. Basilio, con sus barbas blancas amenazando a sus imaginarios y pertinaces enemigos. Simeón, con su calva defendida del sol por un bonete de cuero, recelando tímidamente hasta de su sombra. Nicodemos, afeitado como un juglar y hablando lo menos posible. No se apartaban de la princesa sino el espacio de sus caballos.

Pasaban cerca de aldeas abandonadas y castillos desiertos. En las proximidades de los castillos olía a podredumbre. Las aguas de los fosos estaban corruptas y la brisa llevaba el olor muchas millas lejos.

El mismo olor anunciaba la cercanía de una ciudad. En cada ciudad había varios fosos, unos defendiendo las puertas principales, otros rodeando los castillos que dominaban las alturas. Todos aquellos fosos eran depósitos

de inmundicias. Algunos soldados preferían morir por un golpe de mangual que caer vivos en aquellas aguas. Se consideraba mortal la caída en los fosos si se tenía alguna herida, aunque fuera insignificante.

Tardaron tres días en llegar a Rodesto, durante los cuales no vieron una sola persona en los caminos. La sola proximidad de los catalanes hacía el vacío.

Solían encontrar al oscurecer algún lugar abandonado donde alojarse y si no, acampaban al aire libre.

La princesa veía todas las cosas que se ven en un ejército en marcha. La más frecuente era los soldados apartándose de la columna para satisfacer una necesidad a la vista de todos. Constantina dijo a la princesa:

—Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, salvo la digestión.

La princesa creía que no, que los hombres lo hicieron a Dios a su imagen porque sólo podemos ir a lo desconocido por lo que conocemos. Nicodemos le dio la razón. Constantina se calló pensando: «¿Quién es Nicodemos para opinar?»

El tiempo fue espléndido la primera noche. Basilio decía que hacía once años que no había sentido la tierra debajo de los pies, y creía que se movía como las olas del mar. Simeón alzaba la cabeza para contemplar el cielo y veía estrellas rosáceas, otras blancas y otras azules.

El pueblo en donde hacían noche estaba vacío como todos. Pero en alguna parte cantaba una mujer con una voz de cristal. Una especie de bruja de la pureza. Simeón decía:

—Antes de llegar nosotros a los poblados se escapan todos los *quidam*. Más nos vale. De otro modo nos castigarían a Basilio y a mí.

Y preguntaba por Muntaner. La princesa le decía:

—Siempre andas preguntando por Muntaner. Se quedó en Gallípoli. ¿Por qué piensas tanto en él?

—Ese hombre —decía Simeón— tiene el veneno, tiene el cuchillo, tiene la palabra y tiene el guiño. Y tiene la flauta a cuyo sonido se levantan los muertos. Pero no me castigó en todo el tiempo que estuve allí.

La princesa le oía y pensaba: «Todas las noches, cuando se pone a decir tonterías, es que tiene sueño y va a dormirse enseguida». Lo curioso era que

los viejos dormían a caballo igual que antes dormían sentados en el banco de la galera.

Aquella noche hubo una novedad. El perro *Montjuich* había desaparecido y algunos lo daban por muerto, pero apareció flaco y triste, mohíno y con dos heridas. Volvía de alguna parte donde sin duda lo había pasado mal. Y al ver a los catalanes se alegraba como un ser humano.

Lo curaron y le dieron de comer. Siempre extrañaba a los catalanes que aquel perro ladrara a los griegos y quisiera acometer a los masagetas aunque fueran, como sucedía en Cízico, aliados. Los conocía aunque vistieran como los catalanes, sin duda por el olor o por el acento de su idioma.

Algunos, mirándolo con afición, decían:

—Como perro, es más hermoso que ningún hombre.

Cuando iba de jornada corría por el espacio libre entre las filas que se abrían a los dos lados del camino. En los alojamientos iba a dormir a los pies del alférez de las banderas de la caballería. Si veía algún caballo o mulo suelto, iba ladrando a la guardia a dar noticia de aquello, que le parecía un grande desaguisado.

Se quedaron a dormir en aquella aldea grande y abandonada. No sucedió nada notable. Al día siguiente, al amanecer, reanudaron la marcha.

El mundo seguía desierto, pero a la princesa le bastaba con aquella cohorte para sentirlo habitado. Percibía la princesa desde su caballo el aire delgado y lleno de fragancia. No había castillos ni aldeas cerca. Las cosas todas estaban aún húmedas de rocío y lucían como joyas. Había trigo ya crecido que los griegos habían sembrado esperando, optimistas, cosecharlo para sus trojes. El paisaje estaba cortado por barrancos profundos, vaguadas húmedas en el fondo, pero que llevaban poca agua incluso los días de tormenta. Cerca había un bosque de chopos entre los cuales se veían vides silvestres cuyos brotes comenzaban a verdear.

Las cogujadas, con su peineta graciosa, volaban de un lado al otro del camino describiendo largas ondas, y cuando se posaban en algún arbusto daban sus tres notas femeninas. Pensaba la princesa: «No debían talar tantos árboles, los soldados. Los pobres pájaros tienen que dormir ahora en los arbustos bajos o en el suelo». Sólo se le ocurrían a la princesa aquella

mañana cosas dulces e idílicas. «Ahora es la época de hacer los nidos. ¿Dónde los harán?» Veía delante a algunos capitanes con yelmos y puesta a imaginar pensaba si en alguno de aquellos yelmos podría un pájaro hacer su nido.

De pronto se volvió hacia Simeón:

—Anda a la orilla del bosque —le ordenó— y tráeme una rama de cerezo silvestre. Una rama florida.

Simeón miró adelante y atrás con recelo y de pronto salió al galope, muy inclinado hacia adelante y no muy seguro en la silla. Poco después volvía con la rama que había cortado. La llevó con cuidado a la princesa y ésta la tomó y la acercó a sus labios.

—¡Qué hermosa es! —repetía en éxtasis. Y no sabía más que repetir aquellas palabras.

Los galeotes se pusieron a hablar entre sí. Nicodemos no hacía más que escuchar y dar la razón al uno o al otro. Había visto muchas cosas en su vida, pero recordaba sólo las más escandalosamente sucias, como suele suceder.

La princesa, para cubrir las voces de los galeotes, se puso a hablar de los hijos de los almogávares que en Gallípoli querían ir con el ejército. Los había de once y doce años, vestidos con su cota y su peto manejando una espada corta. Los almogávares reían mirándolos con amor y les prohibían salir de la ciudad.

Algunos soldados llevaban perros —que habían celebrado el regreso de *Montjuich* con algazara—. «Contra los perros de Rodesto», decían amenazadores. Los animales comprendían a su manera las intenciones de la tropa y andaban olfateando el aire impacientes. Todos llevaban carlancas de hierro.

Hicieron noche en otro pueblo abandonado. La princesa se alojó en una casa que debía pertenecer a una familia rica.

—Cierra bien las ventanas —decía— porque si entra la luna no podré dormir.

Las doncellas no se acostaban nunca hasta que la princesa dormía. Los tres galeotes dormían en el suelo, como siempre, frente a la puerta. Las doncellas habían dejado una pequeñísima lamparita encendida al lado del

lecho. Necesitaba la princesa dormir con aquella luz. Las doncellas se acostaban en habitaciones inmediatas a las de la princesa.

Tampoco hubo nada que registrar aquella noche sino la presencia de aves nocturnas en los tejados que los soldados interpretaban como buen augurio y otros malo, según su ánimo.

Al día siguiente siguieron su camino. Había organizado Rocafort la marcha de modo que llegaran a Rodesto de noche. Y así fue. Cerca de Rodesto encontraron las patrullas de reconocimiento dos caminantes a quienes apresaron. Les preguntaron de dónde eran y al decir de Rodesto, un almogávar los cruzó a los dos con la misma jabalina, ensartándolos. Se quedaron un momento de pie, vivos, y con los movimientos que hicieron para huir ellos mismos aceleraron su muerte.

Las patrullas de avanzada arrestaron y maniataron a otros dos vecinos de Rodesto que por alguna razón habían salido de la ciudad de noche. Cuando la columna llegó al pie de las murallas, la urbe dormía en paz. No había centinelas en las torres, nadie había podido darles aviso y todo estaba en silencio.

Escalaron algunos hombres las murallas, abrieron las puertas al resto del ejército y todos penetraron sin resistencia. Lo primero que hizo Rocafort fue ocupar las salidas, de modo que no pudiera escapar nadie. Los almogávares daban con sus armas contra el suelo preparándose al posible combate. Los vecinos miraban por las ventanas y las puertas y resolvían por fin su perplejidad sonriendo timoratos y aduladores.

Los almogávares tenían orden de quedarse quietos hasta que oyeran una trompeta notificando que las salidas de la ciudad estaban tomadas.

La princesa, con su escolta de viejos y doncellas, fue a situarse en un alto de la plaza de armas, frente a la catedral y al castillo.

Comenzaba a amanecer. Rocafort hizo sonar la trompeta. Había dado orden de que nadie incendiara ni destruyera bienes de ninguna clase, aunque podían ejercer su saña como quisieran con toda clase de personas o seres vivos sin limitación alguna.

Se alzó sobre la urbe un griterío que por extraño caso daba la impresión de un clamor de ciudad en fiesta. Algunos ciudadanos trataron de defenderse y fueron los que sufrieron menos porque cayeron bajo los

primeros golpes de los jinetes. Fue cerca de la princesa. Ella quiso intervenir e imponer el buen sentido y la piedad cuando vio la plaza cubierta de despojos humanos. Algunos soldados entendieron el deseo de la princesa al revés —creían que quería intervenir ella misma en el castigo— y arrastraron los cuerpos de las primeras víctimas a un lado, dejando espacio para el caballo de la princesa y su escolta. Aquí y allá le ofrecían espadas. Basilio, que llevaba la suya desnuda, gritaba amenazas con su boca sin dientes.

El malentendido de los almogávares pareció cambiar de pronto el estado de ánimo de la princesa, quien en lugar de protestar o condolerse quiso ir y venir presenciando las agresiones y crueldades. Las tres doncellas la seguían sin dar muestras de extrañeza. Cuando Zoe se aburría, hacía gestos de danzarina con la cabeza rígida y el brazo movedizo. El más frecuente era la imitación de los gestos de la cabeza de la serpiente, con vivaces movimientos hacia adelante y hacia los lados.

Los viejos galeotes lo miraban todo y no decían nada. A veces cambiaban entre sí palabras a media voz, como si estuvieran en un templo.

La princesa se volvió a medias hacia Nicodemos:

—¿Tienes miedo?

El viejo se dolía:

—La verdad es que tengo miedo. Bastante miedo, pero no tanto como tú crees, señora, y, además, no hay que preocuparse porque como van a morir todos, absolutamente todos, no quedará un solo *quidam* de testigo.

Insistía en que no tenía miedo. A él no podría acusarle nadie porque no quedarían testigos en Rodesto.

Había un niño colgado por el cuello del borde de una ventana y agitando sus pies. Nicodemos miraba a otra parte y Basilio decía:

—Los ahorcados no dicen nunca nada. Ni siquiera los críos, que son los que suelen gritar más.

Algunos popes salían de la catedral perseguidos por almogávares.

Caldés estaba en la puerta de la abadía con otro pope, que temblaba en sus hábitos.

—¿Existe un dios, sí o no? —le preguntaba.

El griego vacilaba y Caldés lo empujaba con su espada y lo hacía caminar otra vez hacia la iglesia:

—¿Hay dios o no lo hay? —insistía.

—Creo que no, hermano —decía el sacerdote—. Por vez primera creo que no, porque si existiera, ¿cómo iba a permitir todo esto?

—Entonces, ¿qué te pasará cuando mueras?

Comenzaba a pensar el sacerdote que podía tal vez obtener el perdón de aquel capitán:

—Cuando me muera, no me pasará nada. Me enterrarán y en la sepultura crecerán ortigas. Eso será todo.

Lo veía temblar Caldés y le daba compasión. Lo dejó, pensando: «Otros se ocuparán de él». No quiso matarlo porque si lo mataba en aquel instante iría al infierno por toda la eternidad.

Un sargento salía del templo riendo, ensangrentado, y al ver a las doncellas explicó que había decapitado por sorpresa a un cura judío (para aquel sargento los curas griegos eran judíos) y que en el último instante el pobre vio la muerte encima y fue a persignarse. Como se quedó sin cabeza se persignó en el vacío, en el aire. No encontraba la frente para hacer la señal de la cruz. La princesa María, oyendo estas cosas, apretaba la astilla de la cruz del Gólgota en la mano y recordaba: «Gentes como éstas, tal vez ese mismo que cae ahora en el umbral de su casa, fueron los que mataron a los embajadores del ejército catalán. Cuando se rompe la confianza y la fe de los hombres, todo está perdido».

Algunos campesinos que llegaban y se asomaban a la calle no eran de Rodesto. Habían ido el día anterior a vender algo y caminaban aterrorizados, seguidos de su perro. Unos y otros —los perros y los hombres— llevaban el cabello erizado. Simeón pensaba: «No son de Rodesto, pero el día de mañana serán *quidams*, testigos. Más vale que los maten también.» Los perros de los almogávares se arrojaban sobre ellos y perros y hombres mezclaban sus gritos y sus sangres. Los campesinos miraban a la princesa y a las otras mujeres sospechando que de ellas podría llegarles la salvación, sin comprender su indiferencia y su tolerancia.

Y la princesa María se decía:

«Para algunos de los que caen somos todavía la esperanza. Es una crueldad más ponerles delante la esperanza que no puede ni quiere ni debe salvarlos. Aquí estamos todos. Corren los hombres de Rodesto por las calles gritando los nombres de sus familiares, llamándolos para salvarse juntos o morir juntos. Y cuando ven encima el hierro de los almogávares piensan que yo podría salvarlos. Y no lo hago. ¿Quién soy yo para eso? Y veo y oigo el hierro airado, la sangre descubierta, los gritos que ya no salen por la boca, sino por las heridas de la garganta. Que son gritos agudos hasta que la espada abre la garganta y entonces se hacen roncos. Y yo estoy aquí, en mi caballo.

»No tiembles, Constantina —seguía pensando—. Todo esto lo hace Rocafort que te tiene en los brazos y te acaricia por la noche sin decirte nada o diciéndote cosas en catalán que no entiendes. No te espantes, Sofía, delicada como la muñeca del cocinero chino. No te espantes más de lo estrictamente indispensable. No alces la cabeza tú, Zoe, bailarina de los pies pintados —continuaba diciéndose a sí misma la princesa, sin hablar— que dejas colgados ahora fuera de los estribos. Y no olfatees a la derecha ni a la izquierda, deja las aletas de tu nariz quietas. Sientes la sangre en el aire llena de olores de intimidad, de amor, de sudor dulce. Porque la sangre es eso: sudor dulce y rojo. Estamos aquí y no hacemos sino mirar. Después de lo que está sucediendo en Rodesto, nadie se atreverá a faltar ya a su palabra sin sentir la amenaza y el daño concreto sobre sus cabezas. Es la palabra lo único que tienen los hombres. Es sagrada, la palabra. Y cuando falla, las espadas salen de las vainas y relucen al sol.

»Aquí estamos los siete. El número sagrado. Siete. Y parecemos un tribunal bastante lindo por los colores de nuestros vestidos sobre los caballos blancos. Inexplicable para los que nos miran un instante antes de morir. Aquí estamos los siete. Los campesinos que habían venido a vender una vaca o un cerdo están heridos en la esquina esperando su turno para doblar la cabeza y yo veo que todos querían salir y plantar su bandera de paz en la colina. Pero las puertas están cerradas. Las puertas cerradas y las gentes gritando y corriendo a las puertas, aunque saben que están cerradas. Los perros que no pelean están perplejos, las mulas de los campesinos sólo disconformes y los paletos soñando con su bandera blanca. Estos

almogávares han estado en muchos países, en casi todos los países, siempre acompañados de sus perros, que eran verdaderos perros en sus países natales, sólo en ellos, y ahora son una especie de sobrejunteros de Aragón, con sus collares. Resignados, los almogávares viejos limpian su espada y buscan sin prisa otra víctima. No corren, los almogávares. Sólo tienen que esperar que las víctimas les vengan a las manos porque ellas se descuelgan por las ventanas, se arrojan del tejado y siempre encuentran una pica o una espada o un venablo.

»Los jinetes persiguen a las gentes dignas de su ira. Los hay por todas partes. Son los que han estado en Constantinopla y dormido en las posadas de Pera con la hetaira genovesa o judía de Esmirna. Algunos de esos viajeros de Pera se han escondido en los pajares y en los establos. Vienen de persas o de judíos y a sus abuelos los han besado las azafatas de la sulamita y la sulamita misma. Porque la sulamita engañaba a Salomón, el de los cantares, como lo habría engañado yo misma. Sólo a Roger le sería fiel, yo. Sólo Roger merecía que yo le fuera fiel como puede serlo una hembra de reyes. Los perros silenciosos y humildes atacan a los perros griegos, aunque sean pequeños y débiles. Ya no pierden su tiempo los pobres animales husmeándose recíprocamente, sino que van derechos a la sangre y a la muerte. Y los hombres parecen perros y los perros, hombres.

»Ahora pasa aquel joven griego cojeando sin necesidad porque tiene sus piernas sanas. Cojeando como un villano porque ve a su alrededor muerte, sangre y silencio. Silencio en los almogávares alertas que no corren sino que esperan que los otros (las víctimas) lleguen corriendo. Y ese hombre de Rodesto cojea como el perro pequeño cuando pasa delante del perro grande. Cojea para decir: Mira, ¿qué necesidad tienes de molestarte rompiéndome algún hueso si me han roto el de la pata? Eso dice ese pobre joven, bastante hermoso, con la primera barba. A mí me gustan los hombres con la primera barba, es decir, con la barba de los quince años que no se han afeitado y que no pica en la cara de la amada. Ahí está con su primera barba, cojeando porque sabe que lo miran los almogávares. Va sobre él un jinete. El caballo sabe que esos hombres están apuntados en la gran lista de la muerte y va sobre ellos, y el caballero no tiene más que empujar un poco la alabarda contra su pecho y ladearla de modo que penetre entre las costillas. Ahora,

un empentón. Ni siquiera ha empujado el jinete, sino el caballo. Pero hay que sacarla. Y el cuerpo del joven que cojeaba es arrastrado echando sangre por la boca, las narices, las orejas, el pecho. El jinete detiene al caballo. Y otra vez ladea la alabarda para sacarla. Ya está. El cuerpo queda detrás, encogido sobre sus entrañas, el pobre. Defendiendo su sangre, su calor último, pero manchándose las barbas galileas. Yo haría algo si pudiera, por él. Iría a limpiarlas, las barbas. Otros muertos hay detrás, sólo que esos muertos no tienen barbas ni defienden ya su calor. No tienen más que el frío mismo de la tierra, que los aguarda.

»Es una cosa perfecta, un muerto. Más perfecta que un vivo. Por eso todos tenemos respeto a los muertos y nadie lo tiene a los vivos. Sólo mi Roger era más perfecto vivo que en la sepultura. Era perfecto viniendo a mi cuarto, acostado a mi lado y poniendo sus manos en todos los lugares de mi cuerpo. Él sabía el valor mío y nadie lo ha vuelto a saber ni lo sabrá nunca. Ahora ya no está. Yo no valgo nada. Y lo odio a Roger por haberse ido.

»Ya no soy la esposa ideal en una vida ideal de un ideal imperio presidido por un imbécil ideal todo cubierto de oro. Ya no soy el amor rosa ni verde ni púrpura ni blanco. Ya no soy aquella imagen del bien que yo había soñado, que mi abuela había soñado, que habían soñado todas las antepasadas mías pensando un día en que yo vendría al mundo a justificar la belleza y la bondad del mundo. Yo era todo lo que la mujer mejor en el mejor mundo puede querer ser en el instante mejor de su vida. Yo lo era todo. Pero ahora ya no soy bondadosa ni justa ni inteligente ni hermosa. Roger se me escapó por la muerte. Lo odio, porque odio más a Berenguer y más a Rocafort. Ahora no soy sino un animal del imperio puerco de mi puerco tío Andrónico. Ya no puedo ser la maravilla que era ni darme como espectáculo a los fantasmas de mis abuelos y bisabuelos ni como ejemplo a los nietos y biznietos. Ya no puedo ser más que una cosa en forma de ánfora, con dos pies y con una cabeza que mira al sol y de la que el sol se burla aunque tal vez amorosamente.

»No soy ya pura ni ejemplar ni admirable. Soy, aunque de costumbres honestas, como las viejas prostitutas genovesas de Pera que ensayan a reírse del dolor y tienen a un juglar escondido bajo las sayas mientras el genovés comerciante contrata la cama, y recuerdo que mi madrina Olga me decía:

Mira, tengo un ojo rojo y otro verde. Uno de hurón y otro de gata. Y me decía: Quieres ser perfecta, pero es un lujo que no puede alcanzar la hija de un kan. Todos son en el campo y en el monte y en la urbe rostros a medio desnudar. Y todos se ríen de la perfección. De mi perfección pretendida que, sin embargo, era tan segura y sin duda tan evidente para Roger y para mí. Ni él ni yo hicimos nunca más que cosas dignas de reverencia. Él mataba en la guerra después de firmar tratados y hacer promesas y obligarse con su naturaleza de gentilhombre. Yo lo amaba a él. Y éramos perfectos, con la perfección posible de los hombres y las mujeres. Lo mataron, y ahora sólo me queda la perfección de las cosas que Dios hace y deshace cada día.

»Esos hombres, esas mujeres, esos niños que van a morir y que se me acercan porque me ven con insignias reales y ven a mis doncellas con coronitas ducales en el tocado y ven a los tres galeotes viejos y magros con ropas de reyes de Oriente, estos hombres, estas mujeres y estos niños que vienen bajo las patas de mis caballos cruzan miradas conmigo y yo las evito porque con esas miradas (que se cruzan con la mía) construyen tupidas redes de intereses. Si pensamos en las tumbas de estas gentes que acuden como manadas de ocas domésticas, sentiremos el consuelo de la perfección de Dios.

»Pero yo quiero salir de aquí. Vamos al otro lado de la plaza para que mis almogávares puedan exterminar a toda esta cuadrilla de ocas domésticas sin herir a nuestros caballos. Vámonos al galope, que no podrán seguirnos. Ahí se quedan, detrás. Están a mis espaldas y no los veo, pero los oigo gritar. Gritan y lloran. Hombres de Dios, mujeres de Dios y niños de Dios. La realidad de Dios. Ellos mataron a los embajadores catalanes y ahora mueren y yo no los odio. Tampoco los amo. Hay un tropel de caballos zaínos detrás de cada grito. Ese tropel hace del estrago algo como una hecatombe pintada en lienzos antiguos. Lo que oigo ahora cerca del castillo, tal vez en las vidrieras de la catedral, es el temblor de los cristales bajo la sacudida de los cascos de los caballos. Caballos alanos tomados como botín. Los kirguises son más pequeños. Estos caballos rudos del norte son grandes y pesados. Cuando caminan en escuadras de más de diez, tiemblan los cristales de las ventanas.

»Ahora oigo esos cristales y es un ruido de paz y de alcoba. Eso es lo bueno, que el recuerdo puede decorar todo esto y alejarme un poco el olor de la sangre que, como dice Nicodemos, el sabio, huele igual que el mar, sólo que más caliente. Huele como el Bósforo en el mes de agosto. Huele el mar a mujer y la mujer a crimen y el crimen a nacimiento. Así, es posible que todo esto sea más o menos una fiesta. Yo lo veo y lo gusto porque es como conocer y gustar mi propia muerte. No es gran cosa, al parecer. Yo tendré miedo, sin embargo, como cada cual, como toda esta gente. De los que quedaron al otro lado de la plaza y venían a refugiarse bajo mis faldas no queda ninguno vivo.

»Tal vez aquel niño está vivo y abre y cierra la boca como un pajarito herido en el vientre. Y se sienta y prueba a levantarse. Y ahora acude alguien con el capacete almogávar en la cabeza. Es muy joven, también. Lleva una espada corta y con ella le da debajo de la barba. No con el filo, sino con la punta. Lo hace por piedad. Primero coloca la punta despacio y suavemente en el lugar que busca. Debajo de la barba, como si quisiera hacerle cosquillas jugando, y cuando el niño va a llevar las dos manos a la hoja de la espada, el almogávar empuja con un golpecito seco. Un empujón corto y violento. La sangre sale de la garganta y además el niño se ha cortado las manos contra la hoja de la espada. Es la realidad perfecta de las cosas.

»A mí me han impedido la perfección mía, la de la virtud: buena esposa, buena hija, buena amante, buena princesa, buena ciudadana, buena hembra y buena hija de Dios. No me queda más que abandonarme a la perfección neutra de las cosas y reír. Bien está. No quiero escandalizar a los almogávares que si me vieran reír dirían: Eso no está bien. Una mujer no debe reír cuando asesinamos mujeres y viejos y niños. Una mujer no es necesario que llore, pero tampoco debe reír. Una mujer es una mujer y tiene su papel en medio de las catástrofes. Y la princesa es la viuda de Roger y debe ser una mujer con sus raciocinios y sus sentires. No podría reír. Lo que hago es recordar. Una recuerda esas cosas que recuerdan los agonizantes, las cosas lejanas y minuciosas que, según dice Nicodemos, sólo recordamos al morir. Yo no voy a morir, pero veo tanta muerte a mi alrededor que no me extraña la claridad de mis recuerdos: por ejemplo, los recuerdos de mis

juegos cuando tenía cinco o seis años. Era con el primo Miguel. El príncipe debería aparecer ahora detrás de las mujeres de Rodesto con quince mil de a caballo si existiera algún orden en las cosas de la perfecta realidad o si la virtud de los hombres fuera posible todavía. Si viniera el príncipe mi primo con quince mil de a caballo, estos almogávares —estos *voceras*, como dice Rocafort— tendrían que emplearse otra vez sobrehumanamente. Y todo sería más justo. Ganarían los catalanes porque Rocafort los insulta desde las esquinas del aire donde el pasado se une con el futuro —sin presente— y les dice que deben morir como puercos que son, pero las armas, el esfuerzo y el odio estarían bien empleados y al final mataríamos a Miguel poniendo la punta de la espada debajo de su barba como para hacerle cosquillas y empujando un poquito —no mucho—, empujando apenas un poquito, pero con un golpe muy seco para abrir las esclusas de la sangre.

»No viene Miguel. Yo recuerdo que de chicos nos escondíamos en las caballerizas y que la mujer de un lacayo, creyendo que no había nadie en la cuadra, abría las piernas de pie y se ponía a orinar. Como una vaca. Después, cuando terminaba, se secaba apretando las faldas con la mano en la entrepierna y seguía su faena. Porque entraban a veces a sacar el estiércol. En capazos lo sacaban para llevarlo a los jardines del parque y estercolar mis planteles de flores.

»Y a través de mis recuerdos sigue ahora, aquí mismo, a mi lado y detrás de mí, ese primo mío presenciando la matanza. Me apoyo en el arzón de la silla y miro hacia arriba porque se oye algo como relinchos en masa. Algo como si pasara un tropel de yeguas por el aire. No pasan sino bandadas altísimas de ocas silvestres que van a tierras más cálidas. Siempre las ocas silvestres yendo a Galilea. Bien. Los caballeros y los infantes siguen descuartizando, degollando y hasta en algunos casos quemando gente viva, como dicen que hicieron con los catalanes en Pera, en Blanquerna y en Rodesto. Esto se ha hecho muchas veces y en realidad no lo hacen sólo los hombres sedientos de sangre sino también los curas, los popes y los rabinos. Y en cuanto pasa algún tiempo, el recuerdo de los descuartizados por los diferentes dogmas de las diferentes iglesias es ya ligero y nadie piensa en él. Todo esto que estoy viendo lo han hecho en el nombre de Dios los judíos, los árabes, los católicos, los persas. Todas las

iglesias. Así es la realidad de las cosas. Como esa mujer que arrastra sus intestinos y cae y al caer el niño que lleva en brazos se da con la cabeza contra una esquina y se mata o queda sólo desmayado. Esas cosas las han hecho las religiones también. Como ese anciano que cree que todavía su esqueleto le aguanta y que no tiene ninguna herida al parecer, pero se le corta el aliento y cae sobre sus rodillas y me mira y dice una palabra. No sé si buena o mala. No llega la voz hasta mí.

»Todos los hombres, cuando se enfadan, llaman hetairas a las mujeres (en griego). Bien. Pueden llamarme lo que quieran. Yo no puedo ser ya la mujer que era. No seré ya para nadie la mujer pura y amistosa y generosa que era cuando estaba casada con Roger. Ahora ya todo carece de sentido, incluso mi amor por Roger, y es posible que ese viejo me insulte y que tenga razón, aunque mis costumbres sean honestas. Parece que ese viejo no tenía herida alguna, pero al caer en el suelo le sale sangre por la boca. Le han debido dar un golpe en la cabeza. O en el pecho. En la cabeza. Como la lleva protegida por una especie de turbante no han debido hacerle herida alguna, pero el golpe le ha roto algo dentro. Está acabando. Abre la boca mucho más de lo necesario para respirar. Ya debe estar muerto. Ya no hay por qué molestarse pensando en lo que ha dicho. A su manera tenía razón. ¿De qué te ríes, Basilio? ¿Te gusta lo que ves? ¿Estás matando con los ojos a tus antiguos enemigos o a los presentes? Hay que amar la vida equivocada, cruel y como quiera que sea. Bajo las catástrofes de la virtud hay que amar los diferentes aspectos de la muerte. Aquí nosotras somos las parcas hermosas y pasivas que esperan. Se muere tan fácilmente, que luego se extraña una de despertar por las mañanas. ¿Qué dices tú, Nicodemos? ¿Que no puedes dormir acostado? ¿Que duermes de pie, sentado, por la costumbre de los bancos de la galera? Bien, pues ahora sentado o acostado o de pie te extrañarás cada mañana de estar vivo. Mira aquella mujer. Es hermosa y tal vez acaban de violarla. Ahora la van a matar. Rara combinación, los besos y la espada, ¿eh? Ahora y viendo lo que ve esa pobre mujer, se da cuenta de que ha estado siempre equivocada».

Repitió la princesa estas últimas palabras en voz alta.

—¿Equivocada? —preguntó Simeón.

—En su confianza. Equivocada. Es lo que ella piensa ahora, seguramente.

Simeón murmuraba para sus bigotes que a trechos eran verdosos como las hierbas lacustres:

—¿Qué dices tú, Sileno barbudo y calvo? ¿Qué dices?

—Yo no digo nada, alteza. Sólo digo que tengo hambre ¿Tienes pan, Nicodemos?

El aludido sacó un mendrugo mugriento, lo partió en tres y se guardó el trozo más pequeño. Los otros los dio a Basilio y Simeón. Nunca comía ninguno sin ofrecer a los otros. Costumbres de la galera. Basilio masticaba con fruición como un niño pequeño, a pesar de sus barbas, y miraba receloso a los dos lados. Dijo con la boca llena:

—Este Nicodemos siempre tiene algo en la alforja. Carne o nabos, siempre tiene algo.

Seguía la princesa hablando a solas y para sí: «Estos viejos galeotes miran y miran y no saben qué decir. Entonces esperan que la gente les pregunte. Y mastican su pan. A sus entendimientos no llega ya más que algún que otro rayo de luz negra (digo, del misterio exterior). Y siguen viendo matar gente. Viejos que tiemblan, jóvenes que blasfeman, niños y mujeres que lloran. Sin ir más lejos allí mismo, en la esquina de la iglesia un caballero tiene acorralados contra una especie de nicho de piedra a dos viejos. Con la alabarda contra sus pechos, los dos piden perdón. El caballero le dice al uno: Blasfema contra Dios y te perdonaré. El viejo blasfema. Ahora el caballero dice al otro: Tú también. El otro obedece. Entonces el caballero, con el filo de la partesana da en la cabeza al uno y con la punta en la garganta al otro diciendo: Os he abierto el infierno a los dos. En este momento Basilio ve a alguien y alzándose en los estribos lo llama:

»—Makarios, Makarios…

»Nicodemos le pone la mano en el pecho y le obliga a sentarse:

»—Cuando se acompaña a la princesa —le dice con gravedad— no se conoce a nadie.

»Basilio insiste:

»—Es que Makarios fue mi testigo en la boda cuando me casé.

»Va a desmontar. Yo le digo:

»—Si bajas del caballo te matarán los nuestros. ¿No ves que no te conocerán? Vas vestido como un letrado griego. Te matarán.

»Un almogávar atraviesa el vientre del viejo Makarios de un flechazo. El pobre Makarios corre con la flecha en el vientre hasta desaparecer dentro del atrio de la catedral. Y yo me digo: Debe ser difícil volverse loco, porque ahora veo todas estas cosas y los filtros de mi entendimiento se hacen menos espesos para que pase por ellos la verdad, y la verdad pasa y no me hace daño. Los locos tienen los filtros del entender más anchos que yo, mucho más, tan anchos que por ellos pasa todo el misterio en tropel. O a veces son demasiado finos y el tropel los rompe. Pero la locura no es tan mala como parece y debe ser hermana de la revelación, como cree mi madrina. Digo, Olga. Yo no tengo nada que decir en medio de todo esto. ¿Para qué? Lo único que quería es ir a dar de beber en mis manos a los que se están muriendo. Pero sin que dejen de morirse. Yo también tengo sed. Y no digo nada. Y nadie quiere venir a darme de beber. Mi sed es más vieja que el agua. Y veo las cosas con calma. Y recuerdo las cosas de ayer. El hierro se desmandaba. Caliente y afilado se desmandaba y buscaba al mismo que había abierto la ventana por la noche. Era un hombre pequeño de estatura y gran embustero. Había otro, mediano, que se envolvía en movimientos discretos y así como diferidos. También los había grandes, que tenían las manos abiertas y los ojos entornados. El hierro caliente los buscaba, como busca ahora a esa hembra que pasa de una casa a otra cruzando la calle desde la casa de su marido a la del enemigo de su marido, con toda la cara manchada de sangre y el cuero cabelludo arrancado por el lado izquierdo. Esa mujer tiene una belleza de misericordia. Llora y mira alrededor a ver si la ven. A través de la sangre todo debe verlo rojo. ¿Cómo me verá a mí?

»El miedo pasa por encima de mis doncellas como la sombra de un ala roja. Una de ellas, tal vez Constantina, dice: Yo creo que ya basta. Pero los gritos se levantan por otra parte de la ciudad. Y en el rincón donde esperamos nosotras no sucede nada. Sobre el domo de la catedral, cuyas capillas han sido desmanteladas, se posa un ave. El chorro de la fuente se triza sin motivo (hay una fuente y no la he visto hasta ahora). En sus pelos

ásperos y en sus zapatos viejos los campesinos caídos conservan sus barruntos. La ciudad entera habla entre sí con suspiros entrecortados por efusiones de sangre y sin acabar de decir la frase comenzada. Los tres viejos callan a mi lado, es decir, detrás de mí. Los caballos se impacientan. Oyen relinchar a los otros y quieren acudir a mirar y a ver.

»En medio de este día terrible me voy dando cuenta de la relativa importancia que tengo ante mí misma. La silla del caballo es de mujer y me oprime en la entrepierna, me sujeta en la entrepierna. Por eso montar es un poco obsceno. Mis piernas y mis brazos están conscientes de eso, especialmente ahora que están quietos. Oyendo lejos los gritos de los que todavía viven aquí, en este rincón, nosotros hablamos a media voz. Ahora llega un muchacho herido y lo persiguen los perros almogávares. Va el fugitivo regando con su sangre el suelo. La sangre le sale de debajo de la ropa. Es como si orinara sangre. Y los perros lo alcanzan. El chico nos mira a nosotros y yo no sé qué decirle. ¿Qué puedo decirle yo? Me dan ganas de decirle: *Hola*. Pero su mirada es la de un moribundo ¿Qué voy a decirle yo? Los perros le buscan la garganta. Está viva aún la víctima, pero no grita. No tiene derecho a gritar porque es una parte del sobrante humano de la tierra. Era ese probablemente un hijo clandestino, de los que no se sientan ya a la mesa con el padre. Para esto han nacido esos remanentes del amor.

»Si veo las cosas a la manera aldeana de mis mayores es porque he superado todas las circunstancias accesorias. Y tengo polvo en los labios agrietados, y mis ojos están frescos. Hay delante de mí ramilletes podridos de cementerio o vísceras abiertas, búcaros rotos y farolitos amarillos y negros, rajados. Hay también una prenda interior, blanca, que no sé lo que es. Toda manchada de sangre. Por el centro de la calle principal pasa un arroyuelo, un canal de ladrillo rosa. El agua densa y ligera va huyendo por la pendiente casi imperceptible y no se sabe si es roja por el reflejo del ladrillo o por la sangre.

»Los gritos de la multitud se oyen más lejos y a veces parecen los de los jóvenes cuando corren en competición de partidarios y de contrarios. Yo tengo ganas de ir y correr con ellos. Cuando Constantina me pregunta por qué no vamos allí donde se oyen las voces, yo le digo: Es día de soldadesca y entre ejecución y ejecución el almogávar, lejos de los ojos de su familia,

hace el amor. Se puede llamar amor a eso, porque el acto es el mismo. Después de besar a la mujer, la matan.

»¿Qué cara es esa, Constantina? Yo te he visto volver la cabeza a mirar a un hombre muerto y te he visto mirar sólo su vientre desnudo, su bajo vientre desnudo. Una mujer como tú volviendo la cabeza para ver las suciedades de la guerra. Ah, ahora quieres ir allí, donde la gente grita y los soldados violan antes de matar. Déjalo y mira sobre la barbacana las plumas negras de los cuervos vencidos, mojadas aún. Y un escapulario sobre el pope muerto. Un escapulario tan tonto en sus sedas bordadas que todos queréis entrar en una casa —en cualquier casa a ver lo que hay dentro—, pero no lo hacéis porque teméis que todas las casas tengan doncellas muertas en el umbral.

»Aunque no son las cuatro de la tarde y ni siquiera las doce del día, las nubes de tormenta se adelantan sobre el castillo. Es allí a donde iremos a dormir. Al castillo. Habré de poner en la torre albarrana el pendón de mi tío Andrónico para escarnio. El estandarte de Bizancio para burla y chanza. Si no lo pone Rocafort, lo pondré yo.

»Eh tú, Basilio, ¿eres buen jinete? ¿Puedes ir en un galope a encontrar a Rocafort? Yo iré al castillo a instalarme allí porque me duele la entrepierna con esta silla latina. No, no vayas. Encontrarás demasiadas cosas por el camino. Cosas que te distraerán de tu intención. Verás a las mujeres muertas, tan nobles en su carne. Y querrás cubrirles los muslos con mano temblorosa, después de diez años sin haber visto muslos de hembra. No, no vayas. Crees que todas las mujeres muertas son tuyas. Las seis mil mujeres muertas de esta ciudad crees que son tuyas. Las muertas recientes, sobre todo. No, no vayas. Yo sé lo que sé, y lo que no sé porque no he tenido tiempo de aprenderlo lo sabré un poco antes de mi muerte, que llegará un día. Antes hay que ser simplemente lo que sois vosotras, Constantina, Sofía y Zoe: mujeres de amor. Porque la muerte de las mujeres de amor se aplaza y dilata.

»Una verdadera mujer de amor yo creo que no muere fácilmente. ¿Dónde están las mujeres? ¿Las hay en Rodesto? ¡Oh, lo que han hecho los hombres! Ahí van en una carreta veintiocho hembras desnudas, casi todas muertas. Cuando estaban vestidas eran hermosas y ahora son feas. De cada

cien mujeres desnudas sólo una despertaría el deseo. Yo quiero marcharme con mi escolta de jóvenes hembras y machos viejos pero no me atrevo a moverme de aquí hasta que vengan a buscar a esa mujer desnuda que se ha caído del carro. Cuando vienen, se pega al suelo. Quiere estarse ahí eternamente bajo nuestra mirada. Los ojos de Basilio tienen una miserable complacencia de la que mis doncellas se asustan. ¿Por qué las llaman doncellas? Han hecho *eso* centenares de veces. Doncellas. Pero ya veo. Se llevan a la mujer en tres pedazos y arriba quedan bosques vernales de chimeneas, medias lunas y sonajas. Todos los gatos que han sobrevivido a la furia están arriba, en los tejados, y asoman la nariz encima de las retejeras.

»Debemos marchar. ¿A dónde? Nicodemos quiere saber a dónde vamos antes de moverse. En este momento aparecen por la calle principal tres figuras. Una es una especie de obispo momificado que ha debido morir hace muchos años y que va tieso en una peana de ruedas tirada por un borriquito minúsculo color gris. “Es el archimandrita de Santa Makaria —dice el chico almogávar que conduce el burro del ronzal—. Lo van a poner ahí, en lo alto de la plaza, para que vea lo que los soldados han hecho”. El chico quiere una parte del honor y dice: “Lo que hemos hecho”. Se comprende. Todo lo que hará en su vida será matar o escapar a la muerte. Escapar a la muerte o matar. Alguna vez tenía que comenzar, aunque sólo fuera perdiéndole la reverencia a la muerte y a los muertos.

»Un poco más lejos llega, arrastrado por un buey blanco, igual que Júpiter, una especie de bastidor sobre ruedas llevando también encima a un hombre en cueros, empalado y vivo todavía. Se mantiene en pie gracias a la estaca que le ha perforado los intestinos y le sostiene por dentro el tórax hasta la garganta. No creo que viva, pero a veces tiene movimientos que no son los del carro. Y abre y cierra los ojos. Y habla. O creo que habla. O digo que creo que habla. O creo que pienso que digo que habla. Porque todo esto me lo digo a mí misma. Esperamos que pase. Y veo sobre la ciudad los aires del día, impolutos, que no son aires de consuelo, pero tampoco de horror. Yo, obligada a ser quien soy siempre y a no saber, sin embargo, quién soy, bebo los aires y trato de sentirlos llegarme al corazón y refrescarlo. Detrás del hombre empalado van dos chicos. Uno dice

señalándolo con el arco que lleva en la mano: Ese es el gobernador. El que mandaba cuando mataron a los catalanes. Vayan al otro lado de la ciudad, a la plaza de las siervas, y allí verán lo que es bueno. ¿Qué veremos? Veremos a las *makarietas*, todas arrimadas a la pared. Pero hay que ir pronto, según dicen los chicos.

»¿Qué serán las *makarietas*? Yo pregunto y me dan diferentes respuestas. Constantina dice: Son las mujeres a las que violan antes de matarlas, quizá. Zoe se burla y dice que las *makarietas* deben ser los jóvenes homosexuales, que hay más o menos en todas las ciudades de Tracia. Basilio alza las cejas y dice: No sé. Por Dios vivo que no sé lo que pueden ser las *makarietas*. Nicodemos, caminando con su caballo detrás de mí y tratando de hacerse oír, dice: Después de diez años en los remos uno ha olvidado las cosas de la tierra. Las *makarietas* pueden ser doncellas o pueden ser ánimas del purgatorio. Simeón ríe y dice: Este Nicodemos ha dicho la mejor palabra. ¿Pero tú, que crees que son?, le pregunto yo. Y Simeón el calvo dice: Yo prefiero que no me preguntes. Yo creo que son perritas amaestradas. Así caminamos. No sé si arrepentirme. ¿Qué serán las *makarietas*?

»Por la calle se ven demasiadas cosas y yo querría salir por alguna puerta de las murallas y asomarme allí donde el campo comienza a mostrarse realmente agrícola. Aquí en la ciudad, ahora, me doy cuenta de que hasta la muerte puede ser prostitución. Creo que las *makarietas* son eso: las parcas prostituidas.

»Seguimos caminando. Pregunto a Nicodemos: ¿Qué es lo que te gusta a ti en todo esto? *Yo amo* —dice— *las cosas que regresan, porque soy viejo para que me gusten las cosas que van. No es que retrocedan, digo, las cosas que vuelven, sino que avanzan hacia atrás.* Yo le oigo hablar, pero no lo escucho ya. No lo entiendo. Veo muertos en las ventanas, en los portales, en las aceras. Muertos obstruyendo el paso. Mi caballo se asusta. Es un caballo blanco y cree que los muertos de las ventanas le van a caer encima. Estos catalanes ya no serán acusados nunca de nada en la vida. ¿Cómo va a acusarlos nadie de haber roto un tallo verde si han incendiado el bosque? Por esa ventana de la esquina ha salido algo. La abertura permite salir algo así como un gato montés. Si el comerciante muerto detrás de la puerta de su

tienda pudiera verlo, diría: Ha salido un ovillo de alambre. No es un gato ni ovillo, sino una cabeza humana con barbas. Al pasar frente a una puerta abierta miro y veo en el fondo del cuarto muy bien iluminado por una lucerna una especie de clavicémbalo con las cuerdas horizontales descubiertas y encima de ellas otra cabeza cortada, de mujer. En el muro contrario hay una pintura con una mujer —la misma tal vez de la cabeza cortada— y en un rincón un espejo. El cuerpo desnudo no lo veo. Debe estar en alguna parte y ser terriblemente pálido. Hay camas con mujeres abiertas en canal y la sangre goteando por debajo del jergón. No quiero ver más, sino seguir caminando.

»Detrás se oyen otros pasos, muchos pasos, centenares de pasos. Son tal vez los de mi escolta repetidos por el eco, o tal vez son los prosélitos que estoy haciendo yo con mi silencio y con toda esta sangre. La guerra de Roger era diferente. No era sino amor. Exasperado amor. Y era hermosa. La victoria es una mujer como yo, pero con la cabeza llena del alcohol de la historia. Ahora sólo querría ver a Rocafort. Querría ver los ojos de Rocafort. ¿Estará con las *makarietas*? Y hay otra vez a mi lado en el aire una mariposa amarilla y negra. Es grande y hace sombra como un pájaro. Me asusta porque soy una débil mujer. Hay puertas abiertas y sombras calladas en el fondo. Se ven huellas en el umbral, de abarcas almogávares. Entonces el silencio interior es un silencio sepulcral. Y de una de esas puertas sale un hombre vestido de negro con una especie de túnica pajiza del color de las tapicerías de mi casa, en Constantinopla. Lleva un bastón también negro con puño de plata, y mira a la gente (incluso a nosotros) con esa sabiduría que ya no se usa. Tiene un perfil pedante e indiferente. *Vamos, vamos* —dice—, *basta de tonterías*.

»Simeón, que tiene mucho olfato según dice para esas cosas, declara que ese hombre está loco. Accionando en el aire con el bastón el hombre extraño vuelve a hablar: *Ya basta de niñerías* —añade—. Tal vez tenga razón y todo esto no sea sino niñería. Se queda en la puerta mirando. Si todo esto es niñería, ¿qué será lo viril y lo adulto? Se lo pregunto y él me responde: *¿Qué va a ser? La conversación y la amistad*. Sale a la calle y alza el bastón no para pegarnos sino para detener nuestros caballos que cabecean asustados. El hombre, al ver el efecto de su gesto en nuestros

animales, quiere reír, pero su risa está deformada por amargores tácitos. Simeón le echa el caballo encima, lo derriba, lo pisotea. Los otros también lo pisan al pasar. Se oyen los huesos, las costillas rotas, el cráneo quebrado. El viejo ha debido perder el conocimiento al caer. Queda detrás mucho más pequeño, como un harapo negro. Era un hombre que se escondió tal vez cuando los almogávares entraron y que luego se avergonzó de su miedo y ha salido para que nosotros le veamos la cara y le demos la muerte que le corresponde. Simeón, desde que lo ha matado con las patas herradas de su caballo, camina tieso en su silla y a veces acaricia el puño de su espada, que no ha sacado de la vaina desde que se la puso en Gallípoli. Se ha vuelto dos veces a mirar al muerto. El hombre del bastón estaba en lo cierto. Niñerías. Pero hay que castigar a los asesinos de Roger.

»Sucede ahora algo inesperado. Las chimeneas echan humo. Todas las chimeneas de Rodesto echan humo. Las encienden los almogávares para hacer salir a los que se esconden dentro. Todo esto no es nada para la tarea que yo impondría a un ejército. Porque la guerra es hermosa. Lástima que destruya la paz y se desacredite con los sabios. Siempre lo bello y lo útil en oposición y obligándole a una a optar. Yo, ahora, este día de las sangres relativas, opto por una guerra especial para una circunstancia especial. Sólo que ahora, después de este día, haremos la guerra como un juego o como un arte porque una va siendo ya mayor. Como una fiesta de muchos invitados a la muerte. Anverso y reverso de una misma medalla hecha con un metal que nadie conoce todavía.

»Por la calle abajo vienen algunos guerreros en sus caballos pifiadores. La calle es bastante ancha y las casas bastante altas para que la caballería no parezca demasiado abusiva. Los pelos de esos guerreros se han puesto secos como las plantas venenosas. Yo no sé qué decirles. No los conozco. Y, para quebrar el silencio, les digo que en Éfeso los niños hacen sus músicas del verano soplando en las pajas secas y huecas del trigo maduro.

»Entonces esos guerreros me exponen los rasgos más salientes de su personalidad. Están fatigados del exterminio y tienen ganas de hablar. Y hablan, coincidiendo en una cosa: en creer que todos ellos son puros e iguales entre sí. Antes no lo eran, pero el más alto dice que todos los años, en el verano, a pesar de su edad, gusta de tomar una de esas pajas doradas

del trigo y de sorber con ella el rocío del alba en las hojas del trébol. El de al lado dice que por higiene anda a pie y descalzo siempre que puede. El siguiente declara que siempre ha afirmado en la vida, ante lo bueno y ante lo malo. Nunca dice que no, porque sabe que con cada negación, cualquiera que sea, mata una semilla a medio germinar. El último lleva una esfera de vidrio en la mano. Dentro de la esfera, que no sé si es maciza o hueca, aunque me inclino a pensar esto último, hay un niño sentado. Mira desde dentro la mariposa de cristal que se ha posado en la comba. El día es vasto también y lo sondean hacia arriba los ojos de los muertos. Es el momento de mirar con atención lo inmediato, con atención de ojos, boca, manos y pies. Me dicen que ese niño está disecado, pero vivo a su manera. Vive en otro país y en ese país hay cosas mejores, aunque no mariposas crepusculares con patas de seda. Ve ella —la mariposa— infinitos niños, tres en cada uno de sus ojos, como en un enjambre de burbujas de jabón. Refractan la luz, pero cada niño se queda dentro. Y nada más inquietante que ese niño que fue un día cifra de la esperanza de todo el mundo. Todo el mundo confiaba y esperaba en él y él lo sabía y no podía decirlo, pero lo sabía. Tal vez sabe también que hay que redimirse por la sangre. Yo los perseguiré a todos, los exterminaré a todos, los expondré a todos a la contemplación de las mariposas. Yo, porque vivo sólo para eso. Y la mariposa negra y amarilla en la bola de cristal parece decirse: Ha llovido la noche pasada. Se siente en el aire que ha llovido la noche pasada.

»Seguimos andando. Estos guerreros han entrado con su caballo cada uno en una tienda diferente (es el barrio comercial). En la silla de mi caballo hay una oruga aterciopelada y verde. Viendo cómo repta (con movimientos lascivos) me doy cuenta de que el cinismo de mis determinaciones es de una gran ingenuidad. Lo adulto, como decía el viejo loco, es la conversación y el amor. ¿Dijo el amor o la amistad? Se puede hacer daño con el amor. Se puede destruir igual amando que asesinando. Amando hasta el fin. Yo no sé exactamente lo que pienso cuando pienso en el fin, pero sé lo que me ha dicho Muntaner en Gallípoli. Me ha dicho que al exterminar los catalanes una familia en Apros, una familia compuesta por el padre y dos hijos menores y estando los tres heridos de muerte, el padre, que murió primero, dijo a sus hijos: *Perdonad, hijos míos. Fue sin querer*.

Caldés no entendía lo que quería haber dicho con aquello, pero para mí estaba claro. Quería decirles que perdonaran por haberles dado la vida y que se les había dado sin querer y como un error inevitable. Por eso yo no sé exactamente lo que digo cuando pienso que hay que *amar hasta el fin* para que el amor sea realmente destructor.

»Pero vamos a ver a las *makarietas* y estamos ya en la otra plaza, al extremo contrario de la calle mayor, y no veo sino una especie de muñecas grandes arrimadas a la pared. ¿Son muñecas, santos de madera, momias? Todas tienen la cabeza baja, menos una que oscila de pie y de medio lado sobre dos puntos de apoyo que no veo. Luego me doy cuenta de que son momias. Momias de parientes de mi familia, viejos Ducas, viejos Paleólogos. A mi lado, Basilio habla y no sabe exactamente lo que dice. En esta plaza la luz es una luz de réquiem. Son momias las *makarietas* y no sé por qué las llaman así. Simeón dice: Tal vez de Makarios, *makarietas*. Porque todas son mujeres.

»Yo tengo la impresión a veces de que he perdido un brazo. Es mediodía y creo que he perdido un brazo y miro la sombra y aparto los dos de mi cuerpo. Es verdad que los tengo, los dos. Pequeños, porque el sol está alto. Ya comienzan a oler los muertos. Y las momias parecen avergonzadas, todas con la cabeza baja y con unas patas minerales y sin formas. No es que sean feas. Es que son de un horror más allá de la conciencia humana. Yo tengo mi propia momia conmigo. Igual que ésas, peor que ésas. Todos la tenemos, cada cual la suya. Peores que ésas. Mírame, Basilio, estoy aquí. ¿No ves mi momia? Yo veo tu pie desnudo en el estribo, un pie de madera, con los tobillos zancudos y secos y escoriados, como los tendrás un día, cuando alguien te ponga de pie contra un muro y tú escondas la cara detrás de un harapo ya podrido que parece negro y es malva a trechos. Así, porque te habrán sacado de la sepultura como a esas *makarietas* los soldados de la venganza. De otra venganza. Siempre hay venganzas nuevas y odios viejos, Basilio».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVI

«Así, la ciudad de Rodesto ha sido exterminada. Esos hombres del pelo demasiado seco han subido a las últimas terrazas, a los tejados, han arrojado estopas encendidas por las chimeneas para que salgan los que están dentro si hay alguno escondido. Y yo en la plaza de las *makarietas*, inmóvil en mi caballo. Se oyen trompetas por la parte del castillo y Rocafort debe estar allí. No sé la hora que es. Nadie sabe la hora que es. Siento el reloj de mi corazón en el pecho marcando la hora del castigo. Sé que la venganza no da alegría. No me importa. Si ahora cambiara yo los archimandritas de los conventos y pusiera a los criminales de las galeras —no a los de mi escolta, sino a los ladrones y asesinos de profesión—, a la vuelta de algunos años todo lo que ahora es vicio sería considerado como virtud. Y al revés. Los hechos virtuosos de ahora serían crímenes. Pero la humanidad sería la misma y haría las mismas cosas que hace ahora, ni mejores ni peores, aunque les diéramos nombres contrarios. No habría más delincuentes ni más virtuosos que ahora. Y nos reiríamos de las *makarietas*. Las llaman así porque la catedral está bajo la advocación de San Makarios. Las *makarietas* son ahora otra vez vírgenes. La muerte será siempre virgen. Por eso me gusta la guerra y la sangre. Muerto y seco está lo perfectamente virtuoso, como esas makarietas.

»Vamos al castillo bajo esta luz tan viva y, sin embargo, amarilla y como en conserva. El calor de millares de cuerpos humanos se ha marchado y su frío lo va impregnando todo. Yo he visto a un almogávar de unos cuarenta años, peludo y hosco, sonreír inclinándose sobre una virgen. Y llevándola por fin a empujones con la daga ensangrentada a la espalda. La sonrisa del almogávar era un poco beocia, como son las sonrisas del deseo.

La mirada era la de la muerte. Muy inteligente, como suele suceder. Y las dos cosas juntas y el almogávar empujándola a la niña me parecían bien.

»Detrás de mí vienen los otros. Van todos hablando, detrás de mí. Contentos los galeotes de estar vivos y en libertad. Estas son las cosas que los hombres hacen en tierra —dice Basilio cuando ve un muerto—. Las doncellas hablan apasionadamente, y por el acento comprendo que sonríen mientras hablan. Creen que necesitan seguir sonriendo y hablando sin cuidado. Ahora yo percibo por el acento de los galeotes que los tres se consideran privilegiados y superiores porque han visto a las *makarietas* y porque los tres siguen encaramados en el lomo de sus caballos. Y se diferencian de las *makarietas* en que pueden sentir su mismo frío bajo el sol del mediodía, pero ellas no pueden sentir nuestro calor. No hay humo por parte alguna. Las órdenes de Rocafort se han respetado. No hay humo ni incendios y parece que no queda ya nadie vivo. Ni un perro ni una mula. Los gatos se han salvado en los tejados, detrás de las chimeneas. Esta noche bajarán y se irán comiendo a las mujeres de blandos pechos y de matrices secas. Ya estamos en la plaza otra vez. Ahora vamos al castillo».

Cuando comenzaban a subir la rampa del castillo, la princesa dejó de monologar para sí y comenzó a hablar con los galeotes. Nicodemos, que solía estar siempre callado, dijo de pronto:

—La historia es como Rodesto: una ciudad poblada de muertos. Y a través de la sangre y de la niebla de la sangre sólo los tontos se obstinan en mantener su palabra. Yo mantuve la mía diciendo que no cuando debía haber dicho que sí y por eso…

Seguía hablando, pero nadie le escuchaba. En el muro del castillo, a la izquierda de la rampa, había un nicho y un bajorrelieve muy antiguo: San Pedro. La princesa María pensaba: «Igual que el estandarte de la victoria, en Gallípoli. San Pedro. Yo no sé qué pensar, pero aquí, en este cementerio, no es necesario generalizar sobre el mal y el bien».

Y así llegaron al castillo y entraron. No había guardias. Los vigías de las murallas bastaban para avizorar el horizonte. Por la noche pondrían una guardia por respeto a la princesa.

Extrañó a Nicodemos ver en el patio de armas un grupo de caballos con arneses diferentes y algunos ballesteros que tenían también una apariencia

distinta. La princesa miró por el tragaluz de la escalera y les pregunto quiénes eran.

—¿No te acuerdas de nosotros? —respondió uno de ellos—. Yo sí que me acuerdo de ti, alteza. Eres la princesa María, esposa de nuestro señor Roger de Flor que Dios haya. En Artacio recogimos más de dos arrobas de oro turco para mandártelas a Constantinopla. Luego estuvimos en Cízico. Y nos marchamos con Arenós, el gentilhombre aragonés. Pero no llegamos a Sicilia, sino que nos quedamos al servicio del duque de Atenas que tenía guerras con sus vecinos. Jiménez de Arenós y yo y otros fuimos muy mejorados después de las primeras victorias en Atenas y allí estaríamos ahora si no hubiéramos sabido la traición del Emperador y la mala muerte que dieron a los catalanes y la miserable situación de Gallípoli. Al saberlo nos echamos a la mar y fuimos a Gallípoli con sesenta caballos y trescientos hombres, todos soldados viejos.

—¿Y Jiménez de Arenós, dónde está? —preguntó la princesa.

—Arriba. Acabamos de llegar todos.

La princesa subió al *kenourgion*. Había allí más soldados recién llegados, cuyos ojos no se habían encarnizado bajo el sol de aquella jornada. Algunos se quitaron los bonetes al ver a la princesa.

En la sala estaba Jiménez de Arenós con sus capitanes. Saludó a la princesa y confirmó después lo que habían dicho los soldados. Rocafort miraba a Arenós con una simpatía taciturna y recelosa. Pensaba: «Salió a tiempo de Atenas, pero ha llegado aquí cuando el peligro mayor ha desaparecido ya. Es un hombre de suerte, Arenós. Ahora tiene la fama de su lealtad y al mismo tiempo la seguridad de los victoriosos». Pero no era su culpa. Se le acercó y dijo:

—Si te quedas con nosotros, el puesto de senescal es para ti, con la venia de la princesa.

—No, gracias, Rocafort. Soy pieza de mal ajuste.

No le gustaba estar a las órdenes de Rocafort y éste se dio cuenta y no se sintió ofendido. Consideraba a Arenós socialmente superior. Era de una casa conocida, de Sobrarbe. Le preguntó:

—¿Pues qué vas a hacer?

—Asomarme a Constantinopla. Dar una sorpresa. Un golpe sin sostener la ofensa.

—Poca gente llevas para eso, Arenós.

—Poca, pero buena.

La presencia de Arenós —incluso el tono de su voz— le recordaba a la princesa los tiempos de su luna de miel en Constantinopla y después en Cízico.

Para disimular su emoción se acercó a una ventana. Y pensaba: «Arenós estaba enamorado de mí, en Cízico. Eso me decía mi madre». ¿Sería verdad? Su madre solía decir cosas que no eran verdad, a veces. El silencio de la ciudad era el de una aldea grande en la que no hubiera sucedido nada. Desde aquella ventana se veía la plaza con las *makarietas* apoyadas todavía en el muro. Decía la princesa: «Aquí yo podría vivir. Pero sin estas moscas verdes con alas de metal que ahora lo invaden todo. Y sin muertos en la ciudad». Y escuchaba el diálogo de los dos capitanes detrás de ella. Mientras oía hablar a Rocafort con su acento rotundo y a Arenós sonriente y ligero, pensaba: «Rocafort nació con su loriga y morirá con ella, también. Debe hacer el amor con la loriga y la celada puestas. Pero Arenós es de la estirpe de Roger y de Berenguer de Entenza. No sé concretamente cuál es esa estirpe. Es igual. Y lleva —creo que ahora no, por el calor— guantes perfumados y sabe bailar en los salones con las damas».

Ofreció Rocafort un vaso a Arenós y le preguntó:

—¿Cuándo tomas la vuelta de Constantinopla?

—Esta misma noche.

Le insistió para que se quedara a dormir en el castillo con su gente. La princesa estaba indecisa sobre lo que debía hacer y esperaba que la presencia de Arenós y de sus capitanes le ayudara también a decidirse. No estaba segura la princesa de que deseara quedarse con el ejército de Rocafort. Y junto a la ventana volvía a sentir la emoción del silencio de la tarde. También percibía una vaga sensación de misterio sabiéndose ella —con los catalanes— instrumento del destino que había hecho tantas cosas y tan tremendas aquel día. Las moscas verdes, de alas metálicas, zumbaban alrededor.

Dio Arenós orden a sus tropas (que estaban todavía fuera de la muralla) de entrar y salió con Rocafort y con la princesa a revistarlas. Dejaban en aquellas revistas el lugar de honor a la princesa, quien iba pasando a caballo entre severa y amistosa sin perder la cara de los soldados y deteniéndose de vez en cuando a cambiar una palabra con alguno.

Luego, los soldados rompieron filas. Para evitar problemas de competencia con la gente de Rocafort, el capitán Arenós ordenó a los soldados que entraran en el castillo y no volvieran a salir de él sin su permiso. A los que se lo pidieron les dijo que no tocaran nada de lo que vieran ni entablaran discusiones con nadie. Había demasiado botín tentador y demasiadas novedades.

Aquella noche, después de la comida, los capitanes se reunieron con sus jefes y con la princesa. Acompañaban a la princesa dos de sus doncellas y los tres galeotes, cuya presencia chocaba a Arenós.

—¿Quiénes son éstos? —había preguntado.

Y Rocafort le dijo después de beber y de limpiarse los labios con la manga:

—Son los tres Reyes Magos, ¿no los has visto? Melchor, Gaspar y Baltasar.

Mientras lo decía, apuntaba con el dedo a cada uno de ellos. Uno de los viejos rectificó:

—No. Yo soy Nicodemos.

Bajo la piel tostada por el sol, el rubor se le notaba a Nicodemos en la punta de la nariz.

—Quería contar su vida —dijo Simeón con desdén.

—¿Tú? —se extrañó Rocafort un poco borracho—. ¿No eres un miserable remador de las galeras?

Eso no podía negarlo Nicodemos pero, según decía, no había hecho nunca nada malo. En su juventud iba con la cabeza desnuda y la camisa abierta por los caminos y las aldeas tendiendo la escudilla a las horas de comer. Pero un sátrapa de Cirenaica lo vio un día y desde su caballo hizo un gesto a sus criados.

—Me arrestaron —decía Nicodemos— y el sátrapa me tentó los músculos del brazo y los de la pierna y dijo: «A las galeras de mi primo».

La princesa le preguntaba si le gustaría ir a tender otra vez la escudilla por los mercadillos. Nicodemos se quedaba un momento meditando y por fin decía:

—La verdad es que no hay vida como ésa, señora.

Tenía la princesa la manía de atribuir a Nicodemos crímenes secretos e inconfesables y él a veces sonreía como una ardilla y decía entre dientes estos versos que había conseguido rimar con bastante fluidez y que a él le parecían sublimes:

El crimen es siempre el crimen
y la virtud es virtud
guárdalos los dos secretos
de la cuna al ataúd.

Simeón dijo irritado:

—Este Nicodemos siempre con tonterías, buscando palabritas que peguen una con otra.

En cambio, Nicodemos censuraba a Simeón porque después de brindar y beber, rompía el vaso tirándolo contra el suelo, como si fuera un hombre de riqueza y señorío.

Todos escuchaban a los «Reyes Magos» con disposición a la chanza. Y Arenós no pudo menos de preguntarle a la princesa por qué los llevaba con ella.

—¿Yo? —preguntó María un poco asombrada—. Los llevo conmigo porque son simples seres humanos cuya felicidad depende de mí.

—¿Y nosotros? ¿No somos humanos, nosotros?

La princesa María no contestaba. Pensaba para sí: «Sois a veces sobrehumanos, pero quizá por eso mismo no es posible con vosotros cierta intimidad neutra. Y yo la necesito. Sois unos pequeños monstruos. Sois dioses mortales». Pensaba todo esto sin decirlo. La princesa sabía como nadie mirar de frente sin contestar.

Rocafort y Arenós se hacían confidencias en catalán. Rocafort dejó bien establecido que Arenós no debía esperar ser racionado o pagado por las arcas de Gallípoli. Ya no había detrás de ellos tesoro imperial alguno. Y si

quería actuar por su cuenta, debía atenerse a las consecuencias y no esperar socorro ni ayuda. Bromeaba Arenós y decía al final:

—No necesito ayuda, pero si algún día estás en apuros, ten la seguridad de que acudiré. Con dinero, con víveres o con armas. Aunque no haya tesoro imperial detrás.

A Rocafort no le gustaba la simpatía fácil de la gente con Arenós. La tropa sabía que Rocafort tenía las arcas repletas de oro, en Gallípoli. Y víveres y ropas de lujo. Estar con Rocafort era ser rico. Y tener la perspectiva de serlo para siempre y poder un día «echar censos y fundar rentas» en Cataluña. A pesar de todo esto, la gente simpatizaba más con Arenós.

El capitán aragonés miraba a las doncellas y a los «Reyes Magos». La princesa quiso hacer hablar a Basilio, que cabeceaba adormecido sobre su copa de licor. Basilio volvía a la realidad y mascullaba amenazas contra sus enemigos. Nicodemos, en cambio, que no solía hablar, estaba deseando poder decir algo, sin duda porque había bebido. Se acercó a la ventana y habló dirigiéndose al exterior:

—Oh, madres de Rodesto, llenas de preces. Lo que pasa es grandioso, pero, para mi gusto, bastante es ya bastante y es aún demasiado. Yo no he hecho más que acompañar a su alteza. La ciudad huele a mar y las mujeres muertas tienen las cabelleras embreadas de negro y no falta más que arrimarles el ascua, la candelita. Ellas tienen las uñas pintadas de rojo. Las mujeres se pintan las uñas para que los hombres se fijen en ellas —en las uñas— y se crean domadores de tigres. Pero los hombres de aquí no eran ni tigres ni gatos. Y la gente mata a la gente. Los soldados pueden matar. Es su oficio. Pero los otros…, ah, yo sé por qué se mata tan fácilmente. Cuando dan el pequeño empujón con la lanza debajo de la barba, cada cual cree que matando al otro (que es su imagen y semejanza) se matan a sí mismos. Entre el cielo y el caballo uno se queda solo y cree que lo entiende todo. Y sigue matando. Matándose a sí mismo cuando da el empellón con la parte sana. Así es la vida y yo no la he hecho ni la pienso deshacer. Yo veo el mar, siento el olor del mar y obedezco a la señora.

Rocafort derribó dos copas de plata sin querer, y alzándose a medias dijo:

—No quiero borrachos delante de mí. ¡Que se vayan!

Dijo la princesa que los galeotes eran sus amigos y Rocafort insistió en que debían salir del cuarto porque a él no le gustaban los Reyes Magos y no había creído nunca en ellos.

Arenós advirtió:

—Son del séquito de la princesa María.

—¡He dicho que se vayan!

La princesa había acordado marcharse con Arenós, pero quería quitarle a aquella decisión la apariencia de un rompimiento con Rocafort. Odiaba los malentendidos pequeños que a veces estallan como minas y causan catástrofes.

Entonces otro soldado de Arenós, que acababa de entrar en la sala llevó aparte a su jefe y le dijo:

—Capitán, yo creo que debo darte cuenta de una grande novedad. No es éste un sitio a propósito para hacer noche.

Arenós pensó: «Éste ha descubierto centenares de muertos. Millares de mujeres y de niños muertos». El borracho Rocafort se daba cuenta de que la princesa había cambiado de disposición con él desde que vio a Arenós.

María preguntaba:

—¿Hay aljibe en este palacio?

No quería quedarse en las casas con aljibe porque producían, según decía, rumores subterráneos por la noche. Era la filtración de las lluvias de los últimos días, tal vez. En un palacio donde días antes se había alojado fueron al aljibe y hallaron una nutria en la orilla. Una nutria que quiso huir y viendo que era imposible se zambulló. Cuando la princesa lo supo quiso cambiar de alojamiento. Y repetía:

—Si hay aljibe en el castillo, me iré a otra parte.

Rocafort creyó que era un pretexto. Los borrachos son susceptibles y a menudo aciertan.

Se oían a veces alaridos lejanos, como de chacales. Pero eran de personas. El soldado de Arenós añadió bajando la voz:

—Suceden cosas que tú no sabes, Arenós. Más de trescientos hombres vivos, pero heridos de muerte, agonizan en el muladar.

Arenós se dirigió a Rocafort y le dijo alzando la voz como si fuera sordo:

—Esta noche nos iremos. Quiero marcharme para estar frente a Constantinopla cuando amanezca.

—Bien, Arenós. Ya sabes. Si necesitas ayuda, avisa.

La borrachera no cancelaba del todo cierto compañerismo. La princesa se apartó con Arenós:

—¿Cuándo te vas?

—Lo antes posible.

—¿Ahora mismo?

—Si han acabado de herrar algunos caballos que andaban mal calzados, ahora mismo.

—Yo voy contigo —dijo ella— y si no te importa llevaré a mis doncellas y a mis galeotes.

—Antes —dijo Arenós, receloso— necesito hacerte una pregunta difícil. Difícil para un caballero. Los soldados tenemos la mano áspera. Perdona, alteza. ¿Tiene motivos Rocafort para sentirse celoso si vienes conmigo? No celoso como capitán, sino como hombre.

La princesa lo miró con las cejas altas:

—Claro que te entiendo. Nadie tiene derecho en el mundo a sentirse celoso de mí como hembra.

Salieron del castillo. Dos de las doncellas los siguieron de mal talante, pero disimulando. Se quedaba Zoe en Rodesto, con el tácito consentimiento de la princesa. Las doncellas informaban de vez en cuando a la princesa sobre lo que hablaban los capitanes entre sí o sobre lo que Rocafort les decía en la intimidad. Sofía y Constantina decían que no entendían el castellano, pero lo entendían y también el catalán. Cuando Arenós descubría alguna de esas aparentes contradicciones, se quedaba desorientado y pensaba que la princesa debía ser un genio para las intrigas. Si hubiera pensado lo mismo de la reina Irene, habría acertado, pero con la princesa se equivocaba.

Los galeotes, felices de verse otra vez a solas con la princesa, es decir, lejos de Rocafort, al que tenían miedo, montaban en sus caballos. Una vez

en la calle, la princesa dirigió la pequeña comitiva hacia las murallas evitando los lugares donde sabía que había muertos.

Fuera de las murallas estaban ya las tropas en formación de viaje. La princesa se decía: «Estos hombres son de hierro». Olvidaba que ella misma estaba poniendo a prueba su resistencia.

Comenzaron la jornada. Cerca, en las sombras —y a veces lejos— se oían gañidos de animales que acudían al hedor de Rodesto. Aunque estaban fuera de las murallas, el aire olía a sangre y los caballos lo percibían mejor que los hombres. El olor de la sangre era el olor de la muerte y los animales que no sabían lo que era la muerte percibían, sin embargo, su proximidad y amenaza. Los caballos tenían más miedo cuando todo había pasado ya, cuando comenzaba a hacerse el silencio sobre la sangre vertida.

El olor de la sangre parecía pegarse al suelo y adaptarse al cuerpo de los hombres. Los caballos lo sentían. Arenós acariciaba al suyo tratando de calmarlo.

Un sargento de coraceros decía a su vecino:

—Al animal se le quiere más que a la persona.

El otro ladeaba la cabeza, negando, y el sargento insistía:

—Si bien lo miras, a una persona se la quiere porque te da el calor de su amistad y si es hembra porque se acuesta contigo y tú sacas tu placer. Pero a un animal se le quiere sin esperanza ni premio. Porque sí. Ahora, dime tú: ¿no tengo razón?

Aquel sargento siempre iba razonando y los otros se daban cuenta de que ponía en sus razonamientos su vanidad y se negaban a dejarse convencer.

La princesa quería oír hablar a Arenós y planteó un tema delicado:

—Rocafort ha ido demasiado lejos en Rodesto. ¿Matar a los niños? Los niños no tienen culpa y no saben de la vida ni de la muerte.

Arenós se dijo: «La princesa ha estado presenciando probablemente todos esos horrores sin pestañear. Pero ahora protesta».

—Yo no haría cosas como esa, es verdad —concedió Arenós—. Pero no me voy de Rodesto por esa razón. La cosa es que mi gente no debía dormir allí. Pasar la noche en medio de quince mil muertos sin enterrar, con los capitanes de Rocafort borrachos, no es la mejor preparación para las

jornadas que esperan a mi gente. Yo creo que los muertos hacen algo por la noche cuando están sin enterrar. Un viejo soldado dice que ponen agua en las venas de los vivos que duermen cerca. A mí me parece una superstición tonta, pero siempre que puedo evito que la gente duerma en el campo de batalla cuando está lleno de muertos. Con mayor motivo en Rodesto, donde no queda nadie vivo.

Se oía un ronquido, cerca. La princesa explicó:

—Basilio se ha dormido en su caballo. La costumbre del banco de la galera le permite dormir caminando.

Arenós seguía pensando en Rodesto. La princesa dijo:

—El odio fatiga.

Nicodemos advirtió que también se podía castigar a la gente con el amor. Arenós tenía ganas de escuchar a los otros galeotes y ellos no hablaban, no decían nada. La princesa volvió la cabeza a medias:

—Basilio…

—Señora —dijo él con la voz del que despierta.

—Cuéntanos alguna de las historias que has oído en las tierras del sur, donde hay hienas y grandes lagartos.

—Lagartos fluviales. Así se llaman.

El galeote comenzó:

—Este cuento lo oí yo en las orillas del Nilo. Era una noche como ésta y se veía un camino por el que andaban las carretas hasta el desierto dejando huellas en la tierra húmeda. Las carretas pasaban en la noche y sus ruedas gemían delicadamente. Su canción era antigua y nadie la entendía, pero yo la entendí. Las ruedas decían que el mal hijo se escapó una noche de casa, salió al camino y lo robó.

—¿Qué es lo que robó, Basilio?

—Robó el camino —dijo Basilio, feliz de saberse atentamente escuchado por la princesa— y se lo llevó arrollado a la espalda. No pesaba mucho, aunque era un camino que entraba y salía de la selva tres veces. El mal hijo se llevó el camino a una cueva cerca del mar y allí estuvo esperando cinco años. Cuando los otros supieron dónde estaba y fueron a buscarlo, el mal hijo echó el camino sobre las aguas y se puso a andar por él, pero el caminito se acababa y le faltaba un trecho para llegar a la isla

donde quería salvarse. Entonces pasó un barco, recogieron al mal hijo, le pusieron cadenas en los tobillos y le dieron un remo. Estuvo remando toda su vida hasta que le nacieron barbas blancas, y entonces…

La princesa dijo:

—Esa es la historia de tu vida, Basilio. También Nicodemos quiso contar la suya en Rodesto y no se lo permití.

Pero Basilio contestó con un ronquido. Se había dormido otra vez.

Arenós alzó la voz:

—Eh, Nicodemos, ¿qué te parece lo que ha pasado en Rodesto?

—¿Me habla a mí, señor? Pues no pasó nada. La vida es así. Lo que yo pienso es que si Rocafort hubiera matado a un solo hombre indefenso, nadie lo discutiría. Cosas de la guerra. Si en lugar de uno son quince mil, ¿qué más da? La cantidad no hace el crimen peor ni mejor. Eso creo yo. Entonces, yo tampoco digo nada. Sólo digo que la vida es como es y nosotros vivimos y nadie pidió que lo trajeran a la vida.

Caminaron largo trecho sin decir nada. Era fatigoso, caminar. Se sentía en las sillas de los caballos la dureza del suelo. El alférez Arbúes avanzó un poco y se emparejó con el capitán:

—Tengo ganas —dijo— de trotar sobre los prados del valle de Balaguer. Allí el suelo es muelle y gustoso.

Añadía que había corrido por los banquiles del Segre y del Cinca mientras las mozas cantaban en las eras:

Que deja las avellanicas, moro,
que yo me las varearé,
dos y tres en un pimpollo,
que yo…

Y bailaban tocando palmas. Los prados de España eran cómodos para los cascos de los caballos. Y en las eras las mozas cantaban.

El cielo negro estaba constelado de estrellas, algunas muy grandes y brillantes. Por ellas Arenós leyó la hora y dijo:

—Antes de las nueve de la mañana estaremos a la vista de Constantinopla.

La princesa, al oírlo, espoleó al caballo, que tomó un paso más vivo sin ponerse al trote. Los otros alargaron el paso, también. La princesa preguntaba:

—¿Por qué te marchaste de Cízico?

Arenós, distraído, parecía estar pensando en el plan de acción del día próximo. Ella repetía la pregunta y Arenós dijo vagamente.

—El tiempo andaba confuso, había niebla. Neblina baja. Confusión entre la gente del palacio.

Callaba Arenós y la princesa preguntaba irónica si no habría niebla en Atenas. Sin percibir la ironía, dijo el capitán que en Atenas no solía haberla, aunque podía ser que la hubiera, sobre todo en invierno y en las primeras horas de la mañana. La princesa cambió de tema y se puso a recordar a las *makarietas* de Rodesto. Había una que estaba caída en el suelo y conservaba debajo de su cara momificada todo su terror natural. Había otra cuyo perfil denotaba cierta alegría. También recordaba que cuando iba al castillo por las calles de Rodesto, Zoe se detuvo a mirar a una mujer recién muerta. La cabeza era de oro medio vítreo medio cristalino. Nicodemos también se detuvo y tenía ganas de tocarla con las manos, pero no se atrevía. Iba ya a desmontar cuando la princesa le dijo:

—No la toques porque no puedes imaginar si ese contacto quema o hiela.

Arenós se sobresaltó:

—Esas cosas de Rodesto no son para volver sobre ellas y menos para hablar. Se hacen y se sigue adelante. Es la guerra.

La princesa callaba.

Al amanecer avivaron el paso. La princesa volvía a hablar y lo hacía con una expresión directa y simple. Arenós la miraba de reojo y hallaba en su rostro el perfil de la infantilidad. Con aquel perfil no había más remedio que escuchar todo lo que quisiera decir.

Llegaron a la vista del estrecho. Olía a mar y se veía una niebla flotante que era azulenca arriba y casi roja abajo. Se detuvieron. Arenós miró a la derecha y a la izquierda con un gesto de perro venteador. O de ave. Un ave nobiliaria, de blasón. Lejos, a la derecha, se veían los arrabales lejanos de

Constantinopla. En aquel campo había mucho cuarzo y feldespato y brillaba tanto como si estuviera cubierto de escarcha. El sol llegaba al sesgo.

—Esto es como en invierno —decía un caballero haciendo pantalla con la mano inútilmente porque el resplandor llegaba de abajo.

Más lejos, el brillo del suelo cesaba porque había matorrales y hierba a trechos seca y a trechos verde. Y casas. Eran los arrabales. A la izquierda, un bosque, y al final, otra vez la llanura con feldespato y mica. Parecía encharcada en algunos lugares, aunque en todos estaba seca. Y se veían más casas detrás. Algunas echaban todavía humo por la chimenea, aunque habían sido abandonadas por sus ocupantes. «Todos han dejado el almuerzo a medio cocer», se decían los soldados.

Olía a resina y a trapos mojados. Un cabo decía que olía a fuego y cuando los otros se reían de él juraba que los caballos sabían por el olfato dónde y cuándo había fuego. Los más próximos reían y decían que los caballos olían el humo.

—Pues yo digo que el agua huele. Y que si huele el agua, también puede oler el fuego, su contrario.

Aquí y allá, las techumbres de las casas blancas o rojas aparecían por debajo de la niebla como barquitos desarbolados. Había zonas confusas entre aquellos grupos de viviendas y cuando Arenós se alzaba sobre la silla para ver más claro, la princesa le explicaba:

—Son los suburbios de Pera.

Seguían caminando. A la derecha y enfrente, sobre la niebla, había una luna de nieve a medio fundir. Arenós envió una patrulla a explorar.

—Que nadie trabe combate —advirtió.

Callaban y avanzaban al trote. Por fin se detuvieron. Detrás de las casas de los suburbios se veía otro barrio más rico de apariencia, y más lejos las cúpulas de Santa Sofía y torres con minaretes y campaniles. La ciudad inmensa se extendía a los dos lados. La princesa dijo que veía las terrazas de su palacio al lado de Santa Sofía y cerca del mar. Se sentía más en la ilusión que en los sentidos, el olor del humo de las cocinas lejanas, el rumor de los campaniles y la fragancia de los jardines imperiales.

Un hombre cruzaba el camino con un haz de leña y al ver a la tropa se detuvo temblando y esperó a los soldados, convencido de que era inútil

tratar de huir. Delante de Arenós se puso a suplicar en griego. La princesa lo oía, indiferente:

—Pide que lo matéis —explicaba—. Pide por favor que lo matéis. Dice que si no lo matas tú, lo matarán los soldados del príncipe Miguel.

—¿Por qué te matarán?

—Por haber hablado contigo.

Trataba de arrodillarse el leñador. La princesa le hizo muchas preguntas y el pobre hombre respondía apresurado y temeroso, diciendo todo lo que sabía. Para él, Roger de Flor, muerto en el palacio imperial, había sido Rey en un país lejano y lo mataron por orden de su suegra, la reina Irene, arrancándolo de los brazos de su esposa, la princesa María, «en el lecho de amor». Del príncipe Miguel no quería decir nada, por miedo. De Rodesto no sabía nada y mirando las tropas que seguían a Arenós, dijo:

—Cuando estas tropas han podido llegar aquí, es que lo han matado y quemado ya todo en Rodesto.

La princesa María le preguntaba por Andrónico el Emperador, y el viejo decía:

—Allá en las terrazas blancas, siempre mirando para Andrinópolis y suspirando.

—¿Está la princesa María con él? —preguntó por el gusto de ver lo que decía.

El hombre respondió con la mayor seguridad:

—No, porque se fue al sepulcro con su esposo Roger y allí está sin comer ni beber y conservándose, a pesar de todo, hermosa y lastimera. Un milagro de Santa Sofía, según dicen. Y también dicen que tiene la cabeza en desvarío por el amor del difunto. Eso dicen los popes en su misa. Yo lo creo a veces y a veces no lo creo.

Estaba la princesa asombrada. Al parecer, Andrónico engañaba a la gente ocultándole el hecho de que la viuda de Roger estaba con los catalanes.

Hicieron más preguntas al leñador para averiguar lo que pudieron en relación con las fuerzas militares de la ciudad y luego lo ataron de pies y manos a un árbol por el lado contrario al sol. Al pasar cerca, los soldados se burlaban y le decían bromas. Uno le disparó un flechazo que fue a dar en el

tronco del árbol, encima de su cabeza. El viejo dio un grito y todos rieron y le dijeron maldiciones y procacidades en catalán.

A pesar de haberse acercado cautelosamente, todas las casas estaban vacías. No tardaron en ver un destacamento de romeos a caballo. Acometieron y lo desbarataron matando a más de la mitad, que serían unos doscientos. Hechos ya a la violencia y a la sangre, Arenós los dejó saquear e incendiar y se quedó con la princesa y su escolta en un altozano, desde donde se dominaba el campo.

Algún tiempo después ardían la mayor parte de los suburbios de aquel lado sureste y como el humo es muy escandaloso, el estrago parecía mucho mayor.

Se presentaron por distintos lugares destacamentos de caballería romea y alana. Arenós arengaba de un modo muy diferente que Rocafort:

—Caballeros aragoneses, vamos a tener otra ocasión para mostrar lo que valemos. ¡Adelante!

Pronto quedaron las calles cubiertas de caballos muertos y de jinetes destrozados. Cuando vio Arenós que no había más que quemar o matar, se pusieron a comer y a ordenar el botín. Los caballeros comían sin apearse, entre risas y bromas. La princesa veía que la gente de Arenós conservaba, por decirlo así, sus nervios y no caía en brutalidades innecesarias ni en aquellas orgías de crueldad que había visto a menudo entre la gente de Rocafort.

Miraba a lo lejos las torres blancas de su alcázar y decía:

—Mi tío el Emperador cree probablemente que éste va a ser su último día. Viendo todo este humo y estrago, debe pensar que somos doce mil caballeros y treinta mil infantes.

Pensando en esto, la princesa sentíase culpable sin saber por qué ni de qué. A veces tenía ganas de llorar.

Arenós había presto vigías que alcanzaban los últimos extremos de la ciudad por oriente y por Occidente y que dominaban los puentes y calzadas. En una extensión de más de quince millas no podía moverse nadie sin ser apercibido.

Soltaron a dos muchachos a quienes habían apresado y antes de que les permitieran escapar la princesa les dijo que tenían consigo seis escuadrones

de caballería turcopol de Bulgaria para que lo repitieran al llegar a la ciudad y su tío se sintiera rodeado de enemigos por todas partes.

La princesa pensaba para sí: «Me siento humilde con las tropas de Arenós. Me gusta sentirme nadie entre la gente que también se siente nadie y ataca o se defiende o avanza o huye en masa». Pero no había visto huir aún a los catalanes ni a los aragoneses. En aquel momento creía simplemente que siendo no más de trescientos podía tomar la ciudad y someter a Andrónico. Arenós le explicó la imposibilidad material y ella se resignó a duras penas:

—Tú no morirás nunca como Roger —le dijo—. Tú eres prudente.

No comprendía, Arenós. Estaba preocupado por el hecho de que no salieran más fuerzas a atacarle. Siguieron paralelos al río, quemando y saqueando hasta casi envolver la ciudad en humo.

—A la noche —dijo Arenós— se verá todo este fuego diez veces mayor de lo que es.

La princesa pensó: «Estará hermoso el horizonte para mirarlo desde las ventanas de mis antiguas habitaciones, en el palacio. Pero sólo lo verá Miguel». Preguntó por qué lamentaba Arenós que no salieran destacamentos a atacarle y él dijo que aquello era indicio de que estaban concentrando grandes fuerzas en alguna parte y preparando una emboscada para cortarle el camino de regreso.

Y era verdad. Andrónico se sentía punto menos que perdido cuando tuvo noticias de que los asaltantes no eran más que trescientos. Reunió a toda prisa la mejor gente que tenía hasta conseguir ochocientos caballeros muy arrojados y diestros y dos mil infantes. Les mandó que se adelantaran cautelosamente y se pusieran en emboscada cortándoles a los catalanes el camino de regreso.

Pero Arenós caminaba con orden y cuidado. Las patrullas corredoras descubrieron la emboscada y volvieron a avisar. Como no había paso por otro lado, Arenós reunió a las tropas y les dijo:

—Ya veis que el enemigo nos tiene cerrado el camino y que sólo puede allanarlo nuestro valor. Se trata de la vida de todos. Pelearemos como si éste fuera el último día de nuestra existencia y Dios permitirá que hagamos

conocer a esta gente vil que donde quiera que estén y cualquiera que sean sus armas y ventajas les ha de alcanzar nuestra venganza justiciera.

Entretanto, la princesa María, desde su caballo, se acercó a los reparos de los romeos y gritó en griego:

—Soy la hija del kan de Bulgaria y os ordeno dejar las armas. La puerta del alcázar de mi tío Andrónico ha sido quemada y hay detrás un perro corpulento alzado en dos patas. Tiene cara humana y se parece al padre de Andrónico, el usurpador. Yo os ordeno que arrojéis las armas. Ese animal detrás de la puerta de mi alcázar da vueltas hacia oriente, hacia occidente, cantando los gozos de San Cirilo, que se le aparece en sus sueños al Patriarca. Yo os ordeno en nombre de San Cirilo que dejéis las armas.

Se retiró pensando que si la viera su madre estaría orgullosa de ella. Pero aquel orgullo posible de su madre la inquietaba. Es decir, no le daba la secreta satisfacción de otros tiempos. Desde la muerte de Roger, la reina Irene había evitado encontrarse con los catalanes y la princesa veía en aquello como una confesión de culpabilidad.

Los catalanes atacaron a fondo. Saltaban los caballos sobre los enemigos en la media luz del atardecer y, acostumbrados al combate, los animales mismos buscaban los lugares donde había flancos descubiertos. Los caballeros derribaban y los infantes degollaban. Las doncellas corrían por los flancos del ejercito romeo gritando:

—De orden de la reina Irene y de la princesa María, dejad las armas y volved a pasar el puente.

Sólo atacaba la caballería en el campo de Arenós. La infantería avanzaba despacio y expectante por el flanco. Únicamente hería y degollaba la vanguardia de la infantería, un pequeño escuadrón en forma de cuña romana.

Basilio y Simeón gritaban y agitaban sus espadas detrás de la princesa. Simeón quería pelear y la princesa no pudo evitarlo. Había recogido del suelo un yelmo y una lanza. En el primer choque se le rompió la lanza y con la mitad de ella, usándola como un garrote, iba y venía descargándola briosamente. Sus grandes fuerzas de remador encontraban por fin una oportunidad.

Arenós tenía que ceder terreno. Sus sesenta caballos, en medio de aquella multitud, no podían perder la formación. Al principio de la batalla intentó la dispersión, pero se apresuró luego a reagruparlos viendo el peligro encima. Retrocedían matando y Arenós los llevaba a un terreno propicio para la infantería. Una vez allí, los infantes almogávares, abiertos en dos alas, comenzaron a lanzar sus jabalinas y a rematar los jinetes caídos. Las dos alas de los griegos fueron replegándose entre un caos de relinchos y de alaridos. Los almogávares abandonaban a muchos de los jinetes romeos que, caídos en el suelo y embarazados con sus propias armaduras, quedaban inútiles.

—En nombre del Emperador Andrónico y del kan Azán…

La confusión llegó a producirse cuando los caballeros bizantinos vieron ocultarse la luna y cerrar la noche. La caballería de Arenós se había separado en seis escuadras de diez y atacaba ya todo el frente sostenida por los almogávares. El destrozo era superior a lo que el mismo Arenós creía posible y los griegos se defendían con dificultad.

El terreno era pedregoso y los cascos de los caballos sacaban chispas de todas partes. Almogávares y caballeros seguían acuchillando con la eficacia de las tareas bien aprendidas. Entre los griegos nadie oía sino la voz del pánico. Y corrían los supervivientes en las sombras hacia la ciudad.

Recogieron los catalanes más de doscientos caballos vivos y abandonaron trescientos cincuenta muertos o malheridos. Sin detenerse a recoger sino las cosas de más valor, dejaron el campo cubierto de muertos y siguieron su camino hacia Pactio, a donde llegaron a la medianoche. Arenós tenía una esquirla de madera —una astilla de una lanza rota— en el brazo derecho porque solía entrar en acción con el antebrazo desarmado y desnudo, como el Cid.

Al llegar a Pactio se curaron los heridos —no había habido un solo muerto— y después de montar las guardias se acostaron a descansar. No todos. Arenós, algunos capitanes, la princesa María y su séquito estuvieron largo espacio comentando las incidencias de la victoria. Arenós escuchaba a la princesa y aunque por respeto no lo decía, recordaba las brujas de los ejércitos antiguos que iban al campo de batalla a confundir al enemigo.

Todavía se usaban aquellos pintorescos recursos entre los germanos y los britanos.

Miraba Arenós a la princesa con deseo, pero con reverencia. Arenós tenía la convicción de que la castidad es un arma en tiempos de guerra. Solía decir que después de tres días de castidad las fuerzas del hombre eran tres veces mayores. Cuando hablaba así, adquiría Arenós una especie de aura ascética que intrigaba a las doncellas. La princesa le preguntó de pronto:

—¿Por qué te marchaste de Cízico? Tú eres prudente, Arenós.

—Más que Roger, es verdad.

—Y más que Berenguer de Entenza. Y más que Rocafort. ¿Tú habrías ido al palacio de Andrónico en las condiciones que fue Roger? ¿Habrías pasado a la galera de Oria? —Arenós negó con la cabeza—. ¿Habrías quemado las naves, como Rocafort?

—Yo no habría hecho nada de eso, alteza, es verdad.

Ella estaba pensativa y de pronto dijo que poseía el secreto de la guerra, es decir, de la victoria.

—Todo consiste —afirmó decidida— en despertar al dios de las patas de cabra: a Pan. Siempre hay cerca del campo de batalla un bosque donde Pan duerme y hay que despertarlo y hacerlo acudir. Y Pan acude y se pone de parte de los más valientes. Entonces los otros lo ven y les entra el pánico antiguo, el de los griegos, nuestros abuelos.

Arenós no lo creía fácil, pero asentía con la mirada. Era una caricia su mirada —pensaba la princesa—. Pero Rocafort llegó con todas sus fuerzas poco después, cuando acababan de acostarse a dormir las fatigadas tropas de Arenós. Se establecieron también los de Rocafort en Pactio, donde había sitio para todos, y Arenós no quiso levantarse para recibirlos pensando que al día siguiente y a la luz del sol tratarían lo que hubiera que trabar.

La princesa, oyendo el estruendo de la caballería pensaba: «Rocafort viene al reclamo de mi doncella Constantina. No le basta con Zoe, que se quedó ayer en Rodesto».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVII

Al día siguiente Arenós madrugó y se asomó a la torre albarrana del castillete de Pactio. Hacía un día templado, con un cielo cubierto de nubes nacaradas. Había abajo varios almogávares y uno con una bufanda roja y un hacha. Al otro lado del foso, a una distancia de dos tiros de arbalete, se alzaba un pino de alto y fino tronco y de frondosa copa. El almogávar de la bufanda roja se puso a golpear con el hacha. Al primer golpe volaron de la copa ocho o diez pájaros, entre ellos dos torcaces. Luego, otras aves más pequeñas.

Cayeron también seis u ocho piñas que rebotaron por el suelo.

La herida del tronco desprendía savia por todas partes. El almogávar tenía que secar el hacha y frotarla con arena. Otro soldado pasó cerca llevando un cesto con hogazas de pan:

—Yo sé cortarlo el árbol sin que sangre —dijo.

Pero el otro seguía golpeando. Arenós lo veía desde la ventana y se decía: «Ese árbol está vivo y lo matamos sin necesidad». Porque él sabía que el soldado lo cortaba para hacer mástiles de tiendas de campaña. Aquellos mástiles no eran en Pactio indispensables.

Otro almogávar pasó y dijo:

—Me da pena a mí ver talar árboles sin más ni más.

Por fin el árbol cayó crujiendo por todas partes. El almogávar fue a la copa y anduvo con sus manos por las ramas más altas, las que sólo habían rozado las brisas y las relumbres más vírgenes del sol. El hecho de tocarlas y arrancar algunas piñas le parecía tal vez una victoria.

Acudió Rocafort a ver a Arenós y cuando supo que los arrabales de Constantinopla ardían y que Arenós había aniquilado un ejército siete veces mayor que el suyo, le pareció muy bien pero no dijo nada.

—¿Vas a Gallípoli? —preguntó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque estás tú, en Gallípoli. Es decir, porque vas a ir tú.

Se quedaron en Pactio algunas semanas. Una noche se enteró Arenós por el viejo Basilio de que la princesa había tenido un incidente grave con Rocafort. El viejo, haciendo sonar los fuelles de sus pulmones con el asma, dijo:

—Rocafort quería abrazar a la princesa y ella lo amenazó: «Si te acercas», le dijo, «no respondo de mí». Y Rocafort se acercó y la princesa sacó una daga y le dio en el pecho, encima del corazón. Pero el catalán llevaba la loriga debajo. Así y todo, la punta de la daga entró por la malla de hierro y le hizo una pequeña sangría al catalán. Y entonces el catalán se levantó y dijo: «La primera vez me diste una bofetada, la segunda un golpe de daga. ¿Qué pasará la tercera vez?» Y la princesa le dijo: «Más valdría que no hagas la prueba. El verdugo que llevas en tu estado mayor es un viejo soldado griego y si llega el caso me obedecerá a mí mejor que a ti». Rocafort lo echó a broma, pero estaba blanco como un muerto.

Cuando supo la princesa que el viejo galeote había hablado de su incidente, completó la versión ella misma:

—He sentido mucho —dijo— verme en el caso de defenderme de Rocafort y pienso que tal vez no tiene toda la culpa él. Pero no puedo comprender cuándo ni cómo le di yo ocasión para que se atreviera a tanto. Es verdad que si Rocafort no hubiera llevado la cota podría haberlo matado y él lo comprendió. Luego vio que yo estaba pesarosa y me preguntó: ¿Estás triste porque me has herido o porque no me has matado? Yo no quise responder porque cualquiera que fuera mi respuesta no me habría de creer. No comprendo cómo pudo atreverse tanto y creo estar segura de no haberlo invitado ni provocado.

En definitiva —pensaba la princesa— se trataba de un incidente vulgar: un hombre que deseaba a una hembra.

Pasado un plazo de descanso en sus cuarteles de Pactio, los dos ejércitos decidieron juntar sus fuerzas, entrar por Tracia hasta el mar y acercarse a la ciudad de Estagnara por indicación de la princesa, quien les dijo que allí

estaban los astilleros más importantes de Tracia y también debían estar las cuatro galeras que los griegos habían robado a Aonés, el almirante.

Aunque Arenós estaba seguro de que la princesa no tenía estimación alguna por Rocafort, se extrañaba de verla aceptar con beneplácito las medidas de violencia del catalán. La verdad es que sin ellas no se habría podido penetrar cuarenta leguas en territorio contrario y enemigo. Sólo produciendo delante el vacío por el terror pudieron llegar a Estagnara, donde entraron sin resistencia, porque lo último que podían esperar era verse atacados por los catalanes, a quienes sabían lejos y ocupados en otras tareas.

Tomada la ciudad atacaron las atarazanas y astilleros y se hicieron dueños de ciento cincuenta bajeles y de las cuatro galeras que perdió el almirante Aonés cuando fue asesinado en Constantinopla. La memoria de su muerte despertó la sed de venganza y los ciento cincuenta bajeles fueron incendiados después de apartar las galeras, en cuyas maniobras intervinieron con entusiasmo un poco infantil los tres viejos galeotes, especialmente Basilio, que parecía borracho con la sensación de su propia autoridad.

Las tropas saquearon la ciudad. Los víveres y el dinero que hallaron en las atarazanas rebasaban la cantidad de doscientos mil escudos de oro. Finalmente llamaron a los elementos en su ayuda y no sólo al fuego que iluminaba el paisaje aquella noche en muchas millas mar adentro, sino también a las aguas porque rompieron diques y vallas y el mar inundó la parte baja de la urbe. Como decía la princesa, se dio el caso extraño de que muchos cientos de personas murieran quemadas en el mar y no menos de ellos ahogados en la tierra. La venganza de los catalanes seguía cumpliéndose.

Arenós preguntaba a la princesa qué haría el Emperador y si acumularía todas sus fuerzas para cortarles el camino por tierra. Ella decía que estaba segura de que Andrónico abandonaría aquellas provincias al rigor de las tropas catalanas porque no tenía ni fuerza ni dinero ni ánimo para otra cosa.

Las cuatro galeras, cargadas de riquezas y custodiadas por algunos almogávares, estaban preparándose a levar anclas. La princesa dijo a Arenós:

—Me voy en la nave capitana a Gallípoli.

Arenós la dejó marcharse sin decir nada. Luego se alegró y en varias ocasiones se dijo a sí mismo que había estado a punto de hacer una tontería peligrosa pidiendo explicaciones a Rocafort sobre su conducta con la princesa. Pero se contuvo a tiempo.

—Soy prudente, como dice la princesa —pensó con humor.

Se había instalado la princesa María en la mayor de las galeras con las doncellas y los tres viejos galeotes, que seguían un poco enloquecidos al verse otra vez a bordo. Tomaba Basilio el látigo del cómitre y se ponía a repasar las espaldas desnudas de los galeotes, cantando al mismo tiempo una canción con el ritmo del remar, una canción burlesca que habían oído muchas veces mientras caían los golpes sobre su cabeza o sobre sus espaldas. Iba y venía con una agilidad sorprendente y cantaba mientras repartía latigazos:

Uno por el Oria,
dos por el sultán,
cuatro por la gloria
de Muley Hassan.
Los de arriba el vino,
los de abajo el pan,
los de enmedio dale,
dale que le dan.

Repartía tales golpes que Nicodemos y Simeón quisieron quitarle el látigo. Pero Basilio lo sacudía en el aire, lo hacía chascar y gritaba:

—Fuera ropa.

Estaban ya desnudos, los galeotes. Pero Basilio no se daba cuenta:

—¡Fuera ropa, he dicho!

Y comenzaba a latigazos otra vez. El látigo era largo y alcanzaba desde el lugar donde estaba Basilio a los primeros galeotes de los tres bancos. Dejaba en sus espaldas huellas amarillas que enseguida se hacían rojas y que luego dejaban filtrar algunas gotas de sangre. Esto regocijaba a Basilio, quien se volvía hacia la princesa con el propósito de decirle que así había que tratar a los galeotes, cuando los dos primeros del banco superior lo

atraparon, lo levantaron en el aire y lo hicieron circular dando vueltas por encima de las cabezas de todos. Uno le daba un golpe, otro un mordisco, otro un puntazo con el mango del remo. Cuando hubo dado la vuelta al barco y lo lanzaron sobre el puente, el viejo Basilio respiraba con dificultad, tenía la espina dorsal rota por varias partes y dos heridas por las que sangraba.

Poco después, murió. Durante su agonía tuvo a Nicodemos a un lado y a Simeón al otro, cada uno teniéndole una mano. La princesa se fue a la proa con el capitán, terriblemente impresionada.

Basilio hablaba todavía para decir que sabía hacer calceta mejor que nadie en el banco de la galera y que cuando estaban anclados hacía hasta dos palmos de calceta en un día.

A mitad de una frase se retorció, abrió los ojos como si fueran a saltarle de las órbitas y quedó inmóvil. Había muerto. Una mosca se posó dentro del ojo izquierdo en la córnea.

Los galeotes seguían remando como si no hubiera sucedido nada y el cómitre recibía el látigo de manos de uno de ellos. El látigo que había perdido el viejo Basilio. Y no dijo nada, tampoco. Ni Simeón ni su colega dijeron nada. Conocían las costumbres de a bordo. Tampoco la princesa protestó.

Pasaban las galeras por el estrecho proa a Gallípoli. Se veían las orillas próximas, despobladas. Por la noche, las nubes de tormenta que alejaban a popa tenían todavía resplandores de los restos del incendio de Estagnara.

Simeón se acercaba a los remadores, aunque no bastante para que pudieran atraparlo, y decía entre dientes una canción que había oído otras veces con el ritmo del remar:

San Juan y la Magdalena,
la Magdalena y San Juan,
a babor la luna llena
y a estribor el huracán.

No sabía más y añadía en griego otras expresiones manteniendo el ritmo del remar.

El cuerpo de Basilio, con una piedra al pie, lo habían echado al agua.

Los pocos almogávares que habían embarcado en las galeras estaban heridos. Sus heridas eran leves, pero los inhabilitaban para pelear durante algunas semanas. Serían en total unos cincuenta. Iban armados de arbaletes, jabalinas y lanzas. Además, las galeras tenían dos cañones de popa y mucha pólvora seca y bolas de hierro para la carga.

Algunos almogávares que decían conocer la artillería estaban día y noche cerca de los cañones. Se habían negado a dar una de aquellas balas de artillería para los pies del cadáver de Basilio y entonces Simeón tuvo que poner una piedra sacada del lastre.

Ahora Simeón lloraba. En cambio, Nicodemos, sentado en el suelo contra la borda, dormía con los ojos abiertos, sin parpadear. Simeón lo miraba y recordaba algunas de las cosas que decía Basilio en tantos años de estar atados al mismo banco. Le decía un día que en el fondo del mar había grandes bosques, pero en lugar de árboles había crucifijos. Otras veces le hacía confidencias más íntimas. Por ejemplo, cuando estuvo casado en su juventud la esposa iba a dar a luz y comenzó una noche a gruñir como una vaca. Entonces él salió medrosico a buscar al médico, pero no se atrevió a mostrarse responsable del parto y no avisó a nadie, ni siquiera a la partera. Y tampoco volvió a casa ya nunca.

Tenía el pelo muy largo, Basilio. También Nicodemos. A los galeotes nunca les cortaban el pelo porque creían que en su pelo estaba gran parte de su fuerza. Toda su fuerza.

Simeón no durmió aquella noche, pensando en Basilio. Era su manera de hacerle los funerales. A veces Basilio se quejaba de que veía a las personas a no importa qué personas, a todas las personas, apartadas y lejos de él, aunque estuvieran cerca. «Debe ser cosa de los ojos», decía. Ahora Basilio estaba irremediablemente lejos. Y lejos para siempre. Recordaba Simeón que a veces Basilio se callaba y era él quien hacía las confidencias. Le había dicho un día que tenía en la sangre peces pequeñitos y de diversos colores, verdes, rojos, azules y blancos. Los blancos salían con la esperma cuando hacía el amor.

Pensando en esas cosas pasó Simeón la noche.

Al amanecer llegaron a Gallípoli. Fueron recibidos con alegría. Las galeras de Aonés recordaron a todos la muerte del almirante asesinado el

mismo día que Roger. Encontró la princesa muy disminuida la plaza en tropa y población. Sólo se veían mujeres y viejos.

Al día siguiente María escribió una carta a su madre que decía: «Te escribo otra vez desde Gallípoli después de las victorias de Tracia. Toda la provincia es ahora húmeda, florida y de nadie. Digo de nadie porque los catalanes no la quieren. La dominan, la castigan y la abandonan como si Tracia fuera una mujer. Estoy en Gallípoli al lado de la gran ventana del torreón que da a Occidente, es decir a Tesalónica. El sol es fresco y en el cielo hay un manojito de nubes rizadas. Alrededor hay docenas de pájaros que saltan con un ala tronchada sobre la sangre. Pero eso no es nada. Yo estoy en Gallípoli y sé que los nuestros van a la zaga de los alanos y masagetas a cortarles el camino. Se juntaron los dos capitanes Arenós y Rocafort y te digo que aunque son pocos no hay quien pueda con ellos si se ponen de acuerdo y acometen una misma empresa.

»Arenós está enamorado de mí, pero tiene miedo. Me tiene miedo a mí, y tal vez a sí mismo, que lo veo en sus ojos. Yo, en cambio, espero a Berenguer. Aunque está lejos volverá porque habíamos dejado una entrevista pendiente. Una invitación mía. No sé si Berenguer puede amar todavía a alguien. Aunque con distintos ojos y disposición, Berenguer, lo mismo que el César, mi marido, veían más allá de las cosas que miraban. A veces, viendo que Berenguer no regresa, lo odio. No puedo evitarlo. Por este odio de su ausencia sé muy bien que puedo quererlo un día.

»Y ese amor y ese odio tienen poder a distancia, como Olga me ha dicho algunas veces. No sé si creerlo. Me gustaría creerlo.

»Entretanto, escudriño buscando la raíz del esfuerzo de estos hombres para acabar de entenderlos. Te digo que no hay manera. Sé lo que es su odio. Su amor todavía no lo entiendo. Pero es lo que yo digo: si con el odio pueden hacer tantas cosas (sin contar lo de Rodesto), ¿qué no harían con el amor? Digo, en la vía de la destrucción. Me refiero al gran amor que no tiene nombre. Ya se sabe que el primer estímulo secreto del amor, según me decía Alejo el archimandrita, es hacer el mal. El mal a escondidas y disimulando con los vecinos. Cuando pienso en eso me callo o hablo conmigo misma. Nicodemos abre un poco la boca para atrapar mis palabras, ya que por los oídos no entiende bien.

»El amor que destruye no lo usan, todavía. No tiene nombre ese amor (ni objeto). Pero tiene nombre el daño que podría hacer. Tú lo sabes bien, madre. ¿No es verdad que lo sabes? Aquí sólo lo sabe de veras el prudente Arenós, que a mí me llama brujita de la victoria.

»Estos soldados saben ser ladrones a la hora adecuada —cuando la vendimia— y locos a su tiempo, cuando el amor que tiene nombre nos obliga a nosotras las hembras a pasar delante del espejo después de las doce de la noche. Saben matar y luego sentarse, y beber un trago entre el tumulto de las palomas y la degollación de los inocentes.

»Aquí, en Gallípoli, he hecho traer a mi azotea los bustos de mármol que había en los establos. Son esos bustos que hace cincuenta años quisieron destruir los enemigos de los iconos. Ya están en mi terraza un poco cegados por la luz del sol (antes estaban a oscuras). Envueltos en silencio. Como nadie sabe de dónde les llega ese silencio, dan ganas de rezarles. Y siempre están esperando que yo los mire, esos bustos.

»Todo está bien a mi alrededor, madre, pero a veces me abandono demasiado y tengo miedo de que me sea retirada la confianza. Porque a estos soldados no hay quien los entienda. Cuando parecen más sobrenaturales se ponen de pronto a hacer aguas a la vista de los demás. La guerra es la guerra. Cuando me parecen verdaderos cerdos salen con unos rasgos de carácter tan delicados que me quedo sin aliento.

»Hasta ahora ese aliento mío no se lo he dado a nadie. No soy quién para ofrecerlo a nadie, porque sería como sacarlo al mercado público, lo que sólo se puede hacer cuando hemos pasado ya el equinoccio de la vida. A mí me falta mucho. Los catalanes de Gallípoli (heridos o viejos para la guerra) discuten con sus mujeres y las llaman *putas*. Siempre que riñen las llaman así. Después me miran a mí y se quitan la gorra. Otros, como Rocafort, han abierto zanjas delante de mí y las han cubierto con ramilla delgada y con rosas, igual que cuando cazan al inocente tigre.

»Pero no he peleado con nadie, ni siquiera con Rocafort. Quise darle con una daga en el pecho, pero eso es otra cosa. Eso es digno de ti y de mí, creo yo.

»Ya se sabe. Desde que nació cada cual hasta que comprobó, turbado, la idea de haber nacido —el último día—, todos dicen lo mismo: *Aquí estoy*.

Yo también. Tú también, madre: aquí estamos. Otros dicen: Ya he venido. Y entonces la miran a una según el caso y el día.

»Por ahí se cuentan las vidas como monedas un poco sucias. Así es. Yo no soy yo, ahora. Debajo del arquitrabe de Santa Sofía dejé mi propia imagen aquel día que tenían que ayudarme para andar porque mis vestiduras y tiaras y diademas de oro pesaban demasiado. Y siendo joven y ágil y saludable, parecía medio inválida. ¿Te acuerdas? Tenían que sostener mi manto no sólo por detrás, sino también por los dos lados. Hubo un momento en que creí que tendría que llevarme en brazos Roger porque el oro y las perlas pesaban demasiado. Cuando se acabó la boda y pude quitarme la mitad de aquellas cosas, me pareció que iba a volar, tan ligera me sentía.

»Ahora, en Gallípoli, tengo una impresión parecida. Sobre todo después de lo que ha sucedido en Rodesto y en Estagnara y en las riberas y llanos de Tracia. Algún día te lo contaré, madre. Pero sé que no será nuevo para ti. Nada es nunca nuevo para ti.

»Entretanto, espera noticias del alcance de Georges y de los masagetas por los pequeños ejércitos de Rocafort y de Arenós que van detrás a marchas forzadas.

»Sé que Berenguer está en Génova y que están gestionando en Aragón su libertad.

»Aquí sólo hay mujeres que lavan los pañales amarillentos de sus hijos y soldados viejos.

»El cacarear de una gallina a las dos de la tarde parece resucitar el antiguo testamento.

»Berenguer vendrá aunque tenga que beberse antes toda el agua del Mediterráneo y caminar por el fondo, descalzo. Si no hay otra manera, yo también la beberé y así le ayudaré. Es amarga y salada y esos sabores son estimulantes y están bien, madre.

»Ahora no puedo ir a Tesalónica. Tú comprendes. Tengo que esperar a Berenguer».

Sucedió en aquellos días otro hecho inesperado, en Gallípoli, que puso en riesgo la plaza y la vida de los pocos que la defendían. Un noble genovés que se llamaba Antonio Spínola, arrogante y parlero, llegó a Constantinopla

con dieciocho galeras y algunas tropas para invitar a Demetrios, tercer hijo de Andrónico, a visitar su marquesado de Pontferrato, en Italia. Hablando con el Emperador de la crisis por la que pasaba el Imperio y de los desafueros y violencias de los catalanes, Spínola ofreció atacar a Gallípoli con sus propias fuerzas y echar de allí a los catalanes. La única recompensa que quería era que el Emperador casara al príncipe Demetrios con una hija suya. Andrónico aceptó el ofrecimiento y juró y prometió y dio seguridades. El príncipe Demetrios vio un retrato en miniatura de la hija del marqués y se sintió seducido y feliz.

Spínola marchó a Gallípoli con dos galeras esperando obtener la plaza sin combatir. Era un hombre satisfecho de sí como una mujer. Ampuloso de movimientos y de caderas. Preguntó por el comandante y llevado ante Muntaner dijo:

—Yo soy Antonio Spínola, general de la República de Génova. Vengo a ordenaros que sin réplica y sin dilación dejéis libres estas provincias y os retiréis a vuestra patria. Porque de otra manera os echaremos por las armas y estaréis sujetos al rigor general de la guerra y a nuestra personal y particular saña.

Muntaner estaba sin fuerzas para sostener un ataque armado y respondió con mesura:

—Me alegro de vuestra visita, general, y escucho vuestros consejos, pero el salir de Gallípoli y el levantar los ejércitos de Tracia requiere tiempo, orden y organización. Vuestras amenazas son fuera de razón ya que tenemos hechas las paces con vuestra República y nuestros Reyes son fieles guardadores de su palabra. Nosotros también la guardaremos si vosotros no rompéis la vuestra, general Spínola.

Al oírlo hablar tan comedidamente, el genovés se creció:

—Vosotros no sois respaldados por reyes ningunos. Sois hombres fuera de la ley. Mantengo las palabras que he dicho y desafío desde ahora en mi persona y en mis soldados a todos los catalanes. Pido y exijo que este desafío conste en acta de escribano, así como la respuesta cobarde que me habéis dado como gobernador de esta plaza.

Y llamó a un escribano que llevaba consigo. Muntaner, perdida la paciencia, alzó el tono también:

—La guerra a la que nos desafiáis es injusta y desde ahora os digo que todos los daños, derramamiento de sangre, robos, incendios y muertes que vengan serán por vuestra causa Y no por la mía. La República de Génova no tiene jurisdicción para obligarnos a salir de Tracia no siendo esta tierra sujeta a su señoría. En todo caso, podéis venir y hacer la prueba. Los hechos mostrarán la diferencia que hay entre el decir y el hacer.

Spínola hizo escribir la respuesta, firmaron los dos, y el genovés volvió a sus galeras y navegó hacia Constantinopla, donde dio noticia al Emperador de la entrevista y le dijo que Gallípoli estaba sin soldados y que se podía tomar a pie llano. El Emperador, codicioso, dio a Spínola siete galeras armadas y bien dotadas de tropas. Consideraban tan segura la victoria que Andrónico mandó a su hijo Demetrios que se uniera a la expedición para seguir después de la batalla el camino de Génova y casarse allí con la hija de Spínola, mientras el jefe griego volvería a Constantinopla con parte del botín.

La escuadra de veinticinco naves llegó cerca de Gallípoli y comenzó a desembarcar sus fuerzas en un lugar próximo que llamaban Palomares.

Muntaner se creyó perdido. Con los pocos caballos que tenía y arriesgando su vida iba al filo del agua dificultando las tareas de desembarco y matando alguna gente y algunos caballos. Pero diez de las galeras de Spínola se apartaron y, a salvo de Muntaner, se pusieron a desembarcar gente en otros lugares. Cuando Muntaner quiso acudir le atacaron de espaldas y de frente, le mataron el caballo y lo hirieron en diferentes partes del cuerpo.

Viendo a Muntaner sin caballo y cubierto de sangre, los genoveses comenzaron a gritar:

¡Muerto es el capitán y Gallípoli es nuestro!

Pero Muntaner se levantó, pudo subir a otro caballo y se acogió al interior de la plaza con su pequeña escuadra. Al verlo en tan triste situación, muchos creyeron que sus heridas eran mortales; pero, reconocidas, se vio que ninguna tenía gravedad. Muntaner siguió dirigiendo la defensa. Lo primero que hizo fue guarnecer las almenas, torres y atalayas de Gallípoli con mujeres más o menos protegidas con las armas y yelmos que pudieron hallar. Por cada diez mujeres mandaba como cabo un viejo soldado catalán

medio inválido. Las mujeres con chuzos, piedras y hasta espadas se mantenían firmes. El enemigo no las asustaba. Los cabos, con ballestas y pértigas, acudían a reforzar la defensa donde más falta hacía. Formaban las mujeres un lucido ejército de dos mil ciento veinte amazonas. Tenían esa inconsciencia del peligro por falta de conocimiento de guerra que se ve a veces entre los soldados bisoños.

Disparaban los genoveses nubes de venablos y arrimaban nuevas escaleras a las murallas en los lugares donde las anteriores habían sido derribadas.

Pero los asaltantes eran rechazados. Docenas de ellos yacían al pie de las murallas. Spínola corría de un lado al otro repitiendo que las mujeres no suelen aguantar más que el primer ímpetu y que la debilidad de su naturaleza les impediría resistir. Se redoblaba el ataque una y otra vez sin mejores resultados.

La princesa miraba desde el torreón de su castillo. Tres horas después de comenzado el ataque, con el sol ya en lo alto, el estrago continuaba y ni un solo soldado genovés había conseguido poner los pies en lo alto de los muros. Viendo Spínola las proporciones de la ruina, decidió desembarcar todas las fuerzas que llevaba y echó a la playa sus cuatrocientos caballos, esperando que con su vista los asaltantes cobrarían ánimos.

Cuando vio las proporciones del desastre —había ya cientos de muertos —, se arrepintió de haber acometido la empresa, pero sintiendo que era tarde para retroceder dio orden de un ataque general. Acudieron con arietes a las puertas, con catapultas y trabucos a las torres. Estaban empleando todos sus recursos en un supremo esfuerzo.

Las mujeres, seguían en sus puestos, algunas con dos o tres heridas en el rostro y negándose a ser retiradas. Los genoveses se renovaban en los baluartes movedizos ocupando los puestos de los que caían. Muntaner, cuando se dio cuenta de que el enemigo había consumido todas sus flechas y que sus escuadrones de caballería mostraban desorden y confusión, se preparó al contraataque. Comprobó que los que no estaban heridos sufrían mucho del calor —eran las dos de la tarde— porque habían estado toda la mañana dentro de sus corazas. Decidió Muntaner salir con cien

almogávares y sólo seis caballos, sin armas defensivas, para tener más agilidad y ligereza.

Atacaron rápidamente y el destrozo de los almogávares fue tal que los supervivientes genoveses comenzaron a dirigirse a las galeras. En la persecución murieron más de la mitad de los genoveses a manos de los almogávares. El general Spínola cayó bajo el hacha de Muntaner, es decir, del mismo a quien amenazó de muerte y destrucción algunos días antes.

Muchos viejos soldados salieron detrás de Muntaner a caballo, sin peto ni celada y con sólo una lanza y un hacha.

Como las galeras tenían las escalas echadas en tierra, algunos almogávares entraron en ellas temerariamente para alcanzar y degollar a bordo, y si Demetrios, el hijo de Andrónico, no se hubiera retirado de la orilla con su navío, habría caído prisionero. La princesa estaba viéndolo todo desde su torreón y se impacientaba porque suponía que su primo Demetrios iba a escapar. Quería que impidieran la fuga de Demetrios, que lo cogieran preso y lo colgaran de un torreón.

No todos los genoveses habían logrado embarcar. Un capitán llamado Antonio Bocanegra, viendo que tenía cortado el paso para las embarcaciones, se retiró con cuarenta de los suyos a lo alto de un collado. Las galeras hicieron remos alejándose a toda prisa y los cuarenta soldados y Bocanegra quedaron abandonados en tierra. Muntaner los invitó a rendirse y respondieron con insultos y amenazas. Se entabló otra vez la lucha y después de haber matado o apresado a todos los soldados quedó sólo Bocanegra en lo alto. Muntaner respetaba y admiraba a los valientes. Detuvo a los soldados y con palabras corteses pidió a Bocanegra que se rindiera. El capitán genovés respondió con malas formas desafiando a los catalanes y entonces los almogávares cayeron sobre él y lo hicieron pedazos.

Ninguna de las galeras de los genoveses volvió a Constantinopla, sino que marcharon directamente a Italia, y el príncipe Demetrios tuvo que ser transbordado a alguna distancia del puerto de Gallípoli.

Al saberlo, la princesa se puso muy seria.

—Pobre Demetrios —dijo.

Había jugado con él, de niña, y siempre había sentido por él una especie de piedad y repulsión. Tenía la idea de que todas las cosas le saldrían mal a aquel joven, en la vida. Y no sabía si alegrarse o lamentarlo.

Muntaner envió noticias de lo sucedido a Rocafort y a Arenós. Contaba la defensa que había hecho de Gallípoli *mal acompanyat de hòmens e ben acompanyat de fembres*, como él decía.

Hubo algunas mujeres muertas y varios hombres heridos. Entre ellas figuraban dos esposas de oficiales conocidos. A los muertos genoveses los quemaban en diez grandes piras en la playa. Las mujeres muertas no las enterraban todavía. Estaban sus cuerpos extendidos sobre mesas en los fríos sótanos del castillo.

También murió en la refriega el perro *Montjuich*, que solía hacer juglarías. Acabó sus días entre las patas de los caballos genoveses después de haber recibido un flechazo en los cuartos traseros que le impedía correr. Enterraron al pobre *Montjuich* y el viejo cabo Monflorite decía muy tierno:

—Triste suerte hasta para un perro, ésta de venir a acabar en tierra de paganos.

Como siempre después de las batallas, al oscurecer los chacales aullaban lastimeramente hasta que el último muerto había sido enterrado y el olor de su sangre barrido por las brisas.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XVIII

La princesa María fue a visitar a las mujeres heridas y les hizo regalos en dinero y en joyas. Había algunas con lesiones graves. Las tres que murieron habían sido heridas de la misma manera. Una flecha les entró por la cara y les atravesó el cráneo. Las heridas en las murallas eran siempre graves. A una de las mujeres muertas la flecha le había entrado por un orificio nasal sin herirle el rostro.

En aquellos días llegaron noticias de que los alanos de Georges habían sido alcanzados por las tropas de Rocafort y de Arenós cuando iban camino de su patria y estaban a punto de pasar las fronteras del Imperio. La batalla se había librado en un valle al pie de las montañas de Hemmos que separan Grecia de Bulgaria. Cada vez que la princesa leía el nombre de aquella región fronteriza sonreía porque el valle de Hemmos quería decir el valle de la sangre y hay palabras que predestinan a las personas, las cosas y los lugares.

Llevaba Georges tres mil caballos de guerra y muchas más acémilas de carga con bagajes. La infantería pasaba de seis mil hombres bien armados que eran los mejores guerreros de Levante. Georges y los suyos debieron ver el pequeño ejército catalán con más sorpresa que temor. Formaron un cuadro con carros, bagajes e impedimentas, dejando dentro a sus mujeres e hijos, y Georges salió con mil caballos a recibir a la caballería catalana, muy inferior en número. Las tropas de infantería fueron cerrando también y la batalla se hizo general. Entonces Georges sacó el resto de su caballería. Las tropas tomaron todo el valle a lo ancho, teniendo los flancos protegidos por las escarpaduras del monte. Era el valle de una legua de extensión y recordaba bastante, según los soldados, el lugar de las faldas de Monte Taurus, donde Roger aniquiló al ejército turco al principio de la campaña.

Los masagetas mostraban un gran ímpetu sabiendo que de su arrojo y habilidad dependía la vida de todos los suyos. Estaban fuera de los reparos de carretas y mulos de carga y peleaban con coraje. Los tres mil caballos de Georges habían desplegado ya.

Arenós, con un puñado de almogávares y caballeros aragoneses, rompió el escuadrón que protegía a Georges y llegó hasta él derribándolo y rematándolo en tierra. Apresadas las banderas y muerto el general, los demás fueron retrocediendo hacia las trochas para meterse dentro y hacer la defensa más eficaz, pero los catalanes entraban detrás de ellos y muchos alanos murieron al mismo tiempo que sus mujeres e hijos. Los ancianos y hasta los niños se defendían o se ofrecían desesperadamente a la muerte.

Hizo la victoria más fácil a última hora el cuidado de algunos masagetas de salvar sus familias y haciendas, porque abandonaban la batalla y ponían en los caballos a sus mujeres e hijos con la impedimenta que podían recoger. Si sólo se hubieran ocupado de sus personas, la victoria habría sido dudosa y al menos la mayor parte habrían logrado huir porque llevaban caballos ligeros y estaban cerca de las fronteras, pero el amor a los suyos y la codicia los embarazaba. Muy pocos se salvaron. Según decía Arenós en su informe, no escaparon con vida más de trescientos.

Hubo ejemplos de amor y de devoción familiar que Arenós citaba en su carta con respeto. Contaba en su estilo seco de militar algo que conmovió a la princesa. Un joven masageta, viendo la batalla perdida y que los catalanes lo dominaban todo, decidió escapar más para librar a su esposa joven y hermosa que por cobardía. Con la precipitación natural sacó a su mujer de las trochas donde todo andaba revuelto y puesta sobre un caballo y el joven en otro enderezaron hacia el monte. Tres soldados catalanes, aficionados a la belleza de la muchacha, los fueron siguiendo. El marido golpeaba con el alfanje el caballo de su mujer. Cuando vio que los catalanes le ganaban terreno, emparejó su caballo con el de su esposa, a quien echó los brazos al cuello. Le dio muchos besos y abrazos, le dijo mil palabras dulces y después, apartándose un poco, le dio un tajo con el alfanje y le cortó la cabeza. Al mismo tiempo que la mujer caía del caballo, llegó junto al masageta un catalán llamado Guillén de Bellver. El joven alano le dio una cuchillada que le cortó el brazo derecho por el hombro —de esa herida

murió Bellver poco después— y los otros dos catalanes, que eran Arnau Miró y Berenguer Ventallola, cerraron contra el masageta, quien dando y recibiendo heridas cayó por fin junto al cuerpo de su mujer. Arenós decía que aquel alano había cumplido como un buen amante sacrificando su vida, ya que después de matar a su esposa no podía ni debía hacer otra cosa. Leyendo estas palabras, la princesa María pensaba:

«Arenós, con sus patas estevadas y su cara galana, es un verdadero caballero. Pero nunca habla de lo que de veras le interesa, al menos conmigo. Es caballero prudente. A mí me llama la brujita de la victoria. Yo le llamo el *caballero Cautela*».

Las noticias de las victorias últimas habían corrido dentro y fuera de las fronteras de Bizancio y a consecuencia de tantas glorias guerreras comenzaron a llegar a Gallípoli emisarios turcos bajo palabra de embajadores y tenían entrevistas secretas con Muntaner, de quien se despedían luego sonrientes y amistosos. Muntaner sólo podía decirles que volvieran cuando Rocafort y Arenós hubieran regresado a Gallípoli. En sus cartas decían los dos jefes victoriosos que se habían puesto en camino y que no tardarían en llegar. Muntaner los esperaba impaciente.

La princesa aguardaba como todo el mundo, y al caer la tarde se reunía con las doncellas. A veces invitaban a Muntaner, que se sentía un poco desairado como único varón entre tantas faldas. Los dos galeotes se quedaban fuera, junto a la puerta. Un perro, al que llamaban *Llobregat*, se había familiarizado con la princesa, pero no se entendía con los *titís* de la reina Irene.

En la guardia había otros perros, pero eran *canis vulgaris*, como decía Muntaner. Uno de ellos hacía todas las proezas que había hecho antes *Montjuich*. Caminaba en dos patas, se sostenía sobre las delanteras con los cuartos traseros al aire, brincaba dando una vuelta en el aire (siempre hacia atrás) y parecía conocer los grados de los oficiales, a quienes saludaba si se lo mandaba el cocinero chino, según los casos, con un ladrido o con varios.

Aquella tarde llegaba del lado de los torreones del mar una canción cantada con buena voz. Decía:

No le daba el sol,

que le daba la luna,
no le daba el sol
de la media fortuna.

Muntaner dijo al oír la canción por tercera vez:

—El que canta no es aragonés, sino asturiano.

Y explicaba a la princesa lo que eran las Asturias. La princesa decía melancólica:

—Tampoco a mí me da el sol de la media fortuna.

Y pensaba que esa *media fortuna*, es decir, la vida ordinaria y gustosa, la tenían las doncellas de su pequeña corte, pero no ella. Roger había sido indiferente a ese sol. ¿Tal vez lo era también Berenguer? El único que parecía tener en cuenta al *sol de la media fortuna* era Arenós, el prudente Arenós.

Pero no le interesaba Arenós.

Por fin llegaron los ejércitos de regreso. La entrada en la ciudad duró más de dos horas porque, además de sus bagajes e impedimentas y acémilas, llevaban los de los alanos. Muntaner, el gobernador de la plaza, los recibió desde los exedras de la guardia principal. Desfiló todo el ejército volviendo la cabeza al pasar frente a las banderas.

Los esposos de las tres mujeres muertas en la defensa contra Spínola pidieron a Muntaner a seis de los prisioneros genoveses para matarlos en represalia. Rocafort, que se enteró, dijo:

—*¿Cómo, seis? Todos*.

Y fue él mismo a las prisiones y desde fuera de las rejas comunicó a los doscientos diez prisioneros alanos, genoveses y romeos que serían ejecutados un día que no había sido señalado aún. Los presos respondieron con alaridos, blasfemias y amenazas.

Una semana después encontró Arenós a Rocafort en las guardias de la prisión, donde estaba tratando con el alférez Fanlo de cuestiones personales de dinero. Fanlo era el comandante de la guardia aquel día.

Cada vez que llegaba algún barco de Negroponte o de cualquier origen mediterráneo, acudía Fanlo, intrigante y secreto, con una bolsa colgada del cinto. Iba en busca de sus amigos genoveses. Conocía cuáles eran las firmas

solventes y neutrales y sólo se fiaba de ellas para enviar su dinero, con el cual seguía pagando las deudas de su difunto padre. Los comerciantes genoveses lo conocían bien.

Luego volvía aligerado de sus escudos de oro y hacía extrañas anotaciones en un pergamino mugriento que sacaba del seno. Cuando Caldés lo veía se acercaba y le preguntaba cómo iba el pago de la deuda de honor. Lo miraba Fanlo con sus ojos anchos e inocentes y luego decía:

—¡Qué cosa es la vida! Desde chico no recibí de mi padre más que palos y malas palabras. Esta cicatriz en la frente y los dos dientes que me faltan son recuerdos de él. Y, sin embargo, ya ves.

—Tú lo quieres, a tu padre.

—No sé lo que quiero —decía Fanlo—, pero, al fin y al cabo, era mi padre.

Lo decía con una expresión soñadora.

Fanlo estaba de guardia en la prisión. Era zurdo, Fanlo. Después de los combates metía la mano izquierda entre las ropas de los heridos o los muertos enemigos llevando en la derecha el yelmo, en el que iba dejando caer lo que encontraba. Rocafort sentía amistad por aquel hombre que nunca guardaba para sí parte ninguna del botín y que aunque podía ser rico vivía en la pobreza natural de los campamentos. Rocafort estaba pidiéndole informes sobre algunos de los comerciantes genoveses neutrales cuando llegó Arenós. Dijo que el genovés que podía servirles mejor para sus propósitos estaba preso allí dentro y que necesitaba hablar con él. Se dirigía a la reja que daba acceso cuando Rocafort lo llamó.

—¿Qué vas a hacer? Los presos han jurado hacer pedazos a cualquier catalán que se ponga a su alcance.

Arenós se aproximó a la primera reja (había dos que cerraban enteramente el ancho corredor de arriba abajo) y dijo al centinela:

—Abre.

—Estás loco, Arenós —gritaba Rocafort fuera de sí.

—Abre la puerta, he dicho.

Entre la primera verja y la segunda había un espacio de veinte o treinta pasos, vacío. En la segunda verja vigilaba un segundo centinela. Al otro

lado, cuarenta o cincuenta presos, con los ojos febriles —algunos con una expresión desencajada y descompuesta— esperaban sin comprender.

Arenós miró a Rocafort con el aire del que piensa: «Si tú tienes miedo, es asunto tuyo. Yo sé que eres valiente en el campo. Yo lo soy en el campo y en la ciudad, con armas y sin ellas».

Pasó la primera veja y la entornó, detrás. Fue a la segunda y ordenó al centinela:

—Abre tú, también.

Iba Arenós sin espada, sin daga, sin loriga. Antes de abrir el centinela miró hacia atrás para ver si la verja primera estaba cerrada.

—¿Estás loco, Arenós? —repetía Rocafort.

Y Arenós entró, se acercó a los más próximos y se puso a hablar con ellos:

—¿Cuántos sois? ¿Cómo? Muchos son doscientos treinta.

—Doscientos veintinueve —corrigió un viejo malcarado— porque uno se ahorcó anoche. Todavía está colgado. Tenía miedo de que lo ahorcaran y se ahorcó. Ji, ji, ji.

Otro preso se llevó un dedo a la frente indicando que el que hablaba no estaba bien de la cabeza. Arenós curioseaba:

—¿Dónde dormís? Ah, ya veo. Hay paja en los rincones.

El mismo viejo que había hablado antes, dijo:

—Para reos de muerte cualquier cosa está bien.

Arenós se volvió hacia él y lo miró como si lo conociera desde la infancia:

—¿Reos de muerte? Todos somos reos de muerte. Yo también. Quizá vosotros vais a vivir más que yo. Pero —repitió mirando otra vez alrededor con disgusto— no es manera decente de esperarla, a la muerte. Yo voy a tratar de arreglarlo.

Después de un largo silencio preguntó:

—Por otra parte, los reglamentos son demasiado estrechos. Hace mucho que no habéis bebido cosa que valga la pena. Digo, vino o aguardiente, ¿verdad?

Se alzaron voces. Lo que entendió Arenós era que desde que estaban en la cárcel no habían probado el vino. Y que les daban carne de caballo cruda

y a veces podrida y con gusanos.

Arenós visitó los últimos rincones. Había zahúrdas miserables en las que yacía a veces un hombre acostado que al ver a Arenós, trataba de levantarse. Con un gesto le autorizaba el capitán a seguir acostado. Luego decía:

—Peor que los cerdos, vivís aquí.

Percibía las miradas de los hombres a sus espaldas y sentía, sin embargo, una completa seguridad. Al mismo tiempo se decía: «Menos mal. Me siento seguro y eso me salva. Si tuviera un instante de miedo o de recelo, toda esta gente se daría cuenta y me caería encima. De momento están desconcertados y agradecidos a mi confianza».

No se hacía ilusiones, sin embargo. Sabía que la sorpresa, la confusión, el asombro los paralizaban, y que si la visita se prolongaba demasiado, aquella parálisis desaparecería y el peligro se haría mayor. «Los hombres —pensaba— son como las bestias, pero no peores que las bestias. También las fieras se hacen amigas nuestras y agradecen la amistad y la confianza. Y se quedan perplejas, con los valientes».

Aquellos hombres iban a morir algunos días después. Tenían derecho a hacer alguna locura y, sin embargo, no la hacían y Arenós se sentía seguro.

No volvió a la verja hasta que hubo recorrido toda la prisión y ayudado a descolgar al que se había ahorcado. Ordenó que lo llevaran junto a la puerta y dijo que los de la guardia lo sacarían para darle cristiana sepultura. Uno de los presos se le acercó llevando algo en la mano:

—¿Querría usted hacerse cargo de estos papeles?

Era un viejo con cara de mongol. Dijo que se trataba del testamento y que lo había hecho para que sus hermanos no pelearan por la hacienda. Arenós escuchó con atención, se hizo cargo de los papeles y siguió su camino. Llegó a la primera verja seguido por dos o tres hombres de aspecto fantasmal, vestidos de harapos. Uno de ellos le dijo:

—Gracias, capitán.

Arenós le dio la mano y prometió otra vez mejorar su situación. El centinela abrió la puerta, dejó pasar al capitán y volvió a cerrarla. Entre la primera y la segunda verja sintió Arenós que le flojeaban las piernas. Ya

fuera buscó a Rocafort pero se había marchado. Fanlo, el comandante de la guardia, le dijo:

—Iba muy agraviado y echando fuego por los ojos.

Se dio cuenta Arenós de que había olvidado buscar al genovés preso y hablar con él. Dio orden de que sacaran el cuerpo del suicida y salió pensando en Rocafort: «Lo he ofendido demasiado con este alarde de valor físico», se decía. Y comprendía que sólo había hecho aquello para ofenderlo.

El mismo día volvió la embajada de los turcos. Se trataba de establecer pactos y alianzas contra los griegos. El poder de los catalanes era tal, a pesar de su corto número, que los turcos mismos querían acogerse a sus banderas.

La princesa parecía feliz. Los almogávares le habían hecho regalos. Por otra parte, se había dado cuenta de que Arenós y Rocafort estaban en relaciones tirantes. Cuando se enteró por Muntaner de lo que había sucedido en la prisión, tuvo un comentario: «Le dio una lección, Arenós, y eso siempre es peligroso porque hiere el orgullo».

Había otra causa —más importante— de alegría: noticias de Berenguer. En una carta la reina Irene le decía: «Embajadores del Rey don Jaime de Aragón han conseguido la libertad de tu ilustre amigo. Berenguer, ya libre, fue a ver al Rey don Jaime, le expuso la situación de los catalanes de Gallípoli y el Rey le dijo que sería mejor que le hablara a su hermano Fadrique de Sicilia por hallarse este reino más cerca y más a punto para atender y socorrer la expedición. Pero la cosa es clara. En el fondo es una negativa —de la que yo podría alegrarme—. Berenguer, desesperando de conseguir nada, fue al rey de Francia y le pidió alianza para exterminar a los turcos y alejar el peligro de los reinos cristianos, pero tampoco el rey francés quiso comprometerse. La prudencia guarda la hacienda. Entonces Berenguer acudió al Papa, quien temeroso del auge y fortaleza que la casa de Aragón podía alcanzar con tantas victorias se negó a apoyar a los catalanes, incluso con una bula y una pública bendición. Desesperado, Berenguer volvió a Aragón, vendió la mayor parte de su hacienda y juntó quinientos hombres, todos gente conocida y práctica en la guerra. Dicen que la gente de Aragón es tozuda.

»En un grueso navío que fletó con sus medios —añadía la reina Irene— ha salido rumbo a Gallípoli en auxilio de tus amigos, hija mía. ¿Por qué hace eso Berenguer? ¿Por amor tuyo, de sus amigos, por codicia, por afán de gloria y grandeza, por obstinación? Hija, yo no podría contestarte. A esos hombres no hay quien los entienda. La verdad es que van tomando otra vez demasiada fuerza y que esa fuerza no va a beneficiar a ninguno de nosotros. Es lo que me decía el kan, tu padre, en el último correo de Sofía».

La carta de la reina Irene terminaba diciendo: «Tu Berenguer está cerca de Gallípoli a estas horas, si no ha llegado ya. Cuando llegue, dime qué banderas lleva a bordo y cuáles en tierra».

A la carta de la reina Irene acompañaba otra de la condesa Olga que decía: «El soldado miedoso se muere a veces después de una terrible batalla en la que ha salido ileso. Y se muere de la picadura de un alacrán o de una araña pequeñita como aquellas que, según decías tú cuando eras niña, bajaban a la empalizada del jardín dos veces cada noche a comer alelíes y violetas. Eso le pasará a tu primo Miguel, quien anda como un alma en pena por Dalmacia y se pierde por la noche, como siempre, en lugares secretos con mujerzuelas.

»Te escribo temblando como tiemblan las alas de las grandes aves en el amor. Tus catalanes son amantes de la vida blanca y de la muerte rubia y tienen para ellas sus horas públicas y sus horas privadas. Lo que dices en tu última carta lo entiendo muy bien. Eres igual que eras cuando estabas aquí.

»Te veo en tu castillo bajar al jardín y mirar los arbustos mientras llega o no llega un barco empavesado. Otros príncipes llegarán a Gallípoli de las mismas tierras de Roger.

»Y bajas al jardín y miras los arbustos. A algunos les estalla la savia dentro y salen las orquídeas inútiles y preciosas. Como tú. También tú eres inútil y preciosa.

»¿Quién es ese encapuchado glorioso que dices que hay cada tarde en tus azoteas con una capucha color de lino cruda? Si ese encapuchado te mira, hay otra azotea desde donde lo miran a él. Y otra desde donde miran al que mira. Así es todo.

»Espero vernos pronto en Tesalónica. Vuestros héroes recorren las fronteras incendiando las ciudades lejanas, donde tienen amantes plenas,

amantes usadas y amantes a medio uso todavía. Las aman con cierto rencor y a veces el rencor es más grande que la gratitud por el placer, y las matan. Para ti hay otras ciudades y castillos con largos pasadizos y en ellos alfombras negras con escarabajos de oro. No lo podrás andar entero, ese pasadizo, por mucho que vivas. Más vale que pienses venir aquí y te conformes con lo tuyo».

Aquel mismo día y con los mismos correos la princesa contestó a su madre y a su madrina en una sola carta que escribió en latín Muntaner. Le gustaba a Muntaner ser a veces secretario y amanuense de la princesa. Ella sabía latín, pero no quería escribirlo porque le parecía todavía una lengua bárbara al lado del griego y porque le irritaba que fuera el idioma del Papa, enemigo de Roger. El hecho de escribir en latín era porque la princesa quería a toda costa que Muntaner dijera de Berenguer lo que supiera en aquella carta, por su cuenta. Pero comenzaba así:

«Quiero deciros a ti y a mi madre que por ahora seguiré aquí con estos hombres. Espero que la justicia o la venganza o la catástrofe de Dios hayan cambiado o cambien algún día el color del cielo sobre Constantinopla. Mi madre también lo espera, aunque no diga nada. Por ahora es la luna amarilla de los romanos la que está encima de nosotros. Últimamente he dormido en casas y no en palacios ni castillos. Había muertos por todas partes. No importaba. Hay ahora garzas blancas que se levantan en mi prado lentamente —blandamente— y llevan mi augurio de patíbulo en patíbulo. En algunos se detienen, pero no mucho. Es decir, no demasiado.

»Sé que me aman las sencillas personas de labios glotones, pero por ahora sólo me miran. Me miran perplejos y con su mirada yo voy creciendo».

Escribiendo estas cosas, Muntaner se preguntaba a veces si no sería aquélla una escritura en clave. Pero no se atrevía a preguntarlo porque, en caso afirmativo, tendría que pedirle a la princesa la traducción y no creía que la situación del ejército le obligara a usar de aquellas precauciones.

«Las amazonas antiguas —seguía dictando ella— están aquí. Hay tres de ellas muertas en los sótanos y sus maridos llevaron a cinco genoveses —digo seis— y los decapitaron delante de ellas. La sangre era la alfombra de sus amadas que, sin embargo, eran gordas y de ancha cintura y una parecía

un lacayo que tuve yo hace años ahí. Digo, en Tesalónica. Pero después de muertas como amazonas antiguas yo las vi y eran hermosas.

»La derrota de Georges habrá sido la última tragedia de Andrónico y tal vez la penúltima de las que tú esperabas. De las que tal vez sigues esperando.

»Todos los castillos son de los catalanes. Las altas torres están doradas y en ellas la gloria sigue puesta a secar. Yo vi hombres que eran heridos al llegar al torreón del ángulo N. E. Genoveses que asaltaban Gallípoli y caían como frutos verdes aún, desprendidos ellos solos del árbol del aire. Eran aquellos genoveses que poco antes pasaban por Pera hablando mal de mí y de Roger. Tal vez eran aquellos que no se quitaban el bonete al pasar Roger y yo, el día de la boda.

»Algunos caían al agua verde del foso y allí morían como ratas sólo que diciendo el santo nombre de Dios. Yo estaba en la baranda del puente de mis terrazas y lo veía todo.

»El sol me arrojaba sonrisas y papeles escritos y espejitos cuya luna me daba en los ojos de vez en cuando.

»Luego todo se arregló. El capitán Muntaner mandaba a los furrieles que echaran puñados de ceniza sobre los muertos. Y se iba luego el furriel llorando un poco, de entusiasmo. Un entusiasmo merecido y secreto. Aquel día la mayor parte de nosotros estábamos conmovidos o heridos o tocados de Dios. Sobre todo las mujeres.

»El cocinero chino me regaló otra muñeca que también movía las caderas.

»Yo bajé a los sótanos y vi que el foso pasaba descubierto por una esquina y que había olores entre el agua estancada y la bóveda. Ahora que Muntaner lo recuerda —escribiendo esta carta—, está conmovido otra vez. Y se oye una esquila. Ahora, otra más ligera. Dos esquilas. Por los muertos de ayer (murieron dos de los heridos de Hemmos).

»Dices que viene un barco de Aragón. Mi secretario Muntaner no lo cree. Bueno, lo cree con condiciones. Entretanto, el alcaide se ríe desde las almenas de la torre albarrana. Los muertos de ayer están en el sótano —con las amazonas—, donde huele a ranas y a salitre.

»Cuando llegue Berenguer de Entenza, yo te lo escribiré. Por ahora os diré a las dos que Berenguer es (aquí la princesa dejó la palabra a Muntaner, quien escribió por su cuenta lo siguiente): Berenguer es verdadero señor en su tierra. Tiene en su feudo veinte torres fuertes y pocos vasallos, pero muy buenos. Cada uno de sus vasallos podría merecer un condado. Y el que viene por el mar podría, si quisiera, extender los estados de don Jaime hasta más allá del Indostán y de las provincias malayas. Pero la mayor virtud de Berenguer es la lealtad. Es esa clase de hombre que nunca se abandona, pero que tampoco finge nunca. Difícil de entender y fácil de amar. Si viene aquí el barco de Aragón, los hombres razonables tendrán otra vez un padre. Los insensatos tendrán un vigilante y un monitor. Y si el caso llega, también un verdugo (es una manera de hablar y Berenguer nunca ha hecho daño a nadie y odia las justicias sangrientas). Su presencia ha de ser una tortura constante para las personas de alma torcida. Que las hay, y no digo nombres puesto que aunque los dijera no ganaríamos nada y tal vez tú no los conoces. O no los conoces bastante».

Al llegar aquí, la princesa volvió a dictarle: «No ha dicho mi secretario tanto como yo esperaba que dijera de Berenguer de Entenza, pero es bastante para encender tu imaginación, madre, y te estoy oyendo decir: Demasiado hombre éste para los estados de Andrónico. Demasiado honrado, demasiado esclarecido. No sé si lo dices porque no te gusta o porque te gusta demasiado. En cambio, estas noticias apagarán la imaginación de mi madrina Olga, quien odia las noticias exactas y hasta los nombres de las personas que le interesan. No me extraña. La vaguedad es el origen de la verdadera sabiduría y por ella dejamos entrar en nuestra alma la noticia veraz y rara y difícil. (A veces de veras indecible).

»Te digo la verdad yo, madre. Tan natural es ahora caer, que los que seguimos de pie nos miramos con vergüenza. Si yo no estuviera aquí, tal vez sería diferente para todos. Por eso no voy a Tesalónica todavía. Prefiero acudir a la playa de Gallípoli, donde tanto se ha peleado bajo mis ojos. Las orlas de arena amarilla tienen huellas de pies heridos y ceniza de huesos humanos. Entre la arena y el cielo cada muerto se hace su hornacina y debajo hay un nombre escrito. En su conjunto la playa es una colmena con cada celdilla iluminada por dentro. Luces votivas que parecen palpitar por

las diferencias de matiz entre el amarillo de la luna y el dorado o ambarino de la otra y que embriagan a los que miran como yo, sin objeto. Dentro de cada celdilla hay un muerto (un niño adulto, muerto). Se llamaban en vida Bocanegra, Romagnino, Malatesta, Oriannino y han vuelto a la sensualidad de los peces que, como la de San Gabriel y San Rafael, no es ni masculina ni femenina ni neutra.

»Las viudas de esos niños adultos que peleaban en la playa se han quedado en alguna parte sentadas en la orilla y haciendo calceta. Sólo se levantan para ir el día del corpus a la catedral a bailar la zarabanda delante del sagrario, al estilo de Roma.

»Todo lo que sucede aquí es por una sola causa. Por el odio. Aquí el odio y allá, al otro extremo del estrecho, el miedo. Cuando se acercan, el miedo de Bizancio enciende el odio catalán y suceden cosas notables. Es el miedo el que ha salvado hasta ahora a la pobre humanidad, siempre tan sola con sus perros y sus caballos.

»De mis tres galeotes, uno ha muerto a manos de sus antiguos compañeros porque quiso darles con el látigo, lo mismo que los antiguos cómitres hacían con él. De los otros dos, uno cuenta el mismo cuento de siempre: el del hombre que robó el camino, lo arrolló y se lo llevó a la espalda. Ahora los caminos de Tracia los han robado los catalanes. Y Nicodemos, el otro galeote, me habla de cómo son las cosas en los lugares que ha visitado. Sólo los veía desde el banco, asomado a la aspillera del remo, que es pequeña como una saetera. Pero veía siempre cosas raras: un perro caminando en dos patas desde el puesto de Ostia hasta Roma con un mensaje para el Pontífice, y cosas así.

»Yo creo que debes escribirle a mi tío Andrónico, madre. Dile de mi parte que ha llegado para él la hora de renunciar a los grandes recursos. Su hijo con la nariz rota se debe pasar el día mirándose al espejo y poniéndose todavía paños calientes detrás de las orejas para quitarse las venas rojas del blanco de los ojos. Yo sé muchas cosas sobre la vida de familia de los Paleólogos y no necesito que nadie me las diga.

»Siempre estoy haciéndome preguntas a mí misma, ahora: ¿Por qué no hay muertos catalanes y cuando hay uno nadie lo ve ni lo encuentra? Yo lo

sé. No son muertos que caen hacia abajo, sino hacia arriba. Una cosa que tú no puedes comprender si no la has visto.

»Seguiré yo aquí por ahora. Decidle a mi padre que no permita nunca a los turcopoles entrar en Bizancio. Y que se lo agradeceré como su hija que soy y que le besa las manos humildemente».

Así terminaba —de un modo un poco inesperado— la carta de la princesa.

Aquella misma noche Arenós, Rocafort y Muntaner acudieron a sus habitaciones y Rocafort le comunicó oficialmente los últimos sucesos de aquella pequeña corte de Gallípoli, que eran de veras sensacionales. De acuerdo con su propio consejo y con las opiniones de Muntaner y otros capitanes, entre ellos Juan Pérez de Caldés, había aceptado los ofrecimientos del jefe turco Ximeliz, hombre notable como guerrero y diplomático. Las condiciones en las que se aceptaba su ayuda eran las siguientes: No llevaría Ximeliz más que dos mil infantes y ochocientos caballos. Se sometería en todo a las órdenes del jefe catalán. No recibirían soldada alguna, sino una parte del botín, que sería equivalente a la mitad de lo que percibirían los soldados catalanes. Las restantes tropas turcas de las fronteras de Tracia no actuarían dentro del imperio griego sino según los deseos de Rocafort y después de haberse puesto de acuerdo con él.

Esperó la princesa que terminara Rocafort su informe antes de decir nada. Y Rocafort añadió que los turcopoles que estaban al servicio del Emperador le habían ofrecido también sumisión y alianza.

Rocafort añadió al final que esos convenios dejaban a Andrónico casi inerme y sin defensa, por lo cual los catalanes podían atacar y pretender cualquier clase de empresa sin dificultades mayores. Ésa era, al menos, su opinión.

La princesa, después de meditar un momento, dijo:

—Rocafort, ¿tú sabes que viene Berenguer?

—Sí, señora. Todos lo sabemos.

Comprendió ella por el acento de Rocafort, que aquella era la parte crítica de la cuestión y que, pensando en el regreso de su antiguo jefe, había Rocafort apresurado sus alianzas.

—¿Quiénes mandarán a vuestros aliados?

Rocafort respondió:

—Los turcopoles estarán a las órdenes de Juan Pérez de Caldés. Y los turcos a las órdenes directas mías.

Seguía la princesa pensando que todas aquellas alianzas habían sido aceptadas por Rocafort después de saber que Berenguer se acercaba a Gallípoli, pero no insistió en aquello. Preguntó de pronto:

—¿Sabes tú, Rocafort, que la corona del Imperio está en las patas de tus caballos?

El silencio era tan profundo que se oía el roce de una cortina con otra bajo la brisa de una ventana abierta. Y la princesa miraba a Rocafort y reflexionaba a su manera. Fuera del torreón, abajo, se oían voces de sorpresa y de entusiasmo. ¿Sería posible que llegaran los turcos de Ximeliz o los turcopoles, ya? Debajo de aquellas voces a la princesa se le antojaba que el suelo era de arena, de arena transparente, y que era posible ver lo que había debajo. No había más que tumbas de gentes que se llamaban Makarios, Demetrios, Teofilactos. El jefe Rocafort no decía nada. Era aquélla una cuestión difícil. La princesa le allanó el camino:

—¿Es que vais a coronar al príncipe Miguel?

Hubo risas a coro en la sala y la princesa aguzó el oído para oír lo que sucedía fuera. Pero decidió que no podía suceder nada importante y siguió:

—Tú, Rocafort, estás confuso y un poco envanecido con las fuerzas que vas a tener sumisas a tu bandera. ¿No han venido aún los turcopoles ni los turcos? ¿No han venido los caballos de Ximeliz con sus arneses bordados de plata y oro? Pero van a venir, ¿verdad? Y eres fuerte. Veo que vas entrando en una etapa más arriesgada que las otras porque comienzas a mirar sin ver, a andar sin ir, a oír sin entender, a amar sin herir, a hablar sin decir y a actuar sin creer.

—¿Yo? —dijo Rocafort, confuso.

Pero luego se tranquilizó:

—Mi cabeza —dijo con ironía— no es bastante fina para entender todo eso.

La princesa se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Había una rama de árbol de ángulo y en el codo del ángulo una pequeña flor transparente. La luz se hacía amarilla en aquella transparencia. La princesa oía música en

el cuarto de al lado. Y llegó Nicodemos. Entró sin decir nada y se quedó recostado contra el muro, todo él atención, respeto y presencia. Arenós estaba cerca de Rocafort y callaba mirándolo de reojo y pensando: «Me odia desde que entré en la prisión desarmado y sin loriga».

A través de la ventana se veía un torreón a media milla y en él, pendiente de una antena, un cuerpo colgado. La princesa volvió sus ojos hacía Rocafort:

—¿Qué es eso? ¿No hemos quedado en que dentro de Gallípoli yo debo aprobar o desaprobar las condenas de muerte?

Esta vez soltó a reír Muntaner:

—No es un hombre. Es un muñeco que representa a vuestro tío Andrónico. ¿No veis la corona desde aquí?

La princesa volvió a acercarse a la ventana:

—Aquel cuerpo colgado es el de un hombre. Hay cuervos y buitres en lo alto del torreón. Los buitres no se dejan engañar.

Entonces se acercaron a mirar los tres hombres y Muntaner dijo:

—Es verdad, el muñeco de vuestro tío lo han colgado en otro torreón. Ése es un genovés prisionero que mataron ayer en un motín. Nadie lo condenó a muerte. Lo mataron sus mismos compañeros y después el jefe de la guardia lo ha puesto ahí como escarmiento porque se ve desde las rejas de la prisión.

Pensaba la princesa: «¿Será verdad?». Si era mentira, no le importaba porque era una clase de mentira que revelaba respeto. Y seguía pensando para sí: «Lástima que no sea ahora la tarde en lugar de ser la mañana porque en estas horas primeras los hombres y yo también actuamos por plenitudes (es una manera de hablar) y más tarde actuamos por reflexiones y hasta por omisiones».

La princesa preguntó a Rocafort:

—¿Dónde está el sello de los decretos? Digo, el sello que ponéis al lado de la firma del comandante jefe.

—Muntaner lo tiene —dijo Rocafort, sombrío.

La princesa conocía aquel sello, pero no era precisamente el que le interesaba:

—Hay otro. Estoy segura de que hay otro, aunque nadie lo usa todavía. Hay otro sello que Arenós y Muntaner no han visto nunca. Ese sello que nadie ha visto aún lo tienes tú, Rocafort, en el bolsillo. Sé que lleva grabado el nombre de Constantinopla y que en lugar de San Jorge tiene una corona. O una mitra. ¿De qué es la mitra, Rocafort? ¿De megaduque, de césar o de rey? Yo sé que hay una corona o una mitra y que nadie la ha visto todavía. Rocafort, ¿no te atreves a decir la verdad?

Incapaz de ponerse colorado, Rocafort se puso un poco pálido. Bajo la piel tostada, la palidez sólo se le notaba en la frente, que solía ir resguardada de la intemperie por la gorra o por el yelmo, pero la princesa se dio cuenta. No quiso insistir la princesa, pero había dejado la cuestión planteada. Nicodemos le había dicho que un artífice griego había estado grabando aquel sello para Rocafort y los viejos galeotes no le mentían nunca. Al oír aquellas palabras de la princesa, Nicodemos desapareció sobre las puntas de sus pies.

Muntaner tenía en el rincón del labio una sonrisa contenida y la princesa lo vio. Era lo que ella quería: que Arenós y Muntaner tuvieran una sonrisa contenida cada vez que pensaran en Rocafort. Éste estaba furioso y sólo pudo disimularlo mientras estuvo delante de la princesa María. En cuanto salieron, Rocafort dijo:

—Comienzo a estar harto de esa mujer.

Muntaner le recordó que aquella mujer era la viuda de Roger y había elegido libremente el campo catalán. Dijo también que gracias a sus comunicaciones con la reina Irene de Bulgaria habían tenido informes sobre la fuga de Georges y sobre la buena disposición de los turcopoles para las armas catalanas. Sin la ayuda de la princesa María las cosas habrían sido más difíciles. Rocafort no quiso responder a Arenós, pero dirigiéndose a Muntaner dijo:

—¿Crees tú que eso lo hace por nosotros? Yo no me chupo el dedo. Y comienzo a estar harto de esa hembra.

Diciéndolo se rascaba el pecho en el lugar donde un día la daga de la princesa se había abierto camino entre las mallas de la loriga. Arenós reía francamente:

—Vamos, Rocafort, respiras por la herida.

—¿Qué herida? La daga de la princesa me hizo la impresión de la picadura de un mosquito.

—De una pulga —dijo Muntaner riendo—. Los mosquitos no van debajo de la camisa.

Más lejos se separaron sin volver a hablar.

Gallípoli parecía una ciudad segura y pacífica. El verano era caluroso. La gente se bañaba en la playa. Los hombres, de día. Las mujeres, de noche. Todos en cueros, como Dios los crío. Las mujeres se quejaban de que el agua estaba fría. Las mujeres, en cuanto se trata de los derechos de su desnudez, se quejan siempre. De día el agua estaba demasiado caliente y de noche demasiado fría.

Algunas no querían bañarse a la luz de la luna porque había muchas supersticiones. Creían que las que se bañaban a la luna llena quedaban embarazadas en el primer contacto con el hombre.

Otras evitaban la luna sólo para no ser vistas.

Las casadas pudientes se hacían transportar agua de mar a su casa y tomaban largos baños para enjuagarse después con agua dulce asistidas por una buena docena de sirvientes. Apenas repuestos los griegos de las matanzas catalanas, comenzaban otra vez a levantar la cabeza y a presumir como mujeres. Esto último era lo que solía decir Rocafort, entre divertido e impaciente.

Cuando nadaban los soldados, siempre había en la playa una corte de mercaderes griegos ofreciendo agua de nieve y algunas raquíticas frutas. Entretanto, contemplaban a los hombres desnudos y discutían entre sí sus gracias o sus defectos. Como hablaban griego, los soldados no los entendían.

Por la noche llegaron algunos capitanes turcos adelantándose al grueso de sus fuerzas. Entre ellos Ximeliz. Muntaner tenía la preocupación de que aquel general turco, hombre espigado, alto y de perfil de ave, era un renegado español. Llegó incluso a pensar que su nombre era Ximénez, y de allí Ximeniz y Ximeliz. La cosa podía ser delicada y no se la dijo ni a Arenós, con quien no tenía secretos.

Seguía Muntaner bienquisto de todos, sin dejar de ser tomado a broma por los soldados. Su victoria contra los genoveses, que había sido una de las

más arriesgadas y difíciles, tenía un carácter un poco humorístico por haberla conseguido con las mujeres de los almogávares. Se había propuesto tomar como empresa de caballero la frase: «*Mal acompanyat de hòmens e ben acompanyat de fembres*». Pero no se había decidido a hacerla grabar en madera ni bordar en estandarte. Lo único que le quedaba como testimonio de su proeza era la nariz rota, el hueso de la nariz roto —como en el príncipe Miguel—, que le daba un aire un poco menos sagaz que antes.

El día siguiente de la llegada de Ximeliz y sus capitanes Muntaner lo dedicó a preparar la instalación del ejército turco y por la noche la princesa invitó a los capitanes a su morada. Estaban también las doncellas y los galeotes. Ximeliz y sus capitanes Solimán y Abenoza eran corteses y afables, aunque Abenoza no podía recordar la recomendación que Muntaner le había hecho de no regoldar delante de la princesa. Entre los turcos el regüeldo no es una costumbre soez.

La princesa miraba a Ximeliz y pensaba: «Ése es el aliado de Rocafort. Difícil de entender, imposible por el momento de conocer. Si pudiera hacerle interesarse por Zoe, tal vez habría alguna posibilidad de entrar en sus intenciones a través de las confidencias de la bailarina».

Dijo la princesa a Zoe que Ximeliz era un hombre importante y que debía bailar para él aquella noche. No tardó en ver que el jefe turco se conducía de un modo receloso y precavido con las hembras. Tal vez no se sentía especialmente atraído por las mujeres y tenía sus costumbres privadas. La princesa, aunque no lo miraba de frente, no perdía ninguno de sus movimientos. Por el momento trataba a Ximeliz con la mayor cordialidad y le hacía presentir alguna esperanza de granjería y provecho. Los turcos siempre ven en el príncipe el ser providencial de quien depende su felicidad o su desgracia.

En un aparte María le dijo a Rocafort:

—Ximeliz parece hombre avisado.

—Esa fama tiene con los turcos.

—¿Cuántas tropas trae?

Rocafort mintió:

—Seiscientos de a caballo y dos mil peones.

Otras veces había dicho una cantidad bastante inferior. La princesa sabía que Rocafort tenía poca memoria y se atrapaba los dedos cuando mentía. De aquel embuste quiso deducir la princesa que Rocafort trataba de impresionarla con sus aliados personales. Tal vez de intimidarla.

Hubo música y Zoe bailó en grupo con dos jóvenes griegos de una belleza equívoca. La princesa había recabado de Zoe aquellos bailarines pensando en Ximeliz y en sus acompañantes porque la mala fama de los griegos la estaban heredando históricamente los musulmanes. Los capitanes miraban a aquellos bailarines con grandes reservas humorísticas.

Muntaner, Arenós y Pérez de Caldés se habían puesto sus mejores galas. La más estimada era entonces una especie de calzón de delicado tejido hecho con pelo de camello. Los mercaderes de Gallípoli conseguían a veces aquellas prendas. Era el tejido suave como la lana del Pirineo y duro e impenetrable al frío. También tenía, según decían, la virtud de defender la piel contra las cuchilladas, haciendo resbalar el acero. No todas, claro, sino las cuchilladas *al sesgo*, es decir, de refilón.

Aquellas prendas eran un producto de los telares turcos. Venían de las caravanas africanas y de los beduinos del Asia Menor. Bedua, en árabe, quiere decir desierto. A aquellos calzones les llamaban por esa razón beduinos.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XIX

Las doncellas cuidaron de que no hubiera entre los manjares ninguno con carne de cerdo ni aderezo con grasa de ese animal.

Ximeliz no hablaba el griego sino con dificultad. A veces la princesa se decía: «¿Por qué he invitado a esta gente a mi casa? Nos pasarían a cuchillo si pudieran hacerlo impunemente». Como si el turco se diera cuenta y quisiera agradecerle su confianza, le decía:

—Es un honor para mí traer mis tropas bajo vuestras banderas.

La princesa simulaba que no le oía por el ruido de la música y el jefe turco no insistía. Un mancebo cantaba en el cuarto de al lado la canción de la doncella Teodosia perseguida por los soldados. Muntaner se la traducía a Arenós mientras Rocafort daba de beber en su vaso a Zoe.

Entre los turcos sólo Ximeliz sonreía a las damas y las galanteaba. Los otros se limitaban a responder fríos y corteses cuando les hablaban. No bebían vino. Para ellos, Sofía había hecho té con hierbabuena y cuando pasaba con los vasos calientes y empañados dejaba detrás una fragancia de menta.

Los turcos, hablando con la princesa, tuvieron la delicadeza de referirse dos o tres veces a Roger con la mayor reverencia y dijeron que había merecido la victoria de Artacio porque peleaba mejor y con tropas más aguerridas que las de los turcos. Añadieron que nunca los turcos habrían hecho, bajo palabra de caballeros, lo que se había atrevido a hacer el príncipe Miguel. Ximeliz, sin embargo, no hablaba mal de Andrónico (tío de María) sino sólo de Miguel, a quien culpaba de todo. De vez en cuando la princesa pensaba: «Estos perros están bien informados». Admiraba el tacto de los turcos y pensaba que debían ser buenos diplomáticos. «Saben lo que se puede decir y lo que se debe callar delante de mí».

Cuando después se lo dijo a Muntaner, éste alzó las cejas:

—Hay que andarse con cuidado. Son capaces de traicionar al Gran Kan.

Las luces de los candiles daban tonos anaranjados y amarillos. Zoe, confianzuda, ponía su mano en el pecho de Ximeliz. Este movimiento con el que usualmente la gente se proponía averiguar si alguien llevaba o no la cota de acero alarmó un instante a Ximeliz. Se dio cuenta Rocafort y llamó a Zoe, a quien amonestó de mala manera. Ximeliz se puso a hablar de la victoriosa defensa de Gallípoli contra Spínola y del heroísmo de las mujeres almogávares. Decía que toda la tierra de Levante se había reído con aquella historia. Luego siguió hablando con sincera admiración, es decir, evitando el lado pintoresco, de aquel notable hecho de armas.

Aunque a veces los capitanes catalanes discutían sobre materia de administración militar delante de los turcos éstos no osaban opinar ni siquiera para mostrarse de acuerdo. Cuando se habló de la posible llegada de Berenguer, los turcos se abstuvieron de hacer el menor comentario.

Las puertas de las terrazas estaban abiertas. A la luz de la luna seguía lejos colgado el cuerpo del genovés y se alegraba la princesa de que los turcos lo hubieran visto. Ximeliz decía a Muntaner:

—Yo sé que vuesa merced (ese tratamiento les parecía a los turcos especialmente honroso) salió a lidiar con los genoveses a cuerpo limpio, sin coselete ni loriga.

Muntaner, extrañado de que aquel detalle lo hubiera conocido Ximeliz, decía:

—Soy hombre de letras más que de armas y los poetas somos invulnerables.

Formaban grupo alrededor de la princesa, quien pensaba oyéndolos: «Berenguer va a llegar y a someterlos a todos a su jefatura. Sin él, esta gente acabaría por ser una cuadrilla de bandoleros. Es probable que venga mañana, Berenguer. Debe estar llegando ya por el estrecho. Y cuando esté aquí, con nosotros, ¿qué sucederá? Desde luego, Muntaner y Arenós aceptarán sin discusión la jefatura de Berenguer».

Rocafort le parecía una incógnita aquella noche. La princesa, cada vez que se dirigía a él, lo llamaba «soldado» como si le dijera: «Los otros

pueden tener y tienen quizá alguna nobleza, pero tú no tienes más que tus armas y yo lo sé bien».

—¿Soldado?

—Soldado. ¿No eres soldado?

—Sí; como verdad, es verdad. Soy soldado, capitán de soldados, general de capitanes. Soy Rocafort.

—Eso es —dijo ella en broma—. Rocafort.

Se puso el soldado a explicarle lo que aquel nombre quería decir en catalán, y como no acertaba con sus palabras griegas y su castellano no era muy claro, intervino Muntaner: «*Roca fuerte*».

La princesa tenía la misma impertinente curiosidad con los catalanes que sintió al principio de la velada en relación con Ximeliz y fue poniéndoles la mano en el pecho y comprobando lo que llevaban debajo de las sedas y damascos.

—Sois duros de corazón —dijo a Arenós con un gesto significativo.

Arenós replicó:

—Nadie ha muerto nunca de achaque de prudencia.

La princesa seguía pensando: «Aquí están todos acompañados de sus lorigas y de sus recelos». Y recordaba la carta reciente donde su madre le hablaba de la llegada de Berenguer.

En una plataforma, un juglar turcopol, siguiendo el ritmo de la danza, arrojaba al suelo con los dientes uno detrás de otro varios puñales que iba sacando de una especie de arnés de oro que llevaba en lo alto de su caftán. Los puñales quedaban clavados en la tarima formando una F griega, es decir, un círculo atravesado por una raya.

Y la princesa se decía: «Debía haber invitado más mujeres, algunas mujeres de la población griega y de las catalanas. La mujer ha venido a la vida para ser testigo. Las dos mil mujeres que ocuparon las almenas bajo las órdenes de Muntaner eran sólo eso: testigos. El daño mayor lo hacían mostrándose con sus caras rasas en las murallas».

Salió a la terraza acompañada por Constantina, a quien le dijo de pronto:

—¿Te acuerdas de Rodesto? Aquel día el aire traía auras mojadas, aunque no había llovido. Las traía entonces y las trae ahora. Voy a retirarme

pronto —dijo— porque quiero estar sola y dormir de modo que mañana me sienta fresca y descansada. Comienzo a tener la impresión de que las cosas no son del todo inertes en la sala. Uno de los extremos del diván se mueve y hace como si mascara. Y huele de un modo demasiado vegetal: a reseda, a madreselva y a menta.

Apareció en la terraza Muntaner. Dijo que Rocafort se veía muy a gusto con los turcos y añadió con una perfidia un poco infantil que aspiraba a que lo nombraran Rey de Trapisonda. Llamaba Trapisonda al territorio que se llamaba Trebisonda. En la terraza había una mesita con vasos de vino y al ver aparecer a Arenós se acercó y le ofreció uno. Bajo la terraza se oía relinchar un caballo y Arenós tendía el oído. Muntaner dijo:

—Ximeliz es un renegado español. Debe llamarse Ximénez.

—No. El abuelo de Ximeliz iba ya a la Meca en un burrito gris y blanco.

—Son galanes los turcos.

—Son fantásticos en sus vestiduras —corrigió ella.

Muntaner bajó la voz:

—Y presumidos. Constantina estaba diciendo a uno de ellos que todos eran muy galanes y él le respondió: «Así, a pie, no sé. Pero a caballo, es verdad que se nos puede mirar».

La princesa intervino otra vez:

—Lo malo de esas gentes es que no tienen rostro. Nosotros tenemos rostro, pero ellos tienen catadura. ¿Cómo entenderse con ellos?

Muntaner se asombraba, como siempre. Arenós dijo:

—Se oye el mar ahora, desde aquí.

—Es la marea —advirtió Muntaner.

La princesa, viéndolos a los dos juntos, les hizo una pregunta atrevida:

—¿Qué pasará cuando venga Berenguer?

Ellos no entendían o no querían entender. Ella aclaró dirigiéndose a Muntaner:

—Si alguien no acepta su jefatura, habrá que colgarlo como a aquel genovés.

Y miraba al que se columpiaba de una cuerda, a lo lejos. Sin esperar respuesta les dio su mano a besar y antes de retirarse se acercó a Ximeliz y

a Solimán, que estaban con Constantina. Les repitió su bienvenida y les dijo con palabras palaciegas que ella olvidaba el pasado y confiaba en el futuro.

Luego se retiró acompañada de Constantina.

Muntaner dijo a Arenós cuando la princesa hubo salido:

—¿Qué quería decir con eso de colgar al que no acepte a Berenguer?

—No sé. Una broma. Las bromas de la princesa son así, a veces.

En aquel momento se oía la voz de Zoe cantando:

Cuando florece el almendro
llega la abeja a visitarlo
desde el sepulcro antiguo
donde quedó mi juventud dormida.

Aquella canción ponía siempre triste a la princesa. Volvía a oírse la voz:

El ave de los atardeceres
se ha posado en la cúpula
detrás está el sepulcro
donde quedó mi juventud dormida.

En su cuarto, la princesa le decía a Constantina:

—Todas nuestras canciones son tristes. Somos voluptuosos, perezosos y traicioneros. Por eso cantamos de una manera plañidera. Cuando vivía Roger, yo era la mujer que yo misma había soñado. Era mejor incluso de lo que yo había soñado. Y alguien me lo mató a Roger, ¿sabes por qué? Para obligarme a ser como los demás. Los demás son cobardes, sucios y traidores como perros. No lo digo por ti, Constantina. Aunque tú lo serás también, con el tiempo, si no te vigilas. ¿Sabes? Por eso yo odio a mi tío Andrónico, porque quiere hacer de mí una perra como sus amantes y las parientes de sus amantes. Así suele ser la gente toda, del Imperio, y de Europa y del mundo. Cuando mataron a Roger era como si me dijeran: Ahora anda sola por el mundo y odia a la gente y desea a los hombres, y blasfema y ríe de rabia, como yo. Como tu madre. Como cada cual. Pero no importa. Es tarde. Anda, Constantina, recuérdale a Muntaner que es hora de que envíe a dormir a toda esa gente.

Salió Constantina del cuarto.

Antes de dormirse sintió la princesa el repique de una lluvia ligera en los cristales y dijo para sí misma: «Cuando estaba Roger conmigo, la lluvia era distinta en Cízico y lavaba el aire y después de lavado y limpio el aire yo lo palpaba cuando mi amado me hablaba sobre mis labios. Todo era diferente».

En la sala de la fiesta el jefe turco hablaba con Muntaner de graves materias, es decir, de religión y de filosofía.

Había entonces muchas sectas en Oriente y todas en pugna y en acalorado combate de doctrinas. El islamismo hervía en interpretaciones, revelaciones y heterodoxias. Pero cada cual oía a su contrario.

Muntaner escuchaba a Ximeliz y seguía de vez en cuando discretamente la dirección de su mirada en la sala. Ximeliz afirmaba que el fraile de Nápoles (Tomás de Aquino), que tanto ruido estaba haciendo con sus escritos, había sacado la base de sus argumentaciones de Averroes. Y decía cuáles eran esas bases y cuáles los argumentos copiados al pie de la letra. No podía menos Muntaner de admirarse de aquella erudición sobre una materia todavía reciente. No hacia aún veinticinco años que se habían dado a conocer los más importantes escritos de Aquino entre los doctos.

La doctrina de la revelación y de la unidad de Dios y otras igualmente importantes eran en Tomás de Aquino, según Ximeliz, una copia de Averroes. Pensaba Muntaner, divertido, en la expresión que pondría Rocafort si el jefe turco le hablaba de aquellos problemas. Sería como hablarle en chino.

Más tarde Ximeliz y Muntaner discutieron sobre la fe religiosa del vulgo y la fe de los doctos y señalaban diferencias sutiles. Arenós los oía desde lejos mientras parecía prestar atención a Zoe.

Pero era tarde, la música cesó y los invitados turcos se marcharon a sus cuarteles. Muntaner los acompañó hasta el rellano ancho de las escaleras. Detrás de él iba Zoe con Flora. La bailarina decía algo entre dientes, riendo:

—Es lo que manda el Patriarca Alejo: amar a nuestros enemigos. Es decir, a los turcos.

Se quedaron los catalanes hablando mal de sus invitados como suele suceder. Rocafort era el único que los defendía:

—Vamos, vamos —protestaba— ¿aún no acaban de llegar y ya empezamos con banderías?

Muntaner aguantaba la risa imaginando a Rocafort *bey de Trebisonda*. O mejor, kan de Trebisonda. O rey de Trapisonda.

No eran, sin embargo, cosas para reír. Detrás de todo aquello había la sombra de una amenaza.

Acordaron Arenós y Muntaner reforzar las guardias catalanas cuando llegaran las tropas turcas, por si acaso. Rocafort, que en fin era hombre más prudente que confiado, les oyó decidir aquellas y otras medidas sin comentario alguno, como si pensara: «Todo eso es ley de guerra y está bien». Aunque los turcos fueran sus aliados.

Fue el día siguiente de gran movimiento en Gallípoli. Llegaron al amanecer las tropas turcas, que entraron en la ciudad formadas con gran lujo de pífanos y chirimías y albornoces de gala. Detrás iban en carretas, mulos, burros y caballos, las familias y la impedimenta. Al lado de las mujeres con el rostro cubierto iban los niños graciosos con sus túnicas hasta el suelo y sus pequeños pies descalzos. Les fueron señalados cuarteles al lado opuesto de la ciudad. Los turcos, que conservaban el recuerdo de sus derrotas y habían acatado la superioridad de las armas catalanas, no hicieron el menor comentario y aceptaron con buena gracia lo que se les daba.

Iba y venía Ximeliz con su traje de campaña rodeado de su estado mayor. Cerca de él llevaba siempre un soldado que padecía a veces ataques de epilepsia, a quien consultaba antes de tomar determinaciones importantes. Algunos decían que Ximeliz era muy religioso y que lo habían visto en la noche a solas dando vueltas sobre sí mismo, lenta pero persistentemente, hasta formar con su caftán una especie de campana. Después —según decían— caía sentado sobre la alfombra con la cabeza en las rodillas, suspirando. Eran ejercicios religiosos. El epiléptico que lo aconsejaba en materias difíciles era un sufí de Túnez. Otros decían que era de El Cairo, donde tenía una alcazaba con mercado de caballos y de mujeres.

Ximeliz llevaba músicos y bailarines masculinos y en sus cuarteles se oían a veces las canciones monótonas de los centinelas que se aburrían por

la noche.

Una alusión religiosa que Ximeliz gustaba de repetir como si hiciera gala de erudición era la del cántaro de Mahoma, que no acababa de vaciarse y que no se vaciaría del todo hasta que el profeta hubiera recorrido, jinete en el corcel de Alá, los cielos y los infiernos.

Nadie sabía lo que quería decir con aquello.

La princesa estuvo viendo el desfile acompañada de sus doncellas y de los galeotes. Pensaba para sí: «Oh, el alma vuestra, la del odio, biencriada, sometida y vestida de blanco».

Los turcos se instalaron pronto y pocas horas después en su barrio no se advertía la menor confusión. Las enjalmas y las sillas de los caballos estaban todas en orden alineadas contra las murallas. Y cada cual conocía la suya. Todo el día transcurrió en tareas de almacenaje y aprovisionamiento. Y no hubo incidentes. Con los catalanes no había nunca incidentes si se aceptaban sus regulaciones.

Aquella gente turca comía arroz y carne salada en polvo, mezclados. Cada soldado llevaba consigo una cantidad bastante para alimentarse quince días y algunos hasta treinta. Sólo bebían agua. Algunos almogávares los tenían por verdaderos seres de excepción y detrás de su originalidad veían algo siniestro. «¿Qué se va a esperar —decían— de hombres de guerra que no beben más que agua?» Sus caballos daban la impresión de ser más ágiles, pero sólo por cortos espacios ya que los maltrataban de tal forma que ninguno resistía la tiranía del jinete mucho tiempo. Saltaban de costado, caracoleaban, se encabritaban para cambiar de frente sobre las patas traseras y al final de una carrera pocos de aquellos animales dejaban de sangrar por los ijares. Los turcos les dejaban el rabo caudal y estimaban más a los caballos que lo tenían más largo. Un caballo con el pelo de la cola cortado les parecía desairado y risible y nadie lo habría querido montar.

Estaba la princesa con sus doncellas y les hablaba de sus aventuras recientes. Insistía en dar un sentido especial a la lobreguez de la noche que sucedió a la gran mortandad de Rodesto. Había, según ella, esponjas gigantescas que se extendían y se recogían en la noche, respirando. Estaban hechas con avisperos secos de Galilea. Cuando miraba aquella noche el cielo, pensaba que había también esponjas inmensas que recogían el

mercurio disperso y siempre quedaba alguna abeja mojada de mercurio y zumbante alrededor del grimorio del abad (el archimandrita de San Makarios) caído en medio de la plaza.

Escuchaban las doncellas temblorosas pensando en Rocafort, en el hombre terrible que había hecho todo aquello. Y esperaban a los caballeros turcopoles.

Llegaron cuando la luna comenzó a inclinarse hacia Occidente.

Ya entonces los turcos dormían. Sus centinelas cantaban aburridos a media voz cantinelas melancólicas, siempre repitiendo la misma melodía. La princesa recordaba una vez más que los hombres taciturnos y tristes son terribles amadores, terribles hombres de sexo y de voluptuosidad. Los de la cara cetrina y borrascosa eran terribles fornicadores. Ella lo sabía y seguía pensando: «Los turcos son de ésos. Y están dentro. Los catalanes les han señalado su barrio con mojones y flámulas y términos. También a los turcos les gusta saber sus límites». Y todos dormían, menos los centinelas.

Los turcopoles llegaron con ruido de carros y cascos y relinchos. Muntaner y tres capitanes del consejo de Rocafort los recibieron y les señalaron establos y viviendas aparte de los turcos, aunque no demasiado lejos. El jefe de los turcopoles se llamaba Matusso y era pequeño y cuadrado. Había estado a veces en las fiestas de la corte, cuando la princesa María recibía con su madre a los capitanes a quienes dejaba besar la fimbria amarilla de sus dalmáticas. La princesa quería ver a Matusso. Recordaba que nunca había sido muy galán porque había quedado cojo de una caída del caballo, es decir —como él precisaba—, de una caída *con* el caballo. Era su animal el que había caído y no él. Una vez en tierra, al ir a levantarse fue derribado por otro caballo y pisado de mala manera. Se quedó cojo y se le desarrolló un carácter nervioso y a veces impertinente.

Lo imaginaba la princesa por los caminos de Macedonia, en la noche, suscitando la risa sonora de los sapos despiertos.

Al día siguiente llegó Matusso, se inclinó profundamente y dijo:

—Gracias a tu presencia en Gallípoli, señora, puedo dejar de servir al Emperador sin ser infiel a la familia del Emperador ni a la dinastía.

La princesa, complacida, le invitó a sentarse. Le preguntó si era verdad que había estado de guardia en el palacio el día de la muerte de Roger y el

capitán turcopol se puso muy pálido y juró que por estar de guardia no se habían empleado sus tropas en la persecución y matanza de los catalanes. Confesó que de haber estado libre habría sido obligado por el príncipe Miguel a intervenir, pero que por fortuna no sucedió nada de eso.

Matusso no estaba seguro de que su cabeza saliera indemne de aquella difícil entrevista:

—Nadie me lo dijo, señora —repetía—. Digo, ninguno de los conjurados.

—Pero lo supiste.

—Como todo el mundo dentro del palacio. No pude hacer nada. Nadie pudo hacer nada. Ni siquiera su majestad la reina Irene, tu madre.

Vio una reacción de alarma y de ira en la cara de la princesa y se apresuró a añadir:

—No digo que ella lo supiera, pero cuando vio que sucedía, tampoco pudo hacer nada. En lo que se refiere a mí, yo estaba de guardia y seguí en mi puesto. Eso fue todo. Seguí en mi puesto.

La princesa comprendió que Matusso se alarmaba más cada vez y quiso cambiar de tono. Le dijo que tal vez tendría que combatir un día dentro de la ciudad de Constantinopla contra sus antiguos hermanos y Matusso se apresuró a advertir que los griegos no habían sido nunca hermanos suyos. Él era turcopol y prefería la corte del kan Azán.

La princesa le pidió noticias de muchas personas. Matusso se las dio lo mejor que pudo, un poco sobresaltado aún, y la princesa, cuando creyó que había agotado sus confidencias, lo autorizó a marcharse. El mismo día la princesa transmitió a su madre las palabras de Matusso. La carta comenzaba: «Han llegado los turcopoles tiesos en sus caballos, más firmes y vistosos que nunca. Los jinetes menos galanes son los aragoneses, porque no montan por galantería ni presunción sino sólo para derribar, matar y exterminar. Mientras el turco se gallardea en su silla, el catalán lo pasa con la lanza. Luego lo lleva arrastrando detrás hasta que por su propio peso el cuerpo se desprende. Pero ahora son amigos.

»Aquí, dentro de Gallípoli, flotan en el aire las vírgenes catalanas hijas de los almogávares con sus pechos duros. Han madurado ayer apenas y

acuden y se beben el agua de las palomas. Porque esas vírgenes recientes siempre tienen sed.

»Querría ir contigo, pero espero que llegue Berenguer. Anoche creí que llegaban sus barcos. Oí una trompa de guerra. Resultó que no era tal trompa, sino el mugido de un toro que se había roto una pata. Me lo dijo Nicodemos, el galeote, que es el que sabe siempre lo que sucede cuando no sucede nada.

»¿Por qué tarda tanto Berenguer? Dicen que trae hombres de guerra y armas. Yo lo espero y no digo nada. Casi siempre escucho sin hablar, sobre todo si está cerca Ximeliz. Y camino paso a paso, cada pie alcanzando al otro y rebasándolo para ser alcanzado y rebasado a su vez. Es una tontería caminar. Pero todo es como debe ser y mi espacio, el que yo ocupo, es mío por ahora y de nadie más.

»He tenido noticias del príncipe Miguel y de todos los de nuestra corte. Desde que he oído a Matusso hablar de ellos, es como si estuvieran aquí, en el castillo, al pie de mi torreón. Mi torreón es negro —de piedras llovidas— alrededor del glacis y gris arriba, sobre el cubo de piedra, allí donde la luna se asoma algunas noches como una señora en el aniversario de su boda.

»En la plaza de armas hay una luz que me parece siempre la de las seis de la tarde. El aire tiene la transparencia de aquellos atardeceres en Constantinopla, cuando todos se iban a otra parte y yo me quedaba unos instantes olvidada en mi traje de fiesta y me creía perdida para siempre.

»Cada almena tiene su estandarte ideal del mismo color pardo de la tierra.

»Y el universo gira alrededor, respetuoso. Los cortesanos de mi tío Andrónico están ahora conmigo, quiero decir, después de hablar con Matusso.

»Los capitanes-comerciantes-burgomaestres de Pera dicen de mí que estoy loca, pero que soy hermosa. Eso creo yo también y estamos de acuerdo. Estoy loca de impaciencia desde que sé que viene Berenguer. Por eso no quiero ir aún a Tesalónica. Espero a Berenguer y a veces bajo a los sótanos y leo en el muro los nombres que los tiernos ahorcados de antaño escribían con un clavo. El clavo estaba siempre torcido y por eso la línea de la P se les quiebra a la mitad del trayecto. Y todos usan la P muchas veces.

Luego alzo la cabeza y veo a los héroes, los mártires y los muertos por delegación cubriendo el cielo entre las almenas. En un círculo cercado de piedra. Nimbados de flor de azufre, de minio, de azul celeste, de alga verde por alturas y planos, según sus mereceres.

»Acostada en el adarve, miro arriba. El silencio es un disco mellado y veo pasar altos y remeros los ánades.

»Las efigies de todos los nuestros están ahí, en lo alto, después de haber hablado yo con Matusso.

»El cielo, que antes se veía arriba, se ve ahora a un lado, en el fondo de una profunda tronera. Por ella penetra la voz nuestra, sin cuidado.

»Están los Demetrios, los Estafilardos, los Belisarios, los duques Vasiliev, los condes Armenópulos, los Dalmacios de Tracia, los de la dinastía inquieta de Grégoras, todos sin sus mujeres que no cuentan en estas cosas de vida o muerte. Unos con barbas de estaño y otros con barbas de yema de huevo hilado. Algunos rasurados, con la cara de suegra que se les pone a los viejos rasurados. Otros sin un solo pelo en la cabeza y con las barbas espesas y borrascosas. Y todos diciendo que soy buena y hermosa y enamorada, pero que estoy loca. Que Roger el César me dio el filtro de la locura, el filtro póstumo que dan en Castilla, según ellos, a las mujeres un instante antes de quedarse viudas. En la India las mujeres se queman con el cadáver del esposo. En Castilla, según dicen esos viejos, les dan un bebedizo que les quita la razón. Pero yo la había perdido antes, con el amor. Digo, la razón.

»También me ha dicho Matusso que los Zonaras hablan mal de ti, madre. Los Zonaras, emparentados con los Nastogo por la puerta falsa. Dicen que por tu deseo el Imperio se hundiría sin que movieras una mano ni dijeras una palabra. Después de hablar con Matusso yo imagino quiénes nos esperan, quiénes nos odian y nos temen, quiénes alientan la esperanza turbia y quiénes la limpia, quiénes se ríen por no llorar y quiénes lloran presintiéndolo todo. No te digo los nombres, pero es necesario para que los adivines.

»Cada día pienso en todo esto desde la torre albarrana. Los caracoles de la vega prueban a llegar a la tronera donde el cielo aparece ladeado. Miro por dentro de la tronera y veo otra vez ese cielo entre las pajas del nido del

esparver. En los entrepaños hay figuras de gamberros de Roma grabadas con la punta del cuchillo. Grandes gamberros con sus pendones dominicales y sus capiscoles cantores.

»Hay soldados que saben hacer muchas cosas con el cuchillo en la madera y hasta en la piedra.

»También salen en procesión los bucardos (nombres que usan los almogávares, según la ocasión). Y esas beatas, como se ven en la población vieja de Gallípoli, sobre las cuales ha llovido el agua de la desgracia y el agua de la gracia. Yo les doy a veces cinco escudos de oro diciendo que lo hago por tu parte, madre y reina mía. Ninguna de ellas te olvida desde los tiempos de Cízico y me dicen siempre lo mismo: que rezan por ti.

»Aunque parecen bobas, saben mucho de materia de dobleces humanas, han vivido siempre con hombres de guerra y han sido viudas más veces que yo. Ahora, en la vejez, no saben qué hacer porque la vida las lleva más allá de sus medios.

»Berenguer se acerca tal vez a Gallípoli, navegando, y sonríe en la borda de su barco. Yo le envío el halcón neblí para que lo reciba en una mano o lo deje posarse en el hombro y piense en mí. Porque hay que pensar siempre en mí.

»Es la hora de la tarde aquí, digo, en mi torreón. Las seis de la tarde, hora en que los hombres acostumbran a derramar su ira. Yo salgo fuera y voy a ver si el esparver ha vuelto. Miro fijamente el azul hacia el horizonte y sólo parpadeo cuando es realmente inevitable.

»Entonces, madre, en lugar de ir yo a Tesalónica creo que debemos prepararnos todos a ir a Constantinopla. Tenemos a Andrónico al alcance de la mano, como a uno de esos pájaros que los chicos llevan por la calle con una cuerda atada a la pata. Los ojos comienzan a desorbitársele a Andrónico. Habrá que matarlos a los dos (también a su hijo Miguel) antes de que los dos comiencen a dar pena. Aunque para Miguel yo tengo una venganza mejor. Querría encerrarlo en una sala tapizada de espejos por todas partes y dejarlo allí siete años con siete meses y siete días y siete horas y siete minutos en medio de una multitud de yos. Allí se vería él a sí mismo siete millones de veces cada día. Ya sabes que él no se gusta a sí mismo.

»El culpable debe estar tributando eternamente. Allí, encerrado. Las cortinas se moverán como si hubiera brisa y, sin embargo, todo estará herméticamente cerrado. Y Miguel tendrá que amarse a sí mismo al cabo del tiempo y no podrá, viéndose en todas las actitudes, posiciones y ángulos, vencido y ominoso.

»Tal vez iré yo a Tesalónica y tal vez vendrás tú. Todo dependerá de la caída de Constantinopla que, según se dice, nos está esperando porque la gente quiere volver a sus pueblos. Las calles están llenas de multitudes refugiadas y fugitivas de todas partes. Quieren volver y no pueden y se ponen enfermas y los aires se corrompen. Mueren en las calles de Constantinopla. La verdad es que toda esa gente del pueblo quiere que ocupemos otra vez el palacio y que haya paz. Para entonces tú vendrás y te recibiremos bajo palio. Con otro archimandrita y otro Patriarca, porque el de ahora está con Andrónico y come con fruición los postres que le prepara los viernes la condesa Belisaria».

Esto le decía la princesa María a su madre.

En los días siguientes los turcopoles y los turcos tuvieron dificultades sobre el uso del agua de un pozo que estaba a mitad de camino de sus reales. Los hombres no habrían peleado porque sabían evitar la pugnacidad a sus horas, pero las mujeres iban a buscar agua y se insultaban. En su defensa llegaban los maridos y a veces echaban mano a las espadas. Las mujeres no podían evitar los temas vidriosos y discutían si llevaban o no el cuello o la frente tatuadas, si sus maridos estaban circuncidados y si comían «más limpio» las unas o las otras.

Cuando no había otro tema de discusión, salían a relucir las batallas y las derrotas recientes.

Acordaron que los turcopoles, que eran menores en número, tomaran el agua del castillo. Muntaner dio, además, un decreto amenazando con multas a la mujer o al hombre que insultara de palabra a una persona de una nación diferente. Decía Muntaner en su decreto que confiaba en la buena crianza y el respeto mutuo de los ciudadanos de Gallípoli; quienes habiendo demostrado que sabían ganar imperios debían demostrar también que eran capaces de vivir en ellos como ciudadanos.

Muntaner llevaba la administración del castillo con cuidado, de un modo vigilante y flexible, pero firme a su manera. Por sus funciones de alcalde civil y de comandante militar de la plaza (*mal acompanyat de hòmens*… etc.), los capitanes seguían burlándose afectuosamente de Muntaner. Descubrieron que en la tradición de Gallípoli —antes de la ocupación catalana— el alcalde iba a los actos oficiales y públicos acompañado de dos timbaleros delante y un alguacil detrás. Los timbaleros hacían resonar solemnemente los parches de dos timbales que producían un rumor como un trueno lejano. Muntaner hizo buscar a los que ejercían esa función y los restableció en su puesto. Cuando asistía a algún acto público, iban delante de él. No le extrañó ver que impresionaba a los capitanes y en general a la tropa de un modo favorable. Los soldados se quitaban la gorra cuando pasaba Muntaner con todo aquel fastuoso acompañamiento.

Cuatro días más tarde llegó Berenguer. Desembarcó sus quinientos soldados, todos lidiadores expertos, bien armados y mejor adoctrinados. Muchos de ellos encontraban conocidos entre los soldados de Gallípoli y se cambiaban impresiones y noticias.

Tantas tropas estaban dándoles a los catalanes ya la sensación de ser invencibles. Tal vez la confianza del número comenzaba a confundir a aquellos hombres bravos.

Quiso Berenguer el mismo día que llegó tener noticias del estado de las fuerzas y de los territorios ganados, así como del monto de los ejércitos de Andrónico y de la hacienda que habían recogido en Gallípoli en víveres y en dinero. A todo le respondieron con minucia y exactitud. Después subió a ver a la princesa, quien lo recibió con una alegría contenida y con la gracia que acostumbraba. Reparó ella en muchos detalles de la persona de Berenguer, de tal modo que a ninguno de los presentes se le escapó aquel interés. Lo primero que le dijo —en un tono un poco protocolario— fue lo siguiente:

—Sé que has dejado tu patria, abandonado tus castillos, vendido una gran parte de tu hacienda, pero ya estás aquí. Gallípoli necesitaba una cabeza y aquí está. Un poco encanecida, pero lo que pierde en juventud lo gana en autoridad.

Otras cosas le dijo la princesa en las que se entendía que le daba la dirección de los ejércitos y la más alta preeminencia. El capitán se limitó delante de los otros a besar su mano y a agradecerle la generosidad que usaba siempre con los catalanes y que había mostrado una vez más en sus palabras de bienvenida. Pero la princesa no lo había dicho todo:

—Cuando saliste para quemar las atarazanas de Andrónico yo te dije que te esperaba. ¿Te acuerdas? Bien. A pesar de los genoveses, has cumplido tu palabra.

Sonrió Berenguer y sonrieron los que lo acompañaban. No estaba Rocafort porque andaba atareado con los problemas de abastecimientos. Berenguer callaba y la princesa miró su propio pie desnudo. Añadió:

—Las cosas son en Gallípoli muy diferentes de lo que eran cuando te marchaste.

Odiaba la princesa aquella entrevista delante de tanta gente y los despidió con la esperanza de ver más tarde a Berenguer, a solas.

En el *kenourgion* encontró Berenguer a Rocafort. Después de los primeros saludos Berenguer preguntó:

—¿Han jurado lealtad los turcos?

—Los turcos y los turcopoles.

—¿Públicamente?

—Públicamente y bajo escribano.

Quiso ver Berenguer aquellos documentos y fueron a la comandancia. Por el camino se les reunieron muchos capitanes.

Cuando llegaron Berenguer encontró a Arenós y se abrazaron. Hubo un largo silencio y Berenguer dijo con voz clara y distinta:

—Al menos, ahora tengo un ejército.

Rocafort se apresuró a rectificar:

—El ejército que traes contigo. Lo he visto y no es malo.

—¿Qué quieres decir con eso, Rocafort?

—Lo dicho. Tú gobiernas y gobernarás los hombres que has traído porque los otros tienen ya general.

—¿Quién?

—Yo.

Berenguer tropezaba con un obstáculo serio.

—Éstas no son cosas —dijo tranquilo y afable— para tratarlas a solas. Los demás tienen seguramente algo que decir.

Entonces Berenguer salió a la sala inmediata donde estaban la mayor parte de los oficiales. Alzando la voz, dijo:

—Caballeros, Rocafort y yo tenemos algo que declarar.

Salía Rocafort detrás de él diciendo que las cosas estaban claras en el ejército, pero que no se oponía a celebrar una reunión con todos los catalanes y aragoneses. Los pregoneros llamaron a asamblea y pocos minutos después estaban los soldados reunidos en el patio descubierto del castillo. Los veía la princesa desde su terraza, con los rostros alzados para ver a los capitanes que ocupaban las balaustradas. Eran rostros francos y sin recelo.

Berenguer, en lo alto de la escalinata, cambiaba impresiones con sus amigos sin hablar del problema, como si se tratara de un rutinario asunto de administración sobre cuya solución a nadie podía caberle dudas. De pronto se volvió hacia la gente y alzó la voz:

—Creo que el capitán Rocafort quiere hacer una declaración de extrema importancia.

Rocafort se acercó a la balaustrada e irguió el pecho:

—Nada puedo decir que parezca nuevo a la tropa —dijo, aparentemente tranquilo, pero con la voz a veces temblorosa— porque todos saben quién soy yo y quién ha compartido las angustias y temores de todos y quién los ha llevado a la venganza y a la victoria en estos últimos tiempos. El campo está en condiciones muy distintas de como estaba al marcharse Berenguer de Entenza, cuando le quitaron las galeras, le mataron la tropa y lo redujeron a prisión. Yo soy el primero en lamentar las desgracias que padeció, pero, según recordamos todos, él se había empeñado en seguir su propio consejo y no el de los capitanes y soldados. Lo que le he dicho al capitán Berenguer a solas se lo puedo repetir ahora delante de todos: Entenza mandará las tropas que ha traído consigo de Aragón porque las demás tienen ya jefe.

Los soldados callaban.

Uno de los capitanes de Rocafort, que era amigo de Entenza, dijo que había que tener en cuenta no sólo los hechos de armas de cada cual, sino

también sus alianzas personales, la fuerza y el valor de su familia, la autoridad de su nombre. Ventajas que podían favorecer a la totalidad del ejército y a la suerte futura de cada cual.

—¿Favorecernos? ¿Se puede saber en qué? —preguntó Rocafort con la voz más tranquila que antes, pero un poco destemplada—. Entenza ha ido a pedir a los reyes de varios países su ayuda. Ha ido a ver al Papa. Ni los unos le han dado ayuda ni el Papa la bendición. Y eso que las bendiciones de Roma no cuestan armas ni dinero ni sangre. Pero si al Papa de Roma no le gusta que la casa de Aragón crezca y se mejore y si a los reyes de Aragón o de Sicilia no les interesa nuestra vida o nuestra muerte en estos territorios, el caso es que nosotros estamos sin más sostén que nuestras adargas y sin otro aliento que el de nuestras espadas. Y esas adargas y esas espadas se han empleado en ausencia de Entenza tan bien como otras y seguirán empleándose como lo han sido hasta ahora. Parece que la autoridad del nombre de Berenguer no ha servido para gran cosa ni en los reinos de Occidente ni en nuestros campos de batalla.

Berenguer quiso hablar, pero sus mismos partidarios se lo impidieron porque se discutía airadamente entre algunos grupos y las voces mostraban al calor de los ánimos. Jiménez de Arenós consiguió hacerse oír y habló tomando el partido de Berenguer, cosa que no extrañaba a nadie. Entretanto, Berenguer daba la impresión de ser ajeno e indiferente al problema y discreteaba aparte con algunos capitanes. Al verlo la princesa desde sus ventanas, pensó: «Perderá la partida. El que se desentiende en estos casos la pierde siempre. La altivez y la seguridad en sí mismo no bastan». Pero Arenós decía:

—Estamos en un momento difícil. Nuestras victorias nos han puesto ricos de armas, hombres y fortuna en el terreno de la disputa por la preeminencia y la autoridad. Todos sabemos que Rocafort es un jefe esforzado y valiente. Lo hemos seguido y lo seguiremos en el campo de batalla, pero las proporciones de nuestro ejército son tales que ya no se trata de poner nuestras vidas y el orden de nuestras haciendas bajo una mano de hierro ni bajo una espada. Hay muchos intereses y cada día serán más y más complejos. Rocafort ha dado ejemplo de valentía y de capacidad, pero ha creado, como suele suceder en las largas campañas, amigos y enemigos. Un

jefe como Berenguer de Entenza, que está por encima de nuestras pequeñas o grandes dificultades de grupos, no puede hacernos sino bien a todos. Yo llamo a la conciencia y al buen entender de los compatriotas, especialmente del mismo capitán Rocafort, para que comprendan que la cabeza de Berenguer puede y debe ser desde ahora la cabeza de todos.

Los soldados seguían callados. El patio de armas conservaba la resonancia de las últimas palabras. La mitad inferior de los muros que rodeaban el patio estaba en sombras y la parte alta del lado norte soleada y dorada. En aquel aire dorado navegaba a veces un pájaro perezoso mostrando su vientre blanco.

Pidió Arenós que hablara Berenguer de Entenza y éste dijo, negligente y como a su pesar:

—Respondiendo a las palabras de Rocafort sobre mi relación con las casas de Aragón y de Sicilia creo que estoy obligado a revelar algo que no he dicho a nadie todavía. Su majestad don Fadrique me ha prometido enviar lo antes posible a uno de sus descendientes, al infante don Fernando, para que sea nuestra dirección y nuestro rey. Repito que no había dicho nada porque hasta que lleguen noticias de su salida de Mesina me parecía más prudente reservarme y no sembrar ilusiones que podrían tal vez resultar vanas ya que, como dice el refrán, el que vive de ilusiones muere de desengaños. Caballeros, si hablo ahora es porque me veo obligado a mostrar el fondo de las razones y estímulos de mi conducta. Yo no quiero mandaros por mí y ante mí. Quiero, simplemente, establecer la unidad en nuestros campos hoy ricos y poderosos para ofrecer esa unidad a nuestros señores naturales, representados por el infante don Fernando, que tal vez a estas fechas está navegando hacia las playas de Gallípoli. Y si otros piensan de otra manera, en su derecho están; pero me creo obligado a invitaros a todos a la reflexión y a la razonable mesura antes de decidir.

El silencio entre los soldados continuaba. La princesa se preguntaba un poco turbada quién sería aquel infante don Fernando y por qué Berenguer no le había dado a ella la noticia antes de hacerla pública. Comprendía que en aquella alusión al infante había un argumento inesperado de verdadera fuerza contra Rocafort, pero no estaba segura de que beneficiara a Berenguer y desde luego a ella, como princesa de Grecia y de Bulgaria, la

confundía y disgustaba. Rocafort había recibido una fuerte impresión que trataba de disimular. Dos de sus capitanes le gritaron:

—Dale la respuesta, capitán.

Un almogávar dijo con voz destemplada:

—*¡Dóna-li tapaboques, capità, fill de verraco!*

Aquí y allí rieron. Y Rocafort dijo con un poco de sorna:

—Berenguer lo ha dicho por sí mismo. La casa de Sicilia puede mandarnos un infante y puede no mandar infante ninguno. Si lo manda, desde luego yo seré el primero en prestarle acatamiento y reverencia, que no he capitaneado nunca comunidades ni motines. Pero la verdad es que el infante no ha llegado aún y que yo he levantado la situación de nuestras tropas desde la miseria a la victoria y la seguridad y he ganado territorios y castigado a nuestros enemigos traidores. Yo —se golpeó el pecho dos veces con furia— seguiré llevando la rueda del timón. Digo, si las tropas lo aprueban.

Arenós quería que hablara Muntaner porque esperaba que después del golpe de sorpresa de Entenza la opinión de Muntaner podría remachar y asegurar la opinión de la gente en aquella dirección. Muntaner parecía remiso, pero viendo que no había otra solución subió la escalinata y apoyado con ambas manos en la balaustrada hizo el gesto del que pide silencio. Los murmullos tardaron en apaciguarse y entre tanto la brisa del estrecho agitaba las melenas romanas de Muntaner.

Detrás de él se alzaba un alto cubo de piedra punteado de ventanas y en dos de ellas se veía a algunos almogávares curiosos, husmeadores y reticentes, todo al mismo tiempo.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XX

La sombra natural había crecido muros arriba y la zona dorada del sol alcanzaba sólo los últimos torreones y atalayas.

Escuchaban a Muntaner de buen grado los dos bandos. Tenía autoridad verdadera y era raro observar que una de las razones en las que esa autoridad se basaba era su naturaleza de hombre no de armas sino de letras. Alzado sobre el estrado dijo:

—Según Berenguer de Entenza, es posible que el infante esté en camino y lo mejor que podemos hacer todos es remitir al día de su llegada la solución de nuestras diferencias. Entretanto, conviene conducirnos como si nada nuevo hubiera sucedido. Rocafort mandará sus tropas, incluidos los turcos. Arenós mandará sus valientes y cortas mesnadas y Berenguer de Entenza los hombres que ha traído. Yo… yo mandaré las dos mil mujeres de Gallípoli y los siete caballos cojos que me dejasteis para un caso de emergencia (todos soltaron la risa) y nadie discutirá el asunto bajo pena de multa. Mientras el infante llega, gritemos todos: ¡Viva el rey don Fadrique! ¡Viva el infante don Fernando!

Respondieron todos clamorosamente arrojando las gorras al aire. Arenós mostraba una expresión falsamente satisfecha y Rocafort recelosa, pero su recelo era natural en él, en todas las situaciones. La tropa seguía en el patio formando grupos. Las discusiones renacían acaloradas y vivaces. Todos entendían que el problema quedaba cancelado sobre el azar de la llegada del infante, a quien imaginaban de pie en la proa de su galera bajo los estandartes de Sicilia.

El sol se había retirado ya del último torreón, pero iluminaba aún el estandarte de San Pedro que, llovido, sucio y desgarrado, seguía ondulando

en lo alto desde el día en que las pocas tropas de Gallípoli salieron desesperadas buscando una muerte honrosa.

La mayoría de los almogávares defendían a Rocafort. No podían olvidar que había gobernado el campo durante los últimos tiempos, tan llenos de angustia y de incertidumbre. Creían que no era justo quitarle el mando en el tiempo de la felicidad si se lo habían dado en los días de la más negra desgracia. Creían que el fruto de tantos trabajos debía ser para el jefe que los padeció con ellos.

Como a pesar de la amenaza humorística de Muntaner —las multas— no se podía evitar que la gente hablara, llegó la noche en estas discusiones. Alguien salió con antorchas y las dejaron en los machones de las saeteras. El patio de armas seguía lleno de soldados y las discusiones tan encendidas como al principio.

La princesa había observado diferencias y bandos entre sus doncellas, también. Cuando estaban delante de ella, todas se mostraban partidarias de Berenguer, pero a sus espaldas Zoe, Sofía y alguna otra preferían a Rocafort. Cosa rara, Constantina, enamorada de Rocafort, creía sin embargo que este debía subordinarse a Berenguer y la princesa se lo explicaba por la necesidad posesiva de la amante, por el secreto egoísmo del destructivo amor. Esto le gustaba a la princesa, quien hizo algunos regalos de importancia a Constantina y la llamó varias veces aquella noche «hermanita» y «dulce amiga». Al día siguiente preguntó a Muntaner si había dicho a Rocafort algo sobre la broma de la noche en que recibió a Ximeliz.

—¿Qué broma? —preguntó Muntaner fingiendo haberlo olvidado.

—Yo dije que habría que colgar a los que se negaran a aceptar la jefatura de Berenguer. ¿Se lo habéis dicho a él?

Muntaner se apresuró a negar. Ni él ni Arenós le habían dicho nada ni pensaban decírselo. La princesa lo miraba a los ojos:

—¿Por qué?

—Esas cosas… —dudó Muntaner, confuso— no son cosas para decirlas a nadie.

Satisfecha, la princesa pensaba: «El hecho de que no se lo hayan dicho representa que lo tomaron en serio, que lo consideran posible». Eso le

gustaba.

Tenía Berenguer menos soldados que Rocafort. En todo caso, y viendo que las cosas iban cada día peor y que el infante don Fernando no llegaba, acordaron llevar su problema ante el *consejo de los doce* y reanudar la campaña. El consejo acordó hacer buena la proposición de Muntaner, es decir, dejar las cosas como estaban, y declaró al mismo tiempo que no permitiría en modo alguno hacer fuerza o ejercer represalias sobre los que quisieran cambiar de jefe. Al enterarse, la princesa se lamentó:

—Un monstruo, es ahora el ejército. Un cuerpo con tres cabezas. Esto le gustaría a mi madre.

Decidió escribirle aquel mismo día. Pero no le dijo lo de las tres cabezas. Le hablaba de la llegada de Berenguer y luego añadía: «Estos hombres que lo han vencido todo en el campo de batalla esperan a un infante de Sicilia para decidir cómo se juegan la carta última contra Andrónico. No saben que la tienen ganada ya y no sé si esa ignorancia es buena o mala. Mi padre el kan podría decírnoslo o tal vez lo sabes tú misma también. No es necesario que me contestes a esto que acabo de decirte, y menos por escrito y confiándolo al azar de los correos. No sé lo que podrías decir, pero sin saberlo me inquieta.

»Cuando pienso que yo misma podría haberlo arreglado todo el día de la daga en Pactio, me acuso a mí misma. Pero era difícil. Agatocles llevaba la camisa de malla de acero. Esfuerzo perdido. ¿Lo lamentas? Yo no sé todavía si lamentarlo o no. La vida es complicada.

»Yo también espero al infante. Mientras los catalanes discuten, los turcopoles afilan sus cuchillos y los turcos calientan sus panderos para templarlos comenzando ya a mirar de reojo y a sonreír bajo las barbas.

»No me es permitido —por recomendación de Berenguer— mostrarme partidaria de ningún bando. Dicen que hasta que llegue el infante debo callarme. Comienzo a pensar que me preparan razones de estado y sorpresas, todavía más sorpresas, aunque es difícil que yo me sorprenda de nada. Todas las tardes hay foro abierto en el patio de armas y mientras la sombra va subiendo por los muros las discusiones se encienden y los ánimos se calientan. Desde mis ventanas he aprendido en tres días más palabras feas que en el resto del tiempo desde la llegada de los catalanes.

»Y al oscurecer quiero invitar a Berenguer de Entenza a mis habitaciones y no puedo por *razones de estado*. Para no añadir dificultades».

Con la decisión del Consejo quedaron todos aparentemente tranquilos, aunque en el fondo nerviosos e inseguros. Entre tanto, Berenguer subió varias veces (por la mañana siempre) a ver a la princesa sin ser llamado. Al principio llevó a Muntaner consigo, pero la tercera vez subió solo. El galeote Nicodemos alzó la cortina y sonrió con su boca sin dientes.

—¿De qué te ríes? —preguntó Berenguer.

—Bajo la luz —respondió el viejo— las cosas se saben a sí mismas y el caballero acude.

Berenguer se volvió a mirarlo pensando que la compañía de aquellos viejos daba a la princesa una nota de irregularidad y extravagancia.

La princesa le preguntó antes de contestar a su saludo:

—¿Con quién van los turcopoles? Yo puedo hacerles cambiar de opinión. Yo y mi familia somos algo para esos hombres.

—Por el momento —dijo Berenguer—, es mejor que dejemos las cosas como están. Arenós va conmigo. Los hidalgos todos están de mi parte. Si los mil caballeros turcopoles se pasan a mi bando, las fuerzas serán ya bastantes para afrontar el choque armado con Rocafort y prefiero alejar esa tentación, ya que sólo catástrofe y ruina puede traernos a todos.

Acostumbrada la princesa a la discreción de Berenguer pensó que su deseo de ser amado de las tropas era una muestra de debilidad. Pero le gustaba todo en Berenguer, hasta las muestras de debilidad. Hasta las maledicencias que había oído contra él. Porque temeroso Rocafort de la influencia de la princesa le había hecho llegar a través de Constantina toda clase de comadrerías. La princesa se había divertido con ellas dándoles su justo valor como astucias y ardides de un enemigo encarnizado y un poco bellaco. Y quiso hablarle de aquello a Berenguer:

—¿Has quedado pobre en Aragón según me dicen? ¿Tienes enemigos en Aragón, en Francia, en Roma y en Sicilia? ¿Es verdad que no te quedan amigos en ninguna parte y por eso has venido aquí?

—Tengo los amigos que quiero tener, señora. Además te tengo a ti.

Impacientaba a la princesa aquel cuidado de Berenguer por conservar intacto el núcleo secreto de su personalidad. «Tengo los que quiero tener, señora.» Era como si estuviera diciendo con sus ojos opacos: «Hay dentro de mí algo que no es necesario que nadie conozca nunca». Sin embargo Berenguer era afable, comunicativo y capaz de confianza. Pero la princesa, como todas las mujeres que ponen en acción los recursos de su amor, adivinaba mucho más. Siguió preguntándole:

—¿Es verdad que en tu feudo de Aragón tenéis verdugos negros?

Berenguer soltó a reír:

—¿Son mejores los blancos? Pero yo no los tengo ni blancos ni negros.

La princesa se le acercó:

—Ayer —dijo— vino un juglar aragonés y cantó varias canciones. Me lo envió Muntaner que es un diablo que sabe la poesía de vuestro país. Es una canción de un pastor a quien una princesa le propone matrimonio. ¿Es que en España las princesas proponen matrimonio a los pastores?

—Eso dicen los poetas.

—También lo dicen en Macedonia y en Tracia y en otras partes. Yo soy una princesa pero tú no eres un pastor.

—¿Y qué? —dijo Berenguer sonriendo paternal—. En mi familia hay infantes. Eso hace más fáciles las cosas.

Se acercó, se sentó a su lado y le preguntó:

—¿Es que te casarías conmigo?

El choque fue un poco brutal. Cuando la princesa pudo reaccionar dijo que sí con la cabeza. No estaba acostumbrada a oír las cosas tan directamente. Berenguer se quedó un momento reflexionando ausente y ella se dio cuenta y se sintió desconcertada:

—¿Qué pasa? ¿Hay algo que no quieres decirme?

Pensaba Berenguer que si llegaba el infante don Fernando la boda de la princesa con él sería el mejor medio y tal vez el único de resolver todos los problemas. La princesa comprendió las reservas de Berenguer, que eran las de un soldado leal.

Berenguer dijo:

—Sí. Tienes razón. Hay un príncipe de Sicilia.

—¿Cómo es el infante don Fernando? —preguntó ella.

—Más joven que yo.

—¿Rubio o moreno? —añadió ella en broma.

—Rubio.

—No me gusta. ¿Alto o pequeño? ¿Cómo dices? ¿Más alto que tú? Demasiado alto. No me gusta. ¿Es muy religioso? ¿Sí? Tampoco. Yo soy religiosa a mi manera aunque no quiero un beato a mi lado. Pero dime una cosa, querido: ¿es de veras, posible que el infante don Fernando venga?

Era seguro y sólo lo sabía Berenguer. No había querido decirlo a nadie. Tampoco se lo dijo a la princesa porque Berenguer podía guardar un secreto, sobre todo cuando importaba tanto a su futuro. Se limitó a decir:

—Es posible.

Comprendió la princesa que el infante estaba al llegar. Preguntó a Berenguer si había pensado seriamente en casarla con don Fernando y él se limitó a abrir un poco los brazos inclinando levemente la cabeza a un lado. La princesa irguió la suya:

—¿Es que no me quieres?

—Creo que no. Pero me gustas.

—¿Otras mujeres te gustan tanto como yo?

—Sí. Es verdad eso. Pero no son como tú. Tú eres diferente.

—Bueno, te gusto. ¿No basta con eso para casarse?

—Sí, desde luego.

—El matrimonio es importante.

—No lo creo. Si me atrevo a decirlo, hay algo cómico en el matrimonio. Pero podemos casarnos como los demás. Sin embargo lo mejor sería esperar al infante antes de decir la última palabra.

La princesa le ofreció los labios y Berenguer se inclinaba sobre ella cuando llegó Muntaner, quien retrocedió cómicamente. Iba a marcharse pero ella lo llamó:

—Eres un bufón —le dijo— y eso no va bien con el vencedor de Spínola.

Muntaner le preguntó:

—¿Te ha dicho Berenguer que sale mañana para poner sitio a Megarix?

Se puso la princesa un poco sombría y Muntaner explicó que al mismo tiempo Rocafort saldría con sus fuerzas para poner sitio a Nonna a sesenta

millas de Gallípoli. La plaza que iba a sitiar Berenguer estaba a treinta millas de Nonna y la distancia entre los dos jefes le pareció corta a la princesa teniendo en cuenta la tirantez de relaciones. Berenguer añadió que el ejército de Rocafort saldría seis horas antes que el suyo para evitar encuentros en el camino.

—¿Así estamos, Dios mío? —preguntó la princesa ni alegre ni triste pero de veras escandalizada.

Aquella tarde algunos hombres de origen noble del bando de Rocafort se pasaron al ejército de Berenguer con armas y bagajes. Pero fueron en número que no modificó el balance de fuerzas. La princesa tuvo que salir a revistar las tropas de los turcos y turcopoles. Estaban formados con sus banderas cerca del castillo y hacían sonar pífanos y tambores. Rocafort en persona fue a buscarla. Se alegró ella de verlo pensando que le hablaría de lo que más le importaba. Emparejada con el caballo de Rocafort, la princesa le dijo mientras pasaban despacio frente a las tropas:

—Andas en malos pasos, capitán.

—Ando en los pasos en los que me ponen los otros.

—Por ahí no irás a ninguna parte. O, lo que es peor, irás a algún lugar del que tendréis todos que arrepentiros.

—Prefiero ser ahorcado a tener sobre mí a otro capitán, sea quien fuere.

—Ya veo. Prefieres ser ahorcado a obedecerme a mí.

Dijo Rocafort sin mirarla, con el acento del que responde humildemente:

—Señora, la mujer manda desde la cama, no desde el caballo.

Sin dejar su sonrisa de corte, la princesa le dijo:

—Rocafort, eres una bestia.

—La clase de bestia que tu alteza necesita para restablecerse en sus estados.

Saludó con la espada y se alejó al trote a recibir a Ximeliz, que llegaba a darle la novedad. Los pífanos sonaban. Detrás de la princesa iban a caballo los dos galeotes y con ellos dos doncellas que iban vestidas con los mismos colores. Eran Constantina y Zoe. Los galeotes habían aprendido a mostrarse en público sin llamar la atención, pero, así y todo, los turcos no acababan de comprender qué clase de gentes eran. Suponían que serían maestros o

tutores. Entre los turcos, los maestros tienen dignidades y honores. Casi siempre son nobles por sí mismos y ejercen ese ministerio gratuitamente y por vocación.

En el silencio más completo, los cascos de los caballos que pasaban delante de las filas sonaban de un modo imperativo y metálico.

—Lucidas tropas —dijo la princesa a Ximeliz cuando este llegó a su altura.

—Gracias, alteza.

Las tropas orientales suelen dar una apariencia brillante. Los caballos no sólo van bien equipados sino enjaezados con cierta libertad, de modo que el jinete le pone los adornos que quiere. A veces un soldado de filas tiene arneses incrustados en nácar y oro mientras que su capitán los tiene sólo de cobre. Había soldados vestidos de seda y damasco. La mayor parte se habían puesto sus mejores arreos y las lanzas llevaban en su remate pequeñas oriflamas. Recordaba que los colores de aquellas oriflamas eran, por casualidad, los mismos de la casa de Anjou, de triste memoria para Roger y que éste le había dicho en Cízico: «Cuando aparecen las oriflamas turcas, el caballo las conoce y salta sobre ellas encabritado». Pero Roger no había podido imaginar que un día aquellas oriflamas iban a formar parte de las enseñas de su ejército.

El caballo de la princesa fue alcanzado por el de Rocafort.

Ella volvió a hablar:

—Hasta ahora has librado la cabeza, Rocafort. ¿Sabes quién mandará que te la corten un día?

—Vuestra alteza, señora —dijo él con una inclinación cortés—. Si es por orden de tu alteza, pondré la cabeza en el tajo de buena gana.

—¿Eso es todo, villano?

—No, señora. Mi cabeza cortada os mirará por última vez con reverencia y amor.

Pensó la princesa que los villanos de Cataluña sabían ser corteses y palaciegos, al menos delante de las tropas. Y le hizo otra pregunta:

—¿Qué pasará cuando llegue el infante don Fernando?

Aquí el capitán la miró de frente, sorprendido:

—El infante no vendrá.

—¿Por qué?

—Demasiados mares, demasiadas sirenas tentadoras, demasiados turcos.

—¿Así hablas tú de tus señores?

—Yo sólo digo que no vendrá. Si viene el infante, obedeceré sus órdenes.

La princesa cambió de registro:

—Berenguer me ha hablado bien de ti y de los tuyos. Cada vez que yo digo que eres un villano, él replica que un gran capitán no puede ser un villano y que hay hombres que son cabeza de linaje y que hay otros que lo acaban. Berenguer te respeta.

—No lo veo si no se pone bajo mi gobierno. Y tú, señora, no te molestes en conciliarnos porque no has de conseguirlo.

—Eres un bárbaro.

—Mi nación no es una nación de bárbaros y en eso tu alteza está mal informada. Soy un capitán que se llama Rocafort y que gana batallas cuando puede y cuando Dios quiere.

—Eres una bestia que no escuchas sino tu propia ambición.

—Es lo que hacen todas las demás bestias del orbe cristiano o pagano. Hasta las bestias más hermosas, como vuestra alteza.

—Te haré degollar, miserable —replicó la princesa, sonriendo.

La sonrisa de la princesa se apagaba cuando llegaban frente a las banderas turcas. La princesa, entonces, miraba atentamente a los abanderados, quienes inclinaban sus pabellones un poco, de modo que la tela no llegara a tocar el suelo. La bandera llevaba bordada en oro la media luna creciente. Y la princesa recuperó su sonrisa para decir:

—Esa media luna es bizantina y no turca. Los turcos nos la robaron. Pero a ti te ahorcaré, Rocafort.

—Prefiero el hacha, señora. La horca es para los rufianes.

La princesa contestó con un movimiento grave de cabeza al saludo de Ximeliz, a quien arrojó una bolsa de oro que llevaba en el arzón. Ximeliz la cazó gracioso en el aire. Luego la princesa con su pequeño séquito, se instaló a un lado y las tropas comenzaron a desfilar por delante. Sonaban las rodelas en los estribos, colgadas a un lado de la silla, relinchaban algunos

caballos y aquí y allá se oía la aguda voz de un jinete que castigaba al caballo juguetón o rebelde.

Mientras las tropas desfilaban la princesa dijo a Rocafort:

—¿Sabes quién va a ganar en el caso de que tú y Berenguer lleguéis a un mal rompimiento?

—Sí, alteza, estos hijos de puta que desfilan delante —y Rocafort saludaba la bandera turca que en aquel instante pasaba. Añadió—: Por eso hemos tomado medidas Berenguer y yo para no encontrarnos en el campo.

Continuaba el desfile:

—Te ahorcaré, Rocafort.

—Con tus manos, cuando quieras, alteza. Pero si es con verdugo prefiero el hacha.

Era muy poco frecuente la risa en Rocafort. Con tantas y tan lucidas tropas iba cambiando de ánimo. La princesa lo veía ladeando un poco la cabeza pero sin poner los ojos en él. Desde la llegada de los turcos parecía otro hombre. Y le dijo, pensando que había personas a quienes el uso de la grandeza y la autoridad les hacía daño:

—Rocafort, ¿sabes que hay caballos que no pueden tolerar la avena?

—Pero hay otros a quienes la paja y la avena les sienta muy bien. El mío es de ésos.

Dio una palmada en el cuello a su caballo y lo llamó por su nombre. Era un nombre curioso: *Longinos*. Dijo Rocafort que su caballo podía hablar pero no quería porque despreciaba demasiado a los hombres. Y añadió con intención:

—Y a las mujeres, claro.

Después del desfile, la princesa volvió un poco irritada a sus aposentos. Iba convencida de que no se podía esperar de Rocafort sino el cisma y la violencia. Y comenzó a poner sus esperanzas, igual que Berenguer, en la llegada del infante.

Dos días después de la salida de los ejércitos llegó a Gallípoli un bajel de ochenta remos muy vistoso y alhajado. Recordaba el romance:

Las velas traía de seda
la jarcia de hilo torzal.

Los vigías avisaron y la guardia comenzó a armarse, pero viendo que sólo salían del barco diez o doce hombres desistieron y avisaron a Muntaner. Gente de paz.

Pronto aparecieron detrás de la galera primera tres bajeles más, empavesados y de gran gala, como si fuera el día de una celebración especial. Al salir organizaron los viajeros una comitiva solemne. Iba delante un gonfalonero viejo pero erguido, con la bandera de Sicilia recogida alrededor del asta. Detrás, dulzaineros y timbaleros. Luego dos maceros con dalmática de heraldos y escudos de Sicilia bordados en el pecho. Finalmente, el infante don Fernando con su escolta de tres caballeros, más por autoridad que por precaución, puesto que iban sin coseletes. Todos a pie. Esperaron un momento que salieran a recibirles.

Mientras esperaban, sonaban las dulzainas y el gonfalonero, abrazado a la bandera, que era dos veces más alta que él y seguía arrollada al palo, saltaba a la derecha o a la izquierda, grave y solemne, y daba vueltas sobre sí mismo, más ágil de lo que su edad prometía.

El infante don Fernando se ponía los guantes y miraba a las murallas. Salieron por la puerta principal siete caballeros con Muntaner al frente y llegaron en tromba. Se detuvieron en seco y descabalgaron.

Seguía el gonfalonero bailando, viejo y grave, al son de las dulzainas. Muntaner vio que era tuerto. Se acordó Muntaner de Polifemo el siciliano. Luego se acercó al infante e hincó la rodilla. El infante, que era hombre joven, rubio, de voz un poco gangosa y de aire altivo e indolente, lo hizo levantarse y lo abrazó:

—Eres Muntaner —le dijo— y tengo noticias de tus hazañas. ¿Dónde están los otros capitanes?

Muntaner le dijo que estaban en el campo y que tenían dos ciudades sitiadas, pero que les enviaría aviso aquella misma mañana.

Al oír Muntaner el nombre de Berenguer de Entenza en los labios del infante tuvo la noción de la importancia social de Berenguer.

A las preguntas del príncipe contestó que todo estaba seguro en las provincias de Tracia. Quiso hablarle de la defensa que las mujeres hicieron en Gallípoli, pero el sol comenzaba a picar y pensó que sería mejor dejarlo para más tarde.

La comitiva se puso en marcha. Aludiendo el infante a los barcos empavesados y a las ceremonias, explicó que era el día del cumpleaños de su tío Fadrique.

Detrás del infante iba la escolta y detrás de ella los caballeros del séquito, vestidos de gala. Al final, varios caballos enjaezados y conducidos de la brida por los palafraneros.

El gonfalonero, con su alta estatura y su cabello gris, bailaba avanzando despacio. Las trompetas de la guardia principal tocaban la marcha del infante. Parecía don Fernando un príncipe de estrados, es decir, más de corte que de guerra, pero Muntaner advertía por pequeños detalles —un gesto, una palabra— la presencia de un alma bien templada. Muntaner le dijo que él era el gobernador y alcaide de la plaza y que en Gallípoli no había otra persona de sangre real más que la princesa María, quien lo esperaba en sus aposentos.

La comitiva avanzaba. Preguntó el infante cuándo había llegado Berenguer y habló de las dificultades que su libertad había encontrado entre los genoveses y también en la cancillería del Papa. Otra vez oyendo el nombre de Entenza en los labios del infante, tuvo Muntaner la sensación de la importancia de Berenguer y también de la solidez y fortaleza de la casa de Aragón, sin saber porqué. Se dio cuenta de que el infante se había decepcionado al principio viendo que Berenguer no salía a recibirle. Pensó Muntaner que lo consideraba más que un amigo, tal vez un hermano.

Las fuerzas de la guardia formaron en un ala muy extensa que llegaba hasta los exedras del castillo. El infante las revistó sin que dejaran de sonar los timbales y las dulzainas y sin que el gonfalonero cesara en sus movimientos, que no eran una danza, pero sí una insinuación de danza.

Llegaron al patio de armas. Los heraldos, los músicos y el gonfalonero se hicieron a un lado mientras el infante recibía la llave del castillo, la daba a un gentilhombre y decía a las tropas de la guardia:

—Hoy, en el día del santo del Rey de Sicilia, ha querido Dios traernos con buena mar y en buena salud a estas playas tan famosas en los tiempos pasados. Vengo en el nombre de mi tío Fadrique a hacerme cargo del gobierno si vosotros estáis conformes.

Hubo un clamoreo de aprobación y alguien gritó: «¡Viva el Rey don Fadrique!». Muntaner repitió luego aquel vítor tres veces, y cuando todos callaron, el infante agradeció su acatamiento, por ser las primeras tropas españolas que encontraba en Oriente, y dijo que en nombre de su tío aceptaba su obediencia y los ponía bajo su gobierno. Esta expresión *bajo su gobierno* le parecía a Muntaner una voz providencial que cambiaba de pronto las condiciones de la vida de los catalanes.

Entraron en el castillo y Muntaner subió a avisar a la princesa. Ésta se hallaba en el *kenourgion*, dispuesta a recibir al viajero. Dijo que lo había visto y que la parecía hombre de buena gracia, pero demasiado ceremonioso. Le explicó Muntaner que aquel día era fiesta en toda la nación siciliana y que las solemnidades que veía eran obligadas.

—Traed a vuestro infante —dijo ella—. ¿Qué idiomas habla?

Dudó un instante Muntaner y, recordando que el latín de Sicilia era diferente del de Tracia, convinieron en que la princesa hablaría griego y el infante castellano y que él serviría de intérprete.

Mientras se acercaba el príncipe, se oían abajo las dulzainas y los timbales. Pero sólo acompañaban al príncipe dos gentilhombres y los maceros con sus dalmáticas, que se quedaron a los lados de la puerta del *kenourgion*.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXI

Actuaba de maestro de ceremonias Muntaner, quien leyó delante de la princesa las credenciales del infante en latín y dijo después que los capitanes Arenós, Berenguer y él mismo, y con ellos las tropas catalanas y aragonesas de Gallípoli, los ejércitos aliados en la persona de sus representantes en la plaza y la población civil de artesanos o de familiares de los almogávares, habían aclamado en el infante al Rey de Sicilia. Hecha la presentación de tal forma que no quedó ningún hilo suelto, la princesa extendió el brazo en la dirección del infante, quien se acercó, hincó la rodilla en tierra y le besó la mano.

La princesa lo hizo levantarse y le dijo en griego bastante despacio para que Muntaner tuviera tiempo de traducir:

—Señor infante, ya tenía yo noticia del acatamiento que os habían hecho las tropas catalanas. Esperaba tener el placer de veros, segura de que vuestra llegada mejorará las condiciones de la victoria que las tropas catalanas han obtenido sobre los enemigos míos y los que buscaban la ruina del imperio. Pero aunque os sorprenda, es por su victoria sobre mis amigos por lo que les estoy más agradecida. Sed bienvenido y aceptad nuestra hospitalidad y nuestros mejores deseos y amistades sin reparar en la falta de comodidades y lujos. Pensad que estamos en guerra y que la corte digna de un infante de Aragón no está en Gallípoli sino en Constantinopla, donde estoy segura de poder recibiros un día como merecéis.

El infante le dio las gracias y repitió los saludos de su tío el Rey y los mejores deseos de las casas de Aragón y de Sicilia por su salud y por el bienestar de su imperio.

La princesa se levantó y pasaron los dos a una sala inmediata, donde continuaron hablando en un tono más familiar. Ella dijo al infante que

habían estado esperándole en los últimos tiempos y la cuidadosa discreción con que Berenguer encubría la noticia a los demás capitanes para que no se hicieran ilusiones si por alguna razón el infante no llegaba. Hablaron de Berenguer y se quedó la princesa complacida con los respetos y consideraciones que para él tenía el infante. Se veía que don Fernando no separaba su cortesía de sus sentimientos naturales, que no era un palaciego con máscara, lo que no dejó de agradar a la princesa.

Luego habló ella de cosas sin mayor importancia, esperando a ver por dónde manifestaba el infante su manera de ser. Don Fernando seguía cuidadoso de sus palabras y parecía dispuesto a no dejar salir una sola sin haberla medido y calculado, pero daba la impresión honesta de decir lo que sentía. Y, además, no ocultaba sus manos, como había hecho don Sancho meses atrás.

Sin embargo, y viendo que no conseguía de don Fernando una palabra de amenaza para nadie ni de promesa (ella lo había llevado inútilmente al terreno de las rivalidades entre Berenguer y Rocafort), perdió la paciencia y dijo:

—Ya veo. Llegáis a Gallípoli a la hora de los laureles.

Muntaner se asustó viendo en esas palabras una señal inesperada de beligerancia. Se suponía que el infante sabía muy bien aquello y no necesitaba que nadie se lo recordara. El infante se inclinó:

—Lo que dice vuestra alteza es la pura verdad. Yo soy, por otra parte, hombre de paz y sólo tomo las armas cuando no hay otro recurso ni otro remedio. De hecho, no puedo imaginar una persona cabal a quien le guste la guerra.

—Yo, sí.

—¿A quién le gusta la guerra?

—A mí misma.

Lo decía la princesa mirándolo de frente. El infante se inclinó otra vez con una sonrisa que revelaba una superioridad natural. Era la princesa y no don Fernando quien iba descubriendo su propio carácter.

Envió aquella misma mañana Muntaner despachos a los tres capitanes. Berenguer y Arenós, que estaban treinta millas más cerca que Rocafort, los

recibieron antes y se apresuraron a acudir. Como se puede suponer Berenguer estaba contento, pero el que mostraba más su alegría era Arenós.

El infante los recibió en la vivienda de Muntaner, que era la más rica y suntuosa después de la que ocupaba la princesa.

Abrazó el infante a los dos, llamó a Berenguer hermano y les dijo cuáles eran sus propósitos y los deseos de su tío Fadrique. Luego les preguntó por Rocafort. Muntaner dijo que le había enviado tres mensajeros, de modo que mientras uno le comunicaba la noticia en privado los otros dos la divulgaran entre sus capitanes y soldados. Esperaban así que cuando Rocafort quisiera darse cuenta tuviera el campamento entero encendido de entusiasmo y alegría y se viera obligado a seguir el humor de los demás. No dudaba Muntaner de que la reacción de Rocafort sería de obediencia, pero había creído discreto adelantarse con alguna diligencia y obligarle más. El infante sonrió como si estuviera oyendo una travesura sin importancia, pero no olvidó ninguna de aquellas palabras.

Lo que había previsto Muntaner fue exactamente lo que pasó en el campo de Rocafort, quien antes de responder a los mensajeros de Gallípoli reunió consejo y tuvieron una larga conferencia. Fuera, las tropas vitoreaban al Rey y al infante. El entusiasmo de algunos se manifestaba con expresiones de desprecio contra la casa de Andrónico, de las que exceptuaban a la princesa.

Todos los consejeros creyeron que Rocafort debía responder mostrando alegría por la llegada del infante. Estando el sitio de Nonna tan adelantado, no podía Rocafort dejar el real y así lo escribieron, añadiendo que tendría Rocafort el mayor placer en recibir al infante y en rendirle obediencia.

Cuando la respuesta de Rocafort llegó a Gallípoli, el infante quiso saber el parecer de los otros tres capitanes y todos acordaron que lo mejor sería que fuera a Nonna acompañado de Muntaner. No debían ir Arenós ni Berenguer por no ponerse delante de su rival aventajados por la presencia de don Fernando, hasta que éste hubiera obtenido la libre sumisión y el acatamiento de Rocafort. La partida debía ser cuanto antes para no dejar lugar a que el entusiasmo de las tropas se enfriase y también a que Rocafort, más lenta y reflexivamente, preparara algún ardid.

Aquella noche la princesa obsequió al infante y a los capitanes en sus habitaciones, les hizo conocer a los dos galeotes, a las doncellas, al perro *Llobregat* —que había renunciado a ir con las tropas al asedio de Nonna— y a los dos monos titís de la reina Irene. Con los monos entró un momento el enano que los cuidaba y que a instancias de la princesa hizo un discurso de circunstancias. Menos mal que Muntaner, al traducirlo, suprimió todas las impertinentes libertades que en casos como aquél suelen decir los bufones.

La princesa amonestó a Muntaner y lo acusó de deslealtad por no haber hecho una traducción correcta y fiel. Podía ser incómoda la princesa, pero su extrema juventud y su belleza la salvaban.

Por mucho que hacían la princesa y Muntaner para que el infante se abandonara a la confianza, sólo conseguían de él frases protocolarias, graves silencios y alusiones medidas y calculadas a hechos siempre gratos. Con el único con quien se abandonaba el infante era con Berenguer. En sus apartes con él, reía y se permitía comentarios y opiniones atrevidas. Berenguer estaba encantado con él y también —según advertían los otros— cuando hablaba con el infante mostraba una clase de abandono y de placentera confianza que no veían en él a menudo.

Al día siguiente el infante partió con un lucido séquito en el que figuraba Muntaner. Éste llevaba despachos particulares de la princesa para el jefe catalán.

Quedó Gallípoli solo y abandonado. El entusiasmo por la nueva situación se manifestaba, no sólo en la alegría de la gente de paz y de los viejos soldados, sino también en una cierta sensación de seguridad política completamente nueva, ya que por vez primera se sentían todos al amparo de un rey poderoso. La vigilancia se hizo menos estrecha y las guardias nocturnas se redujeron a la mitad.

Berenguer y Arenós subían a visitar a la princesa y ella, por vez primera desde que estaba en Gallípoli, se mostraba triste y deprimida en público:

—Todo el mundo espera algo de mí. Y a veces la broma se hace pesada. Este no lo cree —dijo ella mirando a Berenguer—; pero todo es broma en la vida, la luz, la noche, la gente. Y la sangre. Y los huesos. Los huesos articulados. Para tranquilizarme cuando no puedo más llamo a Zoe y le pido

que traiga a los músicos y que baile. Cuando lleva un rato bailando percibo su olor. Huele a maderas húmedas. Yo, aquí donde me veis, tengo un olfato de bruja bizantina y percibo las brisas del Mar Negro y las distingo de las del Mar Muerto, que son más frías.

Nadie decía nada. Muntaner volvió a encarrilar la conversación:

—En esas bromas tú siempre ganas, alteza.

—Claro que sí —dijo ella con una seguridad desafiadora—, al menos a la larga.

Volvieron a callar. De pronto, la princesa ordenó a Arenós:

—Anda a buscar a Flora. Debe estar abajo, en la sala de los correos de mar.

Arenós obedeció y al quedarse Berenguer solo con la princesa, ella se le acercó, suplicante:

—Por ahora no quiero más odio. La imagen de Roger mengua entre las voces de los vivos. Y la tuya crece. Arenós lo sabe muy bien. Todos lo saben.

—Es verdad, María —dijo Berenguer mirando a la puerta una vez más.

Con aquellas miradas a la puerta quería decir: «Estamos solos, pero Flora puede venir porque has enviado a buscarla con Arenós». La princesa dijo:

—No vendrá, porque Flora le preguntará a Arenós: «¿Con quién está la señora?». Y cuando sepa que estoy contigo, pensará: «Ha enviado a Arenós a buscarme para quedarse sola con Berenguer». Y no vendrá, o tardará bastante en venir. Flora ve siempre las dobles intenciones como una gata de Egipto.

Berenguer besó a la princesa en el cabello y le dijo:

—Yo te quiero, es verdad. Todos los que te han visto una vez te quieren, princesa María. Pero creo que debes casarte con el infante don Fernando.

Ella se separó de Berenguer y alzó la cabeza:

—Después de Rodesto no hay razones de estado. Otras, en mi caso, se casarían con el infante y tendrían a su amante cerca. Yo quiero ser tuya como una mujercita de las que se ven en las familias de mis súbditos, ni ricas ni pobres, ni envidiosas ni envidiadas. ¿Que eso es difícil, siendo yo lo que soy? Mira, te voy a decir una cosa. ¿Tú sabes por qué gozaba de la

venganza y buscaba la sangre y la exterminación hasta hace pocas semanas? Porque mi tío, matando a Roger, me impidió ser la mujer que yo misma había soñado. El Emperador, el Patriarca, los duques, todos quieren que yo renuncie a mi pureza. Y me empujan y me *ayudan* diciendo cosas calumniosas de mí. Pero no he renunciado a nada. Yo puedo volver a ser la misma con todos mis sueños vivos si me caso contigo. ¿Razón de estado? ¡Pero si el estado no existe! Lo estamos haciendo ahora nosotros. Ahora son posibles todas las leyes, todos los matrimonios, todas las anarquías. Pero, además, tú eres también de sangre real.

—¿Yo?

—¿O es que me has mentido? ¿No eres tú de sangre real? El infante te llama hermano. ¿Y no estás enamorado de mí? Acabas de decir que me quieres.

—Como te quieren todos los que te ven.

—¿No estás enamorado de mí?

—Yo creo que no, señora —dijo él, en serio—. Me gustas, te deseo. A tu lado me encuentro mejor que en ninguna otra parte.

—¿Y no es eso el amor?

—No sé. Tal vez yo no creo en el amor —diciendo esto la abrazaba tiernamente— ni en el matrimonio. Oh, sí: yo puedo casarme contigo. Tengo en Aragón, en el Rosellón, en Bigorre, castillos mejores que éste y gente que lleva mis armas en el pecho. En el pasado de mi familia hay de todo: infantes, duques, esclavos, sobrejunteros de Aragón, mendigos, obispos, brujas y santos albigenses.

—Y reyes.

—Sí, y reyes. Ésos son los peores.

—No peores que los míos. En todo caso, tú eres más noble que la rama griega de mi familia. Eso es lo que pasa con vosotros. Sois fuertes, dueños de todo y os arrodilláis cuando queréis arrodillaros libremente, sin que nadie os lo pida. Sois sangrientamente modestos. Sois dueños de todo, como verdaderos sobrinos de Dios. Tenéis cara de sobrinos de Dios y camináis sin querer saber a dónde vais y negándoos a que nadie os lo diga. Así habéis llegado al umbral de mi casa. Yo tengo un libro de invitados en ese umbral y sólo hay dos nombres allí: el primero escrito con sangre:

Roger de Flor. El segundo escrito nada más con agua del mar, pero allí está y yo lo veo. Y es el tuyo.

Berenguer callaba y ella le pidió que dijera en que pensaba, pero espontáneamente y sin buscar las palabras. Ni siquiera las palabras vulgares. Hay que hacer a voces un esfuerzo para encontrar palabras vulgares y no llamar la atención En ese esfuerzo se forja la mentira.

—Dime —repitió— lo que piensas en este momento y con toda franqueza.

—No es muy agradable para ti, lo que pienso. Ni para nosotros. Pienso que no quieres a mi nación.

—¿Yo?

—Que hablas de casarte conmigo sólo para que otros no hablen de casarte con el infante. ¿Me quieres a mí de veras u odias a mi nación? Es posible que se mezclen en ti los deseos con los odios y que en los dos casos seas sincera. Pero lo uno y lo otro pueden invalidarse, y entonces es una tercera voluntad la que se impone.

—¿Qué voluntad?

—No sé. Tal vez la de tu madre. ¿Dónde está tu madre?

Se sentía la princesa confusa.

Nunca había pensado en aquello y comprendía que podía ser verdad:

—Eres un hombre fuerte, astuto y cruel.

—No. Cruel, no lo soy. Después de nuestra victoria tu madre verá con mucho gusto que nos debilitamos, que nos arruinamos, y hará lo que pueda para que sólo quede en Levante la casa de Bulgaria. El rey Azán con sus concubinas, la reina Irene con sus amantes, tú y vuestros gerifaltes de caza. Tus gerifaltes. ¿No son tuyos?

La princesa callaba.

—Me gustaría —añadió Berenguer gravemente— averiguar cuál fue el papel de tu madre en la corte el día que mataron a Roger.

Estaba la princesa a punto de llorar:

—También yo lo he pensado a veces.

—¿Qué es lo que has pensado?

—No sé. Nunca puedo llegar a pensar nada que no me parezca una locura.

Lloraba de veras, discretamente, dulcemente. Era un llanto tímido, de niña:

—Ahora veo —dijo— que no te casarás. Que no te casarás nunca conmigo.

Berenguer sintió piedad y con la piedad deseo viril. La besó suavemente y le dijo:

—No sé. Bueno, ya veremos. Tienes que escribir en tu libro de invitados el nombre del infante. El infante es un hombre extraordinario. El único hombre puro entre todos nosotros. Yo lo conocí hace diez años en casa de los condes de Sobrarbe, en Aragón. Recuerdo que había allí un arcediano, hombre piadoso y sordo. También estaba allí el rompedor de estatuas de Bavaria que tenía dientes incisivos, molares y caninos. Y había otra persona, sin rostro, que era yo. Yo no tengo rostro. Nunca imagino mi cara entre las otras. Recuerdo que el arcediano debía ser de origen muy agreste y montañés porque en lugar de decir «hasta el día de Corpus» decía: «*diquía el corpus*…». En este momento estoy hablando como tú, ¿qué te parece? ¿Ves cómo te conozco? ¿Ves cómo podría casarme contigo, querida?

Reía Berenguer y ella también, por contagio. Luego la princesa se refugió en sus brazos:

—Eso es, dime *querida*. Lo demás no importa. Yo sé lo que eres. Hay mil detalles en tu manera de ser y ninguno me escapa. Por ejemplo, yo sé que me deseas. Soy joven y hermosa, pero tú has sentido decepciones en tu país, en otros países. Tú recelas del amor. Te han castigado las mujeres. Tú crees, además, que por disciplina de soldado debes dejarme a mí y empujarme en los brazos de otro, del infante. No te atreves a pensar en tu propio deseo. Y me declaras noblemente que no me quieres, que sólo me deseas. Vosotros los hombres distinguís entre el deseo y el amor, pero nosotras no. Tú me deseas y, por lo tanto, me quieres. Bien, entonces…

Apareció Flora en la puerta y la princesa le preguntó:

—¿Te ha buscado Arenós?

—No, señora.

Berenguer dijo:

—Arenós comprendió, también, de qué se trataba.

Y la princesa lo miraba como si le preguntara: «¿De qué país habéis venido?». Flora se marchó sin hacer ruido como si hubiera enfermos en la sala, pensando: «¿Por qué me dice a mí la princesa esas cosas de llamarme o no llamarme? ¿Por qué había de llamarme Arenós si ella está a solas con Berenguer y es feliz?».

Entretanto, el infante don Fernando había llegado a Nonna con Ramón Muntaner y su séquito de maceros y portadores de armas reales. La comitiva entró en el campamento precedida por el gonfalonero, que iba a caballo encabritando el animal, caracoleando y haciéndolo avanzar de espaldas, siempre con su gravedad taciturna de hombre entrado en años.

Había advertido Rocafort a la tropa que nadie vitoreara al infante para evitar que el enemigo se enterara de su presencia, y el silencio hacía más solemne la recepción. Los soldados se quitaban la gorra o el yelmo y los almogávares el capacete enrejado. En todo aquel aparato de corte veían el símbolo vivo de las glorias de su país. Los soldados eran políticamente felices por vez primera desde la muerte de Roger.

El infante iba vestido de soldado y nadie dudaba, viéndolo con su coraza y su yelmo empenachado, que, si el caso se presentaba, no fuera el buen guerrero que prometía. Los soldados se decían mirándolo: «He aquí lo que estamos defendiendo en Tracia». Y se sentían un poco más seguros de sí. Muntaner iba al lado del príncipe y excusaba a las tropas por su silencio, que el príncipe atribuía a razones militares, aunque sabía muy bien que podía tener otros motivos. En el centro del campamento no se pudo evitar que el entusiasmo se manifestara por fin de alguna manera. Los primeros en aclamar al infante don Fernando fueron seguidos por muchos más.

Acudió Rocafort a tener el estribo, hincó la rodilla y besó la mano del príncipe. Después lo acompañó a su alojamiento.

Durante todo el día fue y vino con el infante, siempre destocado y tratándolo como a su superior. Esperaba el infante que Rocafort reuniera a sus capitanes y consejeros y declarara pública y oficialmente su sumisión, pero no decía nada. Así transcurrieron dos días visitando las instalaciones de guerra, viendo los baluartes movedizos y torres de asalto y observando las maniobras de la caballería turca.

Rocafort no hacia diligencia alguna en relación con la sumisión del campo.

Al tercer día el infante pidió a Rocafort que reuniera a los soldados catalanes y aragoneses. Poco después estaban todos juntos. Los que no podían acudir por hallarse de facción habían enviado sus delegados. Habría más de quinientas personas y, desde luego, todos los capitanes. El infante estaba acompañado de los gentilhombres de su casa, sentado en un estrado cubierto de rica alfombra. Sacó las cartas de su tío el Rey y las entregó a un secretario para que las leyera. Leídas, el infante se puso en pie y comenzó a hablar. Dijo brevemente que el Rey Fadrique, movido por las súplicas del ejército allí presente, había admitido el juramento de fidelidad que le hicieron y, aunque para sus reinos no podía ser de gran utilidad encargarse de la defensa de Tracia, Macedonia y otros territorios de tan lejano Imperio, había querido mostrar el amor que les tenía posponiendo su conveniencia a la de ellos, y así le había mandado que con su persona fuese a gobernarles en su nombre y les ofreciese que siempre acudiría con mayores socorros en la medida que los tiempos aconsejaran. Comunicándolo al ejército cumplía el infante una obligación placentera y honrosa.

La respuesta se la dio en nombre del consejo un capitán que había conferenciado antes largamente con Rocafort. Se limitó a declarar el contento y la alegría de todos, puso de manifiesto los respetos que debían al Rey y la promesa de tomar acuerdo todos juntos en el real y en el plazo más corto sobre lo que debían responderle.

Les dio las gracias el infante y volvió a sus aposentos. Quedó la asamblea reunida y Rocafort subió a la tribuna y dijo que el caso del que iban a tratar no debía discutirse entre tanta gente porque la multitud de opiniones siempre trae consigo alguna manera de confusión y propuso que escogieran cincuenta personas, las de mayor autoridad y confianza para que —eran sus palabras— «fueran estudiando y platicando el suceso». Una vez que esa junta tomara una determinación, saldrían a comunicarla a la asamblea, de manera que todo el ejército la condenara o la aceptara con entera libertad. Lo que la asamblea decidiera le sería comunicado a su alteza real en el acto.

La gente aceptó de buen grado y nombró cincuenta delegados, olvidando que más fácilmente se puede coaccionar y cohechar a pocos que a muchos. Y con los cincuenta se puso a deliberar Rocafort en la tienda inmediata. Había tenido la habilidad de hacer nombrar a los adictos suyos y, sabiéndose entre incondicionales, les dijo:

—Yo os propongo recibir y acatar al infante don Fernando, pero no como lugarteniente de su tío el Rey, sino como príncipe absoluto y sin sujeción ninguna. Hagamos de él nuestro rey con el título que quiera. Rey de Tracia o de Grecia. Sería poco razonable escoger al Rey que vive en Sicilia, tan lejos de nuestros campamentos. Mejor es pensar en este príncipe que ha de quedarse aquí cerca y correr la misma suerte de cada hijo de perra de los que peleamos. Si recibimos a don Fadrique por Rey, tenemos que estar seguros de que no hará nada por nosotros, digo, en persona. Y nos mandará quien en su nombre nos gobierne. El remedio será peor que la enfermedad. ¿Qué mayor desgracia si por premio de nuestros trabajos y de nuestras victorias venimos a ser gobernados por una mano extraña y no por nuestro príncipe? Con ese gobernador vendrán otros, que se ocuparán más de su bolsillo que del nuestro. No digo que el Rey, desde lejos, no quiera ayudar a nuestro bienestar, pero sólo mientras su ayuda no estorbe a la defensa de su reino de Sicilia.

»¿Qué pensáis vosotros, villanos como yo o nobles mejores que yo? ¿No hay una desigualdad enfadosa? Yo así lo veo, con mis cortas luces. Si aceptamos al Rey don Fadrique, los trabajos, miserias, desgracias y ruinas serán para nosotros solos. Y la gloria y el provecho y los dineros y los honores serán para él, es decir, para un Rey que está lejos. Si nos pasan a cuchillo a todos en una noche, don Fadrique seguirá siendo tan rey como antes. Pero si ganamos nuevas tierras, no serán nuestras sino del Rey. ¿Puede algún hombre que no sea un *borde* lanudo dar obediencia a un rey tan lejano? No seré yo. ¿No os acordáis de la paga que nos dio por tantos servicios anteriores cuando salimos de Sicilia? ¿Qué fue más que un poco de galleta y pan sin sal y otras menudencias que no se le niegan ni siquiera a los siervos y esclavos?

»No, amigos. No nos conviene don Fadrique. ¿No estáis viendo lo que pasa? ¿No veis que no nos manda ahora en sus galeras ni armas, ni gente, ni

comida ni dineros, es decir, nada de lo que nos hace falta para la guerra, y nos manda, en cambio, una cabeza para regirnos, como si no hubiéramos sabido regirnos en tiempos peores con nuestra cabeza propia? Ah, compañeros, hay que pensar dos veces la cosa antes de decir amén a las palabras de un rey. Yo soy el primero en respetarlo, pero por todas las razones que he dicho resuelvo pediros que no penséis más en don Fadrique y que recibamos y proclamemos a don Fernando. Que se quede don Fadrique con su reino de Sicilia ganado y conservado por nuestros brazos. Deje a don Fernando su sobrino los trabajos de la guerra todavía insegura y peligrosa, el provecho de estas tierras y la esperanza de conquistar otras nuevas. Ese es mi parecer y ahora quisiera escuchar cuál es el vuestro.

Hubo un gran silencio y los oficiales y soldados, viendo que Rocafort no se negaba a dar servidumbre al príncipe, sino que, por el contrario, lo respetaba y honraba más de lo que él mismo quería, comenzaron a pensar que todo aquello era razonable.

Discutieron los que habían acordado repitiendo las palabras de Rocafort, que fueron recibidas con aclamaciones y vítores.

Desde allí los cincuenta delegados fueron a las tiendas del infante pensando que iban a llevarle la mejor noticia que podía esperar. Pero las cosas resultaron de otro modo. Del modo que esperaba Rocafort.

El infante respondió que había salido de Sicilia y llegado a Gallípoli y al campamento de Nonna como enviado de su tío el Rey. Era con el dinero del Rey y su autoridad y sus galeras como había tomado a su cargo la empresa.

—Sería yo desleal a mi tío el Rey —concluyó— si no ejecutara exactamente las órdenes que me dio al salir. Agradezco el ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo.

Volvió a pedir que lo recibieran como lugarteniente de su tío.

Rocafort había advertido sagazmente a los delegados que el príncipe no aceptaría la proposición, al menos la primera vez que se la comunicaran, por respeto a su tío. Y que no hicieran caso de la negativa del príncipe porque más tarde cambiaría de opinión. Rocafort engañó así a los delegados, quienes se mantuvieron firmes en no aceptar a don Fadrique.

No era éste el único ardid de Rocafort.

El capitán estaba seguro de que el príncipe consideraría aquel ofrecimiento como una inocente atención y cortesía de los soldados. Así fue. El infante don Fernando pensó que los soldados acabarían por aceptar a su tío.

Con esa doble esperanza, ninguno de los dos bandos mostró prisa ni se creyó obligado a insistir por el momento. Y se creó una situación confusa y dilatoria que permitió a Rocafort un nuevo paréntesis para seguir maniobrando.

De momento, Rocafort había conseguido lo que se proponía. No era muy inteligente en otras materias, pero tenía la astucia natural del guerrero cuando se trataba de situaciones delicadas de las cuales dependía algún provecho personal. Esperando los unos que el príncipe aceptara la corona de rey absoluto y éste que los soldados reconocieran a don Fadrique, pasaron algunos días más sin que nadie volviera a dar un paso en aquel asunto. El único que no decía nada, pero se daba cuenta del doble juego, era Muntaner. Como Rocafort tenía de su parte a las tropas turcas y turcopoles, aunque hubiera catalanes de otro aviso no se atrevían a contradecirle. Entretanto se supo que Berenguer y Arenós habían vuelto a sus reales y que el asedio de su plaza iba avanzando y prometiendo una victoria próxima. Rocafort apretó también el de Nonna.

En aquellos días consiguió Rocafort por nuevas intrigas que todo el ejército a sus órdenes se confirmara públicamente en aceptar al infante y rechazar al Rey. El acto fue memorable. Pero Muntaner no se llamaba a engaño.

—Capitán, podrías equivocarte —advirtió a Rocafort—, y no sería bueno para ti quedar al descubierto.

—Fuerzas tengo para cubrirme. Y si no las tuviera, todavía me quedaría la inocencia de mi amor por el príncipe don Fernando. Yo no me niego a ser gobernado por la casa de Sicilia, sino que le ofrezco a don Fernando más autoridad de la que él mismo quiere. Y eso lo hago de verdad y con todo el corazón. ¿Qué más me puede pedir nadie? Ya digo que lo hago todo de corazón.

Golpeó Muntaner con el puño amistosamente dos o tres veces en el peto acerado de Rocafort:

—Tu corazón, ¿eh? Por el camino que llevamos, tu corazón y el mío se los van a comer los perros de Tracia y de Frigia.

Declaró Rocafort que la culpa no sería de él, sino de todos, si ese caso llegaba. Y comenzó a disculparse con más franqueza:

—¿Qué quieren, que baje la cabeza después de habérmela jugado cien veces? Yo lo haría si no hubiera moros en la costa. Pero están detrás los almibarados, los nobles. Están Berenguer y Arenós. Además, sé muy bien por las doncellas de la princesa que ella quiere casarse con Berenguer. Si se queda el infante, tendremos ya la corte formada. Don Fernando, rey. Berenguer, César y archiduque y príncipe consorte. Arenós, maestro de campo. Todos nobles, todos de alta cuna. Y yo seré el villano de la historia. Soy bueno a la hora de batir el hierro. Malo en los estrados de la nobleza. Rocafort será el don Nadie cuando el reino junte los colores de Grecia con los de Bulgaria y Aragón. Berenguer. Muy bien, Berenguer. No digo que sea un mal soldado ni un hombre de mal concierto o aviso. Pero estaría a muchas leguas de aquí si yo no hubiera sostenido las tierras que él perdió por quedarse a beber con los genoveses. ¿Es que después de lo que había pasado en Constantinopla podía beber con los genoveses y subir a su galera capitana y ni siquiera escuchar sus saludos de bajel a bajel? A mí no me han atrapado ni con ánforas de vino griego ni con armas.

Advirtió Muntaner que el hecho de que Berenguer y Arenós se hubieran quedado en Gallípoli en lugar de ir al campo de Nonna con el infante demostraba que el príncipe no quería provocarle con la presencia de aquellos capitanes ni pensaba hacer favores especiales a unos o a otros, sino estricta justicia. Pero Rocafort sabía ver detrás de los hechos aparentes:

—Si el infante les ha prohibido venir, es para suavizar sus diligencias conmigo y dorarme el embeleco. Se da cuenta de lo que pasa y quiere taparme los ojos. Eso demuestra que el infante tiene confianza en Berenguer y en Arenós y que ellos la tienen lo mismo en el infante. ¿Y tú, Muntaner? ¿Por qué te pones tan conciliador si sabes que las cosas no tienen remedio? Más valdrá que pensemos en levantar los baluartes de asalto y entremos en la ciudad si las tropas han de seguir comiendo. Porque no hay más bastimentos en toda Tracia que los que podamos garbear en Nonna. En diez jornadas alrededor de Gallípoli no hay un pedazo de pan ni

una mata de nabo ni un triste cordero. Hace tiempo que comemos carne de caballo, pero no vamos a matarlos a todos para mantenernos.

Muntaner afirmaba con aire reflexivo. Creía que habría que abandonar Gallípoli y marchar en masa con las mujeres, los niños y los viejos a alguna provincia donde no hubiera habido guerras. A Macedonia, por ejemplo, que estaba intacta y donde había trigo y carne.

—Cristopol sería la salvación de todos por algunos meses —dijo Rocafort.

Se quedó pensando Muntaner y como el que toma una resolución le dijo:

—Convence a tu consejo y yo convenceré a los otros capitanes.

Rocafort afirmó pero añadiendo que antes debían tomar Nonna y Megarix y descansar en ellas con las tropas algunas semanas.

Arenós y Berenguer entraron por fin en Megarix y al día siguiente Rocafort, estimulado y un poco agraviado por la anticipación, tomó Nonna, donde pasó a cuchillo a la mayor parte de los hombres de armas y se apoderó de un importante botín. Establecidos en aquellas ciudades esperaron los unos y los otros el orden y concierto de las operaciones futuras, convencidos de que sólo podrían sostenerse si llegaban a Cristopol en Macedonia y lo tomaban antes del invierno.

Para entrar por Macedonia hasta Cristopol tenían que caminar más de ochenta leguas por territorio enemigo, donde no tenían apoyo de ninguna clase y ni siquiera conocimiento previo del terreno.

Puestos de acuerdo sobre la necesidad de abandonar Gallípoli, se reunieron delegados de todos los ejércitos con el infante Fernando y se tomó el acuerdo de ir sobre Cristopol. Las ventajas de aquella ciudad eran ser plaza de mar abierto, más segura que Gallípoli por estar libres de la dificultad del estrecho, que podía ser cerrado a los socorros con algunas naves enemigas bien armadas. Muntaner embarcaría en treinta y seis naves —entre ellas cuatro galeras fuertes— a todas las mujeres, niños y viejos de Gallípoli y marcharía con ellos y con algunas docenas de soldados hacia Cristopol, esperando a dos jornadas de la ciudad el asalto de las tropas de tierra. Tardaría en salir sólo el tiempo que necesitara para organizar la expedición.

Se fijaron fechas calculando las distancias. Al volver Muntaner a Gallípoli corrió a comunicarlo a la princesa. Ella se apresuró a declarar que no iría por mar con la gente inválida, sino por tierra y a caballo:

—Iré a Megarix cuanto antes y me reuniré con Berenguer. Quiero correr su fortuna.

Muntaner creyó también que era mejor que caminara con el ejército de tierra. Su presencia y la del infante podían ser factores de moderación y concordia entre los dos bandos.

Hizo la princesa preguntas sobre el orden de la expedición. Saldrían un día antes las tropas de Rocafort y cuando se hubieran adelantado bastante seguirían las de Berenguer para que no se reunieran en el campo, lo que podía dar lugar a incidentes. El infante iría con el ejército de Rocafort si la princesa iba con el de Berenguer.

Como Nonna estaba treinta millas más adelante que Megarix, aunque salieran el mismo día llevarían una distancia y apartamiento bastante grande, pero, así y todo, acordaron que los de Megarix esperarían veinticuatro horas antes de ponerse en camino.

Apremiaba el tiempo y Muntaner tomó a toda marcha las disposiciones para abandonar Gallípoli. Había mil problemas imprevistos. Las pequeñas dificultades le irritaban más que las grandes y en ellas intervenía la princesa con sus doncellas y hasta con los dos galeotes. Las masas de mujeres y viejos se hacían más remisas y difíciles cuando veían que alguien se ocupaba de ellas. Los niños débiles y enfermos se mostraban más enfermos y más débiles, y las mujeres más tímidas y temerosas. Había que recordarles su epopeya contra los genoveses para animarlas.

Aquella noche la princesa escribió a su madre: «Vamos a acercarnos a Tesalónica, de modo que será casi como estar en el castillo al lado del tuyo. Vamos a Cristopol de Macedonia. Ejércitos por tierra y algunas fuerzas por mar. Comienzo a sentir pena por la desolación de estos territorios de Tracia. No queda en estas provincias de tu hermano Andrónico sino algún cementerio con inscripciones falsas, es decir, en idiomas que para los indígenas son faltos de sentido.

»Yo no me considero responsable de nada y, sin embargo lo soy como cuando tenía ocho años y robaba las muñecas de los hijos de los Nastogo

sólo por el gusto de privarlos de ellas. ¿Te acuerdas, madre, lo que hacía? Todas las muñecas venían de la China y algunas cerraban los ojos al acostarlas porque tenían dentro un contrapeso de yeso blanco, aglutinado con alguna materia que no sé lo que era. Y yo les abría la cabeza sacando los contrapesos de los párpados, los lamía un poco —sabían dulce— y luego los tiraba. Tenía un perro al que le gustaban y se los comía. El archimandrita me hablaba del alma de las personas y yo dudaba a veces y me preguntaba si aquel contrapeso blanco y dulce sería el alma de la muñeca. Parece este recuerdo una de las tonterías que suele escribir Gayo Sorinópulos. Pero es verdad. ¿Por qué hay verdades en la vida de una que pueden ser tonterías?

»Comienzo a ver las cosas de un modo diferente, pero no tanto como sería de desear en vista de las novedades que se presentan. Por el momento estoy enamorada de Berenguer y espero que podamos irnos contigo. ¿Qué te parece? No olvido que te estoy descubriendo los planes del ejército y por eso te pido que no alertes a nadie para que la gente no se prevenga en Cristopol, lo que haría la empresa más difícil y tal vez imposible.

»Berenguer tiene un alma que no es de yeso dulce sino de hierro. Y me quiere y cree que yo le hago un gran favor, aunque mi tío el Emperador no le daba —cuando lo hizo megaduque del Senado— sino lo que él merecía. Es curiosa su manera de sentirse delante de Andrónico y conmigo. Yo le hago preguntas a Berenguer sobre eso y él me dice: “Es que tu tío no es un Emperador genuino y tú eres una infanta verdadera”. Berenguer habla poco porque ve demasiado y no cree que valga la pena decir todo lo que ve, ni siquiera a mí.

»Nos casaremos en Cristopol. Su catedral es tan antigua como la de Constantinopla y quiero que el día de la boda suenen todos los campaniles de la ciudad, que son más de trescientos. Nos casaremos al día siguiente de entrar en la ciudad, es lo que hemos acordado Berenguer y yo, y nadie lo sabe todavía, aunque nadie se extrañará cuando lo sepa. Ni siquiera esa bestia de Rocafort.

»Por ahora me siento tan feliz que tengo que ir todos los días a ver a las mujerucas de los almogávares. Paso revista a sus caras sonrientes y bravas, no pocas de ellas con cicatrices, y delante de ellas recuerdo otra vez las

muñecas y el yeso dulce. Están contentas porque imaginan a mi tío vencido y muerto y a mi primo vencido, golpeado y ultrajado. Los dos en la vertiente del muladar. Hemos sido vengados ya y lo que hacemos ahora ya no es venganza, sino conquista limpia. A mi manera he sido ladrona del fuego y lo he conservado para todas estas mujerucas que son buenas para sus hijos y para la memoria de Roger, como buenas perras mordedoras. Yo las quiero y las odio al mismo tiempo y a mi manera. Sin fervor en mi simpatía y sin veneno en mi odio. Ya me conoces, madre.

»Las desconcierta un poco verme tan sola. Me atribuyen amantes nocturnos y maridos para el día de mañana. Como no acaban de comprender en qué país están, por debajo de sus hipótesis pasan príncipes, capitanes, almirantes y hasta hileras de chinos con las manos metidas en las bocamangas. Estas mujeres, tan simples a su manera, no acabo yo de entenderlas, porque cualquiera que sea su estado de ánimo siempre me reciben con cara de pascua. Es la desventaja de los príncipes. Yo me acerco a ellas con mi cara natural y ellas me reciben, como digo, con cara de circunstancias. Preferiría ver en ellas lo que veo desde mi terraza cuando ellas no saben que las miro: la conciencia del pecado de todos. Esas mujeres, sin saberlo, tienen el perfil taciturno de esa conciencia de nuestro pecado. (Del tuyo también y del mío.)

»No es que ellas lleven en su imaginación ningún sentimiento de culpa, no es eso, y no podría ser porque todas se redimen con su manera de tener hijos y de respetar a sus viejos. Es que en los últimos tiempos los buitres y los cuervos acuden a las almenas en cantidades mayores que nunca porque también están en necesidad y vienen a buscar los desechos de los caballos que matamos. Se oyen de día y de noche sus plumas remeras rasgando el aire al otro lado de las ventanas. Las mujeres cetrinas y taciturnas oyen esas alas y piensan que son un aviso. Para ellas, las alas son aviso en la guerra y en la paz. Como las del arcángel San Gabriel para la Virgen.

»Muntaner dio la orden de que nadie molestara a los cuervos ni a los buitres, y esos animales se han familiarizado de tal manera que a veces hay que apartarse para no pisarlos. Muntaner dijo que ayudaban a mantener limpios los fosos y los aledaños y también las calles de la ciudad. En el

rastro, es decir donde matan los caballos para hacer carne, hay siempre más de cien aves de esas, esperando. Les gusta la carne fría, como a ti.

»Ayer hablé otra vez con las mujerucas. Dicen cosas exquisitas, como pasa con la gente que no lee libros ni acude a las conversaciones de los estrados. Un viejo me decía: Yo tengo mi buitre y me sigue y me mira desde la rama del árbol y me espera. Por eso quiero salir también de Gallípoli. ¿En qué árbol le espera?, pregunté. Ah, yo no sé cómo se llama ese árbol, que no soy hortelano, yo. Sólo fui soldado toda mi vida. Y yo conquisté Sicilia para don Fadrique. Pregunte vuestra merced en Mesina por Paco el de Bellver. Ése soy yo y así me nombran. Algunas noches me echo en el adarve para dormir y llamo a la muerte y digo: Ya es hora. Y cuando me doy cuenta, veo que el sol amanece entre mis pies otra vez. Así, comprendo que tengo un día más. Eso decía el viejo y añadía: ¿Para qué? La verdad es que llamo a la muerte y cada vez que la llamo acude la vida. Es que no me entienden. Eso me ha pasado toda mi vida, igual en el campo de batalla que en la paz.

»Pero el viejo no había terminado. Me preguntó: ¿Es verdad que vamos a tomar Cristopol y que es una ciudad con más de cien mil hijos de puta griegos? Las mujeres que había cerca le hicieron callar. Yo soy griega al fin. Pero les dije: Es verdad que vamos a tomar la ciudad de Cristopol. La palabra *puta* no me parece fea a mí. Y añadí: Vosotros, los catalanes, y yo, que soy búlgara y no griega, vamos a tomar la ciudad. El viejo dijo señalando un escudo colgado del muro, todo abollado: Tengo que darle un repaso con el martillo. Todavía cree que la toma de Cristopol dependerá de él.

»¿Es verdad que iremos en una nave? —me preguntaba otro viejo con el brazo alrededor de la cintura de su mujer—. Yo le dije envidiando aquella felicidad simple de los dos viejos y pensando en Berenguer: Iremos en treinta y seis naves. ¿Todas ellas galeras? No. Entre ellas habrá cuatro galeras con remos y armadas. Galeras de cinco y de ocho bancos a cada lado. Y artillería en la popa, bien alta. (Comprendo que estos informes son delicados y aventurados y que debes también reservarlos para ti.) Entonces el viejo se puso a decirle a su mujer que esas galeras con artillería en la popa son el género de barco más endemoniado del mundo y que no hay

quien pueda con ellos. Dijo algo absolutamente indecente refiriéndose a la manera de pelear. Y luego me explicó que no le gustaban los barcos de vela sin remos porque cuando no hay aire se están quietos o bailan encima de las olas y cuando hay aire a veces se ponen a dar vueltas como borrachos. Y explicaba el viejo a los otros que en el estrecho por donde los treinta y seis barcos iban a navegar no habría olas grandes y que, por lo tanto, ni las mujeres se marearían ni los hombres tendrían miedo.

»Nos vamos de aquí. Si seguimos entre los buitres y los cuervos, un día comenzaremos a decir en voz alta lo que hicimos en Rodesto y a sentir arrepentimiento.

»Cuando hablaba días pasados con el infante yo le enseñaba los dientes como hacen las hienas reidoras. No lo podía evitar porque he descubierto que ese infante tiene algo de mi primo Miguel, aunque más limpio y noble. En cuanto a sus relaciones con Rocafort, siguen en el mismo estado.

»Yo creo que el poder da a los hombres (a todos ellos) ese aire de aves mojadas con collares prestados, cantos prestados y plumas de faisán. Prostituye la victoria, el poder. Lo bueno de todos estos amigos nuestros es que después de la victoria no hacen sino matar a los enemigos y comérseles la cena. Hay que vivir, es verdad. La autoridad al estilo de mi primo Miguel les tiene sin cuidado, pero son sensibles a otra forma de autoridad, la de las aldeas que se despueblan delante de sus caballos cuando alguien dice que ha visto catalanes en el camino.

»Hasta hace poco, madre —hasta que regresó Berenguer— yo sólo creía en la nada, es decir, en la venganza. Según los teólogos de Santa Sofía, el pecado es el camino de la nada, la negación. Bien, yo creía en esa nada. Todavía llevo en los oídos la voz de aquellas *makarietas*, porque en grupo y con las bocas abiertas parecía que cantaban. Parece que cantan ahora todavía, en el recuerdo. Y no me asustan en absoluto. Me parecen más bien cómicas.

»Luego he seguido creyendo en la nada, pero al llegar Berenguer esa nada se me hizo como un barrio no advertido de la creación del Señor, otra vez. Y he olvidado la nada y el pecado, es decir, la venganza. Ahora —es lo que pasa con los enamorados— lo amo todo otra vez. Hasta a los buitres. Ellos tienen su hambre y yo mi sed, una sed que existía antes que el mundo

y antes de que el sol nos iluminara. Miro a los buitres que acuden a mi terraza y tengo que salir a echarlos, pero se me adelanta Nicodemos, quien tiene que amenazarlos y a veces empujarlos con las manos, afuera, para que se vayan. Luego se lava las manos y dice que los buitres tienen piojos. Nicodemos habla muy poco porque dice que comprende que sus ideas son raras. Ayer entró y me dijo: Ese no es un buitre, sino una especie de gallina que muda de pelo.

»Yo le dije: El diablo te va a llevar un día, Nicodemos, y el buitre lo sabe. Y Nicodemos respondió: No, el diablo no me llevará. El diablo se llevará a Simeón porque no se ríe nunca. No puede reír. Tiene un secreto muy feo, más feo que el peor crimen. Y por eso el pobre no puede reírse. Se le queda helada la intención en los laberintos de la memoria. Y no puede reírse. Él no tiene la culpa, claro.

»Cuando vaya a Tesalónica llevaré a los galeotes y a las doncellas. Aunque no sé todavía si iré, porque en este momento tengo mis propósitos diseminados y mis aficiones esparcidas. Después será diferente.

»Digo, después de tomar Cristopol».

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXII

«La verdad es que vamos a salir enseguida. Ya te avisaré cuando nos acerquemos a Tesalónica. Voy a ir con el ejército de Berenguer, como es natural. Antes había pensado ir con Rocafort, pero allí va el infante.

»Tal vez no pueda enviarte noticias mías hasta que estemos en Cristopol. Tal vez las próximas (después de la boda) serán no en Macedonia sino en tierras de la misma Tesalónica. Quién sabe. Ahora no escribo más porque llegan los correos y se oyen piafar los caballos abajo y mis doncellas se excitan y salen a las ventanas. Quieren escoger sus caballos para la jornada y hay diferencias de parecer porque algunas prefieren ir con el ejército de Rocafort. Cuando lo dicen, yo las miro en silencio y ellas sonríen unas veces discretamente, otras tontamente, y todavía alguna que otra indecentemente. Sofía —ya la conoces— se ruboriza».

Veinticuatro horas más tarde salió Berenguer, a quien se le había incorporado en Megarix la princesa María con su séquito pintoresco. Berenguer le besó las manos y lo mismo hizo Arenós. Caminaban juntos y Berenguer hablaba también de Cristopol como de un lugar donde reposarían y establecerían las bases de una nueva vida. De la boda no decía nada, pero la princesa no pensaba en otra cosa.

Rocafort, que iba con los suyos una jornada más adelante, llegó a una aldea rica y grande que estaba a dos días de distancia de Cristopol, en un llano abundante de toda clase de frutas y legumbres, de arroyos y de viñedos. Las casas estaban deshabitadas, pero llenas de manjares y de vinos. Los de Rocafort llegaron al oscurecer y durmieron allí aquella noche. Al día siguiente, cuando las trompetas tocaron a asamblea, resultó que la mayor parte del ejército andaba en busca de frutas por las huertas y era ya mediodía sin que hubieran podido reunirlos.

Entretanto, el ejército de Berenguer salió de su lugar de vivaqueo más pronto de lo acostumbrado para ganarle al día las horas de frescura y comodidad. El retraso de los de Rocafort y la prisa de los de Berenguer determinaron un hecho infausto. La vanguardia del uno llegó a la vista de la retaguardia del otro. Berenguer hizo sonar sus trompetas para alertar a los suyos. Y después de la *alerta*, al darse cuenta de que se trataba de fuerzas aliadas, dio orden a todos de estarse quietos.

Las fuerzas de Rocafort habían oído el toque de *alerta* y su retaguardia tomó posiciones de combate. Una parte de la caballería avanzó hacia la vanguardia de Berenguer en disposición retadora. Los otros jinetes calaban los yelmos y se disponían también a la acción.

La princesa María y Berenguer avanzaban al trote por un costado de la columna. La princesa decía:

—Envía un lugarteniente y no vayas tú.

Estaba llena de presentimiento, pero Berenguer no le hacía caso y espoleaba al caballo.

—Al menos —insistió ella, francamente alarmada—, ponte el peto y la celada porque los otros vienen armados.

Berenguer volvió el rostro y le sonrió. Fue una sonrisa de gratitud y también un poco irónica. Puso el caballo al galope porque vio que las tropas aliadas habían establecido contacto y algunas escuadras escaramuceaban. Al mismo tiempo daba grandes voces:

—¿Qué es eso, hermanos? ¡Dejad las armas!

Algunos soldados de Rocafort entendieron que Berenguer estaba arengando a sus tropas para que atacaran a fondo. En aquel momento caían de sus caballos algunos jinetes, bañados en sangre. Los de Berenguer iban sin armaduras.

—¡Atrás! —gritaba, en vano, Berenguer de Entenza.

Cuanto más gritaba menos se oía su voz ahogada por el estruendo de los hierros y las trompas de Rocafort llamando al ataque.

Corría la princesa detrás de Berenguer con la reliquia (la madera de la cruz de Jesús) en la mano y tratando inútilmente de hacerse oír.

Los almogávares de Rocafort gritaban a coro en algunas escuadras formadas en cuña la frase sacramental: *desperta, ferro*.

Fue entonces cuando aparecieron dos caballeros con la celada echada y la lanza en ristre. Uno de ellos alzó un momento el ventalle y la princesa reconoció a Gisbert. En aquel mismo instante el otro jinete dijo detrás de su máscara de hierro:

—¡*Collons*, échate el ventalle encima!

Los dos jinetes tomaron campo a la derecha y a la izquierda de Berenguer y bajaron sus lanzas preparándose al ataque. Alzado en los estribos, sin armas y con la mano en alto, Berenguer preguntaba:

—¿Qué es esto, señores, amigos míos?

Y los jinetes enmascarados de hierro retrocedieron todavía algunos pasos más.

—Caballeros, ¿qué sucede? —repitió Berenguer.

Los otros contestaron algo detrás de sus ventalles. Las palabras no se pudieron percibir, pero sí el acento, de un rencor y una saña animales. Uno de ellos gritó para acordar sus movimientos con el otro:

—¡A una, hígados de perro!

No trató siquiera de defenderse, Berenguer. Embestido por dos lados distintos, las lanzas de Rocafort y de Gisbert le pasaron el pecho de parte a parte y se cruzaron sobre sus entrañas.

Cayó Berenguer de su caballo. Debió morir instantáneamente. La lanza de Gisbert arrastró un poco el cadáver, que tardó en desprenderse. Detrás, la princesa, a caballo, gritaba algo en griego. Una misma frase que repetía y que era más bien el alarido de un ave herida. El caballo de Gisbert chocó con el de ella y casi la derribó. Entonces Gisbert se levantó el ventalle y dijo:

—Señora, salga de aquí, por Dios vivo. Estas son cosas de hombres.

Y al mismo tiempo la lucha se generalizó.

En lugar de contener a sus tropas, Rocafort las alentaba a seguir combatiendo. Se dirigía a los turcos y turcopoles y los empujaba al exterminio de los soldados de su rival muerto, la mayor parte de los cuales seguían sin armas defensivas, inmovilizados muchos de ellos por el asombro.

Viendo que la princesa y el infante corrían peligro, Rocafort se acercó a protegerlos, pero al mismo tiempo daba órdenes para que apresaran o

mataran al *fill de puta* de Arenós. El infante rechazó la protección que le ofrecía Rocafort y atacó con su espada a los turcos, como guerrero experto.

En otro lugar del campo Arenós trataba de impedir el combate separando a cuchilladas a los unos y a los otros, pero al ver que Rocafort lo buscaba y comprendiendo que no había solución después de haber sido muerto Berenguer, se hizo atrás con los soldados que pudieron seguirle y que no llegaban a cien. Antes de huir se acercó a pedir la venia al infante.

Viendo Rocafort que el infante don Fernando castigaba con saña a los turcos, hizo tocar alto y deponer a todos las armas, con lo cual, y no sin grandes confusiones y dificultades, pudo restablecerse la paz. Conseguido esto se vio que habían sido muertos la mayor parte de los soldados de Berenguer sorprendidos en confianza y sin armas. Cubrían el campo más de seiscientos hombres caídos en su sangre.

El infante y Rocafort acudieron juntos al lugar donde habían apartado el cuerpo de Berenguer y el infante se arrodilló, se quitó el yelmo, abrazó estrechamente el cuerpo sin vida, lo besó varias veces con lágrimas en los ojos y fue tal en sentimientos que algunos de los mismos enemigos de Berenguer contenían las lágrimas con dificultad. Sin levantarse, el infante volvió el rostro hacia Rocafort y dijo ásperamente que la muerte de Berenguer había sido la obra de algún cobarde traidor. Humildemente Rocafort respondió que lo había matado su hermano Gisbert porque no lo conoció en la confusión del combate.

La princesa había vuelto a montar a caballo y con el aliento alterado, pálida y manchada de sangre de Berenguer, escuchaba impasible. Cada vez que Rocafort decía algo la princesa respondía no tan en voz baja que no la oyeran los más próximos:

—Mientes, Rocafort.

Al principio el jefe catalán buscó la mirada de dónde venía aquella voz y al ver que se trataba de la princesa pareció por un momento pesaroso y humilde. Cada vez que Rocafort decía algo, no importa qué, la princesa respondía:

—Mientes, Rocafort.

El infante pidió que se detuvieran en aquel lugar hasta hacerles honras fúnebres al capitán muerto y a sus soldados y Rocafort dijo que lo aceptaba

con gusto y pesar.

—Mientes, Rocafort —dijo la princesa.

En un momento en que Rocafort pudo acercársele, murmuró en voz baja:

—Yo no miento, alteza. Un hombre como yo no necesita mentir ni siquiera en un caso como éste.

Y se apartó yendo a ocupar el lado izquierdo del infante.

La princesa se decía: ¿A dónde vamos?

Era ya de noche y llevaban el cuerpo de Berenguer en una especie de litera sobre dos caballos emparejados con yugos. Delante y detrás iban hacheros y en la noche todo aquello tenía un aire lúgubre. A veces se acercaban a Rocafort algunos jinetes de los que corrían al flanco y saludaban. Rocafort les preguntaba con un gruñido y ellos decían siempre lo mismo:

—No hay señales. Ha debido escapar al campo griego.

El infante sabía que se referían a Arenós. La tercera vez que presenció aquella diligencia, el infante dijo:

—¿Qué queréis, Rocafort? ¿Que venga Arenós a tu lado a hacerse cómplice del asesinato de Berenguer?

Rocafort no dijo nada. El infante iba hablando a la princesa para que Rocafort le oyera:

—Berenguer era el mejor de los hombres y ningún otro capitán se le podía comparar. Lo que ha sucedido es ignominioso. ¿Quién iba a decir que moriría a traición y a manos de los suyos? Los que le debían sumisión y gratitud lo asesinaron a la vista mía, a la vista de su Rey.

Repetía Rocafort que su hermano Gisbert no lo había conocido hasta que, muerto, cayó del caballo. Y la princesa decía:

—Mientes, Rocafort.

En el silencio y la oscuridad de la noche la cara de Rocafort no se podía ver. La de la princesa, a juzgar por la modulación de sus palabras, debía ser tranquila y firme. Rocafort llegó a tener miedo de aquella firmeza fría. Se alegraba de que las sombras los separaran. No estaba seguro de poder resistir su mirada.

Enterraron a Berenguer en una ermita con la mayor pompa posible. El infante volvió a hablar y amenazó con hacer justicia en Sicilia y en Cataluña. Se apresuró Rocafort a decir que estaba de acuerdo y que sería el primero en ayudarla, pero que debía advertir que su hermano era inocente.

Al dejar el cuerpo del muerto en el mausoleo, la princesa María se arrodilló y estuvo inmóvil y en silencio un largo rato. El infante la levantó y la llevó casi en brazos a su caballo.

Luego todo el ejército acampó cerca y se alzaron tiendas y se encendieron los fuegos de la noche. La princesa María no quiso acostarse. Estuvo toda la noche sentada en una piedra y cubierta con una manta, como una pobre mujer.

En una tienda próxima Gavasa, el capitán de Jaca, velaba, atareado. La princesa veía su sombra inquieta y móvil sobre la lona. Gavasa escribía lo que había visto para enviar su carta a Aragón con los correos de mar. Aquella noche anotó lo siguiente con su estilo peculiar y sin puntuación ninguna: «Berenguer caballero de boca y mano del rey ha sido muerto en el campo por los partidarios de Rocafort y algunos dicen que por Rocafort mismo y su hermano Gisbert porque uno de los que lo arremetieron llevaba echado el ventalle y no se puede saber quién era aunque es lo que yo digo si la cosa no se averigua será porque Rocafort no quiere pero yo lo vi que estaba al lado y la cosa fue para no olvidarla porque Berenguer estaba gritando paz y dando aviso de que se apartaran y no siguieran lidiando entre hermanos y los otros sin querer entenderlo y yo quería entrar a apartarlos pero iba también sin armas como Berenguer y los otros bien acorazados ¿qué hacer? apartarse y aguardar que unos y otros se dieran cuenta, pero Berenguer iba sin yelmo y sin gorra ni peto ni quijotes a cuerpo limpio como en un viaje de placer y gritaba hermanos ¿qué es esto? al mismo tiempo Arenós sacaba la espada y comenzaba a separar a los lidiadores a cuchilladas porque Arenós aunque no armado del todo llevaba peto y espaldar y yelmo y gritaba otras cosas con la furia de lo que veía y la voz muy encarnizada y decía las malas palabras que se dicen en la pelea pero nadie le oía como Berenguer que decía a Arenós que guardara la espada para evitar mayor confusión y en aquella parte de la columna donde la retaguardia del uno y la vanguardia del otro se tocaban ya la pelea se

extendía que los ánimos no eran para otra cosa y entonces Berenguer sueltas las riendas y con las manos desnudas que no llevaba cosa en ellas vio dos jinetes que tomaban campo el uno frente al otro y al sesgo que el uno era Gisbert y el otro Rocafort o creo que lo era porque decirlo de fijo no podría ya que llevaba echado el ventalle y Berenguer viéndolos llegar con las lanzas dijo caballeros ¿qué es esto? Y no dijo más porque recibió las dos lanzadas al mismo tiempo y si no cayó enseguida del caballo fue porque las dos lanzas en aspa lo sostuvieron un rato mientras que la montura y el caballo y el suelo se llenaban de sangre y yo lo vi porque estaba a una distancia no mayor de tres lanzas y estuve tentado de ponerme enmedio entre los lidiadores antes de que Berenguer fuera atacado por amor que para Berenguer he tenido siempre pero en un momento así nunca se sabe lo que uno puede hacer que no hay tiempo para considerar nada y de haberlo considerado habría sido igual porque ya digo que eran dos lanzas a previsión de que alguno quisiera intervenir y si una fallaba la otra acertara que fue cosa de verlo y no verlo y una lástima mayor que ninguna otra de las muchas que se ven en las guerras que los compañeros de ayer así se maten como bestias feroces en el bosque y aún peor que las bestias tienen sus leyes y sus respetos entre ellas pero allí estaba yo sin saber qué hacer y todo ya pasado y sin remedio con el cuerpo Berenguer caído en tierra y todos nosotros refrenando los caballos para no pisarlo porque algunos animales muy viciosos y acostumbrados a la guerra gustan de pisar al enemigo caído y se soliviantan a la vista de la sangre ya digo que yo tenía que refrenar el mío y la tarde estaba ya adelantada y el sol bajo cuando nadie sabía qué hacer allí y la princesa y Arenós y nosotros viendo como el combate crecía y a pesar de todo sin hacernos entender de nadie yo bajé del caballo con peligro porque en aquella parte no había nadie a pie y todos los jinetes combatían y con ayuda de otros dos cogimos el cuerpo de Berenguer que estaba acabando de vaciarse de sangre y lo llevamos aparte cosa de un estadio y allá lo dejamos con algunos capitanes yo creo que vivía aún y la princesa que estaba muy pálida y decía cosas en griego con los ojos extraviados y también estaba Arenós y la princesa le dijo qué haces aquí, Arenós, ¿quieres que te hagan lo mismo que a Berenguer? Y Arenós dijo mejor será que haga yo lo mismo con algún villano, bellaco, borde, hijo de

un amurcón y la princesa dijo que no y que debía marcharse con sus tropas cuanto antes ¿a dónde? a un castillo cualquiera de los alrededores y Arenós dudaba y la princesa repitió que marchara entonces mismo con los suyos porque de otro modo las cosas se harían peores cada instante y quién sabe a dónde iríamos a parar y Arenós fue a ver al infante y lo encontró con la espada en la mano mandando a los turcos que se retiraran y Arenós le pidió licencia para irse y salió al galope con unos cien jinetes por fin al caer la noche se acabó la refriega y la mayor parte de la gente de Berenguer estaba muerta o malherida y entonces se acercaron algunos con antorchas a donde estábamos con el cuerpo de Berenguer y la princesa sentada en una piedra en el suelo miraba a otra parte sin querer ver más la lastimosa figura de Berenguer que unos dicen que era su amor y que iba a casarse con lo cual nos habría beneficiado a todos y otros que era sólo su cortejo y galán pero fuera lo uno o lo otro y bien podría ser que fueran las dos cosas al mismo tiempo la princesa estaba desconsolada y en esa situación que impide llorar cuando el dolor cierra todas las llaves del sentir y no se puede sino callar y esperar y ni siquiera pensar porque la princesa tenía la cara alelada y los ojos fijos en el aire sabiendo que todo era por demás y que nada se podía ya hacer y era locura y vanidad y miseria que eso veía yo en aquel momento y lo digo como lo siento aunque no sepa declararlo con buenas palabras porque no soy letrado y entonces se acercó el infante don Fernando todavía manchado de sangre y a la luz de las antorchas aunque todavía había algo de luz del día puso las dos rodillas en tierra al lado del cuerpo de Berenguer y se puso a hacer el más grande duelo que un hombre puede hacer por la muerte de otro y allí era llorar y besar la cara de Berenguer y llamarlo su hermano y su amigo y su mejor caballero y allí era volverse hacia Rocafort que estaba detrás a caballo y decirle que aquello había sido una grande y miserable traición y todos los que estábamos allí sentíamos lo mismo que el infante y veíamos cómo la amistad y la lealtad entre señores y caballeros es mayor que entre los soldados de ventura y también veíamos cómo en nuestra patria aragonesa y catalana la lealtad de los nobles a su rey es pagada con amistad verdadera y amor y la casa de Entenza que venía a tan triste suerte merecía glorias y honores por la calidad de Berenguer y de otros caballeros que fueron antes que él y el infante volvía a decir en voz

más alta que aquella traición merecía el castigo mayor y entonces Rocafort de mala gana pero mostrando alguna clase de dolor dijo que lo sentía mucho y que nadie había conocido a Berenguer hasta que cayó del caballo en la pasión de la pelea con lo que el infante pareció calmado pero un gentilhombre dijo a Rocafort que era grande falta de respeto hablar al Rey desde su caballo estando don Fernando a pie y Rocafort desmontó y dijo expresiones de humildad yo creo que si Rocafort no hubiera dado excusas aunque fueran embustes que allí habríamos visto más sangrientos hechos todavía pero Rocafort salvó el respeto por el muerto y el infante aunque es cortesano sabe imponer su autoridad y castigar al culpable en la corte y en el campo de batalla y la princesa María hizo repetir al jefe del campo lo que había dicho como si ella no hubiera oído y eso era para que constara en los oídos de todos lo increíble de la disculpa y lo poco de creer que era que casi nadie creyó a Rocafort y tampoco lo esperaba el mismo Rocafort quien desde que tiene consigo los turcos y turcopoles se alza a pensar que es otro hombre y tiene ideas de sí más altas de lo que conviene a un simple particular y se atreve a considerarse ya como persona de oro y por eso toma un continente y hechura que a veces ofende aun a sus amigos pero ni la princesa ni el infante le han vuelto a mostrar benevolencia ni amistad sino que evitan hablarle y cuando lo hacen es sin disimular su desgana y su recelo pero yo nunca he visto nada más miserable y lastimoso que el infante don Fernando hombre granado y barbado llorando y algunos que lo veíamos no podíamos contener las lágrimas y es lo que yo digo allí en la noche y bajo el cielo de Dios estábamos contemplando algo que nos representaba la fraternidad de los hombres y la importancia que tiene saber respetarse los unos a los otros y aceptar la autoridad donde Dios ha querido establecerla que sin ella todo se lo llevaría el diablo tarde o temprano y así son las cosas que muchos vamos ahora con desgana en las tropas de Rocafort y haríamos algo por remediar el mal si tuviera remedio en todo caso Rocafort ya no es hombre particular como antes sino que quiere levantarse a figura pública como el que dice ahora y se le presenta la mayor dificultad de su vida porque ¿qué va a hacer un hombre cuando ha subido los últimos peldaños y allí no tiene el respeto natural de los demás ni el resplandor de las virtudes

que es de lo único que puede desprenderse alguna forma de dignidad y despertar reverencia en nosotros?»

Todo eso escribió Gavasa aquella noche con un ánimo muy distinto del que tenía cuando anotó sus impresiones sobre el combate primero contra los turcos en la península de Artacio y a poco de llegar a Oriente con Roger.

Dudaba Gavasa de que Rocafort fuera hombre capaz de conservar la victoria y de aprovecharla en bien de todos. ¿A dónde iría con todo aquel poder y qué haría para establecer alguna calma de duradera autoridad? Como decía Gavasa en unas líneas que añadió a su escrito: «Hay hombres que valen para organizar el combate otros para matar otros para gobernar la victoria y otros que no son guerreros ni capitanes ni generales para unir las voluntades de los demás con un fin común y establecer el reino y el imperio capaces de permanecer pero eso no se basa en el hierro ni en el encono y tampoco en el amor ni la amistad sino en la templanza y la nobleza del ánimo y eso la sola presencia de la princesa o el infante dicen lo que es cuando yo no puedo ponerlo por palabras porque hay algo de milagro y de merced de Dios que hombre en el mundo no sabría declarar si antes pensé a veces que éramos guerreros y a veces bandoleros de caminos con el nombre de ejército franco ahora después de lo que ha hecho Rocafort digo que nuestras valentías han perdido calificación y bajado a tal extremo que no sé cómo el infante puede seguir con nosotros un día más en cambio antes cuando vivía Entenza todos éramos soldados de la cristiandad capaces de salvar nuestra fe y los reinos que la profesan y capaces de extender el poder de Aragón hasta el sol naciente».

Decía Gavasa todo aquello para dar noticias de sí a sus familiares de Amposta en el término de Tarragona. Entregaba sus cartas a los correos marítimos que iban a Sicilia y desde allí las llevaban en los de la casa real a Tarragona, a través de Nápoles y de Génova.

Se gastaba en portes una cantidad respetable al cabo del año e ignoraba que sus parientes no daban crédito a lo que decía porque siempre había tenido fama de fantástico.

Al día siguiente, un poco antes del amanecer se levantó el campo. El infante hizo decir una misa en sufragio del alma de Berenguer, a la que asistió toda la población cristiana. Y estaba el infante a la izquierda del

altar, con sus maceros y la princesa a su lado, quieta y sin levantar los ojos del suelo. Rocafort no se atrevió a hacer su presencia ostensible y se quedó fuera, cerca de la puerta. Luego se reorganizó la comitiva y el ejército se dirigió hacia el mar buscando el lugar donde, según lo convenido con Muntaner, tenían que estar las cuatro galeras y los demás barcos que transportaban la población civil de Gallípoli.

Llegados allí —era un pequeño puerto cuya población había huido a Cristopol—, el infante reunió a los catalanes y volvió a decirles que por última vez les comunicaba el deseo del Rey don Fadrique de aceptar sus obediencias y de tomarlo a él como lugarteniente general. Se veía que lo hacía sólo por cumplir una formalidad oficial y sin la menor esperanza o deseo de ser escuchado. Rocafort respondió:

—Lo que dije antes es lo que repito ahora. Te ofrecemos obediencia y acatamiento a ti, alteza, que estás cerca y que cuidarás de nuestras necesidades y mereceres. Pero no a la persona de don Fadrique, que está lejos y tiene otras obligaciones más cercanas.

El infante añadió:

—Te sientes fuerte y ya no disimulas tus habilidades. Si piensas solamente en tu fortuna, tienes disculpa porque lo primero que haría el Rey mi tío es pedir justicia de la muerte de Berenguer y de sus valientes caballeros y soldados. Todos son testigos de qué Rocafort se niega a aceptar las banderas del Rey mi tío. Yo considero acabada mi misión y volveré hoy mismo a mis galeras con rumbo a Sicilia.

Se retiró a bordo. La princesa se quedó en tierra y poco después se vio rodeada de los capitanes de Rocafort y de su propio séquito. Rocafort le dijo:

—Si quieres irte a bordo, alteza, puedes hacerlo, sola o con los tuyos. Yo no tengo para ti, oh, hija del kan de Bulgaria, sino reverencia.

Ella lo miró de arriba a abajo y dijo:

—Mientes, Rocafort.

Como había tantas personas presentes y era de día, aquellas palabras tuvieron más violencia que antes. Nicodemos, que no había abierto la boca desde la muerte de Berenguer, se preguntaba si la princesa habría perdido la razón. Hablaba menos que nunca, la princesa, y parecía conducirse de un

modo mecánico y sin espíritu. Simeón no sabía si era una mujer vacía o demasiado llena de propósitos o sentimientos secretos.

El ejército siguió paralelo al mar y caminó una jornada más en la dirección de Cristopol aunque sin la seguridad de acometer la ciudad porque con la pérdida de cuatro o cinco días, las traiciones y la guerra intestina, el enemigo había tenido tiempo de fortificarse. Rocafort, al saberse dueño absoluto de los ejércitos y del campo, no sólo de Tracia sino de una parte de Macedonia, sentía que sus planes iban cambiando. Comprendió que había pasado de ser un simple soldado de fortuna a tener en sus manos los hilos de la historia en un lugar determinado de la tierra. Muchos soldados lo notaban, especialmente Gavasa, quien lo decía en voz baja a sus amigos. Lo notaban en la manera que tenía Rocafort de hacerse el distraído cuando le hablaban y de tender la mirada desde el caballo sobre la infantería almogávar. Sin embargo, sus insignias eran las de siempre y en su coraza no había otros distintivos que las huellas crudas del martillo de la herrería.

Después de hacerse de noche siguieron caminando hasta el lugar donde debían esperar las naves de Muntaner. Suponían que aquellas naves habían llegado días antes a la isla de Tarso, que estaba a pocas millas de la tierra firme. En aquella isla estaría seguramente también el infante don Fernando y en ese caso Muntaner conocía ya los sucesos de cuatro días antes, es decir, la exterminación de Berenguer y de su ejército.

Mientras caminaba en la noche, Rocafort se acercó a la princesa María:

—Yo tengo también sentimientos humanos, señora —le dijo entre resentido e iracundo.

La princesa callaba. El rostro de Rocafort parecía más oscuro en la sombra y ni su palidez ni su mirada podían denunciarlo. La princesa lo miró extrañada de sus palabras. Luego rio. Era una risa nerviosa y artificial. Luego habló:

—Me río como se ríen los juglares que reciben bofetadas delante del rey. Yo he hecho males también, males por omisión. El más grande ha sido no hacerte cortar la cabeza el primer día.

—¿Qué día fue el primero? ¿El de Rodesto? Una buena jornada la que tuvimos en Rodesto tú y yo.

La princesa callaba. En aquel río de hierro se sentía transportada por fuerzas superiores a su voluntad.

—Eres una bestia —dijo por fin.

—Todos somos bestias —dijo Rocafort—. Y menos que bestias, pero hay algunas bestias que saben a dónde van y otras no. Yo sé adónde voy.

—Sí, a Cristopol. Ojalá te rompas los dientes contra las murallas.

—No quisiera, porque entonces podría ser que te los rompieras tú también, señora. Tú, que enviaste a tu madre la noticia de que íbamos a atacar Cristopol. ¿Sabes que por eso podría yo condenarte a muerte? No digas que no, porque tengo aquí tu carta.

—Llama al verdugo, si quieres.

—No. Sería más fácil que tú aceptaras casarte conmigo —y añadió bajando un poco la voz—: Yo sé que acabaré por fundar un linaje. No quiero tenerte por enemiga. Sé que las mujeres como tú, de manos delicadas y ojos huidizos, son peligrosas. Lo mejor sería casarnos. ¿No quieres casarte conmigo? Estabas dispuesta a la boda con Berenguer. ¿No quieres que sea yo quien deshaga tus galas?

La princesa pensaba que Rocafort se atrevía tanto por estar allí a oscuras, caminando en la noche, sin verse los rostros.

—¿No quieres casarte conmigo, señora? Quizás es mucha ambición esa de ser tu marido. Bueno, ¿podré contar un día con merecer ser tu amante por lo menos? Yo soy por ahora el más poderoso de todas las naciones de Levante. Conmigo tus empresas estarían seguras. Cerca de mí podrías dormir más tranquila y reverenciada que ninguna otra princesa en el mundo. ¿No te tienta la idea, señora?

Sabía la princesa que Rocafort había hablado de ella a las doncellas. Constantina le había dicho dos o tres veces a la princesa: «Ese hombre está loco por ti, alteza». Y ahora Rocafort repetía:

—¿O prefieres que te juzgue y te condene a muerte por haber avisado de mis planes al enemigo? Así, en la noche, es fácil hablar. Yo te digo princesa, que ahora soy más que Roger y más que Berenguer. Más que tu tío y más que tu padre. Por eso me atrevo a hablarte así. Necesito que te cases conmigo. Yo he matado a Berenguer. Yo he matado a otros sólo porque habían puesto los ojos en ti. Yo mataré a todos los que te miren

como hombres y a todos los que te hablen con la voz ronca y el color bajo porque te desean. Arenós no se volverá a acercar nunca a mí. Ese hidalgo perfumado lo sabe. Sabe muchas cosas, aunque no las dice nunca. Y él te ha mirado como macho. Berenguer era viejo para ti, pero Arenós tiene el primer bozo en la cara todavía. Tiene cara de cabrón lechal. No se me acercará. Si se acerca, lo mataré también, como habría matado al infante don Fernando si se hubiera atrevido a hablarte de matrimonio. Y, sin embargo, en ese caso habría sido más natural. Yo sabía que no lo hacía porque su tío, el Rey de Sicilia, le ha ordenado que no se case con ninguna princesa, para que estas provincias sean unidas a sus territorios y a su corona, y el infante don Fernando guarda su palabra. Yo sabía que la guardaría como hacen los que no tienen otra cosa que guardar. Pero si yo no la guardo es porque tengo otras muchas cosas a mi cargo. La vida de seis mil hombres. Seis mil, princesa. Esos seis mil soldados valen tanto como sesenta mil de tu tío. Diez por cada uno. Sesenta mil. ¿Cuándo ha tenido nadie en estas naciones sesenta mil soldados? Soy poderoso y lo seré más cada día. Pero no tenemos cabeza. Lo digo en serio. Nos falta una cabeza coronada. ¿Quieres ser tú la cabeza de todos? Entonces, ya sería diferente. No seríamos una cuadrilla de forajidos buscando la comida a punta de espada por estos valles. Ya seríamos una nación. Hay diferencia, ¿eh?

—Una nación éramos Berenguer y yo.

—Y lo seremos tú y yo, alteza. Yo valgo lo que pueda valer otro y, además, lo que vale Rocafort. Necesito tu cama. Para tenerla maté a Berenguer. Una de las dos lanzas fue la mía. Muchos se dieron cuenta porque saben que no hay nadie como yo para dar el antuvión y meter la lanza entre las costillas apoyando el guardamano y la zurda en el arzón de la silla. Los que estaban cerca saben que fui yo. Pero nadie lo dice. Nadie lo dirá nunca mientras sepa que está a mi alcance. Lo que no saben es que lo hice por ti. A pesar de todo. A pesar de que le avisaste de mis planes de guerra al enemigo.

Seguía hablando Rocafort y la princesa María pensaba para sí misma sin oírle: «Sus amenazas son ridículas. Lo único que existe para mí es el recuerdo de Berenguer. Yo le decía: Retírate, ponte la coraza, apártate de aquí, pero él no me quería escuchar. Tal vez sabía que iba a la muerte y, sin

embargo, prefería la muerte a la paz de las palomas de Bulgaria. Cada vez que lo pienso puedo odiarlo como a Roger sin dejar de quererlo. Si lo odio un poco menos es porque llevo aquí, al lado, a Rocafort, contra el que se dirigen mis iras secretas y mis iras aparentes». La idea de que cada paso de su caballo le acercaba a Tesalónica le parecía cómoda.

En la noche, oyendo a Rocafort y caminando con aquel torrente de cuero y hierro, pensaba: «La risa no me serviría ya para nada. Conservo la imagen de aquel juglar que se reía cuando le pegaba mi tío Andrónico con un látigo. Y el otro bufón viejo y asmático le decía al Emperador: *Zurriágamelo bien, monarca*. De los males que yo podría hacer por omisión, el más grande no lo he hecho y tal vez no lo haré nunca. Yo llevo a Rocafort a mi lado y siento en él una especie de odio venenoso y de pecadora fe primitiva. Dice que ha matado por mí a Berenguer. Mentira. Nadie mata por nadie. Cada cual mata por sí mismo. Ahora Rocafort tiene miedo y dice que mató por mí. Dice que ha matado y que matará por mí. Para dejarme sola —separada de los otros— con él. Estas palabras entre hombre y mujer son como arrojadas a un pozo sin fondo y convocan a una clase peculiar de espíritus: los ángeles viciosos. Hay un ángel vicioso ahora sentado delante de mí, en mi caballo. De esos ángeles que suelen acompañar a los cardenales en sus viajes. Y hay risas de ángel a mi alrededor (de ángel vicioso), al mismo tiempo que los ronquidos de Simeón, que se ha dormido en su caballo. Ronca Simeón como un cerdo. Y Rocafort repite una vez más que podría matarme legalmente como espía».

Rocafort preguntaba algo a la princesa por tercera vez. Le preguntaba si estaba fatigada del viaje. Era como decirle: «¿Quieres que nos detengamos aquí y plantemos las tiendas?». La princesa dijo que no estaba fatigada y siguió con sus reflexiones: «Queda siempre la incógnita de los deseos larvados. La incógnita es un rostro grande colgado sobre el mar del atardecer. Cuando comience a amanecer estaremos en los arrabales, entre los burdeles del puerto. Todos los soldados querrán quedarse en los burdeles del puerto. Hay algo contra lo que Rocafort puede muy poco: el hambre de frutas frescas de sus tropas cuando pasan cerca de una huerta y también el deseo de la hembra. Debajo de esos deseos que a mí no me parecen mal hay ecos de canciones castellanas. ¿Pero y yo? ¿A dónde voy? ¿Qué haré?».

La princesa oía hablar a Rocafort. Decía que no atacaría a Cristopol porque había avisado ella a su madre la reina de aquel propósito y de la cantidad de fuerzas que llevaba. La princesa, sin contestar, seguía pensando: «Cada cual imagina el secreto del otro y sonríe en la sombra, como una corneja. No quiero verlo a Rocafort a la luz del sol, mañana, pero ¿cómo podré evitarlo?».

Rocafort la llamaba por su nombre a secas:

—Vamos a vivir cuatro días, María. O cuatro horas. ¿Quién sabe?

—Eso es verdad —dijo ella—. La muerte se equivoca a veces de puerta y también se equivoca de camino y de jinete. Pero aunque se equivoque, no es fácil que me encuentre a mí, Rocafort.

—Vamos a vivir quizá unas horas —insistía Rocafort sin oírla— y vacíos de sangre no seremos más que un harapo secándose al sol. Como eran en Rodesto las personas aquel día nuestro, digo, tuyo y mío. ¿Por qué privarnos entonces de lo que queremos, digo, de lo que yo quiero? Yo tengo tu cabeza en mis manos por lo que tú sabes, pero donde quiero tenerla es en mi almohada.

La princesa oía, pero no escuchaba. Y se decía: «De la lejana Europa vienen cientos de cartas para estos bárbaros, todas con las señas confundidas. Cartas de mujer. Las escriben dejando entretanto sus ubres redondas en las bocas de los ciudadanos. En la leche que rebosa de los labios hay arena. Arena de Francia, de Aragón, de Mallorca, de Sicilia. Viene esa arena de las playas de los menesterosos, con ruido de celadas rotas arrastradas por el viento. Las cartas traen noticias de hombres que quieren ser más que hombres y que mueren por eso; por tratar de ser más que hombres». Y a su lado seguía Rocafort:

—Yo he matado, a Berenguer. Alguna vez tiene que comenzar uno a ser hidalgo, ¿no es eso? Para serlo yo tenía que acabar con él. ¿Sabes qué te digo? Si tú te hubieras casado con Berenguer no habrías hecho más que dormir con un hombre que te consideraba inferior y que llevaría tu Imperio a la corona de Fadrique como una provincia más. Y tú no serías la esposa sino la barragana, porque Berenguer estaba casado en Aragón y tiene hijos con barba mandando castillos. ¿Oyes? Conmigo serás dueña de tu Imperio y de mí, serás reina de tu casa y…

No sabía si era bueno decir lo que quería decir en aquel momento, pero como una difícil concesión al mundo de las mujeres añadió:

—… y de mi corazón.

Había decidido hablar del corazón cuando vio que salía la luna. La princesa pensaba en otras cosas: «Es verdad que Cristopol es una de las mejores ciudades del Imperio y que hay un castillo en lo alto, en el centro y en lo alto, y un *kenourgion* y un trono vacío esperándome y cada paso nos acerca a él. Allí están prevenidos. No se asalta una ciudad prevenida así como así. Para llegar a Cristopol hay todavía muchos caminos, todos malos, y en ninguno de ellos está Berenguer».

El caballo de la princesa se rezagaba. Rocafort la esperaba para igualarse con ella otra vez y la princesa dijo:

—Mi caballo tiene miedo.

La cara de Rocafort parecía de metal a la luz azulenca. Y la princesa lo miraba de reojo, pensando: «Mató a Berenguer y ahora me promete toda grandeza posible si respiro de un modo alterado y desacompasado debajo de sus labios. Pero la grandeza posible la tengo ya y es algo desairado y sórdido y musical, como la misa mayor de Santa Sofía con el archimandrita vestido de gala y las esquilas de los campaniles sonando. Entretanto, todos callan en la ciudad todavía lejana y ese silencio nos intriga a todos. A todos, menos a Rocafort. ¿Será capaz de acusarme de espía y de cortarme la cabeza si me niego?».

Los caballos se acercaron demasiado y las rodillas de él y de ella se rozaron. Al mismo tiempo Rocafort dijo unas palabras que parecían salir de su violenta voluntad inconsciente:

—Si no te casas conmigo será como si llevara el cadáver de Berenguer pudriéndose a mi espalda. Y tendré que acusarte delante de las tropas. Yo. A ti.

La noche pesaba sobre ellos. Pensaba la princesa: «Todo podría ser voluptuoso en la naturaleza, desde los gusanos sin alas a los turcos viejos de barbas blancas que devengan soldada. La mano de Rocafort también podría serlo. Este criminal ciego y sordo me arrancaría ahora mismo de mi caballo y me pasaría al suyo. Con sus manos en el aire, como si fuera yo la muñeca japonesa que me regaló el cocinero de Roger. No lo hace porque tiene

miedo de la risa de los soldados que vienen detrás. No iremos a Cristopol. No estaremos en la ciudad por las buenas ni por las malas. Tengo la impresión de que todo el mundo agoniza en Cristopol, en las esquinas, unos de pie y otros acostados, como en Rodesto. Hay que respetarles la agonía. Si esta bestia atacara la ciudad, podría ser que se produjera un pánico. Pan es amigo de estos catalanes. Y si hubiera un pánico podría ser que Rocafort no se rompiera los dientes contra las murallas. Ha llevado el cuerpo de Berenguer colgado de su lanza. La primera vez que le vi hacer eso fue en Rodesto al salir con su caballo de la iglesia. Delante de él huían los viejos y los mozos a refugiarse en alguna parte. Todos los rincones estaban llenos de fugitivos temblorosos. Y detrás de Rocafort se veían en la iglesia, sobre el presbiterio, dos alas de madera socarradas por sus plumas más secas, echando humo todavía. Todo el mundo corría, gritaba, se interpelaba. Y Rocafort decía cosas en catalán que yo no entendía».

Los caballos se acercaron demasiado y los jinetes volvieron a rozarse las rodillas. Rocafort parecía ir recobrando la confianza en sí mismo:

—No creía Berenguer en el amor, pero tú le gustabas. Yo tampoco creo en el amor, pero tú me gustas. Berenguer nunca hablaba de su propia nobleza. Yo tampoco hablo nunca de mi bellaquería. Nos parecemos, pues, en algunas cosas. La única diferencia consiste en que yo te necesito y tú, si lo piensas despacio, me necesitas a mí, también.

Iba a poner Rocafort su mano en el muslo de ella, pero la desvió y la puso en el cuello del caballo:

—No era Berenguer tan noble como decía la gente. Ni yo soy tan bellaco. Berenguer tenía en Villalonga seiscientos cerdos instalados por parejas para la cría. Cada pareja en su choza y Berenguer hacía lavar las chozas tres veces por semana. Nada de eso he hecho yo todavía. Además, escondía un secreto en el rincón más oscuro de su vida. Bueno, todo el mundo tiene un secreto cuando pasa de los treinta y cinco. Pero él lo celaba para que no lo descubriera nadie. Yo conozco ese secreto. Yo, aquí donde me ves. Si te lo dijera, ya no volverías más a pensar en él, digo, en Berenguer.

Cambió de dirección y comenzó a decir con acento quejumbroso que, a pesar de todo, Berenguer valía más que él y tenía que confesarlo. No le

dolían prendas. Comprendía que la princesa lo hubiera querido. Hombres como Berenguer quedaban pocos en el mundo, pero ¿qué podía hacer? El amor de Berenguer por la princesa era un insulto y una provocación de cada día. Lo único que podía hacer un loco de amor con una lanza en la mano era clavarla en alguna parte.

Callaban y seguían caminando. Rocafort dijo:

—Será lo que tú quieras, alteza. Ni más ni menos que lo que tú quieras.

Lo dijo con una gran desolación en su voz.

—Yo he nacido para galopar con los que galopan, para gritar con los que gritan, para herir al fuerte y degollar al herido. Un día seremos todos como las *makarietas* de Rodesto. ¿Y qué? Berenguer era un hombre, y yo sólo soy un perro, de acuerdo. Nací como un perro. Éramos varios hermanos y mi madre era una perra también, y nos lamía al nacer y luego nos daba de dentelladas a ver quién devolvía el golpe. Si alguno no lo devolvía, lo dejaba reventar en un rincón sin darle la teta. Nací como un perro y moriré como un perro. Sin dejar de ser perro me considero algo más que tu tío Andrónico. Moriré como un perro. Lo prefiero a montar la guardia en el campamento mientras tú te acuestas con Berenguer, el que mantenía con sangre de frailes albigenses los cerdos de Villalonga, los cerdos de la baronía de Entenza. Bien. ¿No querías saberlo, su secreto? Ese es. Ya lo sabes.

Al sentir la princesa la mano de Rocafort en la rodilla, le puso la suya encima al mismo tiempo que dijo:

—Mientes, Rocafort. Berenguer no hizo nunca una cosa así.

Era la mano de Rocafort rígida como de madera, con vello en los artejos. Pero tibia y sensitiva. La princesa la tomó y la separó de su rodilla. De modo que Rocafort no sabía si el contacto había sido una caricia o una repulsa.

De pronto dijo que no podía caminar más aquella noche. Mandó tocar alto y en menos de una hora quedó el campamento dispuesto, cubriendo una llanura inmensa.

Por el lado izquierdo llegaban las auras salinas del estrecho. Al frente se presentía el mar abierto con las brisas más frías y húmedas. Era una sensación de libertad un poco salvaje. La princesa pensó: «Tal vez Rocafort

tiene razón y va a morir un día como un perro. Pero es un hombre a quien no se le puede decir nunca que tiene razón». Le parecía triste que Rocafort muriera como un perro, a pesar de todo. No era un ser humano, pero tampoco un perro. Tenía algo del macho cabrío de Pan, del toro de Pasifae, del cisne de Leda, del caballo de los centauros, de los cerdos de Circe y también, de las cosas vegetales: el laurel de Dafne, por ejemplo, en sus barbas. Ella, María, estaba casi segura de que Rocafort, cuando dejó de hablar y se mantuvo un largo trecho en silencio estaba de veras conmovido. Y la princesa pensaba que le habría gustado verlo morir como un macho cabrío, como un toro, como un centauro, como el cisne de Leda, como un laurel y como los cerdos todos de Circe.

Y se decía: «Berenguer no es ya más que un poco de carne en descomposición envuelta en harapos rígidos y en sangre seca. Un día lo será también Rocafort y lo seré yo. Bien. Puedo compadecer a Berenguer y a Rocafort y a mí misma y poner mi mano sobre la de este asesino y esperar (sin dejar de compadecerme de nosotros tres) el fin de cada uno. Ahora debe ser Rocafort el que caiga. Yo haré que caiga sin dejar de compadecerlo y, si es necesario, sin dejar ocasionalmente de estar con él y hasta —quién sabe— de desearlo en algún momento del día porque los gusanos, los perros, los toros son así, especialmente cuando saben que se les acerca el fin».

Cuando montaba a caballo, la princesa sentía que se identificaba con la bestia y que se sentía a sí misma separada y distante de su propio cuerpo, al que podía dejar hacer lo que quisiera, como dejaba hacerlo al caballo. Así y todo, ella rechazaría a Rocafort, como los caballos se rechazan a veces entre sí.

Pero prefería no hacer cábalas ni pensar más en aquello.

Quería acostarse y dormir. Se sentía fatigada, rendida en cuerpo y alma. Habría querido matar a Rocafort, pero no sabía cómo se puede matar al mismo tiempo al laurel, al macho cabrío, al toro, a todos los cerdos de Circe, etc. Había algo que no podría menos de suceder y de provocar ella de alguna manera. «Rocafort había dicho de sí mismo que un día moriría como había vivido: como un perro.» Bien, había que dejar que aquel vaticinio se cumpliera. Sabía que no conseguiría nunca ayudarle a morir, empujarle a

morir. Había tenido esta revelación el día anterior, caminando a caballo y viendo delante de ella el caballo de Rocafort. Porque Rocafort era todas aquellas cosas: el toro, los cerdos, etc. Iba el caballo y su jinete adelante. No mucho más adelante, pero bastante para verlo a él y a su caballo desde los cascos al yelmo. Y el animal, sin detenerse, satisfizo una necesidad. No es demasiado repugnante eso, con los caballos. Pero tuvo la princesa María la impresión de que era Rocafort el que lo hacía. Era el caballo, pero era Rocafort. Eso cambió sus ideas sobre el asesino. Lo hacía más inaccesiblemente peligroso, como un rinoceronte o un grifo.

Desde aquel momento le pareció difícil empujar a aquel hombre a la muerte del perro o del gusano. Un hombre que podía hacer aquello delante de ella sin dejar de amarla debía tener una muerte propia, secreta e indiscernible, como la del grifo o del cocodrilo.

La proximidad de Rocafort después de esta reflexión no le incomodaba tanto a la princesa. Pero dijo que quería estar sola y Rocafort se apartó. Había muchos problemas y los ayudantes (ya no tenía el consejo de los doce, sino algunos ayudantes que nombraba a capricho) se acercaban a preguntar y a pedir órdenes.

Sola por fin, la princesa, en su tienda de triple toldo (el exterior de tafetán impermeable), con sus doncellas y con la pintoresca guardia de los galeotes, se acostó. Pero estuvo pensando mucho tiempo en aquellas mujeres de Rodesto que se desmayaban o morían mostrando un trasero de artesanía honesta. De loza bien pulida y biselada.

Estaba fatigada. Tan fatigada estaba, que no podía dormirse. Y llamó a Nicodemos, a quien dijo de pronto:

—No puedo acostumbrarme a la idea de la muerte de Berenguer de Entenza.

Recogió Nicodemos en su memoria el latín que sabía y dijo:

—Vive Berenguer *per sua virtutem, quod est propium ei*. Ahora, si tú crees que no, pues no.

La princesa callaba y Nicodemos le ofreció:

—Si quieres, puedo decirte el discurso del pobre Filoctetes cuando está solo en la isla de Lemnos.

Afirmó la princesa por pereza y Nicodemos dijo, con voz monótona, como si rezara:

—«Oh dioses protervos que así me abandonáis a mi destino…»

La princesa comprendió que trataba de adormecerla con cosas altas y aburridas y lo interrumpió:

—Cállate. Eso, todo eso, yo lo sabía de niña, cuando iba con mi primo Miguel a pegarles a los perros intrusos que hallábamos en el parque del Emperador.

Vio que el viejo estaba muy cansado y le dijo que se marchara y que podía acostarse. Pensaba: «No me sirven estos viejos. Han vivido demasiado y no saben qué hacer». Llamó a Constantina, quien llegó y se sentó silenciosamente en un rincón, sobre unos cojines.

—Te llamo para decirte que puedes retirarte, pero te sientas ahí como si hubieras de quedarte toda la vida.

—Prefiero estarme aquí toda la noche, señora, si me lo permites.

Se quedaron las dos, calladas. Más tarde la princesa dijo, como hablando consigo misma:

—Es un cerdo, Rocafort.

—Señora…

—Es un cochino —y añadió—: Yo creo que estamos todos un poco locos en el campamento.

Le dijo lo que le había sucedido viendo el caballo de Rocafort delante del suyo, caminando. Y la doncella comentó, soñolienta:

—Yo venía aquí porque necesito hablarte de la muerte de Berenguer. Si no te hablo no podré dormir esta noche.

—Háblame querida, y Dios nos asista a todos.

La doncella hablaba y la princesa escuchaba con curiosidad. Ya no era el espanto del primer momento ni la desesperación de algunas horas después. Escuchaba con curiosidad y recordaba el caballo de Rocafort. Constantina decía:

—Lo apartaron del lugar del combate, a Berenguer. Su caballo estaba también muerto, que se había desnucado al caer. Y le temblaba una pata. Tú sabes que a mí me dan miedo los animales vivos o muertos. Y me aparté y fui con los que se llevaron a Berenguer. Acudieron dos médicos de Rocafort

y uno de ellos estaba comiendo algo que llevaba en la mano. Apartó las ropas de Berenguer y vio enseguida que estaba muerto. No podían hacer nada. Y seguía comiendo, pero se había manchado la mano de sangre y cogía la fruta, que era un durazno, con el dedo pulgar y el meñique para no tocarla con los dedos ensangrentados. Olía a sangre y ese olor es como el de las flores que empiezan a pudrirse y a mí me marea un poco. Se acercó otro soldado con el yelmo puesto y el ventalle echado. Figúrate, alteza, con aquel calor. Tenía la lanza manchada de sangre y salía de la sangre un poquito de humo. Entonces yo dije: «Ya nunca más permitiré que Rocafort…»

—Bien está —dijo la princesa—. Quiero que me digas sólo lo que viste.

Cohibida por la interrupción, Constantina esperó un poco antes de volver a hablar:

—«¿Está bien muerto?», dijo el del ventalle. «Entonces, sacadlo de aquí y dejadlo más lejos. Quédate tú, con él Máximo.» El médico era Máximo y tú, señora, lo puedes llamar, que no me dejará mentir. Entonces el del ventalle echado dijo algo que yo no entendí y aunque las voces dentro de la celada engañan bastante, pensé: «Es Rocafort y ya no se atreverá a levantar el ventalle, digo, aquí, entre los que lo hemos visto». En aquel momento se acercó ese soldado a quien le picó una tarántula y a veces parece que baila. Y fue a cubrir la cara del muerto, pero se acercó mucho y con uno de sus pies le dio un golpe. Sin querer, porque el pobre no tiene el mando de sus miembros desde la picadura de la tarántula. Pero fue horrible y Rocafort le gritó desde el caballo: «¿Qué haces ahí? ¿Quieres que te diga yo dónde está tu puesto?». Y ladeaba el caballo para echárselo encima cuando el soldado salió medio cojeando medio brincando y se perdió entre los almogávares.

—Entonces, ¿tú crees que fue Rocafort quien mató a Berenguer?

—Sí, señora.

—No, querida. No fue Rocafort.

Constantina se quedó confusa. Creía ciegamente a la princesa, pero en aquel instante no sabía qué pensar. Con una súbita timidez e indecisión añadió:

—He dicho lo que vi, pero no he dicho las cosas que escuché.

—¿A quién?

—Al hombre del ventalle echado. Desde dentro de la celada dijo con una voz de odio y de sarcasmo: «Ahí está él, gozando de su muerte como si tal cosa». Por la manera de decirlo comprendí que quería añadir: «Y yo aquí, con mi lanza ensangrentada, comenzando a sufrir de su muerte, de la misma muerte que él está gozando». Se veía que le tenía envidia hasta después de muerto. Yo creo que era Rocafort, señora.

Dijo Constantina muchas cosas más, pequeñas cosas obvias. De pronto se dio cuenta de que la princesa dormía con una respiración tranquila e igual. Le cubrió una pierna que tenía desnuda, se apartó a su rincón y se dejó caer en una esterilla turca, sobre unos cojines que tenían bordadas las armas de Andrónico y las del kan Azán.

Fuera se oía hablar en voz baja a los galeotes. Decía Nicodemos:

—La señora debe estar enferma. Hace preguntas como los que están enfermos.

Luego calló. Callaban todos, alrededor. Cerca se oía el mar.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXIII

Cuando se hizo de día llegó una pequeña comitiva encabezada por Muntaner, cuyo caballo llevaba en el peto las armas de Aragón.

Buscaba a Rocafort, quien al ver su talante se dio cuenta de que se había enterado de todo. Montó Rocafort a caballo y salió también a su encuentro, aunque sin armas. De caballo a caballo hablaron y en la manera de mirarle Muntaner se veía la zozobra y la acusación.

Muntaner hizo a Rocafort varias preguntas, fríamente, una detrás de otra. ¿Murió Berenguer en el acto? ¿Llevaba celada? ¿Llevaba peto? Y sin transición se puso a hablar de otra cosa:

—Vengo a darte residencia de la administración del ejército y a pedirte respeto y protección para las familias de los muertos en la miserable acción del otro día.

Salió en aquel momento la princesa de la tienda y al verla Muntaner descabalgó y fue a besarle la mano. Luego le dijo que tenía en sus barcos lugar para ella. La princesa respondía que prefería quedarse donde estaba. Muntaner comenzó a contarle —a ella y no a Rocafort— lo que había sucedido en las galeras desde que se separaron en Gallípoli. Llegó con sus barcos a la isla de Tarso casi al mismo tiempo que llegaba el infante don Fernando. Llevaba Muntaner en sus naves a las esposas y los hijos de los soldados catalanes. El infante don Fernando le contó la traición contra Berenguer y los otros capitanes y soldados y la fuga de Arenós, además de otras circunstancias igualmente infaustas. Después, el infante ordenó a Muntaner de parte de su Rey que siguiera el viaje a Sicilia en su compañía. Muntaner prometió al infante ir con él, pero tenía a su cargo las familias de casi todos los soldados, la administración del ejército y muchos depósitos particulares en dinero y en joyas. Suplicó Muntaner al infante que se

detuviera unos días para darle tiempo a devolver a sus dueños las haciendas que le habían encomendado. Accedió el infante a esperarle en Tarso y navegó Muntaner al encuentro del ejército.

No quiso Muntaner que nadie desembarcara hasta que Rocafort le asegurara que no se haría daño a las mujeres, a los niños ni a las haciendas de los partidarios de Berenguer muertos o fugitivos y que, además, les dejarían ir a donde quisieran.

Con esa seguridad fueron algunos al castillo donde Arenós se había refugiado. Les prestó Rocafort cincuenta carros y doscientos caballos de turcopoles. También cincuenta cristianos, de escolta.

Muchos no quisieron irse con Rocafort ni con Arenós y a esos les dio Muntaner barcas armadas hasta Negroponte. En todas aquellas diligencias transcurrieron dos días y Muntaner, llegado el de marcharse, hizo tocar a asamblea y después de haber entregado los libros y el sello del ejército repitió lo que había dicho antes a la princesa. Se iba con gran sentimiento de dejar a los soldados catalanes, aunque Rocafort, con su proceder, no merecía amistad ni estimación. Se extendió en mayores acusaciones contra Rocafort y se atrevió a tanto porque estaba seguro de la amistad de los turcos y turcopoles a quienes, como a todo el mundo, había tratado humanamente. Estando los turcos y turcopoles acostumbrados a la dureza despótica de sus superiores, se habían *encariñado* de tal forma con Muntaner que lo llamaban Cata, que son las dos primeras silabas de *catalán* y que en su dialecto quería decir *padre*.

Estaba más seguro entre ellos Muntaner que el mismo Rocafort. Todos le rogaron que se quedara, pero Muntaner insistió en que había dado palabra al infante y no podía desdecirse.

La verdad era que habiendo hablado con demasiada libertad en favor de Berenguer y Arenós, no quería ponerse en peligro. Pero mientras Muntaner hablaba buscaba a la princesa con los ojos. No estaba y fue a su tienda.

Lo recibió la princesa con una expresión fría y hermética. Muntaner no sabía qué pensar, porque cuando le ofrecía llevarla a Tesalónica o a donde quisiera con sus doncellas y sus galeotes, ella se negaba sin decir porqué.

Llegó a sospechar Muntaner si estaría enamorada de Rocafort, aunque habría sido la última cosa que habría podido imaginar en su vida.

—¿A dónde vais desde Tarso? —preguntó ella.

—A Sicilia. Antes nos detendremos en Negroponte, supongo.

—¿Y cuándo salís?

—En cuanto yo regrese a Tarso. El infante está indignado con Rocafort, y repite que tiene su manera de hacer justicia y que la hará.

—Yo también, Muntaner. Yo también tengo mi manera de hacer justicia. Hay un río con ocho estrellas en el fondo, cada una con su mensaje. He oído los ocho mensajes. Uno de ellos es para mí. ¿Quieres saber lo que dice? Es una sola palabra y tú no la entenderás. Además, quiero dejarte confuso para el resto de tu viaje porque de ese modo te acordarás de mí. Es una palabra antigua como el mundo. En las lenguas más antiguas quiere decir atracción secreta y amor, pero un amor que puede herir y destruir. No quiero decir la palabra porque no hay que decirla si no es con un motivo suficiente. No te la diré, Muntaner.

Imaginaba él cosas contradictorias. Llegó a pensar si la princesa se habría vuelto loca a pesar de la costumbre que tenía de oírle decir cosas como aquélla. Comprendía que, en todo caso, la princesa estaba pasando por la prueba más dura de su vida.

—Señora… —dijo conmovido—. ¿Me permites un consejo?

Ella negó con la cabeza. Pero en aquel momento se acercó a Muntaner un hidalgo aragonés que se llamaba García López Palacín. Era hombre de presencia severa.

—Muntaner —dijo—, ¿cuándo pensáis salir?

—Ahora mismo.

—Permitidme que vaya con vosotros. Traigo aquí dos caballos con mis armas.

—Marchad al embarcadero.

Pero Rocafort estaba al acecho:

—También tú, Palacín, eres de buena familia, ¿verdad?

—Soy hijo de mis padres, como cada cual —dijo Palacín altivamente— y dueño de mis actos. Más dueño de mis actos que tú, porque tal como han quedado los ejércitos, aunque tienes más hombres de armas que nunca, no osarás atacar una aldea, y menos Cristopol, sin el miedo de que se te vaya la gente. Sabes que hay bandos secretos. ¿Por qué no atacas Constantinopla?

Doscientos hombres prendieron fuego a los arrabales con Arenós a la cabeza. Seis mil hombres no son capaces ahora de una empresa como ésa. ¿Por qué? Porque llevan a su cabeza un traidor.

Echó Rocafort mano a la espada y Palacín hizo lo mismo, pero Muntaner se interpuso y gritó a Palacín:

—¿No es bastante dejar las banderas de Rocafort? ¿Qué necesidad tienes de escupirle en la cara? Lo que dices lo sabe Rocafort mejor que tú, mejor que yo y mejor que nadie. ¿Por qué has de agraviarle si te marchas? ¿No ves que puedes encender otra vez en el campamento la misma contienda del otro día?

La princesa dijo al caballero aragonés:

—Márchate, Palacín.

Rocafort insistió guardando la espada:

—Es de buena familia, Palacín. Pero algún día nos encontraremos en alguna parte. Y acuérdate de lo que te digo: Me vas a soñar, Palacín.

El aragonés volvía a brindarse para decidir allí mismo la cuestión a punta de espada, pero Rocafort pensaba que la muerte de otro caballero a cuchilladas habría sido demasiado, sobre todo estando Muntaner delante. Asombrada ante la prudencia súbita de Rocafort, la princesa callaba. Y Palacín, antes de marcharse, añadió:

—Yo sé cómo acabarás, Rocafort. Había más hombría de bien en un solo pelo de la cabeza de Berenguer que en toda tu persona. ¿Creías que iba a asaltar Constantinopla y a casarte con la princesa y a coronarte Emperador? Aquí está la princesa. Allá está Constantinopla. ¿Y qué? No vas a Constantinopla porque eres un villano traidor y no estás seguro de que la gente te siga. No te casas con la princesa porque ella preferirá mil muertes antes que mezclar su nombre con el tuyo. La corona que llevas grabada en el sello no la podrás emplear nunca sin escarnio. La traición te ha dado ejércitos, pero las batallas no las gana el número, sino el nervio y la fe. Has enseñado a los hombres la traición y han aprendido. Traicionar a un traidor puede ser virtud. Me voy, Rocafort. Se acerca el invierno y tus gentes no tendrán una población donde dormir a cubierto porque no te atreves a conquistar ninguna. Irás rodando por Levante sin pan y sin abrigo. Comerás oro o hierro y beberás sangre. Dormirás en las peñas con nieve en

las orejas. Y las guardias que pongas para asegurarte el sueño te serán sospechosas. Adiós, Rocafort.

Rocafort se había apartado para no escucharlo. Palacín tenía muchos amigos. Era honrado, violento y noble. Esta última palabra había acabado por ser la pesadilla de Rocafort, quien vio alejarse a Muntaner y a Palacín con los mismos sentimientos encontrados de odio y respeto.

Lo que decía Palacín era verdad, pero de estar a solas se lo habría hecho pagar Rocafort con la cabeza.

Cuando se hubieron marchado, la princesa volvió a entrar en su tienda y Rocafort se acercó a la puerta:

—¿No te marchas con ellos, alteza? ¿No te vas con tus gentilhombres?

—No.

—¿Por qué?

Rocafort dejó caer la cortina detrás de él dando un paso adelante. La princesa dijo:

—Nadie puede entrar en mis aposentos sin permiso.

—Échame de aquí. ¿Cuál es la guardia que tienes para echarme de tu tienda? ¿Las doncellas? Eh, Constantina, ven a echarme de los aposentos de tu señora.

Tenía la princesa sobre Rocafort la ventaja de sus nervios calmos. Era natural, porque veía en Rocafort no un ser humano sino una especie de animal doméstico. ¿Es que se puede uno ofender con un animal doméstico? Rocafort percibía esa superioridad. Y a veces dudaba —como los animales no del todo sumisos— entre la humildad y el zarpazo inmisericorde. La tranquilidad de la princesa lo inmovilizaba. Reciente la humillación de Palacín, se sentía inseguro y disgustado consigo mismo. Necesitaba afirmarse en algún hecho de autoridad, por pequeño que fuera. Llamó a Constantina, que trajinaba en la tienda de al lado:

—¿Dónde estuviste anoche?

—Aquí.

—¿Por qué no estabas en tu tienda?

—La llamé yo —dijo la princesa.

Sentíase Rocafort en una situación de desventaja delante de aquellas dos mujeres, blasfemó en catalán y se fue. Al salir sintió en la frente las auras

frías del otoño. Se sentía en el aire la amenaza del invierno y las dificultades de la invernada. Era verdad que no se atrevía a poner a prueba su ejército.

Trataba de olvidar a la princesa: «Tal vez —pensó—, cuando me vea del todo indiferente comenzará a intrigarla mi frialdad. Entonces me acercaré y le hablaré con sumisión y dulzura.» Como se ve, no era Rocafort muy diestro en galanterías. Pero volvía a pensar en el invierno que se acercaba. No estaba seguro de poder dar comida y abrigo a tanta gente y no podía imaginar lo que Ximeliz, Matusso y sus extrañas catervas pensaban de él. Porque Berenguer, Roger, Arenós, tenían ejércitos, grandes o pequeños. Ximeliz y Matusso tenían catervas, raleas u hordas. Necesitaba la amistad pública de la princesa si no podía alcanzar su amor. Iba lejos en sus hipótesis: «Si mi gente se convenciera un día —es un decir— de que las traiciones últimas fueron consecuencia de mi amor por la princesa e inspiradas directa o indirectamente por ella, ya no serían verdaderas traiciones. Una princesa, una reina, puede sugerir cosas como ésa y mayores».

En los días siguientes cambió de conducta. Se acercaba a la princesa María en cada instante en que se presentaba ocasión y siempre con un continente grave, serio, sumiso, galán a su manera y cortés.

Entretanto, los dos galeotes iban y venían. A Simeón le obsesionaba la falta de ciudad donde invernar. Y él mismo encontró la solución diciendo a Rocafort que algunas millas hacia el mar abierto en la dirección de Tesalónica, estaban las ruinas de Casandria, una ciudad muy antigua abandonada hacía tiempo por creerla no sólo malsana sino —lo que era peor— embrujada. Se conservaba bastante bien y entre mármoles, terrazas y subterráneos ofrecía espacio bastante para albergar al ejército. Estaba al lado del mar, lo que era una comodidad para los víveres y para la pesca y, además, había alrededor terrenos fértiles y cultivados.

Hacía tiempo que los soldados tenían que conseguir los alimentos a fuerza de oro o de sangre.

Cerca de la tienda de la princesa se había caído un caballo y un almogávar le tiraba de las riendas para levantarlo mientras le gritaba injurias y amenazas. El animal movía las patas en el vacío, un poco ladeado

hacia arriba, y el almogávar se apartaba, prudente. Algunos soldados miraban a distancia. El almogávar dio una patada al caballo en la cabeza. Uno de los soldados que miraba le dijo:

—Tú sabes que estás obrando mal.

El almogávar parecía estar pensando: «Le pego al animal y te puedo pegar a ti». Pero el otro, sin hacer caso de las amenazas, fue hacia la parte trasera del caballo y lo agarró por el rabo. Comenzó a decirle palabras de estímulo y a tirar hacia arriba. Al mismo tiempo, el almogávar tiraba de las riendas. Pero el animal no podía levantarse.

El suelo estaba resbaladizo. Fueron a buscar tierra seca y comenzaron a echarla entre las patas del caballo. Éste parecía resignado a todo y cuando los hombres se acercaban alzaba la cabeza de un modo enloquecido.

El almogávar se disculpaba:

—Yo trato bien a los caballos, pero cuando un animal se acabó, se acabó.

Añadió que no le gustaba esperar a que se le cuarteara en el campo de batalla, porque entonces era mal negocio para el caballo y para el jinete.

—Yo sé que este animal está todavía en sus buenos años, pero antes de que me falle prefiero llevarlo al rastro y que lo maten y comérmelo en buenos filetes.

El otro protestaba echando tierra en el suelo alrededor del caballo, y el almogávar añadía:

—Tú haces muchas lástimas por este caballo, pero cuando lo abran en canal y te den un solomillo lo mascarás con gusto.

—No digo que no.

Al día siguiente las tropas levantaron el campo y antes de oscurecer llegaron a Casandria.

Instalaron a la princesa en la antigua acrópolis con sus servidores de siempre. Desde allí se dominaba toda la ciudad y los días claros se veía, en una lejanía remota, algo entre azul y gris con líneas irregulares, que Nicodemos decía que era Tesalónica.

Pasaba Rocafort semanas enteras sombrío y adusto, sin hablar con nadie. Obligaba a las tropas a trabajar duramente para acabar de poner en

condiciones habitables la urbe y fortificar algunos lugares donde era demasiado vulnerable.

Desde los aposentos de la princesa se veía a un tiro de ballesta la playa. En las arenas había ruinas de un templo o palacio antiguo. Las olas llegaban fatigadas trepando lentamente por los mármoles. En la playa se veía una armadía de maderos ligados con cuerdas. Había sido usada probablemente para transportar ganado y tenía huellas de estiércol.

Una noche la princesa llamó a Rocafort a su vivienda. Acudió el capitán con sus mejores galas, hecha la barba y calzadas espuelas de oro. Dejaba detrás, cosa inusitada en él, una estela de perfumes de Arabia. Ella estaba con sus doncellas y dijo a Rocafort muchas cosas en broma o en serio. Le dijo que una de las pequeñas estatuas de mármol que había en la esquina de su atrio, y que daba a oriente, era una profetisa.

—¿Y cuál es su presagio si se puede saber?

—Tu fin, Rocafort.

El capitán palideció:

—Vaya —dijo— ésa es una manera de acertar. Yo puedo profetizar el tuyo también. Y el de todos los que viven sobre la tierra. El tiempo me dará la razón.

—No es eso, capitán. Mira —dijo mostrándole un papel—. Es una carta de mi madrina Olga. Oye lo que dice: «Yo sabía que iban a matar a Berenguer…». Espera, no te impacientes. Dice también que tú serás traicionado un día. Es mi madrina Olga. Sabe que estamos aquí, en estas ruinas, Bueno, lo sabe todo el Oriente y también lo saben los príncipes de las naciones del sol poniente. Son estas ruinas las más famosas de toda Macedonia, donde hay tantas y tan ilustres. Y Olga me escribe largas cartas. Oye lo que dice: «Veo que estáis cerca del mar y que en vuestras jornadas seguís siempre la órbita del agua. Cada día tiene ahora un anochecer lluvioso, especialmente en los alrededores de Casandria, y el mediodía tiene una franja de oro por la cual llegará el emisario para el traidor. No llegará de tierra (de donde él espera los daños), sino del mar. Por eso habéis ido a Casandria…». Luego dice que es el tiempo de las viñas y que todo sucederá antes de que las vides pierdan sus pámpanos. ¿Ves, Rocafort? Te llamaba

para decirte todo esto. Yo no creo exactamente en las profecías, pero tengo fe en otra cosa que viene a ser más o menos lo mismo.

—¿En qué, si se puede saber?

—Creo que cuando algunas personas anuncian un bien o un mal, tienen poder para encarrilar los hechos en esa dirección. Si no profetizan lo que va a suceder, por lo menos su voluntad guía los acontecimientos, y éstos, de un modo u otro, suceden. ¿Comprendes?

—Voy a escribirle a tu madrina para que profetice tu boda conmigo. Óyeme bien. Si te casas conmigo, haré lo que quieras, dentro y fuera de Grecia. Tus deseos conducirán el mundo a través de éste, de mi puño. Lo serás todo en Levante y en Poniente, en Grecia y en los países latinos. Es cuestión de espuelas y yo sé lo que puedo. No te engañes conmigo. La vida pasa deprisa y la muerte está en alguna encrucijada, aguardándonos tal vez a ti y a mí. O tal vez a mí solo. Me da igual, todo esto. Yo tengo en esta mano abierta, ¿ves?, en esta mano abierta, aquí, entre la palma y el pulgar, yo tengo la vida de todos vosotros. La tuya también, claro, no te hagas ilusiones. Cualquier día puedo desaparecer yo también y pasar a ser un poco de carne fría a la que acuden las moscas. Y nadie se acordará de mí, como ya casi nadie se acuerda de tu amado Berenguer. Bien, entonces no hay que hacerse ilusiones, repito. La vida es poca cosa. Nunca he creído yo demasiado en la vida. Y tu vida no es más importante que la mía. Entonces, ¿por qué no hacer en esta vida nuestra todo lo que deseamos y podemos hacer? Yo puedo ser el dueño del mundo. Contigo. Hasta ahora la gente me teme y me obedece porque creen que siguiéndome a mí van a alguna parte, aunque sólo han ido por el momento a las ruinas de Casandria. Vienen a mí porque tienen miedo a no ir a ninguna parte. El miedo está, pues, en mi favor. Para alzarme con el cetro de Levante y tal vez del mundo me falta el amor de los mejores. Lo tendré sólo si tú te casas conmigo. No es necesario que me ames, tú comprendes. No hablo de amor porque no creo en él. En eso le doy la razón a Berenguer. Pero si tú te casas conmigo, yo tendré el amor de las multitudes y con él la fuente de la autoridad. Una autoridad sin límites. Tú dirás: «¿Y qué saco yo de todo esto?». Bien. Tú podrás disponer a tu gusto de ti misma en cuerpo y alma. Lo único que será absolutamente indispensable es el hijo. Yo necesitaré tener un hijo tuyo.

—No quiero comprender nada de eso —dijo ella con un gesto sombrío.

—Ya veo. Bien. Si yo te desagrado por alguna razón, no insistiré. Es decir, insistiré en el matrimonio, pero como marido tuyo no te molestaré en lo más mínimo. Cásate conmigo. Naturalmente, tú tendrás libertad, toda la que tú quieras. Sólo te pido…

En aquella manera de repetir esa expresión (*sólo te pido*…) había algo triste y mendicante que causó piedad en Constantina y de cuya piedad se contagió un momento la princesa.

—En todo lo que haces desde la muerte de Berenguer —dijo ella— hay algo como un juego de mendigo imbécil. Ya veo. Con la imagen de Berenguer muerto hay en tu recuerdo otras imágenes. Las *makarietas*. Ahí vamos todos y ahí vas tú. Un día te pondrán a ti recostado contra el muro de una catedral, tal vez contra el de esta acrópolis o de una iglesia de Tesalónica, y allí estarás rígido y tieso y polvoriento mientras alguien, los turcos o los franceses o los genoveses, saquean la ciudad. Antes de que eso llegue, tú quieres hacer la gran jugada final conmigo.

—¿Final? Sería sólo el comienzo. Si no te tengo a ti, me veré obligado a buscar alguna forma de autoridad en otra parte. Tendré que renunciar a todo y ponerme a las órdenes de un verdadero señor.

—¿No lo estás ahora?

Sonrió Rocafort, irónico:

—No olvides que tengo ya una gran parte de las cosas que te pido. Ahora, mientras estoy aquí, contigo, mi gente cree que te tengo en mis brazos. Algunos piensan que si no me caso contigo es porque no quiero. No olvides que depende de mí tenerte o no en mis brazos. Tenerte conmigo, hacer de ti la risa del ejército y tirarte luego como una naranja exprimida. ¿Qué crees tú que pasará si yo me quedo aquí esta noche y entrego mañana tu cuerpo desnudo a la soldadesca?

—No será tan fácil entregarlo vivo.

—O muerto. Puedo tenerte esta noche y dejarte al amanecer desnuda encima de las piedras de eso que llaman el foro. Todos vendrán a verte mañana. Y ¿sabes lo único que dirán? La han matado las brujas, las parcas, las… bueno, también dirán algunos: no es tan hermosa como creíamos. A

mí eso no me dará peor fama de la que tengo. Y a ti te habrá costado la dignidad, la vergüenza y la vida.

La princesa estaba secretamente alerta. Preguntó:

—Si tu gente cree que eres mi amante, ¿qué más quieres?

—No. Tienes que casarte conmigo. Y cuanto antes. Hoy mejor que mañana. Yo traeré un archimandrita, un obispo, lo que tú quieras. Además, aquí mismo hay un cura. O dos. A ver, Nicodemos. ¿Eh, Nicodemos, dónde estás?

Como estaba escuchando en el atrio, el galeote en lugar de acudir, se alejó. Luego fue acercándose despacio y Rocafort le preguntó cuántos curas había en Casandria.

—Hay uno nada más. El otro se fue con los griegos a Tarsos porque tenía allí a la mujer recién parida. Y ya se sabe que una mujer es una mujer.

—Anda a buscar al que está aquí. Dile que venga con los ornamentos de ceremonia.

—Dando aquellas órdenes, Rocafort parecía fuera de sí y Nicodemos decía:

—Lo siento, capitán, pero tengo que obedecer a su alteza desde que estoy a la guarda de su atrio, y mi señora dice que no.

Constantina estaba sentada en un rincón. Habría querido decirle algo a la princesa, pero delante de Rocafort no se atrevía. Miraba a un rincón del cuarto donde había un escudo, es decir, una adarga. Detrás de la adarga había una bola de hierro con relieves agudos, puntas, pinchos, pequeños salientes cónicos o piramidales. La bola estaba enlazada a una cadena y ésta a un mango de la longitud del brazo humano. Un arma terrible. Un mangual. Siguiendo la dirección de la mirada de Constantina Rocafort vio el mangual y se sorprendió un poco. Era uno de los que hacía el herrero de Apiés, un aragonés de la montaña. Todavía se veían las huellas de los martillazos en las grapas que unían la cadena al mango. Un arma que apenas podría levantar del suelo la princesa, ¿para qué la tenía allí? Fue Rocafort al rincón, cogió el mangual y lo hizo girar sobre su cabeza. En uno de los giros se inclinó y, amortiguando su violencia fue a dejarlo otra vez donde estaba antes. En aquellos movimientos había una fuerza experta y terrible. La princesa palideció y Rocafort se dio cuenta y preguntó:

—¿Qué hace eso ahí?

—No sé. Alguien lo dejó el día que llegamos.

Dio la vuelta a la adarga, Rocafort, y vio que no era de las que podían manejarse con el brazo desarmado, es decir, no era un escudo ni un broquel usual. «Son las armas de Nicodemos, tal vez», pensó sonriendo siniestramente. Lo siniestro consistía en que era una sonrisa forzada y sin motivo.

—Anda —dijo a Nicodemos— a buscar el cura. Tú, alteza, mándaselo. ¿No quieres? Bien, entonces serás mi amante, mi concubina, mi hembra.

Sin darse cuenta, Rocafort descubría su cinturón en el que llevaba una daga de mango damasquinado, la daga del príncipe turco Karman. Antes había sido de Roger.

—Después te casarás conmigo —añadió—. Y no será un cura piojoso quien me ponga la corona, sino el Patriarca de Constantinopla, y después el Papa de Roma. Los dos. Entre el uno y el otro habrá sólo un plazo de tres años, durante los cuales conquistaré toda Grecia, Sicilia e Italia. Para eso te necesito a ti, alteza. Estoy hablando en serio. ¿Prefieres que mañana te vean desnuda los soldados en las piedras del foro? ¿Muerta y desnuda? Tienes que ser razonable esta noche, alteza. Las cosas pueden pasar en silencio y entre amigos. ¿Qué te parece?

Ella negaba con la cabeza. Rocafort la cogió por los cabellos y la obligó a echar la cabeza hacia atrás:

—Elige —le amenazó—, la daga o el mangual.

Había una verdadera determinación en Rocafort, quien pensaba: «Va a decir que prefiere la daga y no me extrañará porque esa daga fue un día de Roger». Y así fue. La princesa dijo con dificultad:

—La daga.

Él la desenvainó con la mano libre.

—No grites. Si gritas, la mitad de tu grito saldrá en burbujas de sangre por el cuello.

Y la sintió estremecerse, pálida, segura de que iba a morir. Rocafort miró a Constantina, que se cubría los ojos con las manos y retrocedía. Cuando la doncella llegó a la puerta salió corriendo, aterrada. Sus alaridos

fuera del cuarto, en la acrópolis desierta, se convertían en oraciones desesperadas y absurdas, medio en latín, medio en griego.

Dentro, sólo se oían suspiros y gemidos. Constantina corrió hasta el extremo contrario de la acrópolis. Aquella ciudadela antigua estaba en cuesta y había tramos de escaleras de piedra o de mármol y también otros trechos donde los peldaños estaban rotos o habían desaparecido. Se estuvo Constantina más de dos horas debajo de un pórtico, y cuando volvió despacio y temerosa a los aposentos de su señora, encontró a Simeón en la puerta con el dedo sobre los labios.

—Duermen —dijo—. Por lo menos, su alteza duerme. Tal vez duermen los dos o tal vez no. En todo caso, no se puede entrar.

Con los ojos casi cerrados, Simeón seguía ordenando silencio. Su boca sin dientes, bajo la calva descubierta, tenía una línea irónica. Preguntaba Constantina:

—Pero ¿la princesa vive? ¿Qué has visto?

—Yo no he visto nada, hermanita.

—¿Qué has oído?

—No, no. No tengas celos, hermanita. Yo tampoco he oído nada.

Constantina se marchó a dormir. Aquella noche había en la acrópolis un silencio de siglos. El ave de Minerva silbaba en lo alto de un capitel que quedaba suelto y flotante sobre el cielo amatista. Hacía frío, pero estaban más fríos los mármoles que el aire.

Más tarde, hablando Simeón con Nicodemos le decía:

—Ahora habrá más unidad en las alturas y de eso nos pueden venir beneficios a nosotros, los miserables galeotes.

Nicodemos parecía irritado:

—Yo no soy miserable.

—A la vejez… bueno, eso no es vejamen, Nicodemos. Como te digo, la unión en las alturas puede traernos bien a todos. Todavía te veo a ti rico y honrado. Lo de la galera fue una tragedia en tu vida, pero no te quejas. Ésa era tu cruz y la habías merecido. Ahora —concluía refiriéndose a lo que sucedía en las habitaciones de la princesa— habrá más unidad en los ejércitos.

—El amor no produce unidad necesariamente, ¿oyes, Simeón? ¿Quién te ha dicho que el amor una a las personas?

Simeón se quedaba un momento dudando y preguntaba a su vez:

—¿Y quién te ha dicho que se trata de amor?

En las sombras se oyó un estornudo de Rocafort. Luego, otro. Más tarde, dos más. Simeón sonreía y parecía deseoso de bailar sobre sus zancas desnudas.

—Cuando yo era joven —dijo— y hacía el amor, después de la tercera vez estornudaba.

Nicodemos parecía envidioso de su amigo:

—Como los machos cabríos —dijo.

Le preguntó Simeón si era verdad que los machos cabríos estornudaban después de estar con la hembra. Y Nicodemos respondió gravemente:

—Siempre.

Luego Nicodemos alzó un harapo de púrpura y se lo arrolló al cuello porque sentía, según dijo, el «sereno de la noche». Y comenzó a alejarse. Pero Simeón lo llamó:

—Es tu hora de servicio. Lo siento, pero te toca a ti guardar el umbral. Puedes dormir, si quieres. Acostarte en el suelo y dormir. Pero es tu hora.

No solían discutir sobre aquellas cosas. Se sentían los dos felices de estar cerca de la princesa y las molestias les parecían privilegios. Nicodemos ocupó su puesto mientras Simeón, que parecía borracho aunque no había bebido una gota de vino, le dijo:

—Me gusta la guardia de noche porque entonces los amigos se cuentan sus interioridades. Háblame, Nicodemos.

—Es inútil. Si yo te dijera lo que tú quieres que te diga, ¿qué sería yo? Un guiñapo. Eso es: un triste guiñapo. Por ahora soy todavía un hombre.

Volvían a quedarse callados y por fin se levantaba Simeón y se iba sin decir nada. Cuando lo veía irse, Nicodemos pensaba: «Se ha enfadado. Todo el mundo se enfada cuando se da cuenta de que no pueden entenderle. Y nadie entiende a nadie».

Simeón salió por el lado izquierdo del peristilo, que se conservaba casi como el día que lo construyeron, y avanzó por una especie de platabanda de piedra blanca hasta el borde de la antigua tribuna de magistrados. Desde allí

giró sobre sus pies a la derecha y a la izquierda, hizo un movimiento con el brazo tremolando su alquicel —llevaba uno turco, de lana finísima— y se puso a bailar. Una piedra cayó cerca de él. La había tirado Nicodemos. Se detuvo Simeón y oyó la voz de su compañero que decía:

—Vas a llamar la atención de las guardias.

Se calló Simeón y volvió al lado de Nicodemos con pasos de una arrogante inseguridad. Cuando llegó se sentó en el suelo y dijo, disponiéndose a dormir (porque siempre dormía sentado y era una costumbre adquirida en la galera):

—La nupcia —y señaló el interior— me la esperaba yo hace tiempo. Desde la *defunción* de Berenguer me la esperaba yo.

No se atrevía a decir *muerte* y menos *asesinato*.

—Para oír eso —dijo Nicodemos, ofendido— haría falta una tercera oreja que no tengo.

Había supersticiones en Casandria. Al instalar los turcos sus mataderos en las afueras, donde destazaban reses y caballos, decían que habían visto que pasaba una sombra, aunque no había nubes en el cielo. Una sombra ligera que tomaba diferentes tonalidades, según las horas del día.

También había sucedido otra cosa rara. Uno de los gallos del campamento había sido enjaulado en un lugar donde su canto producía un eco lejano. El animal comenzó a cantar y a oír su propia canción y a responderse a sí mismo en el eco. En aquel diálogo constante e ininterrumpido consigo mismo el pobre animal estuvo dos días y dos noches cantando y murió extenuado. Aunque la cosa parecía natural, los soldados daban entonces al eco un sentido misterioso y algunos creían que en aquello habían intervenido las euménides. Y el gallo, por si acaso, no se lo quiso comer nadie.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXIV

Era el amanecer en Casandria amarillento y sucio mientras que en Gallípoli era azul y oro. Llegaron correos de Tesalónica. La madrina Olga decía: «Estás cerca. En una jornada de caballo puedes venir. Las murallas están abiertas para ti y las guardias están avisadas. Bastará con que te acerques para que suenen las trompas de homenaje. Tu madre te espera, el pueblo te espera, los soldados ponen agua en las almenas para que vayan a beber las abejas que hacen sus avisperos en las saeteras. Las murallas de Tesalónica tienen miel para ti. ¿Todavía no puedes o no quieres salir de la ciudad muerta? Di que vienes a parlamentar o simplemente a ver a tu madre y ven cuando quieras, de día o de noche. Me han dicho que llevas coselete de oro y un águila con las alas desplegadas sobre tus pechos. El águila tiene dos cabezas, una mirando a Macedonia y otra a Tracia. Dicen que llevas también plumas azules y blancas sobre el yelmo. ¿Tú, mi ahijada? ¿Para qué?

»Casandria tiene una muerte niña para los viejos, una muerte joven para los hombres maduros, una muerte amante para los varones en la fuerza de la edad. Pero la descomposición ha comenzado. Yo tengo aquí un collar de tres vueltas que en lugar de perlas o de diamantes tiene uñas de tigre ensartadas. Cada diez, un cave de perlas. ¿Te acuerdas? Tú te lo ponías al cuello. Pero ahora, y a distancia, más vale no hablar de eso. Tú tampoco debes pensar en eso.

»Por tu madre sé algunas cosas. No le digas que yo te hablo de ellas porque son secretas. Todo es secreto con tu madre, ya la conoces. Si tú no entras en la vida de Rocafort como entraste en la de Roger, los catalanes buscarán un señor de Occidente a quien servir. ¿Quién? Yo creo que Carlos de Francia. Eso cree también tu madre, que está mejor enterada. Los

franceses buscan por todas partes el daño de Sicilia y saben lo que le pasó a Rocafort con el infante don Fernando. El Rey Carlos tiene dinero, ejércitos y una parte de Grecia consigo: el ducado de Atenas. Y sabe que Rocafort empleaba en Gallípoli un sello que decía: *"Ejército de los francos de…"* o cosa parecida, lo que no daña precisamente a esa alianza. Por otra parte, Carlos busca a los catalanes hace tiempo. ¿Se entenderán? Yo sé que tú no entrarás en la intriga, y si entras será pensando en el kan y en tu madre. Antes que entrar en una danza como ésa sería mejor casarte con cualquiera y fundar dinastía.

»Lo que queremos, naturalmente, es que vengas aquí. No ahora mismo ni mañana, sino cuando las cosas (cualesquiera que sean) estén a punto. Tu madre dice que las mujeres no deben hacer fuerza a la fuerza. Lo dice —creo yo, aunque podría equivocarme— pensando en Rocafort y en ti.

»Se ve que no tenéis miedo a las euménides y en eso estáis todos equivocados. Nadie cree en ellas, pero los catalanes deben andar con cuidado, porque las euménides lloran entre las cuatro y las cinco de la mañana, cuando los más valientes, solos y lejos de su tierra, tienen miedo. ¿No las has oído llorar? Yo sabría decirte algo si estuvieras aquí, sobre el llanto de las euménides. Pero te burlarías de mí. Yo sé que tú no quieres pensar en eso y renuncio a escribirte más sobre el asunto.

»Es posible que un día de éstos llegue aquí —es decir, a Casandria, otra vez— Muntaner. Yo no lo conozco, pero tu madre sabe de buena tinta que llegará con cadenas en los pies. Hemos tenido noticias de Negroponte. Yo creo que todos los catalanes llevarán al fin cadenas en los pies. Cuando lo digo, tu madre ríe y se escandaliza: *Es tu deseo, que te engaña*, me dice. Pero si el deseo me engaña a mí, no la engaña a ella. El mismo deseo, creo yo. Será lástima, sin embargo, lo que le pase a Muntaner, a quien tu madre quiere tanto.

»Ella no puede comprender que siendo tan fuertes los catalanes ahora no vayan sobre Constantinopla, donde apenas si hay guarnición».

Leyendo la carta, la princesa se decía: «Todas estas palabras son un pretexto para decir sólo que Constantinopla se puede tomar a pie llano». Pero Rocafort lo sabía y no hacía nada.

El anuncio de Olga se cumplió inesperadamente. Días después llegó Muntaner y no llegó solo, porque en la misma galera iba Gómez Palacín. Los dos con cadenas en los pies. La galera estaba ricamente aderezada y llevaba en la popa el estandarte de Carlos de Francia. En la misma galera llegaba el conde Tibaldo de Sapois, agente de Carlos, quien desembarcó llevando consigo a los dos prisioneros.

El grupo que formaban era curioso. Primero, dos gonfaloneros italianos con las banderas de Francia y de la casa de Anjou. Viéndolos la princesa desde el peristilo de su vivienda, se preguntaba: «¿Por qué viene aquí la casa de Anjou, enemiga de Roger?». Detrás iba el mismo conde con la espada desnuda en la mano, pero cogida por la hoja y no por la empuñadura, lo que significaba que iba en son de paz. Luego venían quince o veinte lanceros de a pie y entre ellos los dos presos encadenados.

Acudían los catalanes. Al ver a Muntaner, algunos juraban en su idioma sin acabar de comprender:

—*¡Vata!* —gritaban los turcos, indignados.

La soldadesca se agrupaba alrededor de la escolta de los presos, y como nadie mostraba intención combativa los soldados de Tibaldo no sabían qué hacer. Tibaldo tampoco comprendía. Daba órdenes a la escolta, pero los de Casandria se habían acercado demasiado y las picas largas de los franceses eran inútiles. Eran demasiado largas.

—*Redéu, Muntaner! Quina misèria és eixa?* —gritaban ofendidos los oficiales catalanes.

En pocos minutos le quitaron las cadenas. Tibaldo gritaba:

—*Messieurs, attention! Attendez l'arrivée du géneral Rocafort, messieurs!*

Creía que la liberación de Muntaner era contra la voluntad de Rocafort, delante del cual se presentó poco después con cartas credenciales, regalos y ofrecimientos personales del príncipe Carlos. Rocafort no se interesaba en Muntaner, pero le agradecía la entrega de Gómez Palacín.

La princesa María trataba en vano de comprender y pensaba: «Eso es cosa de mi madre. La prisión de Muntaner, la alianza que ofrece el de Francia, todo es cosa urdida por los correos marítimos de mi madre».

Dijo Muntaner a los soldados que lo liberaron que al llegar a Negroponte la pequeña flota del infante don Fernando se enteró de que los soldados de un destacamento que había dejado en Almiro con la orden de preparar víveres frescos para la vuelta, habían sido maltratados y encarcelados. El infante castigó a los griegos entrando en la ciudad de Almiro a sangre y fuego. Luego volvió a sus naves y marcharon otra vez hacia Negroponte. El infante quiso bajar a la ciudad y los capitanes le advirtieron que los de Negroponte tenían alianzas con el duque de Atenas, cuyas islas habían saqueado, pero el infante no hizo caso y bajó a tierra con Muntaner y algún otro. Apenas puso el infante pie en tierra cuando diez galeras venecianas atacaron la pequeña flota y los de tierra apresaron al infante, a Muntaner y a Gómez Palacín. El infante fue conducido a la presencia del duque de Atenas, aliado de Carlos de Francia, quien lo redujo a prisión, aunque guardándole respetos y preeminencias.

En cuanto a Muntaner y Palacín, los consideró Tibaldo las mejores prendas y arras de la alianza de su rey con Rocafort y con ellos marchó a Casandria.

No podía salir de su confusión, Tibaldo, cuando vio cómo los oficiales y la tropa acogían a Muntaner. Le regalaron el mejor caballo de Casandria y, viéndolo sin recursos, recogieron en un instante mil escudos de oro que le entregaron delante del perplejo Tibaldo, quien repetía:

—*Messieurs! Un moment de réflexion, messieurs!*

Y quería explicar algo, pero el alborozo de las tropas se lo impedía.

Muntaner subió a las habitaciones de la princesa a besarle las manos. Se extrañó mucho de verla taciturna, severa y con sombras de una muda desesperación en los ojos. Nunca la había visto así.

—Sabía que volverías —le dijo ella, tristemente— como has vuelto, es decir, pobre y encadenado. Los tiempos cambian y también las personas. Tú no eres el mismo, yo tampoco.

Por un momento Muntaner imaginó (su mente trabajaba) que las intrigas de Negroponte las había organizado ella de acuerdo con su madre desde Tesalónica. Y se lo dijo. Muntaner podía decirlo todo, porque en sus palabras no había ironía ni sarcasmo. La princesa negó:

—No. Las personas cambian, pero no tanto, y yo he sido siempre tu amiga. Si ahora no soy la mujer que soñaba ser desde niña, alguien tiene la culpa y ese alguien lo pagará. Puedes estar seguro de que lo pagará.

Conocía Muntaner las relaciones de la princesa con Rocafort. Hay evidencias que están en el aire, pero, además, alguien le había hablado de aquello. La princesa siguió:

—¿No dices nada? ¿No comprendes? Bien, tú no estuviste en Rodesto, es verdad. Si hubieras estado allí, comprenderías por qué tengo que quedarme aquí con Rocafort a una jornada de Tesalónica. Debía ir a Tesalónica con mi madre y encerrarme dentro de aquellas murallas que Rocafort no escalará nunca. Pero no puedo, por ahora. No puedo, todavía.

—¿Cuál es la causa?

—Yo misma no la sé. Las euménides lloran de cuatro a cinco de la mañana y los dos galeotes quieren oírlas y no lo han conseguido todavía. Pero los galeotes no importan. Nada importa ya.

—Señora… —dijo Muntaner conmovido, pensando que la princesa había perdido la gracia adolescente de Gallípoli.

—Nada importa ya. El ejército de Rocafort es el más poderoso desde los tiempos de Alejandro (quiero decir, en estas tierras) y, sin embargo, un príncipe francés te trae encadenado al real de Casandria, bajo la bandera de los Anjou, es decir de los enemigos de Roger. ¿Tú sabes lo que la casa de Anjou representaba para Roger?

—Señora, es verdad. Los tiempos cambian.

Y viendo el silencio intrigado de Muntaner, la princesa añadió:

—Rocafort ha ido escalando todas las alturas con sangre, muerte y traición. Le falta sólo un peldaño, pero no lo puede subir por haberle fallado la cuenta. Un sumando de la cuenta. Anda como un ciego, tanteando y tropezando con las últimas escaleras, con las más altas. No las subirá nunca. ¿Y tú? ¿Qué piensas hacer ahora? ¿Vas a quedarte aquí?

Negaba Muntaner con la cabeza. Luego dijo con la expresión del que renuncia a algo:

—Me iré con la primera galera de Tibaldo que salga para Negroponte. Espero que el embajador me dará un salvoconducto.

—¿Quieres que se lo pida yo?

—Oh, no hará falta. Él se da cuenta de que ha hecho una *gaffe*. Es lo que él dice: una *gaffe comme l'Himalaya*.

La princesa se levantó y cogió el mangual, que estaba en el rincón. Luego volvió a dejarlo, fatigada:

—No tengo fuerza —dijo— en las manos, pero hay otras clases de energía, ¿verdad? La fuerza es sólo humana, pero las ideas son divinas. Y a veces tengo ideas.

Se oyeron gritos fuera. Gritos turcos, turcopoles, entre los cuales restallaban blasfemias en catalán. Muntaner temió de pronto por Palacín y pidió permiso a la princesa para retirarse.

Ella lo acompañó hasta la puerta y Muntaner, cuando estuvo fuera, preguntó a Nicodemos por su compañero de desventura.

—¿Palacín? —dijo el galeote después de inclinarse a la vista del conde Tibaldo, que pasaba—. Temo que sea un poco tarde para interesarse por Palacín, señor. El mundo de la sangre no tiene mucha correspondencia con el mundo de la amistad. Eso digo yo.

La cabeza de Palacín había sido cortada y estaba encima del capitel de una gran columna, al lado del antiguo foro. El cuerpo, todavía con cadenas, había sido arrojado escaleras abajo y algunos soldados turcos gritaban, retozaban, reían y lo registraban para quitarle lo que llevaba de valor. Al ver aquello Muntaner cambió súbitamente de expresión y fue en busca de Rocafort. No conseguía encontrarlo en parte alguna y nadie le daba razón de él.

Tuvo el embajador Tibaldo largas conferencias con Rocafort, pero el catalán resistía la seducción diplomática y no se decidía a aceptar sus ofrecimientos. Aquella tarde entró a ver a la princesa y le dijo:

—Antes de contestar a Tibaldo sobre el tratado de alianza tengo que hablar contigo una vez más. Ya puedes suponer de qué.

Los pregoneros del campamento iban de un lado a otro dando cuenta al ejército de que el Rey de Francia —nada menos que el príncipe Carlos— buscaba la alianza de Rocafort. Oyéndolos desde sus habitaciones, la princesa pensaba: «¿Qué dirá el embajador? Rocafort se siente tan perdido que necesita aprovechar todas las ocasiones para establecer o fortalecer alguna clase de autoridad».

—¿Has firmado papeles con el embajador? —preguntó.

—No. Todavía, no. Antes necesito hablar por última vez contigo.

—¿Para qué?

—¿Lo preguntas aún, alteza?

Callaban los dos y Rocafort, con un acento de veras implorante y desesperado, preguntó:

—Por última vez, señora. ¿Te casas o no te casas conmigo?

La princesa vaciló, miró al suelo, a la puerta, al rincón donde estaba el mangual. Por fin afirmó con la cabeza, y a continuación vio a Rocafort que caía a sus pies y apoyaba la frente en sus rodillas frágiles. Era una cabeza peluda y los pelos parecían alambres, como aquella otra cabeza que vio la princesa en Rodesto cruzar la calle rodando como una pelota y salió de una casa para entrar en otra, en la de enfrente. Rocafort no estaba arrodillado. Estaba medio derribado, sentado a medias y a medias acostado. Su cabeza pesaba mucho. La princesa habló:

—A veces pienso que sabes lo que es el amor. Y que me quieres.

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Pero necesito garantías, Rocafort.

Mientras hablaba, la princesa pensaba en su madre que decía, según la carta de Olga: *La mujer no debe hacer fuerza a la fuerza*. Rocafort, sin alzar la cabeza, preguntaba:

—¿Garantías de qué? ¿De mi amor?

Sonrió la princesa, burlona:

—Garantías de que no vas a vender mi Imperio a los latinos.

—¿Y qué garantías puedo darte si no me crees por mi palabra?

—Una. Haz algo que te impida en el futuro establecer cualquier relación con ellos, digo, con los franceses.

Callaban los dos, y después de un largo espacio, la princesa puso la mano en la cabeza del catalán y dijo bajando la voz:

—Mata al embajador.

—Eso es demasiado —dijo él con voz ronca.

—¿No quemaste las naves en Gallípoli? También aquello era demasiado. Y es lo que te pido ahora: quema las naves otra vez. Mata a Tibaldo tú, con tus manos hermosas. Con tus manos rampantes. Es la

garantía de que serás leal al Imperio. Nunca te he pedido una cosa a ti. Mírame de frente y oye bien lo que te digo. Ésta es mi condición: mata al embajador.

Miraba Rocafort a la princesa, de reojo. Podía mirarla de frente, pero la miraba de reojo y ella se daba cuenta y le decía algo agradable. Algún elogio de su barba, de su cabello, del color de sus ojos. Luego seguía:

—En la explanada del campo de Marte de Casandria los lobos entran por la noche oblicuamente. Los lobos entran siempre en los sitios de los hombres oblicuamente. También las escuadras catalanas tuyas entran oblicuamente en la batalla. Los catalanes sois guerreros oblicuos, pero tenéis hermosas manos. No son manos de artistas ni de obispos ni de marqueses. Son manos rampantes. Las tuyas son más hermosas, Rocafort. Pero ¿para qué? ¿Para acariciarme a mí? Eso no basta. Mata al embajador Tibaldo y me casaré contigo.

Rocafort callaba, pensando: «Tibaldo es un gentilhombre francés, un hombre refinado y galante que no tiene aspecto ninguno de guerrero. Un hombre de salones y palacios. Matarlo debía ser muy fácil, aunque aquellos hombres suaves de apariencia tenían a veces recursos inesperados y secretos». La princesa insistía con la voz menos pugnaz del mundo:

—Quema las naves, Rocafort, y creeré en ti. Me casaré contigo. Si esa garantía te parece exagerada, piensa que se trata de la seguridad de mis estados y de los estados de nuestros hijos.

Rocafort callaba conmovido por estas últimas palabras. Comprendía la necesidad que tenía la princesa de garantías y seguridades. Y ella seguía hablando:

—El embajador me ha enviado a decir que quiere venir a saludarme. Yo le he dicho que se lo agradezco y que ya le avisaré, pero no le avisaré nunca. ¿Para qué? Seguramente quiere venir a curiosear y a ver si puede obtener algo mejor que tu alianza. ¿Te ha dicho a ti que quería verme? ¿No? Supone que hay perspectivas alrededor de mí, contigo o contra ti. Tú sabes lo que son esas gentes de las cortes latinas. Mátalo, Rocafort. Y entiérralo en ese cementerio antiguo de Casandria, en cuyos sepulcros hay muertos que todavía, después de tantos siglos, tienen hipo. Dentro de su tumba,

tienen hipo. Se les enfría demasiado el neuma. Y tienen hipo. Mata al caballero Tibaldo, al gentilhombre francés, y me casaré contigo.

Rocafort mondaba su garganta sólo por oírse a sí mismo y por cubrir la voz de la princesa.

—Conocí a un hombre —dijo ella cuando Rocafort acabó de carraspear — que habría matado al embajador sólo por atreverse a entrar en su campamento con las banderas de los Anjou. Tú sabes quién era: Roger de Flor. Después conocí a otro, que estaba ya muerto y que tenía todavía el alma pegada a la piel, y esa alma cambiaba de color a lo largo del día con el sol, con las nubes y con la luna. Tenía un neuma perezoso y escéptico: Berenguer de Entenza. ¿Te acuerdas?

—Calla, señora. ¿Qué necesidad hay de hablar de eso, ahora?

—Bien, callaré. Has matado demasiada gente aquí dentro y has mostrado en eso tu debilidad. Eres un hombre a quien la gente obedece menos cada día. Los soldados no te quieren y la ejecución de Palacín ha soliviantado a los pocos que te quedaban fieles. Ahora pensarán con justicia que tal vez estás tratando de venderlos a Francia. Mata al embajador y desharás esas sospechas. Yo me casaré contigo y ellos te aclamarán antes de la boda, en la boda y después de ella. Tendrás una corona en la cabeza y esa corona la dejarás a tus hijos un día.

Rocafort vacilaba. Tuvo una salida poco hábil:

—Cásate antes conmigo y haré lo que quieras. Después haré lo que quieras.

—No, Rocafort. No me fío de ti. Las cosas y las gentes te invalidan poco a poco. Te invalidan como hombre de honor. Especialmente las mujeres. La sirvienta, la esclava, la esposa del capitán, la princesa. Sí, también princesa. No importa. Te has envilecido y nos envileces a todos un poco. No me fío. Me venderás, Rocafort. Sí, a mí. Por eso te pido que me des prendas y que *quemes las naves*. Si no las quemas no me casaré contigo y no serás ya nunca nadie. Este es el momento crucial de tu vida. Si no te casas conmigo no serás sino el lacayo de la carroza de los muertos. Pero ya veo que no puedes responderme ahora. Anda, márchate, sal afuera y piensa en todo esto a solas. Cuando hayas decidido quemar las naves vuelve a entrar. Anda, márchate y no tardes mucho en decidir. Aquí te espero.

Se levantó Rocafort como un sonámbulo y salió. Ya fuera se sentó en un plinto roto, pero no necesitaba pensar nada. Había decidido obedecer a la princesa y *quemar las naves*. Le agradecía que lo invitara a meditar y seguía sentado en el plinto y mirando sin ver, atento a la soledad de alrededor. No pensaba en nada. Ni siquiera en su buena fortuna.

Acudía a las ruinas de la acrópolis aquellos días una hembra griega ya entrada en años, que vivía en Casandria antes de que llegaran los catalanes. Rocafort la miraba, intrigado. Y la mujer, acercándose a la estatua medio mutilada de una divinidad, imitaba gravemente su actitud. Alzaba un brazo, apoyaba el peso del cuerpo sobre una sola pierna y después de un largo espacio en aquella posición —la misma de la estatua— comenzaba a hacer gestos simulando los de la diosa. Afrodita —aquella imagen era de Afrodita — estaba peinándose. Con un brazo extendido como si estuviera contemplándose en un espejo de mano y el otro doblado sobre la cabeza, la mujer pasaba por sus cabellos largos y tendidos un peine imaginario y así se estaba. Rocafort la miraba sin tratar de comprender.

Luego aquella hembra tranquila y grave se apartaba un poco, se situaba ante Diana y comenzaba a hacer el gesto de sacar flechas de una aljaba que imaginaba llevar a la espalda. Al hacerlo alargaba el pie derecho sobre el mármol y lo recogía. Repetía aquellos movimientos sin apartarse del lugar donde estaba. Rocafort la miraba sin pensar en nada. Estaba decidido, pero no quería volver a decírselo a la princesa porque se hacía la dulce ilusión de tenerla impaciente, esperándole.

La mujer imitaba también figuras masculinas, por ejemplo, a Mercurio, cuyo caduceo simulaba llevar en la mano. Y hacía de vez en cuando los movimientos del que corre, sin moverse del lugar donde estaba. De vez en cuando dejaba el pie derecho un rato en el aire. Se suponía que tenía en él pequeñas alas. Y entretanto Rocafort la miraba sin parpadear y pensaba: «La princesa ha dicho que estaba yo en el instante cumbre de mi vida. Es posible que tenga razón».

La mujer se había apartado y delante de otra estatua truncada movía un brazo y alzaba y bajaba despacio la cabeza. «¿A qué diosa imita ahora?», pensaba Rocafort. Los pocos griegos que quedaban en el ejército llamaban a aquella mujer Licisca. En ese nombre había algo desdeñoso.

Cuando más abstraída estaba en sus movimientos y gestos, apareció al pie de la escalinata un hombre barbudo de greñas rubias y la llamó con voz exasperada y tremenda. Licisca se levantó y con el mismo aire despacioso y tranquilo fue bajando las escaleras. Había un lugar donde éstas faltaban y tuvo que arrastrarse por el suelo a cuatro manos.

Como si la marcha de la mujer fuera una indicación para Rocafort, éste se levantó también y acudió al cuarto de la princesa, quien al verlo entrar le dijo en voz baja:

—¿Has decidido algo?

Rocafort no respondía. Por fin dijo:

—En resumen de cuentas, lo que me pides es una traición más.

—El que hace una traición es un traidor. El que traiciona cien veces con éxito es un gran estratega a quien los pueblos coronan de laurel. ¿Entiendes, Rocafort?

La miraba el catalán, entre burlón y confuso. En aquella expresión de Rocafort dominaba, sin embargo, la sumisión, y la princesa se daba cuenta. Ella le preguntó:

—¿Cuál es tu enemigo peor? Digo, en Occidente, entre los latinos, donde seguramente tienes muchos.

—Ninguno es en Occidente tan enemigo mío como lo eres tú en estas tierras. Pero ya que quieres saberlo, te lo diré. El peor enemigo, mi enemigo natural, es el Rey de Nápoles. Le retuve en rehenes varios años algunos castillos sólo por hacerle pagar las cantidades atrasadas que debía a las tropas y que me debía a mí. Cuando me pagó le devolví los castillos. De igual a igual. Pero ¿qué tiene que ver eso? ¿Por qué quieres saberlo?

Parecía que iba a reír, pero algo se interpuso entre su corazón y su risa. Se calló, vio la princesa una nube cruzando por el fondo de sus ojos y tuvo miedo. Se sintió insegura. En aquel momento Rocafort añadió:

—Si firmara la alianza yo con el rey francés, todo se arreglaría.

—Se arreglaría para ti. Se arreglaría para un capitán con alma de esclavo. ¿Qué necesidad tienes tú de Carlos ni del embajador Tibaldo? ¿Qué puedes ser tú en la corte de un rey latino más que un lacayo con las armas ajenas bordadas en el pecho?

Callaba Rocafort mirando el mangual abandonado en el rincón:

—¿Te casarás realmente conmigo?

—Sí. En Tesalónica. Mañana. Ahora mismo. Pero mátalo antes.

Seguía viendo Rocafort un misterio en todo aquello. El Emperador Andrónico había dado títulos a Roger, a Berenguer, a Aonés. ¿Por qué nadie le había dado títulos a Rocafort? El mismo Rey de Nápoles podía hacerlo duque de su corte, pero prefirió pagarle la deuda. No eran para él los honores. Ahora la princesa le ofrecía los más altos y él recelaba. Estaba decidido a aceptar, pero recelaba. Y expresó sus recelos en alta voz:

—Yo nací —dijo, deprimido— detrás de una albarda y eso pesa en la vida. Detrás de una albarda remendada con cuero y saco. Eso pesa en la vida de uno. Sobre todo, en la mía. Y ahora me pides que mate al embajador y que me corone rey.

—Reyes ha habido con un nacimiento más humilde que el tuyo.

En aquel momento se oyó una masa de voces afuera, que parecía bajar de las nubes. Era una bandada de ocas silvestres que pasaba alta por los caminos migratorios del África. Rocafort se quedó un momento inquieto, escuchando. Se oía otra vez el graznido descendente, a coro.

Escuchaba Rocafort mirando con recelo la puerta por donde a veces aparecía Constancia. Luego contempló a la princesa. La miró a los labios, a la garganta. Había una línea amarga en el ensamblaje de sus labios. Estaba decidido a matar a Tibaldo y no lo decía porque se daba cuenta de que sus dilaciones le daban importancia, le hacían crecer delante de ella.

Añadió la princesa con los ojos encendidos:

—No crees bastante en mí. Si creyeras, harías lo que te digo. Lo matarías. Sin violencia aparente, sin sangre. Un accidente. Finge un accidente. Llévalo al extremo norte de las murallas, sube con él a la atalaya y arrójalo al foso. Podéis hacerlo tu hermano Gisbert y tú. Nadie más. Luego diremos que ha sido un accidente casual.

Rocafort pensaba: «Suprime la sangre como si yo tuviera miedo de la sangre». Aquello le parecía humorístico. Y respondió:

—Nadie creerá que ha sido un accidente.

—¿Y qué? Los que duden te admirarán por tu habilidad y disimulo.

Seguía meditando Rocafort. Pensaba en el sello real que llevaba en el bolsillo. Por fin se pasó la mano por la frente. La princesa repitió una vez

más:

—Quema las naves, Rocafort, y ven conmigo.

—… ¿Cuándo?

—Pasado mañana a las cinco de la tarde. No a las cuatro ni a las seis, sino a las cinco.

Los ojos de Rocafort se animaban. Hubo un momento en que ella lo vio vacilar aún —aunque estaba decidido hacía tiempo— y dijo:

—Cuando Tibaldo esté en el foso y yo lo vea muerto me casaré contigo. Entraremos pacíficamente en Tesalónica y nos casaremos. Al día siguiente de quemar las naves nos casaremos.

Atrajo el catalán a la princesa doblándola por la cintura hasta casi partirla en dos. Sentía allí, bajo los labios, latir el pulso en la garganta.

Luego se fue en busca de su hermano.

Aquella noche llamó la princesa a Nicodemos y le dijo:

—Necesito de ti, Nicodemos. Hay un complot contra la vida del gentilhombre francés Tibaldo. Sólo intervienen Rocafort y su hermano Gisbert. Se trata de fingir un accidente en el bastión norte y arrojarlo al foso desde lo alto. Para eso lo llevarán allí con algún pretexto pasado mañana a las cinco de la tarde. ¿Oyes, Nicodemos?

El galeote escuchaba atentamente, pensando: «Ahora comprendo por qué me tiene la princesa a su lado. Nunca se había presentado una ocasión como ésta, pero ella sabía que podría presentarse. Ahora comprendo». Y ella siguió:

—Anda a ver a Tibaldo y con el mayor secreto díselo. Dile que has oído hablar a Rocafort y a Gisbert y te has enterado del complot por casualidad. Háblale en tu buen latín, despacio y claramente. No debe saber que te lo he dicho yo. No debe saber siquiera que yo he dicho nunca su nombre. Anda a buscarlo y dile que pasado mañana a las cinco de la tarde Rocafort y su hermano lo llevarán al bastión del norte y lo tirarán abajo.

Nicodemos palideció y preguntó:

—¿Por qué me lo dices a mí, señora?

—Porque sabes guardar un secreto.

—También Simeón sabe, señora.

—Pero Simeón es imbécil y la lealtad de los imbéciles es demasiado insegura.

Estas palabras halagaron a Nicodemos, quien besó la fimbria del vestido de la princesa y salió, con rapidez. No fue difícil hallar a Tibaldo a solas y le avisó del complot. El embajador le dio una bolsa de oro y por precaución para el mismo Nicodemos lo hizo encerrar en los aposentos de su guardia. Se asustó Nicodemos y por un instante creyó llegado su último día. Pero luego vio que lo trataban amistosamente.

Preparado el golpe por Gisbert y Rocafort al día siguiente, el jefe catalán habló a Tibaldo de la conveniencia de visitar el bastión norte para izar la bandera de Carlos de Francia. Podrían ir los tres: Gisbert, Tibaldo y él. Sería a las cinco de la tarde. Tibaldo disimuló cuanto pudo y dijo a todo que sí. Hizo algunas preguntas hábiles y por las respuestas de Rocafort comprendió que era verdad la advertencia de Nicodemos.

Quedaron citados a las cinco de la tarde del día siguiente en el bastión del norte. Izarían la bandera y allí mismo firmarían el pacto. Tibaldo prometió que iría solo. Pero aquella noche el embajador, con un destacamento francés y algunos capitanes enemigos de Rocafort, arrestó al jefe catalán y a su hermano y los llevó a bordo de una galera armada. Tibaldo no pudo entender una palabra de los torrentes de amenazas que Rocafort profirió en catalán mezclando palabras turcas y maldiciones griegas. Quiso gritar por una ventana y llamar a las armas. Lo amordazaron y lo llevaron a bordo como un fardo. Su hermano Gisbert hablaba francés y en vano trataba de explicar a Tibaldo que había un error en todo aquello.

Cuando estuvieron a bordo y encadenados, la princesa envió un billete a Rocafort y otro al embajador francés. En el de Rocafort decía: «Tú eres el primero que ha confiado en mí. El primero que ha seguido mi consejo. Te lo agradezco, Rocafort. Tal vez prefieres de veras las palomas de Bulgaria a la muerte, pero no me interesas ni rebelde ni sumiso. Has prendido fuego a las naves y te has quedado dentro y te vas a abrasar. Lo siento, aunque no demasiado. Quiero decir que me gustaría salvarte de alguna gran dificultad si eso fuera posible sin dejar de castigarte. ¿Comprendes? Adiós y que Él te dé la suerte que merezcas».

En el billete dirigido al embajador le invitaba a pasar a saludarla —como él le había pedido— aquella misma noche.

Fue el conde Tibaldo con Nicodemos, a quien puso en libertad en el momento en que tuvo a Rocafort a buen recaudo. La princesa recibió al embajador de un modo frío y cortés. Su madre le había dicho muchas veces que no hay arma más eficaz que la cortesía e incluso la dulzura. En aquel caso bastaba con la cortesía. Entre otras cosas le dijo:

—Entrégale, señor embajador, esos dos presos al Rey de Nápoles y te lo agradecerá mientras viva. Es también el mejor servicio que puedes hacerle al Rey Carlos. Yo lo sé. Mejor que yo lo sabe la reina Irene de Bulgaria, mi madre. Si haces eso, mi padre, el kan de Bulgaria, hablará contigo cuando quieras de igual a igual, y si os interesa conseguiréis con él pactos mejores que los que buscabais con ese pobre capitán mercenario.

Estaba el embajador deslumbrado por las perspectivas que inesperadamente se le abrían y también por la belleza de la princesa. Decía a todo que sí y, de vez en cuando, intercalaba alguna alusión a sus oficios cerca de la casa de Francia para dejar ver discretamente la importancia de su persona.

Volvió a su galera y aquella misma noche salió con sus valiosas presas hacia Italia aprovechando la marea alta. Con él se fue Muntaner.

Al día siguiente llegaron correos de Tesalónica. La madre de la princesa decía: «Está aquí Arenós y es posible que venga *alguien más*». Esa expresión —alguien más— estaba subrayada en el pergamino para evitar confusiones ya que aquella indicación se usaba sólo para aludir a las personas reales. Llegó a pensar si se trataría de Andrónico. O tal vez del príncipe Miguel. Y se preguntaba: «¿Esa persona real que se acerca viene tal vez al olor de la paz con los catalanes? ¿Es posible todavía la paz?».

Provisionalmente mandaba las tropas en Casandria el capitán Pérez de Caldés, hombre razonable y frío, ya entrado en años. Fue quien dio la noticia del secuestro de los hermanos Rocafort a las tropas atribuyéndolo a intrigas de los enemigos de Sicilia y sin molestarse en decir palabras de elogio para el capitán, aunque tampoco las dijo de vituperio.

Todos recibieron la noticia con la atonía natural después de tantas catástrofes. Comprendían que la conducta de Rocafort no podía conducir al

jefe catalán a un fin menos desventurado que aquél. Algunos se preguntaban cuál sería la reacción de la princesa y estaban muy lejos de suponer lo que había sucedido. Entretanto, desde su capitel jónico la cabeza de Palacín parecía contemplar el cielo asombrada, con los ojos y la boca abiertos.

La carta de la reina iba acompañada de otra de la madrina que decía: «Estoy convenciendo a Arenós de que vaya allí y se ponga al frente del ejército. Pero Arenós recela. Parece que recela precisamente de ti. Al mismo tiempo este hombre tiene para ti, princesa María, sentimientos que son más que estimación y respeto. Su entendimiento de varón a veces parece agudo, refinado y sutil como el de algunas mujeres de la corte de mis abuelos. Y es galán. Con sus patas torcidas y todo, es galán. A veces habla demasiado y luego se arrepiente y está varios días sin decir nada. Hace muy buenas migas con tu madre».

Tomó la princesa la decisión de ir a Tesalónica con el menor ruido posible, esperando que el ejército de Casandria no se diera cuenta. Pérez de Caldés había reconstituido el antiguo consejo de Rocafort y era ese consejo el que realmente gobernaba. Esperaba la princesa salir un día temprano con su séquito de doncellas —sin los galeotes— por la puerta cuya guardia estaba a cargo de los escuadrones de Caldés.

Y así lo hizo. Nadie conocía las intenciones de la princesa más que Zoe y Constantina. En lugar de salir al alba lo hicieron al oscurecer, diciendo la princesa a Caldés que iban a dar un paseo por la playa. Y antes de rayar el día llegaron ante las murallas de Tesalónica. Las puertas se abrieron con todos los honores. Las trompetas lucían al sol sobre el rastrillo. A una señal comenzaron a tocar. Los soldados de la guardia arrojaron al aire palomas pintadas de oro.

Zoe decía, asombrada:

—Estas son las palomas de las que hablaba la señora.

Acompañada de su pequeña corte, la reina Irene esperaba a su hija. Cerca de ella algunos duques de Constantinopla rindieron sus respetos a la princesa María, como si no hubiera sucedido nada. Todos parecían taciturnos y un poco fantasmales. Se aglomeraba la gente al paso de la comitiva y se oían vítores y músicas. Zoe pensaba: «La reciben como si

fuera la salvadora del Imperio». Al pasar frente a la catedral, el archimandrita del monasterio de San Demetrio salió revestido de pontifical mientras las campanas volteaban. Desde allí el archimandrita bendijo a la princesa.

En cuanto la reina Irene pudo hablar aparte con su hija le preguntó:

—¿Quién manda en el real de Casandria?

—Manda una junta, la misma que aconsejaba a Rocafort en Gallípoli.

Sonreía la princesa desde su caballo contestando las aclamaciones a derecha e izquierda. Al llegar a la entrada del palacio vio a la servidumbre de estrados formada en dos alas.

Desmontaron en el patio de armas y subiendo una ancha escalinata la reina madre le preguntó sin ocultar su inquietud:

—¿Tú crees que esas hordas van a asaltar Tesalónica?

La princesa dijo que no y que si había algún lugar seguro en el Imperio era aquél, pero que, además, todo andaba desordenado y en decadencia entre los catalanes.

—¿Por qué?

La princesa miró a su madre con cierta dureza y quitándose los guantes le dijo:

—¿Por qué ha de ser? Me extraña que me lo preguntes precisamente tú. ¿No lo sabes mejor que yo, mejor que nadie?

Quería recordar que en gran parte la desgracia de los catalanes era obra suya. La reina respondió:

—Hija mía, cuando las cosas son de esa magnitud sólo pasan porque lo permite Dios.

La princesa quería aclarar el misterio de la última carta de su madre:

—¿Quién es esa persona *importante* que hay en casa, además de Arenós?

—Miguel. No ha ido a recibirte porque no quiere que lo vean por la calle. Nadie sabe que está aquí más que tú y yo. Bueno, y Arenós. Se pasan el tiempo jugando al ajedrez y supongo que Arenós se deja ganar para mantenerse en su buena gracia.

Al notar la expresión de disgusto de la princesa, la reina se apresuró a decir:

—No es necesario que lo veas, hija mía. Él no vendrá a verte tampoco si tú no lo llamas.

Y añadió después de un silencio largo:

—Aunque ha cambiado mucho. Te aseguro que es un hombre diferente. Y al fin, hija, ¿qué le vamos a hacer? Es mi sobrino.

OceanofPDF.com

CAPÍTULO XXV

El castillo de Tesalónica era mayor que el de Gallípoli y se parecía a las fortalezas-palacios de los países de Occidente. Sólo tenía cúpulas doradas y exedras con azulejos orientales en la parte antigua.

El mismo día de la llegada de la princesa se celebró un *Te Deum* en la catedral. Toda la nobleza de Tesalónica estaba presente y el presbiterio irradiaba luces por entre las nubes de incienso y los cánticos. La reina y su hija entraron bajo palio y fueron a instalarse a un lado del altar mayor, también bajo dosel. La princesa tenía habilidad para hablar disimuladamente y sin que nadie se diera cuenta en medio de los actos más solemnes. Miraba al frente y sin mover los labios preguntaba:

—¿Dónde está el príncipe Miguel? ¿Por qué no ha venido?

La reina madre respondía:

—Acaban de decirme que ha salido para Constantinopla. Se diría que te tiene miedo —añadía conteniendo la risa— y que ha escapado.

Quedaron calladas. El archimandrita de San Demetrio se acercaba asistido por dos diáconos cubierto de oro y sedas y los tres alzaban y bajaban los incensarios dirigiendo nubes de humo oloroso hacia la princesa y la reina mientras en el coro cantaban más de cincuenta acólitos.

—Estos hombres nos van a sofocar —dijo la reina.

Cuando los celebrantes volvieron al altar, la princesa, que no podía contener su asombro, preguntó:

—¿Dices que me tiene miedo Miguel? ¿Y Arenós? ¿Por qué no ha venido Arenós?

Contestaba la reina mirando al frente, rígida y severa, sin mover apenas los labios:

—Salió con Miguel para servirle de escolta hasta encontrar las guardias de Nastogo a cincuenta millas de Constantinopla. Supongo que volverá mañana.

Sin dejar de hablar, la reina vio al otro lado del presbiterio al obispo de Magnetio que la saludaba con una inclinación de cabeza y ella le sonrió. El coro cantaba a pleno pulmón y eso permitía de momento a la reina alzar la voz mientras movía los labios con la actitud del que reza:

—Arenós es un hombre cabal, hija mía. Aunque al principio parece otro como Roger, lleva sobre todos los catalanes una gran ventaja. No seré yo ni serás tú quien consiga atrapar a un hombre como Arenós entre dos puertas en una situación improvisada. Ni por grandeza ni por miseria.

La princesa pensaba: «Mi madre quiere que me interese por Arenós». Respondiendo a la bendición del obispo de Magnetio, las dos se persignaban. La princesa preguntó:

—¿Y Olga?

—Está entre la gente, debajo del púlpito. ¿No la ves?

Pero la princesa cambiaba de curiosidades.

—Siento que se haya marchado Miguel porque es como un pájaro del color de la tierra que ha volado antes de tiempo. Pero me alegro por otra parte. Más vale así.

—¿Pensabas recibirlo?

—No, eso no.

—¿Por qué?

—No sé, madre. ¿Quiénes son esos dos enanos que acompañan a Olga?

Detrás de la condesa se veía a dos pequeñísimos pajes, uno con la silleta y otro con un benditero y dos escapularios.

—Ah, ésos son dos supervivientes de Rodesto.

Se quedó la princesa sin aliento y un poco después preguntó:

—¿Dices que son de Rodesto?

—Sí, parece que se escondieron en una caja de basuras entre los desperdicios de La casa del gobernador. Y ahí están. Olga siempre encuentra las cosas y las personas que no encuentra nadie. Ahí están.

Pensaba la princesa: «Testigos. *Testiguitos*. Nunca faltan testigos». La reina Irene se dio cuenta de que su hija había recibido una fuerte impresión

y entendiéndolo mal pensaba: «Esta criatura nunca ha podido tolerar los enanos. Cuando era niña y aparecía alguno en el palacio, salía corriendo y se escondía. Yo creía que el que le llevaron a Gallípoli para cuidar de los animalitos le habría curado de aquella manía, pero veo que no». Por cierto que ni los enanos ni los titís habían llegado con la princesa. Debían haberse quedado en Casandria.

La princesa, componiendo una expresión recogida y mística porque se daba cuenta de que era el centro de la atención de la gente, se acordaba ahora de los galeotes. No le importaba lo que pudiera sucederles. También Nicodemos era un testigo. No sólo de Rodesto, sino de su intriga con Tibaldo. Y le tenía miedo. Simeón era un atrasado mental. Los dos habían estado en Rodesto. Había, pues, cuatro testigos: los dos enanos y los dos galeotes. También eran testigos las doncellas, pero su testimonio se disolvía cada noche en las alcobas de la promiscuidad y no le preocupaba.

Se volvía a mirar a los enanos supervivientes, con recelo. Y veía a Olga, quien creía que las euménides de Casandria acabarían con los catalanes. No sabía nunca la princesa qué pensar de Olga. A distancia y a través de la relación epistolar le parecía interesante, entretenida y digna de amor. Pero cuando estaban bajo el mismo techo su presencia resultaba confusa y aburrida. Era ya Olga vieja y los hombres no la tomaban en cuenta. Aquello la hacía descarriar un poco. Nunca había estado muy en sus cabales y su entusiasmo por la princesa ahijada tomaba formas pintorescas. Algunos decían que estaba loca, pero los que la trataban de cerca sabían que tenía una razón sólida y que, si descarriaba a veces, era porque gustaba usar de una coquetería infantil un poco risible. Aunque era mucho más vieja que la princesa, la imitaba en sus maneras de escribir y hablar.

Seguía el *Te Deum*. La princesa preguntó a su madre, alarmada:

—¿Es que van a decir también una misa?

La madre disimuló su sorpresa y su regocijo:

—¿A estas horas? No, hija. Además, los curas me conocen y no se atreverían.

En aquel momento el orden del oficio permitía sentarse y las dos lo hicieron con los movimientos reposados y majestuosos que los príncipes aprenden como una parte de su educación natural. Ya sentadas quedaban

más de cara al público que al altar. Y la princesa veía entre los concurrentes que llenaban por completo el templo, musulmanes, judíos, genoveses, atraídos por la curiosidad. Era aquel acto una celebración cívica más que religiosa. Y en el coro gritaban los chantres:

Super flumina Babylonis…

La reina no se sentía del todo segura, en medio de tanta brillantez y de tantas acciones de gracias a la Providencia. Pensaba que tal vez iba a suceder algún hecho inesperado y que muy bien podrían ser todos pasados a cuchillo en una noche. Aquella impresión la compartía la princesa María, quien se decía: «Rocafort conoció su hora crucial la noche que yo le pedí que matara a Tibaldo, el gentilhombre francés. Yo estoy viviendo con mi madre la hora crucial nuestra. Los catalanes están cerca y nadie sabe lo que harán». Al decir *crucial* miraba en éxtasis —como concesión a la curiosidad de la gente que llenaba el templo— la cruz del altar y se acordaba del hombre colgado en Culla, que no se murió.

Le gustaba que Miguel hubiera escapado, pero no podía creer que fuera por miedo y, en todo caso, el miedo de Miguel solía cubrirse con pretextos y disfraces. Quería que el *Te Deum* se acabara para poder hablar libremente con su madre de aquello.

En aquel momento la música era más fuerte y el coro de voces subía, poblando las altas bóvedas y haciendo vibrar las ventanas de colores. Los versos del salmo babilónico eran muy hermosos y la reina suspiraba:

—Esta música me conmueve.

—A mí, no —dijo la princesa—, pero me asusta lo que dicen los cantores. Me parece como si asistiera a mi propio funeral y yo fuera mi propia plañidera.

Luego, sin perder su gravedad hierática y bajando los ojos para que la gente que la viera mover los labios creyera que estaba rezando, preguntó:

—¿Qué pretextos puso Miguel para marcharse?

La reina contestó con un suspiro:

Pretextos demasiado nobles, para lo que acostumbra. Dijo que su presencia aquí era una provocación para los catalanes y que no quería

causarnos molestias ni peligros. Eso es noble, la verdad. Tu primo ha cambiado en los últimos tiempos.

—Sí. Los golpes de mangual de Rocafort han debido ablandarle la cabeza.

—Jesús —se escandalizó la reina—, qué cosas se te ocurren. La que no cambia eres tú.

Miraba la princesa a los oficiantes. Todos tenían caras antiguas y el obispo, con su alta mitra y sus guedejas colgantes, parecía salido del álbum de cuero donde tenía ella su retrato en miniatura. Cuando aquellos curas se ponían en éxtasis tomaban expresiones animales. Tenían una especie de espontaneidad selvática y parecían al mismo tiempo farsantes y sinceros. No había contradicción en eso. También los histriones del teatro griego eran farsantes y sinceros.

Pero se aburría y tenía ganas de que todo aquello terminara. A veces sentía la desesperación inevitable de ser princesa. Habría preferido andar entre la gente, ir al puerto, bajar a descalzarse a las playas y correr por la arena caliente que cosquillea en la planta de los pies.

Acabó el *Te Deum* y todo el mundo acompañó a las princesas en procesión hasta su palacio, donde hubo besamanos. La gente parecía tranquila y sin cuidados a pesar de la proximidad de los ejércitos catalanes. Se decía la princesa que incluso en cosas tan concretas como la guerra lo más importante es la atmósfera moral que acompaña a los hechos. Todos sabían que el ejército de Casandria estaba perdiendo peligrosidad sin saber por qué. Es decir, lo sabía la princesa. Los otros, los nobles, lo olfateaban. El olfato moral de la gente en tiempos de calamidades es muy fino. Y no se equivoca fácilmente. La princesa decía que en tiempos de crisis todo el mundo ventea en el aire los peligros y las seguridades lejanos con un olfato de perro. Y adquieren también sensibilidad —oído, tacto, vista, paladar— de enamorados transidos que adivinan cuándo la amada duerme, vela, camina y, sobre todo, cuando piensa en otro hombre.

Así estaba todo el mundo, entonces, con los catalanes.

Pasaron algunos días sin más novedades que el miedo de la princesa a los enanos de su madrina Olga. La reina Irene dio disposiciones para que se fueran a vivir al torreón del norte, lejos de la princesa, y no salieran de allí

sin un permiso especial. Los pobres enanos se asustaron al saberlo y recordando lo que pasó en Rodesto pidieron que fuera a visitarlos el capellán. Cuando lo supo la princesa, se quedó pensando: «Para los enanos debía haber una iglesia aparte con dogmas y perdones menudos y un paraíso de juguetería. De muñequería».

Quiso saber si el capellán había ido y se extrañó cuando le dijeron que sí.

Entretanto regresó Arenós de su viaje como jefe de la escolta del príncipe Miguel. Parecía feliz —según dijo la reina— de haber perdido de vista al hijo del Emperador, no porque su presencia le molestara (si le molestaba, Arenós no lo habría dejado sospechar a nadie) sino porque le parecía que llevaba consigo demasiadas responsabilidades para los demás, especialmente para los que lo custodiaban.

Discreto, como siempre, Arenós no hacía nada por ver a la princesa.

Hubo revistas de tropas y en ellas vio la princesa de lejos al capitán aragonés. Actuaba Arenós de jefe de sus propias fuerzas, pero lo consideraban los griegos como una especie de jefe de estado mayor de la plaza. Hizo Arenós como si no viera a la princesa y en su manera de eludirla había respeto y acatamiento.

—Es ahora más galán —pensó la princesa— que en Cízico y en Gallípoli, pero no se me acercará si no lo llamo tres veces. Está demasiado enamorado de mí para acercarse antes de que lo haya llamado tres veces por lo menos.

La ciudad estaba en fiestas. Había muchos mercaderes vestidos de colores. Gente rica y amante de la vida. Parecían confiados y felices con sus mujeres e hijos. Había bastante libertad en Tesalónica a pesar de ser una plaza fuerte y tener al enemigo cerca. Los cristianos permitían sus ritos a los judíos y a los musulmanes, de los cuales había una colonia lucida. Los musulmanes no eran del Asia Menor, sino de la India. La libertad ayudaba al comercio y estimulaba la navegación mercantil. Los genoveses tenían también sus factorías y se daban importancia como siempre, entre los pueblos orientales, con sus trajes limpios y de buen corte y sus cabelleras romanas. Arenós, cada vez que veía un genovés, tenía ganas de darle de

moquetes, pero se contenía pensando en la princesa y en el orden civil de la plaza.

Los días pasaban sin que la joven viuda hiciera más que recibir correos confidenciales de Casandria con su madre y cambiar impresiones con Olga y con las viejas aristócratas de Tesalónica que llegaban siempre acompañadas de algún cura. El que más frecuentaba el palacio era el obispo de Magnetio, quien recordando sus buenos oficios en el tiempo de la sublevación contra Roger esperaba que le dieran la archidiócesis de Macedonia.

La princesa María lo miraba a veces *diagonalmente* (esto lo había aprendido de Rocafort) y se preguntaba impaciente y rencorosa:

—¿Cómo se atreve a ponérseme delante?

En el *kenourgion* había un retrato al temple del príncipe Miguel, hecho pocas semanas antes. La princesa lo contempla un poco irónica. Miguel vestía de corte con un caftán de raso color oro pálido. El caballete roto de la nariz daba a su cara un aspecto menos agudo y también más bondadoso, de perro. Uno de sus ojos tenía todavía en la córnea una vena roja, bien aparente.

—Esa vena —pensaba la princesa— la tendrá ya siempre hasta que se muera.

El obispo de Magnetio hablaba con recelo y temor de la proximidad de los catalanes y la reina Irene creyó tranquilizarlos a todos diciendo:

—Han pedido paso libre para Atenas, los catalanes. Paso libre. ¿Quién va a negarles paso libre? No seré yo.

Al oír esta noticia, el obispo de Magnetio juntó las manos sobre el pecho y alzó los ojos al cielo un instante. La reina dijo que había intervenido cerca de su marido el kan para que los búlgaros les dejaran pasar por sus fronteras montañosas sin salirles al paso. Cuando se trataba de contar magnanimidades y grandezas aparecía siempre el nombre del kan; y si se refería a alguna clase de miserias o hechos desairados, el nombre del Emperador. En eso la reina Irene (que, por otra parte, despreciaba al kan, su esposo) no se equivocaba nunca.

Aquella tarde Arenós estuvo en el *kenourgion* escuchando más que hablando y cuando no tenía más remedio que hablar midiendo como

siempre sus palabras. Viéndolo, la reina Irene solía pensar: «Ése *ha aprendido* a vivir».

Según ella, la mayor parte de la gente se muere de vieja sin haber aprendido esa importante ciencia, es decir, sin acertar a controlar las pasiones y al mismo tiempo a aguzar y cultivar los egoísmos.

Los elogios de la reina Irene no le gustaban a Arenós, quien, oyéndola, pensaba: «Para ella aprender a vivir es aprender a bellaquear». Tal vez la princesa María estaba pasando por difíciles experiencias también sin aprender gran cosa. Por cierto que la princesa se había retirado de la sala.

Hablaba Olga de la belleza, la frescura y la ligereza que el aire tenía en Bulgaria. Y decía que para ella un kan era más que un rey, aunque menos que un emperador. Se apresuró a decir la reina que el abuelo de Olga tenía, entre otros títulos, el de kan de Mármara, aunque era sólo aquélla una corona honoraria. Olga le agradeció aquella observación con una mirada sostenida y finalmente dijo:

—En mi familia todas las coronas son honorarias. Los hombres no han tenido nunca empuje para conseguir tributos y rentas.

Llegó de pronto la doncella Zoe, hizo una reverencia a la reina, con la cual quería decir que necesitaba hablarle aparte, y le dijo que la princesa llamaba a Arenós a sus habitaciones. La reina hizo un gesto de aquiescencia y Zoe fue a decírselo a Arenós, quien salió con Zoe. Los que estaban cerca de la reina se quedaron callados un rato tratando de imaginar lo que aquello significaba. Olga pensaba viendo salir a Arenós:

—Un poco demasiado estevado es ese joven para mis gustos y, sobre todo, para los de la princesa.

Al verse delante de María, Arenós se inclinó:

—Necesito hacerte algunas preguntas —dijo ella—. ¿Piensas seguir al servicio de Andrónico?

—No lo sé todavía.

—Pero tendrás algún plan.

—Los soldados no hacemos planes con mucha antelación.

—¿Eso es todo, Arenós?

—¿Hace falta más? —preguntaba él.

—¿Nunca has pensado que el príncipe Miguel puede odiarte como odiaba a Roger?

—No. Esas cosas son recíprocas y yo lo estimo. Es un príncipe valiente y noble que ha pasado por un período de mala fortuna.

Pareció volver la princesa de pronto a su manera habitual de hablar:

—Los catalanes tenéis los ojos demasiado expresivos. Miguel también, y esa es su mayor dificultad. Tiene ojos de perro. La primera vez que Roger y él se encontraron fue como si se encontraran dos floretes y saltaron chispas. La atención de Roger por la gente de mi casa no era la de un vasallo, sino más bien una curiosidad atenta de viajero. La mirada de Miguel, a pesar de su rango de príncipe heredero, tenía más respeto para Roger que curiosidad. Y los dos se dieron cuenta. La falta de respeto del catalán y el exceso de respeto del griego chocaron, se hicieron evidentes y se produjo en Miguel el odio. Ahí comenzó todo.

Callaban. La princesa añadió:

—Ya sabemos cómo acabó. Es decir, en su conjunto tal vez no ha acabado aún.

También Arenós callaba simulando indiferencia, como si pensara: «Bueno, ¿a dónde va a parar con todo esto?». La princesa le preguntó:

—¿No hay para ti también algo más fuerte que la vida?

—¿Más fuerte que la vida? —preguntó Arenós, sin comprender.

—¿No te gusta desafiar a la muerte y al destino como hacen los otros catalanes?

Arenós no estaba seguro de comprender aún. Por fin dijo:

—No. Yo conozco mis límites. Quiero decir, los límites de la vida, y a ellos me atengo sin querer saber más. Yo soy un hombre ordinario con una ordinariez a veces valiente, a veces incluso temeraria, pero siempre es una vulgaridad honesta. Creo que tengo poca imaginación, lo que tal vez es natural en un soldado. A veces he pensado que podría tener suerte y llegar un día a general, digo, en mi país, pero si no lo consigo seré tan feliz o tan infeliz como ahora. Y eso es todo señora.

La princesa, entre cohibida y decepcionada, repetía:

—Sí, ya veo. Mi madre tiene razón en lo que dice de ti. Eres el hombre más plebeyo y vulgar de todo el ejército catalán.

No era verdad. Su madre no decía aquello.

Se acercaba la reina Irene a las habitaciones de la princesa riendo sin verdadera causa. Era una risa cristalina, descendente, que parecía poner bengalas en los pasillos. Olga la seguía y la sobrina de los Nastogo —que había llegado con la escolta de Arenós— también. La reina se volvió a mirarlas a las tres, confusa, y les dijo:

—Volved con el obispo. No lo dejéis solo. Es un hombre que cuando está solo, llora.

Al ver entrar a la reina Irene, se alegró Arenós. No le gustaba que la princesa quisiera verlo a él a solas. De aquellas pequeñas entrevistas solían surgir incómodos diálogos en los que acechaba el malentendido. Y un malentendido traía otros muchos en cadena. La cadena solía acabar en alguna clase de catástrofe. Arenós tenía encuentros ocasionales con otras mujeres y pensaba en su Justeta, la de Sobrarbe. Pero en el fondo estaba enamorado de la princesa y ella lo sabía. Arenós se conducía de un modo frío y estricto. La princesa preguntó a su madre:

—¿Hay noticias de Nápoles?

Negó la reina con la cabeza, lentamente, sin decir más, tal vez por hallarse presente Arenós. La princesa había oído minutos antes al pie de las ventanas estrépito de caballos que llegaban piafando. Conocía la princesa por las pisadas cuando se trataba de correos oficiales. Nadie maltrataba a los caballos como los correos de la reina, quienes tenían a gala reventar o incapacitar de algún modo a sus bestias para mostrar el celo que ponían en el cumplimiento de su deber. Acabar con un caballo era motivo de orgullo. Aquellos caballos que llegaban un poco antes al pie de sus ventanas le habían parecido un buen augurio.

También la reina Irene había creído lo mismo y acudía a pedirle a su hija que saliera a recibir los correos con ella. Salieron los tres en grupo, lentamente. Arenós miró por una saetera y dijo que se trataba de correos del Emperador. La reina suponía que el Emperador quería saber noticias de los catalanes de Casandria. La reina se permitió bromas contra su hermano, que fueron apagándose a medida que se acercaban los tres a la sala. Arenós escuchaba aquellas bromas contra el Emperador con disgusto —nunca se

divertía con el vejamen de alguien que estuviera más alto que él—, pero no decía nada.

No estaba interesada la princesa en los correos de Constantinopla y quería seguir hablando con Arenós. Le pidió que la acompañara en un paseo a caballo por los arrabales. Llevarían una pequeña escolta. Arenós se inclinó, sumiso. Poco después pasaban por las avenidas de las rondas y hablaban castellano en voz alta sin cuidado de ser oídos. Iba la princesa recuperando su ánimo alegre de Gallípoli.

—Entonces —le preguntaba Arenós—, ¿crees que está acabada la campaña de los catalanes?

—No sé —decía ella, preocupada—. Tal vez la aventura de esos ejércitos, la gran aventura, comienza ahora. Mi madrina Olga —añadió riendo— espera que intervengan las euménides. Nunca se sabe.

Arenós no podía comprender que los catalanes y sus aliados salieran de Casandria y se dirigieran hacia Atenas, condado que valía poco en comparación con el Imperio de Andrónico. Pero se alegraba de no tener que afrontarlos en el campo de batalla.

La princesa dijo:

—Les falta en Casandria una cabeza con autoridad moral. Esa cabeza podrías ser tú. ¿No lo has pensado?

—No. Yo, no.

—¿Por qué?

A medida que hablaban de aquello Arenós se sentía incómodo y ella se daba cuenta:

—¿Por qué no?

Callaban los dos. Cerca había una abertura que daba comienzo a las trincheras de los arrabales. Fuera de las murallas todas las ciudades de importancia tenían trincheras con albarradas, como en Gallípoli. Desde el caballo estuvo comprobando Arenós que aquellas defensas estaban vacías y sin guarnición. Y no respondía. A la princesa le irritaba que no respondiera.

Quería la princesa galopar hasta un castillete también desguarnecido desde cuya torre se divisaban en los días claros, según decía, las ruinas de Casandria. Dijo Arenós que lo sentía mucho, pero que había prometido a la condesa Olga volver a media tarde. No ignoraba Arenós que cada vez que

salía con la princesa María se quedaba Olga pensando: «¿De qué hablarán?». Y ella escribía cartas contando cosas como aquella al Emperador, al príncipe Miguel y a otros personajes del Imperio. Arenós quería volver a la hora prometida.

Y volvían despacio, sin hablar.

Antes de llegar al palacio, la escolta, que iba unos cien pasos detrás, se les incorporó. Acompañó Arenós a la princesa a sus aposentos y volvió después (declinando la invitación a entrar) en busca de la reina Irene. Lo primero que ella le dijo fue que había noticias de Nápoles. Se lo dijo con el rostro franco y abierto del que comunica una buena noticia. Y añadió:

—Rocafort ya no vive.

Arenós le dijo que consideraría como una merced especial conocer los informes del correo de Nápoles. La reina se levantó, le puso una mano en el hombro y dijo:

—No te basta saber que Rocafort ha muerto, sino que quieres conocer los detalles, ¿no es eso? Yo te leeré la carta con mucho gusto aunque te digo, la verdad, esas cosas no son fáciles de leer por segunda vez. La cosa ha sido excesiva y el rey de Nápoles ha ido demasiado lejos. Yo nunca he podido comprender venganzas tan atroces.

Añadió algunas palabras de elogio para Rocafort como soldado. Eran palabras que sonaban a epitafio funeral: «Le está agradecida», pensó Arenós, «a Rocafort por haber muerto. En cierto modo, es lo que suele pasarnos a todos cuando sabemos que un conocido amigo o enemigo ha muerto. Siempre le agradecemos a alguien que haya dejado libre su puesto en la tierra».

La reina sacó papeles de una gaveta y se puso a leerlos. La carta del rey de Nápoles decía textualmente lo siguiente: «Es grato a esta cancillería y privanza comunicar a vuestra majestad, a quien Dios bendiga, que la vida de su antiguo súbdito llamado Rocafort y traído a mis prisiones por las galeras del conde Tibaldo ha tocado a su fin. Lo mismo ha sucedido a su hermano, el capitán Gisbert.

»El día que llegaron se les hallaron encima algunos efectos que pasaron a ser registrados como sigue y que no creemos que sean de la mayor importancia para vuestra información. En los bolsillos de Rocafort se halló:

»Un sello de declaración y certificación real, de oro, con corona y nombre de Constantinopla.

»Sesenta ducados de oro.

»Apuntaciones en diversos papeles que dicen, traducidas a la lengua latina: *Princesa María, el quinto de Cristopol cuando se gane, con treinta mil ducados*.

»Dando al genovés de Fanlo, para Aragón: 20.000 escudos.

»Hacienda de B.(Berenguer de E.) a ver y considerar:… 30.000 escudos.

»Acrecentamientos de Ximeliz: 4.500 ducados.

»TAHAFUT Y KITAD FALSAFA, que ha pedido Ximeliz a Damasco»…

»Estas eran las apuntaciones de Rocafort. De la última se puede conjeturar que Rocafort, de acuerdo con Ximeliz, estaba considerando su reniego de la religión cristiana y que Ximeliz le daba textos para convencerlo porque respondió el tal Rocafort a las preguntas del juez que esos libros eran la materia de donde sacó Tomás de Aquino, fraile de Nápoles ahora tan nombrado, sus ideas y no de la revelación de Dios, pero, al parecer, Rocafort se afirmó en su fe de Cristo antes de morir y Dios haya su alma, así sea.

»Tenía en el bolsillo otro papel con una lista de la nueva casa imperial como pensaba componerla cuando se casara con la princesa, lo que comprendemos en esta cancillería que era una ambición disparatada. Y también tenía los nombres de tres personas (sólo las iniciales) a quienes había encargado secretamente de matar en Constantinopla a un capitán aragonés que no se nombra. Los tres individuos habían recibido cada uno doscientos ducados para gastos y la promesa de otros tantos al cumplimiento. (Arenós pensaba: La víctima era yo. La reina también lo suponía, pero no dijo nada. Los dos pensaban en aquel momento que mil doscientos ducados no eran mucho para comprar la vida de Arenós. La reina siguió leyendo): Esos nombres sólo aparecen con la primera letra: Y, A y K. Por lo que dijo Rocafort, no eran catalanes sino griegos» (Menos mal, pensó Arenós).

»De las declaraciones conseguidas por mis escribanos se desprende que Rocafort es el mismo que me retuvo castillos en Calabria y juró tomar otros

míos y echarme de mis estados o cortarme la cabeza. También se desprende que había pensado encerrar a la princesa María, que Dios guarde, por loca sandia si no quería casarse con él y declarar públicamente que se había casado con ella cuando estaba en su razón, para tener autoridad con los griegos de Bizancio. Más tarde negó y dijo que esto último era mentira y que no habría hecho nunca nada contra la princesa María, a la que amaba y reverenciaba. Declaró también que estaba dispuesto a apoderarse de Venecia con una armada porque decía que en Venecia y en Génova estaba todo el oro del mundo y el oro es gran señor que manda en las iglesias y en las naciones y en la tierra y en el cielo.

»Otras declaraciones hizo que no son de mayor interés y que no se ponen aquí para evitar el enfado y la prolijidad.

»Acabadas las diligencias fue condenado a muerte y yo, el Rey, decidí que la sentencia se cumpliera lo más vil y cruelmente posible. Que muriera de hambre en su calabozo de la dicha prisión de Capri, que es donde el rey Tiberio, en la antigüedad, tuvo también a algunos enemigos y reos de traición.

»A la misma pena se condenó a su hermano Gisbert, los dos de Cataluña, nacidos en la ribera del Llobregat, según dicen, que no se pudo averiguar por papeles.

»En cumplimiento de la dicha sentencia, al principio los carceleros les negaron el pan y el agua, pero después, cayendo en la cuenta de que sin agua la vida se acabaría demasiado pronto y privaría a la ley de los efectos del riguroso castigo que yo pretendía, se acordó a los carceleros que les dieran agua una vez por día, bastante para no perecer de sed aunque no tanta como ha menester el hombre para no sufrir necesidad.

»Estaban los hermanos en ergástulas separadas, que no se podían comunicar ni por golpes en la pared ni por voces en la noche, aunque gritaban recio los primeros días. Rocafort llamaba a su hermano a grandes voces y le decía en el silencio de la noche: *Ramonet, fill de puta*. A veces reía a carcajadas como loco. En cambio, Gisbert gritaba: *Germà, lladre, què hi farem amb l'or?* y otras cosas que por decirlas en su idioma y no ser expertos nosotros, y además por ahorrar prolijidad, no ponemos.

»En cumplimiento y comisión de la dicha sentencia se les retiró la comida desde el segundo día y no tuvieron ya ninguna y como no se les había comunicado este particular, ellos no sabían lo que sucedía y creían que los carceleros lo sisaban y robaban del haber de la cárcel, según es costumbre en muchas prisiones, por cuya razón los trataban de ladrones y los amenazaban con grandes bramuras.

»Los tres primeros días todo pasó en insultos, de los cuales se tomaba cuenta y relación y no se ponen aquí porque eran palabras descomedidas y de muy mal parecer. Según lo que decía el llamado Gisbert a voces por la noche, parece que tenían pendientes de la justicia dos asesinatos en Cataluña.

»Pasado el cuarto día Gisbert comprendió de qué se trataba y pidió un sacerdote y un Cristo con velas, las cuales no se le dieron por estar hechas de sebo animal y poder cebarse con ellas.

»En el quinto día Rocafort comenzó a comprender también y pidió papel y pluma para escribir el testamento, según dijo, pero escribió a tu majestad y a su alteza imperial, la princesa María, aunque, según escribió, apenas si se entiende nada, y no escribió entonces porque sólo le dimos el papel veinte días después, cuando ya no tenía fuerzas ni cabeza para hacer cosa que valiera y cuando había fallecido ya su hermano Gisbert, que se dio con la cabeza contra la pared y se la rompió por varios lugares como una cáscara de avellana. Matándose, vivió dos semanas menos que su hermano.

»Después de los primeros diez días sin comer, habiendo enflaquecido mucho, Rocafort comenzó a amenazar a todo el mundo y no sólo en la tierra sino en el cielo, que profería amenazas contra el mismo Dios como un poseído y a veces gritaba: *Princesa María, me la jugaste como a un cabrón lanudo y la culpa la tuve yo por poner mi cabeza en tus rodillas*. Y añadía otras malas palabras que aquí no se ponen por decoro.

»Cuando supo que había fallecido su hermano, como no se le dijo de qué clase de muerte, pensó que había sido de hambre y dijo que *Ramonet* era flojo y tenía pocos aguantes, que siempre había sido así y que con él las cosas iban a ser diferentes porque todavía había de cortar muchas cabezas en Nápoles.

»Después del día quince se estaba todo el tiempo tirado en el suelo, que apenas se removía procurando dormir para alimentarse con el sueño, y el agua que le daban la bebía en sorbos muy pequeños y la masticaba como si fuera cosa sólida, que es maravilla cómo el hombre busca expedientes para alargar la vida.

»A los veinte días, que fue el viernes de la semana antepasada, ya no podía hablar y entonces fue cuando le dimos el papel que había pedido, que no era de pergamino porque la materia animal podría valerle para cebarse como las velas de sebo a su hermano. Y así con el papel, que era un buen papiro como el presente, se puso a escribir y por si acaso te lo mandamos, aunque leerlo creemos ser imposible. Y no lo hemos dado a peritos en la escritura por si acaso falta al respeto a la casa vuestra, oh, reina Irene, y a la privacía de tu hija, a quien va dirigido.»

Lo que aquel papel escrito por Rocafort podía decir no lo supieron el príncipe Miguel ni Arenós porque la reina Irene se lo había dado a María y no se atrevía a volvérselo a pedir. Pero la carta del Rey de Nápoles no había terminado. Tenía una hoja más en menuda letra gótica que decía:

«Aunque perdió el habla como si el aire le faltara, que tal vez podía hablar pero no se le podía oír, Rocafort parecía tener fuerza todavía en el encarnizamiento de los ojos. Que si alguno hubiera entrado en la ergástula habría sacado energía para estrangularlo. Y el agua se le echaba en una vasija de barro por el respiradero de la puerta.

»Muy sin ánimos tenía flaco el cuerpo, especialmente las piernas, que parecía una notomía (esqueleto) de muerte. Y por el respectivo se puede decir de los huesos de las costillas y de la tripa que estaba hueca y entrada adentro.

»Seis días estuvo echado en el suelo, agonizando y aullando a veces, lo que daba lástima a algunos carceleros que entraron con permiso del juez para echarle agua en la boca y rezarle responsos con el capellán de mi propia casa y a ofrecerle confesión, lo que era ya tarde, y no se le pudo administrar nada sino los santos óleos. En gracia de Dios haya sido recibido, amén.»

Luego el documento decía que esperaba que una parte de la hacienda de Rocafort se destinara a restituir al duque de Nápoles los cuarenta mil

escudos que se había visto obligado a pagar a Rocafort tres años antes para recuperar los castillos.

En cuanto a la carta póstuma de Rocafort, sólo la princesa supo lo que decía, si es que pudo entender alguna palabra.

—Murió como un perro —dijo la reina Irene con una luz de acero en los ojos.

Tuvo Arenós palabras de condolencia para Rocafort a pesar de todo. La reina Irene, contagiada de aquella generosidad, añadió:

—No podría calcular el pobre Rocafort que tendría ese fin el día que en Hemmos remató a golpes de mangual al general Georges.

Entretanto, la princesa María consiguió descifrar algunas frases de la carta de Rocafort: «Hoy, a tantos de noviembre —decía— y desta prisión de mi fin… imposible, pero aquellos días cuando… mi amor es lo que me queda como a una rata malamente atrapada en el cepo… que bien me la jugaste, princesa, y mi cabeza puerca poco me valió a mí y a los verracos que ganaron Pactio y Branchiallo».

La princesa se decía a solas: «Se fio de mí. Si se hubieran fiado Roger y Berenguer, no los habrían matado, pero éste se fio y perdió la vida». Paseaba por su cuarto y volvía a decirse: «¿Por qué treinta y cuatro días de agonía?». Le parecía demasiado cruel.

No quiso ver a nadie más que a su madre en los cuatro días siguientes.

Arenós comenzó a sentir inclinaciones religiosas y andaba la mayor parte del tiempo acompañado del archimandrita de un monasterio próximo. Pero algunas noches se les veía a los dos un poco borrachos.

Una tarde llegaron noticias de Casandria diciendo que el ejército entero de los catalanes iba a pasar junto a las murallas de Tesalónica de paso para Atenas. No pensaban detenerse dentro del Imperio, sino seguir día y noche hasta salir de él. Arenós dio instrucciones para que la gente de guerra ocupara sus puestos, se cerraran cuidadosamente las puertas de la ciudad y nadie hiciera la menor demostración al paso de las tropas. Estas iban a llegar frente a Tesalónica a primera hora de la mañana.

La princesa y Arenós se trasladaron al *kenourgion* en la parte del castillo que daba a las murallas. Era un amanecer gris y nublado, con brisas

frías en el aire y barruntos de lluvia. La princesa miraba a Arenós intrigada y decía:

—¿Has podido dormir la noche pasada? Yo no podía cerrar los ojos y veía figuras en el aire. Unas subiendo, otras bajando.

Allí, perdidos en el amanecer, con cantos lejanos de gallos y ladridos de perros —los de las guardias estaban alborotados porque venteaban de lejos al ejército migratorio—, las cosas eran o parecían de una notable simplicidad. Entraban las brisas por los huecos de los miradores almenados. Las brisas del norte, secas: las del sur, mojadas y frescas. El cielo estaba nublado. Eran ya las ocho y parecían las seis.

Cuando llevaban más de una hora en aquella parte del *kenourgion* que daba sobre los exedras, supieron que las tropas estaban a la vista y la princesa tuvo miedo.

—Figúrate —decía a Arenós— que los catalanes lleven baluartes preparados. En un instante pueden caer sobre las almenas. ¿Crees que pasarán esos hombres de largo?

—Cuando las gentes de mi tierra prometen una cosa la cumplen.

Comenzaba a lloviznar. El suelo, que estaba seco y polvoriento, se puso oscuro y húmedo. Sintió Arenós en el aire el olor de cuero de los turcos y el de hierro de los catalanes. Los turcopoles y alanos (porque conservaba el ejército cerca de ochocientos alanos de los que desertaron de Georges) olían simplemente a sudor de caballos. Y se acercaba todo aquel torrente.

En el torreón de la guardia principal estaban izadas dos banderas, una de Macedonia con las armas de la reina Irene y otra de Bulgaria con las del kan Azán. Arenós dijo que sería bueno retirarse hasta un balcón encristalado desde donde verían el desfile mejor y nadie advertiría su presencia, lo que era más importante después de lo que le había pasado a Rocafort en Nápoles.

—¿Tú crees que se han enterado ya? —dijo la princesa, inquieta.

Arenós no contestaba y en su silencio había a veces una gran impertinencia. Fueron al balcón cubierto.

Las vanguardias se acercaban y las formaban jinetes catalanes. Los mandaba el viejo Caldés, quien llevaba al lado un alférez con el estandarte

de Rocafort, aunque a media asta, lo que quería decir que sabían la noticia de su muerte. La princesa miraba con grandes ojos sombríos sin decir nada.

Iban en la vanguardia con las celadas abiertas, y Arenós reconoció a seis de ellos: Fanlo, el que estaba pagando la deuda de honor de su difunto padre. Ustarroz, pequeño, con cuello de toro, un poco tartamudo. Botas anchas, manos anchas, cintura ancha, hombros anchos. Su tartamudez venía del deseo de dar una impresión de agilidad y listeza. Y su mente era ágil, pero las palabras no le seguían. Lope de Azedo, que solía mandar la guardia principal en Gallípoli, hombre de paradas y reglamentos, con más figura y prestancia que empuje. Pero procedía de un pueblo próximo al de Arenós y solía llamar a los soldados, cuando se enfadaba, «zoquetes» y «camuesos». Iba también uno de los Fruelas, el llamado Samper, y emparejados con Fruela iban Gavasa, el de los largos escritos sin puntuación, y Lucas de Exea. Al ver a este último, la princesa pensó: «¿Qué habrá sido de Alejandra?».

No conocía Arenós a los otros que formaban la vanguardia o no podía distinguirlos entre las lanzas y las adargas. Sentía Arenós cierta melancolía viéndolos desfilar, fatigados y escépticos, en una ancha y espesa columna que era como un río de hierro. Al fin todos eran gente de su tierra —pensaba Arenós con melancolía—. En las armas mojadas brillaba y azuleaba el cielo gris.

Pasada la vanguardia hubo un trecho sin tropas ningunas, luego una pareja de caballería ligera y después la masa del ejército, formada por cuatro sectores diferentes y separados entre sí: los catalanes y aragoneses, los alanos, los turcopoles y los turcos. La retaguardia la formaban, como la vanguardia, destacamentos catalanes. Arenós pensó: «No se fían todavía de los turcos».

Iban pasando frente a las murallas de Tesalónica sin curiosidad ni recelo, sin prisa, con ese andar mecánico de las grandes masas reglamentadas. En cada uno de los grupos había al menos un escuadrón con las corazas puestas, por precaución. La princesa decía: «Tampoco se fían de mí». Y cuando lo pensó, en aquel mismo instante, vio que en lo alto de una pica llevaban una cabeza humana como un fruto amarillo y rojizo. Una cabeza humana como un fruto marchito y lamentable. La princesa hizo un

gesto de terror y repugnancia y retrocedió algunos pasos. Destacaba la cabeza, muy alta, contra el cielo gris. Aunque estaba segura en la pica, se movía a derecha e izquierda un poco. Arenós la miraba indiferente. Había tratado de identificarla y no podía. No era fácil identificar las cabezas de los degollados. Seguía lloviznando. Era una lluvia menuda, de otoño, persistente y sin violencia. Sentía Arenós una emoción de desarraigo. Él debía estar con toda aquella gente, pero no hacía más que verlos pasar desde las ventanas al lado de una mujer joven que sentía asco y terror viendo una cabeza cortada. Los dos habían tenido su vida mezclada con la de aquellas gentes. Los dos habían contribuido en alguna forma a sus grandezas y a sus miserias. Y trataba todavía de identificar la cabeza sin conseguirlo.

La ruina de aquel ejército se producía sin catástrofe alguna. Cuando la princesa lo dijo, Arenós comentó:

—No, las catástrofes no nos arruinarían. Los españoles nos alimentamos de catástrofes. Son las victorias las que acababan con nosotros, señora, aunque parezca extraño.

No lo entendía la princesa porque generalmente una mujer, ni siquiera —pensaba Arenós— una mujer como la princesa, entendía cosas como aquella. Pero al llegar la pica y la cabeza frente a la puerta cerrada de la guardia principal, el ejército se detenía. Todos miraban a las murallas, a los torreones. La princesa tenía miedo:

—¿Qué sucede? ¿Por qué se detienen? ¿Qué buscan? Si la guardia dispara una ballesta, estamos perdidos.

Algunos soldados jineteaban acercándose a la muralla hasta hacerse invisibles desde el mirador de la princesa. Los otros soldados reían. Arenós vio que la pica con la cabeza cortada había desaparecido. Hubo un poco de desorden en la columna. Luego más risas y malas palabras en catalán. Por fin, todos siguieron. La princesa había tenido miedo, verdadero pánico, y Arenós se dio cuenta. Pero el torrente de corazas, yelmos y picas seguía su curso indiferente. Pasaban los caballeros con ruido de enjalmas, de hierros, de adargas y de conteras de lanza. Reconocía Arenós otras caras aragonesas y oyó con emoción palabras de la montaña pirenaica. Bellver miraba las murallas al sesgo y decía:

—*No han dejado foraus en o muro.*

Otro, a su lado, respondía:

—*¿Y qué? ¿No tiés os zaragüelles plenos?*

—*Tan remplius son que revientan por a bragueta.*

—*En ta'l forau de tu prima a cava*.

Reían como monstruos joviales y seguían cabalgando. La lluvia, resbalando por las mejillas y las barbas, daba la impresión de que algunos estaban llorando. Veía Arenós a Ventallola, gran jinete, que se fatigaba de andar a caballo y se apoyaba en la nalga izquierda inclinando el cuerpo de aquel lado.

—*A cabalgada ye mellor qu'el barrunto* —decía.

Ahora, a medida que pasaban todos miraban a un mismo lugar en las murallas, a un lado sobre los torreones de flanqueo de la guardia principal.

—*Abispón fotut* —gritó alguien y disparó una flecha hacia lo alto en aquella dirección.

Sentía Arenós en aquella manera de hablar un eco de la vida campestre. Trigales y cogujadas. Eran todos campesinos y caballeros con la gravedad de las labranzas y las majadas. Fruela del Pueyo volvía la cabeza y decía:

—*¿Ande está o gaitero?*

Y poco después se oía una gaita que otro soldado tocaba detrás, mientras su compañero de al lado decía:

—*Échales un buen son a los tesalónicos.*

Otros llamaban a grandes voces al alférez de almogávares, Gistain. Todos los almogávares iban a caballo. Fruela, oyendo la gaita, decía:

—*Échale una cantata a la suegra del pobre Roger.*

Sonaba la gaita torpe y destemplada. Al oírla, otros soldados, más lejos, sacaron también el odre peludo de las montañas de Jaca y Biescas y se pusieron a soplar en él. Había en la lenta columna tres o cuatro gaitas cuyos ecos lejanos se confundían, y los alanos que llegaban detrás de los catalanes también llevaban otra, aunque más pequeña y rústica. Tenían los alanos ojos azules y sus caballos parecían más pequeños y nerviosos. Eran gente de crueldades frías y de codicias de niño. Pasaban lentamente y cantaban a coro una canción que sonaba a nieblas bajas y a cúpulas brillantes y

húmedas. Entre la masa de voces, de una melancolía enfermiza, destacaba una sola en falsete, aguda y cómica, haciendo contrapunto.

Y todos seguían pasando. La princesa María lo miraba todo sin parpadear:

—Esos soldados son de Georges, pero Georges está pudriéndose ya bajo la tierra.

A medida que pasaban seguían todos mirando a lo alto, hacia el torreón izquierdo de la guardia. Y hacían comentarios bárbaros y salaces.

Detrás de los turcos llegaban los turcopoles. Estimulados por las gaitas habían sacado sus pífanos y tocaban también. Chirimías y flautas daban una masa que le pareció a Arenós que era la que correspondía a aquel país de campaniles y cúpulas doradas. Ximeliz iba galán y joven en sus ropas de viaje, todo blanco y azul. La princesa dijo una palabra árabe entre dientes: *amtila*. Todo era *amtila* entre aquellas gentes, es decir, fantasía y mentira. Parecía seguir hablando consigo misma y añadió:

—Es un *mutazil*, un hermano de la pureza.

Era una secta de moda entre los turcos. Arenós, que no sabía una palabra de todo aquello, comentó:

—Tal vez por eso va vestido de blanco.

Pasados los últimos turcos llegaba todavía la retaguardia catalana con las armas puestas, pero con la celada colgada del arzón o del brazo. También la lluvia encendía luces grises y azulencas en sus hombreras y en los quijotes de los muslos.

Iban en la retaguardia Juan de la Foz y Feliz Tierz entre los conocidos de Arenós. A Foz lo conocía también la princesa como a uno de los soldados más galanes y corteses.

—*Échale una albata a ver si te siente* —le dijo Tierz.

El balcón de la princesa estaba abierto a la intemperie por un lado. Sólo tenía cristales por el frente y por el costado norte. La princesa seguía oyendo frases sueltas aquí y allá y Foz guiñó el ojo, sorbió aire por la nariz con un rumor obsceno y contestó a su amigo:

—*¿Albata? Mejor un brinco. Un brinco sin gramar.*

Rieron los dos. Tierz miró también hacia el balcón, sin ver. La princesa se apartó y entró en el *kenourgion* seguida de Arenós, que disimulaba la

risa. Ella llevaba aquella frase en los oídos —era una de las pocas que había entendido— y dijo:

—¡Miserables!

Quedó un rato en silencio con la respiración acelerada y luego añadió:

—Si tuviera esa gente una sola cabeza, sería yo capaz de cortarla con un hacha.

Lo que odiaba más era la risa a coro que siguió a las palabras del soldado Juan de la Foz, habitualmente galán y cortés. Vio Arenós en sus ojos una luz de ira venenosa y pensó con humor: «Tal vez está aprendiendo a vivir, como dice su madre». La princesa podía tolerarlo todo menos una risa vejatoria y sin respeto. Entretanto, miraba a Arenós y decía para sí: «Rocafort fue el único que me obedeció y su obediencia no le sirvió para nada. Al revés, en la obediencia halló su ruina. Arenós es el único prudente entre los catalanes». Descubrió de pronto la princesa que la prudencia no le interesaba gran cosa en Arenós. Ni en ningún hombre.

Cuando el ejército hubo pasado salieron a una atalaya desde donde vieron la cabeza cortada en la punta de la pica y ésta prendida en el repecho de una saetera alta, asomando hacia afuera como el asta de un estandarte. La princesa reconoció la cabeza de Nicodemos. «El pobre ha pagado la delación.» Arenós quería salir y llevarse de allí a la princesa, pero ella se negaba y seguía mirando aquellos pobres despojos del galeote. Poco después llegó sobre el asta un cuervo. Luego, un buitre. Después otros dos. Se posaban en la pica y con el peso la derribaron. La cabeza y la pica cayeron abajo y la cabeza rodó por un repecho como una cosa viva perseguida por las aves de presa. Arenós insistía en sacar de allí a la princesa y para convencerla le dijo:

—Tu madre, la reina Irene, estará impaciente queriendo saber noticias sobre el paso del ejército.

—No —dijo ella—. Mi madre duerme.

—¿Es posible?

—Sí, es seguro. Dormirá hasta el mediodía, como siempre. Y no quiere que la despierten.

Peleaban las aves de presa por la cabeza de Nicodemos y se cambiaban fuertes aletazos. Tenía la cabeza una flecha que la atravesaba. La flecha que

le disparó un almogávar desde su caballo, sin detenerse, al ver la pica hincada arriba, en la saetera.

OceanofPDF.com